Fascismo y dictadura

La III Internacional frente al fascismo

Nicos Poulantzas

FASCISMO Y DICTADURA

la tercera internacional frente al fascismo

por

NICOS POULANTZAS

siglo veintiuno editores
mexico
espana
argentina

siglo veintiuno editores, sa
CERRO DEL AGUA [illegible] MÉXICO [illegible] D.F.

siglo veintiuno de españa editores, sa
EMILIO RUBIN [illegible] MADRID [illegible] ESPAÑA

siglo veintiuno argentina editores, sa
AZCUENAGA [illegible] BUENOS AIRES ARGENTINA

Primera edición en español, 1971 (México)
Octava edición en español (3.ª España), marzo 1976

© SIGLO XXI EDITORES, S. A.
© SIGLO XXI DE ESPAÑA EDITORES, S. A.

Primera edición en francés, 1970

© Librairie François Maspero, París

Título original: *Fascisme et dictature. La IIIe International face au fascisme*

DERECHOS RESERVADOS CONFORME A LA LEY

Diseño de la cubierta: Santiago Monforte

Impreso y hecho en España
Printed and made in Spain

ISBN: 84-323-0087-X
Depósito legal: M. 7.790-1976.

Impreso en Closas-Orcoyen, S. L. Martínez Paje, 5. Madrid-29

ÍNDICE

INTRODUCCIÓN 1

I LA CUESTIÓN DEL PERÍODO DE LOS FASCISMOS 6

1. Imperialismo y fascismo. A propósito del capitalismo monopolista y de la cadena imperialista 7
2. Los eslabones alemán e italiano: su historia 18
   I. Alemania, 18; II. Italia, 23
3. El período de los fascismos y la III Internacional 31
   I. La concepción general y los virajes del Komintern: la cuestión del período y de las etapas de la lucha de clases, 31; II. Primeras incidencias sobre los análisis del fascismo por el Komintern, 44
4. Conclusión: la transición al capitalismo monopolista y la "crisis económica" 52

II EL FASCISMO Y LA LUCHA DE CLASES 57

1. La crisis política: fascismo y Estado de excepción 57
   I. El problema y el Komintern, 57; II. Thalheimer, Gramsci, Trotski, 60; III. El marco de análisis. Crisis política, lucha de clases y sistema institucional, 63
2. El proceso de fascistización 66

III FASCISMO Y CLASES DOMINANTES 70

1. Proposiciones generales 71
   I. Las contradicciones entre clases y fracciones dominantes, 71; II. La crisis de hegemonía, 72; III. Las modificaciones de la hegemonía, 73; IV. La ruptura del lazo "representantes-representados" y los partidos políticos, 73; V. La crisis ideológica, 77; VI. La ofensiva del gran capital y del bloque en el poder, 80; VII. Los partidos fascistas, el fascismo y las clases y fracciones dominantes. Dominación, hegemonía y clase reinante: la autonomía relativa del fascismo, 86
2. Alemania 94

I. El proceso y las contradicciones económicas, 94; II. Gran capital y capital medio. El fascismo, ¿fenómeno "económicamente retrógrado"?, 102; III. La crisis y el proceso político-ideológico, 108; IV. El partido nazi, el nazismo y las clases y fracciones dominantes. Hegemonía y clase reinante, 118

3. Italia 126

I. El proceso y las contradicciones económicas, 126; II. Gran capital y agrarios, 131; III. La crisis y el proceso político-ideológico, 137; IV. El Partido Fascista, el fascismo y las clases y fracciones dominantes. Hegemonía y clase reinante, 147

IV FASCISMO Y CLASE OBRERA 154

1. Proposiciones generales 155

I. El "proceso de derrota" y la defensiva de la clase obrera: sus etapas y características, 155; II. Las formas de la crisis ideológica y la crisis de las organizaciones revolucionarias, 160; III. La socialdemocracia. Su naturaleza y su función de clase, su política, y la tesis del "socialfascismo", 166; IV. Los partidos comunistas y su política. Los virajes del Komintern y la estrategia de las alianzas, 177; V. Las organizaciones fascistas, el fascismo y la clase obrera. Situación real de la clase obrera bajo el fascismo, 188

2. Alemania 192

I. El proceso de derrota, la defensiva y la crisis político-ideológica, 192; II. La socialdemocracia alemana, 204; III. El Partido Comunista alemán, 207; IV. El nacional-socialismo y la clase obrera, 217

3. Italia 229

I. El proceso de derrota y la defensiva, 229; II. La crisis político-ideológica. Sorel y el sindicalismo revolucionario, 232; III. La socialdemocracia italiana y el maximalismo, 236; IV. El Partido Comunista italiano, 242; V. El fascismo y la clase obrera, 254

Apéndice: La URSS y el Komintern 260

V FASCISMO Y PEQUEÑA BURGUESÍA 273

1. Preliminares relativos a la naturaleza de clase de la pequeña burguesía y a la ideología pequeño-burguesa 276

2. Proposiciones generales 288

I. Capitalismo monopolista y pequeña burguesía: su situación económica, 288; II. La crisis política: la pequeña burguesía como fuerza social. Los partidos fascistas y los intereses de la pequeña burguesía, 289; III. La crisis ideológica y la "ideología fascista". Ideología imperialista e ideología pequeñoburguesa, 293; IV. La situación real de la pequeña burguesía bajo el el fascismo, 300

3. Alemania 302
4. Italia 310

VI EL FASCISMO Y EL CAMPO 316

1. Preliminares relativos a las clases en el campo 317
2. Proposiciones generales 325
I. La situación económica en el campo, 325; II. La crisis político-ideológica, 325; III. Los partidos fascistas, el fascismo y las clases del campesinado. Ciudades y campo, 328; IV. El capitalismo monopolista y el campo: situación real de las clases del campesinado bajo fascismo, 331
3. Alemania 334
4. Italia 342

VII EL ESTADO FASCISTA 352

1. Preliminares relativos al aparato de Estado y a los aparatos ideológicos 353
I. Gramsci, 353; II. Los aparatos ideológicos, aparatos de Estado, 355; III. Ramas del aparato represivo de Estado y características de los aparatos ideológicos de Estado, 357
2. Forma de Estado de excepción y Estado fascista: tipo de Estado, forma de Estado y forma de régimen 366
3. Proposiciones generales sobre la forma de Estado de excepción 369
I. Formas de intervención del Estado, 369; II. Modificación de las relaciones entre el aparato represivo y los aparatos ideológicos, 370; III. El desplazamiento de la rama o del aparato dominante, 375; IV. Modificaciones del sistema jurídico: reglamentación y límites, 377; V. Modificaciones del principio del sufragio y sus significaciones. A propósito del partido único, 382; VI. El índice de burocratización, 387; VII. Centra-

lismo y contradicciones internas: paralelismo de las redes y de las correas, 388
4. Proposiciones generales sobre el Estado fascista, forma de régimen de excepción 392
I. El sistema funcionando, 392; II. El proceso de fascistización en el seno de los aparatos, 395
5. Alemania 398
I. El proceso, 398; II. El sistema funcionando, 402
6. Italia 415
I. El proceso, 415; II. El sistema en su lugar, 417
CONCLUSIÓN 424

INTRODUCCIÓN

¿Por qué, en este momento, un estudio sobre el fascismo?

Este estudio me ha parecido responder, a causa de la actualidad del problema, a una necesidad política. En efecto, hace todavía poco tiempo, la cuestión del fascismo y de las otras formas de dictadura se estimaba propia de una historiografía académica, relegada a las mazmorras de la historia. Ahora bien, parece cada vez más claro que el imperialismo atraviesa actualmente, en el plano mundial, una crisis grave que lo afecta en el seno mismo de sus metrópolis, y que ello no es más que el comienzo. Se hace por esto mismo evidente que, ante lo agudo de la lucha de clases que caracteriza este amplio período abierto (el porvenir dura mucho tiempo), la cuestión del Estado de excepción, así como la del fascismo, son de actualidad; lo mismo que, por otra parte, es de actualidad la cuestión de la revolución.

Como en todo estudio de materialismo histórico, el objeto de este texto es complejo. Presenta en su construcción, a manera de tríptico, tres hojas principales:

1] El fascismo, en tanto que fenómeno político específico. Se ha tratado de captar este fenómeno en sus características esenciales por medio de un análisis de sus causas y de sus efectos, más allá de los rasgos secundarios que lo han marcado allí donde se ha establecido. Pero para esto, no hay más que una manera adecuada de proceder, en el orden de la investigación, y de exponer los resultados, en el orden de presentación: apegarse a un examen a fondo de los fascismos, allí donde se han establecido, analizando *situaciones concretas*. Sólo así es posible separar los factores secundarios de las causas reales, y, despejando estas últimas, determinar las posibilidades y las condiciones de resurgimiento del fenómeno.

2] El fascismo no es más que una forma particular de régimen de la forma de Estado capitalista de excepción:

existen otras, especialmente el bonapartismo y las diversas formas de dictadura militar. Así, no se ha podido analizar el fenómeno político preciso del fascismo sino proponiendo, al mismo tiempo, una teoría del Estado de excepción y de la crisis política, que cubre igualmente las otras formas de regímenes capitalistas de excepción.

3] La tercera hoja de este tríptico examina la política de la III Internacional frente al fascismo. No se puede, de toda evidencia, hablar del fascismo sin hablar de la clase obrera, y no se puede tampoco hablar de ésta, en lo que se refiere al período entre las dos guerras, sin tratar de la política del Komintern.

Hay que advertir además que, para aprehender la política del Komintern frente al fascismo, no es posible limitarse a la exposición de sus concepciones del fenómeno fascista e ignorar su política real y los principios a que obedece. Aparte de esto, dado el europeocentrismo característico del Komintern y el hecho de que ha tenido que enfrentarse, a lo largo de toda su existencia y casi desde sus orígenes, a los fascismos europeos, su política frente al fascismo manifiesta, de hecho, el conjunto de los aspectos teóricos y prácticos de su política en la mayoría de las cuestiones del movimiento obrero. Las coyunturas históricas de los fascismos constituyen así un campo concreto enteramente privilegiado para el examen del Komintern, cosa que se ha hecho en este texto, realizando el estudio de los principios de esa política, analizando sus efectos concretos y proponiendo una periodización del Komintern.

Es, por lo demás, quizá inútil señalar la actualidad de este examen: el movimiento obrero lleva todavía profundamente la marca de la III Internacional.

Pero el eje central de este texto, en torno al cual gira la construcción de su objeto, sigue siendo el fascismo. Si el objeto hubiera sido el propio Estado de excepción, se habría hecho necesario entrar igualmente en análisis, precisos y detallados, del bonapartismo y de las dictaduras militares. Esto vale igualmente para la III Internacional; de haber sido ésta el objeto propio del texto, hubiéramos tenido que incluir el análisis de numerosos puntos de su política —la cuestión colonial por ejemplo— que no figuran en él.

Sin embargo, al tratar aquí del fascismo, nos hemos visto conducidos a entrar en detalles que rebasan su marco de análisis. Igualmente en lo que se refiere a los aparatos del Estado y al Estado capitalista. El Estado fascista es una forma específica del Estado de excepción, que en ningún caso habría que confundir con las otras formas del Estado capitalista. El Estado fascista constituye una forma crítica de Estado y de régimen, correspondiente a una crisis política. Pero es propio de toda crisis revelar rasgos que no le son exclusivos; el examen del fascismo, precisamente como fenómeno crítico y específico, permite profundizar en el estudio de ciertos aspectos del Estado capitalista en su esencia misma. Así, en cuanto a toda una serie de otros problemas, el de la pequeña burguesía especialmente, cuyo funcionamiento dentro del marco del fascismo es revelador. Así, en fin, en cuanto a un conjunto de conceptos de análisis social y político que nos ha importado formular, precisar y rectificar.

Habría, pues, que advertir al lector que no se trata aquí de un estudio historiográfico de los fascismos alemán e italiano, sino de un estudio de teoría política, e, indudablemente, este estudio no puede hacerse más que a través de una investigación histórica a fondo. Pero ni el tratamiento del material ni sobre todo el orden de exposición pueden ser los mismos en los dos casos. En la circunstancia presente, hemos tratado de despejar los rasgos esenciales del fascismo como fenómeno político específico: los "acontecimientos" históricos y los detalles concretos no se consideran y exponen aquí más que en la medida en que permiten ilustrar oportunamente el objeto de la investigación.

Esto determina la construcción general del plan de exposición de este texto, cuyos detalles se irán explicando a medida que se desarrolle:

1] Se ha optado por un plan general consistente, a partir del momento en que se entre en el meollo del tema, en comenzar exponiendo, en cada capítulo, una serie de *proposiciones generales*, para continuar con los análisis concretos de los casos alemán e italiano, análisis que revisten entonces, en la exposición, el papel de *ilustraciones* de dichas proposiciones.

2] Nos hemos atenido, en este examen de los casos concretos, a fascismos que han logrado efectivamente establecerse, y esto porque no se trata de un estudio histórico de los diversos movimientos fascistas. En efecto, el estudio de los fascismos, allí donde se han establecido, permite, por este mismo hecho, captar mejor e ilustrar con mayor vigor los rasgos esenciales del fascismo como movimiento, y su proceso.

3] Nos hemos limitado además, en esta exposición de casos concretos, a los casos alemán e italiano. No sirve de nada, en esta óptica, multiplicar los ejemplos; no es con una comparación prolongada hasta el infinito como se puede ilustrar eficazmente, en la presentación, un objeto de investigación.

Pero, en cambio, se han elegido esos ejemplos precisos por dos razones esenciales:

a) Los fascismos alemán e italiano, que se sitúan en el ámbito europeo y concentran sobre ellos la política de la Internacional frente al fascismo, revisten, aquí y ahora, un interés político más directo que el fascismo japonés por ejemplo.

b) Estos dos casos son, en el ámbito europeo, los que presentan, en la realidad concreta, los rasgos esenciales del fascismo de la manera más definida, aunque cada uno de un modo desigual.

4] No se ha seguido aquí el orden cronológico estricto; especialmente el análisis concreto del caso alemán va inmediatamente a continuación de las proposiciones generales, precediendo siempre en la exposición al del caso italiano. Ello se debe a que el nazismo presenta, en la realidad concreta, los caracteres del fascismo de manera más definida y cabal que el fascismo italiano. Este orden de exposición no se debe, pues, a que el nazismo constituya un "modelo" cualquiera según el cual deba medirse todo fascismo: este orden favorece la claridad de exposición exigida por el objeto y el carácter mismo de nuestro estudio.

I

LA CUESTIÓN DEL PERÍODO DE LOS FASCISMOS

El primer problema que se plantea en el estudio del fascismo es el de su especificidad con respecto a formas de régimen tales como la dictadura militar y el bonapartismo, y con respecto a las otras formas de Estado capitalista. Dicho de otro modo, ¿es posible definir una *forma de Estado capitalista de excepción,* distinta de las otras formas de Estado capitalista, forma de Estado de excepción que, a su vez, cubre diversas formas específicas de regímenes de excepción, tales como el fascismo, las dictaduras militares y el bonapartismo?

Esta cuestión no podrá ser planteada, en términos rigurosos, sino con ocasión del examen de la crisis política, a la cual corresponde el Estado de excepción, y de las especies particulares de crisis política, a las que corresponden las formas específicas de régimen de excepción. Pero, para ello, será preciso analizar primero el problema del *período histórico* de las formaciones capitalistas, en el seno del cual se presentan esas crisis políticas y esos regímenes de excepción. A menos de zozobrar en una tipología abstracta, hay que convenir que una especie de crisis política que da nacimiento a una forma determinada de régimen de excepción presenta sin embargo rasgos diferenciales según el período en el seno del cual aparece: un bonapartismo del siglo XIX difiere de un bonapartismo del XX, y lo mismo ocurre en cuanto a las dictaduras militares y los fascismos.

Si bien el análisis de los períodos históricos generales, en el seno de los cuales se sitúan los regímenes de excepción, no permite decir por qué han aparecido esos regímenes, la *coyuntura de lucha de clases* —las crisis políticas—, cuyo examen es lo único que permite responder, no deja de estar marcada por dicho período.

1

IMPERIALISMO Y FASCISMO. A PROPÓSITO DEL CAPITALISMO MONOPOLISTA Y DE LA CADENA IMPERIALISTA

Comenzaremos, pues, por el examen del período de los fascismos. Aprovechamos aquí la ocasión deparada por una cita del sociólogo alemán Max Horkheimer, cita que utiliza como lema de un libro reciente: *Faschismus und Kapitalismus*, editado en Alemania. Horkheimer, alzándose desde hora temprana contra la serie de las concepciones del "totalitarismo", decía: "Pero el que no quiere hablar del capitalismo debería también callar en lo que al fascismo se refiere". Esto, con todo rigor, es falso: es el que no quiere hablar de *imperialismo* quien debería también callarse en lo que al fascismo se refiere.

El fascismo se sitúa en la fase imperialista del capitalismo. Así, pues, lo que importa es tratar de aislar algunas de las características generales de esa fase y su impacto sobre el fascismo. Ciertos factores considerados a menudo como las causas fundamentales y *sine qua non* del fascismo —a saber, las crisis económicas particulares que atravesaban, en la época de su establecimiento, Alemania e Italia, las particularidades nacionales de esos dos países, las secuelas de la primera guerra mundial, etc.— no constituyen las causas primeras del fascismo. Si revisten importancia es únicamente en relación con el estadio imperialista, como elementos *de una de las coyunturas posibles* de ese estadio.

Es preciso también considerar el problema del imperialismo. Se comprenderá que no es posible entrar aquí en el fondo del debate. Sin embargo, parece que se deben rectificar ciertas posiciones, lo cual puede hacerse precisamente a partir de esa crisis del estadio imperialista que es el fascismo.

El nudo de la cuestión parece ser el hecho siguiente: el imperialismo considerado precisamente como etapa del con-

junto del proceso capitalista no es simplemente, o solamente, un fenómeno económico, es decir, determinado por lo que ocurre en el solo dominio de lo económico y localizable allí. Ahora bien, la III Internacional quedó precisamente, y bastante pronto, marcada por una concepción "economista" del imperialismo.

Esto se ha manifestado, de manera clara, en una interpretación particular de las tesis de Lenin sobre el imperialismo, especialmente de su texto *El imperialismo, fase superior del capitalismo*: interpretación impuesta por el economismo de la III Internacional. Se enuncia así la tesis que se desarrollará a continuación: el economismo parece ser el punto convergente de las corrientes de la II Internacional. Era, por lo demás, sobre este aspecto de la II Internacional sobre el que se concentraban, como es sabido, los ataques de Lenin. Lo que se comprueba con la III Internacional esta vez es que todo ocurre como si, tras el corte leninista que fue después de todo bastante breve, pero que fijó la distancia existente con la II, el economismo se restaurara progresivamente bajo formas nuevas, si bien cierto lenguaje y ciertas formas de organización tienden a enmascarar esta restauración.

Este "economismo" va acompañado de su corolario inevitable, *la ausencia de línea de masa*, y se articula sobre *el abandono progresivo del internacionalismo proletario*: características que marcan por lo demás no sólo la línea general seguida por el Komintern sino igualmente la línea seguida por el partido bolchevique y su dirección en la propia URSS.

Antes de continuar, es preciso dejar sentado ya muy concretamente que esa línea no caía del cielo. Sería una concepción puramente idealista creer que la línea del Komintern, así como la seguida en la URSS, se debía a simples "errores" o "desviaciones" teórico-políticas, incubadas en la cabeza de los dirigentes; sería asignar así un estatuto completamente subjetivista a lo que fue una efectiva línea política, que presidió el destino del proletariado mundial. Esa línea no se debía tampoco a una simple "degeneración" de la organización del partido bolchevique y de otras secciones del Komintern. De hecho, esa línea tenía su raíz en la lucha de clases entre burguesía

y proletariado, es decir, en la lucha entre las "dos vías", *en la misma URSS* durante la fase de transición. Es lo que se tratará de concretar en el capítulo "La URSS y el Komintern".

En el orden de presentación, sin embargo, y esto de intento, no se exponen estas consideraciones desde el principio; ello se debe al análisis que parece justo de las relaciones entre la URSS y el Komintern. Si bien la lucha entre fracciones y tendencias en el seno del partido bolchevique, la política de este partido en el interior de la URSS, la política exterior de la URSS, y por lo tanto la lucha entre burguesía y proletariado en la misma URSS, determinaron la línea política general del Komintern, y sus virajes, esta determinación *no fue, en grados diversos, ni directa, ni inmediata,* como quiere hacerlo creer toda una tradición historiográfica. El economismo, la ausencia de línea de masa y el abandono progresivo del internacionalismo, efectos de la lucha entre burguesía y proletariado en la URSS, son el *eslabón necesario* a través del cual la URSS, o "lo que ocurre en la URSS", determina la política del Komintern y la de los partidos comunistas locales. Y esto porque esta línea general tiene efectos propios y decisivos sobre la lucha concreta, y sus rodeos, entre la burguesía y el proletariado en la propia URSS.

Por lo demás, ciertos "errores" precisos se inscriben en esta línea, los cuales ejercen también, por su acumulación, efectos propios, a la vez sobre la lucha entre burguesía y proletariado en la propia URSS, y, lo que aquí nos interesa, sobre la política del Komintern.

Es lo que trataremos de demostrar alterando en cierto modo, en el orden de presentación, el orden de causalidad real.

Volviendo al texto de Lenin, es cierto que se limita a los aspectos económicos del imperialismo; *con la diferencia de matiz capital* de que el propio Lenin insiste sobre este hecho en su último prefacio, proclamando abiertamente su insuficiencia:

"El folleto está escrito con vistas a la censura zarista. Por esto, no sólo me vi precisado a limitarme estrictamente a un análisis exclusivamente teórico —sobre todo económico— sino que también hube de formular las indispen-

sables y poco numerosas observaciones políticas con la mayor prudencia, valiéndome de alusiones, del lenguaje a lo Esopo, ese lenguaje maldito... Resulta doloroso releer ahora... los pasajes del folleto mutilados".[1]

Pero no fue casual que la III Internacional utilizara este texto de cierta manera: fue en función de su economismo particular, de igual manera que la II Internacional erigió en breviarios el *Prefacio a la contribución a la crítica de la economía política*, de Marx, y el *Socialismo utópico y socialismo científico*, de Engels, textos que, éstos sí, presentan efectivamente consonancias "economistas", consonancias cuyas razones sería preciso examinar un día. Lo cierto es, en cuanto a Lenin, que su texto, y por lo demás el conjunto de su obra, contiene de manera perfectamente clara una teoría del imperialismo que no lo reduce en absoluto a un simple fenómeno económico. Sólo refiriéndose a esa teoría se puede comprender el fascismo.

En efecto, el imperialismo, considerado como estadio del conjunto del proceso capitalista, no se limita a modificaciones que afecten tan sólo el dominio económico, tales por ejemplo la concentración monopolista, la fusión del capital bancario y del capital industrial en capital financiero, la exportación de los capitales, la obtención de colonias por simples razones "económicas", etc. De hecho, estos datos "económicos" determinan, propiamente hablando, una nueva articulación del conjunto del sistema capitalista y, por ello mismo, modificaciones profundas *de la política y de la ideología*.

Estas modificaciones afectan *a la vez* cada formación social nacional y las relaciones sociales a escala internacional; más aún: las relaciones particulares entre esos dos sectores que, precisamente, caracterizan el imperialismo, reposan sobre esas modificaciones.

Para el primer sector, el aspecto principal del proceso aparece en el *capitalismo monopolista*. Asistimos aquí a *un fenómeno de una importancia decisiva*; se trata del papel nuevo *del Estado capitalista*, que concierne a la vez a sus funciones nuevas, a la extensión de su intervención y al índice de su eficacia, papel que le está precisamente asignado por las modificaciones económicas de ese estadio.

[1] *Obras escogidas en tres tomos*, t. I, p. 691.

Este papel del Estado, que se trata con frecuencia ahora de fundar en la actualidad a fin de definir un nuevo estadio del "capitalismo monopolista de Estado", no es de hecho más que un papel, precisamente propio del estadio imperialista. Seamos aún más claros: el *corte* manifiesto en ese papel del Estado, y en el índice de su eficacia, no marca en absoluto de manera decisiva —constitutiva de un estadio— el imperialismo "clásico" y el "capitalismo monopolista de Estado", sino francamente el estadio preimperialista del estadio imperialista, es decir, capitalista monopolista. Ciertamente, en la actualidad intervienen modificaciones importantes; pero no se trata más que de una periodización en el seno mismo del estadio imperialista.

No hubo jamás, es cierto, estadio alguno del capitalismo en el que el Estado no conservara un papel económico importante: el "Estado liberal", simple Estado-gendarme del capitalismo de competencia, ha sido siempre un mito. Sin embargo, el estadio imperialista está marcado por un nuevo papel del Estado. Este papel le vale el nombre de *Estado intervencionista*, por el hecho de que se refleja en profundas modificaciones de las formas políticas del Estado capitalista respecto de las precedentes. Lenin, por lo demás, ha dejado numerosas indicaciones en este sentido: en los pasajes referentes al Estado-rentista del folleto mencionado más arriba y en sus análisis del *capitalismo de Estado*, que rebasan con mucho el simple marco de las solas coyunturas históricas de Alemania, durante la primera guerra mundial, y de la URSS, después de la revolución de 1917.

En efecto, el fenómeno fascista no puede ser comprendido sino en la medida en que está localizado en el interior de un estadio, caracterizado por esta modificación del papel del Estado. La mayoría de los autores marxistas que han tratado del fascismo señalan precisamente esta *cuestión clave*.

A este papel del Estado en el estadio imperialista se une, en el caso de los fascismos, el papel particular que desempeña el Estado en una *fase de transición* de un estadio a otro.

Se ha puesto ya, por lo demás, en evidencia el papel particular del Estado en el el caso de las transiciones, en una formación social, de un modo de producción a

otro.[2] Habría que añadir aquí que el Estado conserva igualmente un papel decisivo en el caso de transición, en un mismo modo de producción, de una etapa a otra. En el caso que nos ocupa, el del fascismo en Alemania y en Italia, el papel decisivo del Estado se expresa no sólo a través de su nuevo papel en el estadio imperialista sino también a través de su papel decisivo en la transición particular, en esos dos países, hacia el establecimiento del predominio del capitalismo monopolista.

Ahora bien, Lenin dice en *El imperialismo*...:[3] "Por lo que a Europa se refiere, se puede fijar con bastante exactitud el momento en que el nuevo capitalismo [monopolista] vino a sustituir *definitivamente* al viejo: a principios del siglo XX". De hecho, lo que habría que entender por esto, a la luz de las informaciones de que ahora disponemos, es que los comienzos del siglo XX marcaron, en los principales países europeos, *el corte* con el estadio precedente, y así los *comienzos decisivos* de la fase de transición al predominio del capitalismo monopolista.[4] Tomada al pie de la letra, la afirmación de Lenin no parece exacta, al menos en lo que concierne precisamente a Alemania y a Italia, países llegados tardíamente al capitalismo y al imperialismo.

Este papel del Estado en la fase de transición de que tratamos es relativamente distinto de su papel en el estadio del capitalismo monopolista. Esto explicaría por lo demás el hecho de que, después de realizada esa transición, es decir, finalmente, después del término de la segunda guerra, el Estado se atenga en adelante a su papel en el estadio del capitalismo monopolista, habiendo consolidado ya su

[2] Ch. Bettelheim, *La transition vers l'économie socialiste*, 1968, y también mi libro *Pouvoir politique et classes sociales*, 1968, pp. 169 ss. [*Poder político y clases sociales en el Estado capitalista*, Siglo XXI, México, 3ª ed., 1971, pp. 197 ss.]

[3] *Op. cit.*, p. 703.

[4] Señalemos por lo demás que esta tesis de la *transición* la admiten igualmente, según su propia óptica, Sweezy y Baran, *El capital monopolista*, Siglo XXI, México, 4ª ed., 1971, cap. VIII: "Sobre la historia del capitalismo monopolista", más particularmente su interpretación de la crisis de 1929 como crisis de transición entre el "modelo de competencia" y el "modelo monopolista". Véase igualmente, en este sentido, Christian Palloix, *Problèmes de croissance en économie ouverte*, 1969, p. 217.

predominio. Papel que sigue siendo ciertamente *muy importante*, pero que parece así *menor* y *en segundo término* respecto de su papel "acrecentado" en la transición; esto, por lo demás, lo mismo en Alemania y en Italia que en Inglaterra y en los propios Estados Unidos, tras el período del *New Deal* rooseveltiano.[5]

En fin, el estadio imperialista está marcado igualmente por profundas modificaciones en la ideología, de manera particular en la ideología dominante y en la zona política de esta ideología; se comprueba en ella efectivamente la formación, con numerosas variantes, de la *ideología imperialista*. Ya se verá en qué medida la ideología fascista constituye una variante de esta ideología, y también en qué medida esta alteración de la ideología dominante ha constituido, entre otros, un elemento del todo esencial de la crisis ideológica que marca la coyuntura de Alemania y de Italia durante el avance del fascismo.

Sería preciso ahora —y aquí es donde se encuentra la cuestión capital— aplicar estas observaciones sobre el plano internacional: el imperialismo, como estadio del sistema capitalista sobre el plano internacional, no constituye un fenómeno reductible al solo proceso económico. Más todavía: sólo en la medida en que se considera el imperialismo como un fenómeno que afecta a la vez lo económico, lo político y la ideología, se puede fundar la internacionalización particular de las relaciones en ese estadio.

Puédese entonces precisamente captar los dos elementos dominantes a este respecto y analizar, a su luz, las situa-

[5] Preciso aquí la cuestión de la *terminología*. El término *estadio* remite a modificaciones de la estructura de un modo de producción y de la articulación de las relaciones que lo especifican. El término *etapa* (y el de *período*) remite a la periodización concreta de una formación social, que cubre más particularmente el campo de la lucha de clases. En cuanto a la *transición*, distingo entre *período de transición* y *fase de transición*. El período de transición cubre la combinación compleja e inestable de los modos de producción al pasar, en una formación social, del predominio de un modo de producción al de otro; por ejemplo, el paso del feudalismo al capitalismo. La *fase de transición* designa una formación social en la que domina un modo de producción, pero en la cual las condiciones de su predominio se transforman por el paso de un estadio a otro. Así para el caso presente de la transición entre el capitalismo "de competencia" y el capitalismo monopolista.

ciones concretas: la *cadena imperialista* y el *desarrollo desigual* de sus eslabones.

En efecto, en el caso del imperialismo, no basta con hablar de circulación internacional de capitales o de interpenetración económica: es preciso ver, lo cual es muy importante, que se trata, en sentido riguroso, de una *cadena*. Y quien dice cadena, dice *eslabones*. Pero, aquí también, no basta con hablar del único *eslabón más débil*. Porque, para hablar de ese eslabón, hay que hacer ya intervenir el elemento de desarrollo desigual de las diversas formaciones nacionales, que forman parte de la cadena. Es incluso la existencia de esa cadena la que comunica su nuevo sentido al desarrollo desigual particular que caracteriza al imperialismo; porque, lo sabemos también, el desarrollo desigual caracteriza ya los comienzos mismos del capitalismo.[6] El desarrollo desigual de la cadena imperialista significa entre otras cosas que, aparte del eslabón más débil, los otros eslabones no tienen la misma solidez: son, ellos también, *relativamente* más débiles y más fuertes. *Propiamente hablando, la fuerza de los unos depende en adelante directamente de la debilidad de los otros, y viceversa.*

Pero veamos más detenidamente cómo captaba Lenin la cadena imperialista, lo cual aparece de manera clara en sus análisis referentes a Rusia. De hecho, cuando Lenin analiza Rusia, designándola como el eslabón más débil de

[6] Lenin, *op. cit.*, p. 739. Lo que, por lo demás, haba sido señalado ya por el propio Marx. Esto no quiere decir, sin embargo, que *el capitalismo ha sido desde su nacimiento en cierto modo ya imperialista*. Tal es, como sabemos, la tesis sostenida últimamente por A. Gunder Frank, *Capitalismo y subdesarrollo en América Latina*, 1969. De hecho, Frank basa precisamente su tesis únicamente sobre el dominio "económico", insistiendo en la interdependencia, desde los comienzos del capitalismo, de los "mercados" interiores y exteriores. Sin embargo, esta "interdependencia" económica, admitida siempre por los clásicos del marxismo, no basta para constituir el estadio imperialista, caracterizado precisamente, y sobre todo, por el nuevo papel de lo político y de la ideología y su nueva articulación con lo económico, lo cual crea la cadena imperialista en el interior de la cual el desarrollo desigual adquiere así un sentido nuevo. Prueba de todo esto es el hecho de que el esquema del imperialismo de G. Frank de una "estructura bipolar del capitalismo en centro y en periferia", siendo a la vez el centro de una periferia, y la periferia de un centro, en su forma lineal y circular, no tiene nada que ver con el desarrollo desigual de la cadena "imperialista" en tanto que estadio del capitalismo.

la cadena, no se refiere a elementos exclusivamente económicos. Descubre en Rusia, en tanto que eslabón más débil, una *acumulación de contradicciones* en que intervienen lo económico, lo político y la ideología. Y es que el desarrollo desigual de la cadena imperialista repercutía, *en el seno mismo* de la formación social rusa, en un desarrollo desigual de lo económico (las diversas formas de producción coexistentes en Rusia), de lo político (el Estado zarista) y de la ideología (la crisis ideológica). Si esta acumulación era la que hacía de Rusia el eslabón más débil, se debe a que la *cadena misma* no tenía de ninguna manera por único elemento de cohesión los lazos económicos.

Porque, de otra parte, bien sabido es que la II Internacional, con su economismo pronunciado, aguardaba la revolución en Alemania, el país *económicamente* más desarrollado. Podría decirse que el economismo de la II Internacional conducía a una concepción del eslabón más fuerte. De hecho, no debería hablarse en este caso de eslabón, ya que el economismo de la II Internacional, y esto es lo importante, le ocultaba la cadena imperialista misma. Si la II Internacional aguardaba la revolución en el país económicamente más desarrollado, es que, *al mismo tiempo*, no consideraba en las relaciones internacionales otra cosa que los "lazos económicos": véase Hilferding.

Así, pues, la concepción leninista no fue tampoco la simple inversión de la II Internacional en el orden "económico" de los eslabones. Lenin no esperaba la revolución en Rusia porque éste fuera el país menos desarrollado "económicamente": ha demostrado la inexactitud de esta tesis en *El desarrollo del capitalismo en Rusia*. Al hablar del eslabón más débil, Lenin descubrió la cadena imperialista, y rompió definitivamente con el economismo.

Se ve bien, pues, cómo las características mismas del capitalismo monopolista fundamentan la cadena imperialista en las relaciones internacionales. Así es principalmente como el papel decisivo del Estado en el capitalismo monopolista, en el interior de cada formación nacional, aparece como un elemento importante de la organización de la cadena.

"El capital financiero es una fuerza tan poderosa, tan

decisiva, podría decirse, en todas las relaciones económicas e internacionales, que es capaz de someter y somete efectivamente incluso los estados que gozan de una completa independencia política" (Lenin).

El índice nuevo de eficacia de lo político que marca el capitalismo monopolista, en el seno de cada formación nacional, se traduce en un índice nuevo de eficacia de lo político que marca las relaciones internacionales en la etapa imperialista.

"Lo esencial para el imperialismo es la rivalidad de varias grandes potencias que tienden a la *hegemonía*, es decir, a la conquista de los territorios, *no tanto por ellas mismas como por debilitar al adversario y socavar su hegemonía*" (Lenin).

Esto ejerce, a su vez, efectos en el seno de cada formación nacional. La *forma* y el *grado concretos* de esta eficacia de lo político, en el seno de cada formación nacional, dependen de su lugar "histórico" en tanto que eslabón de la cadena: dependen en cambio del desarrollo desigual de la cadena, según *su modo de existencia* en el seno mismo de cada eslabón.

Al romper así con el economismo, se descubre, al mismo tiempo, el lugar de los otros eslabones en la cadena, los eslabones relativamente más débiles y más fuertes. Lo que interviene en la atribución de ese lugar, y también en sus desplazamientos, determinantes para la coyuntura, no es simplemente la situación "económica" de un país en relación con los otros, sino la particularidad de conjunto de la formación social.

Estas observaciones son importantes para el estudio del fascismo. Sin esperar a más, puede decirse, en forma lapidaria, que si la revolución fue hecha al nivel del eslabón más débil de la cadena (en Rusia) el fascismo se instauró al nivel de los dos eslabones siguientes, relativamente los más débiles en el ámbito europeo de la época. Y no quiero decir en absoluto que el fascismo debía fatalmente surgir allí, como tampoco que la revolución bolchevique debía fatalmente triunfar en el eslabón más débil. Quiero decir simplemente que, en las *coyunturas* particulares de lucha de clases de esos países, habiendo llegado, por toda una serie de razones, a resultados tan radicalmente diferentes,

su lugar en el seno de la cadena imperialista fue de una importancia decisiva. No es nada asombroso, por lo demás, que la III Internacional, que había caído entre tanto en el economismo y olvidado la cadena, no se esperara en absoluto los fascismos allí donde surgieron.

2

LOS ESLABONES ALEMÁN E ITALIANO: SU HISTORIA

Alemania e Italia eran, por lo tanto, después de Rusia, los eslabones más débiles de la cadena, los llegados tardíamente, como hemos dicho, al capitalismo; pero la expresión, empleada con frecuencia, es engañosa si se entiende por ella los países económicamente menos desarrollados. El lugar, más o menos débil o fuerte, en la cadena no se reduce a una evolución cronológica de adelanto o de retraso económico, como tampoco el desarrollo desigual se reduce a un simple ritmo del "desarrollo" económico. Es lo que va a demostrarse, situando aquí las particularidades históricas de esas formaciones nacionales en el proceso del imperialismo. Nos contentaremos de momento con simples líneas directrices.

I. ALEMANIA

Desde el punto de vista económico,[1] ante todo, Alemania, después de un arranque relativamente tardío de su industrialización, ocupó muy rápidamente un lugar entre las grandes potencias industriales. A partir de 1880, Alemania pasa al segundo lugar de las potencias industriales después de los Estados Unidos, antes de la Gran Bretaña y Francia. Al comenzar el siglo, Alemania había entrado decidida-

[1] Para lo esencial de estos datos económicos, Ch. Bettelheim, *L'économie allemande sous le nazisme*, 1946. El mérito esencial de este libro importante es haber estudiado sistemáticamente la política económica del nazismo establecido. Es preciso, no obstante, señalar que, si bien este texto es exacto en su conjunto, habría que rectificar ciertos puntos, en vista de las informaciones de que actualmente se dispone. A. Schweitzer, *Big Business in Third Reich*, 1964; G. Badia, *Histoire de l'Allemagne contemporaine*, 1962; G. Stolper, *The German Economy 1870 to the Present Day*, 1967.

mente en el estadio imperialista. El ritmo de concentración del capital propio del capitalismo monopolista es tal que la producción industrial crece tres veces más de prisa que el número de las empresas. La fusión del capital bancario y de esa parte del capital industrial que tiene ya un carácter de monopolio se inicia en los comienzos del siglo XX y produce el capital financiero en los grandes trusts y *Konzern*. A partir de esta época, no subsisten más que nueve grandes bancos alemanes, estrechamente ligados entre sí por "comunidad de intereses", y a la industria por el sistema de las participaciones. La exportación de capitales aumenta de manera espectacular, hallándose Alemania en 1913 en el tercer lugar de las potencias mundiales para la exportación de capitales. En fin, Alemania es en esa fecha, después de Francia, el país cuyo capital monopolizador participa en el mayor número de cárteles internacionales.

Sin embargo, el edificio presentaba ya fisuras. Se puede comprobar claramente que no fue sólo la guerra de 1914-1918 la que creó súbitamente dificultades en un proceso antes armonioso. Las consecuencias de la guerra se inscribieron en el conjunto de las contradicciones de la formación social alemana, en el seno de la cadena imperialista, en la medida en que la guerra no fue, finalmente, más que su efecto. Ahora bien, después de la guerra, desde el punto de vista económico, Alemania alcanzó ya en 1927 el volumen de su producción industrial de antes de la guerra, lo sobrepasó en un 15 % en 1928, y recobró el segundo lugar entre los países industriales. Durante el período de 1924-1929, el progreso técnico y la productividad del trabajo sobrepasaron el índice de antes de la guerra y alcanzaron el de los Estados Unidos, acelerándose el proceso de concentración del capital y de constitución de capital financiero.

Cierto es que la guerra gravó a Alemania con las reparaciones que debía pagar en virtud de los tratados de paz. Este fenómeno de transformación de un país acreedor del extranjero en un país deudor del extranjero tuvo consecuencias importantes; más particularmente, contribuyó a la creación de una situación inflacionista permanente, que disminuyó cuando la crisis mundial de 1929. Condujo igualmente a un adeudo grave de la industria alemana con el

extranjero —especialmente con los Estados Unidos— para su reconstrucción industrial, con lo que este país exportador de capitales trocóse así en un país importador de ellos. Esta consecuencia de la guerra *vino a injertarse* sobre las dificultades inherentes al desarrollo del capitalismo en Alemania, y fue en esta medida como contribuyó a crear la situación de crisis en los comienzos de los años treinta.

Ya antes de la primera guerra mundial, el desarrollo del capitalismo presentaba fisuras profundas, perceptibles entre otras consecuencias en el descenso del ritmo de crecimiento de la industria: 6.4 % en 1880-1890, 6.1 % en 1890-1900, 4.2 % en 1900-1913. Esas fisuras se debían principalmente a la transición concreta, en Alemania, del feudalismo al capitalismo, a la naturaleza y al proceso de su revolución democrático-burguesa.[2] Esta "revolución", que es preciso poner así entre comillas, fue particularmente tardía. No se realizó bajo la dirección hegemónica de la burguesía, aunque esta burguesía se hallase ya económicamente muy avanzada. A causa de su temor a un proletariado ya constituido, la revolución fue conducida desde "arriba", por Bismarck, y por medio de una alianza particular de la burguesía con la nobleza rural, los grandes propietarios territoriales, de Prusia, los cuales conservaron durante mucho tiempo una preponderancia política decisiva en el seno de esta alianza.

El proceso se señaló no sólo por unas formas específicas del aparato de Estado y de sus instituciones, formas en el interior de las cuales el tipo feudal de Estado dio pruebas de una persistencia notable, sino también por un retraso y una desigualdad características en la realización de la "unidad nacional" de Alemania. Unidad nacional quiere decir, en el marco de la revolución democrático-burguesa, "unidad económica" de una formación social, entendiéndose sin embargo que esta unidad económica, en tanto que nacional, está sobredeterminada por toda una serie de datos políticos —forma de Estado burgués— e ideológicos —ideología política burguesa—; todo lo cual le faltó con mucho a Alemania.

[2] Sobre este tema, A. Rosenberg, *Geschichte der Weimarer Republik*, 1961, así como: *Entstehung der Weimarer Republik*, 1961. En fin, los análisis de Marx y Engels, citados en mi libro: *Pouvoir politique et classes sociales*, pp. 194 ss [228 ss].

Así, esa unidad económica y nacional, aunque el proceso hubiese sido iniciado por el Zollverein y Bismarck, no se había cumplido aún la víspera del nacionalsocialismo, pese a la Constitución de Weimar. En el territorio del Reich, las comarcas que se conservaban de los antiguos Estados, así como las diferentes ciudades, gozaban de un estatuto jurídico y administrativo particular, disponiendo de parlamentos, de gobiernos y de aparatos de Estado ampliamente autónomos. La constitución del Estado nacional burgués se hallaba, pues, muy en retraso, correlato de la debilidad hegemónica de la burguesía alemana.

Esta situación tenía efectos contrarios sobre lo económico. En primer lugar, el ritmo y la forma de este proceso de conjunto de la formación social alemana hizo que la situación de sus salidas comerciales, en el mercado mundial, fuera particularmente crítica. El arranque tardío de su proceso de industrialización, pero también las formas políticas bajo las cuales se desarrolló, impidieron a Alemania hacerse un imperio colonial. Las posesiones adquiridas apenas le sirvieron de salidas comerciales y de lugares de exportación de capitales.

Pero esta situación funcionó igualmente en el dominio económico interior, lo cual tuvo una gran importancia dentro del marco del nacionalsocialismo. La ausencia de unidad nacional agravó en cierto modo, a su vez, las desigualdades internas, provocadas por el establecimiento particular del predominio del modo de producción capitalista sobre los otros modos, en la formación social alemana. A causa del papel político de los grandes terratenientes, la industrialización se inició sobre todo en enclaves "encajados" en el interior de la formación social. Pese a la eficacia, señalada por Lenin, de la "vía prusiana" del capitalismo en la agricultura, el sector agrícola no siguió sino trabajosamente y de lejos al sector industrial, ya que el modo de producción feudal había dejado en él secuelas importantes.

Esta desigualdad de desarrollo se acentuó después de la guerra, que había ocasionado una profunda detención de la agricultura. Contrariamente a lo que ocurrió en la industria, el volumen global de la producción agrícola no alcanzó en 1929 más que los ¾ de la de 1913. Era porque se injertaba aquí la agravación del desarrollo desigual entre

industria y agricultura que, como lo ha demostrado Lenin, acompaña el proceso del capitalismo monopolista. Esto provocó finalmente una "compresión" característica del mercado interior alemán, compresión acentuada por el índice muy elevado y constante del paro durante todo este período de posguerra. Esta compresión era particularmente grave a causa de la ausencia de salidas comerciales exteriores.

En fin, en esta "revolución desde arriba" de Alemania, el papel del Estado que bajo Bismarck dirigió en cierto modo el proceso fue decisivo. Este papel se manifestó en las funciones económicas muy importantes, y en las intervenciones sistemáticas del Estado en la economía *a lo largo de todo* el proceso del capitalismo en Alemania. La burguesía alemana se mantuvo constantemente tributaria del Estado, cuyo papel económico pronunciado le fue indispensable.

Pero, en la medida misma en que este papel del Estado siguió siendo necesario y en que se situó dentro del marco político particular de la revolución desde arriba, el proceso no se realizó sin sacudidas. Este papel del Estado no pudo, en efecto, trasgredir los límites impuestos por el *poder de Estado*. En el seno de las alianzas de clase de este poder de Estado, los grandes terratenientes que, principalmente por razones políticas e ideológicas, se mantuvieron durante mucho tiempo como una clase distinta y después como una fracción autónoma de la burguesía, se hicieron un lugar importante, desproporcionado, se diría, respecto de su poder económico y de su lugar en la producción: disponían incluso casi totalmente de esa pieza esencial del aparato de Estado alemán que era la Reichswehr. Con la ayuda de la Constitución de Weimar, puede decirse que el papel intervencionista constante del Estado en Alemania dentro del marco de la revolución desde arriba ponía precisamente trabas al papel específico que le correspondía en el proceso del capitalismo monopolista, es decir, a su intervención masiva en provecho del capital financiero.

Intervención masiva porque, entre tanto, y a causa pues del conjunto de las contradicciones de la formación social alemana, la situación del capitalismo se degradaba rápidamente.

Vemos bien dibujarse ya la debilidad de Alemania como eslabón de la cadena imperialista. Esta debilidad procede del conjunto de las contradicciones de la formación social alemana, en sus relaciones con los demás países de la cadena imperialista. Su desarrollo "económico" avanzado constituye —pero únicamente si se considera en el conjunto de las contradicciones de la formación alemana— una de las piezas esenciales de esa debilidad. La cual no tiene sentido sino en la periodización del proceso imperialista, en tanto que se sitúe en las contradicciones de la transición al establecimiento del predominio del capitalismo monopolista.

II. ITALIA

Vengamos ahora al caso italiano, que es bastante distinto del caso alemán. Sin embargo, se puede descubrir una similitud característica si se tiene en cuenta —y solamente así— el lugar de Italia en la cadena imperialista.

La similitud reside precisamente en la *debilidad* del eslabón italiano en la cadena. Esta debilidad no se debe a las mismas razones que la del eslabón alemán: aunque aparecen semejanzas relativas en caracteres "aislados" de ambos casos, estos caracteres no pueden, como tales, fundamentar el parentesco de las dos formaciones. Son sus efectos, distribuidores de lugares en la cadena, los que revisten importancia. Dicho de otro modo, es la cadena imperialista misma la que determina la *homología* de los efectos —fragilidad de los eslabones— debidos, en cada uno de los dos casos, a razones *diferentes*. Esta diferencia no pierde, por lo demás, a causa de ese hecho, toda pertinencia: el proceso de establecimiento y de funcionamiento del fascismo en Italia es sensiblemente distinto del alemán.

En Italia,[3] el proceso de industrialización fue particularmente tardío, no iniciándose de manera decisiva hasta los

[3] Véase, a este respecto, entre otros: R. Paris, *Histoire du fascisme en Italie*, 1962, y *Les origines du fascisme*, 1969; R. Romeo, *Risorgimento e capitalismo*, 1959, y, del mismo autor, *Breve storia della grande industria in Italia*, 1967; *La formazione dell'Italia industriale*, publicada bajo la dirección de A. Caracciolo, 1963; en fin, S. B. Clough, *The Economic History of Modern Italy*, 1964.

alrededores de 1880. El feudalismo, señalado por el predominio del sector agrícola, dio pruebas, en el contexto de la dispersión territorial y política de Italia perpetuada por las ocupaciones extranjeras sucesivas, de una persistencia notable. Con todo, en vísperas de la primera guerra mundial, Italia había entrado ya en el estadio imperialista, si bien de manera muy particular. Dada la importancia del capital comercial y bancario, que remonta al Renacimiento, y el retraso de la acumulación primitiva en la agricultura, el proceso de la industrialización estuvo, *desde sus comienzos*, caracterizado por una tendencia rápida a la fusión del capital bancario y del capital industrial en capital financiero, y por un ritmo muy elevado de concentración del capital. El capital industrial monopolista no "precedió" a la constitución del capital financiero, sino que fue su corolario.

Esto se acentuó, por lo demás, con la penetración importante del capital financiero extranjero en Italia, debida al adelanto de los otros países y al retraso del capitalismo italiano. Capitales franceses y británicos primero, favorecidos por Cavour, y alemanes después, tras de la abolición del curso forzoso en 1885. Este capital desempeñó un papel importante en el proceso de industrialización, reforzando la tendencia precoz a la concentración monopolista y gravando el capital y el Estado italianos con un fuerte adeudo.

Así, ya en 1884, se asiste a la fundación de los Altos Hornos de Terni, apoyada por la Banca Generale y el Credito Mobiliare, que hizo de Italia un país capaz de producir acero. En 1894, un grupo financiero alemán constituyó la Banca Commerciale Italiana, que desempeñó después un papel muy importante. A partir de 1902, hubo igualmente una concentración acelerada por vía de trusts (trust Ilva) en la rama siderúrgica, y a partir de 1910, con la Fiat, el mismo proceso en la industria del automóvil. Concentración cuyo carácter *precoz* es obvio si se considera que, *estadísticamente*, eran todavía los talleres y las manufacturas los que predominaban en el conjunto del sector industrial. Este proceso de concentración se acentuó durante la guerra.

Al terminar la guerra atravesó Italia una crisis económica grave. Sin embargo también aquí las consecuencias

de la guerra no hicieron otra cosa que inscribirse en las fisuras preexistentes del edificio de la formación social italiana.

En efecto, este proceso se caracterizó en Italia por una desigualdad fundamental entre el desarrollo industrial y la lentitud del establecimiento del capitalismo en los campos. Desigualdad presente también en Alemania, pero que en Italia revistió el carácter de un *verdadero foso*, concretado por lo demás en el problema del Mezzogiorno. La ausencia casi total de reforma agraria —reforma que se realizó en las regiones del oeste de Alemania— y la persistencia del carácter feudal de las explotaciones de los grandes terratenientes del sur de la península no sólo retrasaron el ritmo de acumulación primitiva del capital sino que sobre todo ahondaron el foso en el desarrollo integral interno, y acentuaron sus efectos secundarios sobre el mercado interior y la industria.

La agricultura italiana, que en 1911 representaba todavía el 55 % del producto global, fue la gran vencida de la guerra, pues ésta provocó su hundimiento. Hundimiento cuyos efectos sobre la "compresión" del mercado interior fueron tanto más graves cuanto que, a causa de las formas arcaicas de la agricultura, apenas el 50 % de la producción agrícola estaba comercializado antes de la guerra. A lo cual se añade, aquí también, la agravación de la desigualdad del desarrollo entre industria y agricultura, propia del capitalismo monopolista.

La industria italiana, artificialmente hinchada por los pedidos de guerra, se encontró privada así de salidas, tanto más cuanto que, constituida tardíamente, no se había preocupado nunca a tiempo del problema de los mercados de los que hasta entonces no había tenido *económicamente* necesidad. La guerra "colonial" de Libia respondía, a causa del carácter de adelanto precoz y ficticio del capital financiero italiano, a una demanda de exportación de capitales, pero sobre todo, como lo ha subrayado Gramsci, *a razones políticas*, a intentos de establecer a los campesinos pobres del sur en Libia, es decir, a promesas de reforma agraria en el suelo africano.

La deuda exterior de Italia adquiere, en este contexto, después de la guerra, aspectos catastróficos. Caracterizado el proceso de industrialización desde el comienzo por la

fusión precoz del capital financiero, el capital industrial no poseía más que un margen muy escaso de acción autónoma con el fin de adaptar y de levantar de nuevo la industria después de la guerra. El déficit de la balanza comercial y el déficit presupuestario se agravaban.

Las grietas de la formación social italiana, lejos de comenzar con la guerra, se remontaban, pues, al proceso de la revolución democrático-burguesa en Italia. Es el famoso problema del Risorgimento, cuyo perfil exacto nos ha legado Gramsci, pese a algunas insuficiencias de análisis. Notemos, por lo demás, que la discusión relativa al Risorgimento se halla lejos aún de estar terminada.[4]

Este proceso de la revolución democrático-burguesa en Italia se inserta en el vasto movimiento contrarrevolucionario que sucedió en Europa a los trastornos de 1848. En la época de ese proceso, la burguesía italiana era *muy débil;* debilidad económica en primer lugar, ya que su situación era muy inferior a la situación económica de la burguesía alemana. En este contexto, el papel histórico de Cavour consistió en iniciar el proceso de la unidad nacional, por el medio indirecto de una alianza de la burguesía naciente del norte y de la gran propiedad territorial de carácter principalmente feudal, del sur. Si el papel de Bismarck consistió sobre todo en hacer desde arriba que la burguesía alemana llegara al poder político, el de Cavour consistió, mucho más, en crear las condiciones de las bases económicas de la burguesía italiana, en "fabricar los fabricantes", como decía Gramsci.

[4] Los textos de Gramsci relativos al tema se encuentran esencialmente en: *Il risorgimento y La questione meridionale,* pero también en *Note sull Machiavelli...* Para una visión sintética del debate abierto en Italia a propósito de las tesis de Gramsci, A. Pizzorno, "A propos de la méthode de Gramsci...", *L'homme et la société,* núm. 8, pp. 161 ss. El debate se centró en torno de la cuestión siguiente: Gramsci atribuía la debilidad hegemónica de la burguesía italiana, entre otras cosas, al hecho de que no ha podido o no ha subido, a ejemplo de la burguesía francesa, imponer una *reforma agraria* y adquirir así el apoyo de ciertas clases y capas medias del campesinado. Ahora bien, se ha creído —Romeo en particular— que Gramsci entendía con esto simplemente una debilidad *económica* de la burguesía italiana, que no habría sabido embragar el proceso de *acumulación primitiva del capital* al eje de esa reforma, y es fácil replicar que esa acumulación se realizó en Italia, pero en el sentido de la "vía prusiana", como decía Lenin. Lo que importa ver es que Gramsci trataba de una *cuestión política.*

Este proceso no podía llevarse a cabo sino por una *preponderancia política decisiva*, en el seno de la alianza, de la burguesía sobre los terratenientes del sur —caso distinto de Alemania—, preponderancia adquirida bajo Cavour, y consolidada bajo Crispi. En efecto, este proceso de establecimiento económico de la burguesía no puede hacerse, en estas condiciones, sino por medio de un foso creciente entre industria y agricultura. El único camino distinto, dado el carácter feudal de la gran propiedad agrícola, era el de una reforma agraria, es decir, de un amplio apoyo de la burguesía sobre el campesinado, análogo al proceso jacobino en Francia. Camino éste cerrado en Italia: la ausencia de reforma agraria era precisamente el precio pagado por la burguesía italiana a la gran propiedad territorial por su supremacía política sobre ella. Esta supremacía debía permitir el establecimiento económico de la burguesía; pero a costa de la agricultura; lo cual se concretó, por otra parte, por una contradicción creciente, en el seno de la alianza, entre burguesía y gran propiedad territorial, mucho más profunda que en Alemania.

Revolución conservadora según unos, revolución de una burguesía "que no ha sabido ni querido completar su victoria", según Engels, *revolución pasiva*, según Gramsci. Revolución pasiva, cuya denominación misma indica el parentesco con la revolución desde arriba de Bismarck —parentesco señalado por Gramsci—, pero distinta de ésta: la burguesía italiana aprovechó el amplio movimiento popular, llegando, *a pesar de su debilidad*, al poder político, pero saliendo garante, ante los terratenientes, de la represión radical del movimiento por medio del aparato del Estado. Las características de este proceso italiano explican a la vez la presencia de movimientos de tipo jacobino, del Partido de Acción de Mazzini y del movimiento garibaldino, así como su impotencia para lograr un influjo real sobre la burguesía italiana.

Esta desigualdad de desarrollo entre el norte y el sur explica igualmente el proceso incompleto de realización de *la unidad nacional*. El hecho de quedar incompleto, efecto político de la desigualdad económica, no hizo a su vez, por mecanismos político-ideológicos, otra cosa que profundizar ésta. Como lo ha demostrado Gramsci, la ausencia de una burguesía hegemónica marcó la debilidad de

un Estado nacional, constituido por la perpetuación en cierto modo del dominio del norte sobre el sur, y excluyendo a este último de la vida política de la nación. Este proceso, que expresa la contradicción entre burguesía y grandes terratenientes, se prolongó por lo demás a causa de una contradicción político-ideológica entre las masas populares del norte, principalmente la clase obrera, y las masas populares del sur, principalmente el campesinado pobre.[5] Constituida la "unidad italiana" a expensas de los agrarios y contra el Papa, éste prohibió la participación de los católicos en la vida política de la nación, incluso en la guerra. Los grandes terratenientes del sur conservaron durante mucho tiempo —hasta 1920— la nacionalidad española, y no perdonaron ocasión de agitar el espectro del separatismo.

Es cierto también que el Estado nacional italiano fue profundamente centralizado y "burocratizado", único medio de mantener una unidad nacional vacilante; en tanto que el centralismo del Estado francés se debe, por ejemplo, a causas totalmente distintas. Sin embargo, ese centralismo era de hecho un simple tejido injertado sobre parcelas que poseían una amplia autonomía política y administrativa local. Esta autonomía permitió a los grandes terratenientes, a la vez que mantener su dominio económico y político-ideológico sobre el campesinado del sur, contrarrestar la estrategia de la burguesía del norte.

La organización de la unidad nacional en provecho del norte y por medio de la forma de Estado particular en Italia era por lo demás tanto más necesaria cuanto que la burguesía italiana fue ampliamente tributaria, ella también, en el proceso de industrialización, de la intervención económica —sobre todo fiscal y aduanera— del Estado. Esto la entronca con la burguesía alemana y podría decirse

[5] "Otro elemento que permite juzgar el alcance real de la política de obsesión unitaria de Crispi es el conjunto de los sentimientos que se crearon en el norte con respecto al sur. La 'miseria' del sur era inexplicable históricamente para las masas populares del norte, que no comprendían que la unidad no se había producido sobre una base de igualdad, sino por el dominio del norte sobre el sur según la relación territorial de ciudad a campo, es decir, que el norte era un 'pulpo' que se enriquecía a expensas del sur, y que su extensión económica... estaba en relación directa con el empobrecimiento de la economía y de la agricultura del sur." (Gramsci, *Œuvres choisies*, pp. 356-71.)

en cierto modo que todo ocurre como si Alemania e Italia se hubieran saltado la forma de Estado liberal. Con todo, aquí tampoco marcharon las cosas sin sacudidas, a causa de la oposición de los grandes terratenientes a unas medidas que lesionaban sus propios intereses. La situación se agravó a este respecto después de acabada la guerra, al conquistar las clases populares ventajas políticas bastante sustanciales, en un momento en que la intervención cada vez mayor del Estado en favor de la burguesía italiana se volvía, aquí también, para ella, una cuestión de vida o muerte.

Italia se presenta, pues, al término de la guerra, como un país económicamente a la vez "retrasado" respecto de los demás eslabones de la cadena imperialista y, en cierto modo, "adelantado" con respecto a sí mismo. Este adelanto, consistente en la concentración financiera precoz y ficticia, no es, entre otros, más que un efecto de su "retraso" respecto de los demás eslabones. Sin embargo, estos adelantos y retrasos, considerados precisamente como ritmo de la cadena imperialista, no revisten su importancia sino insertos en el conjunto de los vínculos políticos e ideológicos de esa cadena, y por lo tanto en el conjunto de los datos de la formación social italiana.

Puédese entonces circunscribir la debilidad del eslabón italiano durante la fase de transición al capitalismo monopolista. Esta debilidad se debe a razones distintas de las que obran en el caso del eslabón alemán, pero tiene igualmente como efecto el ritmo particular de acumulación de las contradicciones *desembocando en la coyuntura de la lucha de clases.*

Estas consideraciones aparecen todavía más claras si se comparan los eslabones alemán e italiano a las otras metrópolis del imperialismo de la época: Francia, Inglaterra, Estados Unidos. También se hallan afectadas por el proceso de transición al capitalismo monopolista y por las "crisis económicas". No se advierte, sin embargo, esa acumulación de contradicciones que caracteriza a Alemania y a Italia. Al nivel especialmente del poder de Estado y de las formas y aparatos de Estado, el proceso de unidad nacional no presenta en parte alguna fisuras comparables a las de Alemania y de Italia. Con la subida del nacionalsocia-

lismo al poder, se advierte que el centro de debilidad se desplaza a España, que presenta no obstante un desarrollo "económico" totalmente distinto al de esos dos países. España se convierte así, a su vez, en el nudo de las contradicciones imperialistas en el ámbito europeo: el establecimiento del fascismo y del nacionalsocialismo es un factor esencial, como es sabido, de la debilidad del eslabón español

3

EL PERÍODO DE LOS FASCISMOS Y LA III INTERNACIONAL

1. LA CONCEPCIÓN GENERAL Y LOS VIRAJES DEL KOMINTERN: LA CUESTIÓN DEL PERÍODO Y DE LAS ETAPAS DE LA LUCHA DE CLASES

Es preciso examinar ahora los análisis de la III Internacional. Sorprende efectivamente el hecho de que no supiera ésta comprender cómo se debía la cadena imperialista y localizar la debilidad relativa de sus diversos eslabones. Esto se manifiesta sobre todo en las distinciones que estableció entre Italia y Alemania, y que la condujeron a subestimar el peligro del fascismo en Alemania: no supo determinar el parentesco entre ambos casos, que residía precisamente en su debilidad relativa en el interior de la cadena.

Como por lo demás lo reconoció Dimitrov, en su informe al VII Congreso, en 1935: "En este orden de ideas, no podemos omitir una serie de errores cometidos por los partidos comunistas, errores que frenaron nuestra lucha contra el fascismo. Existía en nuestras filas una subestimación inadmisible del peligro fascista, subestimación que, hasta ahora, no ha desaparecido en todas partes. Existían en otro tiempo en nuestros partidos puntos de vista del género de 'Alemania no es Italia'; dicho de otro modo: el fascismo ha podido vencer en Italia, pero su victoria es imposible en Alemania, país altamente desarrollado en cuanto a la industria, altamente cultivado con tradiciones de cuarenta años de movimiento obrero, país donde el fascismo es imposible. Existían también puntos de vista que existen aún hoy, del género de éste: en los países de democracia burguesa 'clásica' no hay terreno abonado para el fascismo. Estos puntos de vista han podido y pueden contribuir a disminuir la vigilancia respecto del peligro fascista

y poner trabas a la movilización del proletariado en la lucha contra el fascismo".[1]

Lo que importa ver bien es *por qué* la Internacional no esperaba el fascismo en Alemania, lo cual está en relación con la explicación que había dado aquélla del fascismo italiano. Según esta explicación, el fascismo había surgido en Italia a causa de su *retraso económico* en el proceso capitalista, y no podría reproducirse en Alemania a causa del *adelanto económico* de este país altamente industrializado. Es lo que expresaba muy bien Martinov, todavía en 1929: "El fascismo... será nuestro principal enemigo en los países atrasados y agrícolas a medias..."[2] Interpretación que había dominado durante el IV Congreso (1922-23) en el que Zinoviev, en oposición a Bordiga y a Radek, explicaba el fascismo como fenómeno que representaba, en primer lugar, a los *agrarios*.[3] Esta concepción economista del proceso imperialista parece así ir unida a una concepción evolucionista, que no puede captar los problemas complejos del desarrollo desigual: éste no puede, en efecto, jalonarse más que en la medida en que se ha determinado con exactitud *la cadena*.

Podría decirse así que, en esta concepción del imperialismo, el proceso se interpreta como una *evolución económica lineal*, considerando la debilidad de cada país según su "retraso" o su "adelanto" en la línea de progresión económica. El fascismo habría surgido en Italia por ser éste, desde tal punto de vista, un país atrasado —"débil"—, así como la revolución habría surgido en Rusia por ser éste el país *más* atrasado —"débil"— económicamente.

Ahora bien, la debilidad del eslabón italiano no se debía en absoluto a semejante "atraso". Es lo que notaba sin embargo E. Varga, el famoso economista del Komintern, al plantear precisamente, y desde su punto de vista, el problema del imperialismo: "El desarrollo del capitalismo italiano presenta en estos diez últimos años algunos momentos extremadamente interesantes. *Italia es la mayor potencia europea que ha entrado más tardíamente en el*

[1] Dimitrov, *Œuvres choisies*, Éd. Sociales, p. 51.
[2] Informe al IX Plénum del Komintern, julio de 1929.
[3] Informe Zinoviev, en *Protokoll des vierten Kongresses der K. I.*, 1923, pp. 897 ss.

desarrollo capitalista moderno, pero que, sin embargo, ha revestido en el lapso más corto un carácter excepcional imperialista... La segunda particularidad en el desarrollo del capitalismo en Italia consiste en el hecho de que la dictadura de la burguesía adoptó aquí la forma particular del fascismo. Y la cuestión que se suscita es la de saber en qué medida ese *sistema político* perjudicó o favoreció el desarrollo del capitalismo italiano *con respecto al de los demás países*..." [4]

Es inútil citar aquí los análisis de la Internacional y sobre todo del Partido Comunista alemán, referentes a la imposibilidad de una subida al poder del nacionalsocialismo; ya tendremos ocasión de volver sobre ello. Lo que nos sorprende, una vez ocurrido, es la ceguera absolutamente pasmosa que mostraron los dirigentes comunistas: no se esperaban el fascismo en un país "altamente industrializado" y económicamente adelantado, por lo tanto en un *país "fuerte"*.

Pero esta concepción tiene consecuencias todavía más lejanas, y es aquí donde las cosas se hacen patentes. El economismo evolucionista puede muy bien conducir a un desciframiento exactamente inverso —e igualmente falso— de la situación concreta que el que se había hecho antes. Demos un salto de algunos años, y veamos lo que se decía del nacionalsocialismo *después* de su advenimiento. Quizá nadie lo ha expresado mejor que W. Pieck: el nacionalsocialismo habría llegado "al país europeo industrialmente más adelantado" *a causa precisamente de ese adelanto económico*.[5] Lo que antes aparecía como una razón para que el fascismo no surgiera ¡aparece ahora como la razón por la cual el fascismo surgió!

¿Qué argumento se intercala en esta operación de inversión? El adelanto económico de Alemania habría hecho de este país, *el más* fuerte industrialmente, un país donde el "capitalismo está más podrido y descompuesto". Sería el avance evolutivo de una formación en el proceso económico lineal el que, por la vía indirecta de la descompo-

[4] En el *Imprekorr* (abreviatura del órgano del Komintern, *Internationale Presse-Korrespondenz*), ed. alemana, el 4 de agosto de 1927.

[5] Informe al XIII Plénum del Komintern de 1933, en *Der Faschismus in Deutschland*, Informes y Acuerdos del XIII Plénum del Komintern, 1934, pp. 89 ss.

sición mecánica del capitalismo, incubando en ella como en tubo de ensayo la contradicción milagro entre fuerzas productivas y relaciones de producción, constituiría su debilidad. A esta "debilidad" de la "fuerza económica" de Alemania es a la que habría respondido el fascismo. Ahora bien, sabido es que se trata muy exactamente de la concepción economista-evolucionista de la II Internacional, la cual esperaba la revolución en Alemania a causa de su madurez-putrefacción económica, y que Lenin había atacado con su concepción del eslabón más débil.

Recordemos en todo caso, por ahora, que la debilidad relativa del eslabón alemán en la cadena imperialista no se debía ni exclusivamente a su situación económica ni tampoco a un "adelanto económico" tal como lo concebía la Internacional.

En fin, todavía sería conveniente que consideráramos aquí, antes de entrar en el examen de la coyuntura de la lucha de clases que conduce al fascismo, algunos problemas complementarios relativos al estadio imperialista.

Estas consideraciones pondrán precisamente en evidencia la necesidad de referirse a la *situación concreta* de la lucha de clases a fin de explicar el fascismo, fascismo que no es en modo alguno reducible a una necesidad ineluctable del desarrollo "económico" del capitalismo. Nos permitirán igualmente ver en qué la concepción economista de la III Internacional condujo, paralelamente a la ocultación de la cadena y del lugar de sus eslabones, a una subestimación teórica y política constante del *papel de la lucha de clases* en el ritmo y la dirección del desarrollo del imperialismo, lo cual es patente en sus análisis relativos al fascismo. Y para atacar los problemas en su raíz, se notará que Lenin, al designar el imperialismo como la etapa *superior* del capitalismo, lo caracterizó como "un capitalismo *parasitario* y *en putrefacción*", o también "De todo lo que llevamos dicho sobre la esencia económica del imperialismo se desprende que hay que calificarlo de capitalismo de transición o, más propiamente, de capitalismo agonizante".[6] Se tratará de demostrar cuál es la exacta apreciación de estos análisis de Lenin, que han tenido una impor-

[6] Lenin, *op. cit.*, p. 794.

tancia incalculable, y cuál fue la evolución de la Internacional a propósito de esta apreciación.

Ante todo, estas precisiones de Lenin se sitúan, directamente, en la polémica intensa que sostuvo contra ciertas concepciones del imperialismo de Kautski y de la II Internacional. Según Kautski, la era del imperialismo desembocaría en el "superimperialismo", es decir, una era pacífica, a la vez en lo que se refiere a la lucha de clases "nacional" y a las relaciones entre los estados-naciones, por un acuerdo armonioso de las clases dominantes y de los estados en la dominación imperialista mundial. Se trataría así, en cierto modo, de una etapa en la que el capitalismo habría sobrepasado las contradicciones económicas del capitalismo de competencia, estableciendo su equilibrio definitivo.

Ahora bien, Lenin ataca con razón, en forma polémica, esta concepción, demostrando oportunamente que el imperialismo, lejos de suprimirlas, no hace sino *agravar* las contradicciones del sistema capitalista. Las contradicciones del capitalismo persisten en una *forma nueva*, que es igualmente una forma de *intensificación*, en el estadio imperialista, lo cual conduce, a los ojos de Lenin, a una agravación, bajo formas nuevas y más agudas, *de la lucha de clases*.

Pero veamos, saltando un momento por encima de los años, los análisis a que llega, a este propósito, la Internacional, sobre todo a partir del V Congreso (1924). Puede decirse, y sin tratar en absoluto de forzar la dosis, que están marcados por su economismo. Este economismo ha dado lugar a una característica general de sus análisis que puede ser designada como el "catastrofismo economista", particularmente claro en los análisis concernientes a los fascismos en Europa.

El economismo consiste aquí, en primer lugar, en privilegiar las "fuerzas productivas" a expensas de las *relaciones de producción*; lo cual se acompaña, en segundo lugar, de una concepción economista-tecnicista del proceso de producción y de las "fuerzas productivas", consideradas en cierto modo como independientes de las relaciones de producción. Se llega así, y éste es el nudo del problema, a no poder localizar exactamente la articulación del proceso de producción *y del campo de la lucha de clases*. *La lucha de clases se escamotea*, en el sentido de que se reduce

a un "proceso económico" de factura mecanicista, al cual se atribuye la primacía en el desarrollo histórico. Se sabe, sin embargo, que Lenin y Mao han insistido muchas veces en el hecho de que, desempeñando lo económico el papel de determinación en última instancia —contradicción fundamental—, es *la lucha de clases*, es decir, finalmente la *política*, la *lucha política de clases* la que posee la *primacía* en el proceso histórico.

Nunca se insistirá demasiado en esta subestimación del papel de la lucha de clases a que conduce el economismo, y así, indirectamente, es como se puede comprender el corolario del economismo, la ausencia de línea de masa. Pero lo que nos importa aquí es que igualmente por ese camino oblicuo es como se puede comprender el catastrofismo economista del Komintern.

1] En efecto, a causa de este escamoteo del papel de la lucha de clases, la III Internacional no supo determinar con exactitud, para comenzar, el carácter de *tendencialidad* de ciertos aspectos del desarrollo del capitalismo y del imperialismo. El carácter mismo de una *tendencia* histórica, y Marx lo había subrayado, obedece precisamente, y en último análisis, al hecho de que el proceso económico está sobredeterminado por la lucha de clases, que detenta la primacía.

Tomemos un simple ejemplo, que desempeñó un papel importante en los análisis en la III Internacional referentes al período de los fascismos, el de *la tendencia a la baja de la tasa de provecho*, a la que obedece, según Lenin, la exportación de capitales del estadio imperialista. El catastrofismo economista de la III Internacional, que preveía una descomposición inminente del capitalismo en las metrópolis del imperialismo, se funda en gran parte en esa tendencia a la baja de la tasa de provecho, concebida como "ley ineluctable" del proceso imperialista.

Ahora bien, como nota justamente Bettelheim, se trata en esto "de una tendencia histórica y no de una ley histórica: no muestra 'el porvenir' hacia el cual se encaminaría ineluctablemente el modo de producción capitalista, un porvenir en el cual la tasa de provecho tendería a cero, sonando así la 'última hora' de un modo de producción condenado para siempre".[7] Lo que muestra esta ten-

[7] Prefacio a *Le capitalisme monopoliste*, de Sweezy y Baran, pp. 65 ss.

dencia es el desarrollo de la contradicción propia del modo de producción capitalista, contradicción que *se reproduce* al mismo tiempo que las condiciones de la producción capitalista misma. Así, y Marx lo ha indicado, por su misma reproducción, esta contradicción puede tener *efectos contradictorios* tales que se manifiestan como causas que pueden contrarrestar, o incluso suprimir "por un tiempo", los efectos de la tendencia.

En efecto, y éste es el punto capital, la reproducción de esta contradicción en sus efectos contradictorios, y el impacto de estos últimos sobre esta tendencia histórica, dependen *de la lucha de clases*: sabido es que esta tendencia a la baja de la tasa de provecho va siempre combinada *con una tendencia al alza de la tasa de la plusvalía*. Este efecto "que contrarresta" depende a su vez del costo de la reproducción de la fuerza de trabajo, *por lo tanto de la tasa de explotación*. Así, la cuestión que surge entonces es la siguiente: ¿hasta qué punto, en qué coyuntura determinada y por qué medios puede la clase dominante explotar a las clases dominadas, es decir, hasta dónde y cómo estas últimas se dejarán eventualmente explotar, al nivel nacional, pero también al nivel internacional? Lo cual entonces puede muy bien marcar el umbral del bloqueo, y su duración, de la tendencialidad, en una palabra, su ritmo histórico. Sólo escamoteando la lucha de clases se desemboca en el catastrofismo economista, por una mala interpretación de lo que Lenin entendía por capitalismo en la agonía y capitalismo en putrefacción.

2] Se puede, por lo demás, a propósito del catastrofismo economista, recurrir a ejemplos distintos del de la tendencia a la baja de la tasa de provecho. Podemos referirnos al, igualmente patente, del *desarrollo de las fuerzas productivas*.

Sabido es que, para Marx, esta cuestión no tiene en absoluto sentido si se la considera de manera "aislada". El problema del desarrollo de las fuerzas productivas sólo reviste sentido en conexión con las relaciones sociales de producción y, por ello mismo, sólo a través de la contradicción entre la "base" —el proceso de producción: combinación fuerzas productivas y relaciones de producción— y una "superestructura" que no "corresponde" ya a ese desarrollo. Si por superestructura se entiende principal-

mente las formas jurídico-políticas e ideológicas, se ve bien que esta contradicción concierne directamente *al campo de la lucha de clases.* La superestructura misma no es en modo alguno una simple envoltura del proceso de las fuerzas productivas, sino que interviene de manera decisiva en el proceso de producción: la contradicción entre estas figuras "tópicas" de base y de superestructura depende de la lucha de clases. La no correspondencia entre base y superestructura no define mecánicamente un futuro cualquiera catastrófico de una formación social; la explosión de esta contradicción, pero también su reajuste eventual en el seno del mismo modo de producción, dependen de esta lucha.[8]

En los análisis de la III Internacional se advierten, frente a este problema, *dos posiciones* alternantes pero correspondientes ambas a un economismo característico:

a) La primera posición es la que postula la *suspensión definitiva del desarrollo de las "fuerzas productivas" bajo el imperialismo,*[9] al margen de todo contexto de superestructura o de lucha de clases. Ya en el IV Congreso, en el *Acuerdo sobre la táctica* de la Internacional, bajo la rúbrica "El período de decadencia del capitalismo", se lee: "Luego de haber analizado la situación económica mundial, el III Congreso pudo comprobar, con la precisión más absoluta, que el capitalismo, *después de haber realizado su misión de desarrollar las fuerzas productivas,* ha caído en la contradicción más irreductible con las necesidades de la evolución histórica... El capitalismo se sobrevive de este modo a sí mismo... El cuadro general de la ruina de la economía capitalista no se atenúa en nada por las fluctuaciones inevitables que son peculiares del sistema capitalista, tanto en su declinación como en su ascenso... Lo que el capitalismo atraviesa hoy no es otra cosa que su agonía. El derrumbamiento del capitalismo es inevita-

[8] Así, en todo rigor, no se puede hablar de "fuerzas productivas" puras y simples; no se puede hablar más que de *fuerzas productivas capitalistas* o de *fuerzas productivas socialistas.* No es, pues, casual que esta posición del Komintern conduzca de hecho a una concepción de la técnica "*neutra*". Ha sido preciso esperar a la experiencia de la Revolución china y a Mao para darse cuenta de todas las implicaciones de esta concepción.

[9] Sabido es que tal fue, por lo demás, la posición constante de Trotski.

ble".[10] Esta tesis de la suspensión del desarrollo de las fuerzas productivas, concebida y formulada así, se repetirá constantemente después; será una pieza esencial del catastrofismo economista.

Lo que precisa señalar es que las fuerzas productivas están aquí consideradas en cierto modo como "aisladas" de las relaciones de producción y del conjunto de una formación social. Uno de los efectos de esta concepción es que a través de ella no se pueden descubrir y localizar las contratendencias, que residen principalmente en el papel de la lucha de clases. De hecho, se puede decir ya que, así, la III Internacional ha interpretado una tendencia económica, durante cierto tiempo real entre las dos guerras, como la señal y el indicio de entrada en vigor irreversible de una ley económica ineluctable. Y, sin embargo, Lenin, en *El imperialismo*..., había sido explícito en cuanto a este punto: "La *tendencia* al estancamiento y a la descomposición, inherente al monopolio, sigue obrando a su vez, y en ciertas ramas de la industria y en ciertos países hay períodos en que llega a imponerse".[11]

b) Esta concepción va acompañada de una tesis en apariencia, pero sólo en apariencia, diferente, que se refiere esta vez a la contradicción señalada entre base y superestructura, contradicción concebida precisamente de manera economista. Esta tesis está formulada así: se pone en sordina la suspensión de desarrollo de las fuerzas productivas, insistiendo, *por el contrario*, en el hecho de que el imperialismo continúa desarrollando esas fuerzas de manera prodigiosa, creando las "primacías" —léase la inminencia— del socialismo. Y es porque este desarrollo lineal de las fuerzas productivas chocaría por ello mismo, cada vez más, con la envoltura de la superestructura, y la profundización de esta contradicción ocasionaría por sí misma, según el catastrofismo economista, la destrucción del sistema.

Tesis desarrollada sobre todo en el VI Congreso de la Internacional y que parece desplazar así el centro de la cuestión del proceso de las fuerzas productivas a la

[10] *Quatre premiers congrès mondiaux de l'Internationale Communiste*, Maspero, p. 155.
[11] *Op. cit.*, p. 771.

contradicción entre base y superestructura; porque, entre tanto, la Internacional había admitido la "*estabilización*" de la economía capitalista para el período que se extendía hasta el VI Congreso: "La época del imperialismo es la época de la muerte del capitalismo... La crisis general del capitalismo constituye la prueba inmediata *de la contradicción profunda entre el crecimiento de las fuerzas productivas y su limitación por el Estado*; constituye la prueba de que la envoltura capitalista se ha convertido en un freno insoportable para un más amplio desarrollo de la humanidad, y que la historia pone en el orden del día la destrucción de las cadenas capitalistas por la revolución... El imperialismo ha desarrollado en alto grado las fuerzas productivas del capitalismo mundial. Ha llevado a cabo la creación de todos los supuestos previos materiales para la organización socialista de la sociedad... El imperialismo trata de resolver la contradicción [entre el desarrollo de las fuerzas productivas y su "envoltura" superestructural]... Pero en realidad esta utopía tropieza con obstáculos objetivos tan grandes e insuperables que el capitalismo no puede sino hundirse bajo el peso de sus propias contradicciones con una necesidad férrea".[12]

Vemos bien que los términos del problema han cambiado, pero en modo alguno la problemática. La superestructura política está considerada como la simple envoltura epifenoménica del proceso de las fuerzas productivas y, al mismo tiempo, se observa un silencio sobre la lucha de clases. La contradicción base-superestructura parece autodesarrollarse por esa primacía propiamente metafísica de las "fuerzas productivas", y nos preguntamos efectivamente entonces lo que la lucha de clases puede tener que hacer en todo ello.

Este economismo de la III Internacional se ha traducido, pues, en la estrategia de la lucha de clases, por un *catastrofismo economista.* Puede señalarse ya aquí su consecuencia principal: de la justa concepción leninista del imperialismo como agonía del capitalismo en descomposición (es decir, como circunscribiendo coyunturas de exas-

12 Acuerdo del VI Congreso (1928), en *Protokoll des sechsten Weltkongresses der K. I.*, 1929, t. IV, pp. 13 ss.

peración de las luchas de clases) se concluye con la mayor frecuencia que la revolución, en las metrópolis europeas del imperialismo, *está en el orden del día*. Conclusión que fue ciertamente justa y adecuada a la realidad *durante algún tiempo*.

Incluso, *durante ese mismo tiempo*, esa conclusión revistió pronto un aspecto economista. Se trataba de una conclusión de orden *general*, sacada del análisis "*económico*" *abstracto* y aplicada (especialmente por el PCA en 1920 y 1921, por el PCI en 1921) sin tener en cuenta la coyuntura concreta de lucha de clases. La revolución proletaria "en el orden del día" revestía así ya la significación de *una revolución a punto de surgir en cualquier lugar y en cualquier momento*, comprendida como la consecuencia mecánica de la crisis económica, efecto esta misma de esas contradicciones económicas.

Esta concepción de la revolución en el orden del día fue así explícitamente desarrollada por Bujarin en la delegación rusa al III Congreso de la Internacional: si el capitalismo está ya virtualmente acabado, habría que llevar a cabo sin tregua la ofensiva revolucionaria, con el fin de precipitar los dolores del parto y obtener la victoria.[13] Presentábase esta línea contra la de Lenin (Lenin apoyado, por lo demás, por Trotski, que era el ponente sobre la situación internacional), adoptada finalmente por ese Congreso. Lenin establecía, en teoría, una periodización del estadio imperialista en etapas y virajes según *la coyuntura de la lucha de clases*. Lejos de atenerse a una concepción mecanicista de la revolución, calcada sobre una "crisis económica" de carácter evolucionista, es decir, finalmente a una concepción no histórica, Lenin contaba en 1921 con el viraje en la lucha de clases. Lanzaba la consigna "A las masas", y fijaba así como objetivo político principal de aquella etapa —de "estabilización"— la conquista previa de las masas.

[13] Véase igualmente, sobre el tema, las observaciones de Trotski, *L'Internationale communiste après Lénine*, 1969, t. I, pp. 186 ss; E. H. Carr, *A History of Soviet Russia, The Bolshevic Revolution*, t. III, 1966, pp. 381 ss, confirma la oposición, a este respecto, entre Lenin, Trotski y Kamenev de una parte, y Zinoviev, Bujarin, Radek y Bela Kun de otra, aunque en el Congreso la delegación rusa no expusiera sus divergencias.

Se debe señalar ya, por lo demás, un elemento importante de *terminología*. Todo ocurre, en efecto, como si Lenin tuviera conciencia de las connotaciones economistas que habría revestido el término "estabilización" —"*estabilización económica*"— para el Komintern. Por eso no emplea este término, sino el de "*equilibrio relativo de las fuerzas*", lo cual remite expresamente a la lucha de clases. Sólo después el Komintern, refiriéndose a Lenin, empleó en su lugar el término de "estabilización".

No era por casualidad.

En efecto, ni los partidos comunistas, principalmente italiano y alemán, ni el Komintern desde el IV Congreso comprendieron ni aplicaron esta concepción leninista. La coyuntura de la lucha de clases —volveremos sobre ello con todos los detalles necesarios— se aplica y se reduce a lo económico progresivamente, *ya sea* que se admita la "estabilización", que reviste un sentido *economista*, ya se la rechace. En adelante, por lo demás, esta estabilización, que reviste precisamente un sentido economista (estabilización económica), incluso en los casos en que se admite, designa *siempre* un simple episodio económico, inscrito en el proceso de la destrucción del capitalismo en el estadio de la agonía económica permanente.

El IV Congreso (1922-1923) habla por primera vez de estabilización, con una connotación economista, y saca conclusiones erróneas —"ultraderechistas"— sobre la etapa de la lucha de clases.

El V Congreso (1924) no habla de la estabilización, en tanto que característica de una etapa de lucha de clases, *por el hecho* de que parece no admitir ya la "estabilización económica".[14] Este Congreso marca el primer viraje "ultraizquierdista" del Komintern, equivocándose igualmente en cuanto a la caracterización de la etapa, si bien en sentido inverso al del IV Congreso.

[14] Varga, el famoso especialista en economía, a cuyos análisis se remiten todos los virajes del Komintern a partir del IV Congreso, había sostenido en éste —*Rise and Fall of Capitalism?*— la "estabilización económica"; durante el V Congreso, volvió a insistir en la crisis económica general del capitalismo, sosteniendo que "...las contradicciones interiores del *capitalismo estabilizado* conducen necesariamente a nuevas situaciones revolucionarias" (!) (en *Protokoll des fünften Kongresses der K. I.*, t. I, pp. 108 ss)

El v Plénum del Komintern (marzo de 1925) admite, en cambio, la "estabilización económica". Zinoviev declara en él, y esto es muy significativo, que la fórmula de Lenin en 1921 de "el equilibrio relativo de las fuerzas enfrentadas" ha conducido, "cuando las cosas se han vuelto más claras, a la fórmula de estabilización", en lo cual Zinoviev al equivocarse acertaba, ya que la *fórmula*, oficialmente consagrada, de "estabilización" indicaba, *para el Komintern*, la apertura del economismo.[15]

En cuanto al vi Congreso (1928), previendo de manera notable la crisis de 1929, saca de ella la conclusión clara del término de la época de "estabilización". Pero esta terminación se confunde con la crisis económica, interpretada esta misma como la crisis catastrófica y final. El final de la estabilización no se relaciona así en absoluto con las características de la lucha de clases, de donde el sentido enteramente erróneo que este Congreso de "ultraizquierda" del Komintern atribuye a este final de la estabilización.[16]

[15] Citado por E. H. Carr, *A History of Soviet Russia, Socialism in One Country*, 1924-1926, t. m, 1ª ed., 1964, pp. 286-7. Lo que no impidió en modo alguno, por lo demás, a Zinoviev sostener que seguía tratándose de la "era de la revolución". El acuerdo adoptado distingue especialmente: a) una situación revolucionaria en general [sic], que existe en Europa; b) *una situación inmediatamente revolucionaria*, que no existe de momento en Europa.

[16] Ésta fue la teoría del "*tercer período*" sostenida por el vi Congreso. Ahora bien, últimamente, M. Hajek (*Storia dell'Internazionale comunista, 1921-1935*, 1969, pp. 188 ss) ha sostenido que el Komintern no había previsto concretamente la crisis de 1929; no se habría tratado más que de proposiciones generales que se relacionaban de manera abstracta con el "fin de estabilización". Esto no me parece exacto. Si bien es cierto que los acuerdos mismos del vi Congreso se abstienen de aventurar oficialmente una previsión precisa, no es menos cierto que los informes de Varga van más lejos y que, ya en 1928, el propio Stalin, en su polémica derivada del vi Congreso con los representantes de la "derecha", insiste por su cuenta en previsiones precisas a propósito de la crisis de los Estados Unidos. El verdadero problema reside en la interpretación atribuida a esta crisis. Una vez ocurrida, el xi Plénum del Komintern (1931) confirmó esta línea de manera muy clara: "El año que ha transcurrido desde el último Plénum de febrero de 1930, año de cambio histórico, ha confirmado la profundización de la crisis económica, la inevitabilidad de la destrucción del sistema capitalista, el desarrollo de la ofensiva socialista..., el fin de la estabilización" (en H. Weber, *Die Kommunistische Internazionale*, colección de textos del Komintern, 1966, p. 255). Es de notar, sin embargo, que la posición del propio Varga, a propósito

Se advierte así que, progresivamente y según un proceso contradictorio, domina en el Komintern una línea general —economismo y ausencia de línea de masa—, a la cual obedecen a la vez sus virajes "a la izquierda" y sus virajes "a la derecha". A tal punto incluso que, a partir de 1928, las caracterizaciones derecha-izquierda no revisten ya, en sí mismas, un sentido preciso; no pueden ser empleadas más que como términos provisionales, que no deben ocultar las profundas grietas que se van abriendo.[17]

II. PRIMERAS INCIDENCIAS SOBRE LOS ANÁLISIS DEL FASCISMO POR EL KOMINTERN

Comoquiera que sea, esta concepción "economista-mecanicista", *constantemente acompañada*, a pesar de sus virajes y peripecias, por el *"catastrofismo economista"*, tuvo consecuencias importantes sobre las posiciones del Komintern respecto del fascismo. Aunque esas posiciones *evolucionaron* según los virajes y el conjunto del proceso del Komintern, puede decirse que los "errores" estaban *ya presentes desde el período que siguió al* IV *Congreso (1922-1923)*, fecha en la cual el Komintern comenzó a ocuparse "oficialmente" del fascismo. El camino había sido abierto en cierto modo por los análisis de la dirección del Partido Comunista italiano. Este proceso contradictorio parece *culminar* así en los análisis del nacionalsocialismo. Sin embargo, después de la victoria del fascismo

de la crisis de 1929, estaba *bastante más matizada*. Subraya constantemente en sus ponencias que el desenlace de la crisis dependerá de la lucha de clases, y nota que "es posible, desde el punto de vista teórico y abstracto, que la crisis se supere", lo cual le valió ataques vigorosos de parte de Mendelson. Véase, entre otros, Varga, *La crise économique, sociale, politique*, París.

[17] Véase más adelante, sobre este asunto, pp. 173 ss, 252 ss, donde se demuestra por qué, a partir de 1928, esos virajes no pueden siquiera ser explicados de acuerdo con el modelo clásico del "balancín" (oportunismo de izquierda-oportunismo de derecha), es decir, como las dos caras, simétricamente opuestas, de una misma línea errónea. Advirtamos ya, por lo demás —volveremos sobre ello a propósito de Trotski—, que incluso antes de 1928 las diversas "oposiciones", en el seno del Komintern, a la línea oficial se sitúan de manera dominante, y progresivamente, *sobre el mismo terreno que ella*, a saber: el economismo.

italiano, hubo ciertamente, durante algún tiempo, voces lúcidas que, sobre determinados puntos precisos, se elevaron contra la corriente en el seno mismo del Komintern.

Señalaremos, por el momento, algunas posiciones tan sólo entre las más características del Komintern respecto del fascismo, y que ilustran la tesis aventurada a propósito de su concepción y de su línea generales:

1] Subestimación del peligro fascista, pero también no comprensión del carácter preciso y del papel histórico del fascismo. El fascismo no iba a poder subsistir, en el sentido propio del término. En esta concepción evolucionista de la "crisis económica" y de la inminencia abstracta de la revolución no podía representar un viraje o una etapa de la lucha de clases, por la aplicación de contratendencias de la tendencialidad catastrófica. Ninguna *periodización histórica concreta* del estadio imperialista y del ritmo de desarrollo desigual de sus eslabones —determinando la duración de una etapa o de un viraje— puede fundarse dentro del marco de esta concepción.

Por eso es asombroso comprobar la ceguera, a este respecto, a la vez de los dirigentes comunistas italianos y de los dirigentes alemanes: el fascismo no sería más que un "episodio pasajero" en el proceso revolucionario. Umberto Terracini escribía así, en el *Imprekorr*, inmediatamente después de la marcha sobre Roma, que el fascismo no era todo lo más sino una "*crisis ministerial*" pasajera.[18] Bordiga, ponente del acuerdo sobre el fascismo en el v Congreso (1924), declaraba en él que en Italia no había habido otra cosa que "un cambio del personal gubernamental de la burguesía". Y el Presidium del Comité ejecutivo del Komintern, inmediatamente después de la subida de Hitler al poder: "La Alemania de Hitler corre a una catástrofe económica que cada vez se dibuja de manera más inevitable... La calma momentánea después de la victoria del fascismo no es más que un fenómeno pasajero. La marea revolucionaria subirá ineluctablemente en Alemania a pesar del terror fascista..."[19]

[18] *Imprekorr*, ed. alemana, núms. 213 y 221, de noviembre de 1922. Es igualmente el tono que prevalece durante el IV Congreso; únicamente Radek parece consciente de la realidad de la situación.

[19] Acuerdo del 1º de junio de 1933, decidido después del informe de F. Heckert, en *Why Hitler in Germany?*, 1933, pp. 38 ss.

Notemos, de paso, la repetición lancinante y como de sortilegio de los términos "necesidad", "inevitabilidad", "ineluctabilidad", que escanden constantemente los análisis de la Internacional.

2] El fascismo, simple episodio pasajero en el proceso mecánico crisis económica-revolución-catástrofe-revolución, se hundiría en cierto modo *por sí solo*. Tal fue la concepción, extremadamente tenaz en el seno de la Internacional, de las "*contradicciones internas*" del fascismo y de su caída automática inminente. Porque, no nos engañemos, contradicciones internas significa aquí contradicciones "económicas" dependientes de la "crisis económica" catastrófica.

Esta concepción de las "contradicciones internas" se encuentra ya muy definida en el *Acuerdo sobre el fascismo*, del v Congreso (1924), congreso que había vuelto sobre la tesis de la "estabilización": "En esta época de la crisis capitalista... y de la destrucción cada vez más avanzada del sistema capitalista..., el fascismo va a dar después de su victoria en una bancarrota política que conduce a su destrucción interna, a causa de sus contradicciones internas".[20] E. Varga, el único economista, sin embargo, que en el plano mundial supo pronosticar la crisis de 1929, daba en noviembre de 1933, como causas de la caída inminente de Hitler: "Pero el reinado del fascismo sigue condenado por las contradicciones internas entre los intereses y los deseos de las masas anticapitalistas y el papel objetivo del fascismo como guardián de un capitalismo que ha quebrado".[21] Y, sin embargo, Clara Zetkin había denunciado este error de apreciación relativo al fascismo italiano y a su caída inminente a causa de sus "contradicciones internas".[22] Hubo que esperar a Dimitrov para

[20] *Imprekorr*, ed. alemana, núm. 119, de septiembre de 1924.

[21] Citado según la recopilación de textos *Komintern und Faschismus*, 1920-1940, por T. Pirker, 1966, pp. 176, 180.

[22] Estos análisis de Clara Zetkin fueron hechos dentro del marco de una discusión sobre el fascismo, en el III Plénum del Komintern, del 15 al 23 de junio de 1923 (*Protokoll der Konferenz der erweiterten Exekutive der K. I.*, 1923, pp. 204 ss). Clara Zetkin declaraba especialmente: "No debemos considerar el fascismo como una fuerza unida y fuertemente cimentada... Se trata de una forma que comprende numerosos elementos contradictorios y que será desgarrada desde el interior. Pero sería extremadamente peligroso creer por eso que ese

que, en el contexto por lo demás de profunda ambigüedad del VII Congreso, fuese denunciado de nuevo este error.

3] *a*) El fascismo no es más que un episodio pasajero del proceso económico de la revolución necesaria e inminente: la verdadera escalada teórico-política concerniente a la apreciación del fascismo no hacía sino comenzar. El fascismo se consideraba así como un momento *positivo* del lado malo de la historia, el de las masas populares, en el proceso revolucionario: "Por su política aventurera, el fascismo lleva las contradicciones internas... del capitalismo alemán a la exasperación, y conduce a Alemania a la catástrofe... Así va tomando cuerpo un inmenso movimiento de avance revolucionario en Alemania".[23] Y: "El establecimiento de la dictadura fascista abierta... precipita el ritmo del desarrollo de Alemania hacia la revolución proletaria".[24]

Si se considera el fascismo como un fenómeno positivo que aproxima a la revolución es en cuanto que aceleraría la descomposición "económica" del capitalismo; toda apreciación del fascismo de acuerdo con la coyuntura de la lucha de clases deviene imposible en este contexto.

b) Todavía más: si el fascismo reviste esta significación positiva es porque en sí mismo no es más que una *simple expresión* de esa crisis económica catastrófica. Tal es la concepción que prevalecía en el Komintern, con el VI Congreso, del fascismo como estrategia únicamente *defensiva* del capitalismo, como fenómeno exclusivamente reductible

desgarramiento ideológico y político del fascismo habrá de ir directamente seguido por su derrota militar. Muy al contrario, hay que contar con el hecho de que el fascismo tratará de mantenerse en el poder por todos los medios terroristas posibles". Con ello, Clara Zetkin tachaba de falsedad a la vez los análisis de los comunistas italianos y los del propio Zinoviev en el IV Congreso (1922-1923), para quien, a causa de las "contradicciones internas": "Esta siniestra contrarrevolución es la más *débil* de las organizaciones contrarrevolucionarias... Lo que hace la fuerza del fascismo constituye igualmente la base misma de su muerte" (en *Protokoll*..., op. cit., pp. 897 ss).

[23] Acuerdo de la oficina política del Partido Comunista alemán, del 10 de octubre de 1933, en Pirker, p. 175. Esta apreciación es por lo demás corriente entre los comunistas italianos después de la subida de Mussolini al poder.

[24] Acuerdo del Presídium del Komintern del 19 de junio de 1933, *ibid*. Véanse también, en este sentido, los acuerdos del XIII Plénum, nov-dic. de 1933.

a la *debilidad* de la burguesía y como signo infalible de la inminencia de su última hora: "La dictadura fascista... es el gobierno político más débil de la burguesía en Alemania". Esta tesis no es, por lo demás, otra cosa que la repetición acentuada de los análisis de los dirigentes italianos respecto del fascismo en Italia (el fascismo no sería sino la expresión de la debilidad del capitalismo, de un *capitalismo debole*), y del acuerdo del Plénum del Komintern de junio de 1923, reproducido por el v Congreso, según el cual "el fascismo es la expresión de la desintegración de la economía capitalista..."

Si el fascismo no es más que el indicio de "debilidad" de la burguesía, en cuanto que sólo atestiguaría la crisis económica catastrófica del capitalismo, ha de emparejar con la "fuerza" del movimiento revolucionario de las masas, fuerza ella misma automática y abstractamente deducible de esa crisis. El proceso de fascistización correspondería así él mismo, y necesariamente, a una *etapa ofensiva* del movimiento obrero y a una *etapa defensiva* de la burguesía, por la reducción de la lucha de clases a lo económico y la ecuación mecanicista "*crisis económica = ofensiva de la clase obrera*".

c) El fascismo se concibe entonces únicamente como "contrarrevolución", en el sentido estricto del término, es decir, como respuesta directa e inmediata a la "revolución". Los dirigentes comunistas italianos habían abierto ya, en 1921, esta vía: "El fascismo nace de la situación revolucionaria...",[25] y Zinoviev, en su discurso al IV Congreso, había continuado: "El fascismo... es un golpe de Estado contrarrevolucionario". El V Congreso (1924) lo expresa muy bien: "El fascismo es una de las formas clásicas de la contrarrevolución en la época de la decadencia del sistema capitalista, en la época de la revolución proletaria..."

Nada más definido que el cortocircuito operado aquí por la línea economista. La decadencia del capitalismo se descubre en un período abstractamente caracterizado por la noción de crisis económica catastrófica. Esta crisis determinaría la virtualidad permanente y omnipresente de

[25] Acuerdo del PCI, reproducido en *Programme communiste*, oct-dic. de 1969, p. 75.

la revolución, ya que el mismo fascismo no puede ser sino contrarrevolución en el sentido propio, es decir, respuesta directa a una *situación revolucionaria*. En la *Rote Fahne* del 15 de junio de 1930 se lee: "Los progresos del fascismo no son en modo alguno signo del retroceso del movimiento proletario, sino por el contrario la contrapartida del avance revolucionario, el *acompañamiento necesario de la madurez de una situación revolucionaria*".

De hecho, no se trata aquí de una "situación" revolucionaria, en el sentido de una *situación concreta* de lucha de clases, sino de una concepción economista abstracta aplicada a la realidad. Estamos, aquí también, lejos de Clara Zetkin, que ponía en guardia a la Internacional contra la interpretación del fascismo italiano como contrarrevolución, es decir, como fenómeno identificable al "guardismo blanco" ruso o la contrarrevolución de Horthy en Hungría.[26]

d) Pero vamos todavía más lejos: el fascismo, en esta línea de interpretación, no puede ser considerado más que como la "*última*" forma política de la dictadura burguesa; seguida necesaria e inmediatamente por la dictadura del proletariado, impuesta por la revolución.

Este género de análisis era muy corriente en el seno del Komintern después de la subida al poder del nacionalsocialismo. Este análisis enlaza con el de los dirigentes italianos y el del Plénum de junio de 1923 a propósito del fascismo como "última carta de la burguesía", contra los cuales se había manifestado Bujarin, en el v Congreso (1924): "Nosotros mismos, comunistas, habíamos considerado la situación de manera demasiado simplista y habíamos creído: primero estaba la democracia, después vendrá el fascismo y después del fascismo vendrá necesariamente la dictadura del proletariado. Esto puede ocurrir, pero esto puede igualmente no ocurrir. En el caso de Italia, es posible que el régimen de Mussolini no sea se-

[26] En su informe al III Plénum de junio de 1933, Clara Zetkin declaraba: "El fascismo es muy distinto de la dictadura de Horthy en Hungría... El fascismo no es en en absoluto la venganza de la burguesía contra el proletariado que se insurreciona de manera combativa. Considerado desde el punto de vista histórico y objetivo, el fascismo sobreviene mucho más como un castigo porque el proletariado no ha sabido proseguir la revolución..." (*Protokoll...*, *op. cit.*).

guido inmediatamente por la dictadura del proletariado, sino por una nueva forma de 'democracia...' ". Lo que importa ver es que la concepción economista y evolucionista de la Internacional desemboca, de un modo completamente natural, en la concepción formal y cronológica de las "etapas" del proceso histórico.

Nos queda por dar un solo paso: la visión mecanicista de ineluctabilidad catastrófica, concerniente a la revolución, ¿será traspuesta, en lo que concierne al fascismo, en una visión *fatalista*? Dicho de otro modo, el fascismo, *última* etapa *antes* de la dictadura del proletariado, ¿se considerará como una *etapa necesaria*, es decir, inevitable, hacia la revolución en las metrópolis imperialistas?

De hecho, no parece a primera vista que este paso fuera decididamente franqueado por la Internacional. Esto, aunque se encuentran constantemente fórmulas que analizan los lados "positivos" del fascismo como creadores de las "condiciones últimas" de la revolución socialista, y que comunican un extraño aspecto de "necesidad" al fascismo que debe preceder a la revolución. El fascismo como *última* etapa *antes* de la revolución necesaria se compara hasta confundirlo con él, en esta concepción del proceso histórico, con el fascismo como etapa "necesaria" *que precede* a la revolución.

Por lo demás, numerosos comunistas, al sacar la conclusión lógica y llegar hasta el final de la línea general del Komintern, parecen haber tenido abiertamente esta concepción. Es lo que se puede comprobar, *indirectamente*, por el toque de atención "oficial" de Thalmann, en *Die Internationale*, edición alemana del órgano del Komintern, en diciembre de 1931: "No hemos combatido siempre de manera suficiente la falsa teoría de la *inevitabilidad* de la dictadura fascista bajo el capitalismo monopolista..." En cuanto al partido comunista italiano, no se había mordido la lengua. Las tesis de Roma, en 1922, declaran sin ambajes: "El fascismo... es en realidad una *consecuencia ineluctable* del desarrollo del régimen capitalista".[27]

[27] "Tesi sulla tattica", en *Ordine Nuovo*, 3 de enero de 1922. Es por lo demás interesante comprobar que la interpretación del fascismo como *realización* necesaria de la "esencia" del capitalismo prevalece en la corriente del "izquierdismo teórico", de factura histori-

Comoquiera que sea, volviendo a la Internacional, si ésta no dio oficialmente el paso en cuestión, puede decirse que el resultado fue igual: se privó de los medios de luchar eficazmente *contra* el avance resistible del fascismo.

cista-hegeliana, de la Escuela de Francfort. Véanse en particular las obras y artículos, del período 1933-1939, de Horkheimer y de Marcuse.

4

CONCLUSIÓN: LA TRANSICIÓN AL CAPITALISMO MONOPOLISTA Y LA "CRISIS ECONÓMICA"

Se ha visto a qué equivocaciones sobre el "período" de los fascismos fue conducida la Internacional. ¿Cómo precisar entonces en dos palabras la naturaleza de este período? Desde el punto de vista general, debe decirse que se estaba por completo en presencia del estadio imperialista, precisando que se trataba de la transición, en el interior de las metrópolis del imperialismo, al predominio del capitalismo monopolista.

Esto nos suministra indicaciones concernientes al período de los fascismos. Este período se caracteriza por las contradicciones del imperialismo y del capitalismo monopolista, combinadas con las contradicciones propias de una fase de transición. Esto determina las condiciones de una exasperación aguda de las *luchas de clases* que imprimen a la transición su trayecto. Dicho de otro modo, esta fase de transición no explica, como tal, el fascismo: *el fascismo no es en absoluto un fenómeno exclusivamente ligado a este "período"*. Este "período" no reviste importancia más que en la medida en que circunscribe coyunturas de lucha de clases, en que contribuye a la emergencia de las *crisis políticas* a las cuales corresponde el fascismo: crisis políticas que no están exhaustivamente determinadas por el carácter del período y que pueden muy bien surgir en períodos diferentes.

Esto es ya circunscribir el problema de la "crisis económica" del período entre las dos guerras, y de su papel en el advenimiento del fascismo. En efecto, ha habido crisis económica mundial, en el sentido propio del término esta vez, en 1929, y que, de hecho, no se reabsorbió definitivamente en las metrópolis del imperialismo, comprendidos los Estados Unidos, sino con la segunda guerra

mundial. Sin entrar en detalles, habría que insistir en los puntos siguientes: esta crisis no era la de la catástrofe económica de un imperialismo acabado ya, al golpe de su propia madurez. Fue ciertamente provocada por las tendencialidades propias del capitalismo en el estadio imperialista, pero tales como se han expresado históricamente en la fase de transición.[1]

Es más, por el carácter mismo del período, se ve bien que no se trataba, como constantemente lo creyó la Internacional, de un *simple proceso "económico" continuo y acelerado*. Caracterizar globalmente, como lo hizo la Internacional bajo la égida de E. Varga, el período entre las dos guerras como "*período de crisis económica constante*", con altas y bajas, es un error.[2] Esta concepción de la Internacional, clara ya en el IV Congreso (1922-1923), se repite y acentúa por los V y VI: "El cuadro general de la ruina de la economía capitalista no se atenúa en nada por las fluctuaciones inevitables que son propias del sistema capitalista en su ocaso... El II Congreso, incluso antes del comienzo de la recuperación industrial actual, había previsto esta recuperación en un futuro más o menos próximo, y la había definido entonces de la manera más precisa como una onda superficial sobre el fondo de la destrucción creciente de la economía capitalista..."[3]

De hecho, en lo que concierne al *conjunto* del período entre las dos guerras, se trató de una acumulación desigualmente desarrollada del conjunto de las contradicciones —económicas, políticas, ideológicas—, en el interior de la cual *apuntan* más bien "crisis económicas", que son su efecto. Desde este punto de vista, puede decirse que se trató del proceso siguiente: crisis económica de la

[1] Es, por lo demás, igualmente la interpretación que dan de la crisis de 1929 Sweezy y Baran, los cuales admiten también, desde su propio punto de vista, la tesis de la *transición*, en *El capital monopolista*, cap. VIII. Interpretación que parece compartir M. Dobb, en sus análisis referentes al fascismo, en *Political Economy and Capitalism*, 1937, pp. 230 ss.

[2] Varga, cuyos análisis de la crisis de 1929 se han señalado, ha tematizado su concepción de la "nueva fase" del capitalismo como fase de "*crisis económica general*" en su texto ya citado: *Rise or Fall of Capitalism?*, 1924.

[3] *Quatre premiers congrès de l'Internationale...*, Maspero ed., p. 155.

posguerra hasta 1921; recuperación económica e impulso creciente, aunque fluctuante, hasta 1929; crisis económica aguda de 1929-1931; reabsorción progresiva de la crisis y recuperación marcada, aunque vacilante, después.

De todos modos, para volver al problema de la lucha de clases, esas crisis económicas estaban o bien ya extinguidas —fascismo—, o bien ya en declinación, y sus *efectos directos* sobre la lucha de clases en vías de ser *relativamente* reabsorbidos —nacionalsocialismo—, cuando el fascismo y el nacionalsocialismo llegaron al poder. La coyuntura de la lucha de clases que a él condujo no estuvo directamente determinada por cualquier "crisis económica". Esta coyuntura, así circunscrita, depende finalmente de una periodización *fundada sobre las etapas y los virajes de la lucha de clases.*

II

EL FASCISMO Y LA LUCHA DE CLASES

LA CRISIS POLÍTICA: FASCISMO Y ESTADO DE EXCEPCIÓN

I. EL PROBLEMA Y EL KOMINTERN

Una vez expuesto el marco general del período que circunscribe la coyuntura de la lucha de clases que conduce al fascismo, parece necesario, antes de entrar en el análisis de esa coyuntura, plantear ciertos problemas en el centro de los cuales se situará dicho análisis en adelante.

En efecto, si el fascismo debe situarse dentro del marco de un estadio determinado del desarrollo capitalista, es evidente que dicho estadio no basta para explicar el fascismo: el Estado "intervencionista" no reviste necesariamente la forma fascista. Esto indica, pues, que el fascismo corresponde a una coyuntura específica de la lucha de clases. Pero hay que ir más lejos. En efecto, el fascismo no constituye una simple forma diferencial del Estado capitalista en un estadio de su desarrollo. El fascismo constituye una forma de Estado y una forma de régimen "límite" del Estado capitalista. Por *caso límite* no es preciso entender aquí una forma "*patológica*" del sistema político burgués,[1] es decir, una forma que sería en cierto modo ajena a la "democracia parlamentaria", sino una forma debida a una coyuntura particularísima de la lucha de clases. Esta particularidad no está ella misma exhaustivamente determinada por el período de desarrollo del capitalismo en el que se sitúa esta lucha de clases.

Es ya plantear el problema de la *crisis política*, porque es precisamente a una crisis política a la que corresponde el advenimiento del fascismo. Se podría así aclarar nuestras

[1] Es la escuela "funcionalista" la que, en efecto, ha considerado el fascismo y la "crisis" a que corresponde según el modelo de la "desviación", y hasta de la "*disfunción*". Véase T. Parsons, *Some Sociological Aspects of the Fascist Movements*, 1942.

proposiciones consignadas más arriba precisando que la crisis política consiste en una serie de *características particulares* de la lucha de clases: el problema aquí planteado es, por lo demás, análogo al que plantea la situación revolucionaria.

Así, la cuestión se precisa. Si bien es cierto que el fascismo no es ajeno a la democracia parlamentaria, si bien es cierto también que el Estado burgués —y el sistema capitalista— comporta en sí los "gérmenes" del fascismo, pero también, no hay que olvidarlo, los "gérmenes" de la revolución, no es menos cierto que el fascismo no puede ser aplicado por el simple autodesarrollo lineal y necesario de esos "gérmenes" hacia su maduración, así como tampoco la revolución puede ser referida a un proceso semejante.

Ha sido, sin embargo, de esta manera como la III Internacional ha considerado frecuentemente el fascismo, lo cual corre parejas con su incapacidad para situar la diferencia entre la forma democrática parlamentaria del Estado burgués y el fascismo, y la ha hecho equivocarse así en cuanto a la especificidad del fascismo: "El fascismo crece de manera orgánica de la democracia burguesa. El proceso de paso de la dictadura burguesa a las formas abiertas de represión constituye la esencia de la democracia burguesa".[2] O también: "Alemania demuestra... que el paso de la democracia al fascismo es un *proceso orgánico* que se desarrolla sin acontecimientos particularmente sorprendentes y explosivos, sin punto culminante notable, pero que puede realizarse de una manera gradual y sobre la vía fría".[3]

La concepción del paso gradual y casi imperceptible al fascismo emparenta así con la concepción de que "entre el fascismo y la democracia burguesa no existe más *que una diferencia de grado*..., el fascismo no es un nuevo método de gobierno..." (Manuilsky, *ibid.*) O también: "La misión de los comunistas no es, pues, en modo algu-

[2] Informe de Manuilski al XI Plénum, 1931.

[3] W. Hirsch, "Faschismus und Hitlerpartei", en *Die Internationale*, enero de 1932. Las tesis de Roma de 1922, del Partido Comunista italiano, redactadas por la tendencia de "ultraizquierda" de Bordiga, señalan también que "el fascismo es un *estadio natural* del desarrollo del capitalismo".

no buscar con unos lentes extraños una seudoteoría que les haga encontrar cualesquiera diferencias entre la democracia y el fascismo".[4]

Estas posiciones habían sido las del Partido Comunista italiano y fueron ya expresadas con vigor en el seno del Komintern durante el V Congreso de 1924.[5]

Se ve bien que, en este contexto, el problema de la crisis política, situación de condensación de las contradicciones, que rompe con un ritmo "gradual" de desarrollo y que desemboca en el fascismo, no puede siquiera plantearse. Toda situación semejante sería reducida directamente, como lo hizo la Internacional, a una situación revolucionaria, considerada ella misma como un proceso en vías de maduración "progresiva" continua.

Para venir así al problema de la crisis política, se debe plantear la cuestión siguiente: ¿es posible deducir unos caracteres generales de una crisis política distinta de la situación revolucionaria en el sentido estricto, crisis que determina una forma de Estado y unas formas de regímenes realmente específicos? Doble aspecto, pues, del mismo problema: ¿se puede comprender una "crisis" en la generalidad de su concepto, y determinar así particularidades de conjunto propias de la *forma de Estado de excepción* en la que desemboca? Pero, más aún: ¿se pueden determinar, dentro del marco general de la crisis política, especies diferentes y particulares de crisis, que den lugar cada una a *formas de régimen de excepción* —bonapartismo, dictaduras militares, fascismo— específicas de la forma de Estado de excepción?[6]

[4] Hirsch, *ibid.*

[5] Informes de Bordiga y de Freimuth al V Congreso, en *Protokoll des fünften Kongresses der K. I.*, 1925, t. II, pp. 715 ss. El ejemplo más patente de esta ausencia de diferenciación entre fascismo y otras formas de Estado burgués, que culminó entre 1928 y 1935, es la caracterización, en el XIII Plénum del Komintern (1933), del régimen de Roosevelt en los Estados Unidos. P. Dutt declaraba: "Se trata del tipo clásico de proceso de fascistización más avanzado entre los países imperialistas", posición ratificada por Kuusinen.

[6] Es inútil quizá señalar que, tampoco sobre este punto, y con motivo, ha podido el Komintern aportar respuesta alguna: ya a partir del IV Congreso, pero sobre todo con el V (1924), la característica de *fascismo* se le cuelga a todos los regímenes de excepción. Se consideran indistintamente como *fascistas*: el régimen de Horthy en Hungría, el

II. THALHEIMER, GRAMSCI, TROTSKI

Para fijar las ideas, señalemos inmediatamente que, en lo que concierne al examen del fascismo desde este ángulo, disponemos de dos concepciones emparentadas, aunque distintas: la de August Thalheimer y la de Antonio Gramsci; finalmente de la concepción de Trotski.

Las dos primeras son parecidas, ya que ambas invocan ciertos análisis de Marx y de Engels, vueltos a utilizar por Lenin. Tratan principalmente de una forma de Estado que tiene como característica esencial una "*autonomía relativa*" particular respecto de las clases dominantes, y que surgiría en situaciones de "*equilibrio*" entre las dos fuerzas de clase principales en una formación social: análisis aplicados concretamente a los casos del *Estado absolutista* —equilibrio entre burguesía y nobleza campesina— y del *bonapartismo* —equilibrio entre burguesía y clase obrera—, considerándose el caso del *bismarckismo* como una conjunción de los otros dos.[7] Y hay que emplear con cuidado el término de "equilibrio", *ya que reviste aquí un sentido particular*: el de un equilibrio de "*igualdad*", situación en la que los dos antagonistas principales son, siguiendo la imagen de la balanza, "*de fuerzas iguales*". En efecto, los clásicos del marxismo, Lenin y Mao especialmente, emplean el término de equilibrio en un sentido distinto, con el fin de designar situaciones de "estabilización relativa" de la relación de fuerza entre dos fuerzas sin embargo "desiguales".

En lo que se refiere a Thalheimer,[8] nos ha legado textos importantes en los que examina el caso del fascismo siguiendo la problemática del bonapartismo. El factor esencial, pues hay otros muchos, de la crisis política que trata de circunscribir es precisamente el del equilibrio entre las dos fuerzas de clase principales, la burguesía y el prole-

ejército de von Seekt en Alemania (fue por ello por lo que se esperaba en 1923 el fascismo), el régimen de Pilsudski en Polonia, el Kuomintang, el franquismo, el régimen peronista, el régimen japonés, etcétera.

[7] Remito, sobre este punto, a los análisis de mi libro *Pouvoir politique et classes sociales*, op. cit.

[8] "Über den Faschismus", en *Faschismus und Kapitalismus*, op. cit.; véase igualmente: Griepenburg y Tjaden, "Faschismus und Bonapartismus. Zur Kritik der Faschismus-theorie August Thalheimer", Das Argument, diciembre de 1966.

tariado. Esta crisis conduce a las formas bonapartistas de Estado uno de cuyos rasgos esenciales es la autonomía relativa particular del Estado respecto de las clases dominantes. Estas sacrifican así su "dominación política" en provecho de un "amo-salvador", a fin de conservar su "dominación económico-social". El fascismo aparece a los ojos de Thalheimer como una forma particular de bonapartismo.

El caso es relativamente diferente para Gramsci. Diferente, porque Gramsci determina, en el interior del marco general de la crisis política, *un caso específico de crisis política*, el de *crisis hegemónica* o de crisis de *equilibrio catastrófico* que conduce al fenómeno del *cesarismo*.[9] No se trata ya de un simple equilibrio de las dos fuerzas principales en presencia, sino de un equilibrio particular que se presenta "de tal suerte que la prosecución de la lucha no puede terminar más que con la destrucción recíproca... y que ofrece una perspectiva de catástrofe". Observación importante, próxima, por lo demás, a la de Marx, que el propio Thalheimer repite por su cuenta sin atribuirle, como lo hace Gramsci, un sentido particular: Marx refiere a veces el bonapartismo francés a ese equilibrio particular, resultante del hecho de que "la clase burguesa había perdido ya, y la clase obrera no había adquirido aún, la facultad de dirigir la nación".

Esta crisis política catastrófica da nacimiento, según Gramsci, al fenómeno cesarista, uno de cuyos rasgos esenciales sería igualmente la autonomía relativa, pero muy particularmente esta vez, del Estado respecto de las clases dominantes. Gramsci considera el fascismo como un caso totalmente típico de cesarismo, mientras que parece tener dudas en cuanto a considerar el bonapartismo francés como un caso de cesarismo, y no lo hace sino con numerosas reservas; lo cual le evita, dicho sea de paso, asimilaciones superficiales y totalmente analógicas entre fascismo y bonapartismo, cosa de la que no siempre se salva Thalheimer.

Ahora bien, si bien Thalheimer y Gramsci han sido los

[9] Gramsci, *Le césarisme*, en *Œuvres choisies*, p. 255, y numerosos pasajes del *Machiavelli*. No expongo aquí más que el cuadro general de la interpretación del fascismo por Gramsci, ya se volverá sobre sus análisis detallados, que se estudiarán con más detención.

únicos, que yo sepa, que hayan formulado claramente, a propósito del fascismo, la tesis de crisis política referida al equilibrio de "igualdad" de las fuerzas en presencia, no deja de ser cierto que esta concepción parece, de O. Bauer a A. Tasca y a A. Rosenberg,[10] subtender numerosas tentativas marxistas antiguas, pero también actuales, de explicación del fascismo. No hay más que mencionar la vuelta actual, en los estudios sobre el fascismo, a los análisis de Thalheimer en Alemania y a los de Gramsci en Italia. Sin embargo, estos análisis, aunque comportan elementos importantes, *me parecen errar sobre un punto esencial.* Ni en Alemania ni en Italia el advenimiento del fascismo correspondió a una crisis política de equilibrio en cualquier sentido del término. La clase obrera estaba ya vencida en el momento de ese advenimiento, y esta derrota no le había costado a la burguesía el precio de un equilibrio catastrófico. Dicho de otro modo, y a lo largo de todo el proceso de fascistización, es la burguesía la que constituye el aspecto principal de la contradicción principal.

En cuanto a Trotski, las cosas son más complejas. En sus *Escritos* sobre Alemania, Trotski tiene buen cuidado de distinguir el bonapartismo —fundado sobre un equilibrio de ambas fuerzas— y el fascismo.[11] Sin embargo, en cuanto al fascismo en sí, Trotski parece no hacer caso de la cuestión de la crisis política *específica* que lo caracteriza. Se fija esencialmente en dos características, que son significativas, ya que demuestran, *pese a las divergencias,* que Trotski compartía, en cuanto al fondo, la concepción del Komintern:

1] El fascismo correspondería a una "guerra civil" abierta de la burguesía contra la clase obrera "insurreccionada", por lo tanto, a una ofensiva revolucionaria de ésta, caracterización errónea por la cual Trotski se acerca al Komintern.

2] Una característica general, obtenida de manera me-

[10] Está claramente formulada por A. Tasca, *Naissance du fascisme,* 1967, pp. 349 ss, y por O. Bauer, "Der Faschismus", en *Faschismus und Kapitalismus, op. cit.,* p. 156, inclinándose este último hacia la concepción del equilibrio catastrófico; menos claramente por A. Rosenberg, "Der Faschismus als Massenbewegung", *ibid.*

[11] *Ecrits,* t. III, pp. 128 ss, 265 ss.

cunicista, del "período" y que subestima la lucha específica de clases: el fascismo sería el modo propio de apoyo de la *burguesía declinante* sobre la pequeña burguesía, como lo fue el jacobinismo para la *burguesía ascendente* y la socialdemocracia para la burguesía en *la época de su estabilización*.

Pero hay que reconocer a Trotski lo que le es debido. Puso notablemente en claro elementos importantes del fascismo: entre otros, su relación con la clase obrera y con la pequeña burguesía. Por otra parte, fue casi el único que previó, de manera asombrosa, el desarrollo del proceso en Alemania. Sin embargo, como ocurre con frecuencia en Trotski, sus análisis descubren y designan problemas reales, que no están resueltos o que reciben explicaciones erróneas. Así, incluso I. Deutscher, cuya simpatía por las posiciones de Trotski es bien conocida, no obstante, se ve obligado a señalar a propósito de su concepción del fascismo: "En ciertas ocasiones, sin embargo, Trotski la aplicó de manera bastante imprecisa. Vio la inminencia del fascismo en Francia y quiso a toda costa poner a la dictadura seudobonapartista la etiqueta de la Polonia 'fascista'... Por otra parte, Trotski describió, de manera poco convincente, los gobiernos de Schleicher y de Papen, e igualmente el débil gobierno Doumergue de 1934, como bonapartistas. Sólo en 1940 describió al fin el régimen de Pétain como seudobonapartista más que fascista".[12]

III. EL MARCO DE ANÁLISIS. CRISIS POLÍTICA, LUCHA DE CLASES Y SISTEMA INSTITUCIONAL

Se perfila ya el marco de examen del fascismo en forma de tesis que justificar:

A. Se pueden determinar bien las características generales de la *crisis política*. El elemento de equilibrio de "igualdad" puede determinar especies particulares de crisis política, crisis de equilibrio general y crisis de equili-

[12] Deutscher, *Trotski*, t. III, p. 375, nota. No se debe, pues, disminuir la importancia de los análisis de Trotski sobre el fascismo; sus *Escritos* sobre Alemania, especialmente, siguen siendo uno de los textos más lúcidos referentes a ese período.

brio catastrófico. El fascismo no corresponde a estas especies de crisis política de equilibrio. Además, si bien la coyuntura de lucha de clases de los fascismos presenta las características generales de la crisis política, ofrece igualmente características particulares de una crisis política totalmente específica.

Esta línea de investigación es la que se seguirá en el presente ensayo, concentrado sobre el problema del fascismo. Al examinar especialmente, en todos sus aspectos, la crisis política del fascismo, se expondrán a la vez los rasgos propios de toda crisis política en general, y los que le son peculiares como especie particular de crisis.

B. La crisis política que puede desembocar en una forma de Estado de excepción reside esencialmente en características particulares *del campo de la lucha de clases, el de las "relaciones sociales"*.[13] Va, sin embargo, acompañada de fisuras profundas del sistema institucional, es decir, *de los aparatos de Estado*, del mismo modo que la situación revolucionaria se caracteriza, desde este punto de vista, por el "doble poder", rasgo específico concerniente a la instancia estatal. A estas fisuras, entre otras cosas, es a lo que responde el Estado de excepción.

Pero esta "crisis de las instituciones", sin dejar de ejercer sus propios efectos sobre la lucha de clases, no es ella misma sino el efecto. No son las instituciones las que determinan los antagonismos sociales, es la lucha de clases la que impone las modificaciones de los aparatos de Estado. Era preciso señalarlo, dadas las concepciones "institucionalistas-funcionalistas" de la "crisis social", que la reducen a una "crisis de las instituciones", y que han tenido sus repercusiones sobre el análisis del fascismo: la mayoría de los estudios de teoría política sobre el fascismo lo reducen a una "crisis del Estado democrático-parlamentario".[14]

[13] Yo había tratado de determinar, en *Pouvoir politique et classes sociales*, el campo de las "relaciones sociales", el de la *lucha de clases*, que comprende las *prácticas de clase*, estableciendo especialmente la distinción entre "relaciones de producción" y "relaciones sociales de producción" (*ibid.*, pp. 65 ss [69 ss], 89 ss [100 ss]). Véase ahora sobre este último punto Bettelheim, *Calcul économique et formes de propriété*, 1970, pp. 59-60.

[14] Se encuentran igualmente estas concepciones, muy de moda actualmente, en numerosas tentativas de análisis de la "crisis" de mayo-

Así, en el orden de presentación de los análisis, se expondrá en cuanto a lo esencial *primeramente* los rasgos de la lucha de clases que caracterizan la crisis política del fascismo. Sus efectos sobre los aparatos de Estado durante el proceso de fascistización sólo se indicarán, ya que se reservará *a continuación* un capítulo particular a fin de examinar *sistemáticamente* esos efectos sobre los aparatos. Este plan será igualmente ordenado, en lo que concierne al fascismo en sí; se expondrá, en cuanto a lo esencial, en primer lugar la relación del fascismo establecido con las diversas clases e intereses de clase en lucha, reservando un capítulo particular al examen sistemático del Estado fascista. Será en este capítulo donde se trate la cuestión de la *forma de Estado de excepción*, y del fascismo como *forma de régimen* específico de ese Estado.

junio de 1968 en Francia. Véanse sobre ello las justas críticas de D. Vidal, "Institutions ou rapports sociaux: Préface à une analyse du politique", en *Atelier*, núm. 3.

2
EL PROCESO DE FASCISTIZACIÓN

En fin, se seguirá en este texto la línea de exposición consistente en marcar las etapas del *proceso de fascistización*. No se insistirá mucho aquí sobre preliminares concernientes a este proceso. Basta señalar que el fascismo no estalla como un trueno en un cielo sereno. Si se puede hablar de proceso de fascistización es en la medida misma en que no se trata de un simple autodesarrollo de los "gérmenes" contenidos en la democracia parlamentaria, sino de una diferencia importante con ésta, correspondiente a una crisis política. El proceso de fascistización no puede, pues, ser comprendido sino rompiendo enteramente con la tesis del "proceso orgánico y continuo", de factura evolutiva-lineal, entre democracia parlamentaria y fascismo.

Así, no es casual que haya habido que esperar a que Dimitrov, en el VII Congreso de la Internacional, al insistir precisamente en el hecho de que "el fascismo no es la simple sustitución ordinaria de un gobierno burgués por otro, *sino un cambio de forma de Estado*", pudiera, por esto mismo, señalar al menos el problema del proceso de fascistización: "No se debe tener de la llegada del fascismo al poder la idea simplista y llana de que un comité cualquiera del capital financiero decide instaurar en determinada fecha la dictadura fascista. En realidad, el fascismo llega generalmente al poder en una lucha recíproca, a veces aguda, con los viejos partidos burgueses... Todo esto sin debilitar, sin embargo, la importancia del hecho de que antes de la instauración de la dictadura fascista los gobiernos burgueses pasan generalmente por una serie de etapas preparatorias y adoptan una serie de medidas reaccionarias que contribuyen al advenimiento directo del fascismo".[1]

[1] Dimitrov, *Œuvres choisies*, pp. 40 ss. Es cierto que Trotski señalaba ya estos puntos en 1930.

Ahora bien, la cuestión de los *comienzos del proceso* de fascistización no debe confundirse con la de los *orígenes del fascismo*, cuestión privilegiada de la historiografía concerniente al fascismo. Ante todo, y el hecho es sorprendente, porque los comienzos de ese proceso no están en absoluto marcados por el "nacimiento" de organizaciones fascistas, las cuales, de una parte, en Alemania y en Italia, vegetaron durante largo tiempo antes de los comienzos reales del proceso, y de otra parte existieron con frecuencia por lo demás, sin que siquiera embragaran en el proceso de fascistización. Después, y sobre todo, porque los comienzos del proceso están marcados, de hecho, por una acumulación, podríamos decir con todo rigor por una *disposición sistemática* de características particulares.

En fin, una observación a propósito del ritmo de ese proceso de fascistización. Se trata, aquí también, de un proceso de ritmo desigual de desarrollo, ritmo escondido por las formas de acumulación de las diversas contradicciones. Esto no quiere decir que el proceso no pueda ser rigurosamente dividido en *períodos*, según el desarrollo de la lucha de clases y las modificaciones en los aparatos, sino que esos períodos presentan un ritmo —lento, rápido— y una duración —larga, corta— que les son propias; su disposición está ella misma determinada por las formas de coyuntura de la crisis política en cuestión.

En el caso del proceso de fascistización, se podrán distinguir, por la naturaleza misma del fascismo, los períodos siguientes, que señalo ya para la claridad de la exposición:

a) *El período que se extiende desde los comienzos del proceso hasta el punto de su "no retorno"*. Si el fascismo es un fenómeno resistible y evitable, no por ello puede dejarse de descubrir en el proceso un momento a partir del cual éste parece difícilmente reversible. Tal momento no coincide con el acceso mismo del fascismo al poder: hasta tal punto es cierto que este acceso aparece como simple y postrer acto formal, que no ocurre sino cuando las cosas esenciales están ya jugadas y decididas, en una palabra, como una confirmación de una victoria ya obtenida. Se comprende la importancia de la cuestión; en efecto, si se permanece fijo exclusivamente en lo que ocurre en el proscenio político, este proscenio acaba

por funcionar como una pantalla que oculta los mecanismos profundos de la lucha de clases donde se decide el poder real.

b) El período que se extiende desde el punto de no retorno al acceso del fascismo al poder. Período importante no tanto en lo que concierne a la victoria y al propio advenimiento del fascismo, sino sobre todo en lo que se refiere a su naturaleza y su carácter político y preciso.

c) El primer período del fascismo en el poder, período caracterizado por una inestabilidad y una ambigüedad particulares, a causa del carácter original de clase, muy complejo, del fascismo, es decir, a causa del carácter muy ambiguo del apoyo popular de que beneficia en el momento de su subida al poder. Es el período durante el cual el fascismo sigue todavía fuertemente marcado por sus comienzos, viéndose obligado con la mayor frecuencia a adoptar medidas de compromiso, propias a mantener numerosas ilusiones.

d) El período de estabilización del fascismo, que se lleva a cabo en varias etapas. Período que se abre con el hecho de que el fascismo se purifica de sus orígenes de clase, o al menos de la ambigüedad de sus comienzos, lo cual se manifiesta, por lo demás, por depuraciones masivas y sangrientas en sus propias filas. Se desenmascara así, y ejerce en adelante plena y directamente sus propias funciones de clase. Si bien no es cierto, como sostenía Trotski, que durante este período el fascismo degenere en una "vulgar dictadura militar", ya que no cesa en ningún momento de presentar las características específicas que lo distinguen de aquélla, no es menos cierto que el fascismo se desembaraza brutalmente de una parte del peso de clase que gravita sobre él, lo cual inaugura el período de su estabilización.

III

FASCISMO Y CLASES DOMINANTES

Se comenzará por examinar, en esta parte, y siguiendo la periodización señalada más arriba, la relación entre el fascismo y las clases o fracciones de clase dominantes. Señalemos inmediatamente que el fascismo es un fenómeno muy complejo: no puede ser explicado sino por la elucidación de su relación *con las diversas clases en lucha*. Pese a esto, el fascismo corresponde a una situación muy particular de las diversas clases y fracciones de clase dominantes.

I

PROPOSICIONES GENERALES

1. LAS CONTRADICCIONES ENTRE CLASES Y FRACCIONES DOMINANTES

El proceso de fascistización y el advenimiento del fascismo *corresponden a una situación de profundización y de exacerbación aguda de las contradicciones internas entre las clases y fracciones de clase dominantes*. Se trata de un elemento importante de la crisis política en cuestión.

Esto no puede ser comprendido sino a partir de una concepción precisa de la alianza de clases y de las fracciones de clase al nivel de la dominación política. En una formación social, compuesta de numerosas clases sociales, y en particular en una formación social capitalista, en la que la clase burguesa se halla constitutivamente dividida en fracciones de clase, el terreno de la dominación política no está ocupado por una sola clase o fracción. Se trata de una alianza específica de varias clases y fracciones de clase, alianza que en otro lugar he designado con la expresión de *bloque en el poder*. Así, las contradicciones entre las clases y fracciones de clase dominantes revisten una importancia a menudo determinante, en lo que concierne a las formas de Estado y de régimen.

A propósito de las contradicciones entre clases y fracciones de clase dominantes en la coyuntura del fascismo, hay todavía que señalar que esas contradicciones no se limitan, como sucede a menudo, al único nivel económico. En el caso del proceso de fascistización, la exacerbación de las contradicciones "internas" del bloque en el poder se manifiesta por su extensión característica en el plano político y en el plano ideológico; esto repercute en la *crisis de representación de partido* y en la *crisis ideológica profundas* que afectan este bloque.

Si el proceso de fascistización se caracteriza así por el

hecho de que la lucha política del bloque en el poder contra las masas populares ocupa el lugar dominante respecto de la lucha económica, es decir, por lo que puede designarse como un *proceso de politización declarada de la lucha de clases* del lado del bloque en el poder, lo que aquí lo especifica es precisamente la extensión de los efectos de esta politización a las contradicciones en el *seno mismo* de este bloque. Rasgo notable, ya que toda politización semejante no tiene necesariamente este efecto: con, la mayor frecuencia incluso tiene como efecto la "resoldadura" directa del bloque en el poder frente al enemigo común.

II. LA CRISIS DE HEGEMONÍA

En el caso del proceso de fascistización y del fascismo, *ninguna clase o fracción de clase dominante parece capaz de imponer, ya sea por sus propios medios de organización política, ya sea por el camino indirecto del Estado "democrático parlamentario", su "dirección" sobre las otras clases y fracciones del bloque en el poder.*

En efecto, el bloque en el poder, como ocurre en toda alianza, no está en general compuesto de clases o fracciones con "importancia igual", que se repartan migajas del poder. No puede funcionar regularmente, sino en la medida en que una clase o fracción dominante impone una *dominación particular* sobre los otros miembros de la alianza en el poder, en una palabra, en la medida en que llega a imponerles su *hegemonía* y a cimentarlos bajo su égida.

Es la incapacidad de una clase, o fracción, para imponer su hegemonía, en una palabra, finalmente, la incapacidad de la alianza en el poder de sobrepasar "por sí misma" sus propias contradicciones exacerbadas, lo que caracteriza la coyuntura de los fascismos. Esta incapacidad de hegemonía en el interior del bloque en el poder obedece también, por lo demás, a la crisis de hegemonía que atraviesan el bloque en el poder y sus miembros en lo que concierne, esta vez, a su dominación política sobre el conjunto de la formación social.

III. LAS MODIFICACIONES DE LA HEGEMONÍA

Si tal es la situación en el seno del bloque en el poder, el fascismo corresponde, además, a toda una reorganización, y no a cualquiera, de ese bloque. Se trata:

a) de una modificación de la relación de las fuerzas en el seno de esa alianza, de una redistribución de los pesos respectivos de las fuerzas que de ella forman parte;

b) del establecimiento, por la vía indirecta del fascismo, de la hegemonía de una nueva fracción de clase en el seno del bloque en el poder: *la del capital financiero, y hasta del gran capital monopolista.*

Así como, con los comienzos del proceso de fascistización, se advierte una *inestabilidad hegemónica*, etapa durante la cual diversas clases y fracciones ocupan alternativamente el poder, y luego una etapa de *incapacidad hegemónica* en el sentido estricto, una vez el fascismo en el poder, se advierte el establecimiento de la hegemonía política de una fracción que no había hasta entonces desempeñado ese papel.

Función del fascismo respecto de un desplazamiento de la *hegemonía política* (que hay que distinguir del predominio ya avanzado del gran capital en lo económico) que el Komintern había tenido tendencia a desconocer, por una identificación pura y simple de la dominación económica y de la hegemonía política: "La dictadura fascista no representa en modo alguno una distinción... respecto de la democracia burguesa, bajo la cual se realiza igualmente la dictadura del capital financiero".[1]

IV. LA RUPTURA DEL LAZO "REPRESENTANTES-REPRESENTADOS" Y LOS PARTIDOS POLÍTICOS

La coyuntura de los fascismos y los comienzos del proceso de fascistización corresponden, en lo que concierne aquí al bloque en el poder, a lo que se designará como una *crisis de representación de partido*: elemento del todo notable de la crisis política en cuestión. Dicho de otro

[1] Acuerdo de mayo de 1931, del CC del KPD.

modo, se comprueba una ruptura de la relación, a la vez del orden de *representación* —en el sistema estatal— y del orden de *organización*, entre las clases y fracciones de clase dominantes y sus *partidos políticos*. Elemento cuya importancia fue señalada a la vez por Marx, en sus análisis referentes a la situación en Francia antes del advenimiento de Louis Bonaparte, y por Gramsci: "¿Cómo se forman esas situaciones de oposición entre 'representantes-representados' que, desde el terreno de los partidos..., se reflejan en todo el organismo de Estado, reforzando la posición correspondiente del poder burocrático?..." [2]

Hecho significativo: los partidos políticos tradicionales de la burguesía y de sus aliados no han adoptado enteramente el fascismo en ningún momento, sino que a veces incluso, bien tarde, han tratado de oponerse abiertamente a su advenimiento. En el caso en que esos partidos aceptaron formar gobiernos con la participación de los partidos fascistas, no lo hicieron sino con el objeto, declarado y perseguido, de detener su ascenso, es decir, de desembarazarse de ellos después de haberlos utilizado contra las masas populares.

Ahora bien, esos partidos políticos no estaban seguidos por las clases y fracciones que decían representar. Esto no quiere decir en absoluto, como se ha sostenido con frecuencia, que el conjunto de la clase burguesa y de sus aliados haya sostenido abiertamente de manera unánime y a lo largo de todo el proceso de fascistización la subida del fascismo al poder. Se ha tratado más bien de una profunda desorientación política del bloque en el poder, dentro del marco de la cual, siguiendo etapas y virajes, el partido fascista, abiertamente sostenido por la fracción del gran capital monopolista, ha venido a colmar el vacío dejado por la ruptura del vínculo representantes-representados con los partidos políticos clásicos. A consecuencia de lo cual, el conjunto de la burguesía y de sus aliados asistió pasivamente a la eliminación de esos partidos por el partido fascista.

Todo esto no quiere decir tampoco que nada estaba en vías de ocurrir en el seno mismo de los partidos políticos en cuestión, es decir, que permanecían siempre fieles, le-

[2] *Œuvres*, Ed. Sociales, p. 246.

jos de eso, a su papel en una forma de Estado "democrático-parlamentario". En efecto, los comienzos del proceso de fascistización corresponden a una *radicalización* de los partidos burgueses hacia formas de Estado de excepción. Sin embargo, la solución que perseguían esos partidos era la de un endurecimiento del Estado bajo formas diferentes, dentro del marco de las cuales esos partidos hubieran podido proseguir, o restaurar, su dirección sobre el escenario político, y hasta en el límite la solución de una dictadura militar.

Para volver a la cuestión de la ruptura del vínculo representantes-representados, esta ruptura progresiva afectó ante todo *la relación de "representación"*. Con los comienzos del proceso de fascistización, en tanto que la forma "democrático-parlamentaria" de Estado se mantiene intacta en apariencia, las relaciones entre las clases y fracciones dominantes de una parte, y el aparato de Estado de otra, no se establecen ya, principalmente, por el canal de esos partidos políticos, sino que revisten un carácter cada vez más directo. Esto produce dos efectos:

1] La duplicación institucional de esos partidos por toda una serie de redes paralelas ocultas, funcionando como correas de trasmisión real del poder y de las decisiones, lo cual va desde la aparición de grupos de presión y de milicias privadas como núcleos de reorganización política, hasta la instalación de verdaderas redes paraestatales.

2] Una recrudescencia del papel del aparato mismo de Estado —ejército, policía, tribunales, administración—, disponiendo en cierto modo como un corto circuito sobre las funciones del gobierno formal, dando un giro característico al orden jurídico establecido, desplazando el poder real del lugar donde se expresan todavía esos partidos convertidos en simple "corrillos", es decir, del Parlamento, al aparato de Estado en sentido estricto.

En una palabra, se asiste a lo que puede designarse, por analogía con la situación de "doble poder" que especifica la situación revolucionaria, una *distorsión característica entre "poder formal" y "poder real"* que especifica la crisis política.

Así, no se debe en modo alguno reducir este proceso a una simple transformación de las relaciones legislativo-

ejecutivo, es decir, a un simple paso de un "Estado parlamentario" a un Estado fuerte con predominio del ejecutivo.

Esta transformación que marca efectivamente, con numerosas variantes, el paso de la forma de Estado liberal del capitalismo de competencia a la forma de Estado intervencionista del capitalismo monopolista, no es, en tanto que tal, identificable al proceso de fascistización señalado, incluso si se pueden describir rasgos comunes a ambos, que se deben a que el fascismo se sitúa precisamente en el estadio imperialista. El elemento importante parece ser aquí que se trata precisamente de características de distorsión entre poder real y poder formal, directamente debidas a la ruptura del vínculo representantes-representados. Situación de distorsión y de ruptura que no aparece, se entiende, en toda transformación del Estado liberal en un Estado intervencionista.

Esta ruptura de representantes-representados ha afectado en fin, igualmente, *la relación de organización*. Las luchas extremadamente enconadas entre los diversos partidos políticos de las clases y fracciones de clase en el poder parecen, en su objetivo, desviarse respecto de las contradicciones políticas reales. Esos partidos parecen encastillarse en objetivos que dependen únicamente de las contradicciones "económicas", transformándolas directamente en "querellas" de personal político, y perder de vista los medios concretos de alcanzar el interés político general de clase. Situación lamentable de los dirigentes políticos burgueses, bien descrita por Marx y Lenin, incapaces de organizar políticamente la alianza de las clases y fracciones que representan y su hegemonía, aislados de aquellos a quienes representan, marionetas en la agonía del cretinismo parlamentario y cuyo temor a la clase obrera no hace sino excitar el delirio: situación que antes del advenimiento del fascismo da con frecuencia lugar, por lo demás, a episodios de una comicidad sin precedente.

En fin, último elemento importante: se asiste, a lo largo de todo el proceso de fascistización, *a una proliferación*, característica de la inestabilidad y de la incapacidad hegemónica, de las organizaciones —incluso los partidos—, de las clases y fracciones dominantes, cuando la solución no fascista de la crisis necesitaría, como Gramsci

ha subrayado, la fusión de esas organizaciones en un partido único de la burguesía.[8]

V. LA CRISIS IDEOLÓGICA

La coyuntura de los fascismos corresponde a una *crisis de la ideología dominante.* Nunca se insistirá lo bastante en este aspecto del problema: en efecto, el fascismo no podría ser explicado y comprendido sin una posición justa respecto del papel decisivo que, en circunstancias históricamente determinadas, desempeña la ideología, y sin un examen profundo de la crisis ideológica por que han atravesado las formaciones sociales donde el fascismo ha triunfado.

Por crisis ideológica hay que entender principalmente *crisis de la ideología dominante* en una formación social, es decir, crisis de la ideología de la clase dominante en esta formación. La ideología de la clase dominante, verdadero "cimiento" de una formación social, se halla combatida en lo que concierne ante todo a las masas populares, es decir, a las clases oprimidas, a las cuales esta ideología tiene por función principal mantener en su subordinación y sujeción política.

Éste no es más que un aspecto de la cuestión: más allá de esta crisis de la ideología dominante se puede hablar, en coyunturas determinadas, de una *crisis ideológica generalizada,* crisis que se distingue de aquella de la sola ideología dominante.

En efecto, existe, en el seno de una formación social,

[8] Gramsci subraya este elemento, refiriéndolo sin embargo a su concepción señalada del "equilibrio catastrófico", concepción que no vale para el fascismo: "El paso de las tropas de un gran número de partidos bajo la bandera de un partido único que representa mejor y resume las necesidades de la clase entera es un fenómeno orgánico y normal, incluso si su ritmo es muy rápido y casi fulminante en comparación con los períodos de calma: representa la fusión de todo un grupo social bajo una dirección única, considerada como la sola capaz de resolver un problema mayor de la existencia y de alejar un peligro mortal. Cuando la crisis no encuentra esta solución orgánica, sino la del jefe providencial, significa que existe un equilibrio estático..., que ningún grupo, ni el grupo conservador ni el grupo progresista, tiene la fuerza de vencer, y que el grupo conservador también necesita un amo" (*Œuvres choisies,* p. 247)

no simplemente una ideología dominante, es decir, un discurso ideológico al cual la ideología dominante atribuye, por su mismo predominio, un carácter relativamente sistemático, sino verdaderos *subconjuntos ideológicos*. Estos subconjuntos están constituidos por el predominio, en su seno, de ideologías propias de otras clases distintas de la clase dominante:[4] ideología de la clase obrera, ideología pequeñoburguesa. Ya se entiende que si la ideología dominante, es decir, la ideología de la clase dominante, domina efectivamente en el conjunto de una formación social, es en cuanto a que logra, por múltiples recursos, impregnar igualmente las ideologías propias de los subconjuntos ideológicos. Por ejemplo, la ideología de la clase dominante domina el subconjunto ideológico "ideología de la clase obrera" en cuanto que logra impregnar la ideología de este subconjunto. Así es como la ideología tradeunionista, que no es, en tanto que tal, la ideología de la clase burguesa, no es más que un aspecto de esta ideología en la clase obrera, es decir, no es más que la forma por la cual la ideología burguesa domina el subconjunto "ideología obrera", impregnando la ideología de este subconjunto.

Así, se hace evidente que toda crisis de la ideología dominante afecta el conjunto del universo ideológico de una formación social. Aun así no lo afecta siempre de la misma manera. Por ejemplo, puede ocurrir que una crisis aguda de la ideología de la fuerza social dominante permita un avance o progresión, en la formación, de la ideología de la fuerza social antagónica. Hasta es posible asistir a un *"remplazo" relativo* de aquélla por ésta, antes incluso de que una revolución, en sentido estricto, ocurra. Caso clásico, la situación en Francia de la ideología burguesa "remplazando" subrepticiamente la ideología feudal antes de la Revolución francesa.

Pero puede ocurrir también que se esté frente a una situación de crisis ideológica generalizada. Dicho de otro modo, frente a una situación en la que, paralelamente y por razones distintas, se asiste *a la vez* a una crisis de la ideología dominante *y* a una crisis de la ideología de

[4] Remito, a este propósito, a *Pouvoir politique et classes sociales*, pp. 223 ss [263 ss].

la principal fuerza social dominada. Éste fue precisamente el caso de los fascismos, en el que se comprueba paralelamente una crisis profunda de la ideología burguesa dominante, y una crisis profunda, en las masas, no de la ideología obrera dominada por la ideología burguesa, es decir, de la ideología reformista-revisionista, lo cual habría permitido el avance de la ideología marxista-leninista, sino de la ideología marxista-leninista misma.

Sobre lo que sería conveniente, sin embargo, detenerse de momento, es sobre la crisis de la ideología dominante, y un aspecto particular de esta crisis: a saber, que esta crisis no afecta únicamente, en los casos de los fascismos, el impacto de esta ideología sobre las clases dominadas, sino también *la relación de la burguesía* (*y de sus aliados*) *con su propia ideología*. La crisis ideológica se extiende en efecto en el seno mismo de la alianza en el poder: las clases y fracciones dominantes parecen no poder ya "vivir" su relación con sus condiciones de existencia del mismo modo. Dicho de otra manera, la ideología dominante está además afectada en su función respecto de las mismas clases dominantes.

Uno de los efectos, y no el menor, de esta situación, fue precisamente la ruptura del vínculo representantes-representados entre esas clases y fracciones y sus partidos políticos, y la quiebra de organización de esos partidos. Otro fue el viraje característico y espectacular de los "perros guardianes" del bloque en el poder, de la casta de sus "funcionarios de la ideología" patentados, hacia la ideología fascista y su ataque sistemático contra la ideología burguesa tradicional. Esta conversión de los "funcionarios de la ideología" burgueses, conjugada con la crisis ideológica en el seno mismo de las clases dominantes, fue uno de los factores importantes del paso franco y definitivo de la burguesía al fascismo.

Se puede incluso decir que esta crisis ideológica, bajo las formas que reviste en el seno mismo de la clase dominante, se halla en el origen de un elemento suplementario de la crisis política: *la ruptura entre los representantes políticos —partidos y personal políticos— de la burguesía y sus representantes ideológicos, sus "funcionarios de la ideología-perros guardianes"*. Estos últimos parecen adoptar y preconizar el fascismo más radical, directa y abierta-

mente que los primeros, entrando a menudo, por sus ataques contra los "partidos" y los "políticos", en conflicto agudo con ellos. Y no es casual que el vínculo de la burguesía con sus "funcionarios de la ideología" haya resultado ser el más fuerte.

VI. LA OFENSIVA DEL GRAN CAPITAL Y DEL BLOQUE EN EL PODER

En fin, otro elemento concerniente a la coyuntura de los fascismos, elemento cuya importancia nunca se subrayaría bastante: *contra la concepción dominante del Komintern, el proceso de fascistización corresponde a un viraje decisivo en la relación de las fuerzas en presencia; corresponde muy exactamente a una etapa y a una estrategia ofensivas de la burguesía y a una etapa de defensiva de la clase obrera.*

a) A propósito de la ofensiva y de la defensiva

Previamente conviene, sin embargo, aclarar las nociones de *etapas ofensiva* y *defensiva*, así como la noción de *estrategia* ofensiva y defensiva. Y ante todo, ¿es legítimo, para analizar la situación concreta de la relación de las fuerzas, recurrir a esta distinción entre ofensiva y defensiva? [5]

Advirtamos en primer lugar que tanto Lenin como Mao fundan sus análisis políticos y militares *sobre la disimetría irreductible de la ofensiva y de la defensiva*: todo su cálculo estratégico está fundado sobre esta diferencia. Como subraya Mao: "La guerra civil en China, como cualquier otra guerra en los tiempos antiguos o en el período moderno, en China o en los demás países no conoce más que dos formas fundamentales de combate: la

[5] Lo que no es del todo evidente si nos referimos a lo que decía el PC italiano, en 1922, en pleno período de "ultraizquierda" contra los Arditi del Popolo rojos: "...demuestran así el carácter pernicioso y derrotista de toda distinción entre defensiva y ofensiva". Posición atacada por Lenin, que la designaba, con su ironía acostumbrada, como "filosofía de la ofensiva".

ofensiva y la defensiva".[6] La concepción de la "guerra prolongada" de Mao no borra en absoluto esta diferencia.

Diferencia que concierne en primer lugar a las *etapas* objetivas de la lucha, las cuales dependen de toda una serie de factores objetivos de la relación de las fuerzas. En este sentido, y para todo adversario en el campo de la lucha de clases, se puede determinar una *etapa de ofensiva* y una *etapa de defensiva*. Entre estas dos etapas se intercala la de la *estabilización relativa* de las fuerzas en presencia, que Lenin caracteriza como equilibrio relativo de las fuerzas, y Mao como etapa de "consolidación" de la relación de las fuerzas.

El diagnóstico exacto y justo de estas etapas funda precisamente una *estrategia* justa de la parte de la clase obrera y de las masas populares y de su dirección. La estrategia justa no cae del cielo: no se decreta.

Sobre estas etapas, pues, y éste es el segundo aspecto de la cuestión, se articula la *estrategia*, en sentido propio. Estrategia que tiene sus reglas propias, y que a su vez está fundada sobre esta distinción ofensiva-defensiva. Para Mao se trata, aquí también, de tres momentos distintos: "defensiva estratégica", "consolidación estratégica", "contraofensiva estratégica", correspondientes a las etapas de la relación de las fuerzas.[7] La estrategia dice *cómo* deben actuar la clase obrera y las masas populares *según las etapas*, para alcanzar la *victoria final*, "guerra prolongada". Ahora bien, si la estrategia está fundada sobre el diagnóstico de las etapas, interviene igualmente como uno de los elementos de la etapa misma, la *relación* de las fuerzas; por ejemplo, una etapa defensiva de la clase obrera, que debe dar lugar a una "defensiva estratégica", está, entre otras cosas, marcada por la *estrategia del adversario*, es decir, por su ofensiva estratégica.

A propósito del proceso de fascistización, estamos frente a un doble problema:

a) El del carácter real de la *etapa* y del diagnóstico que hizo el Komintern;

b) El de la *estrategia* que fue entonces aplicada.

[6] *Ecrits militaires de Mao-Tse-toung*, Pekín, 1964, pp. 109 ss.
[7] "De la guerre prolonguée", *loc. cit.*, pp. 240 ss.

b) Las etapas del proceso

Para llegar al fondo del problema, habremos de esperar al capítulo sobre el fascismo y la clase obrera: el carácter de una etapa depende de la *relación* de las fuerzas. Señalemos, sin embargo, que, desde este punto de vista, el fascismo no expresa en absoluto, como lo creía el Komintern, únicamente la "debilidad" de la burguesía, y el proceso de fascistización una estrategia defensiva —contrarrevolucionaria "en caliente"— de su parte, y así una etapa ofensiva para la clase obrera. Muy al contrario, el esquema es, en su *línea general, antes y durante* el proceso de fascistización, el siguiente:

1] Derrota de la clase obrera y de las masas populares en su ofensiva después de un enfrentamiento grave y prolongado.

2] Etapa de estabilización relativa de las fuerzas en presencia, estabilización marcada por "algaradas" —ya que esta estabilización no es un reposo, pues se sitúa siempre en un contexto de exacerbación de las luchas de clases—, algaradas que no llegan, sin embargo, hasta modificar la relación desigual pero congelada de las fuerzas: en una palabra, *guerra de posiciones*. Pero guardémonos bien de entender aquí por etapa de "estabilización" un "equilibrio de igualdad" de las fuerzas en presencia. La burguesía mantiene siempre su ventaja, hostiga y divide al adversario, y se prepara a la ofensiva. Si es débil, lo es sobre todo en tanto que no es todavía lo bastante fuerte para pasar a la ofensiva, y no porque, durante este período, se haya debilitado más. Durante este mismo período precisamente la estrategia de la clase obrera no sólo no ha debilitado a la burguesía sino que, por el contrario, le ha devuelto fuerzas.

Esta etapa de estabilización relativa no parece haber sido bien diagnosticada sino por el III Congreso del Komintern (1921). En efecto, el IV Congreso (1922-1923), como se verá dentro de un momento, con su consigna de "gobiernos obreros" —gobiernos "burgueses" con participación de comunistas—, *identifica* esta etapa de estabilización con una etapa defensiva para el movimiento obrero, y ofensiva para la burguesía: de hecho, la etapa ofensiva para la burguesía y defensiva para la clase obrera se inicia

con los comienzos del proceso de fascistización, *que sigue* al período de estabilización.[8] En cuanto al v Congreso (1924), oblitera él también la etapa de estabilización, pero en un sentido inverso, puesto que diagnostica una etapa ofensiva de la clase obrera.

Significativa a este respecto es por lo demás la posición de Trotski.[9] A la vez que criticaba de manera pertinente las posiciones del v Congreso del Komintern, que pasaban por alto la etapa de estabilización diagnosticando una etapa ofensiva del proletariado, repite por su cuenta el error del IV Congreso, identificando etapa de estabilización y etapa de defensiva del movimiento obrero. En cuanto a la caracterización del período que sigue, marcado por los comienzos del proceso de fascistización, y para el cual precisamente este diagnóstico es exacto, comete Trotski los mismos errores que el Komintern: el cierre del período de "estabilización-defensiva reflujo del movimiento obrero" significaría una exacta inversión de las cosas, y así una ofensiva de la clase obrera. También para Trotski, que en esto va con el Komintern, el fascismo "es una respuesta de la burguesía en el momento en que un peligro inmediato amenaza las bases de su régimen... el fascismo es un estado de guerra civil contra el proletariado que se insurrecciona".

Esta *afinidad* entre Trotski y el Komintern se debe, así como se había sugerido, a su economismo común.[10] Esta

[8] En efecto, estas caracterizaciones de la etapa por el Komintern no conciernen, en sus efectos prácticos y para el caso del fascismo, más que a Alemania, ya que el fascismo estaba en el poder en Italia precisamente antes del IV Congreso. Estos análisis de la etapa por el IV Congreso conciernen "*prácticamente*" a Alemania, Francia e Inglaterra, donde se estaba *todavía* de hecho en una etapa de estabilización. Este análisis del IV Congreso no habría sido pertinente más que para Italia... ¡y a condición de que se hubiera hecho unos meses antes! Por lo demás, el *desarrollo desigual* no revestía ya mucho sentido para el Komintern.

[9] *L'Internationale communiste après Lénine*, pp. 178-220.

[10] Se trata aquí de una sugerencia, y no de una demostración: el problema es demasiado importante para que pueda ser aquí objeto de un análisis profundo. Decir, sin embargo, que Trotski compartía en cuanto al fondo el "economismo" del Komintern no significa que no existan diferencias entre ellos. Porque si bien el proceso del Komintern se caracteriza a la vez por el economismo y por el abandono progresivo del internacionalismo proletario, Trotski se mantuvo firme en el terreno del internacionalismo. En cambio, sin embargo, no fue

concepción economista se manifiesta aquí por el hecho de que, concerniendo al período que precede a la iniciación del proceso de fascistización, ambos obliteran la etapa de estabilización, mientras sacan de ella conclusiones diferentes: "desintegración económica = ofensiva del proletariado" para el v Congreso del Komintern, "estabilización económica = defensiva del proletariado" para Trotski, sobre las huellas del IV Congreso, en el que asoma ya el economismo. Lo que parece haberlos puesto a los dos de acuerdo en el mismo error es la "crisis económica (de 1929) = ofensiva del proletariado".[11]

3] *Comienzos del proceso de fascistización correspondiente al paso a la ofensiva de la burguesía*: período caracterizado por una nueva agudización de la lucha de clases, agudización debida a esta estrategia ofensiva, pero que dio la ilusión al Komintern, en particular después de su VI Congreso, de una repetición de las condiciones de un período revolucionario.

En fin, se asiste, con el advenimiento del fascismo, no a una confesión de debilidad de la burguesía sino a una consagración, para mucho tiempo, de su fuerza.

Lo que efectivamente ocurrió en el caso del proceso de fascistización *fue la correspondencia entre una crisis política de la burguesía y una estrategia ofensiva*. Lo cual

casual que este internacionalismo de Trotski se expresara bajo la forma de la "revolución permanente" (cosa enteramente distinta de la "revolución ininterrumpida").

11 Una observación conexa sobre Trotski: todo ocurre como si la noción misma de *revolución permanente* aplicada sobre el catastrofismo economista de Trotski (véase la tesis de la suspensión del desarrollo de las fuerzas productivas bajo el imperialismo, que defendió siempre) no le permitiera reconocer etapas, en el sentido riguroso, de lucha de clases. Revolución permanente parece significar para Trotski *inminencia siempre presente de la revolución*, lo que da resultados bastante paradójicos: caracterizar una etapa como *defensiva* no impide a Trotski, a la vez, aguardar constantemente el resurgimiento casi metafísico de una situación revolucionaria ofensiva en todo instante en el seno de esta etapa. La caracterización por Trotski de la "era de la revolución" como la de la "revolución permanente" parece abolir para él el tiempo, en el sentido de que no puede fundar una periodización. Para no dar más que un ejemplo: después de 1930, le ocurre con frecuencia a Trotski hablar, en cuanto a Alemania, de etapa defensiva y de reflujo, lo cual no le impide en modo alguno, en su previsión del fascismo, considerarla como una respuesta a la ofensiva de la clase obrera, situación revolucionaria.

quiere decir, naturalmente, que las cosas no marchaban bien para las clases dominantes. Sin embargo, designar esta crisis política como "debilidad" de la burguesía es caracterizar su relación de fuerza con la clase obrera, y es precisamente aquí donde el sentido atribuido por el Komintern a esta designación resulta ser erróneo (debilidad de la burguesía = fuerza + ofensiva del proletariado).

Ahora bien, fue preciso esperar al VII Congreso del Komintern para que Dimitrov se atreviera, en términos velados, a sugerir que el proceso de fascistización corresponde a una etapa defensiva de la clase obrera. Esto se ve en la crítica que hace Dimitrov de la concepción de los "*gobiernos obreros*" del IV Congreso del Komintern, en la medida en que repite esta consigna por su cuenta, recomendando precisamente la participación de los comunistas en semejantes gobiernos. Pero, dice Dimitrov, lo que el IV Congreso no había hecho era señalar que esos gobiernos "están ligados clara y firmemente a la existencia de una crisis política": no deberían ser otra cosa que "gobiernos *de lucha contra el fascismo y la reacción*".[12] Lo que se percibe aquí entre líneas, pero que Dimitrov se guarda bien de decir de manera explícita, es precisamente la concepción de un proceso de fascistización correspondiente a una etapa defensiva del movimiento obrero.

Observemos de paso que Dimitrov tiene razón al criticar al IV Congreso, pero que el error de este congreso no está donde Dimitrov lo sitúa. La consigna de "gobiernos obreros" fue admitida por el IV Congreso a causa de su concepción de la "estabilización". Denota ya una reducción de la lucha de clases a lo económico, e implica así de hecho la adecuación "estabilización económica = defensiva de la clase obrera", del mismo modo que, en sentido inverso, para el VI Congreso: "fin de estabilización = crisis económica catastrófica = ofensiva de la clase obrera". Esto es lo que explica la consigna "gobiernos obreros" del IV Congreso, mientras que Lenin en el III Congreso *no había en modo alguno identificado estabilización y defensiva de la clase obrera.* Él se refería a la lucha de clases, empleando por lo demás la única expresión de "equilibrio relativo de las fuerzas en presencia", y lanzaba

[12] *Œuvres choisies*, pp. 99-103.

la consigna "a las masas", lo que difiere notablemente de la de "gobiernos obreros".

Así, no fue, como dice Dimitrov, al no asociar a los gobiernos obreros una etapa defensiva como el IV Congreso se equivocó, sino que fue en su comprensión del carácter real de la etapa al interpretar como etapa defensiva esa etapa de estabilización de la lucha de clases.[13]

VII. LOS PARTIDOS FASCISTAS, EL FASCISMO Y LAS CLASES Y FRACCIONES DOMINANTES. DOMINACIÓN, HEGEMONÍA Y CLASE REINANTE: LA AUTONOMÍA RELATIVA DEL FASCISMO

En fin, la última cuestión importante concierne a las relaciones de las clases y fracciones de clase dominantes con el fascismo; con el partido fascista primero, con el Estado fascista después.

Las tres concepciones principales, relativas a esta cuestión, me parecen igualmente erróneas:

a) *La concepción progresivamente dominante en el Kominternn*: contrariamente al Estado "democrático-parlamentario", dentro del marco del cual tendrían un papel político decisivo otras clases y fracciones dominantes, el Estado fascista correspondería al dominio total sobre el Estado de la fracción del gran capital monopolista. El Estado capitalista alcanzaría así un estadio de subordinación total a los intereses estrictos de esta fracción, siendo el Estado fascista el "agente" puro y simple en el sentido riguroso, de esa fracción, "herramienta" manipulable a voluntad por ésta, *con exclusión de las demás clases y fracciones dominantes*. Es bien evidente que no se puede, en este caso, reconocer ninguna *autonomía relativa* al Estado fascista respecto del boque en el poder y de su fracción hegemónica.

[13] Esta identificación "estabilización económica = defensiva de la clase obrera" no aparece en los acuerdos mismos del IV Congreso. Pero es muy clara en el informe de Radek, a ese mismo congreso, sobre *La ofensiva del capital*: "La caracterización de nuestra época consiste en el hecho de que... las amplias masas del proletariado... están forzadas a la defensiva" (*Protokoll des vierten Kongresses der Kom. Internationale, op. cit.*, pp. 296 ss). Lenin, abatido por la enfermedad, apareció por penúltima vez en público en ese congreso, y no hizo más que un breve informe sobre la NEP en la URSS.

Ilusión tenaz en el seno de la III Internacional, que se remonta a toda una concepción "instrumentalista" del Estado, estrechamente maridada al economismo, y que gobierna, por lo demás *hasta cierto punto,* sabido es, los análisis actuales de los partidos comunistas concernientes al Estado en el estadio del "capitalismo monopolista de Estado". Los análisis concernientes, en este respecto, al Estado fascista y al Estado actual son *rigurosamente idénticos.* Esta concepción dominó en el Komintern de manera decisiva con Dimitrov y el VII Congreso.

Lo que sería preciso advertir por el momento es que esta concepción va a menudo acompañada, de manera aparentemente contradictoria, por la de las "contradicciones internas" del fascismo. Si bien se subraya con frecuencia el hecho de que el fascismo representa intereses contradictorios *de diversas clases,* estas contradicciones se supone, sin embargo, que desaparecen milagrosamente al nivel institucional del partido y del Estado fascistas.

Esta concepción de la relación del Estado fascista y del gran capital *después* del advenimiento del fascismo domina la principal posición errónea, la cual se conservara, relativa a las relaciones del gran capital y del partido fascista, a lo largo de todo el proceso de fascistización. El partido fascista se considera principalmente como el "agente pagado" al servicio del gran capital. El partido fascista, "instrumento militar de combate del gran capital", se asimila a menudo a un "revoltillo de guardias blancos", a una simple "milicia armada" a sueldo del gran capital, herramienta manipulable a voluntad por éste.[11]

Así, por una parte, la cuestión principal que ocupa más a menudo la atención es la de los comanditarios de las organizaciones fascistas, sin tener en cuenta que la relación de organización del partido fascista y de la burguesía es mucho más compleja. Por otra parte, el aspecto militar no sólo se considera como el aspecto principal del proceso de fascistización a lo largo de todo éste, sino que incluso aparece separado del aspecto político; esto a pesar

[11] Véase la definición del V Congreso: "El fascismo es una de las formas clásicas de la contrarrevolución en la época de la decadencia de la sociedad capitalista, en la época de la revolución proletaria... El fascismo es el instrumento militar de combate del gran capital..." (en *Imprekorr,* ed. alemana, núm. 119, septiembre de 1924).

de que, de hecho, el aspecto militar está determinado constantemente por el aspecto político del proceso y que —rasgo específico del proceso de fascistización— el aspecto político conserva, salvo durante la última etapa, el papel dominante. A este respecto sigue siendo pertinente la advertencia de Clara Zetkin al comité ejecutivo del Komintern del 23 de junio de 1923: "El error del Partido Comunista italiano ha consistido principalmente en el hecho de considerar el fascismo solamente como un movimiento militar-terrorista, no como un movimiento de masa presentando bases sociales profundas. Debe ponerse explícitamente el acento sobre el hecho de que, antes de que el fascismo gane militarmente, ha alcanzado ya la victoria ideológica y política sobre la clase obrera..." [15]

b) La serie de las concepciones que calcan el fascismo sobre el esquema del bonapartismo, es decir, sobre el de una relación de "equilibrio de igualdad" de las dos fuerzas principales en presencia: concepción que ha servido de tema sobre todo a Thalheimer, pero igualmente tenaz en numerosos teóricos marxistas del fascismo. Esto conduciría a atribuir al Estado fascista un *modo* y una *extensión* de autonomía relativa que no posee de hecho y, en el límite, a no poder establecer adecuadamente las relaciones entre el fascismo y el gran capital. Se llegaría, por ejemplo, hasta a hablar de una distorsión entre *dominación económica*, ejercida por el gran capital, y *dominación política* monopolizada por el Estado fascista totalmente "independiente", por una mala interpretación de las célebres palabras de Marx en el *18 Brumario* sobre la "oposición del Estado y de la Sociedad" y sobre "la independencia del Estado respecto de la sociedad civil".[16] Esta auto-

[15] Véase igualmente Radek: "El fascismo no representa una simple pandilla de oficiales, sino un amplio, aunque contradictorio, movimiento de masa" (*Rote Fahne*, 16 de agosto 1923). Conviene notar igualmente los análisis, de la época, de Gramsci y de Togliatti, que contrastan con los oficiales del PC italiano y de Bordiga (más adelante, p. 286).

[16] Véanse a este respecto las justas críticas a la concepción de Thalheimer en Togliatti, en una serie de conferencias de 1935, *Lezioni sul fascismo*, 1970, pp. 6 ss, y en el artículo señalado de Griepenburg y Tjaden, "Faschismus und Bonapartismus. Zur Kritik der Faschismus-theorie A. Thalheimer", *Das Argument*, diciembre de 1966.

nomía relativa del Estado significaría incluso en el límite una ruptura del vínculo entre el Estado y la fracción hegemónica; de donde unas descripciones totalmente falsas de un fascismo que actúa a la larga y explícitamente a través de la economía de guerra contra los intereses del gran capital y en oposición declarada con él.[17]

c) *La concepción*, bastante corriente en los círculos de la socialdemocracia y contra la cual se opuso justamente la Internacional, *del fascismo como "dictadura política de la pequeña burguesía"*. De hecho, existe entre el fascismo y la pequeña burguesía un vínculo muy estrecho y complejo, un vínculo subestimado por la Internacional. Pero la concepción en cuestión, al querer establecer la autonomía relativa del Estado fascista, cree deber hacerlo, a ejemplo de la concepción precedente, a partir de una distorsión entre dominación económica y dominación política. Con esta diferencia, de que ya no se trata aquí de un Estado en cierto modo independiente frente a dos fuerzas en equilibrio, sino de uno que expresa la dominación política de la pequeña burguesía —la "tercera fuerza"— frente a una dominación económica del gran capital.[18]

Igualmente se aventurará aquí la posición que parece justa a este respecto. A lo largo de todo el proceso de fascistización y después de la conquista del poder, el fascismo —partido fascista, Estado fascista— gozó de una autonomía relativa *característica* respecto, a la vez, del

[17] Es, por ejemplo, la conclusión de Tim Mason, que se funda en la concepción de Thalheimer, en su artículo "Der Primat der Politik — Politik und Wirtschaft im National-sozialismus", *Das Argument*, diciembre de 1966, pp. 473 ss. Esta concepción se aproxima así, por su mala interpretación de los análisis de Marx, a la concepción "elitista", muy corriente, de una pretendida distinción radical, bajo el régimen fascista de los "tres dominios" del poder; la economía donde dominan los "magnates industriales", la política y el Estado donde dominan el partido y la burocracia fascistas, el ejército donde dominan las esferas superiores de la Wehrmacht. Véase, para no citar más que un ejemplo, A. Schweitzer, *Big Business in the Third Reich*, 1964, pp. 227 ss. En fin, la concepción de la "autonomía de lo político" bajo el nacionalsocialismo la comparte igualmente F. Neumann, *Demokratischer und autoritärer Staat*, 1967, pp. 93 ss.

[18] En cuanto a esta posición socialdemócrata de la pequeña burguesía como "tercera fuerza", entre otros G. D. H. Cole, *History of Socialist Thought*, t. v, *Socialism and Fascism*, pp. 5 ss.

bloque en el poder y de la fracción del gran capital monopolista cuya hegemonía estableció. Esta autonomía relativa se debía a dos series de factores:

a) a las contradicciones internas de las clases y fracciones de la alianza en el poder, es decir, a su crisis política interna; autonomía relativa necesaria para reorganizar este bloque y establecer la hegemonía, en el seno de éste, de la fracción del gran capital monopolista;

b) a las contradicciones entre las clases y fracciones dominantes y las clases dominadas, es decir, a la crisis política del conjunto de la formación social, y a la relación compleja del fascismo con las clases dominadas. Esta relación haría precisamente del fascismo el mediador indispensable de una reestabilización de la dominación política y de la hegemonía.

Sin embargo, esta autonomía relativa no es del mismo tipo, ni tiene la misma extensión, que la de un Estado dentro del marco de un equilibrio de fuerzas de las dos fuerzas sociales principales. No es esto que, en el último caso, el Estado se convierta en un mediador neutral en la lucha de clases: no cesa jamás de ser el organizador de la dominación política. Pero, en este caso, posee un margen de maniobra, impuesto por la coyuntura, que el Estado fascista, situado dentro del marco de una crisis política diferente, no poseyó jamás. En una palabra, si bien es cierto que el Estado fascista goza de una autonomía relativa característica, que lo distingue, pese a las apariencias, de las formas "normales" de Estado capitalista, no se lo puede considerar como un caso particular de la autonomía relativa propia de las formas bonapartistas de Estado.[19]

[19] Señalo así el error de R. Miliband a este respecto, no sin reservarle un lugar aparte en la medida en que parece consciente de los peligros indicados en esta concepción: "En esta perspectiva debe entenderse la noción de la independencia del poder del Estado respecto de todas las fuerzas de la sociedad civil, a la que Marx y Engels ocasionalmente calificaron de posible en 'circunstancias excepcionales' [18 *Brumario*, etc.], y de la cual el fascismo, en el contexto del capitalismo avanzado, nos proporciona el ejemplo más destacado. En ese contexto, sin embargo, el concepto es ambiguo en cuanto que sugiere cierta *neutralidad* del poder estatal respecto de las fuerzas sociales, cosa que desmiente la experiencia..." (*El Estado en la sociedad capitalista*, Siglo XXI, México 1969, pp. 91 ss).

Nos limitaremos por el momento al examen de la primera serie de factores de esta autonomía relativa, indicando sus etapas, etapas que repiten las del proceso de fascistización:

a) Desde los comienzos del proceso al punto de no retorno. No habiendo existido antes el partido fascista sino en la forma embrionaria de bandas armadas, sostenido por fracciones dominantes durante la etapa ofensiva del proletariado, pero abandonado por ellas durante la fase de estabilización, reviste progresivamente el carácter de un partido de masa. Está sostenido de manera declarada por círculos del gran capital, pero se halla lejos de constituir el partido "que represente" esta fracción y, razón de más, el conjunto de la alianza en el poder.

En el punto de no retorno el partido fascista gana el apoyo de la fracción del gran capital, dándole prendas seguras. Trata de consolidar sus relaciones con determinadas clases y fracciones en el poder y de neutralizar las reticencias de las demás. En una palabra, su vínculo de organización de partido con una alianza en el poder, que ha pasado a la ofensiva y está privada de organizaciones políticas representativas propias, se establece (lo que distingue el fascismo del bonapartismo, que en general no se constituye en partido, en el sentido riguroso del término). Sin embargo, su vínculo político con las masas populares se mantiene muy fuerte.

b) Período desde el punto de no retorno hasta el establecimiento del fascismo en el poder. Terminación del período precedente, por la neutralización lograda de las contradicciones entre la fracción del gran capital monopolista y las otras clases y fracciones dominantes, por medio de compromiso del fascismo respecto de éstas. Pero, al mismo tiempo, golpe de timón en cierto modo, hacia las masas populares, inquietas de las relaciones cada vez más declaradas entre el partido fascista y el bloque en el poder. Período marcado por el establecimiento de una efectiva alianza, esbozada precedentemente, y por medio del partido fascista, entre la fracción monopolista y la pequeña burguesía; alianza, no obstante, teñida de ambigüedad y portadora de gérmenes explosivos.

c) Primer período del fascismo en el poder. Momento de verdad, pero de verdad aún completamente relativa. La

política del fascismo para el establecimiento de la hegemonía del gran capital monopolista se consolida, pero de manera silenciosa, frente a las demás clases y fracciones en el poder. El fascismo se ve paralelamente obligado contra la voluntad del bloque en el poder a ciertas concesiones a las masas populares, lo que no impide, sino al contrario, la eliminación de su vanguardia y sus organizaciones.

Además, las cosas cambian sobre el *escenario político*. Por medio del partido fascista, fuertemente marcado aún por sus orígenes de clase, y por la reorganización del sistema estatal y de sus aparatos, la pequeña burguesía deviene, durante este período, y sin devenir jamás una clase políticamente dominante, *la clase reinante* y comienza por devenir la *clase mantenedora* del Estado.[20]

Situación explosiva que desemboca en una depuración masiva del "ala izquierdista" del propio partido fascista y en el final de la *era de los compromisos* (política de compromisos que, en cambio, caracteriza el conjunto del bonapartismo).

d) Período de estabilización del fascismo. La fracción del gran capital monopolista establece su hegemonía y asciende igualmente al estatuto de *clase reinante* (identificación de la *fracción hegemónica* y de la *fracción reinante* que distingue igualmente el fascismo del bonapartismo), desalojando a la pequeña burguesía. Sin embargo, sigue siendo la clase defensora del Estado. Este proceso se refuerza incluso por medio de toda una reorganización del personal político en sentido amplio.

La era de los compromisos, en tanto que período *característico*, está ya concluida. Pero el fascismo "estabilizado" se encuentra con frecuencia obligado a imponer al bloque en el poder ciertas concesiones, subestimadas por el Komintern, a las masas populares, a fin de que sus vínculos con ellas no se rompan jamás por completo. Paralelamente, el establecimiento de la hegemonía del gran capital reaviva las contradicciones en el seno de la alianza en el poder. El fascismo se encuentra obligado a contemporizar con él, guardando a veces sus distancias con la

[20] Sobre estas distinciones, véase *Pouvoir politique et classes sociales*, pp. 261 ss [31 ss], 266 ss [317 ss].

fracción hegemónica. Si lleva en último análisis, y masivamente, una política conforme a los intereses *a largo plazo* de ésta, no es un agente a sus órdenes.

En fin, sumados los propios efectos de la situación sobre el escenario político —pequeña burguesía en tanto que clase poseedora— e ideológico —la ideología fascista— a los factores precedentes, la política llevada por el fascismo acaba por indisponer al gran capital.

2
ALEMANIA

I. EL PROCESO Y LAS CONTRADICCIONES ECONÓMICAS

Las proposiciones enunciadas se verifican en lo que concierne al proceso de fascistización y al establecimiento del fascismo en Alemania. Nos permiten localizar, desde el punto de vista de las clases y fracciones dominantes, sus comienzos y marcar sus etapas. Estos comienzos, en contra de una opinión generalmente admitida, y que los sitúa, ateniéndose a los únicos acontecimientos de la escena política, en el último período del gobierno Brüning, me parecen deber situarse antes incluso del último gobierno socialdemócrata (1928), más exactamente alrededor del año 1927. Es el punto de no retorno, al que parece haberse llegado de manera decisiva con el final de Brüning.

En efecto, durante este período fue cuando el proceso de establecimiento del predominio del capitalismo monopolista en la formación social alemana fue marcado por una aceleración característica. Después de haberse detenido y hasta retrocedido con la crisis inflacionista de 1923, la concentración reanudó la marcha de manera mucho más radical que antes: el número de cárteles pasa de 1 500 en 1923-1924, a 2 500 en 1925, y 2 100 en 1930.[1] En lo que concierne a las sociedades anónimas, el 16 % de ellas, pero las más importantes, ya que su capital representa el 65 % del capital-acciones total, forman parte, al final de este período de *Konzern*. A partir de 1926, el enorme trust I. G. Farben establece su poderío y, en 1926-1927, se crean los Vereinigte Stahlwerke, que agrupan a los cuatro productores más grandes de acero alemanes. En septiembre de 1929, después de la fusión de la Deutsche Bank y la Disconto Gesellschaft, tres grandes bancos con-

[1] G. Badia, *Histoire de l'Allemagne contemporaine*, 1962, t. I, p. 240.

trolarán todas las operaciones financieras de importancia.

Este proceso, en las circunstancias concretas de la formación social alemana, va acompañado de una agravación de las contradicciones económicas internas de las clases y fracciones en el poder. Contradicciones características de la transición al capitalismo monopolista, que frenaron relativamente ese proceso hasta el establecimiento del fascismo en el poder, y que persistieron, pero en una forma diferente, durante el período del fascismo establecido. Estas contradicciones se *agravan* durante el período que se extiende desde los comienzos hasta el punto de no retorno del proceso de fascistización, se *exacerban* desde el punto de no retorno hasta el establecimiento del fascismo en el poder, y se *neutralizan* a continuación.

Y ante todo, la contradicción entre la *burguesía* y la *gran propiedad territorial*, que era en Alemania de una importancia capital y que presentaba aún varias características feudales. De hecho, se comprueba el mantenimiento de la alianza entre el gran capital monopolista y la gran propiedad territorial, jamás desmentida a lo largo de todo el proceso de fascistización y durante el fascismo. Sin embargo, esta alianza no debe ocultarnos la contradicción económica que encubre. La gran propiedad territorial, que había dado ya un viraje hacia una capitalización de la renta territorial, permaneció, como lo señala K. Kautski,[2] relativamente al margen del capital industrial y financiero. Sufre así las consecuencias del retraso global del sector agrícola respecto del sector industrial. La parte de la agricultura en el conjunto de la producción alemana no cesa de bajar, y los junkers ven disminuir progresivamente su importancia económica: entre 1924 y 1929, la parte de la agricultura en la producción total de Alemania bajó de 22.7 % a 20.9 %. La baja característica de los precios de los productos agrícolas que creó lo que se designa como "las tijeras entre los precios de los productos agrícolas e industriales", tijeras considerablemente abiertas durante el período 1924-1929, afecta igualmente a los grandes propietarios territoriales;[3] baja relativa de los precios agrícolas que convenía al gran capital monopolista, el

[2] K. Kautski, *La question agraire*, reimpresión Maspero, 1970, pp. 59, 67, 129 ss.

[3] C. Bettelheim, *op. cit.*, p. 6; G. Badia, *op. cit.*, p. 49; D. Guérin,

cual teme toda alza de los precios en la agricultura, a causa de las repercusiones sobre sus propios costos, especialmente sobre los salarios.

Otro hecho importante: las medidas gubernamentales concernientes a la renta, es decir, una de las formas de repartición del provecho total, anteriores a este período, se refuerzan entonces. Y es que la introducción masiva del capitalismo en la agricultura tiene por efecto, entre otros, la *baja* de la renta territorial *absoluta*, aumentando en la misma proporción la parte de la plusvalía total acaparada por el capital. Se trata de la *fijación* de los precios de los alquileres urbanos y de los arrendamientos. Así como lo señala acertadamente Bettelheim:[4] "Esta reglamentación tiene su origen en los problemas 'sociales', pero su raíz profunda es el conflicto que opone propiedad territorial y capital industrial. Marca una victoria del capital industrial sobre la propiedad territorial. Esto significa que la legislación sobre los alquileres tiene por efecto suscitar una transferencia del provecho en beneficio del capital industrial y en detrimento de la propiedad territorial".

En fin, durante este período precisamente la gran propiedad territorial dio un paso decisivo hacia la mecanización, lo cual iba a endeudarla progresivamente con los grandes bancos. Por medio de la concentración en las ramas de producción de máquinas agrícolas y de abonos químicos, el gran capital impone sus precios de monopolio. Las industrias de transformación, creadas hasta entonces "sobre el terreno" y controladas por la gran propiedad territorial, pasan bajo el control del capital financiero, y revisten por lo demás una importancia cada vez mayor en la elaboración del producto agrícola bruto. Por medio de la creación de las grandes empresas de consumo —grandes almacenes, etc.—, una parte creciente de los beneficios se transfiere de la gran propiedad territorial al gran capital comercial.

Ahora bien, si se insiste sobre las contradicciones "nuevas" entre la gran propiedad territorial y el gran capital

op. cit., p. 273. Para lo que sigue, igualmente: A. Schweitzer, op. cit.; T. Mason, op. cit.; S. J. Woolf, "Did a Fascist Economic System Exist?", en *The Nature of Fascism*, Woolf ed., 1969.

[4] *Op. cit.*, p. 194.

monopolista, no se debe perder de vista la persistencia de las contradicciones "tradicionales", entre la gran propiedad territorial y el *capital medio* industrial y comercial. Son ellas precisamente las que se exacerban durante el período del proceso de fascistización, que se extiende desde el punto de no retorno a la instauración del fascismo en el poder.

El capital medio intenta incluso, durante este período, y a causa de sus propias contradicciones con el gran capital, un acercamiento al campesinado rico y medio, a expensas en cierto modo de la gran propiedad territorial. Brüning, representante del capital medio, estableció un plan de "colonización" de algunas grandes haciendas totalmente hipotecadas, cuya explotación era absolutamente deficitaria, y puso en marcha un proyecto de reforma y de ayuda a la propiedad media rural de Alemania oriental. El Zentrum católico, el partido de Brüning, estaba apoyado por el campesinado rico y sobre todo medio del suroeste y del centro oeste. El propio Schleicher no concedió a los nobles terratenientes los contingentes de importación que reclamaban. ¡Entonces se elevó el clamor contra el *Agrarbolschevismus*!

La resistencia de los grandes propietarios territoriales se manifestó a lo largo de todo el proceso de fascistización. Con el ejército como principal punto de apoyo, cristalizó, durante el segundo período del proceso de fascistización, en torno del presidente Hindenburg y de las "alturas" del poder ejecutivo. Fue precisamente esta resistencia la que habría de ser neutralizada por la subida y la consolidación del nacionalsocialismo en el poder.

En efecto, toda la política económica del nacionalsocialismo tiende, en este dominio, *a cimentar la alianza del gran capital monopolista y de la gran propiedad territorial, pero con ventaja neta del primero, y en detrimento de las masas populares del campo.* Si bien, por toda una serie de medidas, la gran propiedad territorial aumenta masivamente su explotación del medio y pequeño campesinado, no es menos cierto que, paralelamente, queda desfavorecida respecto del gran capital. Si la política nacionalsocialista de fijación de los precios agrícolas favorece los precios de los cereales del gran cultivo en detrimento de los precios de cría de ganado y del pequeño cultivo, no

hace paralelamente otra cosa que aumentar las tijeras entre los precios agrícolas, en su conjunto, y los precios industriales. La política de fijación de los alquileres siguió el mismo curso.

Progresivamente, en el último período de su estabilización, el nacionalsocialismo llevó una política que favorecía sistemáticamente, y cada vez más, la empresa del gran capital sobre el conjunto del sector agrícola. Es cierto que la participación de la gran propiedad territorial en las industrias de transformación y en el circuito de circulación se mantuvo; pero no lo es menos que esa política aprovechó principalmente el gran capital, productor de abonos químicos (I. G. Farben) y de máquinas agrícolas. La política nacionalsocialista en el dominio de las exportaciones tendía a favorecer progresivamente los productos industriales en detrimento de los productos agrícolas. Toda esta política fue al fin definitivamente entronizada con la economía de guerra, que tendía a la autosuficiencia de la producción alemana.

Pero las contradicciones económicas internas de la alianza en el poder se manifiestan sobre todo en lo que concierne a *las fracciones mismas de la burguesía*. Se trata, ante todo, de las contradicciones entre el *gran capital monopolista* y el *capital medio*. Estas contradicciones conciernen a la vez a la resistencia del capital medio a su absorción por el grande, y a su oposición a un proceso económico, en el cual el gran capital aspira hacia sí una parte cada vez mayor del provecho total.

Estas contradicciones se agravaban durante el primer período del proceso de fascistización, cuando se acelera la concentración del capital según las condiciones concretas de la formación social alemana: imposición, al capital medio, del precio de las materias primas y de los medios de producción de que tienen necesidad, fijados por los grandes monopolios, cárteles y *Konzern*; tendencias inflacionistas que favorecen claramente al gran capital; endeudamiento progresivo del capital medio con los grandes bancos, a fin de mantener el ritmo de innovación tecnológica y de productividad del trabajo impuesto por los grandes monopolios, etcétera.

Las contradicciones aparecen todavía más claramente, si

se tiene en cuenta el hecho de que la distinción entre gran capital y capital medio cubre todavía en la época, parcialmente, y parcialmente tan sólo, ramas distintas de la industria: la industria pesada de un lado, la industria de bienes de consumo o de productos acabados, la *Fertigindustrie*, del otro.

Una observación: el mérito de Daniel Guérin consiste en haber insistido en esta distinción (distinción que, por lo demás, había sido establecida ya por autores en el seno del Komintern).[5] Sin embargo, Guérin le atribuye un valor absoluto, haciendo pasar a segundo plano la única distinción fundamental, la existencia entre gran capital monopolista y capital medio. En efecto, el gran capital monopolista se extiende tanto en el dominio de la *Fertigindustrie*, como el capital medio en el dominio de la industria pesada.

Si la distinción entre industria pesada e industria ligera se mantiene pertinente en este proceso de transición, es tan sólo en la medida parcial en que repite la existencia entre el capital grande y el medio. Refiriéndose a este último, concerniendo las *fracciones del capital*, es como se pueden explicar los conflictos que marcan el proceso de fascistización. Si nos atenemos a la sola distinción de *ramas de industria*, los motivos profundos de esos conflictos se mantienen ocultos.

El capital medio invertido en la industria ligera se levanta cada vez más contra los grandes monopolios, que le hacen pagar a precios de cártel los instrumentos de producción y las materias primas; la inflación y la contracción del mercado interior afectan principalmente los bienes de consumo; la protección aduanera impuesta por los grandes monopolios industriales lesiona los intereses de la industria ligera, más orientada hacia las exportaciones.

Todo esto hace que el capital medio se oriente, a lo largo de todo el proceso de fascistización, *hacia una política de compromiso con la clase obrera*, a fin de poder contrarrestar los designios del gran capital monopolista. Es el plan de colaboración capital-trabajo, iniciado antes

[5] Especialmente por O. Dsenis: "Der Faschismus und die Widersprüche im Lager der deutschen Bourgeoisie", en *Unter dem Banner des Marxismus*, 1933, pp. 166 ss.

por el último gobierno socialdemócrata de Müller, aunque considerablemente recortado, proseguido por Brüning y Schleicher, el "general social". Esta política suscitó cada vez más la oposición del gran capital; porque, entre tanto, con la crisis de 1929, las contradicciones entre gran capital y capital medio entraron efectivamente en una fase de exacerbación. Si bien la crisis de 1929 afectaba igualmente el capital medio, afectaba en primer lugar, por su aspecto financiero, a los grandes bancos y al gran capital industrial, cuya composición orgánica ofrecía una mayor proporción de capital constante invertido y "congelado" por la baja de la producción. El gran capital financiero trató de monopolizar la ayuda financiera del Estado, que, por medio de créditos, socializó sus pérdidas. El plan de austeridad presupuestaria y las medidas fiscales adoptadas lesionaban, por la contracción del mercado, los intereses del capital medio, que no podía disponer de precios de cártel.

Esta política de compromiso —de "colaboración de clase"— del capital medio respecto de la clase obrera, que contrasta con la del gran capital, y que volverá a encontrarse igualmente en el caso italiano, es realmente notable. En efecto, lo que se advierte en general después de la segunda guerra mundial es que esta política es mucho más la del gran capital que la del capital medio. Por razones "económicas" —composición orgánica del capital más elevada, sobrebeneficios, posibilidades de intensificación del trabajo, etc.—, el gran capital resiste en general menos a los compromisos respecto de la clase obrera que el capital medio. Ahora bien, es preciso ante todo insistir en la situación económica extremadamente difícil, en la época, del gran capital. Pero las razones de esta actitud diferente del gran capital y del capital medio respecto de la clase obrera en la época *son esencialmente políticas*; dado el carácter del período y las formas que en él reviste la contradicción entre gran capital y capital medio, el capital medio trata desesperadamente de encontrar un apoyo en la clase obrera, a fin de contrarrestar, con este ardid, su propia sujeción al gran capital.[6]

[6] Esta diferencia de política entre gran capital y capital medio concierne, pues, en particular, a los casos precisos, en Alemania y en Italia, de los procesos de fascistización.

Las contradicciones se manifiestan en fin igualmente en el seno de lo que se ha designado como *gran capital*. No hay que perder de vista que se trata aquí precisamente de una transición a la constitución del gran capital financiero. En efecto al hablar de "fusión" entre capital comercial bancario y capital industrial monopolista se tiende con frecuencia demasiado a pasar por alto sus contradicciones durante el proceso de transición.

Esta transición no se realiza de cualquier modo: la fusión en vías de realización del capital bancario y del capital industrial monopolista, que constituye el gran capital financiero, se *realiza en Alemania en provecho del capital bancario y por medio del dominio de la banca sobre la industria*. En este caso, aunque los grandes complejos industriales intenten, durante la primera etapa del proceso de fascistización, crear sus propios bancos, éstos no pueden, de hecho, mantenerse sino gracias al apoyo de los grandes bancos que de este modo se los subordinan. Resulta de ello una fuerte resistencia del capital industrial monopolista, que aumenta después de la crisis de 1929, en la medida en que es a los grandes bancos a los que va a parar principalmente la ayuda del Estado. Además, se manifiestan contradicciones determinadas entre el gran capital invertido en la esfera de producción y el gran capital invertido en la esfera de circulación: los grandes almacenes resultan ser competidores en vías de crecimiento, por integración desde arriba, de los *Konzern* industriales.

Ahora bien, la crisis económica de 1929, actuando de manera específica en la exacerbación de las contradicciones en el seno del bloque en el poder, comienza a esfumarse alrededor de 1932.[7]

Sin embargo, el aspecto exacerbado de estas contradicciones se mantiene a lo largo de toda la segunda etapa del proceso de fascistización. Y es que la crisis tuvo por efecto prolongado la concentración y la fusión aceleradas del capital. Esta crisis se inscribe así en el proceso de la do-

[7] En efecto, según las estadísticas, durante el año 1932 Alemania llegó a lo hondo de la ola y se inició el ascenso. Primer signo: la estabilización del marco, que volvió a alcanzar casi por entero su paridad oro. Badia subraya así justamente que "los signos de recuperación se afirmaban" (*op. cit.*, p. 317).

minación del capitalismo monopolista, ampliando sus contradicciones, proceso que recobra rápidamente el primer lugar, antes incluso de la subida al poder del nacionalsocialismo, en tanto que factor de las contradicciones internas del bloque en el poder.[8]

Con la subida del nacionalsocialismo al poder y su estabilización, estas contradicciones se neutralizaron y, en particular, las contradicciones entre gran capital y capital medio. Esta neutralización resultó, sin embargo, de *una política económica favorable al gran capital monopolista, y hasta al capital financiero, en una palabra favorable al establecimiento del predominio, en la formación social alemana del capitalismo monopolista.* Cartelización forzosa, estabilización de los precios, vuelta a la iniciativa privada de las empresas y bancos nacionalizados, política respecto de los salarios, política fiscal y presupuestaria, trabajos públicos y encargos del Estado, economía de guerra más que nada, todo concurrió a este resultado. Más particularmente, esta política se hizo, por medio del papel "intervencionista" marcado del Estado, en provecho de la dominación, en el proceso de fusión, del *capital bancario.*[9]

II. GRAN CAPITAL Y CAPITAL MEDIO. EL FASCISMO, ¿FENÓMENO "ECONÓMICAMENTE RETRÓGRADO"?

Sería preciso, pues, detenerse aquí, con el fin de ver bien cómo esta política logró la neutralización de esas contradicciones.

En primer lugar, si esta política económica del nazismo benefició de manera masiva al gran capital, no quiere decir esto en modo alguno que el capital medio fue sacrifi-

[8] Son de señalar, especialmente, las medidas adoptadas por Brüning, representante del capital medio, contra la concentración del capital. Por medio de cuatro "disposiciones urgentes" sucesivas, Brüning estableció toda una legislación "antitrusts" —limitación de la concentración, lucha contra los precios cartelizados, etc.—, lo cual suscitó una reacción violenta por parte del gran capital (Fr. Neumann, Behemoth. *The Structure and Practice of National-Socialism*, 1966, pp. 261 ss).

[9] Este papel económico *muy importante y característico*, del "Estado nazi", no hago más que indicarlo aquí. Bettelheim, en su obra mencionada, lo examina de manera exhaustiva.

cado y que no obtuvo, él también, ventajas económicas de este proceso. Las medidas en favor del gran capital lesionaron principalmente, al lado de las masas populares, a los pequeños contratistas. En cuanto al capital medio, se benefició en primer lugar, directamente él también, de la explotación considerablemente acrecentada de la clase obrera. Se benefició igualmente de la recuperación económica general que, hasta la economía de guerra, caracterizó a Alemania hasta el nazismo: la reabsorción del paro provocó especialmente una ampliación relativa del mercado alemán.

La misma cartelización forzosa, operada por numerosas medidas estatales, no se llevó a cabo por la expropiación, es decir, por un rescate puro y simple, de las empresas medias, sino por su subordinación económica (política estatal de cartelización y reglamentación de los Konzern) y administrativa (uniones corporativistas) al gran capital. Si bien el capital medio invertido en la industria de los bienes de consumo fue progresivamente lesionado con la economía de guerra, el capital medio invertido en la industria pesada se benefició por medio de subcontratos de los encargos del Estado, además de que el capital medio invertido en las industrias de bienes de consumo, pese a la contracción del mercado interior, que resurgió por la economía de guerra, se benefició también de los encargos del ejército: cuero, textiles, etcétera.[10]

En fin, y sobre todo, el nacionalsocialismo, con el fin de mantener la neutralización de estas contradicciones, y por medio de la intervención masiva del Estado, tuvo que ejercer con frecuencia *una especie de control sobre este proceso del predominio del capitalismo monopolista;* incluso intervino a veces para "frenar" una absorción demasiado brutal y "salvaje" del capital medio por el grande. Es uno de los aspectos de esta política económica, el que ha dado lugar a numerosas ilusiones sobre una pretendida "subordinación" del gran capital a la "burocracia" y al "Estado" nacionalsocialista. El episodio del conflicto de Schacht y de Göring, en 1938, con motivo de las expor-

[10] Sobre este tema, véase J. Kuczynski, *Studien zur Geschichte des deutschen Imperialismus*, t. I, 1952; y también D. Eichholtz, "Probleme einer Wirtschaftsgeschichte des Faschismus in Deutschland", *Jahrbuch für Wirtschaftsgeschichte*, 1963, 3ª parte, pp. 103 ss.

taciones que interesaban, entre otros, al capital medio y que terminó con un compromiso, es revelador de dicha política. Esto no tiene, por lo demás, nada de asombroso si se recuerda que por entonces Roosevelt llevaba igualmente en los Estados Unidos, en un contexto completamente distinto, una política económica masiva en favor de los grandes monopolios, mientras hacía numerosas concesiones al capital medio.

Este problema es parte, por lo demás, de una cuestión más general; de hecho, la dominación del capitalismo monopolista no conduce, por su propia naturaleza, a una contradicción económica insuperable, o incluso explosiva, entre gran capital y capital medio. Desde este punto de vista, lo que aparece como importante en la política económica del nacionalsocialismo es que, masivamente favorable al gran capital, aquélla fue no obstante *reglamentada*; no en el sentido mítico de una "planificación" o de un "capitalismo organizado" que se le ha atribuido a veces, sino en el sentido de un esfuerzo logrado para suavizar las sacudidas, por medio de un *dominio controlado* del proceso, lo cual permitió la neutralización de esas contradicciones.

Lo cual nos conduce al problema de la caracterización del fascismo por la III Internacional. En efecto, progresivamente, pero sobre todo con el paso a la política de los "frentes populares" del VII Congreso y a su aplicación, y a través de las nociones referentes a las relaciones del fascismo y de los intereses económicos de clase, *el campo de los intereses cuyo representante "exclusivo" sería el fascismo se concibe como cada vez más restringido.* Dictadura del capital "en la época de la decadencia" (V Congreso); dictadura del gran capital; dictadura del capital financiero (VI Congreso); dictadura "de los elementos más reaccionarios, más chauvinistas, más imperialistas del capital financiero" (es Dimitrov quien habla aquí); dictadura de las "doscientas familias": la contracción es clara. Lo que se dibuja aquí como en filigrana es igualmente muy claro. Es la concepción de la política de los frentes populares, que preconiza la alianza antifascista más amplia, comprendiendo todas las fracciones del capital con excepción de aquella, cada vez más restringida, de la que el fascismo se considera el representante "exclusivo".

Conocidas son las consecuencias *actuales* de esta política; no es nada extraño que las formulaciones concernientes a este aspecto del fascismo vuelvan a encontrarse actualmente, *hasta cierto punto*, en los análisis referentes al Estado del "capitalismo monopolista de Estado", instrumento exclusivo de un "puñado" de monopolizadores. Lo que es preciso señalar con fuerza es que, a pesar del texto mismo del informe de Dimitrov y a pesar de justas fórmulas relativas al frente único y al frente popular, es ahí donde se confirma el viraje. Es ahí donde se inscribe, y de manera decisiva, la escalada de restricción constante en la concepción de los intereses económicos que se supone representar, en una progresión continua, el Estado; lo cual abre precisamente el camino a toda la estrategia ulterior de las alianzas.

Así, no es casual que esta definición de Dimitrov empareje finalmente con la concepción socialdemócrata a este respecto, formulada por O. Bauer: "Si, en la democracia burguesa, es el conjunto de la burguesía, aunque bajo la dirección del gran capital, el que domina, en el fascismo no es ya el gran capital y la gran propiedad territorial los que dominan".[11]

Ahora bien, es exacto que el fascismo corresponde a una efectiva *reorganización* y redistribución de las relaciones de fuerzas entre las clases y fracciones dominantes. Profundiza y estabiliza, de manera acelerada, el dominio económico del gran capital financiero sobre las otras clases y fracciones dominantes. Esto no puede, sin embargo, ser interpretado, en ningún sentido, como una correspondencia "exclusiva" del fascismo con los intereses económicos del gran capital únicamente. El fascismo actúa más bien, desde el punto de vista económico, como un factor de *neutralización* de las contradicciones entre esas clases y

[11] "Der Faschismus", en *Faschismus und Kapitalismus*, p. 158. A fin de marcar el camino recorrido a este respecto por el Komintern, señalemos que las Tesis de Lyon del Partido Comunista italiano, en 1926, redactadas bajo la égida de Gramsci apoyado por el Komintern, seguían insistiendo *precisamente* en el hecho de que: "El fascismo... se propone realizar una unidad orgánica *de todas las fuerzas de la* burguesía en un solo organismo político..." (*Le origini del fascismo*, a cura di M. Bartolotti, 1969, p. 102). La evolución del Komintern a este respecto se manifiesta muy claramente, como se verá más adelante, en los diversos textos consecutivos de Togliatti sobre el fascismo.

fracciones, prosiguiendo, por un proceso de *regulación*, el dominio decisivo del gran capital.

En fin, una observación sobre la caracterización, corriente en el Komintern, del fascismo como expresión del gran capital más "*retrógrado*" o más "*reaccionario*"; véase, entre otros, la definición de Dimitrov. Precisa tener cuidado aquí, pues estos adjetivos, como se sabe, no son, cuando se trata de dirigentes del Komintern, errores de pluma.

Entendámonos bien: si esos adjetivos quisieran designar simplemente una explotación económica considerablemente acrecentada de las masas populares, tendrían fundamento. Pero se trata aquí de una cosa muy distinta: según esa caracterización obedece a la concepción economista del Komintern, según la cual el imperialismo —y la dominación del gran capital—, en tanto que agonía del capitalismo "en putrefacción", significaría automáticamente, y por ese hecho mismo, *una suspensión del desarrollo de las fuerzas productivas*. Las "fuerzas productivas" están ellas mismas, según esta perspectiva economista-tecnicista, concebidas como independientes de las relaciones de producción, determinando la simple "*progresión*" o "*suspensión*" de este proceso "técnico" el carácter de ese capital, "retrógrado".

Pero no podemos ya hacernos ilusiones a tal respecto, ilusiones que no se deben más que a la manera falsa de plantear la cuestión. De hecho, el fascismo ha correspondido por completo a un desarrollo de las *fuerzas productivas capitalistas*, es decir, en los límites de las *relaciones sociales imperialistas*. Ha correspondido a un desarrollo industrial, a innovaciones tecnológicas, a un aumento de la productividad del trabajo, pero todo esto desarrollando la *reproducción extendida* de las condiciones de producción capitalistas, es decir, reforzando la explotación y el dominio político de clase. Caídos en la trampa del tecnicismo, numerosos historiadores marxistas del fascismo se esfuerzan todavía en demostrar su carácter "económicamente retrógrado", como si fuera esto lo que importara a sus ojos, y no principalmente la explotación y la dominación de clase.[12]

Volvamos a los hechos, de los que sólo mencionaremos

[12] Concepción cuyo contrario exacto se encuentra, por lo demás,

algunos. Para Alemania, en particular, la recuperación industrial después de la crisis de 1929 fue la más marcada en el plano mundial. En 1939, la producción industrial, superior en un 26 % a su nivel elevado de 1929, se duplicó con exceso desde 1933. Alemania produjo en 1938 22.5 millones de toneladas de acero, contra 16 en 1929, y la extracción de mineral de hierro se multiplicó por 2.5, etc. En cuanto a Italia, la recuperación industrial, entre 1922 y 1929, fue la más marcada de la Europa capitalista: el índice de producción industrial global que, para un índice 100 en 1938, fue de 60 en 1922, pasó a 90 en 1929. Volvió a caer a 75 en 1932, con la crisis. Pero la recuperación después de la crisis fue bastante espectacular; si no igualó el ritmo de Alemania, sobrepasó abiertamente el de Francia: 86 en 1935, 100 en 1938, 109 en 1939. Entre 1922 y 1939, la producción de hierro se multiplicó por 6, la del acero por 2.2, la de la energía eléctrica por 5.[13]

Como es natural, esto se realiza dentro del marco de las relaciones sociales imperialistas; su salida será la *guerra* y la destrucción prodigiosa de las fuerzas productivas.

Para volver a nuestro problema, desde el punto de vista del desarrollo de las fuerzas productivas capitalistas el fascismo correspondería efectivamente a un movimiento "retrógrado" si sostuviera, de manera privilegiada, los intereses, ya sea de la gran propiedad territorial, ya sea del capital medio en su resistencia al capital monopolista. Zinoviev lo había señalado bien en el IV Congreso del Komintern (1922-1923) a través de su propio error: "Los fascistas son ante todo un arma en manos de los *agrarios*. La burguesía industrial y comercial sigue, llena de terror, esta experiencia de la reacción..."[14] Pero ya hemos visto muy bien cómo tal no era el caso.

en autores que sostienen una correspondencia entre el fascismo y la "*modernización tecnológica*": A. Organski, *The Stages of Political Development*, 1965; R. Dahrendorf, *Gesellschaft und Demokratie in Deutschland*, 1965, pp. 432 *ss*. De hecho, es la problemática misma, que gobierna estas dos concepciones "opuestas", la que es falsa.

[13] M. Roncayolo, *Le monde et son histoire*, t. IX, 1968, pp. 338 y 342. En este sentido igualmente, A. Rosenberg, "Der Faschismus als Massenbewegung", en *Faschismus und Kapitalismus*, p. 114; R. Romeo, *op. cit.*, pp. 215 *ss*.

[14] Discurso ya citado en *Protokoll...*, *op. cit.*, pp. 897 *ss*.

Si insistimos, pues, aquí sobre estas expresiones figuradas de "avance" o de movimiento "retrógrado", es únicamente a causa de la ilusión, muy tenaz en el movimiento obrero, del fascismo como tentativa de una especie de enfrentamiento o de marcha atrás en el desarrollo del capitalismo. De hecho, el fascismo *no es*, desde este punto de vista, *una marcha atrás, sino más bien una huida hacia adelante*. Bordiga trataba de expresarlo, al atacar, durante el IV Congreso, la opinión de Zinoviev: "Es un error considerar el fascismo como la organización de los elementos más retrógrados de la burguesía. El fascismo no es la parte más ciega y sombría de la reacción, sino el instrumento de los elementos más avanzados, experimentados y conscientes de la burguesía..." [15]

III. LA CRISIS Y EL PROCESO POLÍTICO-IDEOLÓGICO

Estas contradicciones económicas se traducen en una lucha política interna, entre las clases y fracciones dominantes en Alemania, según las etapas del proceso de fascistización.[16]

Durante el primer período del proceso se comprueba una *inestabilidad hegemónica* característica en el seno del bloque en el poder. Si bien el gran capital estaba ya en vías de establecer progresivamente su *dominación económica*, se hallaba lejos de lograr el establecimiento de su *hegemonía política*. Se trata efectivamente aquí de un desajuste, a menudo característico de las fases de transición, entre dominación económica y hegemonía política, desajuste que tiene además como efecto el "enfrenamiento" del proceso de dominación económica.

Consecutivamente a la crisis inflacionista de 1923, se formó, es cierto, bajo Ebert, el ministerio Cuno, emanación directa, por primera vez después de 1918, del gran capital. Sin embargo, este estado de cosas no duró. Durante el período 1924-1928 reinaron las coaliciones políti-

[15] En *Protokoll...*, op. cit., pp. 330 ss.

[16] Sobre estas cuestiones véase principalmente A. Rosenberg, *Entstehung der Weimarer Republik*, 1961, y *Geschichte des Weimarer Republik*, 1961; K. Bracher, *Die deutsche Diktatur: Entstehung, Struktur, Folgen des National-sozialismus*, 1969.

cas con predominio de partidos tales como los demócratas (Rathenau), el centro católico bávaro, el Zentrum (Marx, Wirth, Brüning), que representaban todavía tradicionalmente los intereses del capital medio y los del capital invertido en la industria ligera. En el escenario político se desarrollan luchas muy enconadas contra el gran capital, que sin embargo, por interposición de los partidos de los nacionales-alemanes y de los populistas (Stresemann, Schacht, Thyssen), participa acá y allá en el gobierno.[17] La inestabilidad ministerial —ocho gobiernos en cuatro años, todos de "derecha"—, las rivalidades de los partidos, las fricciones crecientes en el seno mismo de esos partidos, fueron las primicias de la inestabilidad hegemónica que iba a instaurarse. En cuanto a la gran propiedad territorial, aunque relativamente representada por los nacionales-alemanes, ejercía su influencia política, aún importante, sobre todo manteniéndose en el interior del ejecutivo; las "alturas" del ejército, en particular, se reclutaban todavía directamente en el seno de esta clase.

Se asistía así a una ofensiva del gran capital por su hegemonía política. Esta ofensiva se realizaba, en este nivel, por la participación directa de los nacionales-alemanes y de los populistas en el gobierno, por la infiltración de una parte, la torsión de representatividad y el deslizamiento a la derecha de los otros partidos políticos gubernamentales —especialmente del Zentrum católico— de otra, y, finalmente, el cerco progresivo del propio ejecutivo. Así, la ofensiva amenazaba seriamente la hegemonía que el capital medio había logrado mantener por la colaboración de la socialdemocracia. Sin embargo, las resistencias del capital medio y de la gran propiedad territorial seguían siendo considerables y conseguían, en gran medida, contrarrestar esta ofensiva del gran capital. En el seno de éste, por lo demás, las contradicciones entre capital bancario y capital industrial se manifestaban por fricciones internas, en el seno de sus representantes políticos y del aparato gubernamental. La influencia preponderante alternante de uno o de otro de los elementos del bloque en el poder explica la *verdadera incoherencia*, carac-

[17] Véase también R. Hanser y R. Kühnl, *Deutschland zwischen Demokratie und Faschismus*, 1969, pp. 34 ss.

terizada por bruscos cambios de rumbo, que marca, progresivamente, la política gubernamental, *y de manera decisiva* durante la primera etapa del proceso de fascistización, la de una efectiva inestabilidad hegemónica.[18]

En efecto, las elecciones de 1928 constituyeron una victoria de los partidos de izquierda, que permitió la participación de la socialdemocracia en el gobierno: en 1929 fue la crisis económica. Bajo Brüning (1930-1932) se inicia el segundo período del proceso de fascistización, estando marcado el punto de no retorno, durante la última etapa del gobierno Brüning, por la apertura del período de *incapacidad hegemónica*. La lucha política interna en el bloque en el poder alcanzó tal virulencia que ninguno de sus elementos logró, ni aun por corto período, imponer una política que, correspondiendo a sus intereses específicos, representara el interés político general del bloque. La colaboración con la socialdemocracia, preconizada por el capital medio, y que el gran capital y los agrarios habían aceptado a consecuencia de concesiones que les habían sido hechas, fracasó. El período de Brüning se señala por una lucha política abierta entre el capital medio —cuya línea general seguía Brüning, concediendo cada vez más, pero todavía no lo bastante, al grande—, el gran capital y la gran propiedad territorial. La continuación, hasta el advenimiento de Hitler, prolonga, por diversos episodios, esta situación.

Sin embargo, estos acontecimientos de la escena política revisten, progresivamente, cada vez menos importancia, teniendo en cuenta lo que ocurre en el terreno político y por bajo de aquélla. En efecto, la ruptura de representación partidista entre los partidos políticos y las clases y fracciones representadas se inicia desde el primer período del proceso de fascistización.[19] Especialmente, el gran capital y la gran propiedad territorial se apartan progresivamente de sus representantes. Los agrarios en particular

[18] Varga señalaba así justamente: "Los intereses contradictorios de las diversas capas de las clases reinantes han acarreado... una política de zigzagueos sin ninguna línea y que constituye uno de los fundamentos de la fascistización del Estado" (*La crise*, *op. cit.*, p. 106). Véase igualmente Trotski, *Ecrits*, *op. cit.*, pp. 261 *ss.*

[19] Sobre este tema, L. Bergstrasser, *Geschichte der politischen Parteien in Deutschland*, 1965, pp. 240 *ss.*

se apartan cada vez más de los partidos, y ponen cada vez más sus designios y esperanzas políticas en una dictadura militar. Ya volveremos a esto al examinar el proceso de fascistización en el seno de los aparatos del Estado. Más todavía: la representación de partidos está anulada por la constitución de organizaciones paramilitares, que funcionan ahora, en oposición a los antiguos cuerpos francos —*Reichswehr negra*—, como efectivos núcleos de organización de clase. Es principalmente el caso de la Stahlhelm, financiada directamente por el gran capital, sobre todo industrial, y que polariza en adelante la agitación nacionalista, doblando y anulando el partido mismo de los nacionales-alemanes.

Este proceso de ruptura del vínculo de representación de partidos parece consumado en el punto de no retorno. En adelante, la disociación entre poder real y poder formal está realizado. Los partidos políticos del bloque en el poder se transforman en simples corrillos parlamentarios, en tanto que el Parlamento ha cesado ya de ser un lugar de ejercicio del poder real. Si, durante el primer período del proceso de fascistización, el gran capital intentó aún, y con éxito, infiltrarse en los partidos políticos que representaban las demás fracciones de la burguesía, entró ahora y en adelante en conflicto abierto con ellos. Esto desembocó, en el otoño de 1931, en el "frente de oposición nacional", cuyo objetivo real era menos la caída de Brüning que la transformación de aquella dictadura camuflada, aprobada por el Parlamento, en dictadura a secas sometida a los intereses del gran capital. En fin, el capital medio mismo se apartó, de manera decisiva, de sus representantes, entre ellos Brüning, quienes no obstante ejercían el poder formal. Esta situación no era, a los ojos del capital medio, más que una carta del juego de presiones sobre el ejecutivo que a partir de entonces gobernaba por decretos-leyes.

La sustitución del papel de los partidos políticos por el de "grupos de presión" económicos-corporativos, actuando directamente, en todos los niveles, sobre el ejecutivo, se prosigue —después de haber sido iniciada durante los períodos precedentes— por la reconstitución masiva de las "*asociaciones patronales*", teniendo a su cabeza la Reichsverband der deutschen Industrie y la Unión de Sindi-

catos Patronales, y por el papel político creciente, en tanto que correas de trasmisión del poder real, que va recayendo en ellos progresivamente. Durante el segundo período del proceso de fascistización estallaron conflictos abiertos entre Brüning y Schleicher de una parte, y esas diversas asociaciones, cada vez más reforzadas, de otra; pero no fue más que un episodio.

Ahora bien, progresivamente, pero siempre en segundo término respecto de las clases y fracciones a las que se supone representan, esos partidos "gubernamentales", sobre todo durante el segundo período del proceso, se adhirieron ellos también al proyecto de una dictadura abierta. Tal es el caso del conjunto de esos partidos desde la experiencia Brüning. Dictadura abierta que, no obstante, funcionaría bajo su dirección; de donde su divergencia, salvo en el caso de los nacionales-alemanes, relativamente al proyecto de una dictadura militar bajo el control directo del ejército. En cuanto al partido nacionalsocialista, los nacionales-alemanes, desalentados de su proyecto de dictadura militar, fueron prácticamente los únicos que preconizaban cada vez más abiertamente que se apoderara del poder, si bien las fricciones entre la Stahlhelm, estrechamente vinculada a los nacionales-alemanes, y el partido nacionalsocialista eran constantes. Los demás representantes políticos de la burguesía pensaban utilizar el partido nacionalsocialista subordinándolo a su propia dirección política. Tal fue el caso de Brüning, todavía más claramente el de von Papen, y en fin, el de Schleicher, que trató en vano de realizar este designio provocando una escisión interna en el seno del propio partido nacionalsocialista: asunto Strasser.

Esta crisis de representación de partidos se sumaba a la crisis ideológica que afectaba a la alianza en el poder. El paso de Alemania al capitalismo por la revolución desde arriba de Bismarck, bajo la dirección política del feudalismo territorial, impidió a la burguesía alemana *constituirse una ideología específica que dominara en la formación social alemana.* El "liberalismo", aspecto importante de la ideología burguesa del establecimiento, en sus comienzos, del capitalismo en el ámbito europeo no logró jamás sentar el pie en Alemania. La ideología dominante

hasta el fin de la primera guerra mundial fue precisamente la ideología feudal, pero *transformada*, hasta recubrir los intereses propios de la burguesía: militarismo, culto del despotismo estatal, etc., otras tantas características de una ideología con predominio de la ideología feudal "transformada". Es incluso significativo no encontrar en Alemania antes de la guerra ninguno de esos amplios movimientos nacionalistas-liberales que existen en los demás países europeos. El nacionalismo alemán se expresaba directamente en la forma del militarismo, es decir, en esa etapa, bajo el predominio de la ideología feudal. En las costumbres, hábitos y usos, se manifestaba por ese ideal de "suboficial del ejército prusiano", que impregnó efectivamente la formación social alemana.

Con el fin de la guerra y la constitución de la República de Weimar se advierte una tentativa de penetración de la ideología "liberal" correspondiente a los intereses del capital medio. Sin embargo, se hizo todavía demasiado tarde. En primer lugar, porque la misma ideología dominante, con el fin de la guerra y la ofensiva de las masas populares, fue considerablemente quebrantada en su conjunto. Después, porque el tratado de Versalles, que tuvo efectos considerables por el traumatismo nacional que provocó, fue considerado como el estigma de nacimiento de Weimar. Finalmente, porque se asistía ya a la transición al capitalismo monopolista y al proceso de dominio económico del gran capital.

En efecto, *la ideología imperialista del gran capital puede muy bien, en una amplia medida, insertarse en un sistema ideológico dominado por la ideología feudal "transformada"*. En este sentido, la ideología imperialista parece contradecir mucho menos la ideología feudal "transformada" de lo que hace la ideología "liberal" del estadio del capitalismo de competencia: caso claro, por lo demás, actualmente en numerosos países del tercer mundo, en particular en América Latina. Nacionalismo expansionista, militarismo, culto del despotismo y de la autoridad estatal, respeto de la "jerarquía" y de la "disciplina" en todos los dominios, otros tantos puntos de connivencia entre la ideología imperialista y una ideología feudal "transformada".

Esta connivencia entre los dos subsistemas ideológicos,

que tiende a su fusión en ideología dominante, está combatida por la ideología de la burguesía liberal, cuyas contradicciones con el gran capital aumentan. Los representantes políticos del capital medio, demócratas en el Zentrum, resisten con tenacidad a esta ideología.

Después, durante el primer período del proceso de fascistización, si bien la ofensiva de la ideología "imperialista-feudal" contra la ideología "weimariana" adopta formas cada vez más abiertas, aparecen fisuras entre el aspecto propiamente imperialista y el aspecto propiamente feudal de esta ideología. El lado tecnocrático de la ideología imperialista se manifiesta de manera creciente, con la insistencia en la "técnica" y los "especialistas", en el Estado "técnico" neutro, en el "capitalismo organizado", etc. La reacción de la gran propiedad territorial se manifiesta por un resurgimiento del *romanticismo reaccionario feudal*; se insiste en la "comunidad del suelo", en los "lazos de fidelidad personal" entre los "trabajadores de la tierra", en una palabra, en un *corporativismo*, de factura medieval, que se extiende del "campesinado" al conjunto de la "comunidad nacional". Este ideal corporativista volverá a encontrarse en la ideología fascista; comprobemos ya, sin embargo, que el gran capital se mantiene totalmente ajeno a este aspecto de la reacción ideológica.

Durante el primer período del proceso de fascistización se advierte precisamente una agudización característica de la lucha ideológica en el seno mismo del bloque en el poder. En efecto, las contradicciones ideológicas no existen únicamente en las ideas: la ideología se encarna en toda una serie de instituciones o *aparatos ideológicos*, que se designarán pertinentemente como "aparatos ideológicos de Estado". Según las etapas de la lucha ideológica, estos aparatos revisten una importancia y un peso políticos más o menos grandes. Durante el primer período del proceso de fascistización se advierte efectivamente un viraje hacia un papel político decisivo de estos aparatos ideológicos.

Para no mencionar más que algunos: *los diversos grupos "nacionalistas"* que, aparecidos, sin embargo, antes de la República de Weimar —por ejemplo la "Liga Pangermanista"—, comenzaron a pulular y a ver crecer su influencia: "Estos grupos eran muy numerosos, muy diversificados, implantados en toda Alemania. En cada pue-

blecito coexistían secciones de numerosos grupos 'patrióticos'. La influencia de estos grupos en la vida local fue muy importante; los notables estaban muy bien representados en ellos, de tal suerte que, muy a menudo, la vida política local se desarrollaba en torno de esos grupos".[20] *Las universidades*, centro de la vida intelectual en Alemania y que, tras de haber suministrado a los cuerpos francos lo esencial de sus tropas, veían aumentar su influencia ideológico-política; la *Iglesia* que, después del final de las consecuencias del *Kulturkampf* de Bismarck, que operaba la revolución desde arriba en favor del capitalismo, veía acentuarse su influencia ideológico-política; el *aparato de información* se extendía: aumento del número de diarios y periódicos y de su tirada, comienzos de la radio y del cine como medios de información de masa, etc.; *en fin, los diversos círculos, cenáculos, clubes, etc., de "intelectuales"* comenzaban a desempeñar un papel importante.

Recrudescencia, pues, del peso político de los aparatos ideológicos, corolario de la intensificación de la lucha ideológica: lo esencial seguía siendo lo que allí ocurría. Además de la ofensiva contra la ideología de la clase obrera, llevando a la cabeza las universidades y el movimiento estudiantil, se trataba igualmente de un signo de la confusión ideológica interna del bloque en el poder. Si estos aparatos parecían unirse en ataques comunes contra la ideología liberal, no por ello dejaba de ser cierto que eran, igualmente, el lugar de un estallido de las contradicciones entre la ideología imperialista y la reacción feudal.

Sería fastidioso entrar en detalles. El fenómeno más interesante concierne a ciertos aspectos de esta lucha ideológica que contribuía, a través de las disensiones internas, a minar la ideología dominante en su conjunto. En efecto, si algunos círculos constituidos en torno de escritores tales como O. Spengler —el *Juniklub*— luchaban contra la ideología liberal, lucha situada de manera definida del lado de la ideología imperialista-feudal, las cosas eran a veces, por lo demás, bastante más complicadas. Se advertía a menudo, en la lucha contra la ideología liberal, un aspecto *"anticapitalista"* —y en absoluto socialista— *debido a la influencia de la ideología pequeñoburguesa y*

[20] Klein, Weimar, 1968, p. 65.

también a la ideología obrera a través de la crisis ideológica generalizada.[21]

Ahora bien, sabido es, desde el *Manifiesto comunista*, que la ideología dominante dispone siempre de un lenguaje específico destinado, más particularmente, a la exportación a las clases dominadas. Marx hablaba así del *socialismo burgués* —que hay que distinguir del socialismo utópico—, y hasta del *socialismo feudal*. Sin embargo, en el caso presente no se trata sólo de esto. Se trata de elementos, insertos en los ataques contra la ideología liberal, de crítica ideológica "anticapitalista" y "antifeudal". Tal fue el caso de numerosos círculos agrupados en torno de revistas, que constituían lo que se ha designado como la tendencia "nacionalbolchevista" o *linke Leute von Rechts*, hombres de izquierda de la derecha.[22] Se trataba principalmente de tentativas ideológicas de conciliación de las tradiciones nacionalistas con elementos de la ideología obrera, y que se manifestaban a menudo por ataques contra la "plutocracia" y la "gran riqueza", por la valorización de la "importancia histórica" de la clase obrera. A esta tendencia se aproximan escritores como Ernst Jünger y Ernst von Salomon, que habían creado el grupo de los "nacionalistas-revolucionarios". Advirtamos de momento que estas ofensivas procedían de círculos claramente distintos de la organización nacionalsocialista.

Se asistía paralelamente a la ruptura entre el personal político y los "funcionarios de la ideología" —perros guardianes del bloque en el poder. Los ataques contra la ideología "liberal-parlamentaria" se dirigían cada vez más contra los "políticos", la incapacidad, la molicie y la corrupción de los "partidos", sin que los propios nacionales-alemanes se libraran. El conjunto de estos movimientos ideológicos se situaba enteramente al margen de los partidos políticos. La única excepción era el Jungdeutscher Orden, que habría de contar más de 40 000 miembros, con una base misticorreligiosa fuertemente templada con ataques contra la "plutocracia", y que intentó, después

[21] Sobre el conjunto de estos movimientos, R. Kühnl, *Die Nationalsozialistische Linke*, 1966.

[22] J. Droz, *Les forces politiques de la république de Weimar*, Les Cours de la Sorbone ed., pp. 147 ss; cf. sobre todo E. Vermeil, *Doctrinaires de la révolution allemande (1918-1938)*, 1939.

de 1930, una fusión con el Partido Demócrata; fusión intentada, hay que notarlo, para oponerse al peligro fascista que se precisaba.

Esta situación se acentuó en el segundo período del proceso de fascistización; porque, entre tanto, había saltado la última defensa. Era la postrer tentativa de resistencia ideológica del capital medio, por el atajo del gobierno socialdemócrata, y por medio de su ofensiva ideológica abortada hacia una concepción renovada de colaboración de clase: la de la "asociación capital-trabajo", fuertemente contrarrestada por la ideología imperialista-feudal. Habría de ser a la "ideología fascista" a la que incumbiera el papel de soldar de nuevo ideológicamente el bloque en el poder bajo la hegemonía del gran capital.

El proceso de fascistización corresponde, en fin, a una etapa y *estrategia ofensivas* por parte del bloque en el poder y, en particular, por parte del gran capital.

Desde este punto de vista, es también el período en torno de 1927 el que parece decisivo. Después del estado de sitio de 1923, simple sofrenada, y el memorándum de los grandes magnates industriales que reclamaban la prolongación de la jornada de trabajo, la abrogación de numerosas ventajas sociales, la supresión de las subvenciones para el pan, la vuelta a la iniciativa privada de los ferrocarriles, etc., los gobiernos dieron progresivamente satisfacción a sus exigencias. La prolongación de la jornada de trabajo de 8 horas alcanzó progresivamente el mínimum de 9 horas, a menudo de 10, a veces de 12, situación oficialmente ratificada por los sindicatos socialdemócratas en 1927.[23] Generalizóse la táctica patronal de los *lock-outs*. Hecho significativo: el número de jornadas de trabajo perdidas en el Reich a causa de los *lock-outs* sobrepasó, a partir de 1927, el de las jornadas perdidas a causa de huelgas.[24] Paralelamente, la gran propiedad territorial se esforzó por anular de manera progresiva las ventajas adquiridas por el campesinado medio y pequeño: protección aduanera de los cereales a expensas de los productos del medio y pequeño cultivos, neutralización de los proyectos

[23] G. Badia, *op. cit.*, p. 215.
[24] G. Castellan, *L'Allemagne de Weimar*, 1969, p. 76.

"de colonización" establecidos en 1919 en detrimento de la gran propiedad, etcétera.

Este proceso se aceleró en fin con la subordinación definitiva de la socialdemocracia a las exigencias del gran capital. La vía abierta por la política socialdemócrata *declarada* de la "asociación capital-trabajo" desembocó en el plan de austeridad de Brüning y en la colaboración directa de los sindicatos demócratas con Brüning. La ofensiva de la gran propiedad territorial, agrupada en torno de Hindenburg, se intensificó.

Pero fue sobre todo en el plano político donde las cosas se hicieron patentes. En primer lugar, la burguesía alemana trató de solventar, al menos por una tregua, sus contradicciones con las burguesías occidentales,[25] con lo que consiguió una libertad de movimientos en la ofensiva interior que iniciaba. Proceso que cristalizó en el viraje de la política exterior de Stresemann, que permitió, entre otras cosas, el proceso de remilitarización de Alemania.

En lo que concierne a la lucha de clases "interna", se han indicado ya las grandes líneas de la ofensiva. El elemento más significativo fue la constitución de organizaciones que funcionaban, opuestamente a los simples cuerpos francos, como efectivos núcleos de organización, sustituyendo ya la representación de partidos rota desde entonces: Stahlhelm, Grüne Front para los grandes propietarios territoriales, etc; paralelamente, se constituyeron numerosos grupos y asociaciones de carácter principalmente *ideológico*, destinados a una ofensiva directa contra las masas populares.

IV. EL PARTIDO NAZI, EL NAZISMO Y LAS CLASES Y FRACCIONES DOMINANTES. HEGEMONÍA Y CLASE REINANTE

La última cuestión de que tratamos aquí es la relación del partido nacionalsocialista y del nacionalsocialismo con el bloque en el poder, y más particularmente con el gran

[25] Hay que señalar, por otra parte, una vez más, las responsabilidades de las burguesías occidentales en la subida del nacionalsocialismo por el portillo del monstruoso *tratado de Versalles*; no tanto a causa de sus aspectos económicos, sino principalmente por sus efectos político-ideológicos.

capital. En efecto, como los comienzos del proceso de fascistización marcan un corte a este respecto, dicha relación no puede reducirse a la cuestión de los "orígenes" del fascismo. En los períodos precedentes, no se había tratado más que de pandillas armadas y de cuerpos francos, a las órdenes directas de grandes agrarios y del capital, pandillas armadas abandonadas por sus comanditarios no bien llegó a ser inútil su papel militar directo. Con los comienzos del proceso, la situación fue muy diferente. Coincidiendo con la etapa ofensiva del bloque en el poder, el partido nacionalsocialista llegó a ser un verdadero movimiento de masa, y entre él y el bloque se establecieron progresivamente efectivas relaciones de organización.

Se ha hablado de propósito de *coincidencia*, a fin de dejar sentado que no se trata aquí ni de un orden cronológico ni de relaciones directas de causa a efecto. Dicho de otro modo, no fue el establecimiento de una relación "previa" con el bloque en el poder, y el gran capital en particular, lo que hizo inmediatamente del Partido Nacionalsocialista un movimiento de masa. Esos dos elementos aparecen más bien ligados por la *coyuntura*. Se puede decir igualmente, invirtiendo los datos, que fue precisamente porque el Partido Nacionalsocialista se convirtió en un movimiento de masa, y a medida que pasó a serlo, por lo que el bloque en el poder se fue volviendo progresivamente hacia él. Porque no es cierto tampoco, y en contra de lo que sostienen en su mayoría los ideólogos del "totalitarismo",[26] que el Partido Nacionalsocialista llegara a ser *primero* un movimiento de masa, para no conquistar sino *después* el apoyo del gran capital.

El Partido Nacionalsocialista, que parecía aplastado después del golpe abortado en Baviera, en 1923, se reconstituyó rápidamente:[27] de 27 000 miembros en 1925, pasó, en el congreso de 1927 en Nuremberg, a 72 000 miembros, de los cuales 30 000 eran SA. Esta cifra había de subir

[26] Es la concepción de Hitler como "chantajista" del gran capital, sostenida, entre otros, por Kornhauser, *The Politics of Mass Society*, 1965, pp. 198 ss; G. Almond, "The Politics of German Business", en *West German Leadership and Foreign Policy*, ed. por H. Speier, 1957, pp. 195 ss; Hallgarten, Heiden, etcétera.

[27] Rosenberg, pp. 200 ss.

rápidamente a 108 000 en 1928 y a 178 000 en 1929. En 1926, Baldur von Schirach creó la famosa Unión de Estudiantes Nacionalsocialistas, que no cesó de extender su influencia en el medio universitario y obtener triunfos en las elecciones estudiantiles. Es cierto que el Partido Nacionalsocialista no obtuvo éxitos apreciables en las elecciones antes de 1930, lo que condujo al Komintern a subestimar durante mucho tiempo su importancia. No dejó por ello de convertirse en un partido de masa ya en el primer período del proceso de fascistización. Las cosas se definieron todavía más, si se considera la influencia creciente de la ideología fascista en los diversos movimientos nacionalistas: la creación, en 1927, del diario fascista *Der Angriff*, que alcanzó rápidamente gran difusión.

Durante este período, se establecieron vínculos políticos entre el Partido Nacionalsocialista y círculos del gran capital, vínculos que traían aparejado, con el punto de no retorno, el apoyo del conjunto de esta fracción a aquel partido. En 1927, hecho significativo, Gr. Strasser, cuyas ideas "izquierdizantes" indisponían a esos círculos, fue remplazado a la cabeza de la región (*Gau*) de Berlín-Brandenburgo por Goebbels. Fue también en 1927 cuando tuvo lugar la primera refundición radical del programa nacionalsocialista, marcada por una sordina puesta a exigencias demasiado "anticapitalistas" que comportaba antes.

Precisamente por esta época los círculos de agrarios y del gran capital apoyaron cada vez más a este partido. Los agrarios, entre ellos algunos miembros de la familia imperial, se adhirieron a él en masa. De manera progresiva, fue el conjunto de los agrarios, pero sobre todo del gran capital, el que apoyó al Partido Nacionalsocialista, revistiendo sus vínculos un aspecto netamente político de organización. Hacia 1927 comenzó, en efecto, el proceso de subordinación política del partido de los nacionales-alemanes, y de otras organizaciones de derecha, al Partido Nacionalsocialista. Hugenberg, elegido presidente del partido de los nacionales-alemanes en 1928, se alió abiertamente a Hitler en 1929, en una gran campaña nacional contra el plan Young. Creóse el Frente Nacional Unido, que agrupaba a los nacionales-alemanes, a los cascos de acero, al Partido Nacionalsocialista y a la liga pangermanista. En 1930, bajo Brüning, la "oposición nacional" estuvo

cada vez más dominada por el Partido Nacionalsocialista. Afluían apoyos y fondos. En 1930 igualmente, Hitler se declaró partidario de la legalidad constitucional para la subida de su partido al poder, lo cual no es más que un indicio del vínculo político establecido con el gran capital.[28]

Durante el segundo período del proceso de fascistización, el Partido Nacionalsocialista logró, en gran medida, quitar virulencia a las contradicciones políticas de las otras fracciones del bloque en el poder con los agrarios y el gran capital, y calmar sus reticencias a su subida al poder. En tanto que las contradicciones económicas del bloque en el poder se intensificaban, el Partido Nacionalsocialista parecía efectivamente el *denominador político común* del bloque en el poder en su fase ofensiva. Esto se manifestaba principalmente por el apoyo abierto del aparato de Estado al Partido Nacionalsocialista, por la actitud más que ambigua de los representantes políticos del capital medio respecto del nacionalsocialismo —episodio de la prohibición pasajera de los SA por Brüning—, y finalmente por la pasividad total del capital medio, con motivo de la remoción de los últimos obstáculos a la entrada del nacionalsocialismo en el poder. Esta pasividad es clara con ocasión del alejamiento de Brüning por Hindenburg.

Sin embargo, y durante aquella misma etapa, el vínculo político entre el Partido Nacionalsocialista y las masas populares seguía siendo muy fuerte. A tal punto incluso que el gran capital se indisponía con frecuencia por la política del Partido Nacionalsocialista. La carta Hindenburg-dictadura militar fue jugada paralelamente, pero ya en segundo término, por el gran capital. Véase el apoyo paralelo de éste a la candidatura Hindenburg, en 1932, presentada contra la de Hitler.

Con la subida al poder del nacionalsocialismo, se asiste al establecimiento de la hegemonía política del gran capital, a

[28] Sobre el conjunto de los elementos políticos de este último período, K. D. Bracht, *Die Auflösung der Weimarer Republik. Eine Studie zum Problem des Machtverfalls in der Demokratie*, 1964; y, del mismo autor, *Die deutsche Diktatur...*, *op. cit.*; R. Heberle, *From Democracy to Nazism*, 1945; D. Shoenbaum, *Hitler's Social Revolution*, 1966.

una reabsorción del desajuste entre hegemonía política y dominación económica, y a una intensificación del proceso de dominación económica. Este proceso, por etapas y no sin peripecias, indica lo siguiente: el gran capital logró por medio del partido, del Estado y de la ideología fascistas imponer una política general que unificaba bajo su égida el bloque en el poder, superando políticamente las contradicciones económicas internas que en él se cruzaban.

Durante la primera etapa del nacionalsocialismo en el poder, procede éste a la disolución del conjunto de las organizaciones políticas peculiares del bloque en el poder, es decir, a la expulsión del teatro político de sus representantes tradicionales. Un año después de la subida del Partido Nacionalsocialista al poder, se convierte en *partido único* en Alemania.[29] Los últimos miembros de aquel personal político —von Papen, Hugenberg y von Neurath— son expulsados del gobierno, y se adoptan además contra ellos medidas severas, que llegan hasta el exterminio físico. Paralelamente se asiste a la depuración, en el seno del Partido Nacionalsocialista, de su ala "izquierdizante". Es la famosa *noche de los cuchillos largos*, la disolución de dos millones de SA, que reclamaban la "segunda revolución" —"anticapitalista"— y la eliminación física de sus jefes, Röhm y Gr. Strasser. Esto se hace seguidamente por la anulación de las resistencias políticas que existían aún en el seno del aparato de Estado.

Este proceso sigue, sin embargo, una vía *muy particular*. Con el aumento de la importancia política del aparato de Estado, el desplazamiento del peso, en el seno mismo del aparato, del ejército a la policía y la administración, y el cerco masivo de las "alturas" del aparato de Estado por los miembros del Partido Nacionalsocialista fue, durante el primer período del nacionalsocialismo en el poder, la *pequeña burguesía*, cuyos vínculos particulares con el Partido Nacionalsocialista hemos de ver, la que se convirtió en la *clase reinante*. Es la clase en cuyo seno se recluta el personal político de las "alturas" del aparato de Estado: personal político que no ha roto aún los

[29] Sobre este tema, E. Matthias y R. Morsey (ed.), *Das Ende der Parteien: 1933*, 1960.

lazos de representatividad con la pequeña burguesía. La pequeña burguesía obtiene así, durante el primer período del nacionalsocialismo en el poder, ventajas evidentes de esta situación.

Paralelamente se advierte, de una parte, el cerco, por medio del Partido Nacionalsocialista, del conjunto del aparato de Estado, que crece de manera "monstruosa", con miembros de origen pequeñoburgués e ideología pequeñoburguesa completamente específica; por otra parte, la subordinación de los aparatos de Estado originalmente vinculados a otras clases —el *ejército* especialmente— a los aparatos de Estado propiamente "pequeñoburgueses". La pequeña burguesía pasa a ser así igualmente la "*clase mantenedora*" del Estado; es el proceso de la *Gleichschaltung* y el problema de la "burocracia fascista".

Esto conduce, consecuentemente, con el período de estabilización, *a la subordinación del Partido Nacionalsocialista al aparato de Estado nazi en el sentido estricto.*[30] Porque con el período de estabilización las "alturas" pequeñoburguesas del aparato de Estado y las "cimas" del partido han roto para lo sucesivo su vínculo de representatividad con la pequeña burguesía, que pierde su puesto de clase reinante, pero sigue siendo una *clase apoyo* del Estado nacionalsocialista. Y es porque, a pesar de la lesión decisiva de sus intereses por la política nacionalsocialista, sigue siendo la clase mantenedora del Estado. Pero no llegando esta *subordinación* hasta el punto de *fusión*, del partido con el Estado, indica que la pequeña burguesía pierde el medio político —el partido— que le había permitido, durante un breve período, funcionar como clase reinante, si bien sigue funcionando, por la vía indirecta de su relación con el conjunto de los aparatos de Estado, como fuerza social. Esto, por lo demás, iba acompañado de depuraciones sucesivas en el seno del partido nacionalsocialista, que no se limitaban en modo alguno a sus "cimas" izquierdizantes: el 20 % de los responsables políticos del partido hasta 1933 fueron expulsados antes de fines de 1934. A partir de esta fecha, un 80 % aproximadamente de los responsables y dirigentes políti-

[30] Sobre todas estas cuestiones véase analíticamente, más adelante, pp. 288 ss, 392 ss.

cos de este partido se reclutaron entre los miembros que se habían afiliado a él después de 1933.[31]

Tal situación se debe al conjunto de la relación de fuerzas que condujo al establecimiento y al mantenimiento del nacionalsocialismo en el poder; situación marcada por el acercamiento decisivo, y que, de etapa en etapa, fue de la alianza al apoyo, del gran capital y de la pequeña burguesía. Esta situación que caracteriza la escena y el conjunto de los aparatos políticos era *al mismo tiempo* un factor de *la autonomía relativa* del Estado nazi respecto del gran capital.

Veámoslo con más detalle. Es cierto que los industriales y financieros, por medio de las organizaciones corporativas en particular, por medio de su participación en el Partido Nacionalsocialista, por medio igualmente de una fusión progresiva cierta de una parte de las "alturas" del Partido Nacionalsocialista —Göring, etc.— con el gran capital por la formación de un núcleo de *burguesía de Estado*, no se hallan en modo alguno apartados, en sentido riguroso, de los aparatos de Estado, en los cuales, por el contrario, se hallan vigorosa y directamente presentes. Es una de las razones que hace caduca la tesis de Thalheimer de la explicación del fascismo según el modelo bonapartista: la "autonomía relativa" del fascismo estaría fundada en un desajuste decisivo entre la dominación económica del gran capital y su hegemonía política, ya que la salvaguardia de su dominación económica necesitaría de su parte la dimisión de esa hegemonía en provecho de un "amo" (Louis Bonaparte-Hitler). La razón principal, sin embargo, del error de Thalheimer reside en el hecho de descuidar la diferencia capital entre fascismo y bonapartismo, que consiste en la existencia del *partido fascista* y su papel objetivo respecto del gran capital. El partido fascista funcionaba en efecto, progresivamente, como representante político del gran capital, asegurando su hegemonía política y su participación *directa* en los puestos de mando de los aparatos de Estado.[32]

[31] K. Bracher, *op. cit.*, p. 257.

[32] Sobre este tema, D. Lerner (ed.), *The Nazi Elite*, 1951, pp. 6 ss; D. Shoenbaum, *op. cit.*, p. 239. H. Gerth, "The Nazi Party. Its Leadership and Composition", en *Reader for Bureaucracy*, Merton ed., 1952, pp. 100 ss.

Sin embargo, no es menos cierto que la existencia precisamente del Partido Nacionalsocialista constituyó, paralelamente, un factor de la autonomía relativa del Estado respecto del gran capital. El conjunto de este partido, en especial las capas subalternas y la base, mantenía siempre vínculos profundos con la pequeña burguesía, que, por lo demás, iba apoderándose entre tanto de los aparatos del Estado en todos los niveles. Incluso en las organizaciones corporativas en las que participaban directamente los miembros del gran capital era también el partido el que dominaba.

Es inútil entrar en detalles respecto de las contradicciones constantes entre el gran capital y el Estado-Partido Nacionalsocialistas. Eran debidas al "juego" que mantenía el nacionalsocialismo entre el gran capital y las demás clases y fracciones del bloque en el poder, y entre éste y las masas populares. Se hicieron patentes a partir del plan de cuatro años (1936) —choques entre Göring y Schacht— y la organización de la economía de guerra: desgracia, en 1938, de los mariscales Blomberg y Fritsch. No quiere decir esto en absoluto, se entiende, que la guerra no haya correspondido a los intereses del gran capital alemán. Es principalmente, en este caso, a causa de las tentativas de "*control*", por el Estado nacionalsocialista, del proceso de dominación del gran capital sobre los demás elementos del bloque en el poder.

3
ITALIA

I. EL PROCESO Y LAS CONTRADICCIONES ECONÓMICAS

Antes de entrar en el examen del proceso de fascistización y del fascismo en Italia, señalemos que, pese a los orígenes relativamente diferentes, presentan caracteres comunes con el caso alemán. Por eso, no se insistirá, en el marco de este plan, que tiende a examinar los casos concretos a título *ejemplar*, sobre estos caracteres. En cambio, se insistirá más bien sobre las *diferencias* del caso italiano con el caso alemán.

En efecto, vuelven a encontrarse en Italia, por las razones expuestas más arriba, la crisis y las contradicciones económicas en el seno del bloque en el poder. Sin embargo, de una parte, esas contradicciones son más profundas que en el caso alemán; de otra parte, y por ello, el fascismo, en tanto que medio de la hegemonía del gran capital, encuentra resistencias más fuertes de parte de los demás miembros del bloque en el poder. Así, aunque el proceso de fascistización sea más breve que en Alemania, ya que se inicia a fines de 1920-comienzos de 1921, llega al punto de no retorno en el transcurso de 1921, y se instala en el poder en 1922, el proceso de estabilización del fascismo en el poder es mucho más lento. No es sino en 1925, tres años después de su instalación en el poder, cuando el fascismo italiano, con las *leyes ultrafascistas*, se estabiliza, entrando en la segunda fase del fascismo en el poder.

Ante todo, la contradicción entre *gran capital* y *gran propiedad territorial*, que cubre el problema del Mezzogiorno, es decir, parcialmente, la contradicción entre burguesía del norte y agrarios del sur, es mucho más profunda que en Alemania. El retraso de la agricultura con respecto a la industria es mucho más grave en el proceso precoz y ficticio de concentración del capital frente a una

forma de producción agrícola semifeudal. Si, durante la segunda mitad del siglo XIX, la burguesía naciente y la gran propiedad territorial encontraron un terreno de armonía en la política proteccionista, las contradicciones surgieron de nuevo con el proceso acelerado de concentración del capital, al lado de una permanencia de las estructuras feudales de explotación agrícola. Con la crisis que siguió a la primera guerra mundial, el foso entre industria y agricultura se ahondó de manera catastrófica. Por lo demás, la ausencia de acumulación del capital en la agricultura dejó a los agrarios enteramente al margen de la industrialización, y ya no se atuvieron más que a la especulación de terrenos.

Durante el primer período del proceso de fascistización, marcado por una aceleración decisiva del ritmo de concentración del capital, y por una caída de la producción y de los precios agrícolas, la contradicción se agravó. Esto se manifestaba en la competencia de las dos grandes asociaciones, creadas en 1920 precisamente, por los grandes industriales (Confederación General de la Industria) y los agrarios (Confederación General de la Agricultura). Esta última se oponía a la política *fiscal* del Estado —de gran importancia en Italia dentro del marco del desarrollo ficticio del capitalismo— en favor exclusivo de la industria, en el contexto de una agravación del déficit presupuestario. De hecho, la creación, en 1919, del Partido Popular —partido "campesino"— no era ajena a este conflicto.[1]

Se advierte, pues, en el caso italiano, y en oposición al caso alemán, que la alianza tradicional entre burguesía del norte y agrarios del sur se hallaba seriamente comprometida por el proceso de concentración del capital y por la creación del gran capital. Si bien resistía en el plano político, los gérmenes explosivos que contenía al nivel económico aparecen a la luz.

Y esto tanto más cuanto que se injertaban contradicciones crecientes entre *gran* capital y capital *medio*, contradicciones inherentes al proceso de concentración del capital. Cubrían, aquí también, *parcialmente*, la contradicción entre ramas de industria: industria pesada de una

[1] R. Paris, *Les origines du fascisme* (citado en adelante Paris I), pp. 54 ss.

parte, industria de bienes de consumo de otra. En 1919 se constituyó en Milán la Unión Mecánica Metalúrgica Nacional, que reagrupaba las empresas medias asustadas por la concentración.[2] Más aún: se advierte una alianza entre capital medio y agrarios contra la dominación económica del gran capital, lo cual fue aquí posible a causa de la debilidad económica del gran capital italiano, y a causa también de la desigualdad particular del desarrollo del capitalismo en Italia, lo cual permitía una convergencia de coyuntura de los intereses económicos del capital medio y de los agrarios. Este esbozo de alianza se precisó, por lo demás, progresivamente, a la vez por la política del Partido Popular y por la de los representantes del capital medio que estaban en Italia en el poder durante el proceso de fascistización (Giolitti, Nitti, Bonomi, Facta).

A estas contradicciones económicas en el seno del bloque en el poder se agregaban, aquí también, las contradicciones, en el seno mismo del gran capital, entre capital bancario y capital industrial. El proceso de concentración del capital estaba menos avanzado en Italia que en Alemania y revestía un carácter precoz; por eso, las contradicciones entre bancos e industria eran aquí particularmente vivas. Se asistía a una verdadera ofensiva de intervención de los grandes industriales sobre los bancos, gracias a los beneficios enormes que habían obtenido de la guerra, en tanto que el capital bancario italiano, a diferencia del caso alemán, mantenía su carácter especulativo, vacilando en lanzarse a la industrialización. El capital bancario trataba de preservarse de este salto de la gran industria: los 4 principales bancos italianos se constituyeron en 1918 en cártel.

Relativamente reprimido, este asalto dio lugar, no obstante, a convulsiones intensas.[3] En el contexto de la crisis de posguerra en 1921, la Ansaldo, mastodonte industrial, que había llegado a controlar la Banca Italiana di Sconto, se vio al borde de la quiebra; la Ilva, que con-

[2] R. Paris, *Histoire du fascisme en Italie* (citado en adelante Paris II), p. 132; A. Tasca, *Naissance du fascisme*, 1969, pp. 111 ss; R. Romeo, *Breve storia della grande industria italiana*, 1967.

[3] Respecto a esta contradicción, R. Romeo, *op. cit.*, pp. 128 ss; S. B. Clough, *op. cit.*

indaba el Lloyd Mediterráneo, se hundió. El gobierno se hallaba zarandeado entre los dos antagonistas; Bonomi negó la ayuda del Estado a la gran industria, y esto acarreó su caída. Sólo con el advenimiento del fascismo, el capital industrial monopolista, y a la inversa del caso alemán, habría de establecer su predominio sobre el capital bancario, en el seno del gran capital.[4]

Todas estas contradicciones se exacerbaron durante el segundo período del proceso de fascistización, *y esto cuando la "crisis económica" de la posguerra se reabsorbía a fines de 1921:* el índice en porcentaje de la producción industrial en el producto global que, de 30.6 % en 1918, había caído a 25.3 % en 1921, volvió a subir a 29 % en 1922, el índice de producción aumentó en todas las ramas industriales, el déficit presupuestario decreció considerablemente, los precios bajaron, el desempleo se reabsorbió. Pero las contradicciones debidas al proceso de concentración del capital se exacerbaron. Rivalidades entre los dos grupos bancarios que estaban detrás de Nitti y Giolitti, el Banco de Descuento, y el Banco Comercial, y que se manifestaron en 1921; contradicción entre gran capital y capital medio, concretado por la oposición creciente del primero a la política de "asociación capital-trabajo" y de mantenimiento de los salarios, proseguida, como en Alemania, por los representantes políticos del último (Giolitti); contradicción entre gran capital y agrarios, gran capital opuesto a la política de fijación de los precios agrícolas —cuestión del "precio político del pan" que provocó, en 1921, la caída del gobierno Nitti— por medio de una legislación fiscal que finalmente funcionó en provecho de los agrarios.

Ahora bien, se advierten, a propósito del fascismo en el poder, las dos *particularidades* siguientes, respecto del nacionalsocialismo alemán:

Por su política económica, concretada en toda una serie de medidas, *el fascismo italiano interviene de manera todavía más pronunciada que el nacionalsocialismo en la dominación económica del gran capital sobre la gran propiedad territorial.* Mientras que la capitalización de la

[4] P. Alatri, "La crisi della classe dirigente...", en *Fascismo e antifascismo*, 1963, p. 66.

agricultura había sido iniciada en Alemania antes del advenimiento del nacionalsocialismo, que la prosiguió intensificándola, fue por medio del fascismo como se introdujo en Italia. Como dice A. Rosenberg:[5] "Mussolini sostuvo a los agrarios del sur en su batalla contra la revolución agraria, pero jamás tendió a devolver a esos señores semifeudales la influencia decisiva sobre el Estado que habían tenido durante el período 'liberal'. El partido fascista fue y siguió siendo el partido del norte moderno... El fascismo quebró la influencia dominante de los círculos feudales atrasados del centro y del sur de Italia. Para los agrarios y los potentados locales del sur, se trataba del mal menor: consideraban, evidentemente, la revolución roja como el peor de los males, y a causa de eso apoyaron al fascismo. Pero sabían paralelamente que con el advenimiento del fascismo perderían su antiguo reinado". Fue, sin duda, una de las razones por las cuales el Partido Popular hizo durante largo tiempo una política de oposición al fascismo. En fin, mucho más que los agrarios "semifeudales" del sur, fueron los propietarios territoriales "capitalistas" y los grandes cultivadores del norte y del centro los que apoyaron al fascismo: el "fascismo rural" se concentró en el valle del Po, en Emilia, en Toscana.[6]

Si la política económica del fascismo intervino masivamente, aquí también, en la concentración del capital y en la dominación económica del gran capital sobre el capital medio, este proceso es *más largo*. Habida cuenta de la debilidad económica del gran capital italiano, el fascismo habría de tomar en consideración, durante bastante tiempo, mucho más que el nazismo, los intereses económicos del capital medio —es el primer período de "liberalismo económico" del fascismo— y, subsidiariamente, los de la industria de los bienes de consumo.

[5] Rosenberg, *Der Faschismus...*, *op. cit.*, pp. 111-2.

[6] Estas contradicciones entre los agrarios "semifeudales" del sur y los grandes capitalistas territoriales se manifestaron, durante el proceso de fascistización, a propósito de *la protección aduanera de los cereales*. En efecto, los agrarios "semifeudales" estaban *principalmente* interesados en el alza de los precios del grano (protección aduanera), mientras que los capitalistas territoriales estaban *principalmente* interesados en la *renta* y en el *arriendo* de la tierra.

II. GRAN CAPITAL Y AGRARIOS

El problema de las relaciones, dentro del marco del fascismo italiano, entre gran capital y gran propiedad territorial plantea, por lo demás, un problema de una importancia teórico-política capital: el de las relaciones entre dos modos de producción "coexistentes" —de manera combinada— en esta formación, *el modo de producción capitalista* (MPC), *pero entrado ya en la fase de transición al predominio del capitalismo monopolista, y el modo de producción feudal todavía dominante en el campo.* Sabido es que se trata de un problema actualmente discutido con amplitud en relación con el Tercer Mundo, y más particularmente con América Latina.

De hecho, las relaciones entre capitalismo monopolista y gran propiedad territorial son muy diferentes de las que existen entre el capitalismo premonopolista (de competencia) y esa gran propiedad. En este último caso se puede, en ciertas circunstancias, hablar de una "coexistencia" combinada del MPC, dominante en la industria, y del modo de producción feudal, dominante aún en los campos.[7] Pero este término de "coexistencia" no puede designar de manera adecuada sus relaciones con ocasión del predominio, en el seno de una formación, del capitalismo monopolista.

Y es que este predominio implica la consolidación de las condiciones de *reproducción ampliada* del MPC mismo. El establecimiento del predominio del capitalismo monopolista supone así, de manera concomitante, no simplemente el predominio del MPC sobre el modo de producción feudal en los campos, sino absolutamente la *disolución* de este último. Este modo no subsiste ya entonces sino en forma de "elementos" *subsumidos* bajo el MPC,

[7] Esto no quiere decir en absoluto que los dos modos de producción se mantuvieran impermeables; quiere decir que esta "coexistencia" combinada puede permitir, en ciertos casos, como el italiano, la penetración del capitalismo en los campos bajo el predominio del modo de producción feudal. Subrayo esto a causa de la ambigüedad de los términos mismos de "*coexistencia*" y de "*combinación*", que siguen siendo todavía relativamente descriptivos, en tanto que no pueden designar exactamente las *relaciones* entre los dos modos de producción.

en una formación social donde únicamente "coexisten", en sentido riguroso, *formas* del MPC (de competencia, monopolista).[8]

Italia nos ofrece un ejemplo característico a este respecto. Por la formación precoz del gran capital financiero, se asistía efectivamente, antes del advenimiento del fascismo al poder, a una transición al predominio del capitalismo monopolista, cuando el modo de producción feudal era, opuestamente al caso alemán, todavía dominante en las relaciones de producción en el campo. El papel del fascismo —batalla del grano, bonificación integral, mecanización, transformación del estatuto del arriendo, transformación de los pequeños colonos en obreros agrícolas, etc.— fue precisamente el de establecer el predominio del capitalismo monopolista y del gran capital, eliminando el modo de producción feudal, en tanto que tal, en la agricultura.[9]

Así, a través de las contradicciones de este proceso, el

[8] Se puede así preguntar si el término de "coexistencia", en sentido riguroso, de dos "modos de producción" en una formación social no debería emplearse (desde el momento que se define el modo de producción, como lo he hecho en *Pouvoir politique*..., p. 10 [4], en tanto que conjunto de instancias) sólo para los *períodos de transición* de un modo de producción a otro. La "coexistencia" del modo de producción feudal, en ciertos casos del período del capitalismo de competencia, obedecería así al hecho de que en ese caso se trataría de un período fuertemente marcado aún por la transición del feudalismo al capitalismo. En cambio, la disolución progresiva del modo de producción feudal, durante la *fase de transición* al estadio del capitalismo monopolista, procedería de que ese estadio implica la consolidación de las condiciones de reproducción ampliada del MPC. Esta disolución no implica, por lo demás, en absoluto que el modo de producción feudal desaparezca pura y simplemente de la formación social, sino que no existe en adelante sino en tanto que simple *forma de producción* y que en tanto que simples "elementos", que conciernen igualmente a la superestructura.

[9] Esta cuestión depende esencialmente de las *relaciones de producción*. Esperaremos, pues, para demostrar y fundamentar este punto al capítulo sobre "El fascismo y el campo" (más adelante, p. 307). Señalemos ya, sin embargo, que esta cuestión, que va ligada precisamente a las relaciones de producción, no depende de las *formas jurídicas* de la propiedad de la tierra. Como lo ha demostrado Lenin, la introducción del capitalismo en el campo no sigue necesariamente la "vía" histórica de un reparto de tierras, según el ejemplo de la Revolución francesa, sino que puede muy bien seguir la "vía prusiana", mucho más eficaz, y realizarse bajo la forma jurídica de la gran propiedad territorial. Fue precisamente una de las vías que siguió el fascismo italiano, por razones políticas.

fascismo italiano mantenía relaciones distintas de las del nazismo con la gran propiedad territorial, allí donde revestía aún en Alemania características feudales. El fascismo le hizo tomar el viraje capitalista. En esta coyuntura, la contradicción entre agrarios y gran capital se ahondó de manera mucho más grave que en Alemania, donde el camino de la capitalización de los agrarios se había iniciado ya mucho antes del nazismo.

En efecto, se advierte, de una parte, que la introducción masiva del capitalismo en la agricultura dio en Italia resultados espectaculares: la producción de cereales en especial, crónicamente deficitaria en Italia, pasó, en rendimiento, de 10.5 quintales por ha en 1909-1915 a 15.2 quintales por ha en 1932; la cosecha pasó de 4.85 millones de toneladas en 1909-1913 a 7.59 en 1935-1939, lo que aseguró el consumo nacional. En las legumbres y frutos hubo igualmente progresos notables.

Se advierte, sin embargo, por otra parte, que la dominación económica del gran capital sobre la gran propiedad territorial se intensificó. La proporción en el producto nacional de la industria pasó de 25.3 %, en 1921, a 31.8 % en 1929, y a 34.1 % en 1940, mientras que la de la agricultura bajó, en los mismos períodos, de 46.3 % a 38.4 % y a 29.4 %.[10] El empleo de abonos químicos, que se duplicó aproximadamente entre 1922 y 1931, aprovechó masivamente el gran capital (en especial en la Montecatini). Diose el mismo caso en la mecanización (6 000 tractores en 1924, 41 000 en 1940), a causa del alto grado de concentración de esta rama de la industria.[11] Si el índice de desarrollo del capital fue, entre 1920 y 1939, de 1.50 en la agricultura (1.35 para el período de 1894-1913), fue de 2.58 en la industria (1.65 para el período de 1894-1913),[12] lo cual indica la baja proporcional de la renta en la repartición de la plusvalía total. Las "tijeras" entre los precios industriales y los agrícolas aumentan.

En esta contradicción, particularmente viva en Italia, gran propiedad territorial/gran capital, el fascismo estaba

[10] R. Romeo, *op. cit.*, pp. 136, 191; S. J. Woolf, en *The Nature of Fascism*, Woolf ed., 1969, pp. 119 ss.

[11] A. Giacomo, en *L'economia italiana dal 1861 al 1961*, 1961, p. 146.

[12] Barberi, *ibid.*, p. 676.

todavía más cerca del gran capital que el nazismo, que no había topado con tal contradicción *en esta forma.*

Ahora bien, hubo un fenómeno que no fue diagnosticado con exactitud, al menos en todos sus aspectos, ni por el Komintern ni por el Partido Comunista italiano. El Komintern, primero, bajo la autoridad de su presidente Zinoviev —informe al IV Congreso—, consideró el fascismo italiano como la expresión principal, no del gran capital, sino de la gran propiedad territorial "feudal" o "semifeudal": "Los fascistas son ante todo un arma en manos de los *agrarios*; la burguesía comercial e industrial sigue llena de terror esta experiencia de la *reacción*, que considera como un bolchevismo negro".[13] Esto dio lugar a todas las interpretaciones erróneas del fascismo como fenómeno político propio de una formación social con predominio del sector agrícola: concepción debida entre otras cosas a la caracterización del fascismo como fenómeno "atrasado" y "retrógrado".

Políticamente más interesante es la interpretación del fascismo por el Partido Comunista italiano, desde su congreso de Lyon (1926), hasta después de 1928. En una palabra, el PCI consideró que el fascismo representaba indistintamente los intereses del capital y de los grandes terratenientes, *sin poder precisar siempre ni la fuerza hegemónica —el gran capital— de esta alianza, ni las razones y las formas de esta hegemonía.*

Esto aparece claro en las Tesis de Lyon (1926), que si bien mantienen sus distancias frente a la posición de Zinoviev declaran no obstante que el fascismo "se propone realizar la unidad orgánica" de las clases dominantes, sin que se precise bajo qué fuerza hegemónica se realizará esa unidad. El fascismo así no se percibe como si cristalizara una modificación importante de las relaciones entre gran capital y agrarios: "En sustancia, el fascismo no modifica el programa de conservación y de reacción que ha dominado siempre la política italiana sino por una simple manera de concebir diferentemente el proceso de

[13] Discurso ya citado de Zinoviev. (Véase también, a propósito de esta interpretación, D. Desanti: *L'Internationale Communiste*, 1970, p. 113.) Punto de vista todavía vigorosamente expresado, como se recordará, durante el IX Plénum de 1929.

unificación de las fuerzas reaccionarias". Repítese el mismo caso, en lo esencial, en la época, en cuanto a Togliatti: "El fascismo se afirma definitivamente... como centro de unidad política de todas las clases dirigentes: capital financiero, gran industria, agrarios".[14]

¿Cuál es la concepción que se halla por debajo de esta caracterización? Parece tratarse de una alianza entre capital monopolista y gran propiedad territorial de carácter *feudal* persistente, en la medida en que, bajo el fascismo italiano, el capitalismo monopolista estaría en vías de desarrollarse en "coexistencia" con las estructuras feudales de la agricultura. Como lo ha expresado recientemente aún E. Serreni: "La revolución socialista... deberá significar la transformación de esas estructuras de base capitalista que se han desarrollado, en nuestro país, con el nacimiento de las formas nuevas del capitalismo monopolista *injerta-*

[14] Togliatti: "A propósito del fascismo", texto de 1928, reproducido en *Società*, 1952, núm. 4. (Véase igualmente más adelante, nota 17.) Aunque haya aquí de esquematizar, pueden trazarse las líneas generales de la concepción, a este respecto, del fascismo por el PCI hasta 1928, de la manera siguiente: en una primera etapa, los análisis insisten en la relación del fascismo y del conjunto de las clases dominantes; pero mientras que Bordiga, como hemos visto, considera el fascismo como el representante privilegiado de la burguesía "más avanzada", Gramsci, en cambio, se aproxima a Zinoviev y ve en el fascismo la expresión de la reacción de los agrarios (y de la pequeña burguesía). Se debe señalar también, a propósito, que Togliatti atribuía erróneamente a Bordiga la concepción del fascismo como representante de los agrarios (*Lezioni sul fascismo*, *op. cit.*). Fue incluso la intervención ya señalada de Bordiga en el IV Congreso la que impidió que la concepción de Zinoviev, repetida en *L'adresse* del Komintern al proletariado italiano del 20 de noviembre de 1922, figurase en los Acuerdos del IV Congreso. Bordiga repitió, por lo demás, sus concepciones en su informe sobre el fascismo al V Congreso (en *Protokoll...*, *op. cit.*, pp. 715 ss). Pero volvamos a la evolución del PCI: en las Tesis de Lyon, inspiradas por Gramsci, la posición, y la de Gramsci, cambia. El fascismo no se considera ya el representante privilegiado de los agrarios; pero, no obstante, se coloca a éstos en el mismo plano que las fracciones de la burguesía. En efecto, si bien se acentúa el carácter capitalista de la formación italiana, las Tesis insisten en la "heterogeneidad" de los "dos sectores" en Italia, y en ninguna parte se saca a la luz el papel en adelante hegemónico del gran capital monopolista (*Tesi sulla situazione italiana...*, en *Trent'anni di vita e di lotte del P.C.I.*, 1952). P. Spriano (*Storia del Partito Comunista italiano*, 1967, t. I, p. 493) me parece así estar en un error al considerar que los análisis de Gramsci y las Tesis de Lyon contienen ya los elementos esenciales de la definición del fascismo por Dimitrov.

das sobre el viejo tronco feudal, y que el derrocamiento de la dictadura fascista no ha logrado liquidar".[15]

De hecho, esta interpretación conduce a una separación por "etapas" de la *revolución democrática* —aún por hacer— y de la *revolución socialista*: implica políticamente, para la transición al socialismo, unas alianzas que se extiendan a la *burguesía media*, con —como objetivo común— la liquidación de un modo de producción feudal que existiría *aún* en los campos. Sabido es, por lo demás, en otro contexto, que esta tesis de "coexistencia" de un capitalismo monopolista dominante y del modo de producción feudal se halla por debajo de los análisis actuales de los partidos comunistas de la América Latina. Éstos preconizan una lucha contra las formas dictatoriales por la vía indirecta de alianzas con el capital medio —bautizado para el caso con el nombre de "burguesía nacional"—, dirigida a la liquidación del "feudalismo", y una "revolución democrática nacional" precediendo la revolución socialista.

En cuanto al fascismo italiano, este programa de alianzas se aplicó por el PCI con el "frente antifascista". La tesis del feudalismo persistente vino a corroborar aquí la línea preconizada por Dimitrov respecto de las alianzas. Esta línea ha invocado además el antecedente de Gramsci, apoyándose en sus posiciones sobre el Risorgimento como "revolución fallida", por haber dejado persistir —opuestamente a la Revolución francesa— la gran propiedad territorial, y por lo tanto el feudalismo. Gramsci concebía sobre todo la introducción del capitalismo en la agricultura siguiendo el modelo francés, es decir, el de un reparto de los grandes dominios feudales.[16] Sácase así la conclusión, en cierto modo, de que la persistencia de la gran propiedad territorial significa automáticamente persistencia del feudalismo, quedando entonces la tarea de completar la revolución y la "unidad nacional" que no hizo el Risorgimento.

[15] "Antifascismo, democrazia, socialismo nella revoluzione italiana", *Critica marxista*, sept.-dic. de 1966, p. 28.

[16] De hecho, si bien es cierto que, hasta el predominio del capitalismo monopolista, los caracteres feudales se mantenían dominantes en la agricultura italiana, no es, como lo creía Gramsci, a causa de una ausencia de reparto de las tierras, sino a causa de las formas de las relaciones mismas de producción en el campo.

Pero hay en esto un enorme equívoco, y no el único, mantenido en torno de Gramsci. Es cierto que Gramsci, parece pasar por alto el problema de los efectos del capitalismo monopolista sobre la agricultura; es cierto también que el propio Gramsci sostiene la tesis del fascismo italiano como representante del "bloque" capital-agrarios, sin distinguir claramente la fuerza hegemónica de este bloque. Pero en cambio, Gramsci no se ha apartado jamás de una línea de alianza del proletariado del norte con el campesinado pobre del sur, contra los agrarios y el *conjunto de la burguesía*, incluyendo por lo demás en el "bloque" en cuestión el conjunto de la burguesía.[17]

III. LA CRISIS Y EL PROCESO POLÍTICO-IDEOLÓGICO

En lo que concierne al proceso de fascistización en Italia

[17] Las contradicciones que explican, y que reflejan, este equívoco están claras en los textos consecutivos de Togliatti sobre el fascismo. Su texto señalado de 1928 expresa todavía la concepción de Gramsci y de las Tesis de Lyon, del fascismo como "frente único" y "unidad orgánica" del conjunto de la burguesía y de los agrarios. Concepción que, si bien falla en cuanto al problema de la hegemonía del gran capital monopolista, tiene sin embargo el mérito de insistir sobre la relación del fascismo y del *conjunto de la burguesía* (capital medio comprendido). En sus *Lezioni sul fascismo* de 1935 (*op. cit.*), Togliatti hace una autocrítica, y reivindica para sí la definición del fascismo por el XIII Plénum del Komintern (1933) que habría de ser consagrada por Dimitrov. Sin embargo, si bien Togliatti excluye así, todavía implícitamente, el capital medio (la "burguesía liberal") del bloque fascista, parece conservar la concepción de Gramsci sobre los agrarios. En efecto, sin dejar de insistir, esta vez, sobre el carácter muy avanzado y concentrado del capitalismo en Italia y sobre el papel hegemónico del capitalismo monopolista —lo cual no se había hecho antes—, Togliatti mantiene la *distinción* en Italia, bajo el fascismo, de los "dos sectores" (un sector capitalista de carácter monopolista, un sector agrario muy retrasado, hasta feudal), sin ver la penetración del capitalismo monopolista en la agricultura (*ibid.*, pp. 10-1). En adelante, esta tesis del "feudalismo persistente", en continuidad aparente con los análisis precedentes, cambió por completo de función: no haría sino corroborar la estrategia de las alianzas preconizada por Dimitrov. Hay que notar en fin, en lo que concierne a Gramsci, que efectivamente insistió en la necesidad de combatir el fascismo por una "*revolución popular antifascista*"; pero únicamente en el sentido de que él atacaba la táctica preconizando, como objetivo inmediato de la lucha contra el fascismo, la instauración de la república de los soviets, y prevéía la necesidad de objetivos transitorios. Gramsci no fue, de hecho, en ningún sentido el apostol de Dimitrov.

en el plano de la lucha política, se advierten rasgos comunes con el proceso de fascistización en Alemania, pero igualmente rasgos distintivos. Y es que la burguesía italiana había logrado, pese a su debilidad económica, y opuestamente a Alemania y a la revolución desde arriba, dirigir políticamente el proceso de la revolución democrática burguesa: el Risorgimento. Pero no pudo hacerlo sino a costa de concesiones político-económicas importantes a la gran propiedad territorial. Para decirlo todo, parece que los agrarios alemanes detentaron, en la evolución del Estado bismarckiano, realizada sin embargo con el *reinado* de los nobles labradores, *menos* poder político que los agrarios de Italia, favorecidos por el fracaso patente de la unidad nacional y la distinción político-administrativa entre el norte y el sur. Además, y por medio de este proceso de dirección política y de esta alianza burguesía/agrarios, el capital medio había logrado, por sus organizaciones políticas —el Partido Liberal sobre todo—, adquirir posiciones de fuerza en el seno del Estado, mucho más importantes que las del capital medio alemán.

En el caso italiano igualmente, y a partir de 1920, se asiste a una ofensiva del gran capital para obtener su hegemonía política en el seno del bloque en el poder. Esta ofensiva logró quebrantar seriamente la hegemonía restablecida, después del fin de la guerra, del capital medio, y abrió así el período de *inestabilidad hegemónica*. Sin embargo, si bien esta ofensiva se debía a los representantes "oficiales" del gran capital (en particular al grupo Orlando-Sonnino-Salandra),[18] pasaba principalmente, y a causa de las posiciones políticas de fuerza adquiridas aquí por el capital medio, por la vía indirecta misma de los representantes políticos del capital medio. Aquí está todo el problema de la escisión de estos representantes en dos grupos principales: los que siguieron a Nitti, cuya relación con el gran capital era cada vez más marcada, y los que seguían a Giolitti. En cuanto a este último, y aunque llevaba una política inspirada por los intereses del capital medio —"colaboración de clase" con la clase obrera—,

[18] L. Salvatorelli y G. Mira, *Storia d'Italia nel periodo fascista*, 1964, pp. 115-ss; E. Santarelli, *Storia del movimento e del regime fascista*, 1967, t. I, pp. 167 ss, 245 ss.

estaba igualmente cada vez más ganado por el gran capital.[19]

Esta ofensiva del gran capital se hallaba, aquí también, relativamente rechazada por las resistencias del capital medio y de los agrarios. Estos últimos continuaban, bajo el reinado del capital medio, manteniendo sus posiciones políticas por un verdadero Estado en el Estado en el sur. Les inquietaba el acercamiento de los nacionalistas y el gran capital, pero también la infiltración del gran capital en los "liberales".[20] Su resistencia se manifiesta, entre otras maneras, a través del papel político del Partido Popular, partido católico de composición diversa —figuraban en él campesinos pobres—, pero que representaba principalmente los intereses de la gran propiedad. Este partido cristalizó esencialmente la resistencia de los agrarios a la infiltración del gran capital entre los representantes del capital medio: la hegemonía del capital medio dejaba intacto su poder político en el sur. Fue a favor de esta ambivalencia como la política del Partido Popular de Don Sturzo logró a veces presentarse como "progresista".[21]

19 A. Tasca, op. cit., pp. 79 ss.

20 U. Terracini, *La situation italienne*, en *Imprekorr*, ed. alemana, núm. 216, nov. de 1922.

21 El Partido Popular estuvo con frecuencia, durante el proceso de fascistización, presente en el gobierno al lado de representantes del capital medio, indicio del acercamiento señalado entre agrarios y capital medio contra el grande. Pero no vaciló tampoco en votar con los socialistas contra el gobierno (tal fue el caso durante el primer ministerio Facta, julio de 1922), reacción contra la infiltración en cuestión (A. Repaci, en *Fascismo e antifascismo*, páginas 128 ss, pero sobre todo G. Salvemini, *Le origini del fascismo in Italia*, pp. 140 ss). Salvemini señala muy bien de una parte que el Partido Popular, a causa de su base "popular" en el campo (del 1 189 000 de los miembros, en 1920, de los sindicatos católicos, 945 000 pertenecían a las clases populares del campo), y en el contexto de la crisis italiana, sostuvo las reivindicaciones populares, lo cual lo distinguió de las organizaciones católicas de la preguerra; pero señala igualmente: "Pero el partido llevaba la carga de todos los conservadores que, en el período de preguerra, habían controlado el movimiento político italiano ...éstos tenían el apoyo del Vaticano. Se trataba de aristócratas, de grandes propietarios territoriales y de otros personajes solemnes..." (p. 146). Fueron los agrarios los que determinaron la política general de este partido. Estamos aquí frente al fenómeno *típico*, señalado por Marx y Engels en el *Manifiesto*, del "*socialismo feudal*", ideología utilizada por los agrarios a fin de ganarse el apoyo de las masas populares contra el capital. La "oposi-

Estas contradicciones se exacerbaron a partir de 1921, que abrió, con el punto de no retorno, el período de *incapacidad hegemónica* bajo el último ministerio Giolitti.[22] Éste no abandonó sus proyectos de reformas que lesionaban, en provecho del gran capital, a los agrarios del sur, y se siguió acercando cada vez más al gran capital, mientras trataba de mantener sus vínculos de representatividad con el capital medio: proyecto de establecimiento de la nominalidad de los títulos, con lo que se lesionaban directamente los intereses del Vaticano y del Banco de Roma, institución de una comisión investigadora sobre las ganancias de guerra, etc. Esta situación se prolongó bajo Bonomi y Facta.

Ahora bien, las resistencias a esta ofensiva del gran capital en busca de la hegemonía fueron en Italia más fuertes que en Alemania, lo cual determinó las particularidades del proceso de fascistización en Italia:

a) El *escenario político*, en este caso el Parlamento, en el cual reinaban los representantes del capital medio, que disponían de un aparato de Estado modelado a su conveniencia, siguió revistiendo, hasta el término del proceso, e incluso después de la instalación del fascismo en el poder, una importancia mayor que en Alemania. La distinción entre aparatos de Estado, donde se manifestaban fuerzas políticas diferentes, era menos profunda que en Alemania, a excepción del Estado en el Estado del sur, que planteaba un problema diferente.[23] Y no porque no hubiera, aquí también, una disociación entre *poder real* y *poder formal*; pero la escena política parlamentaria conservaba una existencia propia. La ofensiva del gran capital y las resistencias a ésta seguían teniendo como punto de impacto importante esa misma escena: el fascismo italiano, más que el nazismo, estaba obligado a seguir un proceso particular de compromiso en la escena.

b) La ruptura del vínculo de representatividad entre el capital medio y sus representantes seguía, a causa principalmente de las posiciones de fuerza del capital medio en el Estado, *un ritmo más lento*. No se realizó sino

ción" del Partido Popular al fascismo se debía esencialmente a la contradicción agrarios/gran capital.

[22] Gramsci, *L'ordine nuovo*, pp. 333 ss.

[23] Véase, en este sentido, A. Rosenberg, *op. cit.*, p. 95.

después de la subida del fascismo al poder; una de las razones entre otras del largo primer período del fascismo en el poder, y de su política de contemporización respecto de esos representantes.

Durante el primer período del proceso de fascistización se advirtió aquí también la disociación del poder real y del poder formal, y la ruptura del vínculo de representatividad de partidos, al menos en lo que concierne al gran capital y a los agrarios:[24] papel acrecentado, a partir de 1920, de los organismos económico-corporativos (Confederación de la Industria, Confederación de la Agricultura), sustituyendo el papel de los partidos políticos; constitución de organizaciones paramilitares en núcleos de organizaciones de clase: creación de los cuerpos armados por d'Annunzio. Las *squadre* paramilitares se formaron, por lo demás, al margen de los *fasci*, aunque la mayoría de los fascistas participaron en ellas.[25] El gran capital se orientó hacia un golpe de Estado y una solución de *dictadura militar* con el duque de Aosta: el papel político del ejército, con los generales Diaz y Badoglio, creció.

Llegado al punto de no retorno, el proceso se intensificó, acentuando por lo demás la ruptura del gran capital y de los agrarios, con sus representantes políticos propios, pero también con los del capital medio en los que continuaron, sin embargo, infiltrándose: constitución, en 1921, de una federación de todas las uniones antibolcheviques y organizaciones cívicas de Italia, en conflicto declarado con los representantes del capital medio; constitución del comité de acuerdos nacionalistas-fascistas para la creación del bloque nacionalfascista; constitución masiva de grupos paramilitares en los campos, en oposición declarada al Partido popular; descomposición acentuada del propio partido liberal, en el que dominaba a la sazón el ala derecha de Salandra, y organización de la misma ala en cuerpo paramilitar propio: los "*squadriste*" *liberales*.[26]

¿Qué ocurría, mientras, del lado de los representantes políticos del capital medio? De hecho, en tanto que esos representantes en Alemania volvían los ojos a proyectos de dictadura militar, desconfiaban en alto grado del partido

[24] Gramsci, *L'ordine nuovo*, pp. 109 ss.
[25] M. Gallo, *L'Italie de Mussolini*, 1966, p. 98.
[26] Salvatorelli y Mira, *op. cit.*, pp. 193 ss.

nacionalsocialista y estaban decididos a no utilizarlo sino como último recurso, los del capital medio italiano —los "liberales de izquierda"— se acercaban más al partido fascista.[27] Llevando a su cabeza a Giolitti, pero también a Nitti, se presentaron en 1921 en "listas nacionales", que reunían la mayoría de los partidos italianos, de los liberales a los fascistas, listas que permitieron la elección de 35 diputados fascistas. El proyecto de Giolitti era el de una Constituyente que instaurara el "endurecimiento" del Estado, pero por medio del refuerzo del papel del Parlamento, en el interior del cual podría apoyarse en un fascismo "parlamentarizado".[28]

La neutralización de las oposiciones del capital medio al advenimiento del fascismo se realizó, pues, aquí principalmente por el rodeo de sus propios representantes políticos, cuyo vínculo de representatividad con el capital medio se mantuvo, aunque deteriorado, a lo largo de todo el proceso de fascistización. Cosa que el fascismo italiano no pudo hacer sino por un "juego" de compromisos políticos respecto de esos representantes.[29]

Esta crisis de representación de partidos iba emparejada, igualmente en Italia, con una crisis profunda de la ideología dominante.[30] Sin embargo, ciertas particularidades la distinguen de la crisis alemana.

27 A. Tasca, *op. cit.*, pp. 255 *ss.*

28 Fue esencialmente porque la política de "colaboración de clase" de los representantes del capital medio, inaugurada por Giolitti y basada en un acercamiento de la burguesía industrial y de la clase obrera *sobre las espaldas del campesinado meridional* (A. Gramsci, *Alcune note sulla questione meridionale*) reposaba, por este hecho y por la debilidad de la burguesía italiana, sobre una forma de Estado de base electoral *muy restringida*. Después de terminada la guerra, con las reformas electorales arrancadas por las masas populares, a causa de la negativa del viraje "maximalista" de la socialdemocracia a la "colaboración de clase" oficial y del levantamiento popular de las masas campesinas ampliamente socialistas, los representantes "liberales" del capital medio —Giolitti, Bonomi, Facta— no vieron ya otra solución que el aplastamiento "parlamentario" de la socialdemocracia por medio del partido fascista. (P. Alatri, *Le origini del fascismo*, 1963, pp. 33 ss.)

29 L. Basso, "Le origini del fascismo", en *Fascismo e antifascismo*, pp. 19 *ss.*

30 Sobre lo que sigue, informaciones importantes en P. Alatri, *op. cit.*, pp. 5 *ss*, y Antarelli, *op. cit.*, pp. 85 *ss.*

El proceso de transición al capitalismo se hizo aquí bajo la dirección política de la burguesía del norte. Se advierte la formación de *una ideología propia de la burguesía*, preponderante en el sistema ideológico dominante en Italia. Fue la ideología nacionalista y liberal que animó el movimiento de Mazzini. Cierto es que el aspecto liberal de esta ideología se comprometió —fenómeno Crispi— por el intervencionismo marcado y constante del Estado durante el proceso del capitalismo en Italia; no por ello deja de advertirse efectivamente aquí la permanencia de una ideología nacionalista liberal, característica de las revoluciones democráticas burguesas.

Esta ideología nacionalista-liberal se hallaba en plena crisis después de la primera guerra mundial. En primer lugar, no correspondía ya a los intereses del gran capital italiano, que pasó a una ofensiva ideológica. Pero en tanto que en Alemania esta ofensiva se realizó por la connivencia de la ideología imperialista y de la ideología feudal "transformada", aquí se hizo, a causa de la contradicción gran capital/propiedad territorial y del predominio de esta ideología burguesa específica, por una tentativa de *trasmutación en cierto modo "continua" de esta ideología "nacionalista liberal" en ideología "imperialista fascista"*.[31]

Dicho de otro modo, el gran capital, a la par que sometía a revisión el aspecto liberal de esta ideología, parecía situarse en la línea directa de la tradición nacionalista liberal. Acaparó y transformó el aspecto nacionalista de esta ideología; explotó en particular el sentimiento de que las grandes potencias habían usurpado los frutos de la intervención italiana en la guerra. La ideología "nacionalista imperialista" de la política de expansión y de anexiones, de la política de "intervencionismo de derecha" durante la guerra, del movimiento de d'Annunzio —ocupación de Fiu-

[31] A. Gramsci, *L'ordine nuovo*, pp. 351 ss. Así, de manera mucho más clara que en Alemania donde este proceso se caracterizó por la colusión de subsistemas ideológicos muy diversos, se puede advertir aquí la relación entre la ideología "nacionalista liberal" tradicional de la burguesía y la ideología fascista, en una palabra, descubrir los "gérmenes fascistas" contenidos en la ideología "liberal". Fenómeno tanto más importante cuanto que los teóricos busgueses del fascismo, acantonándose tras de la complejidad del caso alemán, sostienen una oposición que pretenden irreductible entre "ideología liberal" e "ideología fascista".

me—, etc., se presenta como la prolongación del movimiento garibaldino de unidad nacional del Risorgimento.[32] Tal fue el caso de los numerosos movimientos ideológicos nacionalistas que, a ejemplo del caso alemán, surgieron en Italia, especialmente el ANI (Asociación Nacionalista Italiana), que había de desempeñar un papel muy importante después de la guerra.

El capital medio reaccionó fuertemente a esta ofensiva ideológica del gran capital. Había de ser todo el aspecto ideológico de oposición a la participación en la guerra —no intervencionismo— y de la ideología giolittiana liberal de "asociación capital-trabajo", en tanto que el nacionalismo imperialista clamaba cada vez más contra lo que designaba como "monarquía socialista" giolittiana. Sin embargo, esta ofensiva ideológica del gran capital se hacía calladamente, en la medida en que iba oculta bajo el acaparamiento directo de ciertos aspectos de la ideología nacionalista liberal, que fue la del capital medio italiano.

El propio fascismo italiano se insertó precisamente en esta ofensiva ideológica, y estuvo lejos de presentar la originalidad ideológica del nacionalsocialismo alemán. La ofensiva ideológica del gran capital y del fascismo italiano bajo la máscara de la "tradición" nacionalista del capital medio —los *camisas pardas* de Mussolini, ha podido escribir A. Rosenberg, se presentaron como los continuadores de los *camisas rojas* de Garibaldi— fue una de las razones de la neutralización de las oposiciones del capital medio cuando advino el fascismo al poder, y del apoyo particularísimo que éste recibió de parte de los representantes "liberales" del capital medio.

La reacción de la ideología feudal a esta ofensiva ideológica del gran capital, en forma de nueva edición del Risorgimento, no se hizo esperar tampoco. Si bien el aspecto expansionista de la ideología imperialista convenía a los agrarios del sur, no era, como en Alemania, a causa de la connivencia de una ideología feudal "transformada" de una clase que había tomado ya el sesgo capitalista, y de una ideología imperialista. El expansionismo y el intervencionismo no correspondían *aún* a los intereses económicos del feudalismo agrario italiano, pero no cubrían para él sino

[32] A. Tasca, *op. cit.*, pp. 57 ss, 71 ss.

intereses políticos de coyuntura. Como en el caso de la guerra de Libia, se trataba de ilusionar a los campesinos pobres con la conquista de tierras extranjeras, a fin de evitar el problema del reparto de sus tierras propias. En fin, el feudalismo agrario del sur veía con inquietud el aspecto de "unidad italiana" —"tradicional"— que acompañaba el expansionismo de la ideología imperialista, lo que atestiguaba una ofensiva del gran capital en busca de su hegemonía, y el riesgo de abolición de los privilegios políticos de los agrarios.

Así, en contraste con el caso alemán, *se registra aquí una oposición directa entre ideología feudal "clásica" e ideología imperialista.* Esto se manifiesta por un resurgimiento característico del *socialismo feudal,* fuertemente marcado por el *catolicismo,* muy claro en la ideología del Partido Popular, en oposición directa con la ideología imperialista expansionista, intervencionista y de unidad italiana del gran capital.

En Italia también, se encontraban los movimientos de crítica contra la ideología dominante, procedentes de círculos vinculados al bloque en el poder, y que, bajo su forma "anticapitalista", expresaban la influencia, en el interior de aquella crisis ideológica generalizada, de la ideología pequeñoburguesa y de la ideología obrera. Tal fue, entre otros, el caso del grupo de la revista *La Voce,* que reconciliaba en torno suyo a nacionalistas como Papini y socialistas como Salvemini; del amplio movimiento ideológico creado a partir de las obras de A. Oriani, que conciliaba el nacionalismo con un "populismo" marcado; del grupo, y luego partido político futurista, profundamente anticlerical, que preconizaba la socialización de las tierras, el Estado corporativista, etc. Sin embargo, estos ataques de factura "anticapitalista" contra la ideología dominante se hacían bajo la máscara "tradicional" de la ideología nacionalista clásica. Sería la vuelta al tema del "Risorgimento: revolución fallida" y la preconización de un nuevo *risorgimento* que completara la obra del primero,[38] a ejemplo de Oriani, que se complacía en oponer a la Italia artificial, "burguesa", nacida de aquel Risorgimento incompleto, una Ita-

[38] Tal es en especial el caso del tristemente célebre "liberal-fascista" G. Gentile, *Origini e dottrina del fascismo.*

lia renovándose en un vasto renacimiento popular.[34] Por este rodeo, y con esta máscara, se produciría, por lo demás, la unión, a partir del punto de no retorno, entre esos movimientos ideológicos —movimiento de d'Annunzio, futuristas, etc.— y el fascismo.

Además de advertía también en Italia, con los comienzos del proceso de fascistización, y siguiendo sus etapas, el peso político cada vez más decisivo de los aparatos ideológicos, lugar a la vez del estallido de las contradicciones ideológicas señaladas y de la ofensiva ideológica del gran capital: *Universidad*, donde esta ofensiva se manifestaba con una insistencia particular sobre el lado nacionalista garibaldino de la ideología imperialista, y esto sobre todo por la vía del movimiento de d'Annunzio; *Iglesia*, lugar donde se manifestaban a la vez la ofensiva ideológica del gran capital y la reacción feudal a esta ofensiva, etcétera.

En fin, aquí también había una ruptura progresiva, marcada de manera decisiva por los comienzos del proceso de fascistización, entre representantes políticos del bloque en el poder y sus "funcionarios de la ideología", perros guardianes. Sin embargo, esto ocurría de manera particular: bastante poco, como en el caso de Alemania, por ataques directos contra el liberalismo parlamentario, pero, en la medida en que todo ello ocurría bajo la máscara del nacionalismo "tradicional", por reivindicaciones de un "*cambio de las élites*".

El proceso de fascistización correspondió, en Italia también, a una etapa de estrategia ofensiva de parte del bloque en el poder, y en particular del gran capital. El plan estaba ya esbozado el 7 de marzo de 1920, por la primera Conferencia Nacional de los Industriales Italianos, que confirma la preponderancia de la Confidustria sobre el conjunto de la economía. Giolitti se encargó de la ejecución. De hecho, este plan no podría aplicarse sino después de la modificación en la relación real de las fuerzas en presencia, que marcó el final de la estabilización, es decir, después del movimiento de ocupación de las fábricas del verano de 1920: el fracaso de este movimiento abrió el camino a la etapa ofensiva del gran capital. El movimiento de los *lock-*

[34] Paris 1, p. 40.

outs se generalizó, y el de las huelgas entró en manifiesta declinación.[35] En el punto de no retorno, después de la constitución del movimiento fascista en partido y el pacto de pacificación socialista-fascista, bajo el gobierno Bonomi (otoño de 1921), esta ofensiva se acentuó: suspensión de la nominalidad de los títulos en favor del Banco de Roma, bajo Bonomi, subvenciones mayores a las industrias y a los grupos financieros bajo Facta. Comprometió directamente, entre otras cosas por la inflación, los logros del movimiento de ocupación de las fábricas: aumento de salarios y derechos sindicales de "control" en la empresa. El salario real medio cae, para un índice 100 establecido para 1913, de 127, en 1921, a 123 en 1922.

Todo esto no bastaba al gran capital: los representantes del capital medio permanecían orientados hacia la política de "colaboración de clase". Ya con el último gobierno Giolitti, considerado como demasiado indulgente respecto de las reivindicaciones de los huelguistas de 1920, el gran capital rompió con los representantes del capital medio. Este proceso se intensificó con Bonomi y Facta, a quienes se juzgaba todavía demasiado conciliadores respecto de las masas populares.

Pero fue en el plano político donde esta ofensiva se hizo patente. Ya se han indicado sus grandes líneas: volveremos a ello con ocasión del examen del proceso de fascistización en el aparato de Estado.

IV. EL PARTIDO FASCISTA, EL FASCISMO Y LAS CLASES Y FRACCIONES DOMINANTES. HEGEMONÍA Y CLASE REINANTE

La última cuestión concierne a la relación del fascismo y del partido fascista con el bloque en el poder, y en particular con el gran capital. Aquí también, mientras que el movimiento fascista data del período de la guerra, como movimiento en favor de la intervención, parece aplastado después de la guerra.[36] Reorganizado a partir de 1919, bajo la forma de *fasci di combattimento*, es decir, esencialmente de pandillas armadas y de cuerpos francos, va tirando

[35] A. Tasca, op. cit., pp. 103 ss.
[36] G. Salvemini, *Scritti sul fascismo*, 1961, pp. 385 ss.

mejor o peor hasta el verano de 1920. Fue a partir del viraje de la etapa ofensiva de la burguesía cuando el movimiento fascista revistió el carácter de movimiento político de masa. En tanto que en los comienzos del año 1920 había en Italia treinta y un *fasci* que reagrupaban a 870 partidarios, el movimiento fascista pasó, en diciembre de ese año, a 20 000 partidarios y un año más tarde a más de 200 000.[87]

De los comienzos del proceso de fascistización —1920— data el apoyo, con todo bastante circunspecto aún, del gran capital al movimiento fascista, manifestado por las subvenciones que aquél aportaba al movimiento. Todavía bastante prudente, en opos ción al caso alemán; *porque el fascismo italiano debía ante todo arreglar la cuestión de sus relaciones con los agrarios*;[88] cuestión cuya importancia se ha subrayado, y que se debe a la forma particularmente aguda en Italia de la contradicción gran capital/agrarios.

En efecto, en tanto que Mussolini había concebido como centro de actividad del fascismo italiano el *marco urbano*, se desarrolla a partir de 1920, dentro del marco de la ofensiva de la gran propiedad territorial, *el fascismo rural*, bajo la dirección de D. Grandi y de Italo Balbo. El fascismo rural, constituido principalmente en forma de cuerpos francos, atacó a las ligas campesinas, compuestas de obreros agrícolas y de campesinos pobres, bajo instigación comunista y socialista —ligas rojas— y hasta católica: ligas blancas.

Ahora bien, en junio de 1921 decidió Mussolini a la vez establecer un compromiso táctico con los representantes políticos del capital medio y acercarse más al gran capital. Se presentó en las elecciones en las "listas nacionales" y, en agosto de 1921, se decidió, a iniciativa de Bonomi, al pacto de pacificación con los socialistas, con los cuales contaban todavía los representantes del capital medio para proseguir su política de colaboración de clase. *Al hacer esto, Mussolini trató de estrangular el fascismo rural.* El pacto de pacificación y la parlamentarización del movimiento fascista fueron vivamente sentidos como lo que eran: entre otras

[87] E. Nolte, *Der Faschismus in seiner Epoche*, 1965, pp. 253 ss.
[88] A. Tasca, *op. cit.*, pp. 175 ss; L. Salvatorreli y G. Mira, *op. cit.*, pp. 200 ss.

cosas, una maniobra dirigida contra el fascismo rural, apoyándose sobre un terror blanco constante en el campo.

Esto produjo una crisis grave en el seno del movimiento fascista, que condujo a un verdadero enfrentamiento por el poder entre Mussolini y los *ras de provincia,* los mantenedores del fascismo rural, especialmente los *fasci* de la Emilia y de la Romaña bajo la égida de D. Grandi. En el Congreso de Roma, de noviembre de 1921, Mussolini, al proponer la transformación del movimiento fascista en partido, salió vencedor del fascismo rural. Paralelamente, se asistía a una primera ruptura con el ala "izquierdista" sindicalista del movimiento, representada por Farinacci, y al primer paso de abandono de los temas sindicalistas "izquierdistas" del partido fascista. El nuevo partido fascista entabló en adelante efectivas relaciones políticas de organización con el gran capital. Desde entonces abundaron los apoyos financieros.

Por lo demás, el partido fascista iba a emplearse en neutralizar la oposición del capital medio y de sus representantes. Esto habría de hacerse por el giro "liberal" del partido fascista, ya inaugurado durante las elecciones de junio de 1921, en las que Mussolini declaró: "...Hay que reducir el Estado a su expresión puramente jurídica y política. Que el Estado nos proporcione una policía, para proteger a las personas decentes de los bribones, una justicia bien organizada, un ejército preparado para todas las eventualidades, una política exterior adaptada a las necesidades nacionales. El resto, y no excluyo siquiera las escuelas secundarias, debe restituirse a la actividad privada del individuo. Si queréis salvar al Estado, debéis abolir el Estado colectivista, tal como nos ha sido trasmitido por la fuerza de las cosas y por la guerra, y volver al *Estado manchesteriano*". Declaraciones tendientes a disimular el papel de Estado intervencionista que habría de desempeñar el Estado fascista en favor del gran capital, y destinadas precisamente a la neutralización de las oposiciones del capital medio.

En adelante, estaba abierto el camino: en febrero de 1922, por la elección del nuevo papa, Pío XI, que fuera cardenal de Milán, profascista notorio, el fascismo contó con el apoyo del Vaticano, el cual desautorizó la política de oposición al fascismo que hacía el Partido Popular,

bajo la dirección de Don Sturzo.[39] En agosto de 1922 abandonó Mussolini sus proyectos "republicanos" y aceptó el mantenimiento de la monarquía, que, en oposición a la alemana, principalmente unida a la gran propiedad territorial, estaba, en Italia, vinculada al capital, y principalmente al capital medio "tradicional". En fin, en septiembre de 1922 el partido fascista asimiló el movimiento nacionalista de d'Annunzio, por la constitución del partido nacional-fascista.

Sin embargo, el vínculo político del partido fascista con las masas populares sigue siendo muy fuerte durante este último período. A esto hay que añadir la desconfianza del gran capital frente a los compromisos políticos del fascismo con los representantes del capital medio. Aquí también el gran capital juega paralelamente, en segunda posición, la carta de una dictadura militar, apoyada sobre el movimiento nacionalista de d'Annunzio.

Con la subida del fascismo al poder se lleva a cabo el establecimiento progresivo de *la hegemonía política del gran capital.* Tiene finalmente el mismo sentido que la establecida en Alemania, aunque se realice siguiendo un ritmo más lento y por vías relativamente distintas. De la marcha sobre Roma (1922) a la proclamación de las *leyes ultrafascistas,* el fascismo prosigue una vía de compromiso respecto del capital medio, con el fin de consumar su ruptura con sus representantes políticos. A partir de 1925 se asiste a la disolución del *conjunto* de las organizaciones políticas propias del bloque en el poder: el partido fascista reina en adelante exclusivamente en la escena política.

Paralelamente, se asistía a una depuración, en las filas del fascismo, de su "ala izquierdista" que reclamaba, ya en 1923, la "segunda revolución", anticapitalista.[40] Partidarios de Mussolini y partidarios de la "segunda revolución" se enfrentaban a veces con disparos de ametralladora. De ahí, en 1923, la primera depuración, que afectó a unos 150 000 fascistas, la mayoría de los cuales habían participado en la marcha sobre Roma. En 1925-1926, marcando el viraje de la segunda etapa del fascismo en el poder, la de su estabilización, hubo una nueva depuración; las adhesiones al partido fascista se suspendieron hasta

[39] G. Salvemini, *Le origini del fascismo in Italia,* pp. 351 ss.
[40] D. Guérin, op. cit., pp. 144 ss.

1931. Finalmente, los últimos bastiones de resistencia de los agrarios y del capital medio en el seno del aparato de Estado fueron eliminados: el ejército y la alta administración quedaron definitivamente depurados, y la corona perdió sus últimas prerrogativas.

Aquí igualmente se advierte la misma situación que en Alemania en lo que respecta a la *pequeña burguesía, clase reinante* durante el primer período del fascismo en el poder, simple *clase mantenedora* del Estado luego, salvo que el proceso sigue un ritmo diferente. Se inició ya después de la marcha sobre Roma, con la constitución masiva de aquella "burocracia fascista" sobre la cual insistía especialmente Gramsci. Pero el fascismo italiano respetó el personal político de la burguesía: fue sólo a partir de 1925 cuando la pequeña burguesía ocupó definitivamente las "alturas" del aparato de Estado. La ruptura de los lazos de representatividad entre las "cimas" del partido fascista y la pequeña burguesía, en el seno de la cual se reclutaban masivamente sus adeptos, ruptura que marcó el paso de la pequeña burguesía del estatuto de clase reinante al de clase mantenedora y simple clase apoyo del Estado, no se realizará finalmente hasta 1928: la ley del 9 de diciembre de 1928 consagró el advenimiento del "Estado totalitario", según la propia expresión de Mussolini.

El año 1928 se señaló precisamente por una nueva depuración: se disolvió la Confederación de Sindicatos Fascistas, y su secretario general, Rossoni, así como los elementos "sindicalistas-corporativistas" colocados por él en los diversos puestos de la organización fueron despedidos. La subordinación del partido fascista al aparato de Estado fascista en sentido estricto quedó realizada. La pequeña burguesía, privada en cierto modo de una organización política autónoma que contribuía a su posición de clase reinante, se instala desde ese momento en la posición de clase mantenedora del Estado. Las "alturas" pequeñoburguesas del Estado se aíslan de manera decisiva de la pequeña burguesía. Paralelamente, los miembros del gran capital obtienen acceso directamente a los puestos de mando del Estado, por el portillo de su adhesión al partido fascista, según un proceso análogo al de Alemania.[41]

[41] G. Salvemini, *op. cit.*, p. 344; A. Aquarone, *L'organizzazione dello Stato totalitario*, 1965, cap. III; H. Lasswell y R. Sereno, "The

Esta relación del fascismo y de la pequeña burguesía es, aquí igualmente, un factor de la *autonomía relativa* del Estado fascista respecto del gran capital. A lo cual hay que añadir, aquí también, el hecho de que el fascismo, al establecer la hegemonía política del gran capital, impuso una política encaminada a contener las contradicciones económicas del bloque en el poder. *Intentó reglamentar y controlar, a la vez que lo aceleraba, el proceso de dominación del capital monopolista sobre el capital medio y sobre la propiedad territorial.* Esto condujo a contradicciones importantes entre el gran capital y el Estado-partido fascistas. Ya en 1934 la Confidustria y su presidente, Pirelli, protestaron enérgicamente contra la "intervención" creciente a partir de 1926, del Estado en la economía. Esta intervención, si bien se ejercía en provecho del gran capital, imponíale igualmente modalidades de control en el proceso de su dominación, modalidades consideradas por este último como "trabas burocráticas". La política de autarquía y la economía de guerra agravaron estas contradicciones. Badoglio, las alturas del ejército y la monarquía estaban cada vez menos de acuerdo con la política económica del fascismo, lo cual dio por resultado la crisis de 1943.[42]

Fascists: the Changing Italian Elite", *American Political Science Review* (1937), pp. 914 *ss.*

[42] V. Foa, "Le strutture economiche e la politica economica del regime fascista", en *Fascismo e antifascismo*, op. cit., p. 278. Foa advierte, a este respecto: "Sería un grave error considerar que el gobierno fascista fue un pelele en manos de los grandes industriales, un brazo movido de manera mecánica... El Estado posee una autonomía propia".

IV

FASCISMO Y CLASE OBRERA

Se llevará a cabo, en esta parte, el análisis de las relaciones del fascismo con la clase obrera: a saber, de una parte, el examen de la situación de la clase obrera en la coyuntura del proceso de fascistización y del fascismo en el poder y, de otra parte, la política del fascismo respecto de la clase obrera.

I

PROPOSICIONES GENERALES

1. EL "PROCESO DE DERROTA" Y LA DEFENSIVA DE LA CLASE OBRERA: SUS ETAPAS Y SUS CARACTERÍSTICAS

Los comienzos del proceso de fascistización presuponen una serie característica de derrotas de la clase obrera: los comienzos de este proceso son como *el día siguiente* de esa serie de derrotas que le abren precisamente el camino.

En cuanto al Komintern, ha considerado casi siempre a la clase obrera como invicta, incluso después de la subida del fascismo al poder. El período "ultraizquierdista" invalida toda interpretación diferente: "El XII Plénum... ha demostrado... que todas las teorías deducidas de la historia del fascismo italiano en cuanto a la necesidad de la derrota previa de la clase obrera son abstracciones esquemáticas".[1] Y es que, después de la victoria del fascismo italiano y la remoción de Bordiga de la dirección del PCI, las Tesis de Lyon de 1926 del PCI habían señalado claramente: "La victoria del fascismo debería ser considerada no como una victoria contra la revolución, sino como una consecuencia de la derrota de las fuerzas revolucionarias".

Pero sería preciso aclarar aquí el sentido de esta "derrota". En efecto, no se trató de "la derrota" infligida en un día, *sino de una serie de derrotas en un proceso marcado con diversas etapas y virajes.* Son las secuelas de esta serie de derrotas las que caracterizaron la situación de la clase obrera durante el proceso de fascistización.

Con el final de la guerra se abrió, en Alemania y en Italia, un real período revolucionario. La revolución estaba a la orden del día, en el sentido de que el período se hallaba marcado por coyunturas de situaciones objetiva-

[1] Schwab, *Le caractère de la dictature fasciste*, en *l'Internationale communiste*, enero de 1933.

mente revolucionarias. Ahora bien, la clase obrera fracasó, durante este período, lo mismo en la toma del poder del Estado: 1918-1919 en Alemania y en Italia, que en sus objetivos durante situaciones críticas: 1920 en Italia, 1923 en Alemania.

Advirtamos inmediatamente que una derrota no significa forzosamente derrota abierta en una situación de guerra civil declarada: una derrota puede igualmente significar una batalla no entablada en el momento propicio.

Advirtamos, por lo demás, que el problema no está, a decir verdad, en saber si se ha tratado, en todos los virajes, de situaciones objetivamente revolucionarias en sentido estricto; porque es posible interrogarse en este sentido sobre 1920 en Italia y sobre 1923 en Alemania. Lo cierto es que se ha tratado en estos dos últimos casos, y de todos modos, *de un fracaso característico de la clase obrera en alcanzar los objetivos políticos impuestos por, y posibles en, una situación de crisis abierta.* Hasta tal punto es cierto que una derrota de la clase obrera no puede medirse simplemente porque haya fracasado en su propósito de tomar el poder de Estado —"en hacer la revolución"—, posibilidad que probablemente no existió o no existía ya en los dos últimos casos, sino igualmente porque no haya sabido imponer, en una crisis declarada, objetivos políticos "posibles" —que no llegan eventualmente hasta una toma del poder de Estado— implícitos en una estrategia a largo plazo.

Estos últimos fracasos desembocaron sobre lo que se ha caracterizado más arriba como período de estabilización relativa, marcado por algaradas de exasperación de la lucha de clases. Sin embargo, el debilitamiento característico de la clase obrera, en la relación de las fuerzas, prosiguió a lo largo de todo este período de estabilización, lo cual nos permite hablar aquí de un efectivo "proceso de derrota". En efecto, no todo período de estabilización corresponde forzosamente a un "proceso de derrota". Se pueden encontrar períodos de estabilización durante los cuales, por una "consolidación estratégica" —Mao—, la clase obrera refuerce sus posiciones, dentro del marco de esta guerra de posiciones, y se prepare a la ofensiva; es el sentido estratégico de la "*guerra prolongada*" de Mao.[2]

[2] Recordemos aquí que el sentido estratégico de la "guerra pro-

Ahora bien, no fue éste el caso de la etapa de estabilización que precedió el proceso de fascistización. Mientras que, en esta guerra de desgaste, se reforzaba la burguesía, la clase obrera y las masas populares iban debilitándose cada vez más. Como ocurre siempre en tal caso, salvo una estrategia consciente y adecuada de parte de las organizaciones revolucionarias, la estabilización actúa indefectiblemente en provecho del adversario; se convierte en una tregua y un descanso para él, a lo que contribuyen todas las coordenadas objetivas del sistema capitalista. Sucedió, pues, que el viraje decisivo en dicho proceso coincidió con los comienzos del proceso de fascistización, que marcaron la ofensiva declarada de la burguesía de una parte, y la etapa defensiva propiamente dicha de la clase obrera de otra.

Este proceso no puede, pues, ser explicado más que si se tiene en cuenta el carácter de todo este período. En particular, no se trató en ningún momento de un enfrentamiento "catastrófico", en el sentido de Gramsci, es decir, de tal suerte que las fuerzas de uno y otro de los adversarios, o de ambos, se hallaran, en un momento exacto, enteramente aniquiladas.

Lo cual nos conduce al segundo elemento de este período, y que constituye por lo demás una de las respuestas a la pregunta: *¿por qué el fascismo?* Pues, en efecto, del otro lado, toda una serie de autores, entre ellos Daniel Guérin especialmente, al hablar de manera abstracta de "la derrota" de la clase obrera "antes" del proceso de fascistización concluyen que el fascismo vino únicamente, a causa de las "contradicciones económicas", insolubles para la burguesía, del sistema capitalista.

De hecho, pese a sus fracasos, mensurables por los objetivos políticos posibles de alcanzar por el movimiento popular, este último había, sin embargo, logrado imponer a la burguesía conquistas económico-políticas efectivas. Es-

longada" no es en absoluto, para Mao, el de un abandono de la periodización histórica en etapas de la lucha de clases —ofensiva, defensiva, estabilización— y en virajes estratégicos que se articulan en ella. La "guerra prolongada", al indicar precisamente que el proceso revolucionario no reside en una simple maduración progresiva hasta el momento "final" y "puntual", indica que la estrategia, a lo largo de eventuales etapas "defensivas" o de "guerra de posiciones", no debe nunca perder de vista el objetivo revolucionario.

tas conquistas económico-políticas, aunque constantemente recortadas por la burguesía, persistían *aún* en los comienzos del proceso de fascistización, en una medida inaceptable ya para la burguesía, a causa de la crisis que ésta atravesaba.

Puede decirse así que esas conquistas persistían aún cuando la relación de las fuerzas sobre la cual estaban fundadas se hallaba ya modificada en favor de la burguesía.[3] Esto es paradójico sólo en apariencia, salvo si se considera, lo cual es eminentemente falso, que todo cambio en la relación de fuerzas va acompañado automáticamente en cierto modo por una reorganización y redistribución mecánica de las posiciones ocupadas por los adversarios. En lo que concierne en particular, bajo este aspecto, a la estrategia de la burguesía respecto de la clase obrera podríase incluso aventurar la proposición siguiente: cuando semejantes conquistas se arrancan por medio de crisis graves, la burguesía se dedica *en primer lugar* a modificar *la relación real de las fuerzas* sobre la cual se han fundado esas conquistas, y sólo *después* pasa al ataque directo de las conquistas mismas. Y esto por una razón sencilla, que obedece al carácter propio del proceso: con el fin de engañar al adversario y adormecerlo, ocultándole el lugar real de la lucha de clases, y a fin de imponerle su propio terreno de lucha.

La burguesía debía, pues, anular en breve plazo esas conquistas económico-políticas de las masas populares, cuando las organizaciones de la clase obrera eran todavía poderosas y conservaban una influencia cierta. Pero hay más: en la coyuntura de crisis de la burguesía no se trataba simplemente de anular esas conquistas, sino de ir *todavía más lejos* en la explotación de las masas populares. Para ello, en la coyuntura determinada de los fascismos, y después del fracaso de la política de "colaboración de clases", había que pasar por la eliminación de las organizaciones de clase de la clase obrera.

En fin, habría igualmente que recordar el peso propio, sobre la burguesía, de las reminiscencias del pasado. En efecto, después de la guerra y a pesar de las derrotas de la

[3] Rosenberg, *Der Faschismus...*, *op. cit.* Véase también, en este sentido, W. Abendroth, *Antagonistische Gesellschaft und politische Demokratie*, 1967, pp. 56 ss.

clase obrera, el miedo se había instalado en el corazón de las burguesías alemana e italiana. Los "consejos obreros" no debían ya cesar de obsesionarlas.

Vemos bien, por todo lo que acabamos de decir, que el sentido que hay que atribuir a una "derrota" de la clase obrera es, como ocurre con toda noción que se refiere al campo de la lucha de clases, *relativo*: esta noción depende de la *relación de las fuerzas*, y es mensurable por los *objetivos "posibles"* en coyunturas determinadas. Decir así, en este sentido, que la clase obrera había sufrido ya una serie característica de derrotas en los comienzos del proceso de fascistización no significa en absoluto que no pudiera por ello, al menos hasta el punto de no retorno, alcanzar el nuevo objetivo, muy en segundo término respecto de los precedentes, que era en adelante el de *oponerse al fascismo*.

Una de las consecuencias directas de esta serie de derrotas de la clase obrera concierne al aspecto mismo de la lucha de clases durante el proceso de fascistización. En efecto, el Komintern, que veía en el fascismo una respuesta a la marea creciente del movimiento revolucionario, a la vez que los autores, tales como A. Thalheimer y A. Tasca, que ven en el fascismo la respuesta a una situación de "equilibrio de igualdad" de las fuerzas en presencia, están de acuerdo en admitir, de manera puramente abstracta, que el proceso de fascistización corresponde al carácter *"cada vez más político"* de la lucha de clases.

Esto no es cierto sino en lo que concierne a la burguesía, a la vez en sus luchas internas y en su lucha contra la clase obrera, y no es cierto en absoluto en lo que concierne a la lucha de la clase obrera. La característica del proceso de fascistización es que la lucha de la burguesía contra la clase obrera reviste un carácter cada vez más político, en tanto que la de la clase obrera contra la burguesía *se encierra cada vez más en el dominio económico-reivindicativo*. Dicho de otro modo, en la articulación compleja de la lucha económica y de la lucha política es la lucha económica la que reviste progresivamente el papel dominante en la lucha de la clase obrera. La clase obrera no está "desmovilizada", en el sentido completo del término, durante el proceso de fascistización el mo-

vimiento huelguista sigue siendo en particular, a lo largo de todo el proceso, relativamente poderoso. Pero con esta única diferencia capital: la de que es el aspecto económico de la lucha el que pasa progresivamente al primer plano.

Pero todo esto se hace calladamente:

a) Por motivos relacionados con el pasado aún reciente de las luchas políticas, el papel poco a poco dominante de la lucha económica se oculta bajo formas de acción heredadas, en cierto modo, de un período correspondiente a una primacía de hecho de lo político: manifestaciones de masa, ocupaciones de fábricas, formas de "acción directa". En el punto de no retorno, este desajuste entre el contenido de la lucha y sus formas aparece claramente. Este punto coincide con el viraje, a partir del cual el aspecto económico de la lucha domina de manera clara su aspecto político;

b) después de las derrotas políticas subsisten aún estremecimientos de "fiebre política"; pero, lejos de constituir indicios de una efectiva movilización política, no son más que simples vestigios.

En fin, hay que advertir que una etapa políticamente defensiva *no corresponde necesariamente a una primacía de hecho de la lucha económica sobre la lucha política de clases, del lado de la clase obrera.* Puédese incluso ir más lejos: el curso adecuado de la lucha, durante una etapa defensiva, supone más que nunca la primacía de lo político reclamada por Lenin y Mao. Esta primacía debe hallarse en particular siempre presente en la estrategia de alianzas y de compromisos que esta etapa implica. De todos modos, el proceso de fascistización corresponde a la conjunción precisamente, del lado de la clase obrera, de estos dos elementos: una etapa políticamente defensiva y un viraje a partir del cual el aspecto económico domina el aspecto político de la lucha de clases.

II. LAS FORMAS DE LA CRISIS IDEOLÓGICA Y LA CRISIS DE LAS ORGANIZACIONES REVOLUCIONARIAS

El proceso de fascistización corresponde a una crisis ideológica de la clase obrera y a una crisis característica de las organizaciones revolucionarias.

En lo que concierne a este último punto, relativo a los partidos comunistas alemán e italiano, precisemos ante todo que no se trata de asimilar aquí inmediatamente la noción de crisis de las organizaciones revolucionarias a sus errores estratégicos. Se entienden aquí, más particularmente, los efectos de esta situación, efectos que han desempeñado un papel específico en el advenimiento del fascismo:

a) Los comienzos del proceso de fascistización corresponden a una separación marcada de los partidos comunistas alemán e italiano, respecto de la clase obrera. Puede decirse, de manera lapidaria, que esos partidos quedaron aislados de las masas. La clase obrera no siguió, en su masa, la dirección que esos partidos trataban de imponer a la lucha, sin ninguna línea de masa. *Esos partidos estaban lejos de haber, en el sentido directo, capitulado ante el fascismo, como quisiera hacerlo creer una tradición "anticomunista" sólidamente establecida.* Trataron —tal fue particularmente el caso del partido italiano— de oponerse a su advenimiento al poder, pero demasiado tarde y de manera ineficaz. Lo intentaron en un momento en que, pasado el punto de no retorno, el aislamiento estaba realizado. La masa de la clase obrera no los siguió en las últimas tentativas, póstumas y desesperadas, de detener el fascismo. Este proceso fue, por lo demás, tanto más notable cuanto que, *en el plano electoral*, esos partidos no cesaron de obtener triunfos, casi a lo largo de todo el proceso de fascistización.

b) Habiendo las derrotas de la clase obrera causado efectos en el seno mismo de los partidos comunistas alemán e italiano, esos partidos quedaron, a lo largo de todo el proceso de fascistización, profundamente divididos ellos mismos internamente. Prescindiendo de la línea política de esos partidos, tal división tuvo efectos específicos: condujo con frecuencia a una parálisis efectiva frente a la amenaza fascista, lo cual desorientó más todavía a la clase obrera.

Esta situación de las organizaciones revolucionarias coincide por lo demás con una crisis ideológica de la clase obrera. Se sitúa ésta en la *crisis ideológica generalizada* circunscrita más arriba, y que afectó las formaciones so-

ciales alemana e italiana durante el proceso de fascistización. La ideología marxista-leninista quedó profundamente maltrecha en el seno mismo de la clase obrera; no sólo esta ideología no logró conquistar las grandes masas, sino que fue igualmente atacada allí donde había logrado implantarse.

Sabido es lo que ocurre cuando las organizaciones revolucionarias fracasan en el desempeño de su papel ideológico de dirección en una línea de masa: son la *ideología burguesa* y la *ideología pequeñoburguesa* las que invaden, bajo formas específicas, el vacío dejado por la retirada de la ideología marxista-leninista.

La influencia de la *ideología burguesa* sobre la clase obrera, en esta situación de crisis ideológica, se manifestó en la forma clásica del tradeunionismo y del reformismo. Puede reconocérsela no sólo en la persistencia, sino también en la extensión de la influencia, a lo largo de todo el proceso de fascistización, de la socialdemocracia —a la vez del partido y de los sindicatos socialdemócratas— sobre la clase obrera. Este aumento de influencia de la ideología socialdemócrata se manifestó, por lo demás, hasta en las filas de la clase obrera que sostenían al Partido Comunista.

Pero el fenómeno más interesante no es tanto el de la influencia directa de la ideología burguesa sobre la clase obrera, influencia directa manifiesta en el reformismo y el tradeunionismo, sino más bien el *de la influencia de la ideología pequeñoburguesa*.

En efecto, la ideología burguesa se hallaba ella misma en crisis durante el proceso de fascistización. Esto permitió precisamente la extensión de la ideología pequeñoburguesa en la formación social, y así, igualmente, de manera mucho más intensa que en los casos de una ideología dominante indiscutida, en la clase obrera. Después, la pequeña burguesía atravesó ella misma una crisis profunda. En este contexto, la ideología pequeñoburguesa de los "pequeñoburgueses enloquecidos", como decía Engels, tomó formas muy particulares: *formas bajo las cuales penetró en cierto modo más fácilmente que antes en la clase obrera*, esta misma en crisis ideológica. Para fijar las ideas, se puede ya adelantar que el aspecto "anticapitalista", siempre inherente a la ideología pequeñoburguesa, se exa-

cubó y dominó a los otros, en esta situación de rebelión de la pequeña burguesía. Es precisamente por este camino indirecto por el que la ideología penetró en la clase obrera.

La influencia de la ideología pequeñoburguesa sobre la clase obrera se manifiesta *bajo formas específicas*, adaptadas a las "condiciones de vida", es decir, a las "vivencias", de la clase obrera. Se puede hacer el inventario de algunas de estas formas, particularmente virulentas en la clase obrera durante el proceso de fascistización:

a) el *anarquismo*, bajo su forma específica en la clase obrera: manifiesto en particular en el *anarcosindicalismo* —con el que entronca el *sindicalismo revolucionario*—, que combina el desprecio de la organización y de los objetivos políticos con la ignorancia, bajo la máscara de la vivencia directa —la fábrica—, del papel de los mecanismos de opresión política —del Estado— en el mantenimiento del sistema capitalista;

b) el *espontaneísmo*, es decir, el desprecio de la organización y el culto abstracto de la acción directa y "espontánea", en cualquier lugar y de cualquier modo, expresión por excelencia del "individualismo" pequeñoburgués;

c) la "*jacquerie* putschista",* que ignora la ideología marxista-leninista y la lucha política de masa. Combinada con el espontaneísmo y el anarquismo, está fundada sobre un verdadero culto abstracto de la "violencia" ejemplar de las "minorías actuantes", que es quizá el rasgo más característico de la pequeña burguesía en rebelión, de la "*jacquerie* pequeñoburguesa".

Formada ya una idea de la importancia del problema es preciso hacer aquí algunas advertencias. No hay duda de que estas formas, especialmente el anarcosindicalismo, habían sido, durante un primer tiempo, formas positivas de expresión proletaria "espontánea", y fue, por lo demás, igualmente desde este punto de vista como las tratara Lenin.[4]

* *Jacquerie*: rebelión del pueblo en Francia, en el siglo XIV. *Putsch*: golpe de fuerza. [T.]

[4] El aspecto *positivo* del anarcosindicalismo y del sindicalismo revolucionario había consistido, especialmente, en el hecho de que contenía la reivindicación de una "*autonomía*" *del movimiento obrero* frente a las organizaciones de recuperación "burguesas".

No hay duda tampoco de que bajo las formas mencionadas se ocultaba a menudo, durante el proceso de fascistización, *una reacción del "instinto de clase"* de la clase obrera, frente a la línea política de las organizaciones revolucionarias. Sin embargo, este "instinto de clase", *en el contexto del proceso de fascistización*, aislado de la ideología marxista-leninista y frente a la formas particulares que revestía la ideología pequeñoburguesa, se descarrió bajo la influencia de esta última. Y el problema es aquí muy grave, en la medida en que, si no se tiene en cuenta este factor ideológico, no se puede explicar en absoluto el impacto complejo del fascismo sobre la propia clase obrera.

En efecto, estas influencias de la ideología pequeñoburguesa sobre la clase obrera tuvieron el efecto inmediato de apresurar su desmovilización política. A continuación, la demagogia fascista, en el sentido propio del término, con su aspecto "populista-obrerista" y sus promesas ilusorias, contribuyó igualmente a esta neutralización. *Pero hay algo más importante todavía:* el fascismo explotó a fondo la influencia de la ideología pequeñoburguesa sobre la clase obrera, recabando precisa y abiertamente, por su cuenta, algunas de sus manifestaciones en la clase obrera. Dicho de otro modo, no fue únicamente el contenido de la demagogia fascista lo que contribuyó a la pasividad y a la neutralización de la clase obrera, sino también las formas bajo las cuales se presentaba: formas verbales y formas de acción. Estas formas afectaron a la clase obrera por la vía indirecta de la influencia de la ideología pequeñoburguesa.

Es necesario precisar el punto siguiente: si se habla, como es el caso, de las influencias de la ideología pequeñoburguesa en la clase obrera que se manifiestan en ella en plena contradicción, en sentido riguroso, con la ideología marxista-leninista, hay que mencionar igualmente la influencia de la ideología pequeñoburguesa sobre la ideología marxista-leninista, y especialmente sobre las organizaciones de clase del proletariado. Esto, entre otras cosas, y emparejado con el economismo, dio el "oportunismo de izquierda" del Partido Comunista italiano durante el proceso de fascistización en Italia; esto influyó igualmente sobre *ciertos aspectos* de la política del PCA, en Alemania,

durante el proceso de fascistización, entendiéndose bien que estos dos casos están lejos de ser identificables.

Pero el oportunismo de izquierda constituyó una línea errónea *en el seno mismo de la ideología marxista-leninista*. Atestiguaba en particular la influencia de la ideología pequeñoburguesa sobre la ideología marxista-leninista; fue precisamente en este sentido en el que Lenin lo caracterizó como enfermedad infantil del *comunismo*. En tanto que las influencias directas de la ideología pequeñoburguesa mencionadas más arriba, espontaneísmo, anarquismo, *jacquerie* putschista, etc., *no tienen "nada que ver"*, en cuanto a ellas, con la ideología marxista-leninista. En este sentido, no tienen absolutamente nada de "izquierdistas"; porque no se puede hablar, en el solo sentido riguroso, de oportunismo de izquierda sino en el seno del marxismo-leninismo. Ahora bien, la responsabilidad de los aspectos "oportunistas de izquierda" ha sido grave en el advenimiento del fascismo; pero no ha sido en absoluto *del mismo orden* que las otras manifestaciones de la ideología pequeñoburguesa, directamente incorporadas, éstas, por los partidos fascistas.

Pero hay más: el Komintern, cuya política entre 1928 y 1935 no tenía, como se verá, de "izquierdista" más que la apariencia,[5] tachó de "izquierdismo" a todos aquellos que protestaban contra su política de dimisión de hecho respecto del fascismo, designándolos como perros guardianes del fascismo. Si bien fue principalmente Trotski quien lo pagó, tampoco se libraron la "oposición de izquierda" alemana y no pocos más. De donde, por otra parte, la tradición, tenaz en el movimiento obrero, del "izquierdismo-furriel del fascismo", entendiéndose que los partidos comunistas comprendieron progresivamente, bajo el término de "izquierdismo", toda oposición a una política de dimisión. Es inútil insistir.

Lo que, en cambio, habría que señalar, fenómeno del

[5] Ya volveremos sobre el análisis del VI Congreso (1928), reputado de "ultraizquierda", del Komintern. Hay que advertir inmediatamente que, si bien la política del Komintern después de 1928 sólo tuvo de "izquierdista" la apariencia, ello no impide que *algunos de los aspectos secundarios de la política concreta del* PCA, inscritos en este viraje del Komintern, tuvieran un carácter efectivo de oportunismo de izquierda.

todo asombroso, es la colusión extremadamente definida de los elementos "espontaneístas", anarcosindicalistas, etc. —entre los cuales se encontraban numerosos dirigentes— y de los partidos fascistas, a los que se unían a menudo abiertamente, constituyendo su ala "izquierdista". Estos casos, sobre todo en Italia, pero también en Alemania, fueron innumerables y significativos. El carácter masivo del fenómeno demuestra que no se trataba simplemente de defecciones individuales, debidas al azar o a un oportunismo vulgar.

III. LA SOCIALDEMOCRACIA. SU NATURALEZA Y SU FUNCIÓN DE CLASE, SU POLÍTICA, Y LA TESIS DEL "SOCIALFASCISMO"

El proceso de fascistización está marcado por la persistencia y la extensión característica de la influencia de la socialdemocracia sobre la clase obrera, y por la línea política de la socialdemocracia respecto del fascismo.

Esto plantea ya dos clases de problemas:

a) explicar esta persistencia de la influencia socialdemócrata, refiriéndose a la vez a la *naturaleza* y al *papel* de la socialdemocracia, y a la coyuntura específica del proceso de fascistización;

b) indicar las responsabilidades objetivas de la política socialdemócrata en el advenimiento del fascismo.

Nos fijaremos previamente en una de las concepciones, a tal respecto, del Komintern, concepción profundamente errónea, y responsable de los desastres de su aplicación práctica. Se trata de la tesis del "*socialfascismo*".

Veamos primero en qué consiste la tesis misma. De hecho, se presentó bajo dos formas, que implicaban, ambas, una identificación pura y simple de la socialdemocracia y del fascismo. Expresada ya por el v Congreso (1924), esta tesis surgió especialmente en todo su vigor después del vi Congreso (1928), en el cual imperó.

a) En su primera forma, se trata de una amalgama y de una fusión "socialdemocracia/fascismo". Se la encuentra ya expresada en los acuerdos del v Congreso: "El fascismo y la socialdemocracia son *los dos aspectos de uno y el mismo instrumento* de la dictadura del gran capital... La socialdemocracia está ya en camino de transfor-

marse de ala derecha del movimiento obrero en ala izquierda de la burguesía y, así, del fascismo".[6] En 1924 Stalin afirmaba que el "fascismo no es simplemente una organización de combate de la burguesía, sino igualmente un fenómeno político *fundado sobre* la socialdemocracia".[7]

Después de 1928, y sobre todo con el x Plénum de 1929, en el que el término de socialfascismo aparece por primera vez oficialmente, esa tesis se precisa. En el vi Congreso, afirma Manuilski: "Cada vez más, la socialdemocracia tomará a la burguesía la iniciativa de la represión contra la clase obrera... Se fascistizará. Este proceso de transformación de la socialdemocracia en socialfascismo ha comenzado ya". H. Neumann (1930) plantea el problema de manera todavía más clara: "El problema para la burguesía no es el de fascismo o socialdemocracia, sino, *al mismo tiempo,* fascismo *con* socialdemocracia".[8] Y finalmente, esta cita de Stalin, repetida sin cesar: "El fascismo es la organización de combate de la burguesía que se apoya sobre el sostén activo de la socialdemocracia. Objetivamente, la socialdemocracia es el ala moderada del fascismo... Estas organizaciones no se excluyen recíprocamente, sino que por el contrario se completan la una a la otra. No son antípodas, sino mellizas. El fascismo es un bloque informe de esas dos organizaciones..."

b) En su segunda forma, la tesis aparece más matizada. No se trataría a tal punto de una conjunción fascismo/socialdemocracia, sino de una apariencia de *alternativa.* La burguesía jugaría *o bien* la carta fascista, *o bien* la carta socialdemócrata.[9] Sin embargo, esta forma no es sino en apariencia más matizada que la primera; en efecto, no se aplica aquí *ninguna periodización* en ese o bien/o bien, sino que, por el contrario, se insiste en el hecho de que ese o bien/o bien concierne exactamente a la misma coyuntura, dependiendo la elección de factores del todo secundarios. Así, se pone inmediatamente el acento

[6] Acuerdo sobre el fascismo del v Congreso, en *Imprekorr,* ed. alemana, núm. 119, septiembre de 1924.

[7] En Weber, *Die Kommunistische Internationale, op. cit.,* p. 117.

[8] En *Imprekorr,* ed. alemana, núm. 69, agosto de 1930.

[9] Acuerdos del vi Congreso de 1928, en *Protokoll des sechsten Weltkongresses...,* op. cit., t. iv, pp. 21 ss, 57 ss.

sobre el hecho de que, de todos modos, la diferencia entre esas dos cartas es mínima —siendo la carta socialdemócrata "un poco más legal" que la carta fascista—, enlazando así directamente con la primera forma de la tesis del socialfascismo.

De momento, se despejarán los supuestos previos de esta tesis, sin los cuales no hubiera podido constituirse. Esta tesis depende rigurosamente de un conjunto de posiciones, de tal manera que es absolutamente imposible aislarla de ellas, ni admitirla sin las posiciones que únicamente la hacen posible.

1] Esta tesis supone el desconocimiento de la diferencia entre la forma de Estado y de régimen específico que es el fascismo, y las otras formas de Estado burgués. No siendo el fascismo y el Estado "democrático-parlamentario" más que una y la misma cosa, en tanto que "dictadura del gran capital", la socialdemocracia, en esta segunda forma de Estado, se identifica con el fascismo. No es, pues, por casualidad que la tesis del socialfascismo vaya acompañada indefectiblemente de la de una identificación del fascismo con las demás formas de Estado burgués. Como lo dice muy claramente Thälmann: "...han aparecido en nuestras filas tendencias a distinguir de una manera liberal el fascismo y la democracia burguesa, el partido de Hitler y el socialfascismo".[10] O también, el informe de Manuilski al XI Plénum de 1931: "Los errores demasiado notables en nuestras filas que se sitúan en la línea de una oposición... entre la democracia burguesa y el fascismo, entre la socialdemocracia y el partido de Hitler... son en extremo perjudiciales y fatales..."[11]

Esta tesis del socialfascismo, emparejada con la de la identificación de las formas de Estado, conduce a previsiones muy instructivas: no sólo la socialdemocracia no tendría nada que temer de la victoria del fascismo, sino que participaría con los nazis en el poder, cristalizando el "bloque informe" nacionalsocialismo/socialdemocracia que sería el fascismo. Así, el mismo Manuilski: "El hecho de que la burguesía estará obligada a sofocar el mo-

[10] *Die Internationale*, diciembre de 1931.

[11] Véase igualmente, en este sentido, los acuerdos mismos del XI Plénum, en *Imprekorr*, ed. francesa, núm. 39, mayo de 1931.

vimiento de los trabajadores por métodos fascistas no significa que las cimas no hayan de gobernar ya como antes [es decir con la participación o el apoyo de la socialdemocracia]. El fascismo no es un nuevo método gubernamental que se distinga del sistema de la dictadura de la burguesía. Quien piense así es un liberal".[12] O aun Thälmann: "En el caso también de la entrada de los nazis en el gobierno, no se planteará la cuestión de la renuncia de la burguesía a la colaboración de la socialdemocracia para realizar la dictadura fascista".[13]

2] Esta tesis supone el desconocimiento del carácter de masa del propio partido fascista y de su carácter político preciso. El análisis de Stalin en 1924 es notable a este respecto, a la vez en su intuición y en sus conclusiones enteramente falsas. Habiendo comprobado que el fascismo no es el simple instrumento de combate de la burguesía, sino un fenómeno político de masa, Stalin saca la conclusión de que está *fundado sobre* la socialdemocracia, es decir, que la socialdemocracia constituye en cierto modo ella misma la base popular —de masa— del fascismo, suponiendo como incomprensible e inimaginable una base popular propia de este último.

3] Desconocimiento, pues, de la naturaleza y de la función del partido fascista, "instrumento de la burguesía", que corre parejas con el desconocimiento de la naturaleza y de la función de la socialdemocracia, "instrumento de la burguesía". Desconocimiento *de doble sentido*: en lo que concierne a la base de masa y la representatividad de clase, y en lo que concierne al papel respecto de la burguesía, hallándose ligados ambos fenómenos.

En lo que concierne al desconocimiento, en su primer aspecto, del carácter de la socialdemocracia, hay que señalar que el Komintern, desde su origen, pero sobre todo

[12] *Ibid.*

[13] *Die Internationale*, enero de 1932. Hay que advertir, por lo demás, que estos mismos errores acompañaban ya la primera aparición de la tesis del socialfascismo, en 1924 (v Congreso). Así Zinoviev, en su informe ya señalado, declara: "Lo repito, la era democrático-pacifista es el indicio del deterioro del capitalismo... Poco importa que ello revista la forma de la 'democracia' o la del fascismo".

con el IV Congreso, no supo descubrir ni la persistencia de la socialdemocracia en la clase obrera ni las razones de esta persistencia. El Komintern estuvo siempre esperando una quasi eliminación siempre inminente de la influencia socialdemócrata sobre la clase obrera. Esto se debía, se entiende, al desconocimiento de los factores de coyuntura de esta persistencia durante el proceso de fascistización, pero no solamente a eso. Se debía igualmente a la subestimación, en la óptica economista del Komintern, de la eficacia de los factores ideológico-políticos.

Esta subestimación se manifestó ante todo, en el Komintern, por una cierta interpretación de la tesis de Lenin, constantemente repetida, que concernía *a la relación de la socialdemocracia y de la "aristocracia obrera"*. El fenómeno socialdemócrata fue poco a poco considerado como un fenómeno principalmente "económico". La única base popular *real* de la socialdemocracia habría residido según esto en los intereses económicos de esa capa de la aristocracia obrera, creada por la distribución de las migajas de superprovechos de burguesías imperialistas. Lo cual quería decir, *en el límite*, que la socialdemocracia no podía tener base real de masa; tanto más cuanto que, por el "catastrofismo economista", se aguardaba la contracción inminente de esos superprovechos y, así, de esa capa.

En cuanto a la influencia masiva fuera de esa capa, el Komintern, cuando no hacía caso omiso del fenómeno, lo trataba a la ligera, bajo el término de "ilusiones socialdemócratas" en la clase obrera. Bajo este término se ocultaba, y esto es lo importante, toda la subestimación del peso de los factores ideológicos. En efecto, el Komintern esperaba una ruina inminente de esas ilusiones socialdemócratas, bajo el peso de la virtud demostrativa de los propios "hechos", virtud demostrativa tanto más decisiva cuanto que el proceso de fascistización —verdad que se suponía deslumbradora— avanzaba. Las observaciones del género "los obreros se dan cada vez más cuenta por sí mismos" abundan, y se perpetúan además después del advenimiento del fascismo al poder, que se supone que había de "abrir los ojos" a las masas sobre sus ilusiones socialdemócratas.

Ahora bien, la socialdemocracia tiene en principio, a excepción a veces de los períodos revolucionarios, en una

formación capitalista, una base de masa permanente, si bien sometida a fluctuaciones muy importantes, y esto principalmente a causa de la influencia de la ideología burguesa, pero también pequeñoburguesa, sobre la clase obrera. No pudiendo la burguesía dominar únicamente por la represión física organizada, y no existiendo la ideología más que en las ideas, *el Estado burgués dispone en toda circunstancia de un aparato (o de aparatos) ideológico de Estado especialmente destinado a inculcar la ideología burguesa en el seno de la clase obrera.* Un partido de tipo socialdemócrata (más adelante se tratará del problema de los sindicatos) constituye un aparato semejante en las formas "normales" de Estado burgués.

Partido de tipo socialdemócrata: según la caracterización de Lenin en 1921, se trata de un "*partido obrero*" que sigue la *política de la burguesía* —"social-traidor"— en el seno de la clase obrera. La base de clase, una parte relativamente importante de los partidarios y militantes, y los escalones inferiores del aparato de este partido son, en gran medida, de origen obrero. Se distingue así de los *partidos burgueses de clientela obrera*, tales como, en la época, el Partido Popular (católico) en Italia, el Centro Católico en Alemania, etc. Por lo demás, este partido no es forzosamente la socialdemocracia misma: si ésta no desempeña ya ese papel —si está desacreditada—, otro habrá de ocupar inevitablemente su lugar.[14]

[14] A decir verdad, casi no hay más que el caso preciso de la SFIO en Francia, que constituya un problema en cuanto a la caracterización, en el sentido mencionado, de la socialdemocracia en la época como "*partido obrero*". Esto se debe: a) al caso particular de la tradición anarcosindicalista del movimiento obrero francés y a su desconfianza respecto de los "partidos", desconfianza que no se ha superado finalmente sino con el PCF, y bastante tardíamente; b) a la relación estrecha que se estableció, muy pronto, entre la SFIO y la pequeña burguesía francesa, por el camino oblicuo del "radicalismo jacobino". Había que subrayarlo, porque se ha sostenido a veces, especialmente por A. Kriegel (*Le pain et les roses*, 1968, p. 167), que sólo la socialdemocracia alemana fue de hecho un "partido obrero". Esto es falso, A. Kriegel se halla manifiestamente ofuscado por el caso francés, que conoce, y asimila a la SFIO las demás socialdemocracias europeas, a excepción de la alemana. Para los elementos que demuestran la tesis que sostengo, R. Michels, *The Political Parties*, reimpresión de 1966, pp. 254 ss; S. Neumann, ed., *Modern Political Parties*, 1966, etc. En fin, en cuanto a las *formas de organización* de los partidos de tipo socialdemócrata, difieren considerablemente de un partido a otro, de

Este partido constituye ese aparato en las formas "normales" de Estado burgués: a saber, en unas formas de Estado que corresponden a una política determinada de la burguesía respecto de la clase obrera, que va desde la "colaboración de clase" —este partido sostiene *abiertamente* al gobierno en el que participa— hasta aquel punto en que la política de la burguesía exige un aplastamiento característico de la clase obrera.

Porque, por otra parte, siendo este partido precisamente un partido de masa en la clase obrera, *la lucha de la clase obrera lo atraviesa necesariamente y lo afecta, de manera específica, también por la vía indirecta de las organizaciones —sindicatos— que dependen de él* (o de los que, a veces, depende él mismo). Este partido, a riesgo de perder su función institucional de la que depende su existencia, debe mantener su base de representatividad. Está obligado a cierta política de compromiso respecto de la clase obrera, política que es, en último análisis, la que puede admitir la burguesía, en esas formas de Estado y en esa política determinada. Por lo demás, no pueden evitarse en el seno de tal partido importantes deslizamientos entre los diversos grados, los jefes y la burocracia de sus funcionarios, las capas subalternas más cercanas a la masa, los militantes.

Dicho de otro modo, un partido de tipo socialdemócrata no puede ser utilizado por la burguesía en cualquier momento y de cualquier modo, como simple "instrumento" para todo uso, sino que se mantiene como una institución vinculada a una función social bien precisa.

En efecto, el fascismo constituye una forma particular de Estado y de régimen, correspondiente a una política determinada de la burguesía. Como tal, el fascismo corresponde a una reorganización del conjunto de los aparatos

una época a otra. Si bien estos partidos son, en su *conjunto*, mucho más *disciplinados y centralizados* que los "partidos burgueses", sus formas de organización oscilan entre un centralismo burocrático muy fuerte —Alemania, Austria— y un liberalismo relativo —Inglaterra. De hecho, y a causa de su línea política, casi no se puede hablar de forma de organización *típica* de los partidos socialdemócratas, de la manera en que se puede hablar, por ejemplo, de una forma de organización bolchevique. Respecto a esto, véanse los elementos comparativos concernientes a los partidos socialistas europeos en M. Duverger, *Les partis politiques*, 1964.

de Estado, incluidos los aparatos ideológicos de Estado. En esta reorganización, un partido de tipo socialdemócrata no sólo no puede tener lugar alguno, sino que debe incluso ser completamente destruido —lo que de hecho ocurrió—, a causa precisamente de su base de masa en la clase obrera, y en la medida en que la lucha de clases pasa por su medio; la política de la burguesía tiende en adelante al aniquilamiento de la clase obrera.

No quiere decir esto que, en este último caso, la represión física, masiva y organizada respecto de la clase obrera —que un partido de tipo socialdemócrata es incapaz de llevar a cabo— baste al dominio de la burguesía. Otros aparatos habrán de relevarlo en cierto modo. Entre otros, las organizaciones fascistas, organizaciones a pesar de todo, cuya base de masa y armazón de organización son precisamente "externas" a la clase obrera (pequeña burguesía), y cuyo papel ideológico es enteramente distinto del de un partido de tipo socialdemócrata.[15]

En fin, siempre en este contexto preciso, la tesis del "socialfascismo" ha connotado igualmente, para el Komintern, y en cuanto al período que precede el advenimiento del nacionalsocialismo al poder, el hecho siguiente: la socialdemocracia alemana —y también austriaca— era en la época un partido fuertemente centralizado, disciplinado y burocratizado, y lograba bloquear el impulso —reivindicativo y político— del movimiento obrero. Hubiera así ejercido sobre la masa obrera, sofocando la democracia socialista y las aspiraciones socialistas, una represión de "tipo" fascista, con "prácticas" y "métodos" fascistas.

Ahora bien, no se trata en absoluto de poner en duda el papel de la socialdemocracia, que es precisamente el de extraviar a las masas y reprimir la revolución. Sin embar-

[15] Hay que señalar que un partido socialdemócrata se extiende en sí mismo a la pequeña burguesía, pero que se utiliza en ella en cierto modo como *relé de trasmisión* de la ideología y de la política burguesa en el seno de la clase obrera. Sin embargo, en un partido de tipo socialdemócrata la importancia del elemento "pequeñoburgués" —importancia no sólo, ni incluso principalmente numérica, sino política, ideológica y de organización— presenta ciertos *límites*. Pasados estos límites, un partido de tipo socialdemócrata se convierte en un *partido burgués de clientela obrera*. Esta fue, particularmente, la vía de evolución que siguieron, con procesos diferentes, la mayoría de las socialdemocracias europeas, sobre todo después de la segunda guerra mundial.

go, es evidente que este papel no puede ser desempeñado, y de hecho no lo fue, de la misma manera que por el partido fascista, único punto de referencia riguroso para el examen de la tesis del socialfascismo. En efecto, las "prácticas" o los "métodos" no existen en el vacío, sino por relación con los aparatos que los sostienen: sus caracteres están impuestos por el de los aparatos. Este papel no fue desempeñado así de la misma manera por la socialdemocracia y por el partido fascista, ni en lo que concierne a la represión, en el sentido riguroso, del movimiento obrero, ni en lo que cocierne a las formas ideológicas, ni en fin en lo que concierne a las formas de organización.

Teniendo así en cuenta todas estas consideraciones, y para emplear los términos mismos de Stalin, no sólo socialdemocracia y partido fascista no "se completan", sino que efectivamente "se excluyen recíprocamente", en el sentido riguroso del término. *No pueden en absoluto ocupar el mismo lugar en una misma forma de Estado.*

4] La tesis del socialfascismo, considerada aquí desde el punto de vista de la estrategia de la burguesía, y en la alternativa según la cual la burguesía jugaría, al *mismo tiempo* y en el *mismo momento*, o la carta socialdemócrata o la carta fascista, o incluso las dos a la vez, supone un desconocimiento característico del proceso de fascistización y de la periodización en etapas y virajes, según la relación real de las fuerzas en la lucha de clases. No es, en efecto, por casualidad si esta concepción del socialfascismo, y de la identificación de la forma de Estado "democrático-parlamentario" y del Estado fascista, va acompañada de la concepción lineal del "proceso orgánico", que ignora enteramente el problema de la crisis política y del proceso de fascistización.

Lo que se advierte de hecho es que la burguesía jugó la carta, si se quiere, de la "colaboración de clase", *al final del período de estabilización y los comienzos del proceso de fascistización.* Esta carta, por lo demás, la jugó bien la propia socialdemocracia en el poder (caso alemán), bien los partidos políticos burgueses sin la participación directa de la socialdemocracia. O sea que esa carta coincidió con el viraje del proceso de derrota de la clase obrera, y la reanudación de la ofensiva por parte de la burguesía.

Pero esta política, en esas circunstancias determinadas, fracasó; no permitió a la burguesía ni la anulación de las conquistas económico-políticas de la clase obrera, ni, con mayor razón, un progreso decisivo en la explotación de las masas populares. En adelante, y a lo largo de todo el proceso de fascistización, no serían más que los representantes políticos del capital medio los que intentasen proseguir el juego. Sin embargo, y esto es importante, esos representantes políticos iban quedando aislados progresivamente, a la vez del gran capital y de sus propias fracciones de clase. En cuanto al gran capital, dejó de jugar en absoluto paralelamente, o al mismo tiempo, la carta de "colaboración de clases" —suponiendo que la jugara alguna vez—, pero se volvió de manera decisiva hacia la solución fascista. Esto aparece claro si no se está obnubilado por lo que ocurría en la escena política, y si se tiene en cuenta a la vez lo que oculta y la supresión del vínculo representantes-representados.

Ahora bien, ¿se puede deducir de este proceso una conclusión general sobre el proceso de fascistización, conclusión bastante extendida y que sería ésta: "socialdemocracia *primero*, fascismo *después*"? Creo que sería ir demasiado de prisa y que, a la vez, esta conclusión obedece, en cierta medida, a la concepción del fascismo como "última carta de la burguesía" —y hasta "confesión de debilidad de la burguesía"—, y prolonga la ilusión de una continuidad "orgánica" socialdemocracia-fascismo. En efecto, no parece seguro que el gran capital mismo haya sido partidario, en la época, de la carta socialdemócrata de colaboración de clase. Fue más bien una solución impuesta por el capital medio al gran capital, dictada más aún por la relación de fuerza gran capital/capital medio, que por la del gran capital y de la clase obrera. Porque, por otra parte, el viraje del proceso de fascistización ve acentuarse la derrota de la clase obrera y el paso a la ofensiva declarada del gran capital. En estas circunstancias, no parece que la socialdemocracia haya podido representar el medio adecuado para la realización de la política del gran capital.

Pero veamos lo que de ello pensaba Trotski, entre quienes combatieron más la tesis del "socialfascismo": [16] "En

[16] *L'Internationale communiste après Lénine*, pp. 216-7.

relación con estos problemas, se desarrolló una polémica sobre el fascismo igualmente desfigurada y descentrada. Explicaba la oposición que la burguesía no hace avanzar su respaldo fascista más que en el momento en que un peligro revolucionario inmediato amenaza las bases mismas de su régimen... En este sentido, el fascismo activo es un estado de guerra civil de la sociedad capitalista contra el proletariado que se insubordina. En cambio, la burguesía está obligada a hacer avanzar su respaldo de izquierda, la socialdemocracia, sobre todo en dos momentos: en los tiempos que preceden a la guerra civil con el fin de engañar, de apaciguar y de disgregar el proletariado, o bien después de una seria derrota de las grandes masas del pueblo, cuando, para restablecer el régimen normal, ha habido que movilizarlas en la vida parlamentaria, y con ellas a los obreros que no tienen ya confianza en la revolución. Para contradecir este análisis teóricamente indiscutible, que todo el curso de la lucha ha corroborado, la dirección de la Internacional Comunista aventuró una afirmación absurda y simplista sobre la *identidad* de la socialdemocracia y del fascismo. Partiendo del hecho indiscutible de que la socialdemocracia está tan ligada como el fascismo a las bases fundamentales de la sociedad burguesa y que se halla siempre dispuesta en el momento del peligro a hacer avanzar a sus Noske, la dirección de la Internacional Comunista suprimió de un trazo toda diferencia entre socialdemocracia y fascismo, borrando a la vez la distinción entre el período de guerra civil abierta y el período de 'normalización' de la lucha de clases".

De hecho, y a pesar de sus justas críticas del Komintern, este análisis de Trotski, que identificaba erróneamente fascismo y respuesta a un movimiento revolucionario y a una guerra civil declarada, dio como resultado la conclusión socialdemocracia *primero* —período de derrota del proletariado, "normalización"—, fascismo *después* —período de avance revolucionario consecutivo al período de derrota. Ahora bien, si los comienzos del proceso de fascistización coincidieron con el viraje en el proceso de derrota del proletariado, no hay sobre todo que perder de vista que, contra lo que pensaba Trotski, el proletariado no volvió a levantarse ya de esa derrota: la burguesía se comprometió en una ofensiva desde ese momento permanente.

Dicho de otro modo, se trata de las consecuencias de la derrota, no se trata en absoluto aquí de una situación en la que el gran capital quisiera hacer participar a las grandes masas en la "normalización" del régimen, ni, por lo demás, de una situación que precediera una guerra civil contra el proletariado en rebelión.

El carácter preciso del proceso de fascistización demuestra claramente que la socialdemocracia, utilizada por el gran capital durante los períodos precedentes, no era, o no era ya, el medio adecuado de su política, en el momento en que esa misma socialdemocracia contribuía, en Alemania y en Italia, a la carta de "colaboración de clase" durante el proceso de fascistización. Su empleo, *en esas circunstancias*, obedecía principalmente a las formas que habían revestido las contradicciones entre el gran capital y el capital medio.[17]

Todo esto no quiere decir, como es natural, que la política de la socialdemocracia no incurriera en graves responsabilidades respecto del fascismo a su advenimiento. Tanto más cuanto que su influencia de masa era considerable, lo cual obedece, además de los factores señalados, a la entrada en la defensiva del movimiento obrero, seguida, como siempre, de una recuperación de la socialdemocracia. Esta política de capitulación de la socialdemocracia era, aquí, típica de un partido de colaboración de clase, aunque no hubiera, propiamente hablando, colusión directa entre la socialdemocracia y el fascismo.

IV. LOS PARTIDOS COMUNISTAS Y SU POLÍTICA. LOS VIRAJES DEL KOMINTERN Y LA ESTRATEGIA DE LAS ALIANZAS

El proceso de fascistización y el advenimiento del fascismo al poder corresponden a una estrategia errónea del Partido Comunista italiano de una parte, y del Komintern y del Partido Comunista alemán de otra.

El punto esencial que examinaremos aquí concierne a la lucha contra el fascismo, cuya clave se encuentra en la *estrategia de las alianzas*. Y se tiene demasiada tendencia

[17] Véase igualmente más arriba, p. 100.

a asimilar, a tal respecto, la línea y la práctica del Partido Comunista italiano y las del partido alemán, bajo la característica de "ultraizquierda". Si bien es cierto que existen semejanzas y puntos comunes, no lo es menos que los dos casos difieren, entre otras cosas, en la medida en que se trata de una posición diferente, en ambos, del Komintern. En especial, la línea del Partido Comunista italiano era, en la época, contraria a la línea oficial del Komintern, y abiertamente combatida por ella, en tanto que la del partido alemán era su aplicación rigurosa. Por lo demás, el "izquierdismo" del PCI significaba una cosa muy distinta de la línea, reputada de "ultraizquierda", del Komintern en el caso del nacionalsocialismo.

En fin, existe a menudo la tendencia de estudiar abstractamente la línea de esos partidos, sin ver que se halla vinculada a toda una concepción errónea de las etapas y de los virajes de la lucha. Es solidaria de una apreciación errónea a la vez del carácter del período de los fascismos y del carácter de la etapa en el interior de la cual se aplica la línea de esta estrategia de alianzas.

Tomemos en primer lugar el caso italiano. El Komintern, con su III Congreso, levantó acta de un período de "estabilización" de la lucha de clases, lanzó la consigna "a las masas", y su ejecutivo adoptó, seis meses después, en diciembre de 1921, y en aplicación de esa consigna, las tesis sobre el *frente único*. Estas tesis, ratificadas por el I Plénum (febrero-marzo de 1922), por decisión del IV Congreso, y bajo el título de "Tesis sobre la unidad del frente proletario", se agregaron, en forma reducida, a las decisiones del IV Congreso. Señalemos que esas tesis fueron elaboradas *bajo la responsabilidad directa de Lenin*.

¿De qué se trata exactamente? Al levantar acta el Komintern, *a la vez* que de un viraje en la lucha de clases, de errores de tipo sectario durante el período precedente, y del peso de la socialdemocracia persistente a pesar de la escisión, concentró sus esfuerzos en la constitución de un frente único proletario. Frente único "en la base", ciertamente, implicando la independencia y la autonomía de los partidos comunistas en el seno de ese frente, y la participación fundamental de los comunistas en las organizaciones de base de la clase obrera, pero implicando igual-

mente cierta política respecto del partido socialdemócrata, deducida de cierta apreciación de ese partido.

Veamos más detalladamente:[18] "La táctica del frente único significa la participación de la vanguardia comunista en los combates cotidianos de las grandes masas obreras por sus intereses vitales necesarios... En esta ocasión, los comunistas se hallan especialmente dispuestos a discutir con los jefes traidores socialdemócratas... La existencia de partidos comunistas independientes y su libertad de acción completa respecto de la burguesía y de la socialdemocracia contrarrevolucionaria constituyen la conquista histórica más importante del proletariado, que los comunistas no pueden abandonar en ningún caso... La táctica del frente único no significa en ningún caso 'combinaciones electorales' de las cimas, persiguiendo un fin parlamentario. La táctica del frente único es el ofrecimiento del combate común de los comunistas a todos los trabajadores que pertenecen a otros partidos o grupos... El verdadero éxito del frente único se desarrolla desde la base, desde los fondos de la propia masa obrera. Pero los comunistas no pueden renunciar a entenderse, en condiciones determinadas, igualmente con las cimas de los *partidos obreros* (socialdemócratas o pertenecientes a la Internacional 2 ½) que les son opuestos. Las masas deben estar informadas constantemente y por entero de la prosecución de estas negociaciones..."

Si tales son las tesis sobre el frente único, derivadas directamente de la consigna leninista "a las masas", el IV Congreso y la política inmediatamente ulterior del Komintern marcaron un cambio, ya se ha visto, con la consigna de los gobiernos obreros —*Arbeiterregierungen*—, es decir, de gobiernos de alianza comunistas socialdemócratas, con fines determinados: "Semejante gobierno obrero es posible únicamente cuando ha surgido de las luchas de masa y se apoya sobre órganos obreros de combate... Las tareas elementales de un gobierno obrero deben ser armar a la clase obrera, desarmar a las organizaciones burguesas y contrarrevolucionarias... Incluso un gobierno obrero que surge de una coalición parlamentaria, que tiene así un origen puramente parlamentario, puede constituir la

[18] Tesis citadas según *Die Taktik der Kom. Internationale gegen die Offensive des Kapitals*, Hamburgo, 1922.

ocasión de un avance del movimiento revolucionario. No hay que decir que el nacimiento de un verdadero gobierno obrero y su mantenimiento en el poder, prosiguiendo una política revolucionaria, conducirá a una lucha extremadamente aguda, y eventualmente a la guerra civil con la burguesía. . . "[19]

Sabido es lo que hay que pensar de esto, y Dimitrov trató de puntualizar las cosas. De todos modos, habría que atenerse aquí principalmente a las primeras tesis sobre el frente único, por lo demás directamente relativas a la política del Partido Comunista italiano.

En cuanto al período del Komintern que se extiende entre el IV Congreso (1922-1923) y el VI Congreso (1928), no nos detendremos en él, ya que no interesa directamente a los procesos de fascistización. Señalemos simplemente que se caracteriza por una gran *confusión* en lo que concierne a la cuestión de las alianzas, lo cual se debe, por lo demás, a las caracterizaciones alternativas que hace el Komintern de las etapas.

En el V Congreso, viraje "ultraizquierdista", no se habla de la "estabilización", y cambia la posición en lo que concierne a los gobiernos obreros. Y mientras que éstos, para el IV Congreso, se consideraban como una "etapa" hacia la dictadura del proletariado por la revolución, el V Congreso —el de la "bolchevización"— los identifica con la dictadura del proletariado, indicando con ello que no podrían preceder la revolución constituyendo una etapa particular, lo cual equivale prácticamente al rechazo de la tesis de los gobiernos obreros. Las tesis sobre el frente único se mantienen en apariencia intactas, pero (y esto acompaña la primera aparición de la tesis del socialfascismo) se precisa que ese frente único "no es otra cosa que un método revolucionario de agitación y de movilización de las masas", y que "su objetivo principal consiste en la lucha contra los jefes de la socialdemocracia contrarrevolucionaria".

El V Plénum (1925), que admitió la estabilización, volvió a la política de los contactos en la cima, y el Komintern hizo una lucha intensa contra los dirigentes de izquierda de los PC admitidos en el V Congreso.

[19] Véase ahora este acuerdo en *Les quatre premiers congrès*. . . , Maspero, *op. cit.*, p. 158.

Con el VI Congreso del Komintern (1928) tuvo lugar el viraje decisivo.[20] Se asistió, en el momento mismo en que acababa de iniciarse en Alemania la etapa defensiva del movimiento obrero, marcada por los comienzos del proceso de fascistización, a la caracterización, impuesta por el "catastrofismo economista", del término de la "estabilización" como etapa de ofensiva del proletariado y de la revolución inminente. Se preconiza abiertamente la "estrategia ofensiva". Se emite la tesis del socialfascismo y, en la estrategia de las alianzas, se toma el viraje de "clase contra clase" y del "frente único en la base".

Ahora bien, hablando el III *Congreso igualmente de frente único en la base, la diferencia reside aquí en la política concreta del Komintern y del* PCA respecto de la socialdemocracia y de las masas que siguen a las organizaciones socialdemócratas: "Es cosa clara que con los socialfascistas no puede haber unidad".[21] "Los socialfascistas saben que en cuanto a nosotros no hay ninguna colaboración posible... Ningún comunista comparte la ilusión de que el fascismo pueda ser combatido con ayuda del socialfascismo".[22]

Esta línea no se aplicó, por lo demás, en modo alguno únicamente a las cimas del Partido Socialista: "Expulsad a los socialfascistas de sus funciones en las empresas y los sindicatos"; "Expulsad a los pequeños socialfascistas de las empresas, de las agencias de colocación, de las escuelas de aprendizaje"; "Golpead a los socialfascistas en las escuelas y en los lugares de recreo".[23]

El ala "izquierda" de la socialdemocracia se consideraba, por lo demás, como el enemigo más peligroso: "El avance

[20] A decir verdad, no se trata, desde el punto de vista *cronológico*, de un viraje *puntual* correspondiente al VI Congreso. Los primeros signos del viraje pueden descubrirse en el VIII Plénum, 1927: la corriente de izquierda de la socialdemocracia la consideran más peligrosa los comunistas que la corriente de derecha. Los mismos Acuerdos del VI Congreso contienen todavía el resto de un compromiso, relativo y muy precario, entre las posiciones de Stalin y las de Bujarin. El viraje no se precisa sino con el X Plénum de 1929.

[21] H. Remmele, en *Die Internationale*, marzo de 1930.

[22] *Rote Fahne*, marzo de 1931.

[23] Por lo demás, cuando la *Rote Fahne* del 8 de junio de 1932 aplicó, a causa de la política del "Frente Antifascista", esta caracterización únicamente a los "círculos dirigentes" del PSA, fue denunciada por *Die Internationale* (t. XV, p. 274) por "*desviación oportunista*".

del movimiento revolucionario... impone al Komintern y a sus secciones la intensificación decisiva de la lucha contra la socialdemocracia y en particular contra su ala 'izquierda', ala que constituye el enemigo más peligroso del comunismo y el obstáculo principal al avance de la actividad combativa de la clase obrera..." [24]

En cuanto a las masas socialdemócratas, reveladora, bajo su forma, es la expresión de Thälmann: "...En tanto no se hallen libres de la influencia de los socialfascistas, esos millones de obreros del [PSA y del ADGB] *están perdidos para la lucha antifascista*".[25]

Y, naturalmente, esta estrategia iba acompañada de la concepción del *enemigo principal*, que no era el fascismo sino la socialdemocracia, cuya derrota era la *premisa*, y esto en el sentido cronológico también, de una victoria sobre el fascismo: "Porque los nacionalsocialistas han podido obtener un importante éxito electoral, hay camaradas que subestiman la importancia de nuestra lucha contra el socialfascismo... En esto se expresan indudablemente los indicios de una desviación de nuestra línea política que impone el deber de dirigir el golpe principal contra el PSA... *Todas las fuerzas del partido deben ser empleadas en la lucha contra la socialdemocracia*".[26] "Pero el problema más importante para nuestra lucha contra el nacionalsocialismo... es el problema de una estrategia revolucionaria justa que, de acuerdo con las decisiones del IX Plénum, dirija el golpe principal contra la socialdemocracia..., premisa para la victoria sobre el fascismo hitleriano." [27]

Y en fin, ante la proximidad deslumbradora ya del peligro fascista, en septiembre de 1932, en el discurso de clausura del XII Plénum, Thälmann: "En el estadio actual

[24] Acuerdo del X Plénum (1929), en *Protokoll, 10. Plenum der E. K. der K. I.*, p. 897.

[25] En *Die Internationale*, junio de 1932.

[26] *Ibid.*, julio de 1931.

[27] Hirsch, en *Die Internationale*, enero de 1932. Hay que advertir en fin que hasta el XI Plénum de 1931 no comienzan a elevarse voces contra los "excesos" de la concepción del "enemigo principal". Durante este Plénum, apuntan notas de escepticismo en cuanto a la inminencia de la revolución. El propio Manuilski admitía que el fascismo "es una de las formas de la ofensiva del capital" y que "el enemigo principal para la clase obrera sigue siendo la burguesía". Pero todo esto no tuvo continuación alguna.

de fascistización progresiva, toda atenuación de nuestra lucha contra la socialdemocracia se convierte... en un grave error".

Toda orientación condujo a resultados desastrosos. Pero sería preciso subrayar desde ahora que, bajo esta terminología radical, el PCA estaba muy lejos de hacer una lucha ultrasigente, aunque "sectaria", contra el fascismo y por la revolución. Y no es que no hiciera la lucha implacable preconizada contra la socialdemocracia: *en todo rigor incluso, no hacía otra cosa.*

De hecho, algo muy importante se realizó progresivamente, durante este mismo período, en el seno del Komintern, localizable precisamente en el caso alemán, que constituyó en la época, para el Komintern, el "tubo de ensayo" de su estrategia. Los rasgos distintivos mismos de virajes "*izquierda-derecha*" comenzaban ya a confundirse, en el sentido de que ciertos aspectos que habrían de caracterizar, de manera señalada y abierta, el VII Congreso de Dimitrov, se desarrollaron durante el período mismo 1928-1935. Dicho de otro modo, todo ocurría como si la relación entre el VI Congreso y el VII Congreso de Dimitrov fuera totalmente distinta de la clásica, de un simple "*balancín*" (oportunismo de izquierda-oportunismo de derecha) manifestando las *dos* caras simétricamente opuestas de una misma línea general errónea; esquema que, *en cierta* medida, y a un primer nivel, es válido para el período del Komintern antes del VI Congreso.

En efecto, después de 1928, tal esquema no es ya adecuado: esa misma línea general se afirma cada vez más, pese a las apariencias, a través de *una identidad de efectos concretos;* esos efectos, que se manifiestan con, y después de Dimitrov, son claramente localizables en el período reputado de "ultraizquierda". Especialmente, en lo que concierne al PCA, su verbalismo radical sólo iguala su fe triunfal, durante ese mismo período, en la lucha electoral-parlamentaria, y su socialchauvinismo —dejando aparte la cuestión de la "defensa de la URSS"— pronunciado. Signo importante e impresionante de ello: su "ultraizquierdismo" es totalmente distinto del que profesa el partido italiano durante el proceso de fascistización en Italia o de su propio izquierdismo del período 1920-1922.

Todo esto va incluso tan lejos que ya no se puede, en la periodización del Komintern después de 1928, tomar como puntos de referencia los mismos indicios que antes. Pero, en cambio, esto no significa, como podría creerse, que el VII Congreso (1935), cuyas premisas se pueden localizar desde 1934, no constituya un *momento importante* para el Komintern. Todavía hay que precisar: 1935 no es un "viraje" *en el mismo sentido* que los que se pueden localizar antes de 1928 en el Komintern; entre otras razones, y a un primer nivel, porque 1935 no es, propiamente hablando, una "*media vuelta*" respecto de 1918, es decir, una cara *efectivamente distinta* de una misma moneda. Pero, inversamente, tampoco se puede considerar 1935 como la *simple continuidad* de 1928, limitándose únicamente a acentuar los rasgos de un mismo rostro que marcarían, a través de una "progresión" continua, las manifestaciones concretas de la línea general del Komintern: si bien va en este segundo sentido, no deja por ello de desdibujarse, y de una manera importante.[28]

En primer lugar, respecto de la cuestión de las alianzas, el VII Congreso tuvo dos partes: las concernientes al *frente único proletario* y al *frente popular antifascista*.

La primera corrigió "errores" del período precedente, y pareció volver en lo esencial a las tesis del frente único de 1921-1922: [29] "Los comunistas, evidentemente, no pue-

[28] Trataré de aclarar las posiciones que expongo aquí refiriéndome a lo que ocurría realmente en la URSS durante ese período, en el Apéndice de este capítulo. Señalaré ya, sin embargo, que Trotski, a causa de su propia concepción de lo que ocurría en la URSS, trató de exponer la relación entre 1928 y 1935 de dos modos aparentemente contradictorios y que, después de todo, no me parecen precisamente exactos: a) está tentado de interpretar esa relación 1928 y 1935 según el esquema del balancín "oportunismo de izquierda-oportunismo de derecha" (los "zigzagueos burocráticos"); b) está paralelamente tentado por la explicación de que nada esencial ocurrió después de 1928.

[29] Hay que advertir, sin embargo, que, frente a las reacciones extremadamente violentas que provocó, en el seno de los partidos comunistas europeos, la victoria de Hitler y la estrategia del PCA, el ejecutivo del Komintern, en un acuerdo del 5 de marzo de 1933 (en respuesta, por lo demás, a un llamamiento a la lucha común contra el fascismo de la Internacional Socialista, del 19 de febrero), dio un primer paso en el sentido de Dimitrov, a propósito del frente único proletario. El ejecutivo recomendaba los contactos con los comités centrales socialdemó-

deben y no deben, en el espacio de un minuto, renunciar a su trabajo independiente en materia de educación comunista, de organización y de movilización de masa. Con todo, a fin de abrir de manera segura a los obreros la vía de la unidad de acción, es necesario, al mismo tiempo, trabajar en la realización de los acuerdos tanto de breve como de larga duración sobre las acciones que acometer en común con los partidos socialdemócratas, los sindicatos reformistas y las demás organizaciones de trabajadores contra los enemigos de clase del proletariado... La lucha por el establecimiento del frente único suscita aún otro problema, muy importante, el del frente único en los países en los que hay en el poder gobiernos socialdemócratas o gobiernos de coalición con participación socialista... Como ida es nuestra actitud absolutamente negativa respecto de los gobiernos socialdemócratas, que son gobiernos de conciliación con la burguesía. No obstante, no consideramos la presencia de un gobierno socialdemócrata o de una coalición... como un obstáculo insuperable para el establecimiento del frente único con los socialdemócratas sobre cuestiones determinadas. Estimamos que, igualmente en este caso, el frente único es perfectamente posible e indispensable..." [30]

Por lo demás, esta política respecto de los partidos y de las organizaciones socialdemócratas no bastaba: "Este pacto es un medio auxiliar de realizar acciones comunes; pero, por sí mismo, no es todavía el frente único... Los comunistas y todos los obreros revolucionarios deben trabajar en la creación de organismos de clase al margen del partido del frente único, en las empresas, entre los sin trabajo, en los barrios obreros, entre la gente modesta de las ciudades y en los pueblos..." [31]

cuatas, en *ciertos países*, a causa de *sus condiciones particulares*, con miras a *acciones comunes* contra el fascismo. Durante el tiempo de estas acciones "el ejecutivo considera como posible recomendar a los partidos comunistas reprimir los ataques contra las organizaciones socialdemócratas" (texto citado por J. Degras, *The Communist International 1919-1943: Documents*, t. III, p. 253). Pero, de hecho, el XIII Plénum de noviembre-diciembre de 1933 *vuelve* por completo a la táctica del momento. Los primeros signos reales del viraje de 1935 no se dejaron sentir hasta 1934 (véase también D. Desanti, *L'Internationale Communiste*, op. cit., p. 205).

[30] Dimitrov, *Œuvres choisies*, pp. 64, 80.

[31] *Ibid.*, p. 65.

Esto a propósito del frente único proletario. Pero vengamos al *frente popular antifascista*, directamente ligado al reconocimiento del peligro fascista, al admitir Dimitrov tácitamente que el proceso de fascistización correspondía a una etapa defensiva del movimiento obrero. Cito íntegramente el pasaje esencial que a ello se refiere:

"En la obra de movilización de las masas trabajadoras para la lucha contra el fascismo, una tarea particularmente importante consiste en crear un amplio frente popular antifascista sobre la base del frente único proletario. El éxito de toda la lucha del proletariado se halla estrechamente vinculado al establecimiento de una alianza de combate con el campesinado trabajador y la masa fundamental de la pequeña burguesía urbana... Al crearse el frente popular antifascista, es de gran importancia abordar de una manera justa las organizaciones y los partidos en que militan en número considerable esas masas. En los países capitalistas, la mayoría de esos partidos y de esas organizaciones, tanto políticas como económicas, se encuentran aún bajo la influencia de la burguesía y continúan siguiéndola. La composición de esos partidos y de esas organizaciones no es homogénea. Se encuentran en ellos kulaks de importancia al lado de campesinos sin tierras, grandes negociantes al lado de modestos tenderos; pero la dirección pertenece a los primeros, a los agentes del gran capital. Esto nos obliga a abordar de manera diferente esas organizaciones, teniendo en cuenta el hecho de que, muy a menudo, la masa de los partidarios no conoce la fisonomía política real de su dirección. En circunstancias determinadas, podemos y debemos orientar nuestros esfuerzos para atraer, pese a su dirección burguesa, a esos partidos y a esas organizaciones, o algunas de sus partes, a las filas del frente popular antifascista. Tal es, por ejemplo, la situación actual en Francia con el partido radical..." [32]

Finalmente, ese congreso aconsejaba la participación de los comunistas —con ciertas condiciones— en gobiernos de lucha contra el fascismo.

Ahora bien, efectivamente, estas tesis constituyen una etapa importante en el Komintern, si bien es preciso dis-

[32] *Ibid.*, pp. 66-7.

tinguir lo que aparece en ese momento en Dimitrov, la aplicación práctica que se hizo de esas directivas, y su evolución ulterior. En las tesis mismas, lo que parece importante es:

a) la definición que da, por lo demás, Dimitrov a la *base de clase* misma del fascismo, la cual estrecha de manera decisiva, y que abrirá el camino a las alianzas antifascistas más amplias con la burguesía liberal; [33]

b) el hecho de que, aunque se diga que el "frente popular" debe fundarse "sobre la base" del frente único, Dimitrov atribuye una importancia mucho mayor al frente popular, que parece en él *dominar* el frente único proletario;

c) la poca importancia que concede Dimitrov al trabajo de masa propio de los comunistas en el campesinado y en la pequeña burguesía: si bien los comunistas deben hacer su trabajo propio en las masas obreras socialdemócratas, todo ocurre como si al campesinado y a la pequeña burguesía hubiera, *ante todo y principalmente*, que acercarse por la vía de sus "partidos propios" que, si no existieran, sería preciso inventar;

d) el énfasis oficial y pronunciado sobre el aspecto "nacional" de la política comunista.

Acaso sea inútil seguir adelante. Pero sabido es que, "revisadas" y "corregidas", estas tesis dominan aún, actualmente, la política de los cárteles electorales frontistas de los PC nacionales. Indudablemente, queda aún camino por recorrer para llegar a eso: sería falso creer que Dimitrov es la actualidad. Pero el camino estaba ya abierto por completo.

[33] Tanto que, si se ahonda aquí un poco más, se podría fácilmente comprobar lo que digo más arriba a propósito de la relación entre 1928 y 1935. En primer lugar, la escalada teórica de restricción progresiva de la base de clase del fascismo, comenzada mucho antes de 1928, no fue interrumpida por el VI Congreso "de ultraizquierda"; para ese congreso, sólo el "gran capital financiero" constituye esa base. Después, y esto es sobre todo lo que importa en cuanto a la relación 1928 y 1935, la definición de Dimitrov, que reduce todavía esta base a los elementos "más reaccionarios, más chauvinistas, más imperialistas" del gran capital, pieza esencial del "viraje" Dimitrov, aparece ya *tal* como es *en los acuerdos del* XIII *Plénum del Komintern, noviembre-diciembre de 1933*, es decir, todavía en pleno período reputado de "ultraizquierda" (véase el Acuerdo del XIII Plénum en *Der Faschismus in Deutschland*, *op. cit.*, p. 227).

V. LAS ORGANIZACIONES FASCISTAS, EL FASCISMO Y LA CLASE OBRERA. SITUACIÓN REAL DE LA CLASE OBRERA BAJO EL FASCISMO

En fin, la última cuestión concierne a las relaciones efectivas del fascismo y de la clase obrera. A este respecto, el papel del partido fascista y del fascismo en el poder es doble: represión física organizada de una parte, función ideológica de otra; la política compleja del fascismo para con la clase obrera asegura la unión entre los dos.

En lo que concierne a la represión física, bastante conocida, no hay gran cosa que decir, sino quizá esto: mientras que, en el caso de los "cuerpos francos" y de los "guardias blancos", esta represión aparece en cierto modo en estado natural y desnudo, a lo largo de todo el proceso de fascistización, durante el cual se organiza el fascismo en movimiento político de masa, se halla sometida a la función ideológica del fascismo. Esta función, por lo demás, no cesa nunca, ni aun después de la subida del fascismo al poder.

Teniendo la función ideológica los mismos objetivos que la represión, se ejerce por la vía indirecta del "anticapitalismo" pequeñoburgués de la ideología fascista. Sin embargo, no llega a ser realmente eficaz en la clase obrera sino cuando se incorpora ciertos "temas" auténticamente "proletarios", lo cual fue esencialmente el caso del ala izquierdista del fascismo. A lo largo de todo el proceso de fascistización, ese lado *obrerista* de la ideología fascista (que, por lo demás, no escapó a los análisis del Komintern) fue muy señalado. Ese aspecto de la ideología fascista, que persistió de manera vigorosa durante el primer período del fascismo en el poder, declinó durante el período de su estabilización, en el que se manifestó el aspecto propiamente "pequeñoburgués" bajo la forma de la *ideología corporativista*.

Incluso aquí, las cosas son más complicadas de lo que parecen. En efecto, la ideología corporativista del fascismo establecido parece presentar varios aspectos:

a) el de residuos auténticos de la *ideología feudal*, de una "comunidad" mística de vínculos personales que ocultan la explotación y la opresión de clase, aspecto puesto en evidencia por el fascismo en el campo;

b) aquel, analizado por Marx y Engels, que deriva de las "ilusiones", suscitadas por las condiciones de vida, de los pequeños productores del período de la manufactura. Ilusiones falansterianas de la época de los gremios o las corporaciones que constituyen una de las formas típicas de la ideología de la pequeña burguesía, en su nostalgia de un pasado mítico, frente a la amenaza de su proletarización; aspecto que el fascismo ha utilizado como señuelo para la pequeña burguesía, pero también para la clase obrera;

c) aquel de tipo *reformista, de colaboración de clase*, es decir, el de un acuerdo entre representantes de "copartícipes iguales" en el seno de instituciones de un "Estado árbitro", aspecto de que carece por completo la ideología corporativista fascista;

d) pero hay más: la ideología corporativista puede, en ciertas circunstancias y bajo una forma desviada, expresar "aspiraciones proletarias", por lo demás auténticas. Bajo la ilusión de la "fábrica" como célula económica cerrada al mundo de la autoridad política, este corporativismo expresa la aspiración de una conquista del poder y de una eliminación de la autoridad, de la propiedad y de la dirección. El corporativismo adquiere aquí el sentido de un procedimiento con el que se hace entrar en razón al poder y a la autoridad, por medio de un control obrero en el seno de una organización en la que la masa obrera impondría su voluntad al patronato. Concepción que, en este aspecto, enlaza directamente con la tradición del sindicalismo revolucionario; se encuentra en Proudhon, aportando su caución a los proyectos "corporativistas" de Napoleón III, un precedente ilustre. Ahora bien, este aspecto corporativista particular se halla siempre presente en la ideología del "ala izquierdista" del fascismo; si bien los dirigentes fascistas y nacionalsocialistas son extremadamente prudentes en el empleo de tal arma de doble filo, como es la explotación "obrerista" de los temas corporativistas.

Este papel del fascismo lo condujo, por lo demás, a una política particular respecto de la clase obrera. Durante el proceso de fascistización, las organizaciones fascistas no se presentaban pura y simplemente como organizaciones "amarillas", pandillas de represión y rompehuelgas. Sin dejar de entregarse a ataques sistemáticos contra las or-

ganizaciones de la clase obrera, principalmente las organizaciones políticas, y sin dejar de oponerse a las huelgas que caracterizaba como "políticas", el fascismo tomaba parte en los combates de la clase obrera. Sostenía, y a veces organizaba incluso, huelgas reivindicativas duras.

No hay duda alguna de que esto obedecía principalmente a una táctica impuesta por el papel ideológico del fascismo. Sin embargo, tal táctica derivaba igualmente, en cierta medida, del apoyo popular que se había asegurado el fascismo. Sin que pudiera decirse que el fascismo hubiera ganado jamás una base real de masa en la clase obrera, había logrado, no obstante, implantarse en ella, lo cual siempre lo reconoció el Komintern.

En fin, el fascismo en el poder, paralelamente a la represión física organizada, neutralizó el conjunto de la clase obrera por medio de toda una reorganización de los aparatos ideológicos de Estado, que habremos de analizar con ocasión del examen del "Estado fascista". El resultado buscado y obtenido era la explotación considerablemente acrecentada, bajo varias formas, de la clase obrera.

Sin embargo, aquí también es preciso ir más lejos, ya que los factores ideológicos no bastan por sí solos para explicar esta neutralización de la clase obrera. Ante todo, no hay que olvidar que el fascismo logró efectivamente la reabsorción del paro, elemento que jugó indiscutiblemente en esa neutralización. Además, la clase obrera no fue, desde el punto de vista de la explotación económica, más que *una* de las víctimas del fascismo, y todavía, en su conjunto, no fue *la principal*. El campesinado pobre del campo y hasta la pequeña burguesía, la de los asalariados no productivos —empleados, etc.—, sufrieron todavía más que la clase obrera desde el punto de vista de la explotación económica, en relación con la situación que precedió. Paralelamente, el incremento de la explotación de la clase obrera fue principalmente *relativa*, es decir, habida cuenta del aumento de las ganancias: no fue *absoluta*.

En fin, esta política de explotación acrecentada de la clase obrera se llevó a cabo, no sin frecuentes reticencias del gran capital, según un plan calculado de *progresividad* y de *división*. El caso es claro en cuanto al primer período del fascismo en el poder, el de los "compromisos económi-

[illegible] en cierto modo impuestos al gran capital, durante el período de destrucción de las organizaciones de la clase obrera. Esta política habría de proseguirse principalmente por la creación sistemática de "categorías privilegiadas" de obreros respecto de la masa de la clase obrera.

2

ALEMANIA

I. EL PROCESO DE DERROTA, LA DEFENSIVA Y LA CRISIS POLÍTICO-IDEOLÓGICA

En Alemania el proceso sigue unas etapas y unos virajes que aquí no hago más que mencionar.[1]

—1918-1919. Fracaso de la revolución alemana y derrota de los militantes espartaquistas. Sin embargo, dado el carácter del enfrentamiento, que no había tomado la forma de una guerra civil general, las fuerzas revolucionarias estuvieron muy lejos de quedar eliminadas, y la clase obrera de ser aplastada. La única excepción fue Baviera, donde después de la derrota (mayo de 1919) de la única "República de los Soviets" abiertamente instaurada, hubo centenares de ejecuciones, y la contrarrevolución se instaló definitivamente.

—Marzo de 1920. Putsch de Kapp, que lograron hacer fracasar la clase obrera y las fuerzas populares, movilizadas en huelga general, decretada por los socialistas independientes y la izquierda socialdemócrata organizados en comité común, a los cuales se incorporó el PCA (Spartakusbund).[2] Sin embargo, si se consideran las condiciones en que terminó el putsch, se puede hablar de un fracaso relativo de la clase obrera, ya que su victoria quedó sin explotar. Promoción de von Seekt que había rechazado el apoyo de la Reichswehr para prevenir y combatir el putsch, amnistía general rápidamente votada para los sediciosos, ne-

[1] Para el período 1920-1923 en Alemania, véase también D. Desanti, *L'Internationale communiste*, 1970.

[2] Por otra parte la actitud del PCA, aún en pleno "infantilismo de izquierda", ante el putsch de Kapp, es muy equívoco. El primer día del putsch, el 13 de marzo, la *Zentrale* del PCA se negó "a levantar un solo dedo para defender la república burguesa" y no se unió a la acción hasta el día siguiente, en vista del éxito de la huelga y la presión de las masas.

gativa de una reforma del ejército: el gran vencedor de la situación fue de hecho la Reichswehr. El comité de huelga, bajo la dirección del socialista Legien, intentó formar un gobierno obrero. Pero éste no logró otra cosa que la salida de Noske. A consecuencia de estos acontecimientos, levantamiento de los obreros del Ruhr, rápidamente aplastado por la Reichswehr. Escisión de los elementos de ultraizquierda del Spartakusbund, que crean el Partido Obrero Comunista alemán (KAPD). En diciembre de 1920, tuvo lugar la fusión de los espartaquistas y de los socialistas independientes. *El* PCA *se convirtió en un partido de masa*, pasando el número de sus afiliados de 80 000 a 350 000.

1921. Serie de tentativas "putschistas" en Prusia por el PCA cayendo probablemente en provocaciones policiacas. Sublevación militar en Mansfeld bajo la dirección de M. Holz. Los sublevados sucumbieron al cabo de una semana de luchas heroicas. El llamamiento a la insurrección abierta del CC del PCA del 16 de marzo, y el llamamiento a la huelga general de insurrección publicado en la *Rote Fahne* del 28 de marzo no fueron seguidos. Fue el desastre para el PCA. Lenin, en una larga carta dirigida, el 14 de agosto de 1921, a los comunistas alemanes, escribía a tal respecto: "El odio de los oportunistas de la socialdemocracia empujó a los obreros alemanes a levantamientos prematuros..."[3] A consecuencia de este fracaso, el número de los afiliados del PCA cayó de 350 000 a 180 000. El Komintern juzgó severamente, en el III Congreso, este "putschismo" del PCA.

—1923. *El gran viraje.* Recordemos que, antes, había tenido lugar (1922-1923) el IV Congreso del Komintern, que daba ya una interpretación economista de la "estabilización", identificándola a una "defensiva" de la clase obrera, y lanzaba la consigna de gobiernos obreros. Fundado en esta consigna, el PCA, que mientras tanto no había intentado jamás realizar el frente único en la base, dio media vuelta hacia una política de derecha, bajo Brandler y Thalheimer, saltando en cierto modo por encima del frente único a las alianzas parlamentarias en la cima solamente. En el Congreso del PCA de enero de

[3] Lenin, *Œuvres complètes*, Éd. Sociales, t. XXXII, p. 545.

1923, en Leipzig, sobre la cuestión de la acción de masa y la de la alianza de la clase obrera y del campesinado pobre no se dijo nada, cuando el "gobierno obrero" con los socialdemócratas estaba formado en Sajonia y en Turingia. Radek, que advirtió, sin embargo, la necesidad de una alianza con la pequeña burguesía, preconizó realizarla explotando su "nacionalismo" y por medio de acuerdos con la corriente de extrema derecha del "nacionalbolchevismo". Tal fue la famosa *línea Schlageter*.[4]

Ahora bien, en julio de 1923, ocurrió, con la inflación, el fracaso de la resistencia pasiva en el Ruhr, la política reaccionaria gubernamental (Cuno), etc., en una situación de crisis abierta. La influencia del PCA en la clase obrera aumentó en relación con la de la socialdemocracia.

¿Se trataba de una situación objetivamente revolucionaria? Las opiniones están divididas. Para A. Rosenberg,[5] la situación era semejante en la primavera y en el verano de 1923, pero las condiciones cambiaron después. La resistencia pasiva había cesado ya en otoño, con la política de la burguesía francesa relativa al Ruhr. Corriendo

[4] A propósito de esta *línea Schlageter*, hay que tener bien en cuenta que su aberración, que aparece *retrospectivamente*, no estaba *en la* época allí donde se la cree. En efecto, el acuerdo del Plénum de junio de 1923, en que apareció esta línea, insistía en la necesidad primordial de *una lucha intensa y activa, sobre el plano internacional, contra el fascismo*. Pero ese Plénum consideró: a) que el fascismo, según la concepción de sus "contradicciones internas", estaba compuesto de "*dos alas*", una "vendida" al gran capital, y otra compuesta de elementos "revolucionarios y nacionalistas", de pequeñoburgueses "extraviados" que era preciso en absoluto ganarse para la revolución; b) el "fascismo" en Alemania se esperaba en la época del lado del ejército y de von Seekt, que no se hallaban aún en colusión directa con el nacionalsocialismo; von Seekt había eliminado además el putsch de Hitler en Baviera. Y, efectivamente, las cosas no estaban todavía claras en cuanto a la corriente "nacionalbolchevista" en la época, en Alemania. Pero es, por lo demás, donde está la cuestión de la *línea Schlageter*, más exactamente, en el viraje "*socialchauvinista*" que toma el PCA, al explotar, de manera decididamente *nacionalista*, la agitación contra el *tratado de Versalles*, con el fin de ganarse a los "pequeñoburgueses nacionalistas". El elemento capital a este respecto es que tal viraje chauvinista *no despertó ninguna reacción en el seno del Plénum del Komintern*. Descúbrese incluso que no se había explotado bastante hasta entonces la agitación contra el tratado. Y es cierto que Lenin, que había calificado este tratado de "el acto de bandidaje más monstruoso" de la historia, *no se prestó jamas*, y con razón, a una explotación socialchauvinista del problema.

[5] Rosenberg, *Geschichte der Weimarer Republik*, 1961, pp. 125 ss.

su socorro de su hermana alemana, autorizaba la intervención de la policía alemana; la obra de recuperación financiera de Stresemann había comenzado ya. De la misma opinión que Rosenberg es Radek, delegado del Komintern en Alemania: "Hemos dejado pasar una situación histórica tan favorable como jamás la hubo". Para Trotski, se trata de una situación revolucionaria a lo largo de todo el período que va de julio a noviembre. Para Thälmann y Stalin, la situación revolucionaria no se creó hasta el otoño de 1923. Para Badia[6] y E. H. Carr,[7] que refutan los argumentos de Thälmann y de Stalin en cuanto a la diferencia de la situación en primavera/verano y en otoño, no hubo, en ningún momento del año, situación objetivamente revolucionaria. De todos modos, se trataba de una situación de crisis abierta; había en ella posibilidades objetivas seguras de una acción de masa y de victorias para la clase obrera, sin llegar eventualmente hasta la toma directa del poder.

Ahora bien, el PCA, que arrastraba a la clase obrera, capituló sin librar la batalla. Los comunistas de la tendencia de izquierda, del Ruhr, lanzaron un combate aislado en abril. Fueron aplastados por la policía alemana, sostenida por las fuerzas de ocupación francesa, una semana más tarde, y los desautorizó el comité central. El Komintern y la mayoría de la oficina política y del partido bolchevique decidieron la insurrección para octubre de 1923. Pero por falta de un trabajo de masa y de organización de frente único, la preparación desde "arriba" de la insurrección, por Brandler y el Komintern en Chemnitz —21 de octubre— con "delegados sindicales", encontró el obstáculo de la vacilación de estos últimos. Media vuelta de la dirección, ausencia de enlace con Hamburgo; allí, bajo Thälmann, el PCA desencadenó, la noche del 21 al

[6] Badia, *op. cit.*, p. 201.

[7] Una de las mejores exposiciones históricas de este período y de la táctica del Komintern y del PCA es la de E. H. Carr, *A History of Soviet Russia, The Interregnum 1923-1924*, 1969, pp. 208-51. La obra clásica sigue siendo la de W. Angress, *Stillborn Revolution: The Communist Bid for Power in Germany 1921-1923*, 1963. Débese advertir en fin que el PC de Alemania del este mantiene todavía hoy, en cuanto a lo esencial, que se trató efectivamente, en otoño de 1923, de una situación objetivamente revolucionaria (*Geschichte der deutschen Arbeiterbewegung*, t. III, 1965).

22 de octubre, la huelga general y puso en marcha la insurrección. La dirección central del partido no dio la orden de huelga general e incluso desautorizó a los combatientes de Hamburgo, que no tardaron en desplomarse. Media vuelta, pues, de la dirección, no en el sentido de que cambiara las formas de lucha y sus objetivos, sino porque se encerró en el inmovilismo que la caracterizó a lo largo de todo el período 1922-1923. Fracaso muy grave del PCA: la represión actuó, y el partido fue prohibido y desacreditado entre la clase obrera, que salió vencida de la prueba.

Esta derrota marcó de allí en adelante, de manera decisiva, la etapa de estabilización, y no todavía de defensiva propiamente dicha; porque, a causa aquí también del carácter del enfrentamiento, la clase obrera conservó fuerzas. Por lo demás, la prohibición del PCA y el estado de sitio fueron levantados en 1924. Si la revolución perdía para mucho tiempo sus probabilidades, no por ello ganaba todavía el fascismo las suyas, pero no tardaría en suceder esto.

Serie de fracasos, respecto de las posibilidades objetivas, pero que no obstante iba acompañada de conquistas político-económicas reales de la clase obrera y de las masas populares. En primer lugar, la Constitución de Weimar, aunque marcada por transformaciones que llevaban aparejadas el advenimiento del Estado intervencionista del capitalismo monopolista, estaba fundada sobre la extensión del sufragio universal a los dos sexos, y sobre el escrutinio directo y proporcional, lo cual permitía la presencia en el Parlamento de los pequeños partidos y, de manera directa, la expresión de las masas populares en el Parlamento; introducción de la jornada de trabajo de ocho horas; generalización de los convenios colectivos de trabajo; seguro de paro; creación de comités de empresa que, si bien no tenían ya nada en común con los consejos obreros de 1918-1919, mencionados apenas en la Constitución y limitándose principalmente a las "obras sociales", podían no obstante hacerse presentar el balance de la empresa y contribuían al impulso sindical; los obreros agrícolas obtuvieron el derecho de asociación y afluyeron en masa a los sindicatos.

Estas conquistas político-económicas de la clase obrera, que persistieron en mayor o menor medida durante el período de estabilización, iban siendo constantemente recortadas durante el proceso de fascistización. Sin embargo, estaban lejos de ser anuladas.[8] En efecto, no hay que olvidar aquí los factores señalados. En primer lugar, a lo largo de todo este proceso, eran los representantes del capital medio los que reinaban en la escena política y los que, a través de sus contradicciones con el gran capital, proseguían la política de "colaboración de clase". Incluso Brüning, gobernando por decretos, se apoyaba sobre los sindicatos haciéndoles concesiones, y tal era igualmente el caso de Schleicher: concesiones en el sentido de no ir bastante lejos, a juicio del gran capital, cuando cercenaban las conquistas precedentes. Después, fundándose esta política sobre la colaboración abierta o tácita de la socialdemocracia, y a causa de la naturaleza y de la función de ésta, esas conquistas no podían ser aún directamente anuladas.

Finalmente, no se debe subestimar el factor de la *forma de Estado* de la República de Weimar. Como señala A. Rosenberg:[9] "En un país como Alemania, en el cual las tres cuartas partes del electorado pertenecen a las clases trabajadoras, no es posible una mayoría parlamentaria burguesa sino cuando los partidos burgueses adoptan aspectos populistas y hacen concesiones a las masas populares. Si se hubiera intentado llevar a cabo en el Reichstag, con los medios de la democracia legal, una política capitalista *extremista*, el gobierno no hubiese debido contar simplemente con la oposición de los socialdemócratas y de los comunistas; numerosos representantes de los partidos burgueses habrían dudado en volver ante sus electores defendiendo una política extremista. La dictadura era necesaria en Alemania, al menos tanto a causa de los socialistas y de los comunistas, como a causa de la izquierda de los nacionalsocialistas y de los trabajadores cristianos". Tanto más, por otra parte, cuanto que no se trataba, para el gran capital, de volver simplemente sobre esas conquistas, sino a la vez de ir más lejos en la ex-

[8] Rosenberg, *op. cit.*, p. 174.
[9] *Ibid.*, p. 205.

plotación de las masas populares y de establecer su hegemonía sobre el capital medio.

Pero veamos lo que ocurría entre tanto en la clase obrera. Durante el período de estabilización proseguía la desmovilización de dicha clase. La socialdemocracia y los sindicatos socialdemócratas se subordinaban cada vez más a la política de la burguesía, y esto de *manera decisiva* con los comienzos del proceso de fascistización.

Estos comienzos marcaron una desafección creciente de la clase obrera respecto de la lucha política y su limitación a la lucha económico-reivindicativa, lo cual tuvo sus propios efectos sobre la lucha económica misma. Los efectivos sindicales se desmoronaron después del fracaso del año 1923.

Los comienzos del proceso de fascistización, en 1927-1928, coincidieron con las cifras más bajas; la crisis de 1929 no habría de cambiar gran cosa la situación.[10] Ruina de los efectivos sindicales que, precisamente, no correspondían en absoluto a un recrudecimiento del aspecto político de la lucha, sino tan sólo a una desmovilización de la clase obrera. Por otra parte, los sindicatos rojos no lograron, durante el proceso de fascistización, alcanzar crédito en la masa, y participaron incluso de esta decadencia. La proporción de pérdida de las jornadas de trabajo a causa de los *lock-outs*, a partir de 1927, fue superior a la de las jornadas de huelgas, proporción que no se invertiría sino únicamente en el año 1930.

Lo que contaba, sin embargo, era el aspecto que prevalecía en las luchas. En efecto, no se descubre en ellas en adelante casi otra cosa que huelgas *defensivas, aisladas, espaciadas*, teniendo por objetivo, principal y casi exclusivamente, la cuestión de los *salarios*. Por ejemplo, en 1928, en una huelga de los metalúrgicos de la región de Halle, y aunque los comunistas trataron de unir la cuestión del aumento del salario con la de la disminución (8 horas) de la jornada de trabajo, el movimiento fracasó: los obreros pedían un aumento de 15 pfennig, y el árbitro gubernamental les concedió 3. *Lock-out* de los industriales. Nuevo arbitraje de Braun, que concedió 5 pfennig: el

[10] G. Castellan, *op. cit.*, p. 68.

trabajo se reanudó.[11] Paralelamente, la clase obrera ponía cada vez más confianza en las "formas legales de la lucha": arbitraje gubernamental. En 1930, año sin embargo de plena crisis, las únicas grandes huelgas notables, bajo presión de la RGO (oposición sindical comunista), en la región de Mansfeld y en la metalurgia renana y berlinesa (130 000 obreros en huelga por dos semanas), *no eran dirigidas más que contra la reducción de los salarios.* Era como si la misma RGO bajo la instigación del PCA, tratando de soslayar, en su pasividad, a las direcciones sindicales socialdemócratas, no hiciese más que entregarse a simples competencias de mejoras únicamente sobre la cuestión de los salarios. En fin, frente a la política de los salarios de von Papen, se advierte una última serie de huelgas defensivas entre septiembre y octubre de 1922.

Ahora bien, Thälmann, en su informe al XII Congreso de Wedding del PCA (1929), consideraba ya que todas esas huelgas tenían un carácter ofensivo: "Aunque sean todavía luchas de contacto, adoptan ya la forma de luchas de ruptura". Y Sémard, delegado del Komintern, en ese mismo congreso, más circunspecto: "Aunque esas huelgas se deban a la ofensiva del capital, adoptan la forma de una contraofensiva".[12]

Este aspecto dominante de la lucha económica se hallaba disfrazado con frecuencia por las "formas de acción" heredadas del pasado reciente: véase, por ejemplo, las manifestaciones violentas de las calles, las "marchas de hambre", salvajemente reprimidas por la policía, los movimientos de tipo "*jaquerie*" en el pequeño campesinado, los atentados con bombas contra el fisco y la huelga de los impuestos. Desesperación popular, políticamente desorientada, y rápidamente recuperada en adelante por los nacionalsocialistas. Paralelamente, se comprueba durante todo el proceso de fascistización la ausencia casi total de acciones políticas de masa de la clase obrera.

En efecto, sobre todo a partir del proceso de fascistización, el PCA se hallaba cada vez más aislado de las masas de la

[11] G. Badia, op. cit., pp. 249, 268, 283; Flechtheim, *Die K. P. D. in der Weimarer Republik*, 1969, pp. 258 ss.

[12] *Protokoll der Verhandlungen des 12. Parteitages der K. P. D.*, Berlín, 1929, pp. 81, 91, 258.

clase obrera. De hecho, el PCA fue, durante bastante tiempo, un partido de masa, a la vez a causa de su implantación, pero también y sobre todo a causa de su influencia real sobre la clase obrera. Ahora bien, después de 1923, e igualmente a lo largo de todo el proceso de fascistización, se comprueba, con alzas y bajas, una progresión constante de la *influencia electoral* del PCA. Mayo de 1924: 12.6 %; diciembre de 1924: 9 %; 1928: 10.6 % 1930: 13.1 %; julio de 1932: 14.6 %; noviembre de 1932: 16.9 por ciento.

Pero si las cifras electorales mejoran de manera constante, los efectivos en afiliados del PCA bajan regularmente hasta 1930, año de aparición masiva del paro.[13]

Sin embargo, lo esencial no es realmente esto; lo que se va volviendo claro con los comienzos del proceso de fascistización es la *influencia socialdemócrata sobre los electores y los afiliados mismos del* PCA.[14] Dicho de otro modo, estos éxitos electorales del PCA no se debían en absoluto a una acción política real de masa, sino al hecho de que, hallándose desorientada la clase obrera por la ausencia de política, votaba y seguía a menudo a un partido "como cualquier otro". Indicio importante de esto: el PCA parecía ganar votos no a medida de la prosecusión de un frente único, sino principalmente cuando emprendía "acciones comunes", de carácter electoral y en la cima solamente, con la socialdemocracia. Tal fue el caso del plebiscito contra la "indemnización de los príncipes" (1926), en común con la socialdemocracia, y que habría de aportar al PCA 500 000 nuevos electores.[15]

Por lo demás, a partir de 1930, estos progresos electorales del PCA no ocurrían ya en las regiones más radicali-

[13] E. Collotti, *Die Kommunistische Partei Deutschlands 1918-1933*, 1961, p. 210. La evolución es la siguiente: 294 200 en 1923; 160 000 en 1926; 124 500 en 1929; 176 000 en 1930; 180 000 en 1931; 300 000 en 1932.

[14] "Los obreros votaban por el SPD...; porque estaban de acuerdo ya en que el SPD y los sindicatos socialdemócratas se ocuparan, dentro del marco del capitalismo alemán..., de los intereses cotidianos de los obreros. En el fondo, la opinión de los electores del Partido Comunista era apenas distinta. Su partido había llegado a hallarse... durante aquellos últimos años totalmente dispuesto a la paz social" (Rosenberg, op. cit., p. 191).

[15] Rosenberg, p. 191.

zadas, *sino precisamente en las regiones de la Alemania protestante que habían sido las más tranquilas desde 1918.*[16] Esta implantación del PCA no habría de significar en absoluto una radicalización de esas regiones, en las que el PCA tomaba en cierto modo el relevo directo de la socialdemocracia. Esas regiones son las que, en las elecciones de 1932, fueron más favorables a Hitler y donde, en las elecciones presidenciales de 1932, de 700 a 800 000 nuevos votos comunistas se pasaron a Hitler.

La división real entre el PCA y la masa de la clase obrera se manifestó, sobre todo, a través de la imposibilidad creciente de aquél de arrastrar a la clase obrera a acciones políticas: fracaso significativo en la organización de una manifestación de masa en Berlín para el 1º de mayo de 1929. Si bien 100 000 manifestantes participaron en Berlín en la jornada del 1º de agosto contra la guerra,[17] no fue sino el canto del cisne, que, por lo demás, debe compararse con la influencia que antes había tenido el PCA en la capital. En fin, fracaso de las tentativas, en mayo de 1932, de constituir un frente de "acción antifascista". Entre 1929 y 1932, el KPD y la RGO dieron seis veces aproximadamente la consigna de *huelga general*, consigna que cayó siempre en el vacío.[18]

Paralelamente, durante el proceso de fascistización, el PCA se encontró él también profundamente dividido, división que había comenzado ya mucho antes. Después de la exclusión de Brandler y de Thalheimer, tomó la dirección el equipo de "izquierda" Ruth Fischer-Maslow. Nueva exclusión de este equipo, juzgado de "utlraizquierda" en 1925 (era el V Plénum del Komintern), cuando Thälmann tomó la dirección, prosiguiendo la exclusión de elementos "ultraizquierdistas" tachados de trotskismo. En 1928, exclusión de elementos juzgados "conciliadores derechistas", lo que condujo a la creación, bajo Frölich, antiguo compañero de lucha de Rosa Luxemburgo, y Thalheimer, del KPD (O) (Partido Comunista Alemán de Opo-

[16] R. Heberle, *op. cit.*, pp. 98 ss.

[17] G. Badia, *op. cit.*, p. 289.

[18] Fr. Borkenau, *World Communism. A History of the Communist International*, 1962, p. 340. Libro muy sospechoso a causa de su anticomunismo; pero esta información se halla corroborada por Fr. Neumann, *European Trade Unionism and Politics*, 1936, pp. 28 ss.

sición).[19] Para dar una idea de la amplitud de estas depuraciones sucesivas, advirtamos que, durante los años 20, sólo el 20 % de sus dirigentes habían pertenecido a la línea espartaquista, que en 1932 no había más que del 4 al 5 % de comunistas que remontasen a la fundación del partido, y que, en 1931, en Berlín, más del 40 % de los permanentes llevaban menos de un año perteneciendo al partido.[20] Esta división paralela a la separación entre el PCA y las masas condujo, por sus propios efectos, a una polarización de las energías sobre la lucha interna, y con frecuencia a una parálisis frente al nacionalsocialismo.

¿En qué situación se hallaba entonces la crisis ideológica en el seno de la clase obrera? Se manifestaba, ante todo, por la influencia creciente, ya señalada, de la ideología socialdemócrata, incluso en las filas del PCA. Pero esta crisis se manifestaba igualmente por la influencia de la ideología pequeñoburguesa de la pequeña burguesía rebelada. La tendencia anarcosindicalista, que había casi desaparecido en Alemania con los últimos años del siglo anterior, reapareció durante el proceso de fascistización, representada por la Freie Arbeiter Union Deutschlands. Las tendencias espontancístas se desarrollaron rápidamente: al par de la desmovilización general de la clase obrera alemana, fue una de las razones de la ausencia de organización de las masas, manifiesta en particular en la baja de los efectivos sindicales —RGO incluida—, a pesar de la crisis de 1929. Por lo demás, los grupos disidentes de "izquierda" del PCA chocaban también contra la relativa malquerencia de las masas para con las "organizaciones", y en parte alguna llegaron a implantarse. En fin, las tendencias "blanquistas-putschistas", en vigor durante el período 1920-1923, dejaron rastros. Resurgieron en particular entre los parados y los obreros de reciente origen campesino. Sin afiliarse francamente al nacionalsocialismo, una parte de ellos se hallaba alternativamente influida por el PCA y por el partido nacionalsocialista.

[19] Sobre este tema, K. H. Tjaden, *Struktur und Funktion der K. P. D. (O) Eine Organizations-soziologische Untersuchung des "Rechts" Kommunismus in der Weimarer Republik*, 1964.

[20] Ossip Flechtheim, *Die K. P. D. in der Weimarer Republik*, 1969, pp. 321 ss; y Hermann Weber, *Die Wandlung des deutschen Kommunismus*, 1970.

Sin embargo, en Alemania, a causa principalmente de la influencia socialdemócrata, pero también de la larga existencia del PCA, esas corrientes ideológicas en la clase obrera alemana no se expresaban, de manera definida, en movimientos o en organizaciones propias y autónomas. En oposición al caso italiano, donde las cosas eran mucho más claras, estas corrientes ideológicas se mantenían en Alemania en "estado difuso". Paralelamente, el nacionalsocialismo logró mucho más neutralizar la clase obrera. Así, principalmente por el examen del aspecto "izquierdista" de la ideología nacionalsocialista, de la táctica de este partido y de sus formas de acción durante el proceso de fascistización, es como se descubren esas influencias ideológicas difusas en el seno de la clase obrera.

En efecto, desde este punto de vista, la ideología nacionalsocialista explotaba la corriente anarcosindicalista. Exaltación de la huelga como medio de emancipación de la clase obrera, a condición de que fuese una huelga económica (apoliticismo del movimiento sindical). Las afirmaciones sobre la necesidad de sindicatos —apolíticos— como representantes de los trabajadores se repetían sin cesar y se exaltaba el corporativismo. Este aspecto del corporativismo indica que, como lo subraya Gr. Strasser, el Estado nazi estaría fundado, opuestamente al Estado de los "políticos", sobre una poderosa jerarquía de sindicatos, que tuvieran a los patronos a raya en el seno de organizaciones económicas consagradas por el Estado "apolítico".

La ideología nacionalsocialista explotaba igualmente la corriente espontaneísta; sobre todo para atacar a las "organizaciones" obreras, pero también a fin de ganar para el nacionalsocialismo fracciones de la clase obrera. El partido nacionalsocialista se presentaba, en el plano de organización, como un "antipartido". El aspecto más ostensible era la agrupación en escuadras de acción, que se unían para empresas determinadas, suponiéndose que el enlace entre los afiliados reposaba sobre el vínculo directo y personal con el jefe supremo. Las declaraciones contra la "organización", y que ponían el acento en la "voluntad", abundaban.

En fin, esta ideología explotaba la corriente "putschista-blanquista". Esto es particularmente claro en los SA. Insis-

tíase en la "revolución anticapitalista", que se obtendría por un golpe de fuerza militar. Las fracciones entre los SA —sedición de los SA de Berlín en 1931— y las secciones agrarias bajo W. Darré, con el aparato político del partido y Hitler, no se debían únicamente a sus aspiraciones anticapitalistas, sino también a sus veleidades putschistas referentes a la táctica del golpe de Estado. En fin, culto de la violencia, de la acción activista, denuncia de los "programas" y de las "doctrinas", etcétera.

II. LA SOCIALDEMOCRACIA ALEMANA

En cuanto a la socialdemocracia, y a lo largo de todo el proceso de fascistización, su influencia sobre la clase obrera aumentaba. Aunque sus cifras electorales bajaran a partir de 1928, se mantenían por encima del 20 %. Por otra parte, se advierte, a pesar de esta baja electoral, un aumento regular de sus efectivos: 937 000 miembros en 1928, 984 000 en 1932.[21]

Sus afiliados se reclutaban, *en su mayor parte*, entre los *trabajadores industriales*, y era igualmente en las regiones de gran concentración industrial donde alcanzaban los mejores resultados electorales.[22] Si bien reclutaba obreros industriales de los más calificados y los mejor pagados (pero, como se verá, éste también era el caso del PCA), reclutaba igualmente peones y obreros de los salarios más bajos, (especialmente textiles) y, *masivamente*, obreros agrícolas.[23] En fin, ya antes de la guerra, el PSA contaba alrededor de 15 000 "militantes con sueldo", es decir, "permanentes"; 100 000 afiliados del partido estaban empleados en los servicios de seguros sociales, oficinas de colocación, cooperativas y municipalidades.

[21] M. Duverger, *Les partis politiques*, op. cit., pp. 89, 124.

[22] G. Castellan, op. cit., pp. 88-9. Hay que advertir, sin embargo, que hasta 1930 aproximadamente el PSA reclutó igualmente entre los empleados asalariados (pequeña burguesía). El porcentaje, en afiliados, de la pequeña burguesía era del 25 % (R. Michels, *The Political Parties*, reimpresión de 1966, p. 255). En cuanto a la procedencia de clase del electorado socialdemócrata, era, en 1930, pequeñoburgués en un 40 % (Lipset, *Faschismus — Rechts, Links und in der Mitte*, en *Soziologie der Demokratie*, 1962, p. 154).

[23] Flechtheim, op. cit., pp. 316 ss.

Desde el punto de vista de su línea política general, Lenin había demostrado cómo, por la vía del *revisionismo* (Kautski, etc.), la socialdemocracia había llegado a hacer la política burguesa en la clase obrera, cuyo aspecto principal era el *reformismo*. Ahora bien, a lo largo de todo el proceso de fascistización, y paralelamente a la política de colaboración de clases de los sindicatos y del partido socialdemócrata, que reprimían constantemente el impulso de la lucha, se advierte la capitulación progresiva de sus direcciones frente al nacionalsocialismo. La socialdemocracia, cuando subió por última vez al poder en 1928, se negó a toda medida que pudiera afectar a los aparatos de Estado, en los que se habían infiltrado ya gravemente los nacionalsocialistas. El 1º de mayo de 1929, frente a una manifestación organizada en Berlín por el PCA y prohibida por el gobierno socialdemócrata de Prusia para "no dar pretexto" a los nazis, la policía prusiana disparó contra los manifestantes, causando 33 muertos. En adelante, después de su caída, se aplicaría la *Tolerierungspolitik*, la del *mal menor* para oponerse al fascismo; en el Parlamento, sostenía abierta o tácitamente a Brüning. A fines de 1931, la socialdemocracia constituyó, como réplica al frente de Harzburg, el "frente de hierro" (que agrupaba a los sindicatos, la socialdemocracia y el Centro Católico), cuyo objetivo era únicamente la lucha electoral contra las "medidas antisociales" del gobierno, al que, por lo demás, apoyaba. En las últimas elecciones presidenciales apoyó a Hindenburg.

La socialdemocracia poseyó, a partir de 1924, una milicia obrera armada de efectivos poderosos (160 000), la Reichsbanner, que se negaría siempre a emplear, con el fin de no dar "pretexto" al adversario, hasta que la disolvió Hitler. En 1932, con ocasión de la destitución anticonstitucional por von Papen del gobierno socialdemócrata de Prusia, la central sindical y el partido socialdemócrata se negaron a ir a la huelga propuesta por los comunistas. El *Vorwärts* decía: "El pueblo trabajador lucha con la papeleta de voto en la mano contra la reacción social en el poder..." ¡Y la socialdemocracia intentó un proceso contra esta medida ante el Tribunal Supremo! Al día siguiente del nombramiento de Hitler para el cargo de canciller, la socialdemocracia, parapetada detrás de la legalidad del

procedimiento del nombramiento de Hitler, se negó a ir a la huelga general propuesta, una vez más, por los comunistas.[24] El *Vorwärts* decía: "Declarar hoy una huelga general sería derrochar para nada las ambiciones de la clase obrera". Si bien organizó manifestaciones, a menudo de una amplitud notable, contra el régimen, especialmente en Lübeck, con motivo de la detención del diputado socialdemócrata J. Leber (el mismo *Vorwärts* titulaba, el 7 de febrero, después de las manifestaciones en Berlín, *Berlín sigue siendo rojo*), estas manifestaciones no tuvieron continuación de ningún género.[25]

Tentada por las proposiciones, tardías es cierto, del PCA para la unidad de acción, la socialdemocracia, sin dejar de buscar tímidamente la manera de organizar un dispositivo clandestino de resistencia, se orientó no obstante hacia el objetivo de una "oposición legal" a Hitler después de las elecciones de marzo de 1933. Preveía un estallido rápido del gobierno a causa de sus "contradicciones internas". Su fracción parlamentaria, reducida, es cierto, a 60 diputados (porque de los 119 elegidos 18 estaban presos, una gran parte, en desacuerdo con la dirección, había emigrado y otra se abstenía de participar en las sesiones del Reichstag), aprobó la política exterior del gobierno y la lucha "por la igualdad de los derechos del pueblo alemán". Pero se negó a votar la ley de los plenos poderes que reclamaba Hitler. Los propios responsables sindicales, después de haber acariciado el proyecto de una "huelga revolucionaria", se orientaron hacia una prosecución del trabajo de "defensa económica" de los trabajadores bajo Hitler, en espera de tiempos mejores. Los dirigentes sindicales, bajo T. Leipart, decidieron participar, el 1º de mayo de 1933, en la fiesta del trabajo organizada por los nazis. En junio de 1933, sería la disolución, la prohibición y el fin.

Una última advertencia es necesaria aquí, sin embargo: de hecho, la socialdemocracia y los sindicatos *estaban ellos mismos divididos*.

En primer lugar, en cuanto a la dirección: al lado de jefes del tipo de Noske y Severing, que habían adquirido

[24] G. Badia, *op. cit.*, p. 300, y t. II, pp. 11 y 12.

[25] Droz, *op. cit.*, pp. 56 ss. Véase también, del mismo autor: *Le socialisme démocratique, 1864-1960*, 1966, pp. 198 ss.

con justicia su siniestra reputación en la clase obrera, y que siempre, y abiertamente, consideraron el nazismo como mal menor respecto del "bolchevismo", estaba el centro, representado por Hilferding, que se exilió después de la toma del poder por Hitler, y la "izquierda". Ésta, representada por Rosenfeld y Sedewitz, era desde hacía mucho tiempo favorable al frente único con los comunistas. Algunos elementos de izquierda se escindieron en 1931 para crear el Partido Social de los Trabajadores (SAP).

Pero el elemento esencial era que una capa importante de responsables inferiores y de militantes se oponía a la política de la dirección y del aparato, lo cual se manifestó, durante el último gobierno socialdemócrata de Müller, por una oposición a la restricción de los seguros de paro: *esto fue lo que condujo, por otra parte, a la caída del gabinete Müller.*[26] En fin, el conjunto de la Reichsbanner, llevando a la cabeza a su jefe, K. Höltermann, reclamó una resistencia activa y enérgica contra el nacionalsocialismo. Esto es importante, y volverá a encontrarse este elemento al examinar la actitud del PCA respecto de la base de la socialdemocracia y de las masas socialdemócratas.

En una palabra, para concluir, la política de la socialdemocracia se mantenía fiel a su naturaleza y a su función contrarrevolucionaria. Si bien no había, propiamente hablando, colusión entre la socialdemocracia y el fascismo, si todavía, a lo largo de todo el proceso de fascistización, trató aquélla de preservar y de defender, a su manera, los "intereses económicos" de la clase obrera, lo cual le valió por lo demás el mantenimiento de su base de representatividad en esta clase, le cabe ciertamente la mayor parte de responsabilidad en el advenimiento del fascismo.

III. EL PARTIDO COMUNISTA ALEMÁN

Vengamos ahora a la política del PCA durante el proceso de fascistización. Esta política estaba impuesta, entre

[26] W. Abendroth, *Histoire du mouvement ouvrier en Europe*, 1967, pp. 97 ss.

otras cosas, por la apreciación errónea del período (ofensiva revolucionaria de la clase obrera) y por la subestimación del peligro fascista. Esta política era, globalmente, de "ultraizquierda" sólo en apariencia. Se ha visto, en efecto, lo que había que pensar en cuanto a la característica de "ultraizquierda" aplicada al VI Congreso: consideraciones que se aplican igualmente a la política del PCA *tomada en su conjunto*. Esto no impide que la política concreta del PCA presentara durante este período ciertos aspectos de "ultraizquierda" efectivos.

Problemas, pues, de línea política y que no parecen deberse, al menos principalmente, al carácter de las capas en las que se implantaba el PCA. En efecto, varios autores (entre ellos el propio W. Ulbricht), al caracterizar esta política del PCA como realmente de "ultraizquierda", la han atribuido a la implantación del PCA: se habría llevado a cabo esencialmente en capas "inestables" del *Lumpen*. Esta idea, muy extendida, *es falsa*. Había, en 1928, alrededor de un 40 % de obreros calificados entre los afiliados al PCA procedentes principalmente de las industrias de la metalurgia, de la construcción, etc., cuyos salarios se contaban entre los más elevados. Pero el aspecto inverso del argumento, que consiste en imputar su política "de capitulación" a ese alto porcentaje de "aristocracia obrera" en sus filas, no es tampoco válido. El PCA reclutaba igualmente afiliados entre los peones (un 28 % de sus miembros y un 13.5 % de sus dirigentes en 1928) y, de manera masiva, después de 1930, entre los parados. En 1932 no había más que un 22 % aproximadamente de los miembros del PCA que trabajasen efectivamente.[27]

[27] Hay que advertir, sin embargo, que el PCA se reclutaba principalmente en las empresas pequeñas y medianas. Sobre todo esto, O. Flechtheim, *op. cit.*, pp. 241 *ss*, 314 *ss*, e igualmente, ahora, H. Weber, *Die Wandlung des deutschen Kommunismus*, 1970. Advirtamos que, teniendo en cuenta igualmente los datos que conciernen a la socialdemocracia, el aspecto "*economista*" *de la tesis de la "aristocracia obrera"*, trasmutada por el Komintern en una concepción de la "*mayoría numérica*" de los obreros más calificados y mejor pagados que seguiría a la socialdemocracia, no corresponde, de manera pertinente, a los hechos. La diferencia, a este respecto, y para el conjunto del período considerado, entre el partido comunista y la socialdemocracia, si bien es cierta, está lejos de tener la extensión y la importancia que le ha atribuido el Komintern. Dicho esto, el problema no está tampoco resuelto si se descarta la concepción de la "mayoría

En fin, no es cierto en absoluto, en el sentido "numérico" en el que parece entenderlo Dimitrov con un fin apologético, que el PCA "...era insuficientemente fuerte para levantar las masas... y conducirlas así a la batalla decisiva contra el fascismo..."[28] El PCA contaba, en 1932, 300 000 afiliados.

En lo que concierne a esta línea, en primer lugar, y muy concretamente, la designación global de la socialdemocracia y de los sindicatos socialdemócratas, como social-fascistas, y como enemigo principal, supone una grave responsabilidad en el fracaso del frente único. No tanto a causa de la negativa a todo contacto "en la cima", y hasta en los escalones subalternos, sino sobre todo a causa de la política respecto de las *masas socialdemócratas*, consideradas como "perdidas" mientras se hallasen bajo la influencia de la socialdemocracia. Nada más definido, a este respecto, que las precisiones que se encontró obligado a dar Thalmann al constituirse, en mayo de 1932, el frente de "Acción Antifascista", respuesta al "frente de hierro" socialdemócrata. En su *Respuesta a veintiún preguntas de obreros socialdemócratas*, Thalmann precisa que, *en oposición al pasado*, la afiliación a las organizaciones socialdemócratas no era un obstáculo para su participación

numérica" a la vez que se conserva una definición economista de la aristocracia obrera. Dicho de otro modo, no se resuelve nada diciendo, de manera nebulosa y vaga, que la aristocracia obrera, *definida sobre todo económicamente*, desempeña el "papel dominante" —independientemente de la cuestión de su procedencia numérica— en el seno de la socialdemocracia, mientras que no lo desempeña en el seno del PCA. De hecho, la cuestión de la "aristocracia obrera" es ampliamente *político-ideológica*. La aristocracia obrera es la capa obrera por donde pasa, en una importante medida, el *relé* de la influencia de la política y de la ideología burguesa en la clase obrera. Las "condiciones de vida" creadas por la distribución de las migajas de los superprovechos imperialistas en ciertos sectores de la producción desempeñan un papel, pero que no es el papel decisivo y que, sobre todo, no impide los deterioros en este sentido, en el seno de la clase obrera. En este sentido:

a) se deben incluir de hecho en la aristocracia obrere las "burocracias" sindicales y políticas (municipalidades, etc.) de los partidos y sindicatos socialdemócratas;

b) debe quedar patente que no pueden ser considerados pertenecientes a la "aristocracia obrera" obreros calificados, "bien pagados", etc., que tienen una conciencia revolucionaria de clase.

[28] Dimitrov, *op. cit.*, p. 47.

en el frente antifascista; lo cual no sobrepasa, sin embargo, el estadio de las declaraciones de principio.[29] No fue, finalmente, hasta marzo de 1933, estando ya Hitler en el poder, cuando el PCA propuso a la socialdemocracia un marco de acción común; pero era ya demasiado tarde.

Durante todo el proceso de fascistización, esta concepción del socialfascismo va asociada a la espera inminente de la revolución, y al desconocimiento de la diferencia entre la forma de Estado "democrático-parlamentaria" y el fascismo. Toda lucha común por la que se designaba con desprecio como "defensa de las libertades democráticas" estaba descartada, ya que se corría el peligro de extraviar a las masas, al desviarlas de su "ofensiva revolucionaria".

Pero, aparte del hecho de que la acción principal del PCA seguía dirigida contra la socialdemocracia, esa acción se concebía bajo la forma de una lucha entre "organizaciones", y de ningún modo como una lucha de masa, por una línea de masa. En efecto, ¿qué había sido del frente único *en la base*? Lo peregrino a este respecto, y Dimitrov lo recordará justamente, fue que en parte alguna fueron implantadas, por el PCA, *formas específicas de organización en la base de frente único* que, llegando a ser organizaciones *al margen del partido*, pudiesen cimentar la unión por etapas, combinando la lucha económica y la lucha política, bajo la primacía de esta última. La única forma de lucha en la base para el PCA *fue la de la lucha sindical por medio de la oposición sindical, la* RGO. Ésta debía ser la punta de lanza del frente único en la base, en los en adelante fantasmagóricos "comités de empresa".

Nada de esto ocurrió; ante todo, a causa de la política respecto de los obreros sindicados en las organizaciones

[29] El 25 de abril de 1932, el KPD y la RGO hicieron un llamamiento, por primera vez después de 1928, a *un combate común* con el PSA y los sindicatos socialdemócratas, con contactos en la cima. Pero, ya se ha visto, los ataques contra el "socialfascismo" se reprodujeron con más fuerza. (Véase este llamamiento en *Die Internationale*, t. XV, p. 346.) Para mostrar los efectos de esta línea, no es inútil señalar que la fracción comunista del parlamento regional de Baden (no una fracción cualquiera, por lo tanto) presentó, en 1932, un proyecto de ley para que se prohibiera el frente de hierro y la Reichsbanner, lo cual, por lo demás, fue prontamente condenado por la dirección del partido (*Die Internationale*, t. XV, 1932, p. 247).

socialdemócratas; después, y sobre todo, porque la RGO trató de actuar en sustitución de la socialdemocracia por medio de una acentuación de los objetivos estrictamente reivindicativos, cuando el partido anunciaba desde lo alto de sus "cimas" la "dictadura del proletariado". Y no se trata en absoluto, naturalmente, de pretender que un sindicato no tenga un papel propio que desempeñar. Quiero decir únicamente esto: que a causa de la ausencia, a la vez de organismos específicos de base de frente único y de línea de masa del PCA, la propia RGO estaba constantemente obligada a luchar por un aumento de salarios, un tanto superior al que obtenía la socialdemocracia por una política de colaboración de clase.

Lo cual daba un doble resultado: la RGO estaba *a la vez* obligada a una lucha economista por las reivindicaciones económicas —cuando no toda lucha por esas reivindicaciones es forzosamente, como Lenin lo ha demostrado, una lucha economista— y estaba considerada como el instrumento principal de la lucha política en la base contra la socialdemocracia. Dicho de otro modo, la RGO se hallaba *paralelamente, y al mismo tiempo*, forzada a llevar adelante una lucha *economista* en el dominio reivindicativo, y ser el instrumento "político" de una línea política errónea: no podía ser, en tanto que organización *sindical*, la organización principal de un frente único en la base justamente concebido.[30] Ésta es, por lo demás, la clave de todo el problema de los sindicatos en el Komintern, con sus cambios de frente constantes; ya volveremos a ello al examinar la posición de Gramsci sobre este punto.

A pesar de todo, es decir, no obstante las dos direcciones PSA y PCA, se realizaron esbozos de unidad de acción en la base, no sólo en el plano económico, sino igualmen-

[30] Así, Thalmann, en el XII Congreso de Wedding del PCA (1929), planteó el problema: "¿Se pueden llevar a cabo nuestras tareas actuales sólo por medio de una política justa? ¡No! Debemos tener además un sistema adecuado de organizaciones". Este sistema adecuado era exclusivamente la RGO. Y, como era de esperar, la resolución del CC del PCA de enero de 1931 señalaba: "El eslabón más importante de la revolución proletaria es indiscutiblemente la organización... de las *luchas económicas de la clase obrera*" (En *Die Internationale*, t. XIV, p. 57). En cuanto a las otras organizaciones de masa, el PCA no disponía, esencialmente, más que de dos organizaciones *de interayuda*, el Socorro Rojo Internacional y la Interayuda Obrera Internacional.

te en el plano político. Lo que no dejó de estigmatizar Thalmann, en septiembre de 1932, por lo tanto incluso después del lanzamiento del frente de "acción antifascista" de mayo: "En la clase obrera aparecen en la tendencia a la unidad grandes oscuridades y peligrosas ilusiones... Sobre la base del terror nazi, hay que notar grandes disposiciones a la unidad, pero también concepciones peligrosas tales como 'la unidad por encima de la cabeza de todos los jefes', o también 'los jefes de los dos partidos, del PSA y del PCA, tienen la responsabilidad del fracaso del frente único'. Tales tendencias pueden acarrear los mayores perjuicios..." [31]

La ausencia de lucha de masa del PCA en la clase obrera es tanto más notable cuanto que se esperaba, oficialmente, la revolución inminente. La madurez de la situación vendría sin embargo, según el catastrofismo economista, de la crisis económica creciente. Esta crisis económica debería atraer a las filas del PCA a la "mayoría" de la clase obrera, tema éste, como es natural, constantemente a la orden del día. A fin de preparar la revolución, había que hacer de modo que se ganara "primero" esta mayoría.

¿Hacer? Aguardar más bien, hasta el momento insurreccional *puntual* del "gran día". Y aquí tocamos el problema capital de las *ilusiones electorales* del PCA. No es casual que, en este contexto, el tema de "ganar la mayoría" de la clase obrera no haga sino cubrir la importancia atribuida por el PCA a la lucha electoral, como "acción de masa" privilegiada. Importancia manifiesta ante todo en la interpretación de los resultados electorales: todo éxito electoral se considera como la prueba irrefutable de un avance del PCA entre las masas y de la ruina de la socialdemocracia. Después de las elecciones triunfales para Hitler, de 1930, en las que el PCA ganó votos y la socialdemocracia perdió, la *Rote Fahne* del 15 de septiembre decía: "El ritmo de nuestra influencia creciente entre los obreros..., el ritmo del avance de las masas trabajadoras..., se ha mostrado más impetuoso de lo que creíamos antes del 14 de septiembre... Ayer ha sido para el señor Hitler la 'jornada más grande', pero la pretendida victoria electoral de los nazis es el comienzo del fin".

[31] Discurso sobre la clausura en el XII Plénum, de septiembre de 1932.

Esto se manifestó igualmente en el caso del plebiscito contra el gobierno socialdemócrata de Prusia, en 1931, durante el cual el Komintern habría de obligar al PCA a pesar del acuerdo en sentido contrario de su CC a aliarse con los nacionalsocialistas y con los Cascos de Acero. Regístrase aquí, y de manera clara, no sólo la consecuencia lógica de la línea que consideraba el socialfascismo como el enemigo principal, sino también la importancia atribuida a la lucha electoral. *Die Internationale* decía, respecto del plebiscito: "El ejército del PCA creció sin interrupción durante el año transcurrido gracias a la política acertada del partido. La decisión acertada sobre la dirección de la campaña del plebiscito ha atraído... a su ejército nuevas masas que se encontraban hasta ahora bajo la influencia de los nacionalsocialistas o de los socialdemócratas".

Es, por lo demás, quizá inútil señalar que el PCA no hizo prácticamente nada, ni en lo que concernía al campesinado pobre y medio del campo, ni en lo que concernía a la pequeña burguesía. Estas cuestiones apenas se mencionan en los programas y decisiones del PCA antes de 1930, fecha en la cual el PCA comprueba la influencia creciente del nacionalsocialismo. Lo que se pensaba era que las masas populares se colocarían "automáticamente" en el surco de la clase obrera, a causa de la maduración de la crisis económica y de la situación revolucionaria.[32]

Por lo demás, fue durante este mismo período, y principalmente después de 1930, cuando se desarrolló *de manera decisiva* el aspecto *socialchauvinista* de la política del PCA, concretado en la explotación que hiciera del problema del tratado de Versalles. Al examinar la posición del nacionalsocialismo a este respecto, mostraremos a qué confusión lanzó a las masas alemanas la posición del PCA, que en varios puntos igualaba la del nacionalsocialismo. Señalaremos ya, sin embargo, que habría que remontarse a la famosa *línea Schlageter* de 1923 para descubrir un aspecto semejante; pero en tanto que entonces se trataba de un viraje "derechista" —del IV Congreso—, denunciado después como tal, este aspecto socialchauvinista triunfaba aquí en pleno período reputado de "ultraizquierda".

Pero volvamos al aspecto "legalista" de la política del

[32] Sobre esta cuestión, véase igualmente, en detalle, E. Collotti, *op. cit.*, pp. 146 ss; y H. Weber, *op. cit.*

PCA respecto del fascismo. El PCA disponía igualmente de grupos de choque, organizados en la Roter Front-Kämpferbund, Liga de Combatientes del Frente Rojo, que disponía en 1924 de 100 000 miembros; prohibida en 1929, seguía existiendo ilegalmente. Si bien esta organización intervenía activamente, aunque de manera discontinua, contra los nacionalsocialistas, no sólo no fue lanzada en parte alguna de manera decisiva y organizada en la batalla, sino que incluso, *a partir de 1931*, cuando —cerca ya del punto de no retorno— el aspecto militar de la lucha pasaba precisamente al primer plano, *se mantuvo explícitamente al margen del combate*. El PCA invalidó su consigna: "Atacad a los fascistas en todo lugar en que los encontréis".[33] De hecho y ante todo, según Thälmann, porque con esa consigna se corría el peligro de desviar la atención de los "medrosos" del enemigo principal, la socialdemocracia. Después porque dificultaba el proceso electoral.[34]

Incluso inmediatamente después de la subida de Hitler al poder, con ocasión de la manifestación de los nazis ante la Casa Karl-Liebknecht, cuando enviaron cartas de protesta al prefecto de policía, la Liga recibió orden de no intervenir. El PCA esperaba todavía la inminencia de la caída de Hitler y el estallido de la situación revolucionaria; se enorgullecía así de haber logrado conservar, a

[33] La primera suspensión de esta consigna se debió a un acuerdo del BP del PCA del 7 de julio de 1930. La justificación oficial de la derogación era que había que precaverse contra el "terrorismo individual" y hacer una "lucha política defensiva (*wehrhaft*)". Se ve bien que, cuando se trataba de una lucha eficaz contra el fascismo, el PCA no vacilaba en volverse incluso atrás en cuanto a la "lucha ofensiva" que preconizaba constantemente. La anulación de la consigna en cuestión se consagró por una decisión del CC del PCA de noviembre de 1931. En octubre de 1932, en la III Conferencia del PCA (*Die Internationale*, t. XV, pp. 386 ss), el "grupo Neumann" fue ásperamente criticado por haber mantenido esa consigna. (Véase igualmente, sobre este tema, D. Desanti, *op. cit.*, p. 175.) A causa de lo cual Neumann fue enviado a las reuniones nazis, para introducir en ellas la contradicción. Con el fin de medir el camino recorrido, señalemos que, cuando el equipo "izquierda" de Fischer-Maslow, de 1924, el PCA se había mantenido firme en cuanto al hecho de que "el fascismo debe ser combatido por los métodos y las técnicas de combate del comunismo revolucionario" (tesis del Congreso de Francfort del PCA).

[34] Véase especialmente *Die Internationale*, t. XV, 1932, donde Thälmann opone constantemente "terror individual" a "éxitos electorales".

pesar de la subida de Hitler al poder, sus "fuerzas intactas". Manuilski, en el XIII Plénum del Komintern, después de la victoria de Hitler, respondió a los comunistas extranjeros que acusaban al PCA de no haber combatido que "si el PCA hubiese emprendido la lucha armada contra Hitler, habría caído en la provocación".[35]

El PCA participó en las elecciones de marzo de 1933, después de la subida de Hitler al poder, y el llamamiento del CC del PCA (15 de marzo de 1933) posterior a las elecciones declaraba: "Pese a las declaraciones pomposas del gobierno, el 5 de marzo no es una victoria del fascismo". Y esto porque los nacionalsocialistas no alcanzaron más que el 43 % de los sufragios, los socialdemócratas se mantuvieron y el PCA, no obstante la represión salvaje que se abatiera sobre él, conservaba aún 4 800 000 electores.

En fin, la organización del aparato clandestino del PCA reveló ser inexistente; cierto es que el PCA hacía una campaña para las elecciones de marzo. La noche del 22 al 23 de febrero, noche del incendio del Reichstag, 4 000 responsables comunistas fueron detenidos en un momento y a mansalva; si se piensa además que se trataba de un partido que creía en la revolución inminente, creemos estar soñando.[36]

Frente a las consecuencias nefastas de esta línea del PCA, sus tentativas tardías para oponerse de manera enérgica al fascismo, *tentativas reales sin embargo*, quedaron sin efecto. Se limitaron a manifestaciones esporádicas y a escaramuzas callejeras después de la subida de Hitler al poder. En el mes que siguió a este hecho, se contaron 62 muertos en batallas callejeras (de ellos 29 comunistas, 8 socialistas y 14 nazis), batallas defensivas ante los ataques nazis. Las tentativas de organización de huelgas fra-

[35] Discurso de Manuilski en *Der Faschismus in Deutschland*, *op. cit.*, pp. 57 ss.

[36] Todo esto no quiere decir, por lo demás, que el PCA, esperando a la revolución, no preparara, a su manera, el aspecto militar de la insurrección. En el curso del año 1932, los folletos y libros clandestinos sobre el "arte de la insurrección" pululaban. E. Wollenberg, experto militar del Komintern, volvió a Alemania. Pero, en el contexto general de la línea del PCA, todo esto, así como lo nota acertadamente Flechtheim, aparece como "dilettantismo" (Flechtheim, *op. cit.*, p. 279).

casaron. En una palabra, si bien es falso decir que el PCA capituló pura y simplemente ante el fascismo, no es menos cierto que le caben graves responsabilidades, de magnitud muy distinta a las del Partido Comunista italiano, en la subida del nacionalsocialismo al poder.

Pero, ¿no suscitó esta línea política vivas oposiciones en el seno de los partidos comunistas y en la base de los militantes del PCA? De hecho, las discusiones del XIII Plénum del Komintern, de noviembre-diciembre de 1933, primer plénum después de la subida de Hitler al poder, reflejan reacciones muy vivas sobre todo en el seno de PC extranjeros; la masa de los militantes, las organizaciones, los miembros de los comités centrales, y hasta los miembros de las oficinas políticas de los partidos comunistas francés, checo, polaco, austriaco y suizo principalmente, estaban literalmente estupefactos e indignados de la estrategia seguida.

En cuanto al PCA, el partido mejor gobernado por el Komintern, las reacciones, durante todo el período de 1928-1933, parecían menos vivas, *pero existían sin embargo*. Aunque carecemos de informaciones a tal respecto, los toques de atención públicos, constantes y oficiales de la dirección del PCA a diversas federaciones locales y a la base de los militantes, por "no aplicación" de la línea, son indicios que no engañan. En los comienzos de 1932, el CC del PCA hizo la crítica de la organización de Würtemberg, que dirigía la lucha principal contra el nazismo y no contra la socialdemocracia.[37] Dábase el mismo caso en cuanto a las organizaciones locales de Nuremberg, de Hamburgo, de Oberhausen y de Brunswick. Al nivel de la dirección del PCA parece haberse formado una "corriente de oposición" en 1931, que agrupaba especialmente a Neumann, Remmele, Münzenberg (el responsable del socorro rojo), Wollenberg (el especialista militar del Komintern), corriente que preconizaba a la vez una lucha más enérgica contra el nazismo (el "grupo Neumann", como se recordará, fue condenado por haber mantenido la consigna "Atacad a los fascistas en todo lugar en que los encontréis"), y que el golpe principal se asestara no contra la socialdemocracia sino contra el nazismo.

[37] S. Schwab, en *Die Internationale*, núm. 4, 1932.

Sin embargo, nada se hizo. El XIII Plénum, que aprobó con la menor reticencia la política del PCA, repitió, condensándolas e intensificándolas, todas las aberraciones precedentes.

No se puede, en fin, concluir sin evocar este último hecho: aunque terriblemente desmoralizados por la victoria de Hitler, los militantes comunistas, y numerosos socialistas, combatieron con un heroísmo ejemplar en las filas de la resistencia al régimen nazi, y desde la primera hora, como lo demuestran las condenas y deportaciones masivas que se abatieron sobre ellos *por actos de resistencia*. Hay que pensar en aquellos oscuros militantes que, desde el fondo de su noche, se opusieron a la barbarie. Numerosos fueron además los responsables políticos, responsables en el doble sentido de la palabra, que cayeron con ellos. Hay que recordarlos tanto más cuanto que la burguesía y sus perros guardianes no mencionan casi nunca más que imaginarias "resistencias" del ejército, algunos sacerdotes aislados y, naturalmente, el estremecimiento del postrer minuto de Stauffenberg.

IV. EL NACIONALSOCIALISMO Y LA CLASE OBRERA

1] *Las organizaciones nazis y la clase obrera*

Volvamos ahora a las relaciones del nacionalsocialismo, partido primero, Estado después, con la clase obrera. La primera cuestión que hay que examinar, ya que dio lugar a numerosos equívocos, es la de la *implantación real* del nacionalsocialismo en la clase obrera.

Con los comienzos del proceso de fascistización, el nacionalsocialismo lanzó, en 1928, bajo la dirección de Gr. Strasser, una vasta tentativa de implantación en la clase obrera, según la consigna: en las empresas ("*Hinein in die Betriebe*" —Hib-Aktion).[58] En 1929 se creó la Organización Nacionalsocialista de las Células de Empresa (NSBO), la cual contaba, en el momento de la toma del poder, 400 000 miembros, número bastante considerable

[58] K. Bracher, *Die deutsche Diktatur, Entstehung, Struktur, Folgen des National-sozialismus*, 1969, pp. 171 ss.

si se tiene en cuenta que la RGO no tenía en 1932 más de 20 000 miembros (cierto es que muchos comunistas militaban entonces en el interior mismo de los sindicatos socialdemócratas).

¿A qué capas pertenecían principalmente estos afiliados del NSBO? Hay quienes han sostenido, especialmente Daniel Guérin,[39] que la "aristocracia obrera" suministró un buen número de afiliados. Ahora bien, si nos entendemos en cuanto a los términos, esto parece inexacto.[40] Los obreros calificados, con elevadas remuneraciones, de las industrias en punta, socialdemócratas en su mayoría, pero comunistas igualmente, permanecieron, *en su masa*, fieles a sus organizaciones. Si bien la NSBO reclutaba elementos de la "aristocracia obrera" pertenecientes ya antes a organizaciones de derecha, reclutaba sobre todo "dirigentes" —altos técnicos, ingenieros, jefes administrativos, etc.— de la empresa. Estos dirigentes no pertenecían a la clase obrera —obreros productivos—, ya que la "aristocracia obrera" es una capa de la clase obrera.

Sin embargo, la NSBO reclutaba igualmente en la base. Era principalmente el caso de los obreros de reciente origen campesino[41] de las empresas nuevamente fundadas (la proporción del campesinado en el conjunto de la población cayó del 35 % en 1914 al 23 % en 1925), obreros procedentes sobre todo de las regiones del este, donde la crisis agrícola era particularmente grave, y donde el nacionalsocialismo encontró un apoyo de masa en el campesinado pobre.

En fin, el NSBO reclutó entre los *parados* 5 500 000 en Alemania en 1932, para quienes publicaba un diario particular, *Der Erwerbslose*. Numerosos parados, llevados por la miseria, pasaron a ser miembros retribuidos de los SA. Por lo demás, los empresarios y contratistas pedían con frecuencia la tarjeta del partido nacionalsocialista cuando se trataba de admitir trabajadores. Sin embargo, aquí también, el fenómeno era menos general de lo que se

39 *Op. cit.*, p. 67.

40 Bracher, *op. cit.*, pero también Rosenberg, *Der Faschismus*, *op. cit.*, pp. 131 ss.

41 S. M. Lipset, *Elections. An Expression of Democratic Class Struggle*, en Lipset y Bendix, *Class, Status and Power*, 1967, p. 427.

[illegible], una vez hechas las distinciones necesarias.[42] Es preciso distinguir en primer lugar a los obreros parados ocasionales de los elementos desclasados del *Lumpen*, pues el nacionalsocialismo reclutaba sobre todo entre estos últimos. Además, hay que distinguir a los obreros parados que tenían ya un pasado de luchas obreras, y los jóvenes obreros parados, los cuales se afiliaban de manera más fácil en el nacionalsocialismo. Todavía hay que distinguir entre los obreros parados —los *Arbeitslosen*— y los parados de las diversas categorías de asalariados empleados, de [illegible] de la administración —los *Berufslosen*—, etc. Era sobre todo entre estos últimos entre los que se reclutaba el nacionalsocialismo.

En cuanto al porcentaje de los afiliados del partido nacionalsocialista pertenecientes a la clase obrera propiamente dicha varía, entre 1930 y 1934, del 28 % al 32 %, lo que sigue siendo inferior con mucho al porcentaje de la clase obrera en el conjunto de la población (alrededor del 45 %).[43]

Las mismas conclusiones pueden sacarse del examen de los resultados electorales, donde, sin embargo, la influencia ideológica del nacionalsocialismo sobre la clase obrera aparece de manera relativamente más definida. A partir de 1930, el nacionalsocialismo parece ganar un débil porcentaje de votos obreros, y esto a costa no de la socialdemocracia sino sobre todo del PCA, entre sus bastiones como Merseburg y Chemnitz-Zwickau. Sin embargo, de estos resultados, los de las elecciones de 1933 bajo Hitler incluso, resulta que la clase obrera se mantuvo, en su masa, fiel al PSA y al PCA.[44]

Pero el problema no está ahí; lo que habría que expli-

[42] Bracher, *op. cit.*; Rosenberg, *op. cit.* Sobre las repercusiones sociales y políticas del paro en general, R. Ledrut, *Sociologie du chômage*, 1966, pp. 417 ss.

[43] K. Bracher, *op. cit.*, pp. 256 ss.

[44] Sobre este tema, igualmente R. Heberle, *op. cit.*, pp. 89 ss. Hay que advertir que, como lo han establecido estudios detenidos y profundos sobre las elecciones alemanas de 1930 a 1933, una gran parte del electorado nacionalsocialista consistía en *electores nuevos*, que no habían participado hasta entonces en las elecciones. El deslizamiento del electorado "tradicional" de los partidos de izquierda hacia el nacionalsocialismo fue de hecho mucho menos importante de lo que se ha creído durante largo tiempo (Lipset, *op. cit.*, p. 155).

car es la *neutralización* y la *pasividad* de la clase obrera a que llegó el nacionalsocialismo.

Es aquí el *aspecto ideológico* del nacionalsocialismo lo fundamental. Ante todo, esta ideología supone un lado "anticapitalista" marcado, característica típica de la pequeña burguesía en rebelión. En la crisis ideológica generalizada del proceso de fascistización, este aspecto anticapitalista pequeñoburgués —contra la "plutocracia", el "fisco", etc.—, llega a la clase obrera. *Pero hay más:* el nacionalsocialismo, bajo la inspiración de su ala "izquierdista", llevando a la cabeza a los hermanos O. y Gr. Strasser, utilizó por su cuenta las consignas de consonancia propiamente socialista.[45] Así, ya en 1920, el punto 13 del programa del partido reclamaba la nacionalización de todas las sociedades por acciones. Gr. Strasser afirmaba que los "marxistas" tenían razón al reivindicar la propiedad de los medios de producción, pero que no sería únicamente la clase obrera la propietaria, sino el pueblo entero. Detentando la propiedad —*Eigentum*—, la comunidad nacional, la posesión —*Besitz*— podía ser concedida, bajo control, a los particulares. O. Strasser quería incluso que cada "camarada del pueblo" fuese no sólo copropietario de las "riquezas nacionales", sino igualmente "coposeedor"

Las declamaciones favorables al socialismo y hostiles al "imperialismo" abundaban. Gr. Strasser escribe: "La industria alemana, la economía alemana en manos del capital financiero internacional, es el fin de toda posibilidad de liberación social, es el fin de todos los sueños de una Alemania socialista... Nosotros, jóvenes alemanes de la guerra, nosotros, revolucionarios nacionalsocialistas, empeñamos la lucha contra el capitalismo y el imperialismo cuya encarnación es la paz de Versalles... Nosotros, nacionalsocialistas, hemos reconocido que existe un vínculo... entre la libertad nacional de nuestro pueblo y la liberación económica de la clase obrera alemana. El socialismo alemán no será posible y duradero sino cuando Alemania sea libre".

Consonancias antiimperialistas, bajo la capa, claro es, del nacionalismo. No se debe, sin embargo, olvidar que,

[45] Rosenberg, *op. cit.*, p. 128; R. Kühnl, *op. cit.*

sobre este punto, habiéndose sumido el PCA en el social-chauvinismo, presentó en 1930 un programa electoral que no ofrecía gran contraste con estas declaraciones. Como nota Badia:[46] "Sobre este punto, la propaganda comunista, aunque se diferenciara en el fondo de la demagogia hitleriana, corría el peligro, para los alemanes poco educados políticamente, de sembrar cierta confusión; podían imaginar que el objetivo de los dos partidos no era tan distinto". Y efectivamente, hubo muchos alemanes, poco educados políticamente por añadidura —¿quién los habría educado?—, que se lo imaginaron.

En fin, no hay que olvidar el lado corporativista de la ideología nacionalsocialista, en su aspecto destinado a la clase obrera. Este corporativismo, para O. Strasser especialmente, no evocaba tan sólo una "cogestión", sino francamente un control obrero de la empresa, propiedad nacional.

En cuanto a la política concreta del nacionalsocialismo, durante el proceso de fascistización, respecto de la clase obrera, hay que fijarse bien en que, a partir de 1928, *si bien ataca las organizaciones políticas, se abstiene relativamente de molestar a los sindicatos.* Participó a veces de la lucha reivindicativa: en 1930, apoyó las huelgas de los metalúrgicos de Mansfeld y de Berlín. En 1932 incluso, lanzó, con la RGO, la famosa huelga de los transportes berlineses.

2| *La situación real de la clase obrera bajo el nazismo y la cuestión de los sindicatos fascistas*

El nacionalsocialismo subió al poder. Veamos ante todo la situación "económica" exacta de la clase obrera alemana, cuestión que aclaran actualmente informaciones seguras.

En primer lugar, el nacionalsocialismo logró la reabsorción espectacular del paro. 5.5 millones aproximadamente de parados en 1933, menos de 1 millón en 1937, apenas 10 000 en 1939, hasta una completa desaparición durante al guerra.

En lo que concierne a la explotación económica de la "clase obrera", hay que advertir que, si bien aumentó, *fue*

[46] *Op. cit.*, p. 276.

sobre todo de manera relativa, en correspondencia con el *aumento de los provechos* durante un período de clara recuperación económica, de aumento de la producción y de crecimiento de la productividad del trabajo; lo cual no se había visto jamás cuando existía un movimiento sindical y político "libre" de la clase obrera.[17] Los provechos aumentan, entre 1933 y 1938, en un 127 %; el volumen global de la producción aumenta en un 113 %. Los salarios obreros, fijados en salarios estipulados, aumentan, en tanto que salarios brutos nominales horarios, de 1933 a 1939, en un 14 %, y de 1939 a 1942 en un 9 %. Naturalmente, hay que notar aquí el alza del costo de la vida, la cual, habida cuenta del alza de los precios de los productos alimenticios y de los productos de consumo, se sitúa alrededor del 6 %. Por otra parte, si bien las prestaciones "obligatorias" impuestas sobre los salarios alcanzan con frecuencia del 15 al 20 %, no hay que olvidar la prolongación de la jornada de trabajo en horas suplementarias pagadas, lo que hace que las alzas de los salarios semanales sean mayores que las de los salarios horarios.

En una palabra, evitando el error de ciertos estudios sobre el nacionalsocialismo que se apoyan en elementos *demasiado generales* concernientes al *conjunto* de los "salarios", se puede comprobar, en lo que concierne a los *trabajadores industriales*, que su "nivel de vida" —su salario real— no se degradó bajo el nacionalsocialismo comparado con su situación anterior, sino que incluso en ciertos aspectos mejoró, sin llegar, sin embargo, al nivel de 1930.[18] Aquellos cuyo nivel de vida y poder de compra

[17] Sobre este tema, *Statistisches Jahrbuch des deutschen Reiches*, 1933-1939; Ch. Bettelheim, *op. cit.*, pp. 209 ss; S. J. Woolf, *op. cit.*, pp. 119 ss; G. Castellan, "Bilan social du IIIe Reich" *Revue d'Histoire Moderne et Contemporaine*, julio-septiembre de 1968, y los artículos citados más adelante de T. Mason.

[18] En efecto, si se toman los datos estadísticos *generales*, concernientes al *conjunto de los salarios*, comprendidos los de los asalariados empleados y funcionarios, se advierte por ejemplo que el *salario real medio*, para un índice 100 en 1929, es 108 en 1931, 104 en 1932, 103 en 1933, y cae a 99 en 1936 (Castellan, *op. cit.*). Pero sería no tener en cuenta el hecho de que esta baja general "media" se debe principalmente a la baja de los salarios reales de los asalariados no productivos, salarios que bajan en una proporción mucho mayor que la que aparece como "baja media". También Woolf (*op. cit.*, p. 133) calcula el salario real medio, *obrero*, para un índice 100 en 1936, 102.2 en 1928, 88.5 en 1932, 103 en 1937 y 107.5 en 1938.

desplomaron fueron principalmente los de los asalariados no productivos, en particular los empleados y los funcionarios, cuyo poder de compra bajó, entre 1933 y 1936, en un 20 %.[49]

Todavía más interesante es la distinción en categorías "sociales" de los propios obreros industriales. Se operó aquella en cierta medida "naturalmente" —según las leyes del mercado de la mano de obra—, *pero sobre todo como consecuencia de la definida política de división de la clase obrera que condujo al nacionalsocialismo.* Esta distinción concierne a la vez a los trabajadores de ciertas ramas industriales y a los trabajadores altamente calificados.

Para el período anterior a 1937, señala Bettelheim que se registra un alza de los salarios brutos nominales efectivamente pagados. Así, algunos contratos de trabajo prevén salarios superiores a los salarios arancelarios (lo cual ha sido cada vez más frecuentemente prohibido a consecuencia de las medidas adoptadas en 1936 para bloquear los salarios efectivos), a consecuencia de los cambios de repartición de la mano de obra entre las diferentes ramas de la industria, etc.". Sin embargo, durante este período, aprovechando a los antiguos contratos colectivos una tendencia hacia la igualación de los salarios, la ley que rige los "tasas mínimas" estipula expresamente: "Las tasas mínimas deben establecerse de manera que dejen un margen para la retribución de cada miembro de la empresa en vista de su rendimiento. Por otra parte, es hacedero disponer la manera de recompensar convenientemente todo servicio excepcional".

Ahora bien, T. Mason[50] ha demostrado últimamente que, incluso después de la fijación muy estricta, en 1938, por el Estado de las "tasas máximas" de los salarios, muchos patronos, ante, entre otras cosas, la penuria de mano de obra especializada en las industrias prioritarias, y entre-

[49] Por otra parte, no hay que pasar tampoco por alto el aumento de la explotación de los obreros industriales por *la aceleración del ritmo del trabajo*, aunque esta aceleración sea fuertemente frenada por las reacciones espontáneas —tales como el ausentismo, la baja del rendimiento, etc.— de la clase obrera.

[50] T. Mason, *Der Primat der Politik*..., *op. cit.*, en *Das Argument*, diciembre de 1966, pp. 486 ss; y también, del mismo autor, "Labour in the Third Reich", *Past and Present*, núm. 33, abril de 1966.

gándose a una mutua competencia para arrancarse unos a otros los obreros, soslayaban el obstáculo ya sea por el ofrecimiento de primas, ya por salarios que sobrepasaban la tasa permitida. El Estado estaba perfectamente al corriente de esta situación; pero dejaba hacer, cuando no la alentaba, con el fin de superar, por medio de la división, las reacciones espontáneas de la clase obrera, manifiestas por el ausentismo, el descenso de rendimiento, etc.

Así, la *acentuación sistemática de la jerarquía de los salarios* fue, como subraya F. Neumann, "...la esencia misma de la política nacionalsocialista de los salarios... Es capital que se comprenda este problema, no como una cuestión económica, sino como una problema político decisivo de control de la masa... Aunque las estadísticas oficiales no digan nada sobre esta cuestión, los índices de las rentas del trabajo muestran que las 'tijeras' entre las rentas de los obreros calificados y las de los semicalificados han aumentado considerablemente. La tendencia sería aún más definida si las cifras comprendiesen las rentas de los obreros no calificados".[51]

En una palabra, en este proceso de aumento de la explotación económica, todo ocurre como si el nacionalsocialismo tratara con miramiento a su principal enemigo, la clase obrera, en comparación con las otras clases populares, procediendo de acuerdo con un plan calculado de división.

Pero, naturalmente, no es sólo, ni aun principalmente, de esta política económica respecto de la clase obrera de la que podía venir su neutralización bajo el nacionalsocialismo. Fue la obra del terror policiaco, pero también, *y sobre todo*, de la reorganización global de los aparatos ideológicos del Estado, y de la función que llenaron.

Lo que habría que señalar aquí es que esta neutralización de la clase obrera se hizo *por etapas*. En particular, durante el primer período del nacionalsocialismo en el poder, se puede advertir una política de compromiso, en cierta medida impuesta por el nacionalsocialismo a las clases dominantes.[52] Después de su subida al poder, el na-

[51] F. Neumann, *Behemoth*, *op. cit.*, p. 433.

[52] Sobre estos temas, entre otros, D. Guérin, *op. cit.*, pp. 187 ss; Bracher, *op. cit.*

nacionalsocialismo disolvió los sindicatos "libres" —mayo de 1933—, abolió el derecho de huelga, instituyó —1935— la libreta de trabajo, instauró el arbitraje obligatorio del Estado en los conflictos del trabajo. Sin embargo, hasta julio de 1933, los miembros de las células de empresa de la NSBO, miembros en su mayoría de los SA, instauraron a menudo su control en materia de ajuste de obreros por las empresas, y llegaron incluso a detener a los patronos a quienes se juzgaba antisociales.

Ahora bien, en mayo de 1933, se instituyó el Frente del Trabajo, la organización sindical nacionalsocialista, y la afiliación a ésta se hizo rápidamente, y por numerosos medios de presión, casi obligatoria. Paralelamente, los miembros de la NSBO se veían retirar toda responsabilidad en el Frente del Trabajo. El jefe de la NSBO, Gr. Strasser, fue ejecutado la "noche de los cuchillos largos". Sin embargo, continuaron las fricciones entre el patronato de una parte, y el Frente del Trabajo y su jefe, el ministro del Trabajo, el Dr. Ley, de otra. El proyecto corporativo de este último tendía a la disolución paralela de las organizaciones patronales, y al alistamiento de los patronos en el interior del propio Frente del Trabajo, que había de convertirse así en el organizador principal de la economía alemana.

Lo consiguió al principio en cierta medida: la Confederación de la Industria Alemana fue dividida, en 1934, en siete corporaciones —grupos profesionales— distintas, integradas, con el Frente del Trabajo, en organismos corporativos en el seno de la empresa, los "consejos de confianza" y las "comunidades de empresa". Si bien no se admitía directamente a ningún representante de los trabajadores en esas corporaciones patronales, éstas tenían un carácter semiestatal, estaban presididas por un miembro del partido nacionalsocialista, y se aplicaba el "principio del jefe". En los comienzos, "jefes" tales como Kessler y, después de su revocación, Goltz, mostraron aún veleidades plebeyas.

Pero los patronos no estaban conformes y, a partir de julio de 1934, pidieron la revocación de Ley, cuyos proyectos "demagógicos" y "socializantes" perturbaban la economía. Estalló el conflicto entre Schacht, ministro de Economía, y Ley; a fines de 1934, la Confederación de la

Industria se reconstituyó, se abolió el "principio del jefe", y Ley capituló en el congreso del Frente del Trabajo, en marzo de 1935, en Leipzig. En adelante, no sólo las organizaciones corporativas —"comunidades de trabajo"— eran dirigidas directamente por la Confederación de la Industria, sino que el propio Frente del Trabajo estaba controlado inmediatamente por el patronato que, en el interior de cada empresa, estaba representado en el Frente. Sobre el plano nacional, en tanto que ningún representante del Frente del Trabajo pertenecía al Consejo Económico del Reich, los patronos controlaban el Consejo del Trabajo del Reich. Excluido de la "colaboración" con los patronos en el dominio "económico", el Frente del Trabajo se hallaba igualmente excluido de esta colaboración en el dominio "social", el de los antiguos comités de empresa. Esta última colaboración se hacía entre patronos y "consejos de confianza", compuestos de obreros directamente nombrados por el patronato. El Frente del Trabajo, aunque sus responsables locales fuesen con la mayor frecuencia directamente nombrados por las secciones locales del partido nacionalsocialista, seguía siendo siempre sospechoso, a causa de su contacto con la masa obrera.

Así, pues, en lo que se refiere al aparato sindical nacionalsocialista, *el carácter complejo del sindicato como aparato ideológico de Estado se manifiesta en él plenamente, lo que revela igualmente, a pesar de las apariencias, ciertos aspectos de la naturaleza de los sindicatos de "colaboración" de clase en las formas "normales" de Estado burgués.*[53]

En primer lugar, la función principal del Frente del Trabajo, aunque en él se hubiera filtrado profundamente la policía secreta, no era policiaca. Nadie lo expresa mejor que el propio Himmler, jefe de la policía secreta del Reich, al visitar, en 1936, las oficinas de la dirección del Frente del Trabajo: "Los ss y la policía no pueden garantizar la seguridad interior más que si los hombres han sido conquistados por la idea del nacionalsocialismo;

[53] A propósito de los aparatos ideológicos de Estado, véase más adelante pp. 353 ss, donde se advertirá especialmente que un partido, un sindicato, etc., no constituyen, en sí y en sentido riguroso, aparatos; constituyen ramas del aparato político, del aparato sindical, etcétera.

es ésta una labor que incumbe particularmente al Frente del Trabajo". Y, en efecto, el papel del Frente del Trabajo era principalmente ideológico. Su jefe de propaganda, Selzner, declaraba que su labor esencial era "la preparación, por la educación, de todo sus miembros al nacionalsocialismo". El Frente del Trabajo, cuyo papel se limitaba a presentar a las comisiones de arbitraje las reivindicaciones económicas de los obreros, a condición, naturalmente, de que no tuvieran ningún carácter político que comprometiera el "orden público" y la "paz social", se consideraba por los dirigentes nacionalsocialistas como un instrumento "puramente político", en lo cual acertaban plenamente.

Pero —hecho aparentemente paradójico al lado de eso— los dirigentes nacionalsocialistas no dejaron nunca de desconfiar de ese sindicato único, incluso así depurado, transformado y nacionalizado, que fue el Frente del Trabajo. Y es que todo Estado burgués, cualquiera que sea, mantiene un (o unos) aparato ideológico de Estado destinado a la clase obrera, y puede temer siempre que la lucha de clases bloquee ese aparato; así el Frente del Trabajo en el Estado nacionalsocialista. Y si se dice esto, no es precisamente para asentar una analogía superficial, semejante a la del "socialfascismo", entre los sindicatos socialdemócratas y el Frente del Trabajo. Es para establecer, por encima de las *diferencias capitales* entre ellos, en sus funciones, objetivos y métodos de acción, el *parentesco de naturaleza* entre los aparatos ideológicos de Estado de toda forma de Estado burgués, y esto en oposición a aquellos que plantean una diferencia de naturaleza entre los sindicatos "libres" y los sindicatos fascistas "estatales", en este caso el Frente del Trabajo.

El caso del fascismo nos permite incluso aventurar una proposición suplementaria. Si el aparato de Estado burgués puede eventualmente prescindir de un aparato ideológico del tipo "partido" especialmente destinado a la clase obrera (el partido nacionalsocialista, partido típicamente "pequeñoburgués", no desempeñó esa función sino por sustitución), *no puede en absoluto prescindir de un aparato del tipo "sindicato"*. La Revolución francesa que, en oposición a las ideas admitidas, se ocupó en primer lugar de evitar ese aparato del tipo "partido", y después tan sólo, por la famosa ley Pelletier, de restringir el aparato

del tipo "sindicato", sabía ya algo de esto, lo cual fue muy bien comprendido por Louis Bonaparte. Pero este aparato, pieza absolutamente esencial del aparato de Estado burgués, es siempre, a causa de su función ambigua, fuente de desconfianza para la burguesía.

En lo que concierne en particular al Frente del Trabajo, Dimitrov lo había comprendido bien: [54] "Es necesario poner término de la manera más resuelta a la subestimación del trabajo en las organizaciones fascistas de masa... El fascismo ha suprimido a los obreros sus organizaciones legales propias. Les ha impuesto las organizaciones fascistas, y es en ellas donde se encuentran las masas, por la fuerza o, en parte, voluntariamente. Estas organizaciones fascistas de masa pueden y deben ser nuestro campo de acción legal y semilegal, el campo en el que estaremos en relación con las masas. Ellas pueden y deben llegar a ser para nosotros el punto de partida legal o semilegal de la defensa de los intereses cotidianos de las masas. Con objeto de utilizar estas posibilidades, los comunistas deben... liberarse de una vez para siempre del prejuicio según el cual tal género de actividad no conviene a un obrero revolucionario y es indigno de él".

[54] *Op. cit.*, p. 78. Véanse igualmente, en este sentido, los excelentes análisis de Togliatti, en *Lezioni...*, *op. cit.*, p. 177.

EL PROCESO DE DERROTA Y LA DEFENSIVA

Aquí también, como en lo que precede, insistiremos principalmente, ya sea sobre las diferencias entre el caso italiano y el caso alemán, ya sobre los aspectos que ilustran, en el caso italiano, todavía de manera más definida que en el caso alemán, las proposiciones iniciales.

Se advierte ante todo, igualmente desde el punto de vista del proletariado, el carácter concentrado, no sólo del proceso de fascistización, sino también del período que lo precede; más particularmente, el carácter muy breve del período de estabilización entre el viraje de la derrota y los comienzos del proceso de fascistización. En cuanto al proceso de derrota, no está marcado aquí, en ningún momento, por ninguna tentativa de insurrección en el sentido propio del término, excepto una insurrección local en Turín en 1917. La ofensiva del proletariado adopta esencial y principalmente la forma de huelgas, y de huelgas políticas en particular. El proceso de derrota se desarrolla no obstante a través de una guerra civil "larvada" e ininterrumpida, entre las dos fuerzas en presencia.

El final de la guerra, en Italia también, corresponde a un arranque revolucionario excepcional de la clase obrera.[1] Manifiesto por toda una serie de huelgas y de acciones políticas de masa, este impulso se concreta, en julio de 1919, en una situación objetivamente revolucionaria, que adopta aquí la forma de una huelga general política, el 4 de julio. Acá y allá aparecen soviets detentando los poderes, y las fraternizaciones entre la tropa y los obreros adquieren una amplitud considerable. Pero la huelga política "revolucionaria" del 20 de julio, que debía ser la continuación, fracasa.

[1] A. Tasca, *op. cit.*; Salvemini, *op. cit.*; Santarelli, *op. cit.*

En 1920, tras un período de calma relativa, toma nuevo impulso el movimiento huelguístico, que culmina con la huelga general de ocupación de las fábricas, en agosto de 1920. Cada fábrica queda entonces bajo la dirección de un Consejo Obrero (Consiglio di Fabbrica), que asegura su funcionamiento, en tanto que un acuerdo con las cooperativas obreras permite continuar dando salarios a los obreros. ¿Situación objetivamente revolucionaria y "ocasión perdida"? Aquí también se dividen las opiniones. De todos modos, se trataba de una situación de crisis abierta, que comportaba posibilidades definidas para el movimiento obrero.

Pero el movimiento quedó limitado a las fábricas, que el "no intervencionista neutro" Giolitti se contentó simplemente con hacer rodear por la tropa que ocupaba las ciudades industriales, y fue condenado al fracaso. Los huelguistas no obtuvieron más que un reconocimiento de principio, nunca concretado en forma de ley, de un vago control obrero en las empresas, por la institución de comisiones paritarias, que decidían en cuanto a las relaciones disciplinarias entre patronos y obreros y en cuanto al aumento de la productividad. El 27 de septiembre, abandonaron los obreros las fábricas. Tras un breve período de estabilización, sería ya, en los comienzos del año 1921, el paso de la clase obrera a la defensiva, con los comienzos del proceso de fascistización.

Sin embargo, la clase obrera logró, durante este proceso, conquistas político-económicas importantes: mejora sustancial de los salarios; jornada de ocho horas; generalización de los contratos colectivos; comités de empresa; sufragio universal y directo; autonomía relativa de la gestión comunal de las regiones rojas. Ventajas constantemente cercenadas durante el proceso de fascistización; pero que, por la vía indirecta de los representantes del capital medio, se mantenían aún, en una medida ya inaceptable para el gran capital, cuando subió el fascismo al poder.

En cuanto a la clase obrera, el fracaso de las ocupaciones de fábricas llevó aparejada su desmovilización general. Durante el proceso de fascistización, bajó el índice de las huelgas: en relación con 1920, el número de las jornadas de trabajo perdidas por causa de huelgas disminuyó del 75 al 80 %, y fue, aquí también, el aspecto económi-

lo de la lucha el que pasó al primer plano.[2] Fue únicamente sobre este plano, y con objetivos "defensivos reivindicativos", como se realizó, el 20 de febrero de 1922, la unificación del movimiento sindical, por la creación de la Alianza del Trabajo. Esta Alianza del trabajo intentó, en agosto, frente a la ofensiva fascista, y para el "restablecimiento de la legalidad democrática", una última huelga política, general e ilimitada, que fracasó.

En Italia igualmente, durante el proceso de fascistización, se advirtió la separación entre el PCI y la masa de la clase obrera. Se expresa, en primer lugar, por la disminución de sus efectivos después de la escisión con el partido socialista. En el congreso de la escisión, en Liorna, en 1921, la moción de los fundadores del PCI logró 58 000 votos aproximadamente entre los inscritos del Partido Socialista. En marzo de 1922, en su II Congreso, el PCI declaró oficialmente 40 000 afiliados, cifra que parece debe reducirse a 20 000. Era en aquella época un partido de carácter "obrerista" *extremadamente marcado*, de lo cual se enorgullecían, por lo demás, sus dirigentes, que contaba un 98 % de obreros, y casi exclusivamente establecido en el norte.[3]

Pero aquí también el elemento importante era que el PCI no llegaba a imponer su dirección a amplias fracciones de la clase obrera, lo cual era todavía el caso, hasta 1920, de la "fracción revolucionaria" del Partido Socialista. Gramsci —y el grupo turinés del Ordine Nuovo— a la cabeza había logrado desempeñar un papel dirigente en las huelgas de ocupación de fábricas. Esto es particularmente claro en la incapacidad del PCI para arrastrar las masas en una lucha eficaz contra el advenimiento del fascismo al poder. La separación, sin embargo, no se expresó, sino al contrario, en el plano electoral: en las elecciones de 1921, socialistas y comunistas juntos ganaron votos (20 000) respecto de los obtenidos por el Partido Socialista sólo antes de la escisión.

En fin, el PCI estuvo, a lo largo de todo el proceso de fascistización, profundamente dividido. Entre la tendencia

[2] A. Tasca, op. cit., p. 117.

[3] P. Spriano, *Storia del Partito Comunista italiano*, t. I, *Da Bordiga a Gramsci*, 1967, pp. 168 ss.

Bordiga, que logró imponer su línea, y la tendencia Gramsci-Togliatti, la lucha fue muy enconada. En tanto que Bordiga preconizaba la lucha a muerte contra los socialistas, en 1922, Gramsci y el grupo turinés buscaban contactos con d'Annunzio, que acababa, antes de la unión nacionalista y fascista, de ordenar a sus legionarios que abandonaran y combatieran los *fasci*.

II. LA CRISIS POLÍTICO-IDEOLÓGICA. SOREL Y EL SINDICALISMO REVOLUCIONARIO

Lo particularmente interesante en el caso italiano es la crisis ideológica en el seno de la clase obrera, manifiesta en la contaminación de la ideología obrera por la ideología de la pequeña burguesía en rebelión, que se ve aparecer muy bien en el *sindicalismo revolucionario* y a través del pensamiento de G. Sorel, que tuvieron en Italia una influencia considerable. ¿Cuál es el contenido de estas influencias en sus líneas principales?

El sindicalismo revolucionario, relativamente distinto del anarcosindicalismo, por estar más politizado que este último, preconiza la "autoemancipación" de los "productores" por medio de los sindicatos, sus únicas "propias" organizaciones de clase. Como dice Arturo Labriola,[4] al que no hay que confundir con Antonio: "La asociación económica de los trabajadores [sindicato] está, pues, concebida como el instrumento de realización de la revolución social; ella sola destruye la base sobre la que descansa el régimen burgués, es decir, la competencia de los asalariados; ella sola constituye la fuerza social de los obreros... Por todas estas razones, el sindicalismo concluye que la revolución social no puede ser la obra de un partido..." Ocurriendo las cosas esenciales, para el sindicalismo revolucionario, en lo económico (las fábricas), ahí es donde debe residir el objetivo principal de una "revolución social", y no en la toma del poder del Estado. El propio Estado habrá de ser remplazado, cuando llegue

[4] Los pasajes citados de Labriola están tomados de su artículo: "Syndicalisme et socialisme", en *Le Mouvement Socialiste*, octubre de 1906. Véase, respecto al tema, H. Dubief, *Le syndicalisme revolutionnaire*, 1969.

el tiempo, por una asociación de sindicatos, instrumentos del *self-government* de los "productores". Una revolución hecha por un partido, "exterior" por definición a los productores, no haría más que remplazar una explotación "política" por otra. La revolución habrá de hacerse sin la toma del poder de Estado, que se hundirá por sí mismo al tomar el poder los productores en las fábricas: ésta será la *huelga general*. Esta concepción va unida aquí al espontaneísmo. Estando la huelga general siempre potencialmente presente en la conciencia obrera, basta declararla por medio de los sindicatos, mantenidos siempre lejos de los partidos.

En fin, un último punto, ya que se ha hablado mucho del sindicalismo revolucionario, exaltando su concepción de la "autogestión" de los obreros. De hecho, el sindicalismo revolucionario está profundamente marcado por un *tecnicismo productivista*, al que se reduce finalmente su concepción de la "autogestión" de la producción por los obreros: "El sindicato es..., además, una selección de hombres que poseen cualidades técnicas determinadas. De donde dos consecuencias: 1] La revolución socialista no será posible más que en un período de gran desarrollo industrial... 2] Los que se encarguen de la dirección de la producción habrán de poseer las aptitudes requeridas, condición que no se realizará si la revolución la llevara a cabo un partido" —escribe además Labriola.

Sin embargo, y menos paradójicamente de lo que parece a primera vista, sobre este sindicalismo revolucionario viene a injertarse el pensamiento de G. Sorel. Para Sorel igualmente la revolución no puede ser más que la obra de los propios "productores", culto saint-simoniano del productivismo. Una organización política del tipo partido no podría sino "burocratizarse", entorpecer y espoliar a los productores en sus conquistas revolucionarias. Pero, para Sorel, esta espontaneidad de la clase obrera no basta, debe ser "actuada"; tal es su concepción de la *minoría actuante*. Sólo una intervención voluntaria, violenta, de una fracción consciente de las masas permitirá hacer la revolución.

¿Por qué la violencia en tanto que tal? Es, por una parte, porque obliga en toda circunstancia al adversario a desenmascararse movilizando las masas: "...la cobardía

burguesa que consiste en... ceder ante la amenaza de la violencia no puede más que engendrar la idea de que la burguesía está condenada a muerte, y que su desaparición no es más que cuestión de tiempo. Cada conflicto que da lugar a violencias se convierte en un combate de vanguardia..." [5] Es, por otra parte y principalmente, a causa de su carácter *simbólico*, que permite la activación de la conciencia obrera por medio de "acciones" de la minoría actuante.

Sorel da también, en sus *Réflexions sur la violence*,[6] una interpretación completa del simbolismo político, por lo que él designa como "*mito*" político: el socialismo, para hacerse realista, debe apoyarse en adelante sobre el mito. "Hay que juzgar los mitos como medios de obrar sobre el presente", y Sorel define el mito como una "organización de imágenes que llevan al combate y a la batalla". Sorel reconoce que la huelga general es insuficiente para la toma del poder, para la cual preconiza, como gran admirador que es de Blanqui, la táctica de un movimiento de la clase obrera bajo el activismo de la minoría actuante, pero insiste igualmente en el papel simbólico de la huelga general. Es "el mito de la huelga general", "gimnasia revolucionaria" preparatoria del salto de los dioses del estadio de la historia.

Hay que advertir por lo demás, detalle importante y significativo, que G. Sorel, durante cierto tiempo y por un enorme equívoco, se *consideró a sí mismo leninista*. Véase el capítulo "Pour Lénine" (partido bolchevique = minoría actuante), agregado después de la Revolución de Octubre a la cuarta edición de las *Réflexions sur la violence*. Hay que recordar simplemente que, antes de la guerra de 1914, Sorel, decepcionado por los "sindicalistas", se aproximó a la Acción Francesa y a Maurras.[7]

Estas tendencias ideológicas tuvieron un efecto considerable sobre la clase obrera italiana: se mantienen vivas

[5] G. Sorel, *Réflexions sur la violence*, 8ª edición, pp. 94 ss.

[6] *Ibid.*, pp. 371 ss.

[7] Tengo, a pesar de todo, ciertos escrúpulos por parecer que quiero terminar tan rápidamente con Sorel. Frente al humanismo bobalicón de Jaurès, su pensamiento tuvo indudablemente, durante algún tiempo, efectos positivos sobre el movimiento obrero francés (lo que, por lo demás, reconoció Gramsci).

desde el comienzo del siglo, y se reactivaron durante el proceso de fascistización.[8] La influencia de Sorel se expresa ya en 1904, por la vía indirecta de Arturo Labriola, de Enrico Leone y de E. Longobardi, en el sindicalismo italiano de las regiones del norte, especialmente en Parma, Milán, Bolonia y Módena, pero también en Nápoles. En el verano de 1904, los sindicalistas revolucionarios sorelianos contribuyeron a la declaración de una gran huelga general. En el momento de la creación de la CGT italiana (1906) los sorelianos constituyeron en ella, bajo Alceste de Ambris, un grupo minoritario, la "Acción directa", que representaba 200 000 afiliados. En 1912, crearon la Unione Sindacale Italiana, influida por la experiencia de las bolsas del trabajo de Pelloutier y de Monatte, que contaba, un año después, con 100 000 afiliados.

Divididos sobre la cuestión de la guerra, los intervencionistas de izquierda crearon en 1914, con Edmondo Rossoni, M. Bianchi y los hermanos De Ambris, la Unione Italiana del Lavoro, que había de desempeñar un papel ideológico muy importante después de la guerra. Organizó una gran huelga general "nacional" y "autoemancipadora" —los trabajadores ocuparon la fábrica y continuaron la producción— en Dàlmine, en 1919.

Y llegamos así al segundo aspecto del problema, que es el de la colusión directa del fascismo y del sindicalismo revolucionario soreliano. El propio Mussolini, intervencionista de izquierda, se consideraba partidario convencido de Sorel. La huelga de Dàlmine fue abiertamente celebrada por Mussolini y los *fasci*. El programa de la Unione Italiana del Lavoro, de enero de 1919, sobre la organización corporativa de los "productores" fue directamente adoptado por el partido fascista. *Los revolucionarios sorelianos se afiliaron en masa al partido fascista*, organizando, con Rossoni, Bianchi, De Ambris y Farinacci, los sindicatos fascistas.

Da manera mucho más definida que en el caso alemán, el fascismo italiano explotó a fondo estas influencias ideológicas pequeñoburguesas en el seno de la clase obrera. Mussolini declaró "haber hecho toda su vida la apología de la violencia". El tema de las minorías actuantes, tras-

[8] Paris I, pp. 30 ss.

mutado aquí en tema de las "élites", estaba a la orden del día. Mussolini declamaba contra los "programas" y las "doctrinas" de los partidos políticos: "Nuestra doctrina es el hecho". En 1920 exclamaba: "Abajo el Estado en todas sus formas y encarnaciones, el Estado de ayer, de hoy y de mañana... No nos queda más que la religión de la anarquía" Todavía más fuertes eran sus declaraciones contra las organizaciones burocráticas y sobre el movimiento fascista como "antipartido". Los *ras* de provincia fascista las tomaban en serio y, en 1922, protestaron contra la constitución del movimiento fascista en partido, en "un partido como los demás". La tendencia "putschista", muy visible en el partido fascista, se manifestaba por las oposiciones a Mussolini cuando éste trataba de "graduar" la toma del poder.

Paralelamente, se advertía una exaltación de la huelga "económica" y del papel de los sindicatos. Al felicitar a los huelguistas "nacionales" de Dàlmine, Mussolini parece incluso haber ido más lejos: "La formación del Consejo de los obreros, que durante tres días ha desempeñado la dirección del establecimiento asegurando su funcionamiento en todas sus ramas y en todos sus sectores, representa la tentativa honrada, el esfuerzo lleno de buena voluntad, la ambición digna de suceder a la clase que se pretende burguesa en la gestión del trabajo". Mussolini, por lo demás, al enlazar así con el productivismo tecnicista de los sindicalistas revolucionarios, había de declarar que no ponía más que una condición a este "autogobierno", gestión "técnica" de la producción por los obreros: "que la producción aumente y mejore". En fin, el fascismo hacía suyo el proyecto corporativo de los sindicalistas revolucionarios.

III. LA SOCIALDEMOCRACIA ITALIANA Y EL MAXIMALISMO

A propósito de la socialdemocracia italiana, hay que advertir igualmente que presenta particularidades respecto de la socialdemocracia alemana. Pero esta diferencia no se manifiesta tanto desde el punto de vista del origen de clase de sus afiliados: en vísperas de la guerra, el partido socialista italiano se componía de un 43 % de obreros

industriales, 15 % de trabajadores agrícolas, 6 % de campesinos pobres, 15 % de artesanos, 3.5 % de funcionarios.[9] Pero parece que después de la guerra, y sobre todo después de la escisión del PCI, el porcentaje de los afiliados de origen campesino (obreros agrícolas y campesinado pobre) aumentó.[10]

Desde el punto de vista político, el partido socialista italiano se opuso a la participación de Italia en la guerra. Tomó parte en la conferencia de Zimmerwald, y su líder, Serrati, llegó a ser un propagandista activo de esta conferencia. El congreso de Bolonia, en 1919, después de la guerra, pareció romper con la tendencia "reformista" de antes de la guerra. La corriente *maximalista* de Serrati (48 111 votos) triunfó sobre la corriente reformista de Turati (14 880 votos). El congreso votó por aclamación su adhesión a la III Internacional. Los "maximalistas-abstencionistas" que, bajo Bordiga, habrían de hacer la escisión en 1921, no reunieron más que 3 417 votos.

Pero, antes de pasar a la evolución ulterior, conviene estudiar esa famosa corriente maximalista que domina en el partido socialista hasta 1922.

Aquí también es el economismo, bajo el aspecto del catastrofismo economista, lo que caracteriza el maximalismo. El partido socialista creía en la inminencia de la revolución, que había de ocurrir con una *"necesidad de hierro"*. Idea que vuelve a encontrarse, por lo demás, en la imagen que da Serrati, en el congreso de Milán, en 1921, inmediatamente después de Liorna, del movimiento fascista como expresión de la *fase final* de la dominación burguesa, antes de la catástrofe del sistema capitalista. El

[9] R. Michels, *The Political Parties*, op. cit., pp. 255 ss.

[10] Gramsci, *Les origines du cabinet Mussolini*, en *Imprecorr*, ed. francesa, 20 de noviembre de 1922. Hay que advertir, sin embargo, que Gramsci tenía demasiada tendencia, en la época, de explicar la política de "conciliación" del PSI por el hecho de que tiene "dos almas", es decir, por el elevado porcentaje en el PSI de los miembros de origen campesino. Explicación que se debe a la subestimación, que Gramsci compartía en la época con Bordiga, de la potencialidad revolucionaria del campesinado pobre (la posición de Gramsci a este respecto no había de cambiar, públicamente, hasta 1926, en su ponencia sobre la cuestión meridional en el congreso de Lyon), y que era manifiestamente falsa, en la medida precisamente en que las luchas de clase del campesinado pobre revestían, en la época, en Italia, formas particularmente agudas.

economismo reformista se trasmuta aquí directamente en catastrofismo economista. Esta revolución, necesaria e inminente, se hará por sí misma, *"fará da sé"*, no cesaría de repetir el partido socialista. Así, no se trataba de prepararla y de hacerla, de lo cual el partido era incapaz, sino, todo lo más, de hacer de manera que no fuera estorbada. Es la concepción del *todo o nada*; en espera de la irrupción de la revolución, lo único que había que hacer era, negativamente, evitar la caída en la vía del reformismo. Así, la moción maximalista en el congreso de Bolonia declaraba: "La instauración de la sociedad socialista no puede llevarse a cabo por el decreto o por la deliberación de un Parlamento o de una Constituyente, cualesquiera que sean. Débese asimismo rechazar y condenar como peligrosas e insidiosas las formas híbridas de colaboración entre Parlamento y Consejos de trabajadores... Se debe, por el contrario, impulsar al proletariado a la conquista violenta del poder político y económico, que deberá ser confiado por entero a los consejos obreros y campesinos, consejos que tendrán al mismo tiempo una función legislativa y ejecutiva".[11]

Frases que ocultan la ausencia de toda estrategia para la conquista del poder. En la realidad, las cosas se presentaban mucho más crudamente: se trataba del más completo inmovilismo en la espera; era una revolución que se aguardaba y que no se hacía nada para realizarla.[12] Pero no paraban ahí las cosas: los miembros del partido socialista estaban acostumbrados a tener sus feudos electorales bien instalados en los municipios y los poderes oficiales locales. En esto no se trataba de cambiar concretamente de táctica, sino de presentar de manera distinta las cosas. Si bien no se hacía nada para llevar a cabo la revolución, y si bien se observaba la abstención en cuanto a "colaborar" con el "poder central" del Estado, seguíase no obstante considerando que la conquista del poder central se realizaría por las conquista progresiva de los poderes "autónomos", en las regiones y los municipios. Es el ejemplo de la provincia de Emilia, la provincia roja: bastaría, dirá el

[11] *Avanti*, 25 de junio de 1920.

[12] P. Togliatti, *Le Parti Communiste italien*, 1961, p. 44; G. Salvemini, *op. cit.*

partido, con tener en Italia varias "Emilias rojas", y la revolución estaría hecha.[13]

Así, siendo lo esencial no poner estorbos a aquella revolución inminente y necesaria, se trataba, en la espera, de no dar "pretexto" al adversario. Durante el año de huelgas de 1920, la dirección del partido declaraba: "La situación actual indica que la crisis se acelera en tanto que se acerca el choque formidable entre la burguesía y el proletariado. Ante la necesidad de afrontar la nueva lucha con todas nuestras energías, los organismos dirigentes del movimiento proletario en Italia deben poner en guardia a los trabajadores contra los actos que pudieran ser nocivos y perjudiciales al movimiento de conjunto..." Pero sería preciso, por lo demás, obtener del "Estado central" y del "gobierno", a la vez que no estorbe el proceso revolucionario y que suprima los obstáculos que se oponen a él "ilegalmente", los fascistas en este caso. Sería preciso en fin, como declaraba la dirección del Partido Socialista en 1922, "negar toda participación, todo apoyo y todo voto en favor del gobierno".[14]

Sin embargo, la fracción "reformista" del Partido Socialista, con Turati y Treves, apoyada por la CGT italiana y sus jefes, d'Aragona a la cabeza (la CGT ligada desde 1918 al Partido Socialista por un pacto de alianza y que contaba, en 1920, con 2 200 000 afiliados) discrepaba. Adoptó francamente el camino de colaboración de clase, y en 1920 hizo fracasar, frente a la actitud de espera de los maximalistas, el movimiento de ocupación de las fábricas. En 1922, la mayoría de la fracción parlamentaria del Partido Socialista, con Turati, se declaró dispuesta a participar en un gobierno "democrático". Por lo demás, en el congreso de Roma, en octubre de 1922, dos meses antes de la subida del fascismo al poder, sobrevino la escisión entre maximalistas y reformistas. Estos últimos fundaron el Partido Socialista Italiano Unitario, en tanto que la CGT rompió su pacto de acción con el PSI.

Ahora bien, durante el proceso de fascistización, si bien el retroceso de la socialdemocracia fue evidente —había quedado reducida de 216 000 en 1920, a 60 000 miem-

[13] A. Tasca, pp. 388 ss.
[14] J. Droz, *Le socialisme démocratique*, *op. cit.*, p. 197.

bros en 1922—, no hay que olvidar ni que esto ocurría a continuación de la escisión de Liorna, ni que tal retroceso se sitúa dentro del marco de un retroceso general de las organizaciones obreras, incluso el PCI. Así, en proporción, el Partido Socialista se mantuvo respecto del PCI, y la fracción reformista ganó terreno en el seno del Partido. En tanto que los reformistas no habían tenido en el congreso de Liorna, en 1920, más que unos 15 000 votos, tuvieron en Roma, en 1922, 30 000 aproximadamente.

Paralelamente, por la vía, sobre todo, de los sindicatos y de la fracción parlamentaria del Partido Socialista, la ideología socialdemócrata pareció, aunque en un grado menor que en el caso alemán, contaminar a la clase obrera. Esta influencia ideológica pasaba igualmente por el portillo particular del maximalismo. No adoptaba siempre, como en Alemania, la forma definida de una colaboración directa de clase. Se la puede descubrir, dentro de la propia clase obrera, en la creencia en la utilización posible y decisiva de las capas intermedias de los aparatos de Estado burgueses —poderes locales, gendarmería, policía, ejército— como diques contra el fascismo, evitando con ello dar pretexto a la burguesía, mientras se aguardaba el apocalipsis revolucionario. Dicho de otro modo, esta influencia ideológica revestía aquí principalmente la forma de la ilusión, típicamente pequeñoburguesa, de una neutralidad del Estado respecto de la burguesía, de la cual se rechazaba, por otra parte, toda colaboración directa de clase.

Si la política de la socialdemocracia hacia el fascismo no era, pues, la misma en Italia que en Alemania, conducía no obstante a los mismos resultados. Cierto es que el Partido Socialista evitó así extraviarse en la política del "mal menor", la de un apoyo franco a gobiernos burgueses. En efecto, el error de este partido no fue, como lo sugiere J. Droz,[15] no haber participado en, o sostenido, un gobierno "democrático". Fue que el Partido Socialista, si bien no hizo nada para preparar la revolución, tampoco hizo gran cosa para evitar el fascismo.

En primer lugar, táctica legalista por la que se negaba a la organización de lucha política de masa contra el fas-

[15] *Op. cit.*, p. 197.

cismo (aparte de algunas manifestaciones y escaramuzas esporádicas) para no dar pretextos al adversario. El 22 de mayo de 1922, el *Avanti* publicaba amplios pasajes de *La vida de Cristo* de G. Papini, donde, naturalmente, se habla de ofrecer la otra mejilla, bajo el título significativo de: "No resistir".[16] Táctica fundada sobre los llamamientos periódicos al respeto de la Constitución y sobre una agitación parlamentaria. Esto desembocó, en 1921, en el pacto de pacificación socialista-fascista, que permitió al fascismo, víctima de sus propias dificultades internas, recobrarse y proseguir con más ímpetu su ofensiva, y llevó aparejada la desmovilización de la clase obrera.

Pero el medio milagroso que el Partido Socialista conservaba celosamente *in extremis* contra el fascismo *era la huelga general;* en el caso de la socialdemocracia alemana y de su capitulación mucho más definida ante el nacionalsocialismo ni siquiera se recurrió a este medio. En efecto, después de los ejemplos históricos que fueron los éxitos de las huelgas generales contra los putsch militares de Kornilov y de Kapp, se había arraigado, en el movimiento obrero, la ilusión tenaz de la huelga general como medio defensivo milagroso de barrera contra el fascismo. En el caso italiano, esta ilusión se había reforzado por la tradición del "sindicalismo revolucionario" y de su concepción de la huelga general.

Ahora bien, se trataba de una ilusión, y por numerosas razones. En el caso del proceso de fascistización, situado después del viraje de la derrota de la clase obrera, la declaración misma de una huelga general política se revelaba, en tal estado de desmovilización, como muy difícil. Con la llegada al punto de no retorno, no teniendo la acentuación de esta desmovilización otro equivalente que el de la organización de masa del fascismo, la declaración de huelga resultaba muy improbable. El movimiento fascista era ya un *movimiento de masa:* por sus organizaciones paramilitares y sindicales, y con el apoyo activo del Estado y de una parte importante de la población, le era fácil quebrar, con frecuencia en el huevo, la organización o la prosecución de una huelga general. En fin, tampoco debía sobrestimarse el aspecto técnico de la cuestión, que

[16] P. Spriano, *op. cit.*, p. 132.

intervino en el caso de los putsch de Kornilov y de Kapp en cuanto a las fuerzas populares. El fascismo poseía, por su organización de masa, sus propios medios de movilidad —transportes— y de comunicaciones.

Aquella famosa huelga, jugada de la última carta, fue decidida por la Alianza del Trabajo para el 1º de agosto de 1922. Huelga que el PCI esperaba transformar todavía en huelga general revolucionaria. Fue modestamente seguida, incluso en las grandes ciudades, y muy poco en el campo, incluso en la Emilia roja. La organización del comité secreto, encargado de la coordinación, fue desbaratada. Los fascistas ocuparon inmediatamente los puertos y los nudos ferroviarios, condujeron por sí mismos los trenes y los tranvías en las ciudades, atacaron las bolsas de trabajo y las cooperativas, y ocuparon las ciudades industriales. Dos días después ocurrió el fracaso de aquella "huelga legal", el "Caporetto socialista".

En fin, después de la subida de Mussolini al poder, y durante el largo primer período del fascismo en el poder, continuó la misma táctica legalista. El Partido Socialista tomó en serio la organización de las elecciones en 1924, en las que sin embargo, dos años después de la subida de Mussolini al poder, los fascistas no obtuvieron más que el 38 % de los votos, los "antifascistas" el 25 %, con un 37 % de abstenciones, en tanto que Hitler obtenía en Alemania, ya en 1932, el 37 % de los votos. Con ocasión del asesinato del diputado socialista Matteoti, en 1924, y cuando una oleada profunda de indignación y de agitación sacudía a Italia, sólo hubo protestas en el Parlamento. Los responsables sindicales de la CGT, bajo d'Aragona, "colaboran desde el punto de vista técnico" con el gobierno, y las negociaciones con Mussolini proseguían. Después de las "leyes ultrafascistas" había de ocurrir la disolución definitiva de los partidos y de los sindicatos "libres".

IV. EL PARTIDO COMUNISTA ITALIANO

1] *La tendencia Bordiga y la política del partido*

En cuanto a la política del PCI, si bien está marcada por errores, a lo largo de todo el proceso de fascistización, se

halla caracterizada por el *infantilismo izquierdista*, muy distinto del "ultraizquierdismo" de fachada del PCA.

El PCI, constituido después de la escisión de Liorna, se colocó de golpe bajo el predominio de la línea política de Bordiga.[17] Ya en 1919, la fracción comunista del Partido Socialista, bajo la influencia de Bordiga, preconizaba el "ausentismo", es decir, la no participación en las elecciones y en el Parlamento, lo cual le atrajo las violentas amonestaciones de Lenin. Después de la escisión, hubo una línea de lucha intensa contra el Partido Socialista, excluyendo toda forma de contacto o de entendimiento con el conjunto, y en todos los escalones, de este partido. Se apuntaba en primer lugar a Serrati, a quien el PCI reprochaba particularmente no haberlo seguido, cuando la escisión de Liorna, y a causa del carácter peligroso de las "ilusiones maximalistas", contribuyendo a diferir la muerte de la socialdemocracia.

En su manifiesto para las elecciones de 1921, el CC del PCI declaraba: "Las elecciones de mayo de 1921 deben ser el proceso del Partido Socialista... Todo obrero consecuente... debe estar en adelante persuadido de que su clase no logrará avanzar en Italia sino pasando sobre el cadáver del Partido Socialista, que no es posible vencer a la burguesía si no se limpia primero el campo de la lucha de clases de ese cadáver en putrefacción".[18] En 1922, cuando Turati se hallaba en camino de desbordar la fracción maximalista, lo único que se le ocurrió hacer al PCI fue felicitarse porque "la ruina del Partido Socialista está en camino de colocar al Partido Comunista italiano a la cabeza de la clase obrera italiana y de su lucha revolucionaria". El PCI llegaba incluso a congratularse de los éxitos del fascismo, en la medida en que la influencia de la socialdemocracia sobre las masas se encontraría por ello disminuida y en que, así, se suscitarían condiciones favorables a la extensión de la influencia del PCI.[19] Esta política respecto del Partido Socialista había sido ya, antes

[17] Bordiga fue indiscutiblemente, hasta 1926, una de las figuras más destacadas del Komintern, y de una talla mucho mayor que los "izquierdistas" alemanes, Maslow, Fischer, Korsch, Rosenberg, etcétera.

[18] *Partito Comunista d'Italia: Manifesti ed altri documenti politici* (1921), reedición Feltrinelli, pp. 46-7.

[19] P. Spriano, *Storia del Partito Comunista italiano*, t. I: *Da Bordiga a Gramsci*, 1967, p. 127.

de 1922, vivamente criticada por Lenin, que aconsejaba un entendimiento con los maximalistas de Serrati.

Durante todo este período, el PCI (especialmente Tesis de Roma del II Congreso del PCI de 1922) seguía creyendo en la inminencia de la revolución, en la persistencia de la ofensiva obrera y subestimaba por completo el peligro fascista. Los representantes del PCI en el III Congreso del Komintern, con Bordiga y Terracini a la cabeza, estaban en estricto desacuerdo con la tesis de la estabilización. El fenómeno fascista se hallaba constantemente asimilado al de los guardias blancos rusos, percibido como reacción *en caliente* a una situación revolucionaria.[20] Gramsci fue el único en admitir la posibilidad de victoria de un "golpe de Estado" fascista.[21]

En tanto que el I Plénum adoptaba las tesis sobre el frente único, los delegados del PCI votaron, con los partidos francés y español, contra el acuerdo. La interpretación que dio la tendencia Bordiga se anticipó a la que habría de dar el VI Congreso del Komintern. La dirección bordiguista llegó incluso a un primer esbozo de la tesis del socialfascismo. Esperaba una alianza oficial, en el Parlamento, del Partido Fascista y del Partido Socialista, bajo una égida giolittiana, y Bordiga escribe: "Que el fascismo y la socialdemocracia emprendan hoy caminos convergentes puede parecer a muchos una paradoja..., pero será confirmado en el futuro... Fascismo y socialdemocracia son dos aspectos del mismo enemigo de mañana".[22] Se prosiguió la misma táctica respecto de los socialistas.

En cuanto al frente único, el PCI consideró que no debía aplicarse sino en el *dominio económico*, respecto de los sindicatos y únicamente para acciones "reivindicativas", pero de ningún modo al nivel político; distinción radical de lo económico y de lo político que vuelve a encontrar-

20 *Ibid.*, p. 126.

21 A. Gramsci, "La reazione", en *Avanti*, ed. piamontesa, 17 de octubre de 1920. Lo que hizo decir a Trotski en 1932 "que ningún comunista italiano, salvo Gramsci, había previsto la posibilidad de una dictadura fascista" (citado por J. Cammett, *A. Gramsci and the Origins of Italian Communism*, 1969, p. 159). Esta opinión de Gramsci la compartía el Komintern, en especial Lenin y Zinoviev (P. Spriano, *op. cit.*, p. 95).

22 *Il Soviet*, 15 de mayo de 1921.

se, como se verá dentro de un momento, en la concepción bordiguista del partido y de la organización. Esto hizo decir a Zinoviev, que no había cesado de poner en guardia al PCI contra esta política, en el I Plénum: "Toda la filosofía del camarada Terracini consiste en decir: con d'Aragona sí, con Turati no... Las masas no pueden conquistarse sin contactos también con sus organizaciones políticas y sus dirigentes", y, en el IV Congreso, el mismo Zinoviev: "En la táctica del frente único tenemos divergencias muy serias con el PCI, que considera que el frente único es posible en el dominio económico, pero que no debe en absoluto realizarse en el dominio político. Esta es una concepción antimarxista..."[23]

Esta política dio lugar así al fracaso del frente único, incluso en el solo domino económico. No hay nada paradójico en que, pese a sus declaraciones sobre el "frente único económico", el PCI boicoteara la Alianza del trabajo. El frente único habría de ser objeto de tímidas tentativas, al menos "oficialmente", en raras acciones comunes. Hubo que esperar la escisión del Partido Socialista, en octubre de 1922, para que se intentaran acercamientos con los marxistas; pero ya era demasiado tarde. Incluso después de la subida del fascismo al poder, esas aproximaciones habían de ser ferozmente combatidas por Bordiga, que impedía su realización habiendo de presentarse maximalistas y comunistas en orden disperso en las elecciones, en el escrutinio mayoritario de 1924, quedando sin efecto un llamamiento del último minuto, bajo la presión del Komintern, del PCI al Partido Socialista para un acuerdo electoral. Los acercamientos no se proseguirían hasta después del congreso de Lyon, consagrando la dirección de Gramsci sobre el partido.

Pero esta realización del frente único en la base, aparte de la actitud del PCI respecto de las organizaciones socialdemócratas, chocaba con la concepción misma del partido que preconizaba la dirección, y con su estrategia de la toma del poder. La tendencia Bordiga estaba marcada por un blanquismo pronunciado. "Hay que ser pocos, pero buenos", diría a menudo, y éste sería el eslogan del

[23] Zinoviev en el I Plénum, en *Compte rendu de la Conference de l'Exécutif élargi de l'I. C., Février-Mars 1922*, París, pp. 159 ss; y en el IV Congreso, en *Protokoll...*, *op. cit.*, pp. 897 ss.

"pequeño partido" y de los "10 000 comunistas". Con ayuda de la huelga general revolucionaria, los 10 000 comunistas decididos habían de lograr, por medio de la *insurrección* en un momento *puntual*, herir de muerte al Estado en su cabeza.

Es preciso, por lo demás, subrayar enérgicamente que fue contra esta concepción contra la que las decisiones del III Congreso —leninista— del Komintern precisaban, con la consigna "hacia las masas": "Desde el primer día de su creación, la Internacional Comunista ha considerado claramente y sin equívoco que su objeto no era la creación de pequeñas sectas comunistas que estableciesen su influencia sobre la clase obrera únicamente por la agitación y la propaganda. . . , sino la creación de *partidos de masa*". El término mismo de *partido de masa*, vuelto a utilizar especialmente por Togliatti, después de 1945, en el sentido revisionista que sabemos, es un *término leninista*.[24] Puede parecer paradójico, en la medida en que la tradición leninista admite la distinción radical entre organización de *vanguardia* —partido— y *organizaciones de masa* —sindicatos. De hecho, el empleo del término partido de masa lleva consigo la ambigüedad constante del Komintern, en sus análisis de la relación entre lo político y lo económico y de la relación entre sus organizaciones respectivas.

Comoquiera que sea, la concepción bordiguista es, en principio, opuesta exactamente a la del PCA, que cifraba su esperanza en la conquista electoral de la "mayoría" de la clase obrera. Sin embargo, a partir de tal concepción del PCI, el frente único, alianza en el interior de organismos específicos, no tenía ningún sentido ni razón de ser. El PCI debía disponer celosamente sus "propias" y "puras" organizaciones de puñados de hombres decididos, estrechamente controlados por las "alturas" del partido, y debía combatir y denunciar toda otra formación semejante "fuera del partido".

[24] Más precisamente, el término leninista de "partido de masa" no está en absoluto vinculado a la *importancia numérica*, es decir, al *número de los afiliados* del partido, en el sentido en que Togliatti había empleado la expresión. En cambio, en el otro extremo, Bordiga identifica la noción de "vanguardia" con el "número restringido", en el sentido de "secta iniciada", de afiliados.

La actitud del PCI respecto de los Arditi del Popolo ropos, formaciones paramilitares que surgieron, en 1921, espontáneamente ante los ataques fascistas, es característica. Esos Arditi reagrupaban obreros, campesinos, sindicalistas de base, socialistas, comunistas, etc. El PCI los denunció y prohibió a sus hombres afiliarse a ellos: "Los Arditi del Popolo se proponen, según parece, traducir la reacción proletaria contra los excesos del fascismo para restablecer 'el orden y la normalidad de la vida social'. El objeto de los comunistas es completamente distinto: les importaba conducir la lucha proletaria hasta la victoria revolucionaria; se sitúan en el punto de vista de la antítesis implacable entre la dictadura de la reacción burguesa y la dictadura de la revolución proletaria. . ., demuestran así el carácter pernicioso y derrotista de toda distinción entre defensiva y ofensiva de la clase obrera".[25] Los elementos de los Arditi se consideraban "sospechosos" y "turbios", y el PCI organizaba sus propias "escuadras comunistas" bajo la consigna: "El valor del aislamiento". En vano escribiría Gramsci: "¿Son opuestos los comunistas al movimiento de los Arditi del Popolo? Muy al contrario: éstos aspiran al armamento del proletariado, a la creación de una fuerza armada proletaria que pueda vencer a la burguesía. . ." [26]

Errores, pues, de una línea de infantilismo de izquierda típica, y que difiere de la línea del PCA. En lo que concierne a la lucha contra el fascismo, *el* PCI *se lanza de manera decisiva en la batalla, dentro de los límites que autoriza su línea*, y lejos de las ilusiones legalistas-electoralistas. Las "escuadras comunistas", a partir de 1921, pasaron a la acción en todas partes, y obtuvieron con frecuencia resultados apreciables, especialmente en Milán. Desarrolláronse violentos combates en Génova y en Turín. Después del fracaso de la huelga legalitaria, en 1922, los comunistas, ayudados por sindicalistas revolucionarios, derrotaron en Forli y en Parma a las tropas fascistas. En Parma, y bajo la instigación del PCI, se organizó la ciudad como plaza fuerte, y durante cinco días el proletariado rechazó las tropas fascistas de élite de

[25] Comunicado del CC del PCI, del 7 de agosto de 1921, en *Manifesti ed altri documenti politici*, p. 93.

[26] "Gli Arditi del Popolo", *Ordine nuovo*, 15 de julio de 1921.

Italo Balbo, que se retiraron dejando 40 muertos y 150 heridos. Ante esta actitud decidida, el fascismo se abstuvo de atacar directamente las grandes ciudades antes de su subida al poder. En fin, numerosos comunistas, sin hacer caso de la prohibición del PCI, lucharon en las filas de los Arditi.

2] *Gramsci y los consejos obreros. El Komintern, la cuestión sindical y el problema "partido-sindicato"*

Pero hay más. Frente a la línea Bordiga estaba la del grupo comunista turinés bajo Gramsci, quien, a partir de 1924, había de tomar progresivamente la dirección del PCI, con Bordiga a su izquierda y Tasca a su derecha.[27] En efecto, en su posición sobre la cuestión de los *consejos obreros*, cuando el proceso de fascistización, Gramsci y el grupo comunista turinés del Ordine Nuovo parecen haber sido, en la III Internacional en Europa, y a pesar de sus errores, los únicos que comprendieron los problemas planteados por la realización del frente único.

Los errores primero: parece indiscutible que Gramsci preconizaba en la época, por el medio indirecto de los consejos obreros, la instauración de poderes obreros destinados a remplazar, *por su misma instauración*, al Estado burgués, *y desconocía en cierta medida el problema del Estado mismo*. Esto aparece claramente en su apreciación de la "fábrica", *centro político fundamental* de la sociedad capitalista, en la medida en que es su célula económica esencial.[28]

Pero, de hecho, la concepción de los consejos obreros de Gramsci contiene elementos importantes; se distingue radicalmente del mito "autogestión" del sindicalismo revolucionario. Se funda a la vez sobre una justa concepción de las alianzas entre las masas populares —clase obrera, campesinado pobre, pequeña burguesía— y de la alianza en el seno de la clase obrera, así como sobre el

[27] Hay que advertir que las divergencias muy vivas entre Bordiga y Gramsci no tomaron, hasta 1924, la forma de oposición abierta de Gramsci a la línea "oficial" del PCI. Gramsci se ha explicado después acerca de esto, arguyendo que no había querido servir de canción a la oposición de derecha a Bordiga.

[28] "Lo strumento del lavoro", *Ordine nuovo*, *op. cit.*, p. 79.

medio propio de realizarla. El consejo obrero está concebido como una organización específica en la base, fuera de partido, del frente único. Los comités de empresa están transformados en consejos obreros constituidos, en cada fábrica y taller, sobre la base de elecciones de representación directa, sin pasar, dando un rodeo, por los sindicatos constituidos y por sus cimas. El papel de los consejos obreros es, durante la huelga, instituir el control de la producción. Pero, en tanto que organismos *permanentes*, su papel, dirá Gramsci, sería el de operar "la transferencia de la lucha sindical, del dominio estrechamente corporativista y reformista, al terreno de la lucha revolucionaria". Este papel consistiría ciertamente también en tareas "puramente técnicas e industriales", tales como la lucha reivindicativa, pero sobre todo "la preparación política de las masas", comprendida su preparación militar: *aspecto político del papel de los consejos obreros que domina el aspecto económico*. Los comunistas organizados trabajarían en el seno de dichos organismos fuera de partido en la base, siendo sus organizadores y sus elementos más conscientes.[29]

Bordiga, como era de esperar, consideró que la perspectiva de Gramsci pertenecía a los "mitos sindicalistas y neosindicalistas".[30] El problema se presentaba para él bajo la forma de la alternativa: *Tomar la fábrica o tomar el poder*. Así plantea el problema en *Il Soviet* del 22 de febrero de 1920, explotando la negligencia relativa, en la época, de Gramsci, frente a la cuestión del Estado. La serie de artículos de Bordiga: "Per la costituzione dei Consigli operai in Italia", en *Il Soviet* de enero-febrero de 1920, desarrolla la idea según la cual se debe *primero conquistar* y quebrar el Estado, para construir, *después*, los consejos obreros de fábrica. Bordiga denuncia "el error que consiste en creer que el proletariado puede emanciparse ganando terreno en las relaciones económicas, mientras que el capitalismo continúa detentando el poder po-

[29] Me refiero aquí a los artículos diseminados de Gramsci en el *Ordine Nuovo*.

[30] Textos de Bordiga reproducidos en *Programme communiste*, oct.-dic. de 1969, núm. 46, pp. 5 ss. Véase también P. Spriano, "Il Dibattito tra *Il Soviet* e *L'Ordine Nuovo*", *Rinascita*, núm. 1, enero de 1961.

lítico por el medio indirecto del Estado". Bordiga, al considerar los consejos como organizaciones de tipo *sindical* y asimilar así la posición de Gramsci a la del sindicalismo revolucionario, pasa al lado del problema al que los consejos obreros tratan de dar una respuesta.

Podríamos extendernos más. Advirtamos simplemente que Gramsci parece haber captado, a través de una concepción leninista exacta de la necesidad del partido, el problema de una justa relación entre lucha económica y lucha política, bajo la primacía esta última, en la realización de la organización concreta del frente único. Problema que la III Internacional no supo en todo caso plantear concretamente. Ahí es donde reside, por lo demás, la clave de todas las palinodias del Komintern sobre la "cuestión de los sindicatos".

Cuestión que ahora, después de haber planteado el problema real, se puede examinar con más detención. En efecto, se reduce con la mayor frecuencia la cuestión de los sindicatos en el Komintern a la de sus virajes frente a la cuestión de las alianzas, lo cual no es más que uno de los aspectos, derivado, del problema. A este respecto, señalemos que la línea general (con particularidades según los diversos países) del Komintern es la siguiente: tras de las tentativas de escisión sindical, la unidad sindical (y el trabajo de los comunistas en los sindicatos socialdemócratas) prevaleció de 1921 a 1924. Antes del V Congreso, tentativas de creación de sindicatos comunistas autónomos, en Alemania sobre todo; pero después del V Congreso, unidad sindical, con los comunistas tratando de organizar fracciones u oposiciones sindicales en el seno de los sindicatos socialdemócratas. De 1928 a 1934, política de escisión sindical y de organización de sindicatos comunistas autónomos. Política de reunificación sindical durante el período que prepara el VII Congreso y después.

Pero el problema principal no está ahí. Reside en la concepción del Komintern concerniente a la *relación* de la lucha económica y de la lucha política, las organizaciones respectivas de esta lucha y la relación entre esas organizaciones, problemas concentrados precisamente en la cuestión del frente único.

Aquí también, aventuraremos la proposición siguiente: la cuestión de la relación de la lucha económica y de la lucha política no fue aclarada por la III Internacional, a pesar de las posiciones definidas de Lenin, en particular en *La cuestión de los sindicatos y los errores de los camaradas Trotski y Bujarin*. Con el restablecimiento progresivo del economismo, que llevaba aparejado el abandono de la línea de masa, se vio instaurarse de hecho, pese a las declaraciones, el principio de una *separación radical* de la lucha económica y de la lucha política. Fue a partir de esta separación radical como se plantearía en adelante el problema de su relación. Injertada sobre esta separación radical y sobre el abandono de la línea de masa, la cuestión de la distinción entre sindicato, organización específica de la lucha económica —*organización de masa*— y partido, organización específica de la lucha política —*organización de vanguardia*—, y de su relación, habría de saldarse por errores; no fue casual el hecho de que Lenin, que combatió este estado de cosas, introdujese el término de "partido de masa" en los acuerdos del III Congreso del Komintern.

¿Cuáles son estos errores? La primacía de lo político se afirma constantemente; pero, planteada a partir de la separación radical de lo político y de lo económico, la única vía preconizada para su realización es la de la subordinación directa del sindicato (de la fracción sindical revolucionaria, o del sindicato comunista) al partido. Los miembros del partido trabajan en la sección sindical de la empresa, siendo el sindicato y el partido las únicas formas de organización previstas. *El abandono de la línea de masa se concreta aquí en el hecho de que el "sindicato" —organización de masa— deviene el aspecto de masa del "partido", organización de vanguardia; lo económico deviene en cierto modo el aspecto de masa de lo político.*[31] El sindicato está así considerado siempre como

[31] Doy aquí la posición, *terriblemente significativa*, de Varga sobre la cuestión, y vale la pena citarla por entero: "Los comunistas deben resolver esta tarea de actuar en tanto que partido revolucionario de masa... Tienen por misión ser una *vanguardia* que trabaje sin cesar con la mira puesta en el fin revolucionario..., pero sin apartarse jamás de la masa de los obreros y sin llegar a convertirse en una secta aislada. *Deben ser partidos de masa*. Esto significa que deben defender los intereses cotidianos de las masas obreras y de todos los exple-

el lugar a la vez de la organización de la lucha económica y de la, exclusiva, del frente único en la base, en las masas. No es en absoluto por casualidad, sino por un encadenamiento lógico perfectamente coherente, por lo que Bordiga no acepta el frente único en el dominio "económico-sindical."

El conjunto de estos datos desemboca, a continuación, en los resultados *alternantes* o *paralelos* siguientes ya sea que la fracción sindical comunista (o el sindicato comunista) conduzca a todo trance la línea "política del partido", que no es ya una línea de masa, desvirtuando con ello su papel sindical y la articulación concreta de lo económico y de lo político, bajo una justa primacía de este último; ya sea que esta fracción (o sindicato) conduzca la lucha económica, haciendo por articularla con la lucha política por la sola competencia en las reivindicaciones económicas con respecto a las preconizadas por las direcciones sindicales (o los sindicatos socialdemócratas). Se ha advertido a tal respecto lo ocurrido con la RGO del PCA. Todas las palinodias del Komintern relativas a la cuestión de los sindicatos se reducen, finalmente, a bruscos golpes de timón hacia una u otra de esas dos direcciones, a las que la obliga su línea política general.

Se irá incluso más lejos, para afirmar que los gérmenes de esta situación se encuentran ya en las decisiones del II y III Congreso de la Internacional, concernientes a la cuestión sindical y al frente único.

En efecto, y volvemos así a Gramsci, el problema de los "consejos industriales obreros", o de los "consejos de fábrica", fue bien planteado por los II y III Congresos. Estos dos congresos subrayan precisamente la necesidad de creación de esos consejos, "verdaderas organizaciones de masa del proletariado".[32] Se insiste sobre la *distinción necesaria* entre estos "consejos" y los "sindicatos": "Los consejos industriales obreros no pueden remplazar a los sin-

tados y combatir a la burguesía de una manera consecuente *dentro del marco del capitalismo*" (*L'économie de la période du déclin du capitalisme*..., París, 1927, p. 131). He aquí lo que Varga y, con él, el Komintern, entienden por *partido de masa*. El partido, bajo su aspecto de vanguardia, es la revolución; el partido, bajo su aspecto de masa, ¡es el sindicato!

[32] *Quatre premiers congrès mondiaux de l'Internationale*, Maspero, pp. 55 ss, para el II Congreso; pp 130, 133 ss, para el III.

dicatos. Sólo pueden organizarse sobre la marcha... y crear poco a poco un aparato general capaz de dirigir toda la lucha". Estos consejos son por excelencia las formas propias de organización del frente único "en la base, y deben estar directamente elegidos por todos los obreros, independientemente de su filiación sindical o política. Hay que advertir, por lo demás, que los tres primeros congresos distinguen claramente estos consejos obreros *de los comités de empresa* (los *Betriebsrate*), legales y oficiales, instaurados, especialmente en Alemania e Italia, después de la guerra.

Estos consejos obreros parecen estar, a primera vista y en cierta medida, vinculados, en la concepción de esos congresos, a un período de ofensiva revolucionaria y de inminencia de la revolución, como núcleos de un "doble poder". El II Congreso declara: "La repartición de todas las tareas de la clase obrera entre los consejos industriales obreros y los sindicatos es el resultado del desarrollo histórico de la Revolución". Pero esto no es absoluto. El III Congreso, al levantar precisamente acta de la estabilización, mantiene las tesis sobre los consejos, concebidos como *formas permanentes* de organización del frente único, aunque el acento se desplace hacia el papel de los sindicatos.

Pero el punto capital consiste en el papel asignado a estos consejos: este papel específico pertenece, para la Internacional, *al dominio económico*. Para el II Congreso, este papel "se inspira en definitiva en el esfuerzo hecho para realizar el control de la industria, tarea histórica especial de los consejos industriales obreros". Tal será el "*control obrero*" sobre el aprovisionamiento de las fábricas en materias primas, sobre su situación económica, sus operaciones financieras, etcétera.

El viraje a este respecto del III Congreso es todavía más definido. Con la ayuda de la "estabilización", estas tareas de los consejos obreros adoptan la forma de lucha contra los licenciamientos, contra el cierre de las fábricas, por el aumento de los salarios y el mejoramiento de las condiciones de trabajo. El papel político, incluso la primacía concreta de lo político en los consejos obreros, sobre la que insistía Gramsci, disminuye. No quiere decir esto que no se afirmara esa primacía en los mismos acuer-

dos, pero el camino se esboza en adelante a través de la solución partido-sindicato, que se ha mencionado. En efecto, considerado ese viraje, cabía preguntarse qué necesidad había de esos consejos obreros, los cuales parecían no tener ya papel específico que desempeñar frente a los sindicatos y el partido. Más todavía: reducidos al dominio económico, los consejos obreros de fábrica aparecen como un *fraccionamiento corporativo* de la clase obrera, que comprometía las conquistas de la organización sindical por ramas de industria, y sobre el plano de federaciones nacionales.

El I Congreso internacional de los sindicatos revolucionarios, celebrado en Moscú, en julio de 1921, no se engañaba: "A medida que los sindicatos obreros logran vencer las burocracias sindicales..., *los consejos de fábrica devienen núcleos de los sindicatos en la empresa*".[33] Y el Komintern, por lo demás, zanjó la cuestión en su V Congreso (1924). Los consejos obreros desaparecieron totalmente, por una sustitución sutil. Ya no se habló más que de los comités de empresa —los *Betriebsräte*—, que la Internacional tenía buen cuidado, previamente, de distinguir de los consejos obreros.[34] Lo que en adelante habría de contar exclusivamente para el Komintern sería el trabajo de la "fracción sindical" comunista en el seno de los sindicatos de una parte, y de los fantasmagóricos comités de empresa de otra.

El problema es capital, y no se puede continuar aquí. He de recordar que sólo se ha querido indicar el problema, al cual los consejos obreros han tratado al menos de dar una respuesta.

V. EL FASCISMO Y LA CLASE OBRERA

1] *Las organizaciones fascistas y la clase obrera*

En cuanto a las relaciones del fascismo y de la clase obrera, encontramos en Italia, en líneas generales, lo que

[33] "Rapport sur les conseils d'usine et de fabrique", *Résolutions et décisions du 1er Congrès*, Moscú, 1921, reedición Feltrinelli, p. 43.

[34] Acuerdo del V Congreso sobre la cuestión sindical, en Weber, *op. cit.*, p. 112.

ocurrió en Alemania. Con la diferencia de que, siendo más fuerte la resistencia de la clase obrera italiana y los orígenes del fascismo italiano más "sindicalistas", el proceso del aplastamiento de la clase obrera fue más largo, y se operó según una estrategia más sinuosa y vacilante que en Alemania. La "integración" corporativista de la clase obrera en el Estado fascista se realizó en un grado menor que en Alemania.

La implantación del fascismo, en la clase obrera italiana, siguió las mismas líneas que la del nacionalsocialismo en la clase obrera alemana. En julio de 1922, la Confederación Nacional de las Corporaciones (el "sindicato" fascista) contaba 700 000 miembros, pero se trataba sobre todo de trabajadores agrícolas afiliados a la fuerza, de empleados y de miembros de las profesiones liberales. En marzo de 1923, en las elecciones para las comisiones de la Fiat de Turín, la CGL tuvo el 72.2 % de los votos, los fascistas el 27.4 %. Pero un año después, en agosto de 1924, en las mismas elecciones, la CGL subió a 85.8 % y los fascistas se quedaron en 14.2 %.

En cuanto al Partido Fascista, contaba, en porcentajes absolutos, menos obreros que el Partido Nacionalsocialista Comparando las estadísticas referentes a la composición del Partido Fascista en 1921,[35] y del Partido Nacionalsocialista en 1930,[36] se advierte que el Partido Fascista contaba con el 17 % de obreros —incluidos los hombres de mar—, en tanto que el Partido Nacionalsocialista contaba con el 28 %. Durante los dos años siguientes, este porcentaje había de aumentar mucho más en el caso del Partido Nacionalsocialista —32 % en 1933— que en caso del Partido Fascista. Sin embargo, si se comparan estos porcentajes con el porcentaje de la clase obrera en *el conjunto* de la población de esos países (en Italia, en 1921, la clase obrera constituía el 24.3 % de la población, en tanto que en Alemania, en 1930, el 45 % aproximadamente), los dos casos son sensiblemente semejantes.

A esto hay que añadir dos consideraciones suplementarias. El problema del paro era mucho menos agudo en Italia que en Alemania, respuesta, por lo demás, indirec-

[35] Rosenberg, *Des Faschismus...*, *op. cit.*, p. 110; A. Tasca, *op. cit.*, p. 127.

[36] K. Bracher, *op. cit.*, pp. 264 ss.

ta a los que reducen el proceso de fascistización a la crisis económica y al paro. Las estadísticas dan en Italia, a comienzos de 1921, 500 000 parados, cifra que baja, a fines de 1922, a 380 000. Incluso si estas cifras parecen inferiores a la realidad, se ve bien en todo caso que no son en nada comparables a las cifras alemanas. En cambio, el problema de los elementos desclasados de la guerra, en la inmediata posguerra, es más agudo que en Alemania. Se contaban aproximadamente 160 000 oficiales y suboficiales de reserva desclasados, contra quienes, por lo demás, se desencadenaban los partidos de izquierda y las masas, en su furor reavivado contra la intervención. Gramsci decía que uno de los errores fundamentales de los partidos de izquierda fue su actitud respecto de esos "ex combatientes", los cuales se afiliaron en masa al Partido Fascista.

2] *La situación real de la clase obrera bajo el fascismo. La* CGL *y los sindicalistas fascistas*

¿Cuál era, pues, la situación real de los trabajadores industriales en Italia bajo el fascismo? La economía italiana, más débil que la alemana, soportaba peor la crisis de 1929, y sobre todo la economía de guerra. Sin embargo, hasta 1935 aproximadamente la situación no difería tanto.

Se advierte en primer lugar, al menos para un largo período, la absorción del paro: el número de parados, en 1925, bajó a 125 000. Durante esos años, la agravación de la explotación económica de los obreros industriales era *principalmente relativa*, es decir, en relación con el aumento de las ganancias. En lo que concierne a la evolución *del salario medio real* —habida cuenta del costo de vida—, *referido a la masa de los salarios y no únicamente al de los obreros industriales*, se advierte la curva siguiente: para un índice 100 en 1913, 127 en 1921, 123 en 1922 (período de alta coyuntura para los salarios), 116 en 1923, 113.6 en 1924 y vuelto a subir a 121 en 1928; después de una baja en 1930, nueva alza progresiva a un índice de 125 aproximadamente en 1934, caída progresiva después, y baja brutal con la economía de guerra.[37]

[37] Istat (ed.), *Sommario di statistiche storiche italiane*, 1958, pp. 39, 65, 106, 159; V. Foa, *op. cit.*, en *Fascismo e antifascismo*, pp. 267, etc.; M. Roncayolo, en *Le Monde et son histoire*, t. IX, *op. cit.*, p. 342.

Sin embargo, por cotejo con estadísticas referentes a asalariados no productivos, cuyos salarios bajan en tanto que el salario medio real se mantiene estable, o bajan mucho más que la baja media, y con estadísticas concernientes a los obreros agrícolas cuyos salarios se desploman a lo largo de todo el fascismo en un 50 % aproximadamente,[38] se puede advertir esto: de 1922 a 1935 aproximadamente, los salarios reales de los *obreros industriales* se mantienen, con alzas y bajas, en su conjunto, relativamente estables, sin alcanzar jamás su nivel de 1921. En la baja del salario real medio, advertida a continuación, en la que participaron los salarios obreros, el desplome de los salarios de los asalariados no productivos desempeña un papel preponderante. En fin, y a causa de la política de *jerarquización* de los salarios obreros seguida por el fascismo, fueron *en primer lugar* y en la proporción más elevada los *salarios mínimos* de los obreros industriales los que retrocedieron.

Pero no deben perderse de vista ni las otras formas de la explotación —aumento del ritmo de trabajo en particular— ni las otras formas de la política del fascismo consistentes en crear, entre los mismos trabajadores industriales, categorías salariales, con el único fin de dividir la clase obrera. Especialmente, la política económica fascista contra el paro —por el medio indirecto de los grandes trabajos, etc.— fue mucho menos intensa que la del nacionalsocialismo. La diferencia entre la capacidad industrial de ambos países, y a causa también de las repercusiones de la crisis de 1929 en Italia, la lucha contra el paro, que reaparece después de 1932, se realiza, a partir de 1934, por la introducción, efectiva para *ciertas categorías* de obreros, de la semana de 40 horas, sin mantener el salario semanal, lo cual redujo considerablemente su salario.

Por otra parte, ante esta degradación de la condición de la clase obrera después de 1934, el fascismo italiano pareció hacer concesiones en el orden de la *legislación "social"*, prácticamente inexistente en Italia hasta entonces: creación de organismos para los seguros-accidentes del trabajo, la invalidez, la vejez, la maternidad, etcétera.[39]

[38] C. Vannutelli, "Occupazione e salari del 1861 al 1961", en *Economia italiana dal 1861 al 1961*, 1961, pp. 570 ss.

[39] Guichonnet, *op. cit.*, p. 54; Vannutelli, *op. cit.*

En cuanto a la política del fascismo respecto de la clase obrera, se advierte que *el fascismo trató con relativos miramientos a los sindicatos "libres"*, y en particular a la CGL (socialdemócrata), lo cual contrasta con su actitud respecto de los partidos obreros. Ya en 1921 había declarado Mussolini no confundir la CGL con los parlamentarios socialistas. Durante el año 1923, ofreció a los diputados sindicalistas Baldesi y D'Aragona participar en el gobierno. Hasta 1925, la CGL fue tolerada en la cima, si bien, en la base, la tutela administrativa impuesta a las federaciones locales, los secuestros de bienes, etc., se intensificaron. Pero el ataque se precisó en 1926 y, ante la represión de hecho y de derecho, la CGL se autodisolvió en enero de 1927.

Sin embargo, los sindicatos fascistas, que durante los años 1924 y 1925 organizaron huelgas en la metalurgia, reclamaron, ya en 1925, su caro corporativismo, reminiscencia del sindicalismo revolucionario, y el "autogobierno de los trabajadores". Los sindicatos debían, según ellos, incorporar a los patronos, sometidos así al "control técnico de los obreros". Su proyecto fracasó: la ley Rocco de 1926 sobre las corporaciones preveía el principio de la representación distinta de los patronos y de los obreros, en el seno de organizaciones "corporativistas" no funcionando más que en la cima, sobre el plano nacional. Si el proyecto de los sindicalistas fracasó así, la subordinación corporativista de la clase obrera al patronato y al Estado fascista fue aquí menos fuerte que en Alemania. Este estado de cosas se confirmó, por lo demás, un año después, con la promulgación de la *Carta del trabajo* (1927).

Pero los sindicalistas fascistas seguían agitándose intensamente. En 1928, fue el gran golpe: desgracia de Rossoni y de su equipo, disolución de la Confederación Sindical Fascista en trece federaciones de industria, depuración radical del aparato sindical fascista. En adelante, y frente a una agitación que proseguía a pesar de todo, Mussolini pudo permitirse, en 1934, con gran lujo de declaraciones corporativistas, hacer entrar en organizaciones patronales, de carácter semiestatal sobre el plano nacional, a algunos altos funcionarios de los sindicatos fascistas ya depurados. En fin, después de la caída de Mussolini, ocurriría, en 1943, la tentativa de resurrección del "sueño cor-

porativista" en la República Social de Saló, del norte de Italia.

En cuanto a los otros aspectos de la política respecto de la clase obrera, y al papel de la ideología fascista, es inútil entrar en detalles. En sus grandes líneas reproducen los del nacionalsocialismo, aunque el aspecto obrerista de esta ideología sea aquí más marcado. Las reclamaciones del "ala izquierdista" sindicalista del fascismo son mucho más radicales que las de la "izquierda" nacionalsocialista.

APÉNDICE

LA URSS Y EL KOMINTERN

Podemos ahora considerar la cuestión de la relación entre la URSS y el Komintern, lo cual permitirá justificar la tesis aventurada hasta ahora.

Es exacto que entre la política del Komintern y la URSS se estableció una relación *particularmente estrecha* durante el período que siguió al VI Congreso (1928); particularmente estrecha, ya que la relación existía desde la fundación del Komintern,[1] si bien antes de 1928 no era, en grados diversos, *ni directa ni inmediata. Esta relación se estableció esencialmente por el canal necesario de la línea general que caracterizan el economismo, la ausencia de línea de masa y el abandono del internacionalismo proletario*, línea que domina progresivamente *a la vez* la política del partido bolchevique en la URSS y la de la mayoría de los PC locales.

Ahora bien, incluso después de haber llegado a ser "particularmente estrecho" el vínculo entre la política del Komintern y la URSS, este eslabón de una misma línea general, que soldaba el Komintern con la URSS, *conservó su importancia*:

a) permitía dar cuenta de ese vínculo a pesar de la desigualdad con que los PC nacionales aplicaban las directivas del Komintern, y a través del margen de autonomía que conservaban;

b) a partir de él es como se puede advertir toda una

[1] Empleo todavía aquí, de propósito, estos términos descriptivos de "particularmente estrecha", si bien hay que señalar que no cubren, de manera principal, los *vínculos de organización*. En efecto, lo que marca estos vínculos de organización URSS-Komintern-PC nacionales es el V Congreso, el de la bolchevización (1924), en tanto que la relación particularmente estrecha URSS-Komintern de que hablo no se estableció hasta después de 1928. Los "vínculos de organización", o sea el problema de organización no es ni determinante, ni primero.

serie de "contradicciones" y de "errores", en sentido propio, de la política interior del PC bolchevique y de la estrategia mundial de la URSS: "contradicciones" y "errores" que repercuten en la política del Komintern;

c) permite sobre todo articular y comprender la significación real de ciertos "factores" o "acontecimientos", concernientes a la URSS, y que en general se supone que determinan, como tales, la política del Komintern. En efecto, estableciendo la relación entre esta línea y *la lucha de clases* es como se puede abrigar la esperanza de captar lo que ocurre realmente en la URSS, y situar así el sentido y el papel de esos diversos factores en los vínculos que unen al Komintern con la URSS.

Porque, en efecto, los autores más diversos han referido toda una serie de "acontecimientos", con el fin, en general, de fundar, sin periodización precisa, un vínculo directo, inmediato y suficiente entre la URSS y el Komintern, y desde el origen, o casi, del Komintern. Ahora bien, esos factores no bastan, como tales, para explicar y fundar el vínculo URSS-Komintern ni, naturalmente, antes de 1928, *pero tampoco después de esta fecha.*

1] Primer factor propuesto con frecuencia: *la lucha interna de las fracciones en el seno del partido bolchevique.* La explicación de la relación URSS-Komintern sería a grandes rasgos la siguiente: cuando Stalin dirigía una lucha contra la "oposición de izquierda", se apoyaba directamente sobre los elementos "derechistas" en la URSS y en el Komintern, de donde un viraje "a la derecha" del Komintern; cuando Stalin luchaba contra la "oposición de derecha" en la URSS, tenía lugar la operación inversa, de donde un viraje "a la izquierda" del Komintern.[2]

La primera objeción que se puede hacer aquí es que estas apreciaciones "izquierda-derecha" no pasan de ser descriptivas en tanto que no se llega a determinar la coyuntura de la lucha de clases en la URSS. Por otra parte, si se llegan a fijar esos "virajes" en sus *efectos,* no hay que olvidar que se sitúan, en grados diversos, *sobre el terreno* de la misma línea general en cuesión. Más to-

[2] Para un ejemplo típico de esta explicación, P. Broue, *Le parti bolchevik,* 1936.

davía: se había señalado precisamente que, después de 1928, e incluso a su nivel completamente fenoménico, estas diferenciaciones "izquierda-derecha" parecen esfumarse.

Pero, suponiendo que se mantenga este esquema, las contradicciones, lo mismo antes que después de 1928, son flagrantes. En plena lucha contra la "oposición de izquierda", el Komintern inició el viraje "a la izquierda" del v Congreso (1924). El período, muy ambiguo y confuso, del Komintern 1924-1928 no puede tampoco ser explicado de esta manera; porque, en cambio, y a este nivel, las cosas parecen definidas en la URSS (lucha contra la "oposición de izquierda"). La explicación: lucha de Stalin contra la oposición de derecha, parece convenir mejor en apariencia al viraje de 1928 del Komintern, y a condición de considerarlo como un efectivo viraje "de ultraizquierda", lo cual no es el caso. Pero las contradicciones son flagrantes en lo que respecta al período preparatorio del viraje "a la derecha" de Dimitrov, período coincidente con la lucha intensa en la URSS contra la "oposición de derecha" precisamente.

Y en fin: si, ya en esa fecha, las grandes figuras de la oposición estaban políticamente eliminadas, no se debería olvidar, como sabemos ahora, que Stalin seguía chocando —antes de llegar a la eliminación física del conjunto de los viejos dirigentes del partido bolchevique y del ejército rojo— con oposiciones que, manifiestamente, no pueden determinarse de acuerdo con el esquema clásico "izquierda-derecha".

2] Otro factor propuesto como suficiente, en tanto que tal, para determinar, de manera exhaustiva, la relación URSS-Komintern: *la política exterior de la URSS*.

Es exacto que este elemento desempeñó un papel importante en la política del Komintern. Pero, hasta después de 1928, este papel tampoco fue directo o inmediato: la política exterior de la URSS se extendió a la política del Komintern por el canal necesario de una línea general que domina (de manera desigual, naturalmente) a la vez en la URSS y en los PC extranjeros (economismo, ausencia de línea de masa y abandono progresivo del internacionalismo). *Ejemplo patente, "a contrario" e incluso después de 1928*: en China, y a causa de la línea del PC chino bajo Mao, roto el canal, este vínculo no volvió a

establecerse, lo cual salvó, como es sabido, la Revolución china.[3]

Por otra parte, aun después de 1928 la línea política general conservó su importancia como eslabón del vínculo URSS-Komintern:

a) esta línea contribuyó a determinar el sentido de esa política exterior de la URSS: ¿"defensa de la URSS, único Estado proletario", o "política de gran potencia de la URSS"?

b) esta línea permite dar cuenta de una serie de contradicciones que toman la figura de "errores" en sentido riguroso, por el hecho de que la política del Komintern parece con frecuencia ir *contra* los "intereses" de la URSS, independientemente del sentido que pueda tener su política exterior.

Simple ejemplo completamente indicativo de este último caso: se aventura a menudo, a propósito de la línea del "socialfascismo" de 1928, en Alemania particularmente, esta explicación: el gran capital alemán era favorable a una política de "colaboración" con la URSS, inaugurada por el tratado de Rapallo y von Seekt —tratado que marcó toda la política exterior de la URSS en Europa—, en tanto que la socialdemocracia alemana se orientaba hacia una política "antirrusa" de alianza declarada con el imperialismo francoinglés, e incluso norteamericano. Todo esto es, por lo demás, absolutamente exacto. Stalin habría, pues, por el viraje de 1928, entablado la batalla principal contra la socialdemocracia europea, y alemana en particular, y no contra Hitler, representante del gran capital alemán, cuyos favores se había asegurado por el tratado de Rapallo. Veíase ya dibujarse en el horizonte cierta interpretación del pacto germanosoviético.

Pero esta explicación no tiene en cuenta un hecho esencial: Stalin, ya en 1925, y en particular en 1927, tenía absoluta conciencia del hecho, y numerosas declaraciones suyas lo atestiguan, de que una victoria de Hitler en Alemania iría ineluctablemente acompañada de una guerra contra la URSS. La cuestión así se desplaza: ¿sobre qué

[3] Hay que señalar que, para los autores que pasan por alto este eslabón que es la línea política, la distensión del "vínculo" China-Komintern/URSS se explicaría sobre todo ¡por la *dificultad de las comunicaciones* entre las bases rojas en China y la URSS!

se funda el "error" monumental que fue el de considerar que la línea del socialfascismo podía efectivamente ser una barrera contra Hitler? [4]

3] Último factor propuesto a menudo como determinante en la relación URSS-Komintern: *los grandes virajes del partido bolchevique en política interior*, y sus efectos sobre el Komintern.

Este factor revistió igualmente gran importancia. También aquí se tropieza con la objeción que presentaba yo relativa al "factor" número uno: en efecto, lo esencial es llegar a situar, más allá de las apariencias, los virajes *reales*, y a caracterizarlos en relación con la lucha de clases en la URSS. De todos modos, este factor no ha ejercido tampoco influencia directa e inmediata sobre la política del Komintern antes de 1928: ¿cómo explicar de esta manera, en pleno período de la NEP, en la URSS, los virajes consecutivos del Komintern del IV Congreso (1922-1923), del V Congreso (1924) y, después, del V Plénum (1925)?

Pero la línea general citada importa aquí también en tanto que eslabón, incluso después de 1928:

a) refiriéndose a ella, se llega precisamente a la explicación real de esos "virajes interiores", estableciendo su relación con la lucha de clases cuyo efecto es esa línea: virajes cuyo carácter "izquierda-derecha" se esfuma incluso después de 1928 (*exactamente* como ocurre en cuanto a los "virajes" del Komintern);

b) por ella pueden explicarse igualmente algunas de las *contradicciones aparentes* entre los virajes interiores en la URSS y los virajes del Komintern.

Así, por ejemplo, se explica a menudo el viraje de 1928,

[4] Para mencionar aquí únicamente al autor más conocido en Francia sobre estas cuestiones, I. Deutscher tiene razón al poner las cosas en su sitio, en cuanto a este punto: "Baste indicar que después de la victoria de Hitler era corriente oír, en la izquierda alemana, que 'sin Stalin no habría habido Hitler'. No se debe admitir esta explicación sino con reservas. En el concierto de lamentaciones que siguió a 1933, la mayoría de los líderes de la izquierda alemana hacía lo posible por explicar el fracaso atribuyéndolo a la perniciosa influencia de Stalin. No obstante, se debe reservar una parte de responsabilidad a Stalin, ya que la política del Komintern, cuyo instigador había sido, contribuyó *involuntariamente al triunfo de Hitler*" (*Stalin*, p. 487). Pero lo que Deutscher no consigue explicar es la "raíz" de esos "errores".

caracterizado como "de ultraizquierda", del Komintern reduciéndolo al viraje, calificado este mismo de ultraizquierda, operado por Stalin en la URSS en la política de "colectivización" respecto del campesinado. Ahora bien, referidas a la línea general señalada, estas mismas caracterizaciones constituyen un problema. Pero, dejando esto aparte, la contradicción manifiesta entre esos dos "virajes", y es lo que aquí nos importa, no puede explicarse sin tomar igualmente en consideración esa línea. En efecto, ese viraje político en la URSS incluso, que no se afirma por lo demás hasta después de 1929, depende de la tesis, presupuesta en el primer plan quinquenal soviético, según la cual la URSS estaría durante largo tiempo condenada al aislamiento y hasta empujada a la guerra con los países imperialistas; tesis que admite, por lo tanto, la imposibilidad, y durante mucho tiempo, de la revolución en Europa. En cambio, el viraje *paralelo* del Komintern está determinado explícitamente por los análisis y previsiones relativos a la crisis de 1929 y por la estimación, bajo la que actúa toda la política del Komintern, de un avance ineluctable e inminente de la revolución en Europa.[5]

No debe existir equívoco en cuanto al sentido de estas observaciones. Insisto en el papel capital que desempeña esa línea política general *en tanto que eslabón del vínculo URSS-Komintern*, no para negar o minimizar la influencia de los "factores" señalados sobre la política del Komintern, sino a causa del propio papel que desempeña *en el seno de la misma URSS*. Esta línea tiene relaciones determinantes con "lo que ocurre en la URSS": permite, en su relación con la lucha de clases, articular, descorriendo el velo de su sentido real, los "acontecimientos" mencionados.

Se aborda así la segunda cuestión, y la más importante. ¿A qué corresponden exactamente el economismo, la

[5] No hago aquí más que mencionar algunos ejemplos, por lo cual no entraré en la vasta bibliografía sobre el tema. No cito, en cuanto al caso en cuestión (los dos virajes de 1928), más que a I. Deutscher, que señala especialmente: "Existía una contradicción innegable entre estas dos orientaciones, la seguida en Rusia y la que guiaba al Komintern" (*Stalin*, p. 486). Huelga añadir que Deutscher no logra explicar esa "contradicción".

ausencia de línea de masa y el abandono progresivo del internacionalismo proletario en la misma URSS? *¿Cuáles son las causas? ¿Cuáles son las consecuencias?*

1] No es posible limitarse a ver en ello simples "errores" o "desviaciones", a menos de tener una visión puramente idealista de la historia. Indudablemente, esta línea conduce a "errores" concretos. Dicho de otro modo, esta línea, que no es una línea justa, no es un simple error o desviación, a menos de atribuir un estatuto puramente subjetivista al error: los errores concretos están totalmente *dirigidos* por esta línea.

2] No se puede tampoco ver en ella la línea de una simple "casta burocrática". No quiere decir esto que, originalmente al menos y durante algún tiempo, no haya desempeñado este elemento un papel propio; pero tal línea, que rige a la vez la política interior de la URSS y el movimiento comunista mundial, no puede ser referida a una burocracia cualquiera, Trotski, por lo demás, sabía algo de esto: considerando la "burocracia", jamás trató de determinar una línea general que dirigiera esta política, sino que se limitó, consecuente consigo mismo, a una concepción de los "zigzagueos burocráticos".

3] No puede tratarse tampoco de una línea reducida al hecho de la *segunda etapa*, de acuerdo con cierta concepción enteramente falsa de la "segunda etapa".

Me explico: Mao ha aportado elementos *nuevos* de una importancia *capital* a la teoría y a la práctica marxistas-leninistas; fundadas sobre el período actual del imperialismo y sus efectos sobre la lucha de clases mundial, y sobre la experiencia histórica de la Revolución china. Aun así, no se puede elucidar hasta el fondo lo que cubre la "tercera etapa" en tanto no se ha:

a) elucidado a la vez lo que especifica exactamente el período actual del imperialismo y los aspectos *universales* de la Revolución china, los que conciernen especialmente a las metrópolis mismas del imperialismo;

b) elucidado exactamente el sentido mismo de "etapa" y de "segunda etapa"; sólo así se puede determinar la "tercera etapa".

No examinaré aquí más que el segundo punto, que nos interesa directamente, y para refutar cierta concepción de la "segunda etapa" que me parece absolutamente erró-

nea. En efecto, la "segunda etapa" se comprende actualmente, las más de las veces, en el sentido de que todo lo que ha ocurrido en la URSS y en el Komintern sería una *consecuencia necesaria* de una etapa *a la cual faltase aún* la experiencia histórica de la Revolución china y el pensamiento de Mao.

En esta concepción puramente evolucionista y fatalista del "etapismo" sólo se puede dilucidar la "cuestión de Stalin". La línea política general en la URSS y en el Komintern sería, *de cabo a rabo*, el corolario ineluctable de la segunda etapa, que incluye así, en el mismo conjunto y *por el mismo motivo*, "Lenin" y "Stalin". En su *continuidad*, "Lenin-Stalin" representarían las "ganancias positivas" en los "límites necesarios" de la "segunda etapa". No se intercalaría nada esencial en la línea general en la URSS, de 1917 a Jruschov, *sino* los "errores de Stalin", errores que encuentran entonces con ello un estatuto, ya sea todo subjetivista, ya sea el sentido de simples errores de recorrido o de tiro de una "etapa necesaria".

Ahora bien, ya en este primer nivel, la explicación es falsa y la cuestión de la "tercera etapa" no puede ser aclarada mientras no se prescinda de esta explicación. Es cierto que el propio leninismo, en el sentido del pensamiento y de la política de Lenin, presenta *límites*, por el hecho mismo del "período" en que se sitúa, y *en relación* con el pensamiento y con la política de Mao. Se han comprobado ya estos límites en el presente texto, y se volverán a comprobar más adelante. Límites, por lo demás, que valen igualmente para Stalin.

Sin embargo, no es menos cierto que, desde este punto de vista, en el proceso en la URSS y en el Komintern se abren *simas considerables*, lo cual puede considerarse como *distanciamiento* entre "Lenin" y "Stalin", si bien no aparece siempre el mismo "Stalin". Decir así que el propio Lenin presenta límites a causa del período en que se sitúa (límites igualmente existentes en Stalin) es una cosa; decir que el economismo, la ausencia de línea de masa y el abandono del internacionalismo proletario, que dominan progresivamente la política del partido bolchevique y del Komintern, son el "leninismo necesariamente limitado" de la "segunda etapa", *más* los "errores de Stalin", es otra cosa, y falso.

Además, esto falsea totalmente la cuestión de la "tercera etapa". En efecto, el contenido y el sentido de la tercera etapa son muy otros si se la determina según la concepción en cuestión, es decir, en relación con Stalin considerado como el "leninismo necesariamente limitado" de la "segunda etapa", o según se determine de acuerdo con los principios que sostengo. Un simple ejemplo: el principio "la política en el puesto de mando" de Mao no puede ser considerado como un rasgo específico de la "tercera etapa" sino relacionándolo con Stalin, marcado por un economismo desencadenado, y que sí se le asimila abusivamente a Lenin. Pero este principio no puede en modo alguno ser considerado como un rasgo específico de la "tercera etapa" con respecto a Lenin, quien, opuestamente a Stalin, preconizó y aplicó siempre dicho principio.

Era necesario plantear esta cuestión para llegar a lo que aquí nos interesa directamente. En efecto, esta interpretación no permite tampoco emprender un análisis de "lo que ha ocurrido en la URSS" durante el período que nos ocupa, análisis que debería estar precisamente fundado sobre la experiencia histórica de la revolución china y los principios obtenidos por Mao. Si, para esta interpretación, no se intercala nada esencial entre Lenin y Stalin, *es porque, según ella, no ocurre nada esencial en la URSS, en la evolución de la relación de las fuerzas en la lucha de clases, hasta la muerte de Stalin.* La "burguesía soviética" se supone que surge de repente con el advenimiento de Jruschov; como Minerva armada de todas sus armas de la cabeza de Júpiter. Y esto es infinitamente más grave; con ello queda vedado todo análisis de la periodización, en la URSS, de la época que nos ocupa, *a partir de la lucha de clase encarnizada que se desarrolló.*

No podemos abordar aquí esta periodización. Pero hay que decir acerca de ella dos palabras. En efecto, mi objetivo sigue siendo demostrar que la periodización en la URSS y en el Komintern, así como su relación, no pueden ser aprehendidos en su relación con la lucha de clases en la URSS sino por referencia a la línea general que allí dominó progresivamente.

Sería preciso así señalar que, a lo largo de todo el

período que nos ocupa, se asiste, incluso en la URSS, *a una lucha de clases encarnizada entre las "dos vías"* (la vía capitalista y la vía socialista, porque no existe una tercera). Digo bien lucha enrte las dos vías, *y no entre las dos líneas*; porque en la URSS y en el Komintern, no hay "dos" líneas, ya que las diversas "oposiciones", como se ha señalado, se sitúan finalmente (aunque de manera desigual) sobre el mismo terreno que la oficial.[6] La lucha entre las dos vías *terminó* por un proceso contradictorio, con la reconstitución de la "burguesía soviética" bajo una forma nueva, y con su toma del poder de Estado. Este proceso de reconstitución de la "burguesía soviética" (y el impacto de ésta sobre la lucha de clases) *llegó a su apogeo en la URSS con el propio Stalin.*

En efecto, ¿cómo y por qué medio indirecto principal se realiza esta reconstitución de la "burguesía soviética", *que depende por lo demás de toda una serie de condiciones históricas de la URSS*, y cómo influye sobre la clase obrera y la política del partido bolchevique?

Se sabe ahora, a la luz de la experiencia china, que esa reconstitución se inició por el camino oblicuo de una línea política del partido de la clase obrera, cuyos efectos probablemente más importantes, a este respecto, conciernen a los aparatos de Estado, incluso los aparatos ideológicos. Estos aparatos constituían los refugios de la antigua burguesía, *relativamente* expulsada en los comienzos de su situación económica, y los bastiones de su "reconstitución" bajo una forma nueva. Proceso en el cual la "deformación burocrática" desempeñó ciertamente un papel, como condición entre otras cosas de formación de un núcleo de burguesía de Estado. Pero esta política concerniente a los aparatos *estuvo ella misma dirigida por una línea general, de efectos mucho más amplios: por el economismo, la ausencia de línea de masa (lo cual da las prácticas burguesas), y su corolario, el abandono del internacionalismo proletario.*[7]

[6] Lo cual no quiere, pues, decir que las "críticas" dirigidas a los aspectos concretos de la línea por las diversas oposiciones, incluido Trotski, no tenían significación de clase; especialmente por los efectos que llevarían aparejados en la realización diferente de una misma línea fundamental.

[7] Especialmente, la ausencia de democracia proletaria en el seno del

Así, esta línea general, que no es un simple error y que no cae del cielo, se halla vinculada a la lucha de clases en la URSS: se debe en primer lugar, y esencialmente, a la persistencia de la ideología burguesa en la transición. Esta persistencia está vinculada a la influencia (debida esta misma a una serie de factores históricos particulares), en las prácticas, de una burguesía refugiada, como fuerza social, en los aparatos de Estado; la presencia progresiva de la "burguesía soviética" en el seno mismo del partido bolchevique desempeña aquí un papel importante. Esta línea aparece así como la "brecha" esencial, que permite la iniciación del proceso de reconstitución, bajo una forma nueva, de la "burguesía soviética" como forma social.

Pero esta línea aparece igualmente, y progresivamente, como uno de los efectos principales de este proceso de reconstitución, y del peso de la "burguesía soviética" en la lucha de clases en la URSS. Esta línea que reviste un papel propio en "lo que ocurre en la URSS" se debe también a la lucha entre burguesía y proletariado en la URSS.

Se pueden comprender ahora las razones por las cuales esta línea constituye el engranaje esencial a partir del cual se efectúa, a lo largo de todo el proceso, la relación entre el Komintern y la URSS. Respecto de la lucha de clases en la URSS, es por su medio indirecto por el que se concreta la influencia de la URSS sobre el Komintern.

Lo cual permite igualmente circunscribir la posibilidad de desajuste y de desigualdades entre "lo que ocurre en la URSS" y el proceso en el Komintern. En efecto, los *dos aspectos* del proceso en *la propia URSS* (las etapas de la lucha de clases, aspecto principal y dominante en la URSS, y la evolución concreta de la línea) se desarrollan, a través de su relación, de manera desigual. Esta desigualdad, bien permite, bien introduce precisamente desajustes entre los virajes de la lucha de clases en la URSS, y los virajes del Komintern, estos últimos que se refieren a "lo que ocurre en la URSS" por el eslabón de la línea en cuestión; desajustes a la vez bajo forma cro-

partido bolchevique, la concepción policiaca de la política por la dirección de este partido, etc., no son ni simples errores, ni "causas primeras"; aparecían como las consecuencias de esa línea.

nológica (el proceso del Komintern, por lo demás, bien siga, bien preceda al proceso en la URSS), y bajo la forma de "contradicciones" entre "lo que ocurre en la URSS" y el proceso en el Komintern.

Todo esto no quiere, pues, decir que las luchas en el seno del partido bolchevique, la política de este partido en el interior de la URSS y la política exterior de la URSS no hayan gravitado, progresivamente, con un peso considerable sobre la política del Komintern. Pero, igualmente a este respecto, *el problema se desplaza*. Estos "factores" no revisten sentido, para una periodización seria, sino en la medida en que se articulan en torno de las cuestiones siguientes: ¿cuáles son las etapas de la lucha burguesía-proletariado en la URSS, y cuál es el proceso de modificación, a este respecto, de la naturaleza de clase del Estado soviético? ¿Cuáles son las etapas del proceso de "concesiones" a esta "burguesía soviética", que no está, naturalmente, señalada como tal? ¿A partir de cuándo la "burguesía soviética" desempeña el papel de una fuerza social, y cuándo se constituye en efectiva clase social? ¿En qué momentos, en este proceso contradictorio, reviste el papel del aspecto principal de la contradicción, y a partir de cuándo deviene el aspecto principal? ¿A partir de cuándo, y cómo, afirma su hegemonía política?

Esta historia de la URSS, que tendría como hilo conductor la lucha de clases, y podría articular, por el recurso de la línea evocada, esos diversos factores con las etapas de la lucha de clases en la URSS, no ha sido hecha todavía. Mientras no lo sea, de manera circunstanciada y demostrativa, no se podrá establecer una periodización más rigurosa del Komintern.[8] Porque, en cuanto a las cuestiones que acabo de mencionar, *parece claro que ocurrieron cosas esenciales con el mismo Stalin:* con la "colectivización" después de 1928, con la proclamación también, en 1936, del "Estado del pueblo entero", en fin con la liquidación física del conjunto de los viejos dirigentes del partido bolchevique y del Ejército rojo.

En suma, la línea general, dominando progresivamente

[8] Señalo aquí el trabajo en curso de Bettelheim sobre la URSS, que aclara de manera decisiva esta periodización.

en la URSS y en el Komintern, puede conducir, como he tratado de hacerlo en este texto, justificándolo ahora, a una periodización relativamente definida *del Komintern*. Esta periodización puede ser igualmente muy útil como elemento para dicha historia de la URSS. Pero no sería suficiente. Ejemplo: se ha comprobado de esta manera que el VI Congreso (1928) y el VII Congreso (1935) del Komintern no pueden ser interpretados según la imagen del *balancín* (oportunismo de izquierda-oportunismo de derecha), pero que no se trata tampoco de una simple continuidad entre ellos. Ésta es una de las pruebas de que el "viraje" en la URSS, en la política respecto del *conjunto* del campesinado, no es un simple viraje interno de "ultraizquierda". Pero en tanto que no se haya establecido exactamente lo que ocurre en realidad, respecto del proceso de la "burguesía soviética", en este período de lucha de clases en la URSS, lucha que estaba lejos de ser simplemente una lucha del proletariado y los campesinos pobres únicamente contra los kulaks, no se podrá profundizar en la cuestión relativa al Komintern.

Último ejemplo en fin: en tanto que no se haya periodizado, desde este punto de vista, la naturaleza de clase del Estado en la URSS, no se podrá tampoco decidir la cuestión del sentido de la política exterior de la URSS, ni la de su papel exacto sobre la política del Komintern. En efecto, mientras la naturaleza de clase del Estado soviético siga siendo proletaria, la consigna "defensa de la URSS", que iba dominando progresivamente en el Komintern, no significa forzosamente —digo bien: *no forzosamente*— el abandono del internacionalismo y la sumisión mecánica del Komintern a los intereses de la política exterior de la URSS. Pero, aquí también, el análisis de lo que ocurría en el Komintern, puede ser un indicio capital en cuanto a lo que ocurría realmente, desde este punto de vista, en la propia URSS.[9]

[9] Este aspecto de la línea general, que consiste en el abandono progresivo del internacionalismo proletario, no ha sido tratado, en este texto, en su lugar propio. Y es que este aspecto aparece principalmente, en el seno del Komintern, en las tesis, y la política concreta referente a la "cuestión nacional" y a la "cuestión colonial"; cuestiones a las que no ha sido posible extenderse dentro del marco y los límites de este texto.

V

FASCISMO Y PEQUEÑA BURGUESÍA

Las relaciones del fascismo, del partido fascista y del Estado fascista, con la pequeña burguesía constituyen un caso totalmente ejemplar para el estudio de la pequeña burguesía. Por ello se imponen ciertas advertencias previas sobre la pequeña burguesía.

1

PRELIMINARES RELATIVOS A LA NATURALEZA DE CLASE DE LA PEQUEÑA BURGUESÍA Y A LA IDEOLOGÍA PEQUEÑOBURGUESA

La caracterización de clase de la pequeña burguesía parece ser, en efecto, el punto clave de la teoría marxista de las clases sociales. Esta caracterización demuestra con toda evidencia, y en contra de una concepción economista de las clases sociales, que las relaciones de producción únicamente no bastan, según la teoría marxista, para determinar una clase social en un modo de producción, y para localizarla en una formación social. La referencia a las relaciones ideológicas y a las relaciones políticas es absolutamente indispensable. Es lo que yo había tratado de formular en otra parte, al decir que una clase distinta, capaz de constituirse en fuerza social, en una formación social, no puede ser localizada sino cuando su lugar en las relaciones de producción se refleja, al nivel político e ideológico, por "*efectos pertinentes*".[1] Tal fue siempre, pese a las apariencias, la posición de Marx, de Engels y de Lenin y, muy claramente, la de Mao.

Si se deja provisionalmente al margen la cuestión de la pequeña burguesía rural, se pueden descubrir, en la clase pequeñoburguesa, dos conjuntos principales de agentes, cuyos lugares en el proceso de producción no tienen nada de común a primera vista. *Ahora bien, si se puede hablar, frente a estos dos conjuntos, de una misma clase pequeñoburguesa, es porque esos dos lugares diferentes en las relaciones de producción tienen, sobre el plano político e ideológico, los mismos efectos.* Esto unifica precisamente a la pequeña burguesía en las relaciones político-ideológicas.

[1] *Pouvoir politique et classes sociales*, 1968, pp. 57-109 [60-123]. He demostrado, por lo demás, en este texto, cómo la determinación misma de las clases sociales en un modo de producción "puro" hace intervenir ya lo económico, lo político y la ideología.

Se entiende ante todo por pequeña burguesía, sobre el plano económico, *la pequeña producción y la pequeña propiedad*; es la pequeña burguesía "tradicional", a la cual se referían principalmente Marx, Engels y el propio Lenin.

a) *Pequeña producción*: se trata de formas de artesanado o de pequeñas empresas familiares, en las que el mismo agente es a la vez propietario/poseedor de los medios de producción y trabajador directo. No hay aquí explotación económica, propiamente hablando, en la medida en que estas formas de producción no emplean, o si lo hacen es ocasionalmente, a obreros asalariados. El trabajo lo suministra principalmente el propietario efectivo o los miembros de su familia, que no son retribuidos en forma de salario. Esta pequeña producción obtiene su provecho de la venta de sus mercancías y por la participación en la redistribución total de la plusvalía, pero no explota directamente un sobretrabajo.

b) *Pequeña propiedad*: se trata principalmente del *pequeño comercio* de la esfera de circulación del capital, donde el propietario del establecimiento, ayudado por su familia, suministra el trabajo, y sólo ocasionalmente emplea trabajo asalariado.

Se puede, pues, decir de estos dos conjuntos de la pequeña burguesía tradicional que su situación común, sobre el plano económico, reside en el hecho de que no explotan directamente trabajo asalariado. Esta pequeña burguesía no pertenece, en tanto que tal, al modo de producción capitalista "puro" (Capital-Trabajo asalariado). Su existencia en una formación capitalista depende:

a) de la coexistencia, en esta formación, de varios modos de producción, entre ellos el modo de producción feudal, o de ciertos "elementos" sólo de este modo;[2]

b) de la presencia, en esta formación, de la forma de producción *mercantil simple*, que es la forma de transición del modo de producción feudal al MPC.

Su existencia depende, pues, igualmente, de las formas históricas concretas que ha revestido esta transición. Véase, por ejemplo, en Francia, la persistencia particular de la pequeña producción y de la pequeña propiedad, debida a las *formas políticas* que ha revestido allí esta transición

[2] Sobre este tema, véase más arriba, p. 131.

(apoyo de la burguesía sobre la pequeña burguesía contra la nobleza).

Es esta pequeña burguesía, de la que Marx y Engels subrayaron la *tendencia* a desmoronarse y a ser eliminada en una formación capitalista, la que Lenin calificó de "*clase de transición*". Por el establecimiento del predominio del MPC y su desarrollo y extensión, está destinada ya sea, en débil medida y por numerosos expedientes, a integrarse en la burguesía, ya sea, en su masa, a "proletarizarse".

Sin embargo, se caracterizan igualmente, como formando parte de la pequeña burguesía, ciertos conjuntos de agentes, que ocupan un lugar completamente distinto de aquéllos en lo económico. Se trata de lo que se podría designar como "nueva" pequeña burguesía, y cuya importancia reconoció ya Lenin. Nueva en el sentido de que no está en modo alguno, como la primera, destinada a desmoronarse, sino que es el desarrollo mismo ampliado del MPC y su paso al estadio del capitalismo monopolista los que condicionan su desarrollo y su extensión. Tal es el caso de los *trabajadores asalariados no productivos*.

Se puede dejar aquí al margen el problema planteado por los "dirigentes técnicos" de la empresa —los "porteadores de la ciencia"—, con el fin de no entrar en la cuestión complicada de su caracterización como "trabajadores no productivos". Podemos atenernos a los conjuntos más importantes de los trabajadores asalariados que, según Marx, y sin ambigüedad esta vez, no pueden en caso alguno ser caracterizados como trabajadores productivos, es decir, en el MPC, como trabajadores que producen de manera directa mercancías y plusvalía.[3]

Es, en primer lugar, el caso de los trabajadores asalariados pertenecientes a la esfera *de la circulación del capital* y de los que contribuyen a la *realización* de la plusvalía; empleados asalariados del comercio, de los bancos, de los seguros, de las oficinas de venta, de publicidad, etc., así como los empleados de los "servicios". Es, a continuación, el caso de los *funcionarios del Estado* y de

[3] Sobre este tema, Marx, *Le capital*, Éd. Sociales, t. II, p. 184; t. IV, p. 117; t. III, p. 302, etcétera.

sus diversos aparatos (servicios públicos, excepto, naturalmente, los obreros de las fábricas nacionalizadas), en suma de los asalariados no productivos cuya función, por medio del Estado, es asegurar la *reproducción* de las condiciones de producción de la plusvalía. Estos trabajadores no producen la plusvalía. Venden, ellos también, su fuerza de trabajo; su salario también está determinado por el precio de reproducción de su fuerza-trabajo, pero su explotación se hace por la extorsión directa del sobretrabajo, y no por la producción de plusvalía.[4]

Estos dos conjuntos, la pequeña producción y la pequeña propiedad de una parte, los trabajadores asalariados no productivos de otra, ocupan, pues, lugares claramente distintos en lo económico. Estos dos conjuntos no tienen en común, sobre este plano, más que una característica *negativa*, en cuanto que no pertenecen ni a la burguesía ni al proletariado. Sin embargo, este criterio negativo no basta en modo alguno para fundar una comunidad cualquiera o parentesco de lugar en lo económico; este criterio no reviste pertinencia más que al nivel político.

Pero estos dos conjuntos pueden ser considerados como formando parte *de una misma clase*, la "pequeña burguesía", en la medida en que los lugares diferentes que ocupan ambos conjuntos en lo económico tienen, al nivel ideológico y político, y como regla general, los mismos efectos. Los criterios pertinentes que permitirán descubrir, a los niveles ideológico y político, una identidad de efectos son, en el primer caso, la pequeña producción y sobre todo la *pequeña propiedad* que va unida a ella; en el segundo caso, *una exploración vivida bajo la forma "jurídica" del "salario" y no directamente en la producción.*

Antes de comprobar esta identidad de los efectos sobre el plano ideológico, habría que decir una palabra acerca de la famosa "*ideología pequeñoburguesa*".

[4] Hay que señalar que el PCA, en una estadística publica en *Die Internationale*, 1928, considera como formando parte del *proletariado* ¡a 3 millones de empleados asalariados "inferiores" y a 1.5 millón de funcionarios "inferiores"! (Citado por W. Reich, *Massenpsychologie des Faschismus*, 2ª ed., p. 23.) ¡Esta parte del "proletariado" tenía que reservarle así sorpresas! Vemos bien aquí igualmente que el "ultraizquierdismo" del PCA no le preservó de caer en el mito de la "clase salarial".

Habida cuenta de la relación estrecha entre ideología y *posición política* de clase, en una formación social capitalista existen únicamente, en el sentido riguroso de ideologías de clase, las de las dos clases fundamentales, opuestas políticamente hasta el extremo: la burgusía y el proletariado. Esto es decir que sólo existen, en tanto que conjuntos con coherencia propia y sistematicidad relativa, la ideología burguesa dominante y la ideología vinculada a la clase obrera.

Sin embargo, se puede hablar con todo rigor de un *efectivo subconjunto ideológico "pequeñoburgués"*. Este subconjunto está constituido por la influencia de la ideología burguesa (dominante) sobre las *aspiraciones propias* de la pequeña burguesía, relativas a su situación específica de clase. En esta torsión-adaptación de la ideología burguesa a las aspiraciones de la pequeña burguesía ésta inserta, por lo demás, "elementos" ideológicos específicos debidos a su propia situación de clase. Pero hay más: en una formación capitalista existe al mismo tiempo una ideología vinculada a la clase obrera. Como señalaba Lenin, la ideología dominante misma comporta, en su discurso, "*elementos*" debidos a esta ideología. A causa de la situación ambigua de clase de la pequeña burguesía, el subconjunto ideológico pequeñoburgués comporta igualmente, más aún que la ideología dominante, "préstamos" tomados de la ideología de la clase obrera, desviados y adaptados a las aspiraciones propias de la pequeña burguesía.

Se deberá tener todo esto presente, con el fin de evitar los equívocos, cuando en el presente texto se hace alusión a la "ideología pequeñoburguesa". Lo que se puede señalar desde ahora es que las formas de combinación de estos factores contradictorios en la ideología pequeñoburguesa, ya sea el papel y las formas de influencia de la ideología burguesa, el lugar y el papel de los "elementos" ideológicos propios de la pequeña burguesía, el papel y las formas tomadas "en préstamo" de la ideología vinculada a la clase obrera, dependen, dado el carácter movedizo e inestable de la ideología pequeñoburguesa, del lugar de la pequeña burguesía en la coyuntura.

Pero volvamos al problema de la identidad, al nivel ideo-

lógico, de los efectos de los lugares diferentes, en lo económico, ocupados por los dos grandes conjuntos pequeñoburgueses señalados. Forzosamente, habrá que ser aquí muy esquemático.

En el caso de la pequeña producción, de la pequeña propiedad, ésta, al nivel económico, se acerca a la vez a la burguesía —propiedad— y al proletariado —el pequeño propietario es el trabajador directo. No se opone a la vez a la burguesía —se halla progresivamente aplastada económicamente por ella— y al proletariado, por el temor a su proletarización y por su apego feroz a la (pequeña) propiedad. Esto da lugar, al nivel ideológico, a los efectos siguientes:

a) Un aspecto ideológico *anticapitalista del statu quo;* contra la "opulencia", las "grandes fortunas", pero *statu quo,* ya que este conjunto le tiene apego a su propiedad y teme su proletarización. Esto se conjuga a menudo con el aspecto "igualitario", de aspiraciones contra los monopolios y de una mirada atrás a la "igualdad de condiciones" de una "justa" competencia de una parte, con el cretinismo parlamentario de un igualitarismo por el sufragio de otra. Esta pequeña burguesía quiere los cambios sin que cambie el sistema. Así, se descubre en ella igualmente la aspiración a una "participación" en la "distribución" del poder político, sin voluntad de transformación radical de éste.

b) Un aspecto ideológico vinculado no a la transformación revolucionaria de la sociedad sino al *mito de la "pasarela".* Temor a la proletarización desde abajo, atracción de la burguesía desde arriba, la pequeña burguesía aspira a devenir burguesa, por el paso individual, hacia arriba, de los "mejores" y de los "más capaces". Este aspecto adopta así con frecuencia formas "elitistas", de una renovación de las élites, de una sustitución de la burguesía "que no cumple con su papel", por la pequeña burguesía, sin que cambie la sociedad.

c) Un aspecto ideológico del *"fetichismo del poder"* del que hablaba Lenin. Por su *aislamiento* económico (que da igualmente lugar al "individualismo pequeñoburgués"), y por su aproximación-oposición económica a la burguesía y al proletariado, creencia en el Estado "neutro" por encima de las clases. Esta pequeña burguesía espera que

ese Estado neutro le aporte "de arriba cuanto necesita", en suma, que detenga su decadencia. Más incluso: esto conduce con frecuencia a una "estadolatría". La pequeña burguesía *se identifica* en este caso con el Estado, cuya neutralidad iría paralela a la suya, concibiéndose como una clase "neutra" entre la burguesía y la clase obrera, pilar por lo tanto de un Estado que sería "su" Estado. Aspira al "arbitraje" social, en el sentido de que quisiera, como decía Marx, que toda la sociedad se volviera pequeñoburguesa.

Ahora bien, la situación "económica" de los trabajadores asalariados no productivos, quienes viven su explotación no en la producción sino principalmente bajo la forma jurídica —por lo tanto ampliamente "ilusoria"— del salario, tiene efectos ideológicos análogos:

a) Aspecto ideológico anticapitalista del *statu quo*. Oculta aquí la explotación efectiva, por ser vivida principalmente bajo la forma del salario, este conjunto aspira a una "justicia social" por la redistribución, por medio del Estado, de las rentas (salarios). Declaraciones contra la "opulencia", que adoptan así las formas principales de reclamaciones contra la legislación fiscal. Aspecto "igualitarista" que adopta las formas de una igualación de las "rentas", y que se conjuga aquí también a menudo con el cretinismo parlamentario. Temor igualmente de la proletarización, pero temor sobre todo a una transformación revolucionaria de la sociedad, a causa de la inseguridad vivida al nivel del salario. Temor a un trastorno que pueda afectar los salarios de trabajadores que no viven en la producción: no tienen a menudo conciencia de los mecanismos de la producción, y del papel en la explotación de la propiedad de los medios de producción. Esto se manifiesta, por lo demás, por las formas corporativistas particulares que reviste, en este conjunto, la lucha sindical.

b) Aspecto ideológico de la pasarela: aspiración hacia arriba. Esta tendencia ideológica de la pasarela y de la "promoción" no se debe aquí, como en el primer conjunto, a su carácter transitorio, sino al hecho real de que este conjunto se halla efectivamente afectado, en una sociedad capitalista, *por el índice más alto de movilidad*

social (a la vez ascendente y, todavía más, descendente). Si este conjunto no es, *en tanto que tal*, transitorio, todo ocurre como si, a causa de sus condiciones de vida, sus miembros (en la serie de generaciones) no estuvieran en él más que "*de paso*".[5] Esta tendencia ideológica, en la medida en que este conjunto de trabajadores asalariados ha pasado por una *instrucción escolar* superior, exhibiendo su calificación como fuerza de trabajo, adopta aquí formas particulares. Se trata de la ideología de la "neutralidad" democrática de la "cultura", y de la consideración del aparato escolar y universitario "neutro" como medio de promoción y de acceso de los "mejores" a la condición burguesa.

c) Aspecto ideológico del fetichismo del poder. Aquí también, es el aislamiento (que da ocasión igualmente al "individualismo pequeñoburgués") lo que cuenta, no bajo la forma adoptada en la pequeña propiedad, sino en la forma de aislamiento y de competencia de un salariado, para el que no actúa el factor de "*trabajador colectivo*" en la producción; aislamiento que no merma, pues, la concentración progresiva del sector comercial. Creencia en el Estado neutro por encima de las clases, y fenómenos estadolátricos, que revisten aquí la forma de "*cesarismo social*", de creencia en la "justicia" de un Estado fuerte.

A lo cual hay que añadir el aspecto ideológico propio de este conjunto de los trabajadores asalariados que forma parte de los aparatos de Estado: administración. Puesto que los aparatos de Estado producen, como instituciones, *su propia ideología interna*, esos asalariados le están particularmente sometidos; el aspecto ideológico del Estado neutro por encima de las clases actúa muy particularmente aquí, en tanto que elemento esencial de la ideología interna de los aparatos de Estado. En este caso, más que en cualquier otro, intervienen la estadolatría y

[5] Según las cifras de movilidad social intergeneraciones de una encuesta del INSEE, efectuada en 1964 (*Études et Conjonctures*, núm. 2, 1967), el 14.9 % solamente de los hijos de empleados llegan a ser empleados, en tanto que el 39.7 % de los hijos de obreros calificados llegan a ser obreros calificados, siendo más elevado todavía el porcentaje para la burguesía y las profesiones liberales. El 38 % de los hijos de empleados son obreros, y el 28 % jefes superiores o de profesión liberal.

la identificación con el Estado y con sus "cimas", por el expediente del burocratismo y de la subordinación jerárquica.

Esta comunidad de efectos de los lugares "económicos" diferentes de los conjuntos que componen la pequeña burguesía se advierte igualmente al nivel político. Aquí es donde actúa, por lo demás, el criterio negativo que los une: a saber, que no forman parte ni de la burguesía, ni de la clase obrera, es decir, de las dos clases fundamentales, cuyos intereses políticos son radicalmente inconciliables hasta el extremo. Lo cual quiere decir que, en el campo de la lucha de clases, estos diversos conjuntos que componen la pequeña burguesía *no pueden tener intereses políticos "propios" a largo plazo.* Este criterio, conjugado con su aislamiento y con su parentesco ideológico, produce en general, al nivel *político,* los efectos *comunes* siguientes:

a) Dificultades considerables de organización política en un partido propio y específico.

b) Esta organización pasa a menudo por el expediente directo de otros aparatos del Estado, considerado por esos conjuntos como *su* "representante político, y desempeñando el papel de su organizador. La pequeña burguesía constituye a menudo una clase-apoyo del Estado. Su alianza con la burguesía no es directa, sino que pasa por el rodeo de un sostén de unas formas de Estado, que la pequeña burguesía considera como contrarias a los intereses de la burguesía y conformes a los suyos propios.

c) Esta comunidad de efectos ideológico-políticos funciona en primer lugar en las circunstancias sociales que podemos llamar "regulares". Estos dos conjuntos, a causa de sus ilusiones electoralistas, son con frecuencia, efectivamente, esos famosos pilares "tranquilos" del "orden democrático-republicano". Pero esta comunidad funciona igualmente en el caso de crisis, revistiendo la rebelión de estos dos conjuntos contra el orden existente formas enteramente análogas.

d) Carácter común *de inestabilidad* política de estos conjuntos: "basculan" con frecuencia, y según la coyuntura, bien del lado de la burguesía, bien del lado de la clase obrera, por estar polarizados en torno de estas dos clases.

Vemos, pues, bien que es posible caracterizar estos conjuntos, a pesar de las diferencias de sus lugares en lo económico, como formando parte de una misma clase, la pequeña burguesía, a causa de la comunidad de los efectos, sobre el plano de las relaciones ideológicas y políticas, de lugares económicos no obstante diferentes.

Aquí son necesarias algunas observaciones:

1] El hecho de que estos conjuntos pertenezcan a la misma clase no debe hacer creer que esta diferenciación de los lugares en lo económico pierde toda pertinencia. *La pequeña burguesía se divide ella misma en fracciones de clase.* Esto puede llegar bastante lejos; si, por ejemplo, y como regla general, la pequeña burguesía tiene en su masa una posición política esencialmente común en una coyuntura —éste fue especialmente el caso de los fascismos—, puede ocurrir también que se manifiesten desajustes entre sus fracciones.

Estos desajustes pueden llegar incluso hasta el punto en que una de estas fracciones bascule hacia un lado, y la otra hacia el otro. Lo que la práctica permite comprobar es que la posición política común prevalece ampliamente en las coyunturas "regulares" de lucha de clases, o en las coyunturas de crisis política aguda acompañadas de una defensiva de la clase obrera: caso de los fascismos. Los desajustes se manifiestan sobre todo con motivo de coyunturas revolucionarias o de crisis políticas que corresponden a una ofensiva de la clase obrera: situación en Alemania y en Italia entre 1919 y 1921. Por lo demás, cuando la pequeña burguesía funciona en tanto que *fuerza social*, se advierte, con la mayor frecuencia, una comunidad de posición política de esos conjuntos.[6]

2] En efecto, el hecho de que la pequeña burguesía no tenga, a largo plazo, una posición de clase propia no

[6] Se puede todo lo más advertir, en relación con los *movimientos extremistas de derecha*, que la pequeña burguesía "tradicional", conjunto *transitorio* en sentido riguroso, siente más inclinación hacia ellos en coyunturas "regulares" que la nueva pequeña burguesía; ejemplos el maccarthysmo en los Estados Unidos y el poujadismo en Francia. (Sobre este tema: W. Kornhauser, *The Politics of Mass Society*, 1965, pp. 201 ss.) En fin, las grietas políticas en el seno de la pequeña burguesía no reflejan naturalmente, y forzosamente, las grietas "económicas" en cuestión.

quiere decir en absoluto que no pueda constituirse en *auténtica fuerza social* y desempeñar el papel de tal; casos de los que forma parte el fascismo, y que corresponden a coyunturas bien determinadas. En estos casos, incluso si la pequeña burguesía hace finalmente y a la larga el juego, ya sea de la burguesía, ya sea de la clase obrera, entra empero, en tanto que fuerza social precisamente, *en la escena política, de manera relativamente autónoma y con un peso político específico.*

El problema es de importancia; de hecho, una de las razones de que el Komintern desconociera el fenómeno fascista fue precisamente su negativa a reconocer que la pequeña burguesía puede efectivamente desempeñar el papel de una auténtica fuerza social. Porque, paralelamente, el Komintern percibió muy pronto la relación del fascismo y de la pequeña burguesía. Pero veía, por el rodeo de esta relación, a la pequeña burguesía como simple fuerza asalariada, "a la rastra" del gran capital (partido fascista = "agente" a sueldo del gran capital). Únicamente Gramsci y Trotski han captado de la manera más exacta la relación fascismo-pequeña burguesía.[7] Su posición ha sido, después, condenada y amalgamada por el Komintern a la posición socialdemócrata: la de la pequeña burguesía como "*tercera fuerza*", es decir, como poseedora de una posición de clase a largo plazo propia, y que desemboca en la concepción errónea del fascismo como "dictadura de la pequeña burguesía".[8]

[7] Sin dejar de insistir sobre el hecho de que el fascismo representa los intereses del gran capital, Trotski señala: "El fascismo es, en el fondo, un programa de corrientes pequeñoburguesas. Sólo esta particularidad demuestra qué importancia enorme —más aún, qué importancia decisiva— adquiere para la suerte de toda sociedad burguesa la *autodeterminación de las masas populares pequeñoburguesas*" (*Écrits*, t. III, p. 270). Igualmente, Gramsci, que insiste sobre el hecho de que el fascismo es "el servidor del capital y de los agrarios", señala *el primero* (en 1921) que el fascismo constituye paralelamente "la última encarnación política de la pequeña burguesía".

[8] En efecto, ya dentro del marco de la discusión sobre el fascismo en el Plenum del ejecutivo del Komintern de junio de 1923 se insiste sobre la relación del fascismo y de la pequeña burguesía; pero esta pequeña burguesía se considera como un simple "apéndice" del gran capital. El Plénum reasume por su cuenta un acuerdo del PCA, publicado en la *Rote Fahne* del 18 de mayo de 1923, según el cual el fascismo estaba dividido en dos alas: la "directamente vendida al capital", y la compuesta de "pequeñoburgueses nacionalistas engaña-

3] En fin, comprobemos el peso de la ideología en la constitución misma de clase de la pequeña burguesía. Además del papel "unificador" de la ideología para sus diversas "fracciones", que, por su lugar mismo en lo económico (lugar "transitorio" para la una, salariado para la otra) y el aislamiento que de ello resulta, son particularmente aptas para las ilusiones, la ideología desempeña un papel decisivo: *la pequeña burguesía se alimenta literalmente de la ideología que la cimenta.* En el caso especialmente del fascismo, esta clase fue una de las principales víctimas "económicas" del fascismo, exprimida hasta el fondo, y la única, por razones ideológicas, que lo apoyó masivamente hasta el final. Con esto se circunscribe el error del Komintern, que esperaba la caída inminente y rápida del fascismo, a causa de sus "contradicciones internas", o, más exactamente, por el hecho de que las masas pequeñoburguesas se apartarían por sí mismas del fascismo, al comprobar que lesionaba sus intereses económicos.

dos" por la primera. El mismo sentido siguen, en la época, los análisis de Radek y de Clara Zetkin. Pero, progresivamente, y sobre todo después del VI Congreso de 1928, se menciona el informe fascismo-pequeña burguesía sobre todo para combatir la concepción socialdemócrata de la tercera fuerza, amalgamando a ésta los análisis de Trotski. Así, Wilhelm Pieck, en el XIII Plénum del Komintern (1933): "La socialdemocracia austriaca de 'izquierda'... ha producido la teoría de la dictadura fascista como 'dictadura de la pequeña burguesía'. Trotski ha caracterizado la dictadura fascista como contrarrevolución pequeñoburguesa" (informe citado ya en *Der Faschismus in Deutschland, op. cit.*). Esta posición no cambia, por lo demás, con el VII Congreso y el énfasis sobre la relación "exclusiva" del fascismo con el capital monopolista "más reaccionario...", etc. Véase por ejemplo la posición del propio Togliatti quien, sin embargo, en su informe sobre el fascismo al IV Congreso, informe quintaesenciado por Bordiga, seguía entonces la posición de Gramsci.

2

PROPOSICIONES GENERALES

Podemos volver ahora a la cuestión de las relaciones del fascismo y de la pequeña burguesía, según el plan seguido hasta aquí.

1. CAPITALISMO MONOPOLISTA Y PEQUEÑA BURGUESÍA: SU SITUACIÓN ECONÓMICA

El proceso de fascistización corresponde a una crisis económica del conjunto de la pequeña burguesía. Este hecho es importante en el caso de la pequeña burguesía, la cual, en Alemania y en Italia a la vez, fue particularmente afectada por la crisis económica que acababan de atravesar esos países. Sin embargo, en la misma medida en que esta crisis comenzaba a reabsorberse antes de la subida misma del fascismo al poder, lo esencial reside aquí en la etapa de la transición al predominio del capitalismo monopolista, correspondiente al fascismo. En lo que concierne a la pequeña producción y la pequeña propiedad, la aceleración del proceso de concentración del capital, durante el proceso de fascistización, compromete directamente su existencia económica. En lo que concierne a los asalariados empleados, esta etapa provoca el aumento brusco y considerable de su número, acompañado del subempleo y del paro habituales en estas circunstancias.[1]

[1] Se advierte, en efecto, en esta etapa, la *realización efectiva* de esta *tendencia* a la *depauperización relativa* de los salarios comerciales que señala Marx: "El obrero verdaderamente comercial figura entre los obreros asalariados mejor retribuidos, entre aquellos que rinden un trabajo calificado y experto, superior al trabajo medio. Sin embargo, su salario tiende a disminuir, incluso en relación con el trabajo medio, a medida que progresa el régimen capitalista de producción. En parte por la división del trabajo dentro de la oficina comercial... En segundo lugar, porque la formación previa, los conocimientos

II. LA CRISIS POLÍTICA: LA PEQUEÑA BURGUESÍA COMO FUERZA SOCIAL. LOS PARTIDOS FASCISTAS Y LOS INTERESES DE LA PEQUEÑA BURGUESÍA

El proceso de fascistización y el fascismo corresponden a una situación de crisis política de la pequeña burguesía, y a su constitución en auténtica fuerza social por el medio indirecto de los partidos fascistas.

Esta crisis de la pequeña burguesía, aparte de los factores que actúan para la pequeña burguesía como para las demás clases sociales, está directamente condicionada, aquí, por la crisis hegemónica de las clases dominantes en Alemania y en Italia. En efecto, la pequeña burguesía, clase "intermedia", se halla siempre afectada por una crisis mayor que llega a las fuerzas fundamentales de las formaciones capitalistas. La crisis de las clases dominantes afecta, por regla general, a la pequeña burguesía de manera directa. Así, antes de la estabilización y durante el primer período de crisis abierta entre la burguesía y la clase obrera, una gran parte de la pequeña burguesía basculó francamente del lado de la clase obrera. Sin que se pueda trazar una línea clara de demarcación entre las dos fracciones de la pequeña burguesía, puede decirse que fue principalmente el caso de los empleados asalariados.

Pero, ante la derrota de la clase obrera de una parte, ante una ausencia de política precisa de alianza de los partidos comunistas respecto de la pequeña burguesía de otra, este estado de cosas cambió, si bien por etapas. Después de esa caída clara, del lado de la clase obrera, esa

comerciales y de lenguas, etc., se reproducen cada vez más rápidamente, más fácilmente, de un modo más general y más barato a medida que progresan la ciencia y la educación popular... Además, aumenta la oferta, y con ella la competencia. Por eso, con algunas excepciones, la fuerza de trabajo de estas gentes se va depreciando a medida que se desarrolla la producción capitalista" (*El capital*, FCE, t. III, p. 293). De todos modos, el aspecto más importante de la cuestión en el caso del proceso de fascistización no reside tanto en ese proceso "económico" incluso, sino en sus repercusiones *ideológicas*, dada la ideología específica de la pequeña burguesía. La pequeña burguesía se halla, en efecto, durante el proceso de fascistización, *frustrada* en su esperanza de paso al estatuto de la burguesía, y esto mucho más que en los períodos "regulares". Sobre este tema: los análisis de H. Lasswell, artículo citado en la nota siguiente.

parte de la pequeña burguesía pareció fijarse, durante la etapa de estabilización, sobre la socialdemocracia.

Sin embargo, las cosas no se detuvieron ahí: la pequeña burguesía estaba decepcionada por la socialdemocracia, que no lograba defender sus propios intereses. Apartada de la socialdemocracia, la pequeña burguesía se encontró, en su conjunto, y con los comienzos del proceso de fascistización, frente a la inestabilidad y la incapacidad hegemónica de las clases y fracciones dominantes, marcando la crisis de representatividad de los partidos burgueses. Estos partidos, sin dejar de hallarse directamente vinculados a intereses de clase del bloque en el poder, eran al mismo tiempo, a causa de la incapacidad de la pequeña burguesía para erigirse en partido propio, los "representantes" de la pequeña burguesía.

Ahora bien, esos partidos se hallaban en ruptura con sus propias clases y fracciones del bloque en el poder. *Esto afectaba directamente su vínculo de representatividad con la propia pequeña burguesía*; ésta no comprendía que esos partidos no eran ya más que corrillos parlamentarios. La pérdida de la influencia real de estos partidos en la escena política, influencia real que les estaba atribuida por su vínculo con clases y fracciones distintas de la pequeña burguesía, condujo a la propia pequeña burguesía a apartarse de ellos. Así quedó abierto el camino a los partidos fascistas.

La pequeña burguesía, en su conjunto esta vez, estaba constituida, durante el proceso de fascistización, en fuerza social por el expediente de los partidos fascistas.[2] Sería conveniente, sin embargo, detenerse aquí, a fin de responder a la pregunta del vínculo de *representación* entre los partidos fascistas y la pequeña burguesía, distinguiendo los dos sentidos del término de representación.

En el primer sentido, este término indica el vínculo de un partido político con los *intereses reales* de clase.

[2] Para la discusión en torno de este punto, véase, entre otros: T. Geiger, "Die Soziale Schichtung des deutschen Volkes", en *Arbeiten zur Soziologie*, 1962, pp. 335 ss; R. Bendix, "Social Stratification and Political Power", en Bendix y Lipset, eds., *Class, Status and Power*, 1956, pp. 605 ss; S. M. Lipset, *Der Faschismus...*, *op. cit.*; R Dahrendorf, *Gesellschaft und Freiheit*, 1961, pp. 260 ss; W.

En el segundo sentido, este término indica principalmente los vínculos ideológicos y de organización de un partido con una clase, de la que puede muy bien no representar los intereses reales.

A propósito de la relación de los partidos fascistas y de la pequeña burguesía, es necesario aún precisar las cosas, y distinguir las etapas del proceso de fascistización y del fascismo. Ante todo, y en el segundo sentido, los partidos fascistas son efectivamente los representantes de la pequeña burguesía. Son partidos de masa, fuertemente estructurados, cuya base de masa, afiliados, militantes y electores, reside esencialmente en la pequeña burguesía. El origen de clase de sus capas intermedias y superiores es pequeñoburgués. Lo que los distingue así de los partidos "burgueses", que representaban tradicionalmente la pequeña burguesía, son esos vínculos de organización efectivos con ésta. Paralelamente, los partidos fascistas son, desde el punto de vista ideológico, partidos típicamente "pequeñoburgueses", lo cual los distingue igualmente de los otros partidos burgueses que representaban tradicionalmente la pequeña burguesía.

¿Qué es ahora de los *intereses reales* representados por esos partidos, en el primer sentido del término de representación? En la medida en que se puede hablar de intereses políticos a corto plazo propios de la pequeña burguesía, el partido fascista es su representante efectivo durante la primera etapa del proceso de fascistización. Los primeros programas de esos partidos no son esencialmente más que un "catálogo de resentimientos" de la pequeña burguesía, y esos partidos prosiguen activamente las reivindicaciones pequeñoburguesas. Pero con el punto de no retorno el viraje ya está tomado; el partido fascista representa en adelante, y de manera masiva, los intereses reales de la burguesía. Si sigue aún, en cierta medida, teniendo en cuenta intereses de la pequeña burguesía, con el fascismo en el poder, y definitivamente con la etapa de su estabilización, esos intereses serán totalmente abandonados.

Mills, *Power, Politics and People*, su reseña del libro de Fr. Neumann, *Behemoth: Structure and Practice of National-Socialism*; H. Lasswell, "Psychology of Hitlerism", *Political Quarterly*, núm. 4, 1933, análisis reproducidos en *The Analysis of Political Behaviour*, 1947, páginas 235 ss; en fin, el libro citado ya de W. Reich.

Ahora bien, la pequeña burguesía, por el medio indirecto de los partidos fascistas, intervino en la escena política como fuerza social; a la vez que basculaba decididamente del lado de la burguesía, desempeñaba, en esa alianza, *un papel relativamente autónomo respecto del gran capital.* La pequeña burguesía no iba ya aquí pura y simplemente "a la rastra" de la burguesía, como cuando estaba representada por los partidos burgueses tradicionales. Esta alianza del gran capital con la pequeña burguesía en rebelión esconde, en esta coyuntura, contradicciones muy vivas. Esta alianza cubre, de hecho, una lucha política intensa entre el gran capital y la pequeña burguesía, lucha que marca toda la historia del fascismo y que repercute en las contradicciones entre el fascismo y el gran capital.

Esta alianza se hace al principio por el medio indirecto del partido fascista, gracias a su representatividad ambigua; partido que se presenta como "anticapitalista", a pesar de representar progresivamente los intereses reales del gran capital. Se hace, después, tras de la subordinación del partido al aparato de Estado en sentido estricto, por el camino indirecto de este Estado y del fetichismo del poder propio de la pequeña burguesía. Esta alianza gran capital/pequeña burguesía no es jamás, aquí, directa y declarada; toma la forma de un apoyo de la pequeña burguesía a una forma de Estado, de la cual no descubre los vínculos con los intereses del gran capital. En suma, el papel histórico del fascismo, a este respecto, fue realizar una alianza entre gran capital y pequeña burguesía, en una coyuntura precisamente en que sus contradicciones atravesaban una fase de intensificación aguda.

En cuanto al papel político y al lugar de la pequeña burguesía bajo el fascismo, se han esbozado ya las líneas generales, con ocasión del examen de la relación del fascismo y de las clases dominantes. La pequeña burguesía deviene, durante la primera etapa del fascismo en el poder, la clase reinante. Con la etapa de la estabilización, se confina en el lugar de clase mantenedora de los aparatos de Estado. Su papel de fuerza social se manifiesta en adelante, principalmente, por efectos característicos sobre esos aparatos. Las formas particulares que revisten no pueden explicarse ni por su simple correspondencia con los intereses del gran capital, ni por el papel ideológico

general del fascismo, sino por el papel de fuerza social de la pequeña burguesía. En efecto, la organización de una clase, distinta de la clase obrera, en partido "propio" no es la única posibilidad para su constitución en fuerza social.

III. LA CRISIS IDEOLÓGICA Y LA "IDEOLOGÍA FASCISTA". IDEOLOGÍA IMPERIALISTA E IDEOLOGÍA PEQUEÑOBURGUESA

El proceso de fascistización corresponde a una crisis ideológica aguda de la pequeña burguesía, que tiene lugar en la crisis ideológica generalizada de estas formaciones.

Esta crisis ideológica generalizada de las formaciones sociales alemanas e italianas expresa en primer lugar una crisis de la ideología dominante. En la medida en que la "ideología pequeñoburguesa" no es, finalmente, más que la adaptación-torsión compleja de la ideología burguesa a las aspiraciones propias de la pequeña burguesía, esta crisis provoca directamente una crisis ideológica de la pequeña burguesía. Esto, conjugado con la rebelión pequeñoburguesa, desemboca en los resultados siguientes:

a) los "*elementos*" de la ideología pequeñoburguesa específicos y propios de la pequeña burguesía, y que estaban antes en cierto modo perdidos en el discurso de la ideología burguesa, adaptada a las aspiraciones de la pequeña burguesía, se reavivan y surgen de manera aguda;

b) el aspecto "anticapitalista" se impone a los demás, a menudo por el rodeo de una *oposición referencial* a la ideología burguesa;

c) con la ayuda de la crisis ideológica de la clase obrera, los "préstamos", diseminados y desviados, hechos a su ideología se vuelven más frecuentes e intensos.

Con el advenimiento del fascismo al poder, se asiste a un fenómeno aparentemente paradójico: *el subconjunto ideológico pequeñoburgués, modificado así, "toma el lugar" de la ideología burguesa dominante, logrando de este modo recimentar las formaciones sociales en cuestión.* Este subconjunto desempeña en adelante el papel que antes desempeñaba directamente la ideología burguesa, y esto a la vez respecto de la burguesía misma y respecto de la clase obrera.

Pero se impone aquí una advertencia, ya que a menudo

se ha hablado inconsideradamente de la "ideología pequeñoburguesa" del fascismo. De hecho, este desplazamiento del predominio de la ideología burguesa hacia el subconjunto ideológico pequeñoburgués no quiere decir en absoluto que la ideología burguesa sufra un "eclipse". La ideología burguesa continúa estando constantemente presente en la ideología dominante; el subconjunto ideológico pequeñoburgués, incluso modificado, sigue siendo una torsión-adaptación de la ideología burguesa a las aspiraciones de la pequeña burguesía, ya que ésta no posee ideología propia, en el sentido riguroso del término. Por lo demás, hasta los "elementos" ideológicos propios de la pequeña burguesía actúan finalmente en provecho de la burguesía. Así, la ideología burguesa perpetúa su dominación, pero bajo formas indirectas y enmascaradas. En esto reside, por lo demás, el carácter específico de la "ideología fascista": la dominación indirecta de la ideología imperialista, por el predominio directo de la "ideología pequeñoburguesa".

Porque bajo el fascismo se asiste igualmente a un predominio, en el seno de la ideología burguesa misma, de la *ideología imperialista* del gran capital sobre la ideología "liberal" clásica. Ahora bien, si la ideología imperialista parece en contradicción con las formas "normales" de la ideología pequeñoburguesa —justicia social, electoralismo, etc.—, *puede perfectamente corresponder a las formas revestidas por la ideología de una pequeña burguesía en rebelión*, lo cual no es el caso de la ideología liberal clásica. Del fetichismo del poder al Estado fuerte, del nacionalismo agresivo y exacerbado a la estadolatría y al culto del "jefe", del antiparlamentarismo al corporativismo y al autoritarismo, otros tantos rasgos comunes de la ideología imperialista y de la de la pequeña burguesía en rebelión; rasgos comunes que giran principalmente en torno del papel del Estado.

Pero hay más: la ideología imperialista armoniza de manera definida con "*elementos*" ideológicos, vinculados a la misma situación de clase de la fracción nueva de la pequeña burguesía. Esta fracción de empleados asalariados, incluidos los jefes y los técnicos, cuyo crecimiento se debe al desarrollo del capitalismo, es particularmente sensible al aspecto ideológico *tecnocrático:* culto de la eficacia y de la técnica neutra, acompañando la concepción

de una neutralidad de la cultura. Ahora bien, el lado tecnocrático es uno de los aspectos más importantes de la ideología imperialista. El fascismo, por lo demás, explota a fondo, con su mística del rendimiento y de la eficacia, este elemento ideológico, común al gran capital y a la nueva pequeña burguesía.

A partir de estas consideraciones es como podemos darnos cuenta de lo que ha sido designado como *ideología fascista*. Los rasgos característicos de esta ideología corresponden perfectamente a los intereses del gran capital. Así, si el "aspecto burgués" de la ideología fascista connota esencialmente la ideología imperialista, no es menos cierto, en la medida misma en que esta ideología imperialista nace sobre el suelo de la ideología burguesa, que se pueden descubrir efectivamente los "gérmenes" de la ideología fascista, en la "tradición" de la ideología dominante de las formaciones sociales en cuestión. La ideología fascista está enraizada, en cierto modo, en la tradición de la "cultura nacional" de Alemania y de Italia. Pero, de otro lado, la ideología fascista está dominada paralelamente por los elementos ideológicos propios de la pequeña burguesía en ambos países, y por una adaptación característica de la ideología imperialista a las aspiraciones propias de esas pequeñas burguesías.

Dicho de otro modo, por una parte, no existe aspecto esencial de la ideología fascista que no se halle en relación con la ideología imperialista; por otra parte, si estos aspectos han tomado precisamente la forma de la ideología fascista, es a causa de la relación de esta ideología con la pequeña burguesía. Lo cual no debe, por lo demás, hacernos olvidar las *contradicciones internas* de la ideología fascista, que se deben finalmente a las contradicciones entre los intereses del gran capital y los de la pequeña burguesía.

Se pueden indicar aquí las líneas generales de esta ideología, aplicándose a mostrar más precisamente su aspecto imperialista y su aspecto pequeñoburgués. Pero no es cuestión de entrar en un análisis sistemático. De hecho, la "ideología fascista" no puede constituir un objeto de investigación, con los mismos títulos que los conjuntos ideo-

lógicos esencialmente vinculados a la burguesía y a la clase obrera. Se trata más bien, y Togliatti lo señaló oportunamente, de una *amalgama de elementos contradictorios*, que no pueden ser finalmente captados, en su articulación, sino por su encarnación en prácticas y en aparatos, cuyo examen constituirá el objeto de la última parte del presente ensayo.[3] Nos es, pues, forzoso limitarnos, a este nivel, a una enumeración, completamente indicativa, de algunos de los aspectos esenciales de la ideología fascista.

Para comenzar con las contradicciones internas de la ideología fascista, recordemos la explotación por el fascismo de los elementos ideológicos propios de la pequeña burguesía en rebelión. El aspecto "anticapitalista" de las aspiraciones pequeñoburguesas tiene aquí un lugar importante. Declaraciones contra la "opulencia", dirigidas principalmente contra las fracciones del gran capital cuyos intereses lesionan, de la manera más evidente, los de la pequeña burguesía clásica; contra el capital de préstamo, fracción bancaria del gran capital, y contra el gran capital invertido en la esfera de circulación, cadenas de los grandes almacenes que lesionan el pequeño comercio. Declaraciones igualmente contra los monopolios que violan la libre y justa competencia, eslogan favorito de la pequeña producción, declaraciones en fin contra las formas fiscales.

Pero, al margen de estas contradicciones en el seno de la ideología fascista, entre ideología imperialista e ideología pequeñoburguesa, sería necesario más bien indicar *sus*

[3] Por eso señalaba Togliatti: "La ideología fascista contiene una serie de elementos heterogéneos... Sirve para soldar entre sí corrientes diversas de la lucha por la dictadura sobre las masas laboriosas y para crear un vasto movimiento de masa. La ideología fascista es un instrumento creado para tener ligados esos elementos... Os pongo en guardia contra la tendencia a considerar la ideología fascista como algo sólidamente constituido, acabado, homogéneo" (en *Lezioni...*, op. cit., p. 15). No es, por lo demás, casual que no existan en absoluto "obras", en sentido riguroso, ideológico-políticas "fascistas". En fin, la bibliografía concerniente a la "ideología fascista" es muy extensa; habría que mencionar en particular, pese a las reservas que por lo demás suscitan, los textos de la Escuela de Francfort de 1930-1939. Especialmente: Marcuse, *Der Kampf gegen den Liberalismus in der totalitären Staatsauffassung* y *Über den affirmativen Charakter der Kultur*; Horkheimer, *Die Juden und Europa* y *Egoismus und Freiheitsbewegung*; Adorno, *Minima moralia*, etc. Los análisis del propio Mannheim no carecen de interés.

puntos de colusión, tanto más notables cuanto que esta colusión se presenta constantemente bajo la forma "anticapitalista".

Aspecto estadolátrico de la ideología fascista, e importancia atribuida al culto del Estado, fuera del cual el "individuo no es nada". Correspondiente al fetichismo del poder de la pequeña burguesía, este aspecto cubre el interés del gran capital por el papel intervencionista del Estado, en el estadio del capitalismo monopolista. Lo cual se prolonga en el famoso "culto del jefe" y de la autoridad jerárquica, forma típica del fetichismo del poder en la pequeña burguesía en rebelión.

Aspecto antijurídico y, en este sentido, culto de lo "arbitrario" de la ideología fascista: la ley y la regla es el mandato del jefe. Esto expresa no sólo el culto del jefe de la pequeña burguesía, sino también su rebelión contra una "reglamentación" jurídica a la que hace, a causa de su fijación sobre el Estado, responsable de sus problemas. Este aspecto corresponde a los intereses del gran capital: la ideología imperialista marca, en efecto, un desplazamiento del predominio, en el seno de la ideología burguesa misma, de la *región* jurídico-política, que dominaba en la ideología burguesa liberal, hacia la región económica: tecnocratismo. Este desplazamiento enmascara la intervención masiva del Estado, en el estadio del capitalismo monopolista, en favor del gran capital.[4] Pero el desplazamiento de este predominio, implicado en el aspecto antijurídico de la ideología fascista, se realiza aquí por un resurgimiento importante de la *ideología moral* —temas del "honor" y del "deber"—, forma privilegiada de expresión de la ideología pequeñoburguesa.

Aspecto elitista de la ideología fascista, que se prolonga hasta la concepción fascista del racismo. Aspecto igualmente típico de la pequeña burguesía en rebelión, que codicia el lugar de la burguesía; lo cual conviene al gran capital, que trata de suplantar al capital medio y a sus representantes políticos en la hegemonía de la escena política.

Aspecto racista antisemita: no se trata, naturalmente,

[4] Sobre este tema, *Pouvoir politique et classes sociales*, pp. 227 ss [269 ss].

de avanzar aquí en el examen del racismo. Señalemos simplemente que la imagen del "judío rico y explotador" se adapta aquí al lado anticapitalista mistificado de la ideología pequeñoburguesa. Este aspecto conviene al gran capital, no sólo porque desplaza el anticapitalismo de las masas pequeñoburguesas hacia los "judíos", sino también porque corresponde a sus intereses colonialistas y expansionistas.

Aspecto nacionalista: culto exacerbado de la entidad mística que es la "nación" (vínculos del "suelo" y de la "sangre") para la pequeña burguesía, a través de la cual trata de negar la lucha de clases, y de la que se considera como el pilar, mediadora "natural" de las fuerzas en presencia; nacionalismo que, de manera evidente, conviene al gran capital imperialista.

Aspecto militarista; conjugación del aspecto nacionalista y del lado autoritarista, jerárquico y de culto del jefe de la pequeña burguesía en rebelión, y que armoniza con los intereses del gran capital expansionista. Paralelamente, culto "abstracto" de la "violencia" característico de la "jacquerie" de la pequeña burguesía en rebelión, y de la fase de represión acrecentada del gran capital contra las masas populares.

Aspecto anticlerical de la ideología fascista: aspecto de "laicismo" revestido por la rebelión pequeñoburguesa contra los "privilegios", y que conviene al gran capital, dada la relación estrecha, en esos países, de la Iglesia con la gran propiedad territorial y el capital medio.[5]

Papel importante y particular atribuido por esta ideología a la "familia": papel estudiado por Wilhelm Reich. Este papel de la familia está ligado a las representaciones y aspiraciones de una pequeña burguesía, marcada por su aislamiento económico y la explotación familiar, y por su búsqueda de una célula social impermeable a la lucha de clases. Este aspecto conviene igualmente al gran capital, si bien el proceso del capitalismo monopolista conduce a una disolución de hecho de los lazos familiares

[5] En efecto, el papel político de la religión es, en la pequeña burguesía urbana, mucho menos importante de lo que sostiene W. Reich, *op. cit.*, pp. 188 ss. Es lo que demuestra especialmente S. M. Lipset, en Bendix y Lipset, *Class, Status and Power*, *op. cit.*, p. 423.

tradicionales; enmascara y evacúa la realidad de la lucha de clases, contribuyendo a la tendencia de "jerarquía autoritaria" propia de la ideología imperialista.

Papel particular atribuido a la educación, que lleva a un alistamiento estatal de la juventud, acompañado de una concepción completamente específica de la "juventud" y de la enseñanza. Esto corresponde a la ideología pequeñoburguesa de la pasarela y de la promoción social, y a la concepción de las "generaciones" de la nueva pequeña burguesía, conjunto "de paso". Este aspecto conviene al gran capital, en la medida en que le permite intervenir en la formación y la calificación de la fuerza de trabajo necesaria al capitalismo monopolista.

Aspecto oscurantista y "antiintelectualista" de la ideología fascista, corolario de una rebelión espontánea de la pequeña burguesía contra los "ideólogos", los "funcionarios de la ideología" *orgánicos* —en el sentido en que lo entendía Gramsci— de la burguesía, que han frustrado sus aspiraciones. En efecto, la rebelión de la pequeña burguesía, que es, en otras circunstancias, una clase muy respetuosa de la cultura, a causa del mito de la escuela, reviste a menudo este aspecto de hostilidad contra los "ideólogos". Y es porque la pequeña burguesía, que no posee ideología propia en el sentido riguroso del término, no posee en general "funcionarios de la ideología" *propios*. Su rebelión contra los "funcionarios de la ideología" orgánicos de la burguesía reviste la forma de una rebelión general "contra los ideólogos". Aspecto que conviene al lado tecnocrático de la ideología imperialista.

En fin, aspecto corporativista, en su lado propiamente pequeñoburgués. Corresponde a la utopía paseísta de la fracción tradicional de la pequeña burguesía de la era de las corporaciones, pero también a las aspiraciones de la nueva pequeña burguesía. La pequeña burguesía, en su conjunto, querría constituir, por el camino indirecto del Estado y de su propia "participación" en el seno de esas corporaciones estatales, que agrupan "autoritariamente" todas las fuerzas sociales, la fuerza fundamental y el pilar mediador de todo el edificio social. Aspecto corporativista que, por la represión particular que implica de la lucha de clases, y por la subordinación del capital medio al grande al cual favorece, conviene al gran capital.

IV. LA SITUACIÓN REAL DE LA PEQUEÑA BURGUESÍA BAJO EL FASCISMO

En fin, ¿qué se puede decir de la situación económica real de la pequeña burguesía bajo el fascismo, y de la estrategia del fascismo a este respecto?

La pequeña burguesía, tradicional y nueva, es, con el campesinado pobre y medio-pobre, la principal víctima económica del fascismo. Por la política del fascismo en favor del gran capital, el pequeño comercio y la pequeña producción sufren de manera radical. Por la política fascista respecto de los salarios, son en primer lugar, y sobre todo, los empleados asalariados los lesionados en su poder de compra.

Pero esta política se realiza por etapas. En la primera etapa del fascismo en el poder, durante la cual la pequeña burguesía ocupa el lugar efectivo de clase reinante en la escena política, el fascismo se halla forzado a una serie de compromisos, impuestos a las clases dominantes, en favor de la pequeña burguesía.

Después, el fascismo establecido no conduce a una eliminación radical de la pequeña burguesía tradicional. Deberíase insistir en particular en una *contratendencia* característica, en el estadio del capitalismo monopolista, a la tendencialidad hacia esa eliminación. El mismo establecimiento del predominio del capitalismo monopolista, en una formación social, *se acomoda precisamente a la persistencia* de un débil sector de pequeña producción y de pequeño comercio. Los costos elevados de fabricación, y el alto costo de producción de la pequeña industria, así como los precios elevados de venta al menudeo del pequeño comercio, hacen plausible la altura de los precios cartelizados, fijados por los grandes monopolios y las cadenas de grandes almacenes. Los grandes monopolios enmascaran así, por la referencia a los precios de la pequeña producción y del pequeño comercio, los sobreprovechos que realizan. Contratendencia, de índole principalmente político-ideológica, y que ha actuado ampliamente, en el caso de los fascismos, en cuanto a ciertas medidas de protección de la pequeña propiedad urbana.

En cuanto a los empleados asalariados, no se debe olvidar tampoco un aspecto importante de la cuestión: el

fascismo, por una extensión característica del aparato burocrático de Estado, muy bien estudiada por Gramsci, ha administrado empleos a una parte importante de las masas pequeñoburguesas. Crecimiento exorbitante del aparato de Estado por lo que se ha designado como "burocracia fascista", y que fue una de las razones del apoyo que la pequeña burguesía concedió al Estado fascista.[6]

En fin, un último problema simplemente mencionado más arriba, en el caso de la relación del fascismo y de la burguesía. Ocurre a veces, en los casos de "dictadura" en que la pequeña burguesía funciona como fuerza social y como clase reinante, que se asiste a un proceso de *sustitución*, relativa pero también a veces radical, de la antigua burguesía por miembros de la pequeña burguesía, los cuales se erigen entonces en *nueva clase burguesa*. Esto sigue con la mayor frecuencia el proceso de la *burguesía de Estado*. Por una expropiación de la antigua burguesía y por nacionalizaciones masivas de una parte, y por la vía indirecta de su dominación en el aparato de Estado de otra parte, las "alturas" pequeñoburguesas de este aparato llegan a sustituir a la antigua burguesía.

Ahora bien, este proceso no ha revestido un papel importante en el caso preciso del fascismo. Aunque haya habido, por este rodeo, cierta integración de "alturas" pequeñoburguesas a la burguesía —caso clásico de la pandilla de Göring por la creación de los H. Göring Werke—, esta integración ha revestido principalmente el aspecto de vínculos político-ideológicos. Y es que la "estatificación" de la economía por el fascismo fue siempre un mito, e, incluso en el caso de la *economía de guerra*, casi nunca llegó más allá de una reglamentación en favor del gran capital. El fascismo jamás comprometió el gran capital "tradicional", cuyos intereses garantizó constantemente.

[6] Hay que advertir, por lo demás, que los intentos de explicación del fascismo por referencia a la "burocracia" no faltaron. Por ejemplo, B. Rizzi, *La bureaucratisation du monde*, París, 1939.

3

ALEMANIA

En Alemania, la pequeña producción y el pequeño comercio atravesaron una crisis económica grave, debida sobre todo al proceso de concentración del capital. Entre 1907 y 1925, la proporción, en el conjunto de la población, de los productores y comerciantes "independientes" disminuyó aproximadamente en un 4 %, y entre 1925 y 1933, en un 2 %, lo cual hace en total una disminución considerable del 6 al 7 %.[1] Paralelamente, explotada por el gran capital (no sólo, ni aun principalmente, por medio de la expropiación y de la *proletarización* en sentido riguroso), sometida al movimiento de los precios, a la inflación, a la crisis de depresión de 1929, esta fracción de la pequeña burguesía era "económicamente" una de las partes más lesionadas de la población. Artesanos y comerciantes perdieron en este proceso de *depauperización* cerca de la mitad de sus ingresos.[2]

En cuanto a la nueva pequeña burguesía, empleados y funcionarios, aumentó hasta el punto de representar el 17 % de la población en 1925, contra el 12.6 % en 1907. Entre 1925 y 1933, este porcentaje aumentó todavía en 1.4 %, mientras que el porcentaje de la clase obrera permanecía relativamente estable.[3] Esta fracción de trabajadores asalariados no productivos, aunque menos lesionada que la precedente, lo fue, en su poder de compra, más que la clase obrera propiamente dicha.

Antes de considerar la crisis política que atravesaba la pequeña burguesía en Alemania después de la guerra y durante el proceso de fascistización, hay que decir dos palabras acerca de las características particulares de la

[1] Castellan, *op. cit.*, p. 146.
[2] *Ibid.*, pp. 178-9.
[3] *Ibid.*, p. 150.

pequeña burguesía alemana. La revolución "desde arriba", operada por Bismarck bajo la dirección política de la nobleza territorial, y la carencia marcada del papel hegemónico de la burguesía permitieron a la pequeña burguesía alemana, como lo señalan Marx y Engels, desempeñar un papel importante: "La clase de los pequeñoburgueses, legada por el siglo XVI, y desde entonces renaciendo sin cesar bajo diversas formas, constituye para Alemania la verdadera base social del orden establecido".[4] Y además: "La pequeña burguesía, que tiene la mayor importancia en todo Estado moderno y en todas las revoluciones modernas, es particularmente importante en Alemania, donde, en el curso de las luchas recientes, ha desempeñado casi siempre un papel decisivo".[5]

Papel importante, es cierto, ¿pero cuál exactamente? De hecho, frente a la contradicción política siempre solapada entre la burguesía y la nobleza territorial, la pequeña burguesía apoya constantemente a la burguesía contra esa nobleza, sin que jamás su propia contradicción con la burguesía pase ella misma a ser declarada. En oposición al caso francés, esta pequeña burguesía, ante la ausencia de ideología propia de la burguesía, es impermeable a una ideología de tipo jacobino, y permanece constantemente a la zaga de la burguesía; está sumisa así, por lo demás, masivamente a la ideología feudal "transformada". Antes del fascismo, jamás se había constituido en fuerza social, lo cual explica, en cierta medida, cómo se dejó engañar por la burguesía después de la subida del fascismo al poder.

Después de la guerra, una parte de esta pequeña burguesía pareció bascular, en grados diversos, del lado de la clase obrera. Participación decidida de los empleados y funcionarios en las grandes huelgas y en las manifestaciones callejeras, adhesiones a los sindicatos, pero también apoyo electoral, significativo en el caso de la pequeña burguesía alemana, a la socialdemocracia, y más rara vez al Partido Comunista. En 1923, cuando la ocupación del Ruhr, numerosos pequeñoburgueses, principalmente empleados, pasaron al comunismo. El examen de las adhe-

[4] *Manifiesto del Partido Comunista*, en *Obras escogidas en dos tomos*, Editorial Progreso, Moscú, 1966, t. I, p. 44.

[5] Engels, *La révolution démocratique en Allemagne*, Éd. Sociales, p. 208.

siones sindicales y de los resultados electorales, en las regiones donde la pequeña burguesía era particularmente importante, revela que, durante el período de estabilización, esa parte de la pequeña burguesía se fijó en la socialdemocracia. Hasta los comienzos del proceso de fascistización no habría de volverse hacia el nacionalsocialismo.

Vengamos ahora a la relación del Partido Nacionalsocialista y de la pequeña burguesía.[6] En cuanto a las adhesiones al Partido Nacionalsocialista, se advierte, entre 1930 y 1934, el movimiento siguiente: el porcentaje, entre los afiliados, de los empleados asalariados, se sitúa del 25.6 % al 20.6 %, muy por encima de su porcentaje en la población (alrededor del 12 %). El porcentaje en afiliados de los funcionarios, y más particularmente de los maestros, pasó del 8.3 % al 13 % —habría de llegar al 29 % en 1935—, mientras que su porcentaje en la población era del 5 %. El porcentaje, en afiliados, de los artesanos y comerciantes "independientes" se mantenía alrededor del 20 %, cuando su porcentaje en el conjunto de la población era del 9 por ciento.

Igualmente notables son los porcentajes, en origen de clase, de los responsables medios y de los dirigentes superiores del Partido Nacionalsocialista: el 37 % de ellos eran empleados, porcentaje seguido inmediatamente por el de los funcionarios primero, y por el de los artesanos y comerciantes después.[7] En las elecciones de 1930, la fracción parlamentaria del Partido Nacionalsocialista comprendía 16 diputados que procedían principalmente del pequeño comercio y del artesanado, 25 empleados asalariados, 13 maestros, 12 funcionarios, 15 funcionarios del partido de origen pequeñoburgués, 8 ex oficiales, 12 campesinos medios y además un sacerdote y un farmacéutico (G. Strasser).

En cuanto a los resultados electorales, son igualmente claros: era esencialmente la pequeña burguesía la que apoyaba, de manera definida y en su conjunto, al Partido Nacionalsocialista. Hay que advertir en particular que, a

[6] Sobre este tema, K. Bracher, *Die deutsche Diktatur...*, op. cit., pp. 256 ss.

[7] H. Gerth, *The Nazi Party: its Leadership and Composition*, in *Reader in Bureaucracy*, R. Merton, ed., 1952, pp. 110 ss.

medida de los éxitos electorales del nacionalsocialismo, fueron, *en primer lugar*, los partidos "liberales" centristas (excepto el *Zentrum* católico), *de clientela esencialmente pequeñoburguesa*, los que se hundieron, perdiendo aproximadamente el 80 % de su electorado, mucho más que los "conservadores", los nacionales-alemanes, que no perdieron más que el 40 % de su electorado en provecho de los nazis.[8]

Esta situación se mantuvo prácticamente invariable mientras el fascismo permaneció en el poder.

Estas relaciones del Partido Nacionalsocialista y de la pequeña burguesía aparecen igualmente claros en las *formas de organización* que reviste ese partido:[9]

a) Era un partido a primera vista muy centralizado, organizado esencialmente sobre la base de calles y de barrios, aplicándose de manera rigurosa el "principio del jefe" en cascada. Sin embargo, se trataba más bien de un centralismo dividido en sectores, conservando durante mucho tiempo amplia autonomía los diversos aparatos del partido y los diversos sectores geográficos. Este partido estaba constantemente agitado por luchas intestinas y contradicciones internas, indicio no sólo de los intereses contradictorios que representaba, en el sentido ideológico-político, sino también de las dificultades inherentes a la organización de la pequeña burguesía. Era en fin un indicio de los diversos cortes sucesivos de los vínculos de representatividad entre sus "cimas" y la pequeña burguesía, cortes que originaban otros entre las "cimas" y los escalones intermedios. Esto conducía progresivamente a la creación de la rama de los ss, que dominaba al partido y se hallaba directamente afiliado a las "cimas", que habían cortado ya los lazos de representatividad, en los dos sentidos del término, con la pequeña burguesía.

b) Las organizaciones particulares del partido en la base estaban calcadas sobre la representación por oficios: comerciantes, maestros, empleados, médicos, etcétera.

c) Este partido estaba organizado de acuerdo con el modelo militar, lo cual correspondía no sólo a las necesi-

[8] R. Heberle, *op. cit.*, pp. 112 *ss*; K. Bracher, *Die Auflosung...*, *op. cit.*, pp. 94 *ss*.

[9] M. Duverger, *Les partis politiques*, *op. cit.*, páginas 55 *ss*, 184, 299 *ss*, etcétera.

dades de la lucha por la conquista del poder, sino también, ya que no sobre todo, a la ideología de la pequeña burguesía alemana.

d) Desde sus comienzos, este partido estaba altamente funcionarizado, comprendiendo un número muy grande de miembros retribuidos y de permanentes, lo que correspondía más particularmente a las necesidades de subsidios de la pequeña burguesía proletarizada, pero también a las tendencias a la burocratización, de factura ideológica, propias de la pequeña burguesía.

e) Las organizaciones de función propiamente ideológica, organizaciones "deportivas", organizaciones de la "juventud", de los "ocios", etc., eran en el partido particularmente importantes. Los actos de carácter ideológico, desfiles, "fiestas", ritos iniciáticos, etc., revestían un papel eminente y del todo característico.

Durante el proceso de fascistización, el Partido Nacionalsocialista parecía representar efectivamente los intereses reales a corto plazo, y propios, de la pequeña burguesía. Se ve en el sostén práctico que aportaba a los actos de la pequeña burguesía, y en las reivindicaciones concretas inscritas en sus programas. Por lo demás, las asociaciones corporativas propias de la pequeña burguesía, tales como la muy importante Deutschnationale Handlungsgehilfeverband (DHV) aportan, a partir de 1927, su apoyo al Partido Nacionalsocialista.[10] Pero las cosas inician un cambio radical con el viraje de este partido a partir del punto de no retorno.

En lo que concierne a la evolución de la pequeña burguesía sobre el plano político, que llegó a ser durante breve período la clase reinante con la subida al poder del nacionalsocialismo, y luego se fijó en el lugar de clase man-

[10] Bracher, *Die deutsche Diktatur...*, pp. 166 ss. Hay que señalar, sin embargo, el elemento muy interesante advertido por Geiger (*Die soziale Schichtung...*, *op. cit.*, p. 353); siendo más inclinados los empleados y funcionarios, la "nueva" pequeña burguesía, por sus condiciones de vida, a la organización *sindical* que la pequeña burguesía "tradicional", muy pronto se planteó el dilema en el seno del Partido Nacionalsocialista: ¿habría que orientarse hacia una "*representación sindical de intereses*", o hacía una "representación corporativa de oficios"? La segunda solución fue la que prevaleció, lo cual produjo fricciones entre este partido y la DHV.

tenedora del Estado, se han trazado las líneas generales en el momento en que su exposición era más luminosa, es decir, con ocasión del examen de las relaciones del nacionalsocialismo y de las clases dominantes. Recordemos simplemente que, si se asiste a una ruptura clara y progresiva de los vínculos de representatividad entre el Partido Nacionalsocialista y los intereses reales de la pequeña burguesía, los lazos político-ideológicos de representación se mantuvieron durante todo el tiempo que el fascismo permaneció en el poder. Las contradicciones concretas que de ellos resultaron entre la acción de la pequeña burguesía como fuerza social y el gran capital marcan el conjunto del período y las relaciones del nacionalsocialismo con el gran capital.

En cuanto al examen de la "ideología nazi", no entraremos en detalles. En primer lugar, porque ya otros han estudiado profusamente la cuestión. Después, y sobre todo, porque la "ideología fascista", *en el sentido riguroso de ideología de clase pequeñoburguesa*, no existe; los "*elementos*" que la marcaron han sido mencionados más arriba. Lo que es mucho más interesante son las formas institucionales a que dieron nacimiento encarnándose en ellas, de lo cual se tratará con motivo del examen del Estado nacionalsocialista.

En lo que concierne ahora a los intereses reales de la pequeña burguesía urbana, diremos que, con la subida del nacionalsocialismo al poder, quedaron totalmente abandonados. Ello ocurrió por etapas, y el proceso no apareció claro sino a partir de la etapa de estabilización. Durante la primera etapa, se tomaron algunas medidas en favor de la primera fracción de la pequeña burguesía. Se limitó relativamente la actividad de los grandes almacenes. En 1933, creáronse dos corporaciones autónomas, una Corporación del Comercio al Pormenor (excluidos los grandes almacenes) y una Corporación del Artesanado, con el Dr. Renteln a su cabeza, y que tenía por objeto la protección de la pequeña producción y del pequeño comercio. Pero estas medidas fueron abolidas en 1934, y se prescindió del Dr. Renteln.[11]

[11] D. Guérin, op. cit., pp. 253 ss.

Ahora bien, a causa, entre otras, de la contratendencia señalada del capitalismo monopolista, relativa a la "proletarización" de la pequeña producción y del pequeño comercio, la explotación por el gran capital y la extinción progresiva de la pequeña producción y del pequeño comercio no se hicieron por la vía directa de su expropiación, ni por su rescate puro y simple por el gran capital. Se llevaron a cabo principalmente por vías indirectas, conduciendo a su subordinación económica de hecho al gran capital.[12] La política del nacionalsocialismo de fijación de los precios de menudeo lesionó de manera radical el provecho del pequeño comercio, que fue bajando regularmente: a partir de 1936, el 75 % de las empresas del comercio de alimentación dejaban a su propietario un ingreso mensual inferior al de un obrero calificado. Entre 1936 y 1938, 104 000 artesanos independientes pasaron a ser asalariados.

Pero, con la economía de guerra y las necesidades de mano de obra, las cosas fueron todavía más lejos. En 1939, se promulgaron dos decretos. Por el primero, los artesanos empleados en un trabajo "inoportuno" o "no conforme con sus facultades" podrían ser obligados a ejecutar otros trabajos. Por el segundo, que afectaba tanto a la pequeña producción como al pequeño comercio, se decidía la supresión pura y simple de todas las empresas cuya cifra de negocios no llegaba a determinado mínimum, variable según las categorías de actividades.

Todas estas medidas eran presentadas por el nacionalsocialismo como medidas populares "progresistas", contra el alza de los precios. Era como si el nacionalsocialismo, por su táctica de división, se apoyase sobre la clase obrera y el campesinado pobre, con el fin de adoptar medidas radicales contra la pequeña burguesía en provecho de los grandes monopolios, a salvo de adoptar, a continuación, ciertas medidas en provecho de esa misma pequeña burguesía y a costa de esas clases. En 1941, especialmente, el nacionalsocialismo decretó la disolución de las centrales de cooperativas de consumo, que interesaban, en Alemania y en Austria, a diez millones aproximadamente de pequeños consumidores, invocando la "competencia desleal" que le hacían al comercio privado.

[12] Ch. Bettelheim, *op. cit.*, pp. 152 ss, 114 ss.

En cuanto a la segunda fracción de la pequeña burguesía, la de los trabajadores asalariados, a consecuencia del establecimiento del predominio del capitalismo monopolista bajo el nacionalsocialismo, se extendió. La proporción, en el conjunto de la población, de los empleados pasó, de 1933 a 1939, del 11.8 % al 13.3 %; la de los funcionarios del 6.6 % al 7.1 %, lo cual corresponde a un aumento de 350 000 aproximadamente de los funcionarios de Estado, pero no incluidos los funcionarios civiles del Partido Nacionalsocialista; el presupuesto para el personal civil de la administración aumentó en un 170 %.[13] Estos trabajadores asalariados no productivos veían *hundirse* sus salarios *reales* (en un 20 % aproximadamente), mientras que los de los obreros industriales permanecían más bien estables.

[13] Bracher, *op. cit.*, p. 380.

4

ITALIA

La situación de la pequeña burguesía urbana en Italia era ampliamente análoga a la de la pequeña burguesía en Alemania. Ante la concentración precoz y ficticia del gran capital italiano, proseguida durante la guerra, la situación de los artesanos y pequeños comerciantes se hizo cada vez más crítica, a lo largo de todo el proceso de fascistización. En cuanto a los empleados asalariados, si bien su proporción aumentó menos durante este período que en Alemania, a causa de los grados diferentes del desarrollo del capitalismo, el éxodo de los campos y esta nueva fuente de ingresos hacían que la proporción de los funcionarios de Estado fuese mucho más elevada que en Alemania. Con la crisis económica de la posguerra y la caída de la lira, esta fracción habría de ser más lesionada que la clase obrera, la cual consiguió arrancar, por el expediente de los convenios colectivos, ventajas económicas apreciables.

En cuanto a las características propias de la pequeña burguesía urbana en Italia, ésta, a causa de la revolución "pasiva" del Risorgimento, y de la alianza particular de la burguesía del norte con la gran propiedad territorial del sur, tampoco había logrado funcionar, hasta el fascismo, como fuerza social. Sin embargo, y en oposición al caso alemán, había sido afectada por el movimiento ideológico garibaldino, que había sabido adaptar a sus propias aspiraciones. Sus diferencias con una burguesía que, bajo Crispi, había dado rápidamente marcha atrás, pasaban con frecuencia al estado declarado. Lo cual hacía, de una parte, que el fascismo tratara de situarse en la tradición "garibaldina-republicana", y de otra que la pequeña burguesía italiana fuese, bajo el fascismo, mucho más radical que la pequeña burguesía alemana. Esto obligaba al fascismo italiano a un juego de compromiso constante.

Después de la guerra, una extensa parte de la pequeña burguesía basculó, aquí también, del lado de la clase obrera. Apoyó ampliamente la huelga de ocupación de las fábricas de 1920 y se convirtió a la socialdemocracia italiana. Sin embargo, apoyó el fascismo desde los comienzos del proceso de fascistización.

Con todo, la pequeña burguesía parece aquí marcar relativamente menos el Partido Fascista que el Partido Nacionalsocialista. Y es que el Partido Fascista, a causa de su ideología particular —tradición del Risorgimento— y de sus lazos sindicales, reunía, en porcentaje de afiliados, más miembros de origen propiamente burgués y de origen proletario que el Partido Nacionalsocialista.

Sin embargo, las cosas siguen siendo esencialmente las mismas en ambos casos. Según una estadística de 1921, basada en 151 000 afiliados entre los 320 000 que contaba entonces el Partido Fascista, se advierten aproximadamente las proporciones siguientes:[1] 14 000 pequeños comerciantes, 15 000 empleados privados, 10 000 funcionarios del Estado, 20 000 estudiantes de origen burgués y pequeño-burgués; proporción que sobrepasa ampliamente la de la pequeña burguesía y de sus fracciones en el conjunto de la población. Encuéntranse igualmente 18 000 propietarios territoriales (grandes y medianos) y 4 000 industriales, proporción menor que la de esas clases en el conjunto de la población italiana, pero sensiblemente más elevada que en el caso del Partido Nacionalsocialista. Estos miembros del Partido Fascista son la parte militante del movimiento.

En cuanto a los jefes medios y superiores del partido, procedían masivamente de la pequeña burguesía: las tres cuartas partes de los secretarios federales y de los responsables del Partido Fascista procedían de la pequeña burguesía urbana.[2]

En fin, quedaba la gran proporción entre estos miembros del Partido Fascista, de antiguos combatientes desmovilizados y desclasados después de la guerra reciente. Fue, paralelamente al proceso particular de establecimiento del

[1] A. Tasca, *op. cit.*, p. 187; Rosenberg, *Der Faschismus...*, *op. cit.*, p. 111.
[2] H. Lasswell, *The Analysis of Political Behavior*, 1947, p. 161.

fascismo en el poder en Italia, una de las razones de las formas de la organización del Partido Fascista, la cual presentaba un aspecto más militarizado que la del Partido Nacionalsocialista:[3] organizaciones en *escuadras*, en *centurias* y en *cohortes*. Las organizaciones militares del Partido Fascista no se distinguían de sus organizaciones civiles; las rupturas progresivas de representatividad entre el Partido Fascista y la pequeña burguesía se dirimían por verdaderos combates militares abiertos entre los diversos sectores del aparato. En fin, un rasgo original del fascismo respecto del nacionalsocialismo consistía en la organización simultánea *en grupos de competencia*, fundados no sobre los *oficios*, sino sobre las *ramas de la industria*. Esto no correspondía tanto a una mayor implantación del fascismo en la clase obrera italiana, sino sobre todo al combate abierto que tuvo que librar contra ella.

En cuanto al proceso particular que siguió en Italia el papel de la pequeña burguesía, clase reinante primero, clase mantenedora del Estado después, se ha estudiado igualmente dentro del marco del examen de la relación del fascismo y de las clases dominantes.

En lo que concierne al examen de la ideología fascista, no entraremos aquí tampoco en detalles. Hay que advertir simplemente que la forma que revestía en Italia estaba mucho más marcada por la tradición "nacionalista" de la burguesía liberal. En lugar de Rosenberg y otros ideólogos nazis, es más bien a Renan a quien se encuentra aquí. Sin embargo, la diferencia más marcada quizá con el nacionalsocialismo es la ausencia relativa del aspecto racista-antisemita, a causa, entre otras, de la escasa importancia que tuvo el colonialismo para el gran capital italiano.

En cuanto a los intereses reales de la pequeña burguesía italiana bajo el fascismo, el proceso fue análogo al del nacionalsocialismo. Con la diferencia de que, como el proceso de concentración no alcanzó —a causa del diferente grado de desarrollo del capitalismo— el mismo grado y el mismo ritmo que en Alemania, el margen de maniobra del fascismo italiano respecto de la pequeña

[3] E. Nolte, *Der Faschismus in seiner Epoche*, op. cit., pp. 321 ss.

producción y del pequeño comercio era más amplio. Se advierte en particular la ausencia de medidas autoritarias equivalentes a la expropiación, medidas que fueron tomadas por el nacionalsocialismo; aunque el artesanado disminuía considerablemente en número absoluto y en porcentaje de la población activa, constituía aún en 1936 el 25.6 % de la población activa del sector industrial, lo cual es relativamente importante.[4] Paralelamente, esta fracción de la pequeña burguesía resultaba, por la política de los precios, relativamente menos lesionada que su homóloga alemana.

Se advierte igualmente un aumento muy importante de los asalariados no productivos: el porcentaje del "terciario" en el conjunto de la población pasó de 19.5 % en 1921 a 23.7 % en 1936. Los salarios de esta fracción de la pequeña burguesía *se desplomaron*. En tanto que su porcentaje en el conjunto de la población no hacía más que aumentar, el porcentaje de sus ingresos, en el producto global neto de Italia, no cesaba de disminuir, fenómeno que los distinguía claramente de la clase obrera en sentido estricto.[5] Por otra parte, el número de los funcionarios de Estado crecía mucho más que en Alemania, ya que el cuerpo de la "burocracia fascista" era aquí más importante, a consecuencia de la despoblación más acentuada del campo, y del paro que sucedió a la crisis de 1929. La proporción de los funcionarios en el conjunto de la población pasó del 11 %, en 1920, al 12 % en 1930, y al 18 % en 1936.[6] Sin embargo, en el conjunto, y guardando todas las proporciones, los dos procesos, en Alemania y en Italia, son semejantes.

[4] R. Romeo, *Breve storia della grande industria italiana*, op. cit., p. 188.

[5] *Sommario di statistiche...*, op. cit.; C. Vannutelli, artículo citado en *L'economia italiana dal 1861 al 1961*, op. cit., pp. 583 y 588-9.

[6] P. Guichonnet, *Mussolini et le fascisme*, 1968, p. 67.

VI

EL FASCISMO Y EL CAMPO

Sería preciso ahora tratar del último problema, el de la relación entre el fascismo y el campo.

Se emplea aquí de propósito el término *campo*. En efecto, el examen de las relaciones del fascismo con el campo muestra, de manera clara, y una vez más, el mito reaccionario del "campesinado" como clase única. La población del campo está compuesta de diversas clases y fracciones, que dependen de los diversos modos de producción y de las diversas formas de producción, en una formación social. Pero hay que ir más lejos; incluso cuando se admite, desde el punto de vista marxista, esta división en clases del campesinado, se tiene a menudo tendencia a considerar, tomando la "tierra" por denominador común, que esas clases y fracciones son con frecuencia susceptibles de funcionar, desde el punto de vista político-ideológico, de la misma manera, como las fracciones de la pequeña burguesía, por ejemplo.[1] Y, para el ámbito europeo, se da a menudo como ejemplo el caso de los fascismos, y del carácter "reaccionario" del campo, que sería el que lo habría unánimemente apoyado.

Esto es falso; en lo que concierne, de una parte, a la política de los fascismos respecto del campo normal y, de otra parte, a las relaciones del campesinado con el fascismo, que van del sostén directo al apoyo, a la pasividad y a la oposición abierta, es preciso distinguir entre las clases y fracciones de clase.

[1] Así, incluso D. Guérin, *op. cit.*, p. 57, dirá: "Es un hecho conocido que los campesinos, si bien constituyen una clase homogénea de intereses idénticos. . ."

PRELIMINARES RELATIVOS A LAS CLASES EN EL CAMPO

Son aquí necesarias unas observaciones previas, ya que el problema de la distinción de las clases y fracciones de clase en el campo es muy complejo. Las principales indicaciones de que se dispone, desde el punto de vista marxista, sobre la cuestión, son las de Lenin, esencialmente en *El desarrollo del capitalismo en Rusia*, las de Kautski (el de 1900) en *La cuestión agraria* y las, mucho más sumarias, de Mao, a propósito de las clases en China.

1) Se puede comenzar por indicar ciertos criterios generalmente admitidos en la distinción de las clases en la agricultura, con el fin de mostrar su insuficiencia:

a) El criterio de *propiedad jurídica formal*. Esta relación pertenece, en efecto, a la "superestructura", y no a las relaciones mismas de producción. Como lo ha demostrado Lenin, especialmente en sus análisis sobre la "vía prusiana" de introducción del capitalismo en la agricultura, este criterio no permite distinguir la gran propiedad de carácter feudal y la gran propiedad de carácter capitalista.

b) *La magnitud de los beneficios* no es tampoco un criterio determinante; es, sin embargo, a menudo en lo que se resuelve, sumariamente utilizado, el criterio de *superficie* —en hectáreas— de la explotación agrícola. Este criterio no permite, especialmente, distinguir la pequeña propiedad, los pequeños arrendatarios y los colonos agrícolas, como tampoco la gran propiedad feudal y la gran propiedad capitalista.

c) El criterio del lugar de una explotación agrícola en relación con el *mercado*, es decir, el criterio que se refiere a la parte del producto destinada al mercado, no es pertinente, en lo que no se refiere a las relaciones de producción, y asimila así abusivamente clases y fracciones campesinas.

d) Los criterios de orden *técnico*, como el valor comer-

cial de la tierra, el tipo de productos agrícolas, el grado de la racionalización "tecnológica", el porcentaje del capital invertido, etc., no son tampoco determinantes.

Para decirlo todo, el conjunto de estos elementos son los efectos de las relaciones de producción en el campo.[2]

2] Es preciso, pues, referirse a las relaciones que caracterizan las *relaciones de producción* de los diversos *modos de producción* en el campo, y esto por la doble relación que caracteriza las relaciones de producción:

a) la relación del no trabajador con la tierra, es decir, la propiedad económica, que se puede designar como *poder y control económico real* —formas, extensión, grado— detentados por el no trabajador;

b) la relación de *apropiación real* —o de posesión— del trabajador directo con la tierra, lo cual puede designarse como la posibilidad o no —formas, extensión, grado— para el trabajador directo de poner en obra los medios de producción sin la intervención del no trabajador.

La combinación de estas dos relaciones se concreta, para cada modo (y forma) de producción —feudal, capitalista, forma de producción mercantil simple— en forma específica de "unidad económica" o "explotación agrícola", en suma, en forma específica de *empresa agrícola*. Ésta puede ser definida como la unidad en el interior de la cual se decide, por la combinación de estas dos relaciones, el hecho de dedicar la tierra a uno u otro objetivo productivo, de distribuir los medios de producción y el trabajo, y, así, la distribución de las ganancias y de los provechos.

3] Esto vale para los diversos modos de producción. Sin embargo, en una formación social coexisten o varios modos de producción, o varias formas de producción, lo mismo en la industria que en la agricultura.[3] Esto tiene una primera serie de efectos: formas de explotación o de empresas agrícolas en cierto modo "*impuras*", debidas a la combinación concreta de los diversos modos (o formas) de producción, según el proceso histórico concreto seguido por cada formación social.

[2] Dicho lo cual, todos estos indicios no tienen la misma importancia; el del *capital invertido por ha* es con mucho el más importante, ya que remite *directamente* al proceso del desarrollo del capitalismo en la agricultura.

[3] Sobre esta cuestión, véanse los detalles, más arriba, p. 131.

Hechas estas observaciones, se puede tratar desde ahora de establecer cuáles son las principales formas de empresas agrícolas en formaciones sociales capitalistas. Aunque se haya tratado ya aquí de *proceso histórico*, el análisis se sitúa todavía a un grado notable de *abstracción*, en el sentido mismo en que Lenin, al hablar del proceso histórico, intentó captar las "dos vías" *tendenciales* de establecimiento histórico del capitalismo en el campo.[4] Este análisis, si bien constituye un preliminar necesario, no basta, como tal, para abarcar todos los efectos concretos de la combinación de los modos de producción en el campo, y así de establecer lo que son las clases y fracciones de clase en las formaciones sociales en cuestión.[5]

a) La empresa agrícola dependiente de la gran propiedad territorial de tipo feudal. El propietario territorial detenta el poder económico total en esta explotación. El trabajador directo posee pequeños lotes de tierra bajo la forma de enfiteusis feudal, y suministra trabajo a los agrarios bajo la forma principal de servicio personal en su "supervivencia" histórica; esta explotación reviste a menudo, como lo ha demostrado Lenin, la forma de la *aparcería*;[6] ausencia de mercado del trabajo agrícola, suministrado por esos colonos dependientes, "vinculados a la gleba" y a la explotación. Es el cultivo extensivo el que prevalece. Esta explotación no está principalmente orientada hacia el mercado, ya que aquí no desempeña un papel importante el criterio de la rentabilidad. La proporción del capital invertido es realmente escasa.

b) La empresa agrícola que depende de la propiedad territorial de carácter capitalista, típica de una transformación directa hacia la capitalización de la forma de explo-

[4] A propósito de los soportes del "proceso de conocimiento" que desemboca en un "análisis concreto de situaciones concretas", véase mi libro *Pouvoir politique et classes sociales*, pp. 14-5 [10], nota 4. Para las "dos vías", Lenin, *La cuestión agraria y las críticas de Marx* y *Programa agrario de la socialdemocracia en la primera Revolución rusa de 1905 a 1907*.

[5] Respecto al tema que sigue, uno de los mejores textos marxistas es el de A. Stinchombe, "Agricultural enterprise and rural class relations", en *Class, Status and Power*, ed. por Lipset y Bendix, op. cit., pp. 182 ss.

[6] Lenin, *Esbozo inicial de las tesis sobre la cuestión agraria para el* II *Congreso de la Internacional Comunista*.

tación precedente: poder económico total del propietario sobre la tierra. Explotación que requiere inversiones capitalistas a largo plazo, centrada en general en el monocultivo intensivo (cereales, patatas, etc.) y abierta ampliamente al mercado, combinada también muy a menudo con un costo relativamente bajo de la tierra. El productor directo es aquí el obrero agrícola que no posee tierra; vende su fuerza de trabajo, siendo retribuido a veces en especie, y más frecuentemente en *salario*. Se encuentra a la vez la grande, la rica y la mediana propiedad capitalista, en la medida precisamente en que son las formas de explotación las determinantes, y no la extensión de las empresas agrícolas.

c) La empresa agrícola fundada esencialmente sobre el *arrendamiento de las tierras*, en fincas ricas, medianas y pequeñas. Se trata aquí, como lo ha demostrado K. Kautski,[7] del *capitalista "rentista"* típico. El poder económico real se halla esencialmente en manos del arrendatario, constituyendo estas haciendas las empresas agrícolas (propiedad económica y posesión se identifican parcialmente). En cuanto a la propiedad jurídica formal, pertenece al capitalista; la renta se fija bien de manera estable, bien de manera móvil, según la cosecha.[8]

En esta forma de empresa ocurre que el propio poder económico real está dividido; sucede que sea el propietario jurídico quien determina los productos del cultivo y el arrendatario el empleo de los medios de producción. Porque se trata de una forma específica de transición al establecimiento del capitalismo en la agricultura. Ya no es la "vía prusiana", como en el caso *b*), pero tampoco la vía de la pequeña propiedad territorial. Sin dejar de situarse, históricamente, "del lado" de esta última, se trata de una transición que ha chocado, por razones jurídico-políticas, con el obstáculo del reparto de las tierras y de la reforma agraria, que no se llevó hasta el fin.

Se encuentra, por lo demás, esta forma de explotación, no sólo *antes*, en el orden cronológico, de plantearse el

[7] K. Kautski, *La question agraire*, *op. cit.*, pp. 127, 297.

[8] Kautski había planteado con bastante claridad el problema de la distinción, en este caso, de la *propiedad jurídica* y de la *propiedad económica*: "En esto, explotación y propiedad no coinciden. . ." (*ibid.*, pp. 227-8), demostrando los efectos de esta situación sobre la *renta*.

problema "histórico" del reparto de las tierras —caso francés antes de la Revolución—, sino igualmente *después* del reparto efectuado de las tierras. A causa del adeudamiento y la expropiación de los pequeños propietarios, y su transformación en colonos, es ésta una de las vías de reconstitución, a partir de la pequeña propiedad, de la propiedad del capitalista "rentista". Véase Lenin: caso del centro y del sudoeste de Alemania.

En fin, se encuentra igualmente esta forma de empresa en la transformación "histórica" interior del caso *b*), allí donde el ritmo de capitalización de la renta territorial es *muy rápido*: caso clásico de Inglaterra.

Esta forma de empresa es mucho más favorable a la introducción del capitalismo en la agricultura que la pequeña propiedad. Favorece más la extensión de la empresa agrícola (pequeños y medianos propietarios arriendan a menudo tierras además de las propias); esas empresas son dirigidas más hacia el aumento de la productividad de la tierra y las mejoras tecnológicas (ya que han de pagar el alquiler de la tierra), etc. Esta forma de empresa se da a menudo junto a una elevada productividad de la tierra y un cultivo intensivo. Se encuentra en ella en fin igualmente, y según la explotación, el trabajo agrícola bajo diversas formas. Precisemos aún, aquí también, que se encuentra en ella a la vez la grande y la rica propiedad capitalista; pero además, según que la explotación arrendada se haga de manera dominante o no, y según su grado, por el empleo de trabajo agrícola asalariado, unas veces de grandes, de medianos o de pequeños arrendatarios, "propietarios económicos" efectivos.

d) La empresa agrícola que depende de la *pequeña propiedad de la tierra*, los famosos campesinos parcelarios. Aquí, propiedad jurídica y propiedad económica, propiedad económica y posesión se recubren. La explotación se realiza, de manera dominante, por los miembros de la familia (en el sentido más o menos amplio); el trabajo de obreros agrícolas no es dominante (mozos de granja) o es excepcional (períodos de trabajos intensos). A veces, estos pequeños propietarios están obligados a trabajar ocasionalmente como obreros agrícolas. Estas empresas agrícolas se hallan relativamente poco orientadas hacia el mercado. Como la renta de la tierra no desempeña en ellas un papel

directo, la pequeña producción, prescindiendo del hecho de su pequeña extensión, se halla poco orientada hacia el aumento de la productividad. Fuertemente endeudada e hipotecada al compás del desarrollo del capitalismo, está centrada principalmente sobre el problema del crédito y de los precios de sus productos. Mientras que las empresas arrendadas de la misma extensión comparten a menudo los riesgos de la producción con el propietario, aquí es el productor directo quien los soporta en su totalidad.

Se trata aquí de la empresa agrícola *dependiente de la producción mercantil simple*, y que es una de las "vías" históricas de transición al establecimiento del capitalismo en la agricultura. Estos pequeños propietarios de la tierra constituyen, por excelencia, la "pequeña burguesía rural", amenazada también de una eliminación a largo plazo.

Sin embargo, estos análisis no bastan para hacer ver la división en clases y fracciones de clase del campesinado, de una formación social concreta, en su individualidad histórica. Esta se caracteriza por una *combinación compleja* de estas formas de empresas agrícolas, establecidas más arriba según los modos de producción "puros" y según las formas generales —por lo tanto, relativamente abstractas— de su combinación *tendencial* en el proceso histórico. Deben señalarse dos problemas de importancia:

a) En cada una de estas formas de empresa agrícola se encuentran, salvo en el caso de la producción mercantil simple, *dos clases* principales, los no trabajadores explotadores y los productores directos explotados. Sin embargo, los criterios utilizados —los de relaciones de producción y de propiedad económica real— nos conducen a *reagrupar* en una misma clase, en el seno de la *formación social concreta*, conjuntos que, al nivel de un análisis todavía abstracto, dependen de formas de empresa agrícola diferentes. Tal es el efecto de polarización, de sobredeterminación y de subdeterminación de las clases en la combinación concreta de los modos de producción en el seno de una formación social. Sin embargo, incluso en el caso de este reagrupamiento-polarización, la adscripción de estos conjuntos reagrupados a formas de empresas agrícolas diferentes no deja de actuar: se manifiesta concretamente como otras tantas diferencias *político-ideológicas*

que, entonces, dividen esas clases concretas en *fracciones* de clase.

b) *Las relaciones ideológico-políticas revisten un papel decisivo en esta división en clases del campesinado,* no sólo como factor de división de estas clases en fracciones, sino también como factor de localización y de determinación (es decir, de reagrupamiento-polarización) de estas mismas clases.

c) La extensión de la explotación agrícola, variable según la calidad de la tierra y el capital invertido, reviste una importancia propia, que no se trata ni de exagerar ni de minimizar; no sólo en tanto que índice que a menudo recubre las formas de empresa, sino sobre todo en tanto que introduce, combinada con las relaciones de producción, diferencias ideológico-políticas capitales, en el seno de una misma forma de empresa agrícola.

A partir de estos principios es como puede comprenderse la división de las clases en el campo en Alemania y en Italia.[9]

1] *La gran propiedad territorial,* los "agrarios"; representa, en general, más de 100 hectáreas. La componen a la vez la aristocracia territorial "semifeudal", los grandes propietarios capitalistas de la gran explotación y los grandes propietarios capitalistas "rentistas" (casos *a*, *b* y *c* de más arriba). Pero diferencias ideológico-políticas importantes distinguen estas fracciones de clase.

2] *El campesinado rico* (y rico medio); según las regiones y las tierras, y según el capital invertido, sobrepasa en general de 20 a 25 ha. La empresa se explota de manera dominante por el trabajo agrícola o por pequeños colonos. Lo componen a la vez los propietarios "jurídicos" —que son igualmente los propietarios económicos— de la tierra (casos *b* y *c* de más arriba) y los grandes arrendatarios (caso *c* de más arriba), en la medida precisamente en que son los propietarios económicos reales de la empresa agrícola. Sin embargo, existen aquí también diferencias ideológico-políticas notables entre estas fracciones de clase.

[9] Esta división que propongo aquí se apoya, pero sólo en cuanto a lo esencial, en las indicaciones de Lenin, referentes a los países capitalistas avanzados, en el *Esbozo inicial de las tesis*...

3] *El campesinado medio*; según las regiones y las tierras y según el capital invertido, sobrepasa en general de 5 a 10 ha. La explotación se hace de manera *mixta*, en lo que concierne a su importancia respectiva, por el trabajo familiar y por el trabajo asalariado. La componen a la vez los arrendatarios medios (caso *c* de más arriba) y los propietarios medios. Advirtamos, por lo demás, que los propietarios medios de esta clase arriendan rara vez su propia tierra, la cual explotan por lo general directamente. En cuanto a las diferencias entre las fracciones de esta clase, hay que hacer la misma observación que más arriba.

4] *El campesinado pobre* (y pobre medio); estas explotaciones no sobrepasan en general, según las tierras y las regiones, 5-10 hectáreas, siendo aquí dominante el trabajo familiar. La componen a la vez los pequeños propietarios de la tierra, los pequeños arrendatarios que, ellos también, son sus propietarios económicos reales (caso *c* de más arriba); pero también los colonos y aparceros de las grandes haciendas de carácter semifeudal (caso *a* de más arriba). Éstos, si bien no tienen la propiedad económica de los precedentes, gozan, por el mismo derecho de ellos, de la *posesión* de la tierra en la relación de apropiación real. Aquí también existen diferencias ideológico-políticas notables entre estas fracciones del campesinado pobre.

5] *Los obreros agrícolas propiamente dichos*, que viven principalmente, ya que no exclusivamente, de la venta de su fuerza de trabajo. Sin embargo, aquí también, existen diferencias ideológico-políticas notables entre estos trabajadores directos no poseedores de la tierra, según que pertenezcan a una gran explotación que mantenga aún características feudales, o a una explotación propiamente capitalista.

Es, por lo demás, evidente que en estas clases se encuentran *zonas intermedias*.

2

PROPOSICIONES GENERALES

I. LA SITUACIÓN ECONÓMICA EN EL CAMPO

El proceso de fascistización y el fascismo corresponden a una crisis económica del campo, crisis que muestra un doble aspecto.

En primer lugar, la crisis económica de la posguerra afectó, en Alemania y en Italia, al conjunto de la agricultura. Sin embargo, aquí también, el más importante es el segundo aspecto de la crisis. El proceso del predominio del capitalismo monopolista, en estas formaciones sociales, afectó profundamente las relaciones de producción en el campo, lo cual tuvo efectos propios sobre el "campesinado".

II. LA CRISIS POLÍTICO-IDEOLÓGICA

El proceso de fascistización y el fascismo corresponden a una crisis político-ideológica profunda del campo, en particular del campesinado pobre y de los obreros agrícolas.

En efecto, con el final de la guerra, se asistió en esos dos países a un efectivo levantamiento campesino, que adquirió formas particularmente radicales en Italia. Numerosos pequeños propietarios y arrendatarios bascularon del lado de la socialdemocracia. Los obreros agrícolas se organizaron en sindicatos socialdemócratas a los que aportaron su adhesión masiva, y numerosos de ellos su apoyo al PC.

Sin embargo, la socialdemocracia los decepcionó. En cuanto al PCA y a la tendencia "maximalista" de la socialdemocracia italiana, ambas descuidaron por completo la cuestión de la alianza con el campesinado pobre, indiferencia compartida, en cierta medida, por el PCI durante el proceso de fascistización; lo cual se debió a la línea política general de dichos partidos, en sus modalidades con-

cretas respecto de las alianzas. Especialmente, esa política vedaba la promoción de un programa concreto de transición para este campesinado, programa que habría de estar fundado sobre el *reparto de las tierras*.

Frente a esta situación, esas clases y fracciones campesinas entraron en una fase de profunda desorientación política, y su rebelión revistió cada vez más las formas características de la *jacquerie*; atravesaban igualmente *una crisis ideológica*.

Detengámonos sobre esta crisis ideológica del campo. Las dos fuerzas fundamentales de las formaciones capitalistas son la burguesía y la clase obrera; en estas formaciones, las clases y fracciones del campesinado no tienen ideología propia, en el sentido riguroso del término (excepto una amplia fracción de la gran propiedad territorial que se mantiene a menudo impregnada en la ideología feudal). Por su esencia de clase, estas clases y fracciones campesinas están inclinadas a las ideologías (pero también subsistemas ideológicos) importantes de estas formaciones, ideologías que adaptan a sus propias condiciones de vida.

En el caso del predominio del modo de producción capitalista, estas clases y fracciones se polarizan así, finalmente, en torno de las fuerzas sociales fundamentales de estas formaciones. El proletariado agrícola está inclinado hacia la clase obrera, y es particularmente accesible a su ideología. La pequeña propiedad y explotación rural, el campesinado pobre, presenta, a causa de la propiedad y de la explotación parcelaria, y en amplia medida, los rasgos ideológicos de la pequeña burguesía urbana; participa del subconjunto ideológico de la pequeña producción y presenta también las características de polarización y de oscilación —hacia las dos clases fundamentales— propias de la pequeña burguesía. En cuanto al campesinado medio, está ideológicamente dividido; también se halla inclinado a la pequeña burguesía urbana, a veces, a causa de las formas de empresa agrícola y en su contradicción con la gran propiedad, hacia la ideología capitalista, bajo la forma que reviste en el campo: la del campesinado rico.

En fin, habría que subrayar el funcionamiento específico de los efectos ideológicos en el seno mismo del campo. A causa de las formas que en él revisten las relaciones de

producción, de la ausencia de ideología propia de las clases populares del campo, pero también de las contradicciones que surgen entre la agricultura y la industria. *las clases populares del campo están particularmente sometidas a la influencia ideológica de la gran propiedad;* los canales de inculcación ideológica presentan una rigidez y una impermeabilidad características.[1]

Esta influencia ideológica, particularmente viva, de la gran propiedad, adopta formas específicas. Las clases y fracciones dominantes del campo explotan a fondo el mito de la "unidad campesina", el de una "solidaridad de la tierra" y de una "comunidad del suelo", que unirían el conjunto del campesinado contra la industria y las ciudades. Este mito ideológico, que puede revestir varios aspectos, expresa a menudo la permanencia particular de la *ideología feudal;* la ideología feudal de la gran propiedad acredita este mito, aparentemente constituido frente al capitalismo naciente en las sociedades feudales y que expresaba entonces la contradicción nobleza feudal-burguesía. Este mito se refiere así constantemente a temas, imágenes, símbolos, etc., de la "tradición" feudal. Pero esta ideología feudal adopta aquí, para los fines de exportación a las clases populares del campo, la forma del "*socialismo feudal*", analizada por Marx en el *Manifiesto comunista.*

La crisis ideológica generalizada de las formaciones sociales alemana e italiana repercutió directamente en el campo. En particular, la pequeña burguesía rural estaba contaminada por la ideología de la pequeña burguesía en rebelión. El proletariado rural, más sometido a la influencia de la ideología pequeñoburguesa que el proletariado urbano, y esto a causa de sus condiciones de vida, se hallaba tanto más masivamente conquistado por esta ideología bajo su forma "rebelada". En fin, en tales condiciones, el tema de la "comunidad del suelo" que unía al campesinado en su conjunto resultó ser particularmente contundente, expresando con ello una extensión característica de la ideología feudal sobre las clases populares del campo.

Desde este punto de vista, el fascismo lleva consigo, en

[1] Esto se prolonga, por lo demás, por efectos políticos. Se trata de la tendencia característica de las clases populares del campo a delegar sus funciones políticas en la "burguesía rural".

primer lugar, respecto del campesinado pobre, un aspecto demagógico, repitiendo por su cuenta promesas falaces de "colonización" y de reparto de tierras. Pero, aquí también, hay más: el fascismo explota a fondo de una parte las formas particulares que reviste la ideología pequeñoburguesa en rebelión en las clases populares del campo; de otra parte, el tema ideológico de la solidaridad de la tierra y de la comunidad del suelo. Éste es el aspecto particular del corporativismo, que prevalece en el papel ideológico del fascismo respecto del campo. Este aspecto, así como el acento sobre los vínculos de sangre y del suelo, sobre los lazos de fidelidad personal, etc., emparenta con la permanencia de la ideología feudal en el "fascismo rural".

Es esta fusión de la ideología pequeñoburguesa rebelada del campo con los vestigios de la ideología feudal lo que constituye la originalidad del fascismo rural. Se distingue del fascismo urbano propiamente dicho, en el que las formas ideológicas propias del capitalismo monopolista están mucho más marcadas.

III. LOS PARTIDOS FASCISTAS, EL FASCISMO Y LAS CLASES DEL CAMPESINADO. CIUDADES Y CAMPO

En cuanto a las relaciones del fascismo y del campo, hay que insistir ante todo, con fuerza, en el hecho de que *el fascismo es un fenómeno esencialmente urbano*, y esto contra la opinión de la casi totalidad de los ideólogos del "totalitarismo" quienes, basados en una vaga concepción de las relaciones entre fascismo y "valores tradicionales", ven en aquél un fenómeno esencialmente "campesino".[2]

Por fenómeno esencialmente urbano se entiende que los orígenes de clase y los *incondicionales* del fascismo hunden esencialmente sus raíces en las ciudades. No volveremos aquí sobre las relaciones del fascismo y de la gran propiedad territorial. En lo que respecta a las relaciones del fascismo y de las otras clases y fracciones campesinas, se advierte que, incluso allí donde el fascismo adquirió, por encima de un simple apoyo electoral, un apoyo activo, el impacto del cam-

[2] Especialmente C. Friedrich, *Totalitarianism*, C. Friedrich ed., 1954, pp. 47 ss; Kornhauser, op. cit., pp. 210 ss, etcétera.

pesinado en el seno del Partido Fascista y Nacionalsocialista se mantuvo totalmente accesorio. Esto es sobremanera notable, si se compara el fascismo con movimientos políticos de masa "reaccionarios", pero esencialmente "campesinos", que surgieron por la misma época en los países de la Europa oriental (Hungría, Rumanía, etc.), o incluso en España. Y es que el fascismo representa efectivamente los intereses del capitalismo monopolista, en una etapa en que la contradicción de esos intereses con el conjunto del sector agrícola adquiere formas muy vivas.

Apoyado sobre esta contradicción secundaria, el fascismo logró, *en el seno mismo del campo*, enmascarar la contradicción principal (gran propiedad-clases populares del campo) de una manera *enteramente particular*. El fascismo se presentó allí esencialmente, y originalmente, mucho más como una expresión de la reacción del conjunto del sector agrícola contra la capitalización de la agricultura, que como expresión directa de la reacción del campesinado pobre, en suma, de la pequeña burguesía rural, contra la gran propiedad territorial. En lo que respecta particularmente a la pequeña burguesía rural, su rebelión se cristalizó casi exclusivamente, por la vía indirecta del fascismo, contra el crédito —el capital bancario— y el "judío aprovechado", contra la disminución de precios de los productos en el mercado urbano, contra el proletariado industrial.

Logrando presentarse como el protector del conjunto de la agricultura, el fascismo estaba, en el campo, mucho más ligado, desde el punto de vista político-organizador y originalmente, a la gran propiedad, de lo que lo estaba dentro del marco de las ciudades, donde cristalizaba de manera original la reacción de la pequeña burguesía urbana contra el capital monopolista, a ese capital. Esto no quiere decir, naturalmente, que el fascismo no revistiera papel ideológico, incluso bajo su aspecto demagógico, respecto del campesinado pobre. Quiere decir que, dentro del marco del campo, el fascismo se constituyó más bien en movimiento ideológico-militar, directamente vinculado a la gran propiedad, que en movimiento originalmente vinculado a la pequeña burguesía rural. Es, por lo demás, el precio que había de pagar el fascismo a los agrarios por el dominio, a su costa, del capital monopolista. En

fin, se advierte, aquí también, que uno de los papeles esenciales del fascismo consiste, por el expediente del mito de la "unidad" campesina, en dividir las clases populares de las ciudades y las clases populares del campo.

Para venir ahora a la relación de las diversas clases y fracciones de clase del campo con el fascismo, conviene recordar el apoyo activo y directo que la gran propiedad territorial aportó al último. Es igualmente el caso del *campesinado rico*, si bien, según las regiones, una parte de éste parecía compartir las reticencias del campesinado medio respecto del fascismo. *En efecto, el campesinado medio parece haber sido, al lado de los obreros agrícolas, la clase campesina menos permeable al fascismo, al menos durante cierto tiempo.* Si bien no se puede hablar de una resistencia al fascismo del campesinado medio y de una parte del campesinado rico, análoga a la del capital medio industrial, subsisten semejanzas en la actitud política. Por lo demás, fue un número mayor de arrendatarios medios que de propietarios medios los que bascularon del lado del fascismo.

En lo que concierne al *campesinado pobre*, la pequeña producción y la pequeña burguesía rural, lo notable *es que se hallaba fuertemente dividida respecto del fascismo.* Si bien se distingue del campesinado medio en el hecho de que apoyaba más francamente y en su mayoría al fascismo, su caso es mucho más complicado que el de la pequeña burguesía urbana. La pequeña burguesía rural basculó, en su mayoría, del lado del fascismo, pero no militó activamente en sus filas. Incluso desde el punto de vista electoral, las divisiones eran muy profundas. Los pequeños propietarios especialmente, allí donde se efectuó una reforma agraria —los famosos "campesinos parcelarios"—, eran más refractarios respecto del fascismo que los pequeños arrendatarios o que los colonos de las haciendas feudales, masivamente dominados por la ideología feudal, y más divididos que la pequeña burguesía urbana.

No es en absoluto, como quisieran toda una serie de ideólogos de la "tercera fuerza", a causa de no se sabe qué virtud "democrática" de la pequeña propiedad; lo cual conduce a A. Tasca a sostener que una de las razones del éxito del fascismo fue la ausencia de una reforma agraria

y de una clase importante de pequeños propietarios campesinos: *proprietari contadini*. De hecho, lo mismo que la pequeña burguesía urbana, éstos se hallan a la vez inclinados a un radicalismo "democrático" y, como lo ha señalado Marx, son particularmente susceptibles, en circunstancias determinadas, de apoyar masivamente formas *bonapartistas* de Estado. Su división frente al fascismo obedece a que éste presenta rasgos ideológico-políticos específicos. Fenómeno originalmente urbano, el fascismo está directamente vinculado, en el campo, a la gran propiedad, cuyos rasgos ideológicos feudales contrastan con los rasgos ideológicos de la pequeña propiedad de la tierra.

En fin, en cuanto a los *obreros agrícolas*, su relación con el fascismo depende a la vez del carácter de la empresa agrícola de que dependen, de las formas políticas que revistiera su lucha, pero también del peso de los factores ideológicos. Hostiles, en su masa, al fascismo, fueron conducidos a él principalmente por medio de las presiones directas que ejercía sobre ellos la gran propiedad. Los obreros agrícolas de las empresas propiamente capitalistas parecen, sin embargo, resistir mejor que los de las explotaciones semifeudales, y que sufren el peso de la ideología feudal.

IV. EL CAPITALISMO MONOPOLISTA Y EL CAMPO: SITUACIÓN REAL DE LAS CLASES DEL CAMPESINADO BAJO EL FASCISMO

¿Qué podemos decir ahora de la política económica real del fascismo en el poder, respecto de las clases y fracciones de clase en el campo? Los obreros agrícolas primero y la pequeña burguesía rural después fueron, con la pequeña burguesía urbana, las principales víctimas del fascismo, desde el punto de vista económico. La introducción decisiva del capitalismo en el campo, bajo la forma del capitalismo monopolista, se hizo aquí, en el seno mismo del campo, en provecho exclusivo de la gran propiedad y del campesinado rico. Sin embargo, hay que señalar dos fenómenos importantes:

1] La explotación económica de la pequeña propiedad, y la explotación territorial por el capital monopolista y por la

gran propiedad no se hizo, directa y principalmente, por medio de la expropiación de los pequeños productores, aunque se tomaran algunas medidas en este sentido. Dado el carácter de la etapa, y también por razones políticas, esta explotación *revistió principalmente formas indirectas.* A tal punto que Bettelheim,[3] hablando de esta conservación de las formas parcelarias en el campo, llegará hasta ver en ellas "... el aspecto conservador de la política nazi..., tanto más chocante cuanto que la pequeña propiedad campesina se opone a las necesidades económicas del Reich... Si el régimen nazi ha aceptado todos estos inconvenientes, ha sido a causa de su voluntad de mantener intacto uno de los factores del conservatismo campesino..."

Al lado de estas razones políticas de la conservación de la pequeña propiedad y explotación, conviene indicar las razones señaladas por Kautski, en *La cuestión agraria.* Se trata de las *contratendencias* "económicas", que contrarrestan la *tendencialidad* de desaparición de la pequeña empresa agrícola por el desarrollo del capitalismo en la agricultura. Fenómeno más pronunciado, pero análogo al de las relaciones entre gran capital y pequeña producción: "Las corrientes y tendencias opuestas que obstruyen el proceso de concentración del capital en la industria se dejan sentir igualmente en la agricultura, y la analogía es notable... Pero en agricultura se manifiestan además otras tendencias que no actúan en la industria..."[4] La gran propiedad territorial tolera muy bien la persistencia de un sector de pequeña explotación; porque el costo elevado de producción de la pequeña explotación permite el mantenimiento, a su nivel, de los precios agrícolas; porque, ante la despoblación del campo bajo el capitalismo, la pequeña explotación arraiga al suelo a los campesinos, suministrando así una fuerza de trabajo a los agrarios; porque, a causa de la naturaleza del suelo, la pequeña explotación contigua a la gran propiedad no es siempre la que se necesita para "redondear" y agrandar la gran explotación, etcétera.

2] Si las promesas del fascismo de colonización y de

[3] *L'économie allemande sous le nazisme*, p. 36.
[4] K. Kautski, *op. cit.*, pp. 216 *ss*, 242 *ss*.

reparto de tierras no pasaron de ser letra muerta para el campesinado pobre, adoptáronse, sin embargo, medidas efectivas, conducentes a resultados tangibles. Se asistió a la creación, por el rescate de tierras, por la revalorización de tierras nuevas, por la conquista, de una fracción nueva de propietarios medios (y ricos), fascistas a toda prueba, a quienes se distribuyeron esas tierras. Fue una medida con la cual se mataron dos pájaros de un tiro: a la vez la penetración del capitalismo en la agricultura, rodeando el obstáculo de la pequeña propiedad, y la creación de una base social sólida para el fascismo en el campo.

3

ALEMANIA

En Alemania, según el último censo de 1925, el 23 % de la población total vivía de la tierra. Las formas de propiedad y de explotación siguen, en amplia medida, la línea de demarcación constituida por el Elba. Al oeste, bajo la influencia del código de Napoleón y de la industrialización, pero también a causa de las formas, en esas regiones, de la "revolución democrática burguesa", se advierte una parcelación de la explotación y una división de las tierras, de la cual resulta una microexplotación, bajo la forma de propiedad parcelaria en Renania, en Baden y en Wurtemberg. En Baviera y en Sajonia dominan la explotación rica y media y el sistema de arrendamiento.

El este es la región de la gran propiedad territorial, que ocupa el 64.4 % del suelo en Mecklemburgo, el 57 % en Pomerania y hasta el 70 % en el distrito de Stralsund. Esta gran propiedad había tomado ya, de manera decisiva, el viraje hacia la explotación capitalista,[1] a pesar de la persistencia de ciertas características feudales. Las pequeñas enfiteusis de los grandes dominios subsistían muy a menudo (en Schleswig-Holstein especialmente), y los obreros agrícolas estaban ligados, por todo un estatuto consuetudinario, a una explotación determinada.[2]

En total, el 38 % de las tierras pertenecían a la gran propiedad territorial, el 40 % a la explotación comprendida entre las 5 y las 100 ha (porcentaje dividido en partes sensiblemente iguales entre la explotación media y la explotación rica) y el resto a la pequeña propiedad-explotación. El número de los obreros agrícolas se elevaba a 2 600 000 aproximadamente.[3]

[1] Especialmente, a fines del siglo XIX, la mecanización y la utilización de los abonos aumentaron mucho (K. Kautski, *op. cit.*, pp. 67 ss).

[2] M. Weber, *Gesammelte Aufsätze zur Sozial- und Wirtschaftsgeschichte*, 1924, pp. 470 ss.

[3] G. Castellan, *op. cit.*, pp. 148 ss.

Después de terminada la guerra, la situación de la agricultura no dejó de empeorar. Por el aumento de la abertura de las "tijeras" entre los precios agrícolas y los precios industriales, los primeros bajaron en un 40 % y, después de la crisis de 1929, el retroceso de la renta bruta de la agricultura fue del 28.5 %. Esto hizo deficitaria la situación de la gran mayoría de las empresas agrícolas —incluidas las explotaciones medias y hasta a veces las ricas—,[4] dado el nivel elevado y la congelación de los alquileres, así como las cargas hipotecarias. El endeudamiento de la pequeña y media propiedad de la tierra adquirió progresivamente proporciones catastróficas —12 mil millones de RM en 1932, elevándose al 11 % el servicio de esta deuda—, y se llevaron a cabo embargos masivos. Por lo demás, la gran propiedad productora principal de cereales logró, gracias a la política aduanera del gobierno, sobre todo a partir de 1930, mantener las cotizaciones, en tanto que los precios de los productos de la cría de ganado y de los cultivos secundarios, los de la pequeña y media propiedad, bajaban. La gran propiedad obtuvo medidas estatales de apoyo por la *Osthilfe*, en tanto que los impuestos abrumaban a la propiedad pequeña y media. Los salarios de los obreros agrícolas se desplomaron.

Con el fin de la guerra, los pequeños campesinos y, en el oeste, una parte de los campesinos medios bascularon del lado de la socialdemocracia, en ocasiones incluso, mas rara vez, del lado del PCA. Participaron activamente en los "consejos campesinos". Los obreros agrícolas se inscribieron masivamente en los sindicatos socialdemócratas. Su reivindicación principal era el reparto de las tierras de los grandes predios, la *Siedlung* (colonización). Pero las leyes y decretos de colonización dados en 1919, de acuerdo con los términos de los cuales podía el Estado rescatar los dos tercios de las propiedades de más de 100 hectáreas, fueron boicoteados por el aparato de Estado y quedaron en letra muerta. La socialdemocracia abandonó rápidamente las tentativas de realización de esos proyectos. Por lo demás, en Prusia, tierra de predilección de los grandes predios, la socialdemocracia estuvo incluso en el poder hasta su susti-

[4] *Ibid.*, p. 166.

tución, en 1932, por von Papen. En cuanto al PCA, descuidó, hasta 1930, la cuestión campesina.

Ante esta situación, el campesinado pobre atravesó, durante el proceso de fascistización, una crisis político-ideológica profunda. Surgieron formas de *jacquerie*, después de 1928, en el Schleswig-Holstein y se extendieron a todo el norte y al este. Iban de la huelga salvaje del impuesto a los ataques directos del fisco y de los agentes, y hasta los atentados con bombas. Paralelamente, fue el momento en que el tema de la "solidaridad del suelo" del conjunto del "campesinado" se dio a la publicidad por parte de la gran propiedad y de los campesinos ricos. Reagruparon, bajo su égida, a las clases populares de los campos en una asociación común de "defensa campesina", el Grüne Front. La consigna que prevalecía era la de la "democracia verde" del campo contra la "democracia dorada" de las ciudades.[5]

Ahora bien, al lado de promesas demagógicas a las clases populares del campo, el nacionalsocialismo explotaba a fondo las tendencias político-ideológicas que resurgieron en esta situación de crisis. El nacionalsocialismo se sirvió de las tendencias anarcoputschistas de la *jacquerie*, apoyando a menudo estas formas de rebelión campesina. Las secciones agrarias del nacionalsocialismo, bajo la dirección de W. Darré, estaban marcadas por este carácter de *jacquerie*, lo cual las conducía a menudo a colusiones con el aparato de los SA, y a oposiciones con el aparato "político" del partido.[6]

Pero lo que aparece todavía más claro es el partido que saca el nacionalsocialismo del mito de la "unidad campesina" contra la "industria" y el "comercio", bajo el predominio de la ideología feudal de la "fidelidad de los vínculos personales de sangre y del suelo" de los "trabajadores de la tierra". Nadie lo ha expresado mejor que el propio Hitler: "Muchas de nuestras desgracias actuales son el resultado de la relación malsana de la población de las ciudades y de la población del campo. Jamás se insistirá lo bastante sobre la necesidad del mantenimiento de un estatuto campesino sano como fundamento de toda la na-

[5] Bracher, *op. cit.*, p. 168.
[6] *Ibid.*, p. 169.

ción... Así, la industria y el comercio se retirarán de su posición malsana de dirección y se integrarán dentro del marco general de una economía nacional de las necesidades..." En una memoria secreta a Hitler, en 1930, W. Darré asignaba como fin principal a la política nacionalsocialista en el campo "la utilización del malestar y de las huelgas campesinas contra el gobierno republicano de las ciudades".[7] Y, en el preámbulo de la ley del 12 de mayo de 1933 sobre la constitución de los *Erbhöfe*: "Los lazos indestructibles del suelo y de la sangre constituyen la premisa necesaria para la vida sana de un pueblo. *El estatuto campesino de los siglos pasados* aseguró en Alemania, sobre el plano legislativo igualmente, esta unión que nace del sentimiento vital de la población del suelo".[8] Esta ideología feudal estaría, por lo demás, constantemente presente en las formas que reviste el corporativismo nacionalsocialista en el campo, y W. Darré había de titular uno de sus libros, en 1934, *La nueva nobleza de la sangre y del suelo*.

Pero el nacionalsocialismo seguía siendo un movimiento esencialmente urbano. Las secciones agrarias del Partido Nacionalsocialista no se crearon hasta 1930. En cuanto a la proporción de los afiliados al Partido Nacionalsocialista, el 14 % de sus miembros pertenecían al campesinado en 1930, porcentaje que bajó a 10.7 % en 1934.[9] Aunque esta estadística no incluye a los obreros agrícolas en el campesinado, se advierte que la proporción de los campesinos inscritos en el Partido Nacionalsocialista es inferior a su proporción en el conjunto de la población (el 23 % aproximadamente); desproporción que no se vuelve a encontrar sino para la clase obrera. Lo esencial de estos afiliados está constituido por grandes propietarios y pequeños explotadores. Por lo demás, no se encuentran casi miembros de origen campesino en los escalones responsables del Partido Nacionalsocialista.

Sin embargo, el apoyo que el campo aportó a Hitler es cierto, pero se manifestaba principalmente sobre el plano

[7] *Ibid.*

[8] Citado por W. Reich, *Massenpsychologie des Faschismus*, op. cit., p. 79.

[9] Bracher, op. cit., pp. 169, 256.

electoral, además de que los factores ideológicos desempeñaban, combinados con los de las formas de explotación, un papel preponderante en el reparto del electorado campesino.[10] Fue principalmente en las regiones del nordeste, comenzando por el Schleswig-Holstein, y de la Prusia oriental donde el nacionalsocialismo encontró, a partir de 1930, un éxito electoral de masa. En esa región de gran propiedad no era solamente ésta la que apoyaba directamente al nacionalsocialismo, sino también la pequeña explotación en enfiteusis de los grandes predios, sometida a la ideología feudal. El caso es claro en cuanto al Schleswig, donde prevalecía esta forma de pequeña explotación patrimonial. La explotación media, donde se advierten aún vestigios feudales y la ausencia de rentistas capitalistas en sentido riguroso, resistió mejor al nazismo, votando a los nacionales-alemanes, si bien, sometida ella asimismo al peso de la ideología feudal, su resistencia fue más débil que en el caso de la explotación media del oeste. Los obreros agrícolas, sometidos también a relaciones ideológico-políticas "semifeudales" y a múltiples presiones, mostraron menos resistencia que los obreros agrícolas del oeste.

En el oeste, las cosas fueron más complicadas. El campesinado medio, que era allí importante, y una parte del campesinado rico resistieron largo tiempo al nazismo, votando por el *Zentrum* católico: el caso es claro en cuanto a Baviera, donde dominaba la explotación media. Esta resistencia, que ofrece aquí analogías con la del capital medio, se debía igualmente al esbozo de alianza, bajo Brüning y Schleicher, del capital medio y del campesinado medio contra el gran capital. La pequeña explotación apoyaba en su mayoría al nacionalsocialismo en el campo del oeste, si bien se manifestaban divisiones importantes. La Renania rural, por ejemplo, región donde dominaba la pequeña explotación bajo la forma de pequeña propiedad, resistió al nazismo, y lo mismo ocurrió en la Baja Sajonia, región de pequeña propiedad. En la pequeña explotación, fueron los arrendatarios los que bascularon en primer lugar del lado del nazismo; tal fue el caso de la región que

[10] Para lo que sigue: R. Heberle, *Social Movements, An introduction to Political Sociology*, 1951, pp. 226 ss; Ch. Loomis y A. Beagle, "The Spread of German Nazism in Rural Areas", *American Sociological Review*, diciembre de 1946, pp. 724 ss.

rodea a Nuremberg. Hay que advertir por lo demás que la parte de la pequeña explotación que resistía al nazismo votaba a menudo por los socialistas, opuestamente a la explotación media que, en su conjunto, resistiendo más, votaba por el *Zentrum* católico. En fin, los obreros agrícolas del oeste, dependientes de explotaciones típicamente capitalistas, amplia y tradicionalmente sindicados, permanecían masivamente hostiles al nazismo, caso particularmente claro en Baviera.

En cuanto a la política agraria del nacionalsocialismo en el poder, se caracterizó por un apoyo radical aportado a la gran propiedad territorial y a los campesinos ricos. Este apoyo iba de la protección de los precios de los cereales a las exoneraciones fiscales, al sostén estatal directo (*Osthilfe*), al aumento de los precios del arrendamiento, a la reducción draconiana de los salarios de los obreros agrícolas, etc. La pequeña burguesía rural y el proletariado rural fueron las principales víctimas de estas medidas.

Sin embargo, el nacionalsocialismo, en sus comienzos, adoptó medidas de compromiso respecto del campesinado pobre. Concedió, en 1933, por un año, la moratoria de las deudas y de las hipotecas, que fue después prorrogada un año más. Ahora bien, en 1933 se promulgó la ley sobre la constitución del *Erbhof*, la "*granja hereditaria*". Según esta ley, cuyo objeto consistía en crear una fracción estable de propietarios ricos y medios, las granjas debían tener una superficie *mínima* de 10 hectáreas y máxima de 125 ha. Se declaraban *inalienables* —no podían ser embargadas por los acreedores— y no podía heredarlas más que una sola persona, lo cual evitaba la parcelación. En 1939, el 60 % de las explotaciones agrícolas existentes en Alemania se debían a la institución del *Erbhof*,[11] cuyos propietarios presentaban en su mayoría todas las garantías políticas necesarias.[12]

Las declaraciones nacionalsocialistas sobre un reparto de

[11] Roncayolo, *op. cit.*, p. 361.

[12] Es igualmente interesante el porcentaje de los *Erbhofe* según el tamaño de la explotación: en 1939, el 13.9 % de los *Erbhofe* son de 10-15 ha, el 13.2 % de 15-20 ha, el 10.9 % de 20-25 ha, el 32 % de 25-50 ha, el 12.7 % de 50-75 ha. (Fr. Neumann, *Behemoth*, *op. cit.*, p. 395, que señala, por lo demás, que la *dimensión media* de los *Erbhofe*, que era de 12.3 ha en 1933, aumentó a 22.5 ha en 1939.)

los grandes predios quedaron, en gran parte, en letra muerta. La superficie rescatada y distribuida, constituida por las tierras más improductivas, cayó de 60 000 ha en 1933 a 35 000 en 1937. Sin embargo, la mayor parte de las tierras sometidas a la "colonización" procedían sobre todo de los bienes patrimoniales, de terrenos saneados y de tierras de conquista. Estas tierras estaban constituidas también en explotaciones medias y ricas (el 70 % de ellas sobrepasaban, en 1933, las 10 ha), distribuidas entre nacionalsocialistas a toda prueba. El Estado procedía además a veces a expropiaciones directas de los pequeños propietarios y pequeños colonos, a fin de reconstituir sobre sus tierras granjas hereditarias. Pero esta expropiación directa de la pequeña burguesía rural se mantuvo limitada. Revistió sobre todo formas indirectas, ya que la pequeña propiedad siguió endeudándose gravemente, en tanto que la propiedad de menos de 10 ha no estaba reconocida como granja hereditaria, y que la moratoria de las hipotecas iba siendo progresivamente anulada. Por lo demás, la explotación de la pequeña propiedad se efectuaba por toda la serie de las medidas indirectas señalada más arriba.

En cuanto a los obreros agrícolas, su situación llegó a ser catastrófica: su salario real bajó del 50 al 70 %, sus sindicatos fueron destruidos y el seguro de paro les fue retirado. Pero hay más: su retribución en *salario* fue, en amplia medida, abolida y remplazada por una retribución en *especie*. Si bien esto significaba para ellos un acrecentamiento de explotación, no hay que ver en ello una vuelta a formas feudales de explotación de la tierra. Muy al contrario, el nacionalsocialismo proseguía la penetración del capitalismo en la agricultura. El cambio de retribución en especie no afectaba más que las *formas jurídicas* de explotación. Más particularmente, no tenía como objetivo principal la adscripción del obrero agrícola a una explotación determinada, y no afectaba la circulación de la mano de obra en el interior del campo, sino que iba dirigido a impedir el éxodo del campo hacia las ciudades. Tal como se advierte, por lo demás, actualmente en numerosos países de América Latina, la introducción del capitalismo en la agricultura puede hacerse muy bien bajo la forma jurídica de retribución en especie de los obreros agrícolas. En fin,

y por numerosas medidas, el nacionalsocialismo se ocupó del estatuto de los pequeños arrendatarios y colonos, transformando directamente la mayor parte de ellos en obreros agrícolas, lo cual corresponde muy exactamente al proceso de introducción del capitalismo en la agricultura: especialmente el *Erbhof* no podía arrendarse.

Tratemos, así, de hacer un balance de la cuestión agrícola bajo el nacionalsocialismo. En primer lugar, el gran capital monopolista explotaba cada vez más el conjunto del sector agrícola. La introducción misma del capitalismo en la agricultura se hacía, sobre todo por razones ideológico-políticas, sin cambio alguno fundamental de las formas jurídicas de propiedad. Pero esta capitalización de la agricultura estaba lejos de dar los resultados descontados. Si la venta de máquinas agrícolas pasó de 80 millones de RM, en 1932, a 300 millones en 1938, y si la venta de los abonos químicos aumentó en un tercio aproximadamente durante el mismo período, la producción agrícola global sólo aumentó débilmente, a pesar de una mejora sensible del rendimiento por hectárea.

Sin embargo, habría que tener en cuenta, en este escaso aumento de la producción agrícola, factores en cierto modo "exógenos"; especialmente, la disminución de las superficies laborables, a causa de la construcción de cuarteles, de terrenos militares, de fortificaciones, etc. Entre 1933 y 1939 se sustrajeron así a la producción un millón de ha aproximadamente.

4

ITALIA

La agricultura en Italia, según el último censo completo de 1929, se caracterizaba por una *polarización extrema* entre grande y pequeña explotación. 20 000 agrarios, o sea el 0,6 % de los propietarios, poseían el 36 % del suelo cultivable. El tercio de la superficie cultivable estaba constituido por pequeñas propiedades de 2 a 10 ha. Entre la población agrícola, no había más que un 28 % de propietarios, 48 % de poseedores independientes y 30 % de obreros agrícolas (*braccianti*).[1]

Al final de la guerra, la situación se presentaba así: en el sur de Italia, donde se concentraba, al lado del centro, el cultivo especializado, eran esencialmente los agrarios los propietarios económicos de la empresa agrícola. La explotación estaba fundada bien sobre el trabajo de los jornaleros agrícolas (*braccianti* y semicolonos), bien sobre el sistema de aparcería, atestiguando, por las formas que revestía, una persistencia notable de las relaciones feudales. Esta aparcería se funda sobre un reparto en especie de la cosecha entre el propietario y el aparcero. Los contratos de aparcería son de duración muy breve (a menudo por un solo cultivo), establecidos a partir de vínculos personales de clientela político-ideológica, abarcando superficies mínimas. Las condiciones de explotación son arcaicas, la mecanización casi inexistente y la utilización de abonos muy limitada.

En el centro de Italia dominan la pequeña propiedad y los pequeños arrendatarios.

En el norte, se advierte, en cambio, una tímida penetración del capitalismo en la agricultura; allí los agrarios se constituyeron en capitalistas rentistas. La explotación

[1] Sobre lo que sigue: *Sommario di statistiche...*, *op. cit.*; S. B. Clough, *op. cit.*; R. Romeo, *op. cit.*; Roncayolo, artículo sobre Italia, en *Géographie universelle*; A. Tasca, Salvemini, Salvatorelli, etcétera.

se hacía, en esas tierras de ganadería y de gran cultivo, y en una medida relativamente importante, por los arrendatarios grandes y medianos, mientras que la pequeña propiedad (valle del Po) y la pequeña explotación conservaban ampliamente su influencia.

En cuanto a los obreros agrícolas, con excepción de los semicolonos, más o menos adscritos a una explotación, constituían en su mayoría una mano de obra muy móvil, no encontrando trabajo a menudo sino durante 60 o 100 días al año.

Esta agricultura tenía un rendimiento muy bajo, y la tasa de productividad del trabajo era muy baja también. Únicamente el 50 % de su producto global estaba comercializado. Italia se hallaba obligada a importar masivamente productos de gran cultivo (cereales), en tanto que los productos del cultivo especializado —pequeña explotación— no eran competitivos en el mercado exterior. El precio del terreno era muy elevado, signo de la débil penetración del capitalismo en el campo. Las contradicciones sociales en el seno del campo eran particularmente vivas: entre los agrarios de una parte, y el campesinado pobre y los obreros agrícolas de otra; entre los agrarios "capitalistas" y los granjeros medios y ricos; entre los agrarios "semifeudales" del sur y los grandes capitalistas territoriales del norte.

En este contexto viene a injertarse, durante y después de la guerra, una crisis profunda de la agricultura, agravada por la crisis económica que atravesaba la Italia de la posguerra. Entre 1915 y 1917, mientras los precios industriales se triplicaban, los precios agrícolas se duplicaban tan sólo. Hacia 1917, el estancamiento agrícola era tal que hubo que establecer el racionamiento y regiones enteras quedaron privadas de pan. Sin embargo, esta "crisis económica" sólo tuvo efectos secundarios sobre la agitación campesina, y sobre todo en tanto que acumulador de las contradicciones señaladas.

En efecto, con el final de la guerra, se asistió a un efectivo levantamiento campesino, de más envergadura, de más amplitud que en Alemania. En julio de 1919, con la consigna de "reparto de las tierras", se lanzó un movimiento general de ocupación de las tierras, que del Lacio se extendió a toda la península, especialmente al Mezzogiorno

y a las islas. Los campesinos pobres se organizaron en cooperativas, el proletariado agrícola se sindicó masivamente, y los aparceros y colonos se negaron a dejar sus tierras una vez expirado el término del arriendo. El movimiento, ampliamente espontáneo, fue progresivamente controlado por los socialistas y los populares (ligas blancas católicas). Los populares lo canalizaron hacia peticiones de "reformas de colonización" al gobierno; los socialistas maximalistas consideraron con la mayor desconfianza aquel movimiento "pequeñoburgués" de reparto de tierras, afirmándose explícitamente, sobre esta cuestión, más "ortodoxos" que Lenin, y preconizando la "colectivización" inmediata.

En parte alguna logró éxito así la unión del movimiento obrero y del movimiento campesino; división que habría de perpetuarse a lo largo de todo el proceso de fascistización. Ante esta situación, el levantamiento campesino fracasó; volvió en 1920, y desapareció en 1921 con la ofensiva de los agrarios. Apenas si 200 000 ha cambiaron de mano por diversas vías. El decreto Visocchi, dado en 1919 por el gobierno Nitti, por el que se autorizaba a los prefectos a avalar, temporal o definitivamente, la ocupación de las tierras, fue progresivamente abolido y las conquistas sindicales aplazadas.

En este contexto, y con los comienzos del proceso de fascistización, el campesinado pobre atravesó una crisis político-ideológica grave, quedando profundamente desmoralizado. Los obreros agrícolas apenas si consideraban ya la adhesión sindical más que como un medio de encontrar trabajo. La pequeña propiedad y explotación se apartó de la socialdemocracia. El Partido Popular fue arrojando progresivamente a la socialdemocracia del campo; pero, sobre todo, extendió su propia influencia ideológica, la cual tomó esencialmente la forma del *socialismo feudal*, inspirado por el corporativismo católico, que preconizaba la comunidad de los "trabajadores de la tierra" contra las ciudades, y era representativo de los intereses de los agrarios. En fin, la corriente anarcosindicalista se mantuvo influyente en el proletariado agrícola del norte.

Ahora bien, a partir del verano de 1920, se desarrolló el *fascismo rural*. Su carácter ideológico lo aproximaba al nacionalsocialismo, y en él estaban presentes las reivin-

dicaciones de un reparto de tierras y de una "colonización". Pero lo que lo distingue son sobre todo las formas y la extensión del terror blanco que hizo reinar en el campo, donde la rebelión fue mucho mayor que en el campo alemán. El fascismo rural se presentaba directamente como un movimiento paramilitar en manos de los agrarios.

El fascismo rural se desarrolló esencialmente en las regiones agrarias del norte, sosteniéndolo los agrarios capitalistas de manera más directa que los agrarios semifeudales del sur. Nació en la provincia de Ferrara, tierra de predilección de los levantamientos campesinos, y se extendió rápidamente por Emilia, Toscana y en todo el valle del Po. En estas regiones estaba sostenido además por los arrendatarios grandes y medianos. Sin embargo, chocaba contra la resistencia del proletariado agrícola. Las adhesiones, en apariencia bastante impresionantes, a los sindicatos fascistas procedían casi exclusivamente de la incorporación forzada de las secciones locales de los sindicatos socialistas y del terror blanco. El campesinado pobre (pequeña propiedad y explotación) del norte se mantenía dividido respecto del fascismo, siéndoles a éste más favorables los pequeños arrendatarios, decepcionados por la socialdemocracia y sus declaraciones "colectivistas". División acrecentada respecto del fascismo en lo que concierne a la pequeña burguesía rural del centro, predominante en esta región, y donde el fascismo se implantó todavía menos que en el norte.

En cuanto al Mezzogiorno, excepción del caso particular de los agrarios, mostróse en su conjunto *bastante impermeable al fascismo*; fue la única región donde progresó la oposición antifascista durante las elecciones de 1924.[2] Caso particularmente notable si se compara con el de las regiones del este en Alemania, dentro del marco del nacionalsocialismo. La razón esencial de este comporta-

[2] Sobre estas cuestiones, L. Luzzatto, *Elezioni politiche e leggi elettorali in Italia*, 1958, *passim*. Por lo demás, hecho significativo, el fascismo presentó en el Mezzogiorno, como candidatos, no a dirigentes fascistas, sino esencialmente a miembros del personal político "liberal", incorporados al fascismo, tales como Salandra, Orlando, etc. Como señala Santarelli (op. cit., t. I, pp. 363 ss), ésta fue la razón principal de los éxitos electorales del fascismo en el sur.

miento del sur reside en la aplastante proporción de campesinado pobre y de proletariado agrícola, particularmente radicalizados por el levantamiento campesino.

¿Qué ocurrió con la política real del fascismo respecto de las clases en el campo? Política de introducción masiva del capitalismo en la agricultura, cuyos efectos se han señalado al examinar las relaciones del fascismo con los agrarios y el capital monopolista; introducción del capitalismo realizada, por razones políticas, por el rodeo del mantenimiento de la gran propiedad territorial. La gran propiedad, que tomó bajo el fascismo el viraje decisivo hacia su capitalización, fue sistemáticamente favorecida a costa de la pequeña explotación.

En efecto, la "bonificación integral" (mejora de los rendimientos de la agricultura con trabajos técnicos y con la mecanización) fue tomada a su cargo por el Estado en una proporción del 75 al 90 %; costó muy cara al Estado y aprovechó casi exclusivamente a la gran propiedad. Estos subsidios del Estado, concedidos a la gran propiedad, estaban financiados por una legislación fiscal que abrumaba a la pequeña explotación, en tanto que los agrarios obtenían numerosas exoneraciones fiscales. La protección aduanera concernía principalmente a los cereales, productos de la gran explotación, mientras que los precios de los productos del pequeño cultivo, frente a la competencia internacional, se desplomaban.

En cuánto a la política del fascismo respecto de la pequeña explotación y de la pequeña propiedad de la tierra, ofrece rasgos que la diferencian de la del nacionalsocialismo. Frente a la violencia de las reivindicaciones campesinas, el fascismo evitaba tomar medidas demasiado radicales de extensión de la explotación rica y media, y que lesionarían la pequeña explotación, en oposición a la política del *Erbhof* del nacionalsocialismo. Es cierto que, dentro del marco de la bonificación, y en particular por el saneamiento de las lagunas Pontinas, el fascismo distribuyó a sus defensores de la primera hora unas 60 000 ha, en 3 000 granjas ricas y medianas. Pero, como se ve, el fenómeno fue limitado.

Si bien las promesas de "colonización" de las tierras "improductivas" quedaron en gran parte como letra muer-

ta en lo que concierne a la gran propiedad, incluso después de la ley Serpieri de 1934, por la que se promulgaba una división de los latifundios, parece, en cambio, que estas medidas favorecieron a la pequeña explotación a costa de la explotación media. Estas medidas, injertadas sobre la polarización tendencial en Italia entre grande y pequeña explotación, *condujeron a la pequeña explotación a extinguirse bajo el fascismo a costa de la explotación media*; el número de los cultivadores explotadores aumentó, entre 1929 y 1940, en 500 000, limitándose este aumento a una extensión de 1 millón de hectáreas, lo cual demuestra la magnitud de la pequeña empresa agrícola. El proceso de capitalización de la agricultura se realizó aquí por la explotación indirecta de la pequeña por la gran empresa agrícola, y *por la profundización de la polarización entre estas dos formas de explotación*, lo cual actuó masivamente en provecho de los agrarios.[3]

Sin embargo, y de manera concomitante podría decirse, el fascismo tomó una serie de medidas favorables al desarrollo de las relaciones de producción capitalista en la agricultura, que tendían esencialmente a transformar a pequeños explotadores, ligados aún a "supervivencias feudales", en obreros agrícolas. Tal es el caso sobre todo en cuanto a los aparceros. Éstos, productores directos de la cosecha que se repartían con los propietarios, según una forma privilegiada de explotación de los latifundios del sur, fueron, paralelamente a los colonos, afectados por el fascismo de manera radical. Sus contratos de aparcería se deterioraban. Las cotizaciones de seguros eran transferidas a su costa, y no tenían ninguna garantía de salario; su situación llegó a ser peor aún que la de los obreros agrícolas. El resultado era, como escribe el economista fascista Perdisa, que "desgraciadamente es una realidad que, allí donde la tierra se cultiva en aparcería, las rentas

[3] Esta comparación entre el caso alemán y el caso italiano demuestra una vez más, si fuese necesario, *la multiplicidad de las vías concretas de penetración del capitalismo en la agricultura*; multiplicidad que se debe ampliamente a las condiciones *político-ideológicas* de cada formación social concreta. Multiplicidad que no compromete, por lo demás, el esquema de las "dos vías", la "americana" y la "prusiana", establecido por Lenin. Lenin no hacía sino extraer los *rasgos generales* de "dos vías" históricas *tendenciales*.

suben a niveles tan impresionantes que obligan a los campesinos, a pesar de su apego a la tierra, a convertirse en jornaleros agrícolas".

En fin, la política del fascismo respecto a los obreros agrícolas corre parejas con la del nacionalsocialismo: el salario de los obreros agrícolas cae en un 50 % aproximadamente, y les son retirados el seguro de paro y las garantías sindicales. A menudo, por el sistema de "coparticipación" la retribución en especie remplaza la retribución en salario. Sin embargo, aquí también, como en Alemania, esta modificación, que afecta la forma jurídica de retribución y tiende esencialmente a impedir el éxodo hacia las ciudades, no debe ser comprendida como una intensificación de las relaciones feudales en la agricultura.

Se imponen dos observaciones complementarias:

1] Esta introducción del capitalismo en la agricultura se realizaba según un ritmo que dependía igualmente de las relaciones particulares que mantenía el fascismo con los agrarios "feudales". Era de manera desigual, y a partir de no pocos compromisos, como el fascismo proseguía globalmente su transformación en capitalistas territoriales. Esta política estaba lejos de producir los resultados que se esperaban. Los subsidios del Estado a la agricultura se reducían a menudo a la transferencia de fondos públicos a agrarios, que resistían a la capitalización de la agricultura. Las obras de la "bonificación integral" debían inicialmente afectar 8 millones de ha; el fascismo declaraba que habían afectado 5 millones de ha; pero, de hecho, sólo beneficiaban 1.5 millón de hectáreas.

2] La política fascista se saldó, por lo demás, por toda una serie de desigualdades en el sector agrícola. Por ejemplo, los "progresos técnicos" en el pequeño cultivo y el cultivo intensivo estaban lejos de igualar a los del cultivo de los cereales. Pero estas desigualdades y retrasos se debían en lo esencial *a la introducción misma del capitalismo en la agricultura, bajo el predominio del capitalismo monopolista*, sobre lo cual Lenin insistió siempre.[4] Esas desigualdades y retrasos no se debían, como se ha soste-

[4] Lenin, *Nouvelles données sur les lois du développement du capitalisme dans l'agriculture, Œuvres*, t. 23.

nido a menudo, al hecho de que el fascismo favorecía esencialmente las "estructuras feudales" de la agricultura italiana;[5] concepción "economista-tecnicista" que considera, en efecto, que el desarrollo del capitalismo en la agricultura no puede más que corresponder a "progresos técnico-económicos" armoniosos y espectaculares, en todos los sectores de la producción agrícola.

[5] Especialmente el caso de E. Serreni, *La política agraria del regime fascista*, en *Fascismo e antifascismo*, op. cit., pp. 296 ss.

VII

EL ESTADO FASCISTA

Después de haber analizado el campo de la lucha de clases durante el proceso de fascistización y el fascismo establecido, examinaremos en este capítulo las formas institucionales que revistió el Estado fascista. Aquí también, antes de entrar en el análisis concreto, se adelantarán ciertas proposiciones concernientes al problema del Estado en la teoría marxista y que, precisamente, pueden ser ilustradas, de manera *ejemplar*, por la forma *crítica* de Estado que es el Estado fascista.

I

PRELIMINARES RELATIVOS AL APARATO DE ESTADO Y A LOS APARATOS IDEOLÓGICOS

1. GRAMSCI

El problema esencial es aquí el de los aparatos ideológicos y de su relación con el aparato de Estado en sentido estricto. En efecto, la teoría marxista del Estado se ha concentrado explícitamente en *el aparato "represivo" de Estado*; a saber, el aparato compuesto de ramas especiales tales como el ejército, la policía, la administración, los tribunales, el gobierno. Los clásicos del marxismo han tratado bien acerca de ciertas instituciones tales como la Iglesia, las escuelas, etc.; pero solamente por una serie de analogías con el aparato de Estado en el sentido estricto.

La única excepción notable fue Gramsci. En efecto, hay que subrayarlo, a partir de su práctica política como dirigente proletario, Gramsci llegó a fundar la teoría de la dependencia del sistema estatal de los aparatos ideológicos.

En primer lugar, por una serie de análisis generales; insistiendo sobre el hecho de que el Estado no reviste simplemente un papel de "fuerza", sino igualmente un papel ideológico —hegemonía—, señalaba Gramsci repetidas veces, y de manera circunstanciada y desarrollada, que el Estado no debe ser concebido solamente a la manera "tradicional" —aparato de "fuerza"—, sino igualmente como "organizador de la hegemonía". Señalaba así que el Estado "en sentido integral" comprende "organizaciones habitualmente consideradas como privadas", y citaba la Iglesia, las escuelas, los sindicatos, los partidos, el aparato de información: "He sido conducido a reconsiderar toda la noción del Estado, entendido generalmente como 'dictadura' y no como... hegemonía de un grupo social sobre la sociedad nacional entera, hegemonía ejercida por medio de organismos privados como la Iglesia, los sindicatos, los partidos, las escuelas, etc." Y además: "...¿Pero qué significa todo esto sino que por 'Estado' hay que entender no sólo el aparato gubernamental sino también

el aparato 'privado' de hegemonía?" Y en fin: "Si todo Estado tiende igualmente a crear y a mantener cierto tipo de civilización y de ciudadano..., a hacer desaparecer ciertas costumbres y actitudes y a difundir otras, el derecho será el instrumento por el cual alcanzar este fin al lado de la escuela y de otras instituciones".[1]

A continuación, Gramsci demuestra su tesis por medio de toda una serie de análisis profundos concernientes en especial a la Iglesia, los sindicatos, los partidos y las escuelas.

No podemos extendernos más aquí sobre Gramsci. Pero no cabe duda, por poco que se conozca su obra, que ha hecho explícita la teoría de los aparatos ideológicos como aparatos de Estado. Señalemos, no obstante, dos puntos:

a) Estos análisis de Gramsci, que tienen su origen en el período del *Ordine nuovo*, fueron después ocultados, y con razón. Ello se debe a la prodigiosa mistificación "oficial" mantenida en torno de Gramsci.

b) Esta teoría de Gramsci tiene el defecto de un lenguaje que se debe a la concepción "historicista" y a algunas nociones que de ella derivan, así la de "sociedad civil", concepción que empaña incluso su noción de la "hegemonía". He hecho en otro lugar su crítica y no la repetiré aquí. Entonces me pareció importante, dada la coyuntura teórico-política, insistir sobre esta crítica, que, por lo demás, sigue siendo válida a mi entender. Pero consideré, rectificándolos y tratando de aislarlos, los elementos importantes de los análisis de Gramsci, los que le condujeron precisamente a formular su toría de los aparatos ideológicos de Estado, y mi rectificación me sigue pareciendo, e incluso más que nunca, necesaria. Además, en esa época, dejé abierto el problema de los aparatos ideológicos; mayo-junio de 1968 en Francia ha demostrado una vez más, en el caso preciso del Estado capitalista, la exactitud de los análisis de Gramsci. Es, por lo demás, inútil insistir en el hecho de que se trata de un problema capital, vuelto a plantear por la revolución cultural en China, y del que se ocupó mucho Lenin.

[1] Además de los textos del *Ordine nuovo*, véanse las *Lettres de prison* (pp. 313 ss); *Passato e presente*, pp. 92 ss; *Note sul Macchiavelli...*, pp. 88, 130, y *passim*; *Il Materialismo storico...*, pp. 204, 231, 240 ss, etcétera.

Pero convendría examinar aquí las premisas esenciales de esta concepción de los *aparatos ideológicos de Estado*. No sólo porque Gramsci no los desarrolló, sino sobre todo porque si esta concepción no se sitúa rigurosamente en relación con la lucha de clases hay el peligro de que conduzca a ciertas confusiones.[2]

II. LOS APARATOS IDEOLÓGICOS, APARATOS DE ESTADO

Algunas advertencias ante todo sobre el funcionamiento de la ideología en una formación social. En efecto, la ideología no reside únicamente en las ideas; no constituye, por lo demás, un "sistema conceptual" en el sentido propio del término. Se extiende, como había subrayado Gramsci, a los usos, a las costumbres, al "modo de vida" de los agentes de una formación. Se concreta así en las *prácticas* de una formación social (prácticas burguesas, prácticas proletarias, prácticas pequeñoburguesas).

Por lo demás, la ideología en tanto que ideología dominante constituye un *poder* esencial de las clases en una formación social. Como tal, la ideología dominante se encarna, en el seno de una formación, en una serie de aparatos o instituciones:[3] las Iglesias (aparato religioso), los

[2] Me refiero aquí a un texto reciente de L. Althusser, "Idéologie et appareils idéologiques d'État", *La Pensée*, junio de 1970. Creo que este texto de Althusser peca, en cierta medida, por su abstracción y su formalismo; en él la lucha de clases no ocupa el lugar a que tiene derecho. En efecto, en este texto hay, a mi entender, algunos equívocos sobre los cuales convendría volver.

[3] Digo aparatos o instituciones; en lo sucesivo no emplearé más que el término *aparatos*. En *Pouvoir politique et classes sociales* di una definición de la institución como "sistema de normas o de reglas socialmente sancionado", para distinguirla de la estructura (p. 123 [140], nota 22); esto, para denunciar explícitamente la problemática "institucionalista". Esta definición, y distinción, es válida para los "aparatos" (término que empleaba de manera equivalente al de institución). Esta definición debía hacer resaltar en efecto las intervenciones de la ideología (normas y reglas) y de la represión política (socialmente sancionada) en el funcionamiento de los aparatos o instituciones. Estimo que el término de institución puede así quedar abandonado; no veo, al menos actualmente, lo que podría añadir al concepto de aparato. Sobre estas cuestiones, véase igualmente D. Vidal, "Institution ou rapports sociaux", *Atelier*, núm. 3; C. Raguin, "Le droit naissant et les luttes du pouvoir", *Sociologie du Travail*,

partidos políticos (el aparato político), los sindicatos (el aparato sindical), las escuelas y universidades (el aparato escolar), los medios de "información" (periódicos, radio, cine, televisión, en suma el aparato de información), el dominio "cultural" (la edición), la familia en cierto aspecto, etc. Se trata de los aparatos ideológicos de Estado.[4]

Estos aparatos son relativamente distintos del aparato "represivo" de Estado: aquel cuyo *aspecto principal* (porque la ideología interviene igualmente en él), bajo el cual cumple su papel, es la represión física organizada, cuyo monopolio legítimo detenta el Estado; se trata del aparato de Estado en sentido estricto. Los aparatos ideológicos tienen como *aspecto principal* (porque la represión, bajo varias formas, interviene igualmente) la elaboración y la inculcación ideológicas. ¿Por qué se los ha de designar también como aparatos *de Estado?*

1] La ideología no es algo "neutro" en la sociedad: *no existen ideologías más que de clase.* En tanto que ideología dominante, la ideología consiste en relaciones de poder absolutamente esenciales en una formación, pudiendo incluso conservar el papel dominante. Sin embargo, desde este punto de vista, no es bastante designar los aparatos ideológicos como aparatos de Estado. Hay que ir más lejos: la misma dominación política no puede hacerse por el medio exclusivo de la represión física únicamente, sino que requiere la intervención decisiva y directa de la ideología. En este sentido es en el que la ideología dominante, bajo la forma de existencia de los aparatos ideológicos, está directamene implicada en el sistema estatal, que él mismo constituye a la vez la expresión, el fiador y el lugar concentrado del poder político.

2] Hay que referirse así a la definición marxista del Estado. El Estado, que es un Estado de clases, no se define únicamente, para los clásicos del marxismo, por la detentación de la "fuerza" física represiva, sino principalmente por su papel social y político. El Estado de clase es

núm. 1; 1970; M. Castells, *Vers une theorie sociologique de la planification urbaine, ibid.*, núm. 4, 1969. En fin, se encuentran actualmente análisis importantes en Bourdieu y Passeron, *La reproduction.*

[4] Se puede así, ahora, precisar nuestras formulaciones anteriores: en sentido riguroso, un partido, un sindicato, una escuela no son, casi, aparatos, sino ramas del aparato político, sindical, escolar, etcétera.

la instancia central cuyo papel es el mantenimiento de la unidad y de la cohesión de una formación social, el mantenimiento de las condiciones de la producción y, así, la reproducción de las condiciones sociales de la producción; es, en un sistema de lucha de clases, el fiador de la dominación política de clase. Ahora bien, tal es, muy exactamente, el papel que desempeñan los aparatos ideológicos; especialmente, la ideología dominante "cimenta" la formación social.

3] El aparato de Estado, en sentido estricto, constituye la condición de existencia y de funcionamiento de los aparatos ideológicos en una formación social. Si bien, en general, el aparato represivo no interviene directamente en su funcionamiento, no por ello deja de estar constantemente presente detrás de ellos.

III. RAMAS DEL APARATO REPRESIVO DE ESTADO Y CARACTERÍSTICAS DE LOS APARATOS IDEOLÓGICOS DE ESTADO

Aquí se hacen necesarias, sin embargo, dos observaciones complementarias:

1] Acabamos de decir que los aparatos de Estado desempeñan su papel, ya bajo el *aspecto principal* de la represión, ya bajo el *aspecto principal* de la ideología. Pero convendría precisar: *esto no quiere decir en absoluto que el Estado no tenga otra "función" que la represiva o ideológica.*

Según los modos de producción y sus estadios, las fases y períodos de una formación social, el Estado puede incluso detentar lo que podría designarse como "función económica directa". Esta función "económica" es entonces directa, por el hecho de que el Estado no se limita a la reproducción de las condiciones sociales de la producción, sino que interviene de manera decisiva en la reproducción del ciclo mismo de producción: véanse especialmente algunos casos de la forma intervencionista del Estado capitalista, en los que el Estado, como decía, demostrándolo, Lenin, interviene "hasta en los detalles de la economía", incluso en el ciclo mismo de reproducción del capital (tal fue, por lo demás, el caso del Estado fascista). Esta función económica del Estado puede ser desempeñada a la

vez por el aparato represivo (administración, gobierno) y por los aparatos ideológicos (sindicatos).

Sin embargo, y esto es lo que importa aquí, esta función económica del Estado se halla siempre articulada sobre su papel político de conjunto. Dicho de otro modo, esta función económica del Estado, que puede incluso detentar el predominio respecto de sus demás funciones, se ejerce precisamente bajo el aspecto principal, bien de la represión, bien de la ideología.[5]

2] Observación corolario: el concepto de "aparato" no podría reservarse únicamente a los aparatos de Estado. Dicho de otro modo, *los conceptos de "aparato" y de "Estado" no tienen la misma extensión ni el mismo campo.* La empresa, por ejemplo, no es únicamente una "unidad de producción". Tiene igualmente como papel la reproducción de las condiciones sociales de la producción, en ella interviene igualmente la ideología, y están presentes las relaciones políticas de dominación. Efecto de las relaciones de producción, la "empresa" cristaliza las conexiones

[5] *Pouvoir politique et classes sociales*, pp. 50 ss [52]. Este papel económico de los aparatos de Estado se halla en extremo subestimado (en el límite, casi teóricamente ignorado) por Althusser. En efecto, Althusser distingue (de manera bastante discutible por lo demás): a) la reproducción de los medios de producción (en la cual incluye la circulación del capital y la realización de la plusvalía); b) la reproducción de la fuerza de trabajo; c) la reproducción de las "relaciones de producción", en el sentido esta vez de reproducción de las condiciones sociales de la producción. Es este último campo el que parece ser, para Althusser, el único campo de intervención de los aparatos de Estado: "El papel del aparato represivo de Estado consiste esencialmente... en asegurar por la fuerza las condiciones políticas de reproducción de las relaciones de producción", y: "Los aparatos ideológicos de Estado... aseguran la reproducción misma de las relaciones de producción... aquí es donde desempeña masivamente el papel de la ideología dominante..." (p. 17). En el límite, ¡el Estado no tendría, pues, otro papel que el represivo o ideológico! En efecto, la única excepción que menciona Althusser es la escuela, y para la sola reproducción de la fuerza de trabajo (caso *b* de más arriba) pero, incluso en este caso de reproducción de la fuerza de trabajo, Althusser se contradice explícitamente al hablar de la familia: "La familia llena manifiestamente otras funciones que la de un aparato (ideológico) de Estado. Interviene en la reproducción de la fuerza de trabajo..." (*op. cit.*, p. 13, nota 8). Es inútil señalar que con una concepción del Estado = ideología + represión se intentaría en vano comprender los análisis de Lenin sobre el capitalismo monopolista y el imperialismo.

de las relaciones sociales de producción con las relaciones sociales políticas y las relaciones sociales ideológicas. La práctica revolucionaria lo ha experimentado con los "consejos obreros" y los "soviets" (Gramsci tenía, especialmente, plena conciencia de ello).

En cambio, no se puede hablar, en el caso del "aparato económico", de aparato de Estado, aunque el Estado intervenga en él como fiador del "orden". De una parte, porque la definición marxista del *Estado*, a saber, los aparatos que tienen como papel esencial el mantenimiento de la cohesión y de la unidad de una formación dividida en clases, consagrando su dominación política de clase, no se aplica directamente al aparato económico; de otra parte, porque, en tanto que "unidades de producción" precisamente, y en un sistema de explotación de clase, el aparato económico tiene como papel principal respecto de las masas populares el de *explotación*. La "autoridad" o el "despotismo" de la clase explotadora están en él directamente determinados por la explotación, mientras que los aparatos de Estado no explotan, en el sentido riguroso de *extorsión directa* de la plusvalía (al menos en su papel principal).[6]

De esto derivan consecuencias importantes en cuanto al problema de la revolución socialista.

En efecto, los clásicos del marxismo han señalado *explícitamente* que una revolución socialista no significa tan sólo un cambio de *poder de Estado*, sino que debe igualmente "*quebrar*" el aparato represivo de Estado. Lo que podemos adelantar es que esta tesis no concierne de hecho solamente al *Estado*, es decir, al aparato represivo *y* a los aparatos ideológicos de Estado. No basta con extender esta tesis a los aparatos ideológicos de Estado. *Esta tesis concierne de hecho al conjunto de los "aparatos", incluido*

[6] Señalo, pues, aquí que Althusser, *op. cit.*, p. 13, n. 8, se equivoca al no aplicar el concepto de aparato más que a los aparatos de Estado, y no a las "unidades de producción". Bettelheim tiene toda la razón al emplear el término de "aparato económico": Sweezy y Bettelheim, *Lettres sur quelques problèmes actuels du socialisme*, 1970, p. 61. En cambio Bettelheim no emplea el término de aparatos ideológicos de Estado, sino el de aparatos ideológicos. Me parece, sin embargo, que el término de aparatos ideológicos de Estado es tanto más necesario cuanto que se mantiene el término de aparato para el aparato económico; de lo contrario, la distinción entre aparatos ideológicos y aparato económico, y por lo mismo la distinción entre "superestructura" y "base", corre el peligro de quedar confusa.

el aparato económico. Ésta fue siempre, muy exactamente, la posición de Lenin.

Pero en cambio, aquí también, la distinción entre aparatos de Estado y aparato económico *sigue siendo esencial*. Es especialmente claro que los aparatos de *Estado* y el aparato económico no pueden ser quebrados *ni al mismo tiempo ni de la misma manera*. Es cierto que esto es válido igualmente en cuanto a la distinción entre aparato represivo de Estado de una parte, y aparatos ideológicos de Estado de otra. Éstos tampoco pueden ser "quebrados" al mismo tiempo o de la misma manera. Pero la diferencia, a este respecto, entre aparatos (represivos e ideológicos) de *Estado* de una parte, y aparato económico de otra, es de distinta naturaleza; se encuentra, especialmente, en el aparato económico, en tanto que "unidades de producción", ese núcleo duro que Marx designaba como "base técnica de la producción", que no se encuentra en los aparatos de Estado, y que plantea "problemas" especialísimos.

3] El hecho de que los aparatos ideológicos de Estado tengan con frecuencia un carácter "privado", es decir, no reconocido oficialmente como aparatos de *Estado*, no debe sorprender. En efecto, la distinción entre "privado" y "público" es una distinción puramente jurídica. En oposición a cierta idea que asigna como lugar de demarcación entre "sociedad civil" y "Estado", es decir, como lugar de constitución de Estado, una distinción "pre-jurídica", casi ontológica, entre privado y público, hay que darse cuenta de que, de hecho, es el *derecho* —es decir, en un sentido, el Estado mismo— el que establece esa distinción, la cual no tiene otro sentido *que* el jurídico.[7] Esta distinción "privado-público" no altera, pues, en nada el fondo de la cuestión de los aparatos ideológicos de Estado. Gramsci lo había comprendido perfectamente, cuando consideraba pertenecientes al Estado "organismos habitualmente considerados privados".

Pero esto no quiere decir que el carácter "privado" o "público" de los aparatos ideológicos de Estado no tenga importancia, o que sea efecto de la casualidad. Muy al contrario, connota formas diferenciales de funcionamiento,

[7] Sobre este tema, *Pouvoir politique et classes sociales*, páginas 141 ss [161 ss].

según los tipos y formas de Estado. El carácter habitualmente "privado" de esos aparatos cubre, por lo demás, a menudo su *autonomía relativa*, entre ellos y respecto del aparato de Estado.

4] Llegamos así al centro de la cuestión. Se puede hablar en efecto de *el* aparato de Estado, en sentido estricto *y en singular*, y se puede hablar de varios aparatos ideológicos de Estado.

De hecho, sería erróneo creer que el aparato de Estado, en sentido estricto, constituye una especie de monolito sin fisura; el aparato represivo de Estado se halla él mismo compuesto por lo que habrá de designarse como "*ramas*" especializadas: ejército, policía, administración, etc. Pero los aparatos ideológicos de Estado presentan, en sus relaciones mutuas y en sus relaciones con el aparato de Estado, un *grado* y una *forma de autonomía relativa* que las ramas del aparato de Estado no poseen. El aparato represivo de Estado, *núcleo central* del sistema estatal y del poder de Estado, posee una unidad interna mucho más fuerte y rigurosa que los aparatos ideológicos. La unidad interna de las ramas de este aparato hace que se pueda hablar, respecto a él, de un *efectivo subsistema* dentro del marco del sistema estatal de aparatos.

Una primera consecuencia de esto es que la "destrucción" del Estado no puede aplicarse de manera homóloga al aparato de Estado y a los aparatos ideológicos de Estado; los aparatos ideológicos no pueden ser "quebrados" ni de la misma manera ni al mismo tiempo que el aparato de Estado, o que cada uno de ellos.

¿Cuáles son las razones de esta autonomía relativa de los aparatos ideológicos de Estado, que se manifiesta concretamente como pluralidad de estos aparatos?

a) La distinción relativa de las ideologías de clase por relación con los aparatos de Estado no se halla en modo alguno comprometida por la institucionalización de la ideología dominante en aparatos de Estado; en efecto, estos aparatos no "*crean*" la ideología, y tienen por función principal *elaborarla* e *inculcarla*. Esta distinción relativa de la ideología, que se debe al hecho de que los aparatos no son más que el efecto de la lucha de clases, y sobre la cual no podemos extendernos aquí, ha sido estudiada por los clásicos del marxismo en sus efectos: a saber,

el poder notable de *permanencia* y de *duración* de la ideología dominante por encima de las transformaciones de los aparatos (incluidos aparatos ideológicos) y del poder de Estado.[8]

b) Esto se halla fundado sobre los datos fundamentales de la lucha de clases: en el dominio ideológico para comenzar. En una formación social, no existe solamente una ideología dominante: *existen varias ideologías o subsistemas ideológicos contradictorios*, referidos a las diversas clases en lucha. La misma ideología dominante no se constituye como tal sino logrando dominar, de manera especialísima, esas ideologías y subsistemas ideológicos, lo cual se hace precisamente por la vía indirecta de los aparatos ideológicos de Estado. Esto implica, a su vez, que estos aparatos son la expresión condensada de contradicciones ideológicas muy intensas, que se expresan por rupturas en los "funcionarios de la ideología" que forman parte de ellos; la autonomía relativa de los aparatos ideológicos es su efecto.

c) Esta autonomía relativa de los aparatos ideológicos de Estado se refiere así, en fin, a las relaciones de poder político en sentido estricto, y se expresa por desajustes importantes en el *poder de Estado*.[9]

[8] En efecto, si estos aparatos son una de las *formas de existencia social* de la ideología, ésta es la *condición de existencia* de tales aparatos. La ideología como condición de existencia de los aparatos ideológicos es lo que se puede captar como "ideología espontánea"; en el modo de producción capitalista, y para la clase dominante, la ligada al "fetichismo de la mercancía". Sobre esta relación entre "ideologías" e "instituciones", véanse igualmente las observaciones de M. Verret: "Las superestructuras son ante todo *instituciones* políticas, jurídicas, etc., a las cuales corresponden, dice a menudo Marx, formas de conciencia social. Correspondencia no significa identidad. Y no es seguro que el destino histórico de las formas de conciencia social siga mecánicamente el de las superestructuras..." (*Théorie et politique*, 1967, p. 78.)

[9] Es aquí donde reside, a mi juicio, el aspecto más discutible de la interpretación que propone Althusser de los aparatos ideológicos de Estado. Es cierto que menciona su "autonomía relativa", pero de manera descriptiva. En cambio (pp. 17 ss), no insiste más que sobre su "unidad", según el razonamiento siguiente: a) su "unidad" se debe a la ideología dominante; b) la ideología dominante es "la de la clase dominante, que detenta el poder de Estado". Resultado: la "unidad" de los aparatos ideológicos está abstractamente reducida, y sólo por el rodeo de la "ideología", a la del *poder de Estado*. Ahora bien, este análisis es abstracto y formal ya que no toma (concreta-

En primer lugar, el poder de Estado se halla en general constituido por una alianza de clases o fracciones dominantes: bloque en el poder en una formación capitalista. Así, a pesar del hecho de que una clase o fracción detenta, en general, la hegemonía, el poder político de las otras clases o fracciones "en el poder" ocasiona desajustes entre los aparatos de Estado. En efecto, no se puede hablar de poder de Estado, es decir, de poder político de clase, sino en la medida en que se concreta en aparatos de Estado.

Puede ocurrir así, especialmente, que clases o fracciones diferentes detenten el poder en los aparatos ideológicos de Estado (o algunos de ellos) de una parte, y en el aparato de Estado de otra. Ejemplo característico: durante la transición del feudalismo al capitalismo, en los casos de una alianza burguesía-nobleza territorial, la Iglesia ha constituido con frecuencia, y durante mucho tiempo, la sede de poder de la nobleza, mientras que la sede de poder de la burguesía era el aparato de Estado.

Lo que importa subrayar es que estos desajustes de poder de Estado aparecen principalmente entre los propios aparatos ideológicos de Estado, o entre ellos y el aparato de Estado. En efecto, a pesar de su unidad interna como subsistema, pueden producirse distorsiones semejantes en

mente) en consideración *la lucha de clases*: a) no toma en consideración el hecho de la existencia, en una formación social, de varias ideologías de clase contradictorias y antagónicas; todo ocurre en efecto como si Althusser, al hablar de la "ideología dominante" como "unidad" de los aparatos ideológicos, entendiese, en este caso, por "ideología dominante", lo que él designa como "*mecanismo de la ideología en general*" (?); b) no toma en consideración los desajustes presentes en el poder de Estado. En efecto, la enseñanza de la revolución cultural en China es haber demostrado *lo que había presentido tan bien Lenin, a saber: que las relaciones de poder en los aparatos ideológicos de Estado no dependen directamente de la especie de clase del poder de Estado, y no están exhaustivamente determinadas por ella.* La transformación especialmente de estos aparatos no puede ser resultado sino de una "revolucionarización" que los concierne directamente. El poder de Estado (su especie de clase) plantea *límites* (variables, según la o las clases en el poder) a los aparatos ideológicos de Estado. Estos límites, por lo demás, que circunscriben la "unidad" de los aparatos ideológicos, no son en modo alguno el efecto exclusivo de la "ideología dominante", sino precisamente del propio poder de Estado en el seno del aparato (represivo) de Estado. *Me parece tanto más necesario subrayarlo cuanto que, si no se establecen claramente estos puntos, se corre el peligro de caer muy exactamente en la interpretación "oficial" de Gramsci por el reformismo actual.*

el seno mismo del aparato de Estado en sentido estricto. El ejército, la administración o la magistratura pueden a veces constituir las sedes privilegiadas de poder de clases o fracciones diferentes del bloque en el poder; ya veremos lo que ocurre con esto en el caso del proceso de fascistización.

Pero el aparato represivo de Estado que constituye el núcleo central del Estado, la clase o fracción hegemónica detenta en general el poder en este aparato. Su unidad interna —su "centralización"— hace que, cuando clases o fracciones no hegemónicas detentan el poder en ciertas ramas de éste, su organización interna se realice directamente, y según las formas de Estado, bajo la dominación de la rama detentada por la clase o fracción hegemónica. En este sentido precisamente es en el que se puede hablar de una *unidad* concreta —y no de un "desmembramiento"— del poder de Estado en el seno del aparato de Estado, en el caso de diversas clases y fracciones en el poder.

El caso es diferente en cuanto a los aparatos ideológicos de Estado, los cuales constituyen, de hecho, los aparatos más susceptibles de concentrar, de manera eficaz, el poder de las clases y fracciones no hegemónicas. Así, son a la vez el "refugio" privilegiado de esas clases y fracciones y su presa por excelencia. Poder de otras clases y fracciones que, en el caso de estos aparatos, pueden incluso no ser aliadas de la clase hegemónica, sino en lucha radical contra ésta.

Así, estos aparatos constituyen con frecuencia, bien los últimos *bastiones* de un antiguo poder de clase —Iglesia para la nobleza territorial—, bien las *primeras plazas fuertes* de un nuevo poder de clase: escuelas y ediciones para la burguesía antes de la Revolución francesa.[10] En fin, y sobre todo, la lucha de las masas populares no sólo atraviesa los aparatos ideológicos —lo cual es la evidencia misma—, sino que influye a menudo, de manera privile-

[10] Estos aparatos pueden incluso desempeñar, en una línea de continuidad histórica, estos dos papeles para una misma clase. Se sabe ahora que, en el caso de una revolución socialista, cuando la burguesía se halla excluida del aparato represivo de Estado, puede refugiarse en los aparatos ideológicos, mantenidos bajo su forma burguesa, y emplearlos como instrumentos de una reconquista del poder de Estado.

giada, sobre algunos de estos aparatos, en especial sobre aquellos que les están especialmente destinados; por ejemplo, sindicatos, partidos de tipo socialdemócrata, etcétera. En suma, este "juego" del poder de clase entre el aparato de Estado de una parte, y los aparatos ideológicos de Estado de otra, debido a la *lucha de clases*, aparece como la causa esencial, y como uno de los efectos, de la autonomía relativa de los aparatos ideológicos de Estado.

5] En fin, un último punto, que aquí sólo se puede mencionar: no pueden finalmente "escapar" al sistema de los aparatos ideológicos de Estado más que las organizaciones revolucionarias y de lucha de clases. Este problema depende de la teoría marxista-leninista de la *organización*: recuérdese simplemente que la cuestión principal que se halla en el centro de esta teoría consiste precisamente en saber cómo estas organizaciones pueden constituirse y llenar su misión, rompiendo el cepo de los aparatos ideológicos de Estado y preservándose, en la práctica, del deslizamiento constante que los amenaza hacia este sistema de aparatos.

2

FORMA DE ESTADO DE EXCEPCIÓN Y ESTADO FASCISTA: TIPO DE ESTADO, FORMA DE ESTADO Y FORMA DE RÉGIMEN

A la luz de los análisis precedentes se puede plantear el problema del Estado fascista, recordando ciertos datos:

A] El Estado fascista es una forma de Estado perteneciente al *tipo de Estado capitalista*. En este sentido, y a pesar de todo cuanto haya podido escribirse respecto al asunto, presenta los rasgos propios del tipo capitalista de Estado.

B] El Estado fascista es una *forma de Estado* específica, una *forma de Estado de excepción*, ya que corresponde a una crisis política. En tal sentido:

1] Presenta *diferencias* con la forma de Estado de otras formaciones sociales, caracterizadas por el mismo estadio típico (estadio imperialista), pero que no presentan crisis semejantes.

2] Presenta *caracteres comunes* con la forma de Estado susodicha, ya que se sitúa precisamente en el mismo estadio; le es preciso, sin dejar de hacer frente a la crisis, cumplir igualmente las funciones que le corresponden en este estadio particular.

C] El Estado fascista constituye igualmente una *forma de régimen* específica. En este sentido:

1] Presenta *caracteres comunes* con formas de régimen que pertenecen, como él, a la forma de Estado de excepción del Estado capitalista, en la medida en que corresponden igualmente a crisis políticas, a caracteres comunes, de una formación capitalista: dictaduras militares, bonapartismo.

2] Presenta *diferencias* con esas formas de régimen, en la medida en que corresponde a una crisis política, y a una relación de clase, específica. Las diferencias dependen igualmente del período en que surgen estas formas. Con-

junto de problemas planteados ya en los comienzos de este texto, con ocasión del examen de la *crisis política*.[1]

Antes de entrar en el examen concreto del Estado fascista, hay que decir dos palabras de los *criterios pertinentes* que lo especifican, en tanto que forma de Estado y en tanto que forma de régimen. No volveremos aquí analíticamente sobre estos criterios diferenciales, aprehendidos a partir de la distinción y de las *relaciones* de estos dos espacios políticos.[2] Indiquemos simplemente que los factores de diferenciación de las *formas de Estado* capitalista son: *a*) las relaciones de lo económico, de lo político y de la ideología en un estadio determinado del MPC; *b*) los caracteres generales de la lucha de clases en el *período* correspondiente de las formaciones capitalistas; en este caso, los caracteres generales de la crisis política: forma de Estado de excepción. Los factores de diferenciación de las *formas de régimen* son las modalidades concretas de la lucha política de clases en una *coyuntura* determinada: en este caso, la crisis política específica a que corresponden los fascismos.

Estos factores se expresan, dentro del marco de un Estado capitalista, a través de una serie rigurosamente regulada de *criterios*. Estos criterios son, en lo que concierne a la *forma de Estado*:

1] Las formas y modalidades de intervención del Estado en lo económico y en las relaciones sociales en general, y las formas y modalidades de la autonomía relativa del Estado respecto de las clases dominantes;

2] el papel, las formas y sus relaciones mutuas, del aparato de Estado y de los aparatos ideológicos de Estado, lo cual corresponde a modificaciones del derecho, que regula precisamente estas formas y relaciones;

3] la relación general de las ramas en el seno del aparato del propio Estado; lo cual corresponde, en el Estado capitalista, a la relación general ejecutivo-legislativo;

4] la relación general en el seno de los aparatos ideológicos de Estado.

En lo que concierne a las *formas de régimen*, que cubren el espacio de la escena política, estos criterios son:

[1] Más arriba, pp. 57 ss.

[2] Para lo que sigue, *Pouvoir politique et classes sociales*, páginas 152 ss, 165 ss, 322-350 [176 ss, 193 ss, 387-421].

1] El *grado* en el que presentan las características generales de una forma de Estado;

2] La *forma* particular que revisten estas características: relaciones concretas de las diversas ramas del aparato de Estado entre ellas, de los diversos aparatos ideológicos de Estado entre ellos, y relaciones precisas entre los dos bajo el predominio de uno de estos aparatos. En particular, el papel de los partidos políticos y de la representación de partido de clase desempeña aquí un papel esencial.

Estos criterios son válidos igualmente para la *forma de Estado de excepción* y los *regímenes políticos de excepción* pertenecientes a esta forma de Estado. Se comenzará, pues, por el análisis de una serie de proposiciones concernientes a la forma de Estado de excepción del Estado capitalista, esbozando la teoría de esta forma de Estado. El Estado fascista, perteneciente, como es el caso de los demás regímenes de excepción (bonapartismo, dictaduras militares), a esta forma de Estado, presenta sus caracteres esenciales.

A tal fin, se invertirá, en el siguiente capítulo, el orden de presentación; se analizará en primer lugar el Estado fascista establecido, pasando después a la cuestión de las modificaciones de la forma de Estado anterior al fascismo, a lo largo de todo el proceso de fascistización. Ello se debe a que estas modificaciones no revisten importancia, como marca del proceso de fascistización, sino en relación con el Estado fascista en el que terminan.

3

PROPOSICIONES GENERALES SOBRE LA FORMA DE ESTADO DE EXCEPCIÓN

I. FORMAS DE INTERVENCIÓN DEL ESTADO

La forma de Estado de excepción de un Estado capitalista pertenece siempre al tipo *capitalista* de Estado, no simplemente en lo que concierne al poder de Estado sino también en sus formas institucionales; esto es válido, pues, igualmente para el Estado fascista como Estado capitalista de excepción. Descúbrense especialmente en él los caracteres distintivos del tipo de Estado capitalista: la separación relativa de lo económico y de lo político de una parte, la autonomía relativa del Estado respecto de las clases y fracciones dominantes de otra.

Ahora bien, la forma de Estado de excepción, a causa del período y de la crisis a la que este Estado corresponde, *interviene* en general de manera característica en lo económico, con el fin de adaptar y de ajustar el sistema frente a la socialización de las fuerzas productivas. La intervención del Estado fascista en lo económico es muy importante.[1] Desde este ángulo, presenta puntos comunes con la forma de Estado intervencionista (capitalismo monopolista) de formaciones sociales que no atraviesan crisis políticas. Lo que lo distingue como Estado de excepción no es tanto su grado de intervención como las formas bajo las cuales esta intervención se lleva a cabo.

En cuanto a la autonomía relativa de la forma de Estado de excepción respecto de las clases y fracciones dominantes, es particularmente importante y característica, efecto de la crisis política y de la relación de las fuerzas a las que corresponde. Autonomía relativa necesaria al Estado de

[1] Si no entro, en este texto, en el examen circunstanciado de la cuestión es porque Bettelheim se ocupa de ella, en su libro señalado, de manera exhaustiva.

excepción para reorganizar las relaciones del bloque en el poder y la hegemonía, dentro del marco de la crisis política, en el interior de la cual apuntan, por lo demás, a menudo las clases-apoyos como fuerzas sociales; se han advertido las razones y el funcionamiento de la autonomía relativa del Estado fascista. Esta autonomía tal vez debida, en las demás formas del régimen de excepción, al equilibrio de las fuerzas —normal o catastrófico— que caracteriza especies particulares de crisis políticas (bonapartismo).

II. MODIFICACIÓN DE LAS RELACIONES ENTRE EL APARATO REPRESIVO Y LOS APARATOS IDEOLÓGICOS

La forma de Estado de excepción, correspondiente a la reorganización del conjunto de los aparatos de Estado —del sistema estatal—, lleva aparejadas modificaciones radicales de los aparatos ideológicos de Estado, y de su relación con el aparato de Estado; el Estado fascista es un ejemplo particularmente característico a este respecto.

Se trata aquí de un elemento de una importancia esencial, y no se debe a una casualidad el que los autores del "*totalitarismo*" hagan de él una pieza privilegiada de sus concepciones. ¿Qué dicen de ella? [2] El Estado "*totalitario*" —el fascismo, por ejemplo— sería "esencialmente", *por su naturaleza*, distinto del Estado "pluralista-institucionalista". En este último existirían instituciones u organizaciones *autónomas* entre el Estado de una parte y los individuos de la sociedad civil de otra. Estos "*cuerpos intermedios*" entre el Estado y el individuo serían los fiadores de la libertad, mensurable, naturalmente, como autonomía del individuo respecto del Estado. Estas instituciones "autónomas" y "libres" serían los partidos, los sindicatos, las instituciones culturales, las escuelas, la Iglesia, y hasta las diversas asociaciones locales, deportivas, etc. Estas ideologías, bajo su forma moderna, se remontan, por lo demás, bastante lejos, a Veblen, y hasta el propio Durkheim. Se prolongan, después de H. Arendt, por múltiples

[2] Es especialmente el caso de H. Arendt, *The Origins of Totalitarianism*; W. Kornhauser, *The Politics of Mass Society*; los textos reunidos por C. Friedrich, *Totalitarianism*, etcétera.

consideraciones sobre la "sociedad de masa", estableciendo sabias correlaciones entre la propensión al fenómeno totalitario y la ausencia, en estas "sociedades de masa", de esos cuerpos intermedios entre el Estado y los "átomos" sociales.

En cuanto al Estado totalitario, estaría precisamente caracterizado por pertenecer en él toda institución al Estado, por una estatificación del conjunto de la vida social y, por lo tanto, por la ausencia de instituciones "autónomas" entre el individuo y el Estado.

Detengámonos aquí y recordemos las observaciones sobre los aparatos ideológicos de Estado. Estas "instituciones" son siempre aparatos de Estado, cualquiera que sea la forma de Estado. Dicho de otro modo, la diferencia entre el Estado fascista (forma de Estado de excepción) y las demás formas de Estado capitalista no reside en el hecho de que estas instituciones pertenecerían al sistema estatal en el primer caso, en tanto que serían independientes —"autónomas"— en el segundo. En efecto, en oposición a análisis apologéticos demasiado evidentes de los ideólogos del totalitarismo, se advierte el parentesco, en tanto que formas de *Estado capitalista*, entre el Estado fascista y las demás formas de Estado capitalista. Más aún: recordando aquí una observación precedente, se dirá que el Estado capitalista de excepción, y el Estado fascista en particular, en tanto precisamente que forma de crisis —así pues, completamente específica—, del Estado capitalista sirve igualmente de revelador —a veces por referencia de oposición— de ciertos aspectos del funcionamiento real del Estado capitalista como tal.

Esto no quiere decir en absoluto que no existan *diferencias capitales*, diferencias que dependen de la forma de Estado de excepción. Exprésanse éstas, *con la mayor frecuencia*, al nivel jurídico, el de la relación entre "privado" y "público", por la atribución formal a los aparatos ideológicos del Estado de excepción de un estatuto público.

¿Qué significa esto realmente? La diferenciación del estatuto privado-público cubre la autonomía relativa, en el seno del Estado, de los aparatos ideológicos. Las modificaciones, a este respecto, en el caso de un Estado de excepción —y del Estado fascista en particular— indican la limitación característica, en grados diversos —que puede

llegar hasta la supresión—, de la autonomía relativa de los aparatos ideológicos en el seno mismo del Estado; autonomía relativa que los caracteriza en las otras formas de Estado. Lo cual quiere decir que toda la relación entre el aparato de Estado y los aparatos ideológicos de Estado se encuentra modificada.

A] Esta limitación característica en la forma de Estado de excepción se debe, en primer lugar, a las relaciones de poder de clase y a la reorganización de la hegemonía, en el caso de una crisis política.

En efecto, la autonomía relativa de los aparatos ideológicos se debe, en las otras formas de Estado capitalista, entre otros, a los hechos siguientes:

a) Clases o fracciones del bloque en el poder diferentes de la clase o fracción hegemónica detentan en ellas el poder;

b) las masas populares se expresan en ellas de manera particular (partidos, sindicatos, etc.).

En el caso del Estado de excepción, su papel decisivo de reorganización de la hegemonía implica:

a) Una limitación decisiva de esta "distribución" del poder en el seno de los aparatos;

b) el control estricto del conjunto del sistema estatal por una "rama" o un aparato, dominados por la clase o fracción que lucha por el establecimiento de su hegemonía.[3]

B] Pero esta limitación característica de la autonomía relativa de los aparatos ideológicos, en el caso del Estado

[3] Se advierte de hecho aquí una característica paradójica en apariencia. En efecto, el Estado de excepción se caracteriza a la vez por una autonomía acrecentada respecto de la clase o fracción hegemónica y por una limitación de la autonomía de los aparatos ideológicos de Estado. Paradoja advertida por Marx, en sus análisis relativos al bonapartismo: cuanto más importante es la autonomía relativa del Estado respecto de la clase y fracción hegemónica, más fuerte es su "centralización" interna. Pero esto sólo es una paradoja en apariencia: esta autonomía relativa respecto de la clase o fracción hegemónica es necesaria para que el Estado establezca precisamente su hegemonía, reorganizando y consolidando el bloque en el poder. Esto implica, en tal coyuntura de crisis, la limitación y el control radical del "juego" de poder que consagraba la autonomía relativa de los aparatos ideológicos de Estado. Las contradicciones de clase en el seno del Estado de excepción, contradicciones sobre las cuales se apoya este Estado, revisten en él formas diferentes.

de excepción, se debe igualmente a la *crisis ideológica* que acompaña la crisis política y, así, a la intervención particular de la ideología, que duplica la represión acrecentada respecto de las clases populares.

1] En efecto, el primer elemento que habría que subrayar es que este papel acrecentado de la represión física va necesariamente acompañado de una intervención particular de la ideología que *legitima* esta represión. Se irá incluso más lejos: las otras formas de Estado capitalista permiten, por medio de todo un arsenal jurídico "constitucional", y en amplia medida, el ejercicio de la represión física en situaciones críticas de lucha de clases: las "democracias" pueden desenvolverse muy bien a este respecto. Pero lo que estas formas de Estado no permiten a menudo, a causa de la autonomía relativa de los aparatos ideológicos de Estado, es el ejercicio de la intervención ideológica particular que puede legitimar esta represión. El recurso a la forma de Estado de excepción deviene, pues, sobre todo necesario, no tanto cuando las reglas jurídicas establecidas vedan esta represión, sino cuando la intervención ideológica que la acompaña no puede ya hacerse dentro del marco institucional de las otras formas de Estado.

2] Pero este elemento no explica por sí solo esta limitación característica de la autonomía de los aparatos ideológicos, en el caso del Estado de excepción. En efecto, no hay que olvidar que esta intervención ideológica se hace necesaria en situación de crisis de la ideología dominante; el Estado de excepción debe entonces desempeñar, paralelamente, un papel propio en la organización misma de la ideología dominante. Es la conjunción de estos dos elementos lo que se halla en la raíz de la limitación en cuestión.

En efecto, en las otras formas de Estado, es por la vía indirecta de los "funcionarios de la ideología *orgánica*" de las clases dominantes, y del vínculo representativo directo que las une a ellas, como se "elabora", en el seno de los aparatos ideológicos, la ideología dominante; ideología que se inculca por el expediente de estos aparatos. Por otra parte, en toda forma de Estado, los aparatos de Estado "secretan" ellos mismos *su propia ideología interna*. Pero en las formas de Estado que no corresponden a una crisis

político-ideológica esta ideología interna se distingue a menudo, por ciertos aspectos, de la ideología dominante; por ejemplo, hay una ideología interna propia de la administración "burocrática" de Estado, del ejército, de la Iglesia, del sistema escolar.

Esto se debe:

a) al desajuste de estos aparatos en tanto que asiento de contradicciones entre ideologías y subsistemas ideológicos diversos;

b) a las contradicciones, en el seno mismo de estos aparatos, entre las *categorías sociales* de los "funcionarios de la ideología orgánicos", organizando la hegemonía en relación representativa directa —"orgánica", en el sentido de Gramsci— con la clase o fracción hegemónica de una parte, y los que están sometidos a otras ideologías de otra.

Este desajuste entre ideología interna propia de los aparatos e ideología dominante es también una expresión de las contradicciones ideológicas que, combinadas con los desajustes de poder de Estado, constituyen la causa de la autonomía relativa de los aparatos ideológicos de Estado.

En lo que concierne a la forma de Estado de excepción, se advierte, dentro del marco de la crisis ideológico-política, una ruptura del vínculo directo de la clase o fracción hegemónica, tanto con sus representantes políticos como con sus representantes ideológicos. Es entonces cuando la ideología interna propia "secretada" por los aparatos de Estado y la ideología dominante en la formación se recubren. Los "funcionarios de la ideología" [4] de la clase o fracción hegemónica se identifican con la ideología interna propia de los aparatos, cuando los que dependen de otras ideologías quedan excluidos. Paralelamente, el conjunto de los aparatos de Estado se halla sometido a esta ideología interna, coincidiendo con la ideología dominante; ideología que, a su vez, coincide con la propia, de la rama o del aparato de Estado que domina a los demás; por ejemplo, "militarización" de la sociedad y del conjunto de los aparatos —ejército—, "burocratización" de la sociedad y del conjunto de los aparatos —administración—,

[4] Debe ponerse mucha atención en el empleo del término "intelectuales", dadas las connotaciones ideológicas de que está cargado en su empleo habitual. Por esto, yo prefiero emplear el término restrictivo de "funcionarios de la ideología".

"clericalización" de la sociedad y del conjunto de los aparatos: Iglesia.

Este funcionamiento particular del Estado de excepción es así el medio necesario de una reorganización de la hegemonía ideológica. Pero esto lleva consigo la restricción característica, en diversos grados, a la vez de la autonomía relativa de los aparatos ideológicos de Estado en relación con el aparato de Estado, y de los aparatos ideológicos de Estado entre ellos.

Sin embargo, en este caso igualmente, el Estado fascista presenta rasgos comunes con la forma de Estado intervencionista que no corresponde a una crisis política. En esta forma de Estado, se advierte igualmente, a causa del estadio en el interior del cual se sitúa, a la vez una recrudescencia del papel de los aparatos ideológicos y una merma de la autonomía relativa de estos aparatos, debidos a la dominación política masiva del capital monopolista.

III. EL DESPLAZAMIENTO DE LA RAMA O DEL APARATO DOMINANTE

La forma de Estado de excepción está, pues, especificada por relaciones particulares entre aparatos ideológicos de Estado de una parte y aparato represivo de Estado de otra. Pero esto no quiere decir que se halle caracterizada, sin más, por una dominación del aparato de Estado, en sentido estricto, sobre los aparatos ideológicos de Estado. Y esto, en oposición a una concepción ingenua, según la cual el Estado de excepción estaría especificado únicamente por la recrudescencia de la represión física, que produjera, por sí misma, una subordinación de los aparatos ideológicos al aparato de Estado.

Es cierto que la forma de Estado de excepción se halla marcada por una recrudescencia característica de la represión física organizada. Sin embargo, a causa de la reorganización global del Estado, lo que importa aquí es la nueva relación entre el aparato represivo y los aparatos ideológicos. Dentro del marco de esta relación, el predominio del uno o de los otros especifica *formas de regímenes* del Estado de excepción. En efecto, este predominio puede ser

detentado, según la relación de las fuerzas y la distribución del poder de clase en el seno del sistema estatal: *a*) por el propio aparato represivo de Estado y una de sus ramas: el ejército en el caso de las dictaduras militares, la administración civil en el caso de los bonapartismos, la policía política en el caso del fascismo establecido; *b*) por un aparato ideológico de Estado: por ejemplo el partido en el primer período del fascismo en el poder, o la Iglesia en el caso de dictaduras "clerical-militares" como la de Dollfus en Austria.

Pero se puede, a este respecto, despejar dos caracteres esenciales de la forma de Estado de excepción:

1] En las otras formas de Estado capitalista, es el aparato de Estado en sentido estricto el que, bajo formas diversas —visibles o no—, detenta el predominio sobre los aparatos ideológicos de Estado. El caso es particularmente claro en cuanto a los partidos políticos que, en estas formas de Estado, son, ante todo, simples correas de trasmisión subordinadas, en tanto que aparatos ideológicos de Estado, al aparato represivo de Estado. En estas formas de Estado, en las que los lugares de elaboración y los canales de inculcación ideológicos funcionan "regularmente", el *núcleo central del Estado* detenta efectivamente el papel dominante en el seno del Estado. Es, por lo demás, una de las razones por las cuales los clásicos del marxismo se han dedicado a su análisis.

En la forma de Estado de excepción, se asiste:

a) a la subversión de las relaciones de fuerza en el seno del bloque en el poder, y al papel particular de fuerzas sociales que revisten a menudo, en la coyuntura de crisis, las clases-apoyos del Estado, cuyo asiento privilegiado son los aparatos ideológicos;

b) al nuevo papel del Estado, señalado más arriba, en la reorganización de la hegemonía ideológica.

Así, la reorganización del sistema estatal *puede*, en el caso del Estado de excepción, *llegar a veces hasta el punto* en el que un aparato ideológico domina el conjunto del sistema estatal.

2] En el caso del Estado de excepción, e incluso en sus formas de régimen en que domine una rama del aparato represivo, la reorganización del conjunto del sistema estatal tiene efectos particulares, dentro del marco de la

nueva relación entre aparatos ideológicos y aparatos de Estado en sentido estricto. En efecto, el aparato de Estado y los aparatos ideológicos de Estado se distinguen en su *aspecto principal:* represivo para el primero, ideológico para los segundos.

En el caso del Estado de excepción:

a) La reorganización del sistema estatal puede llegar hasta modificar el aspecto principal de una rama o de un aparato. Véanse ciertos casos de dictadura militar o de bonapartismo, en los que el aspecto principal, ya sea del ejército, ya sea de la administración, deviene ideológico, o también el caso de determinado período del fascismo con la policía política. Puédese, pues, asistir aquí a efectivos *desplazamientos* en el seno de los aparatos;

b) incluso cuando en un Estado de excepción domina una rama del aparto represivo, sin que esto llegue hasta la modificación de su aspecto principal, este predominio va siempre paralelo a la recrudescencia de su aspecto ideológico "secundario".[5]

IV. MODIFICACIONES DEL SISTEMA JURÍDICO: REGLAMENTACIÓN Y LÍMITES

El Estado de excepción se caracteriza por una modificación peculiar del sistema jurídico, a menudo convertido en

[5] Cuando el Komintern se refiere a los *aparatos de Estado* en el caso del fascismo, no se fija en general más que en el carácter de "represión física" acrecentada, es decir, el carácter de "terrorismo abierto" (Dimitrov). El fascismo queda así definido, al nivel de los aparatos, sobre todo *negativamente: ya no es como antes,* porque hay más represión. Dimitrov cita a Stalin, para quien "la burguesía no puede ya ejercer el poder por los viejos métodos del parlamentarismo y de la democracia burguesa, lo cual le obliga a recurrir a los métodos terroristas de gobierno". Es cierto que el Komintern insiste constantemente en el *papel ideológico* del fascismo. Clara Zetkin señala que son los socialdemócratas quienes especifican el fascismo únicamente por la "violencia". Lo característico, sin embargo, es el hecho de que, incluso en los casos en que el Komintern insiste en el papel ideológico del fascismo, *acompaña rara vez su análisis de la "ideología fascista" de un estudio concreto de los aparatos ideológicos.* Apenas si se encuentran (al menos en los textos oficiales) algunas observaciones diseminadas, referentes sobre todo al papel de la Iglesia. Lo único a que se ha prestado atención es a la "actitud" de los "miembros" de esos aparatos respecto del fascismo.

tema como distinción entre el *"Estado de derecho"* y el *"Estado policiaco"*.

Pero, aquí también, es preciso establecer distinciones, importantes para el Estado fascista en particular, ya que la línea de análisis prevaleciente con mayor frecuencia opone Estado fascista —o "Estado totalitario"— a "Estado liberal". Esto es absolutamente falso, en la medida en que el Estado liberal no es más que una forma de Estado, correspondiente al estadio del capitalismo de competencia. Lo que habría que establecer, es:

a) lo que distingue, desde este punto de vista, el Estado de excepción de las demás formas de Estado capitalista, tanto de la forma de Estado liberal como de la forma de Estado intervencionista que no corresponde a crisis políticas. Para esto, habría que indicar los caracteres comunes del sistema jurídico, propios de todas las formas de Estado capitalista distintas de la forma de Estado de excepción;

b) las modificaciones importantes del sistema jurídico, que marcan la diferencia de la forma de Estado liberal y de la forma de Estado intervencionista, relacionadas con estadios diferentes del capitalismo. Desde este punto de vista, el Estado fascista presenta caracteres comunes con la forma de Estado intervencionista perteneciente al mismo estadio que él.

A causa de la gran amplitud del tema, no habrá más remedio que ser esquemático. En cuanto al primer punto, habría ante todo que señalar el doble papel del derecho, lo cual ha sido convertido en tema, de manera descriptiva, por los clásicos del marxismo (especialmente por Marx en la *Crítica del programa de Gotha*) como distinción relativa entre "derecho" y "Estado". De un lado, el sistema jurídico consagra las relaciones de propiedad y de cambio y asegura la reproducción de las condiciones de producción, según modalidades que le son propias. De otro lado, reviste un papel directamente político: desempeña un papel directo en la lucha política de clases. Bajo este último respecto es como el derecho tiene importancia para el análisis del Estado de excepción en general, y del Estado fascista en particular.

El sistema jurídico capitalista perpetúa así y consagra

el predominio político de clase según modalidades peculiares, dependientes de la lucha de clases. A la par que enmascara, desde el punto de vista ideológico, la dominación de clase, el derecho desempeña aquí su papel siguiendo dos vías principales:

1] El derecho *regula* el ejercicio del poder político por los aparatos de Estado y el acceso a esos aparatos por medio de un sistema de *normas* generales, formales, abstractas, estrictamente reglamentadas, fijadas explícitamente de manera que permitan la *previsión*. Frente a un bloque en el poder compuesto de diversas clases y fracciones dominantes, regulariza sus relaciones en el seno de los aparatos de Estado, organizando la hegemonía de una clase o fracción sobre las otras. El derecho permite así la modificación de las relaciones de fuerza en el seno de la alianza en el poder sin alteraciones del Estado; sin que esto afecte, como decía Lenin, la *envoltura* del Estado. El sistema jurídico prevé así sus propias *reglas de transformación*: es el papel principal de la Constitución.

Si el derecho organiza el juego del poder del lado de las clases dominantes, lo organiza igualmente del lado de las clases dominadas. Asegura la imposibilidad de su acceso al poder, según sus reglas, a la vez que les crea la ilusión de que tal acceso es posible. Es, entre otras cosas, porque este derecho de clase, es decir, de lucha de clase, regula igualmente las formas de ejercicio del poder respecto de las masas populares: la represión física organizada se realiza de acuerdo con las reglas establecidas. El aparato de Estado se halla, en general, sometido a las reglas que él mismo decreta.

2] El derecho pone los *límites* del ejercicio del poder de Estado, es decir, de la intervención de los aparatos de Estado.

Esto, convertido en tema por los autores burgueses, se ha descrito como papel del derecho fijando la línea de demarcación entre el *individuo* —y sus derechos "subjetivos", "naturales", "inalienables", etc.— y el *Estado*. Ahora bien, es exacto que estos límites adoptan efectivamente la forma de una demarcación entre el espacio "privado" y el espacio "público"; sin embargo, expresan una relación de fuerza, que es una relación de clase. En este sentido, dichos límites, puestos por el derecho, son

igualmente la expresión de la limitación del poder de dominio de clase por la lucha de las masas populares.

Del lado de las clases y fracciones dominantes, el derecho, como límite, expresa las relaciones de fuerza en el seno del bloque en el poder. Se concreta principalmente como límite de la intervención respectiva de los diversos aparatos de Estado, donde dominan clases y fracciones diferentes; es el problema de la famosa distinción de los "tres poderes", el ejecutivo, el legislativo y el judicial.

Este funcionamiento del sistema jurídico repercute directamente en el funcionamiento de esa rama del aparato de Estado que es la *magistratura*. No porque esta rama sea "independiente" de las otras ramas del aparato de Estado, sino porque ejerce el dominio de clase principalmente haciendo aplicar la ley, es decir, suponiéndose que "respeta", y hace "respetar", las reglas y los límites.

En la forma de Estado de excepción, y en grados diversos, las formas de funcionamiento político del derecho son diferentes:

1] El derecho, digámoslo de manera lapidaria, ya no regula: es la *arbitrariedad* la que reina. Lo que caracteriza el Estado de excepción no es tanto que infrinja sus reglas sino que ni aun da sus propias "reglas" de funcionamiento; en el sentido, entre otros, de un *sistema*, es decir, de un conjunto que prevea —y permita prever— sus propias transformaciones. El caso es particularmente claro en lo que concierne al Estado fascista y a la "voluntad" del jefe.

Si no hay aquí reglamentación, es que no puede ser en general jurídicamente regulada, en sentido riguroso, más que una relación de fuerzas que presente *en otra parte*, es decir, allí donde realmente funciona, cierto grado de estabilidad. La crisis política, a la que corresponde el Estado de excepción, presenta a veces la característica de "equilibrio de igualdad" de las fuerzas fundamentales en presencia, situación en sí misma inestable y precaria. Por otra parte, en toda crisis política se advierte la inestabilidad hegemónica y el carácter móvil de la relación de fuerzas en el seno del bloque en el poder.

Esta ausencia de reglamentación tiene también sus razones: siendo el objeto del Estado de excepción, en esta coyuntura, restablecer la situación reorganizando la relación de las fuerzas, se procura los medios de una inter-

vención en este sentido y de una "libertad de acción" frente a las fuerzas en presencia. Especialmente, la limitación característica de la previsibilidad, por parte de las clases o fracciones mismas del bloque en el poder, constituye un factor *estratégico* importante de la autonomía relativa acrecentada que debe revestir el Estado de excepción a fin de reorganizar la hegemonía.

2] El derecho ya no limita: en este sentido, pero sólo en este sentido, es en el que se puede hablar, en cuanto al Estado de excepción, de un ejercicio "ilimitado" del poder. Porque, incluso en esta forma de Estado, el poder de la clase o fracción hegemónica está limitado por el poder de las otras clases y fracciones del bloque en el poder, así como por la clase obrera y las clases-apoyos.

Lo que importa, sin embargo, aquí, es que esos límites no están jurídicamente fijados. Esto toma la forma de un derecho que ya no pone límites *de principio* entre lo "privado" y lo "público"; todo cae virtualmente en la esfera de intervención estatal. Esto corresponde, por lo demás, y ya volveremos a ello, a la superposición característica de las esferas de intervención de los diversos aparatos de Estado, y al desdibujamiento de sus límites respectivos. Esta ausencia de límites, jurídicamente fijados, se debe así a la vez al "juego" particular de intervención del Estado de excepción frente a la inestabilidad hegemónica y a su papel de represión acrecentada de las masas populares.

Todo ello ejerce efectos sobre el papel de la magistratura. Esta rama del aparato de Estado se halla directamente sometida a la rama o al aparato dominante, no sencillamente, o solamente, a causa de su depuración e infiltración política —lo cual ocurre en todo Estado capitalista—, sino a causa de la misma transformación del derecho.

Para venir ahora al primer aspecto del sistema jurídico, el papel del derecho consiste principalmente, por medio del "*derecho privado*":

a) en consagrar, bajo las formas de propiedad jurídica, las relaciones de producción;

b) en organizar la esfera de circulación del capital y de las mercancías: derecho "contractual" y "comercial";

c) en regular las formas de intervención del Estado en el dominio económico.

A este respecto, existen diferencias considerables entre el sistema jurídico del capitalismo de competencia y el del capitalismo monopolista. Ahora bien, si existen diferencias entre el "derecho privado", de la forma de Estado liberal y el derecho privado del Estado fascista, se deben esencialmente a la diferencia de estadios de las formaciones capitalistas; no son debidas al hecho de que el Estado fascista pertenezca a la forma de Estado de excepción. En efecto, bajo este aspecto, el derecho presenta, en el Estado fascista, las mismas características esenciales que el derecho en la forma de Estado intervencionista; las diferencias son secundarias: conciernen principalmente al derecho del trabajo. El hecho es particularmente notable en cuanto al nacionalsocialismo que conserva esencialmente, a este respecto, como lo demostraron en la época F. Neumann y H. Marcuse,[6] el derecho de la república de Weimar; derecho que fue entonces el primero en adoptar, en las metrópolis del imperialismo, el viraje del estadio del capitalismo monopolista.

Puede decirse incluso que el *Estado de excepción en general* deja intacto, en cuanto a lo esencial, este aspecto del derecho, reglamentando los fundamentos económicos del sistema capitalista, y no aportando eventualmente sino las simples modificaciones exigidas por el estadio en cuyo interior se sitúa. Para citar otro ejemplo ilustre, Luis Bonaparte no hizo, él también, otra cosa que conservar y desarrollar el código civil.

V. MODIFICACIONES DEL PRINCIPIO DEL SUFRAGIO Y SUS SIGNIFICACIONES. A PROPÓSITO DEL PARTIDO ÚNICO

Otra característica importante de la forma de Estado de excepción: la modificación del modo de representación y de organización de clase, elemento concerniente a los partidos políticos como aparatos ideológicos de Estado.

La inculcación ideológica y la organización ideológico-

[6] F. Neumann, *Der Funktionswandel des Gesetzes im Recht der bürgerlichen Gesellschaft*, reproducido en *Demokratischer und autoritärer Staat*, 1967, pp. 31 ss; H. Marcuse, *Der Kampf gegen den Liberalismus in der totalitären Staatsauffassung*, reproducido en *Faschismus und Kapitalismus*, op. cit., pp. 39 ss.

política de clase implicaban, dentro del marco de las otras formas de Estado capitalista, un *papel específico* de los partidos políticos. Estos lugares institucionales de organización y estas formas precisas de correas de trasmisión no pueden ya ser empleados. No es casual que la forma de Estado de excepción corresponda siempre a una crisis de representación de los partidos, tanto por parte de las clases reinantes, como, en grados diversos, por parte de las clases dominadas. Este papel de los partidos políticos se halla o bien desplazado a otros aparatos ideológicos de Estado, o incluso a ramas del aparato represivo de Estado, o bien desempeñado, como en el caso del fascismo, por un partido específico. El funcionamiento de este partido, en el interior de una reorganización del conjunto del sistema estatal, es completamente distinto del de los partidos "tradicionales" dentro del marco del Estado "representativo" clásico.

Es esta situación precisa la que determina la *suspensión del principio electoral*, base de la representación típica de clase en el sistema capitalista. Esta suspensión —y la necesidad de recurrir al Estado de excepción— no se debe en absoluto a los riesgos de una toma de poder "electoral" por la clase obrera y las masas populares. Del lado de las masas populares, el sistema electoral es *esencialmente* una vía de inculcación ideológica; la suspensión del principio electoral en el Estado de excepción es sobre todo, desde este punto de vista, un rasgo de la crisis ideológica y un efecto del fracaso concomitante de los partidos políticos clásicos como correas de inculcación ideológica.

1] Del lado del bloque en el poder, sin embargo, el sistema electoral, a causa del lugar privilegiado de organización que son los partidos políticos, funciona igualmente, en las otras formas de Estado capitalista, como medio de circulación del poder, según las relaciones de fuerza en el seno de la alianza en el poder. Funciona así como forma de organización política de esta alianza, refiérase a la transformación del sistema y de las leyes electorales.[7] El sis-

[7] En efecto, cuando se dice que los partidos políticos "burgueses" desempeñan un papel *principalmente* ideológico, no quiere decir que no tengan igualmente un papel *de organización*, en el sentido más estricto, para con las clases y fracciones que representan; pero este papel es en general secundario. Estos partidos no tienen, respecto de clases y

tema electoral asegura aquí cierta ventilación del poder entre el bloque en el poder, en el seno de los aparatos de Estado y por el expediente de los partidos políticos.

Desde este punto de vista, la suspensión del principio electoral, en la forma de Estado de excepción, tiene una razón particular: en la coyuntura de crisis hegemónica, de alteración profunda del bloque en el poder, y de crisis de representación de los partidos, la reorganización de la relación de las fuerzas, en el seno del sistema estatal, incumbe directamente a otros aparatos distintos de los partidos "tradicionales".

Se advierten, pues, aquí igualmente, los extravíos de ciertos autores del totalitarismo,[8] determinando la especificidad del Estado de excepción, en relación con las demás formas de Estado, a partir de la distinción, completamente formal, entre "regímenes de partido único" y "regímenes multipartidistas". Según ellos, el Estado de excepción eliminaría así —"partido único"— la "competencia libre" por el "acceso al poder". De hecho, la diferencia esencial entre las otras formas del Estado capitalista y la forma de Estado de excepción no reside ahí. Estas concepciones son erróneas, a la vez en cuanto a las demás formas del Estado capitalista y en cuanto al Estado de excepción. En efecto:

a) Los partidos políticos son, en las formas "normales" del Estado capitalista y en el seno del sistema electoral, aparatos de Estado. La "competencia libre" no existe así jamás del lado de la clase obrera y de las masas populares; es evidente. Pero, lo que es más, esta "competencia libre" por el "acceso al poder", por medio de una pluralidad de partidos, no existe tampoco, en esas formas "normales" de Estado, para el propio bloque en el poder. *La organización del poder en el seno del sistema estatal se realiza, para el propio bloque en el poder, por el expediente del conjunto de los aparatos de Estado* —administración, ma-

fracciones que representan, un papel de organización análogo al de los partidos obreros —socialistas primero, comunistas después— respecto de la clase obrera. Es el propio aparato represivo de Estado —ejército, administración, gobierno, etc.—, pero también otros aparatos ideológicos de Estado, los que detentan, en general, este papel de "organizador político" del bloque en el poder. Véase igualmente, más adelante, la nota 9.

[8] Especialmente R. Aron, *Démocratie et totalitarisme*.

gistratura, ejército, otros aparatos ideológicos— *de los que los partidos políticos no son sino una pieza.* Dicho de otro modo, incluso en las formas "normales" del Estado capitalista el papel propio de los partidos en la circulación del poder se halla, en grados diversos, limitado; está siempre determinado por el poder de la clase o fracción hegemónica en el conjunto del sistema estatal.

b) Esta "competencia", es decir, las contradicciones en el seno de las clases y fracciones dominantes, *persiste incluso en la forma de Estado de excepción, pero bajo una forma diferente.* El Estado de excepción en especial no elimina del poder todas las clases y fracciones en el poder que no sean la hegemónica.[9]

[9] Puede ser interesante señalar aquí la posición del VII Congreso del Komintern y de Dimitrov referente a los "partidos políticos", y en especial los "partidos burgueses". No concibiendo Dimitrov precisamente los partidos como aparatos *ideológicos* de Estado, sobrestima a la vez su papel "de organización" respecto de las fracciones de la burguesía, y considera que constituyen la única red de circulación del poder entre esas fracciones. Esto se ve claramente en su análisis de las "contradicciones del fascismo": "El fascismo, que se disponía a superar las divergencias y las contradicciones del campo de la burguesía agrava más esas contradicciones. El fascismo se esfuerza en establecer su monopolio político destruyendo por la violencia los otros partidos políticos. Pero... el partido de los fascistas no puede conservar durante mucho tiempo su monopolio, porque no se halla en disposición... de abolir los antagonismos de clase. Suprime la existencia legal de los partidos burgueses, pero una serie de ellos sigue existiendo ilegalmente... De esta manera, el monopolio político del fascismo debe reventar..." (Dimitrov, *Œuvres choisies*, p. 54). Se ve bien que Dimitrov considera que la eliminación de los "partidos burgueses" significa que todas las demás fracciones de la burguesía, salvo el gran capital, "lo más reaccionario y chauvinista" (partido fascista), están excluidas del poder, al no serles factibles a estas fracciones participar en el ejercicio del poder más que por medio de sus "partidos", únicas formas de organización posibles de esas fracciones. De donde el razonamiento: *a*) la eliminación por el fascismo de los otros partidos burgueses corresponde a la exclusión de las otras fracciones de la burguesía del poder de Estado; *b*) esta situación no puede sino estallar en breve plazo a causa de sus "contradicciones internas". Por lo demás, la concepción de la Internacional a propósito de los partidos no proletarios se halla profundamente enraizada. Puede decirse que el Komintern ha extendido, equivocadamente, de manera mecánica las tesis leninistas referentes a la organización en partido de la clase obrera, a las demás fuerzas sociales. *No ha sabido ver que la "organización" de esas otras fuerzas sociales puede pasar igualmente por la vía indirecta de otros aparatos de Estado.* ¿No ha tenido, en efecto, el partido bolchevique tendencia a creer que la prohibición, en la URSS, de los otros partidos políticos excluía la posibilidad de organización de la burguesía en fuerza social?

2] Sin embargo, no se debe descuidar un segundo aspecto de esta suspensión del principio de elección. A causa del carácter mismo de los aparatos ideológicos de Estado, la lucha de clases pasa siempre por ellos. Fundados sobre el principio de elección, ofrecen posibilidades de acción para las masas populares; posibilidades sobre las que Lenin ha insistido siempre. Desde este punto de vista, no se debe olvidar, el sufragio universal ha sido igualmente una conquista de la clase obrera y de las masas populares, impuesta a las clases dominantes. Son igualmente estas posibilidades de acción las que el Estado de excepción trata de suprimir.

Esta suspensión del principio de elección afecta a todos los aparatos ideológicos del Estado de excepción. La circulación en el seno de los aparatos se realiza, de manera característica, por la cooptación y por la designación desde arriba; de donde la burocratización característica de la forma de Estado de excepción.

Segunda consecuencia notable: las formas de representación corporativista. Se trata de formas típicas de "representación directa" en los casos de desorganización política del bloque en el poder, de sustitución de los partidos políticos por el papel directo de "organizador" de otros aparatos de Estado y de formas, típicas igualmente, de sumisión de las masas populares a la ideología dominante.

Ahora bien, desde este punto de vista, la forma de Estado liberal y la forma de Estado intervencionista presentan igualmente diferencias: preponderancia del ejecutivo sobre el legislativo dentro del marco del Estado intervencionista, decadencia de la "democracia parlamentaria", etc. Por encima de su expresión jurídica, estas relaciones diferenciales entre el "ejecutivo" y el "legislativo" cubren esencialmente modificaciones del funcionamiento de los partidos políticos, dentro del marco de una modificación global del funcionamiento de los aparatos ideológicos de Estado. Resultan de ello modificaciones del modo de representatividad, debidas a las dificultades, en cuanto al capital monopolista, de organizar su hegemonía en el seno del Parlamento (resurgimiento de las formas corporativistas por ejemplo). Así, el Estado fascista presenta caracteres comunes con la forma de Estado intervencionista perteneciente a un mismo estadio. Lo que lo distingue

de ella es la ruptura del vínculo de representación de partidos de clase, de una parte, y la supresión del principio de elección de otra.

Esto no quiere decir que la forma de Estado de excepción del Estado capitalista no pertenezca al mismo tipo de legitimidad que este Estado. Rasgo notable, esta forma de Estado de excepción recurre a formas plebiscitarias o de referéndum de legitimación emparentadas, en oposición a la legitimidad puramente "carismática" por ejemplo, con la ideología específica de la "soberanía popular".

VI. EL ÍNDICE DE BUROCRATIZACIÓN

La forma de Estado de excepción se caracteriza por una "burocratización" pronunciada. No nos extenderemos sobre este punto; [10] señalemos simplemente que la "*burocratización*" cubre principalmente un modo de funcionamiento del aparato de Estado, subordinado a una *ideología interna* propia del aparato. Ideología interna que se refiere esencialmente al subsistema ideológico pequeñoburgués, y que resulta del impacto de la pequeña burguesía, en tanto que clase-apoyo, sobre los aparatos de Estado. Todo Estado capitalista se halla afectado así, en grados diversos, *por un índice de burocratización*.

Este índice es particularmente elevado en el Estado de excepción. Ello se debe:

a) al papel de fuerzas sociales que desempeñan, muy a menudo, las clases-apoyos del Estado, especialmente la pequeña burguesía; no sólo estas clases se insertan masivamente en los aparatos de Estado, que "inflan" de manera "monstruosa" y "parasitaria", sino que afectan fuertemente la ideología interna propia de los aparatos de Estado;

b) a la suspensión generalizada del principio de elecciones.

Hay que advertir, sin embargo, que este índice de burocratización *varía* según las *formas de régimen* de Estado de excepción y siguiendo sus etapas, según la modifica-

[10] Para análisis más detallados: *Pouvoir politique et classes sociales*, pp. 353 ss [425 ss].

ción de las relaciones de fuerza, de las relaciones entre aparatos, etcétera.

VII. CENTRALISMO Y CONTRADICCIONES INTERNAS: PARALELISMO DE LAS REDES Y DE LAS CORREAS

Última característica en fin: la lucha de clases, en el seno mismo de los aparatos de la forma de Estado de excepción, no se concreta de la misma manera que en las otras formas de Estado capitalista.

De hecho, la reorganización del sistema estatal, dentro del marco de un Estado de excepción, ha sido con frecuencia determinada con la expresión "centralización" del poder. Pero este término no es exacto mas que si por él se da a entender el grado importante de restricción de la autonomía relativa de los aparatos, y las nuevas relaciones de predominio que se establecen. Porque las contradicciones y fricciones entre ramas y aparatos persisten en el Estado de excepción, *pero bajo una forma diferente*. Esto se debe a la persistencia de la lucha de clases y de las contradicciones en el seno del Estado de excepción. Nunca se repetirá lo bastante: el Estado de excepción no logra, como él quisiera, suprimir la lucha de clases.

En cuanto a la forma diferencial de expresión de la lucha de clases en el seno del Estado de excepción, se debe a las modificaciones del sistema estatal, las cuales corresponden a los rasgos de la crisis política: a la reorganización de la hegemonía y de la relación de fuerzas en el seno de un bloque en el poder inestable y políticamente desorganizado; al resurgimiento, como fuerzas sociales, de las clases-apoyos, especialmente la pequeña burguesía; a la situación de equilibrio de las dos fuerzas fundamentales que a veces acompaña la crisis política, etcétera.

En efecto, en el seno de las otras formas de Estado capitalista, las contradicciones de clase y la ventilación del poder entre el bloque en el poder en el seno del Estado están en general fijadas por una reglamentación que determina *esferas más o menos estrictas de competencia* entre ramas o aparatos. Estas esferas se excluyen en general las unas a las otras. La organización del poder se realiza principalmente en forma de especialización de los

aparatos, y ésta es una de las razones de la "distinción" de los poderes en el Estado "representativo".

En el caso del Estado de excepción, se advierte por el contrario, y en grados diversos, *un paralelismo característico de las redes de poder y un recubrimiento constante de sus correas de trasmisión, es decir, de las ramas y de los aparatos de Estado*: sus relaciones permanecen, por lo demás, ocultas. Es ésta una característica particularmente notable en el caso del Estado fascista, y que da lugar a una expresión específica de las contradicciones en el seno del sistema estatal; más que de contradicciones *entre* ramas y aparatos, se trata aquí de las contradicciones agudas *en el seno mismo de cada* rama y aparato. La rama o el aparato dominante —ejército, partido único, policía política, etc.—, cruzado él mismo de contradicciones agudas, establece su predominio sobre todo por la *infiltración* y la *penetración* directa de los otros. Son las "contradicciones internas" —expresión de la lucha de clases— de un Estado de excepción bajo su fachada uniforme y centralizada, las cuales se concretan bajo la forma de guerra tras de los bastidores entre "equipos" o "grupos de presión".

No se deben ciertamente subestimar esas "contradicciones internas" del Estado de excepción. Son el lugar y la ocasión de sismos, a veces extremadamente violentos, en el seno del sistema estatal; lo cual no puede comprenderse si se aplican sobre el Estado de excepción los esquemas de las otras formas de Estado capitalista, en las que este aspecto de las contradicciones parece secundario. El Estado de excepción, como todo Estado capitalista, es un coloso con los pies de barro.

Lo cual no impide que la característica en cuestión del Estado de excepción, efecto de la coyuntura de lucha de clases y de la nueva forma de su expresión en el seno del Estado, le depare igualmente posibilidades de acción particularmente eficaz, para la neutralización de las contradicciones de clase, y para cumplir con su papel particular de reorganización de la relación de las fuerzas y de la hegemonía:

a) el paralelismo de las redes de poder y el recubrimiento de las correas de trasmisión permite el desplazamiento rápido de la *trasmisión real* del poder. Se advertirán efectivamente trasmutaciones constantes en el seno

del Estado, si no entre asientos de poder real y de poder formal, al menos entre correas reales y correas fomales de trasmisión;

b) la superposición de los aparatos permite su *control* eficaz bajo el predominio de uno de ellos, así como la sustitución rápida de uno por otro, cuando la "cristalización" de las relaciones amenaza oponerse a la hegemonía de la clase o fracción que asegura el Estado de excepción;

c) esta organización del poder permite igualmente al Estado de excepción llevar el "juego" intervencionista particular que exige la coyuntura de crisis: es decir, hacer maniobrar a las unas contra las otras las diversas clases y fracciones, por medio de correas paralelas y superpuestas, y reorganizar así la hegemonía de clase;

d) en fin, este paralelismo oculto desempeña el papel ideológico que llenaba antes el sistema electoral: el de ocultar, tanto a los ojos de las masas populares como a los de las otras clases y fracciones del bloque en el poder, la hegemonía real de una clase o fracción.

En lo que concierne particularmente a las masas populares y a la clase obrera, esta organización del poder permite *una guerra particular de movimiento* del Estado de excepción frente al enemigo de clase. Este enemigo de clase, por la restricción característica de la autonomía relativa de los aparatos ideológicos de Estado (restricción debida igualmente a las posibilidades de acción que esta autonomía permitía), no es ya, como era antes el caso, directamente localizable por medio de *abscesos de fijación* "especializados" y "relativamente autónomos". Amenaza infectar de manera difusa los aparatos de Estado; ya se ha visto lo que ocurrió con el partido y el sindicato "únicos", en el caso del fascismo. A lo cual se agrega, por lo demás, el papel particular de fuerza social de las clases-apoyos, en el seno de las ramas y de los aparatos de Estado.

A estos nuevos riesgos, particularmente importantes para el Estado de excepción, es a los que responde el paralelismo y el recubrimiento de los aparatos de Estado. Ofrecen especialmente un contrapeso a lo tardo y abrumador de la burocracia, que amenaza siempre el Estado de excepción. Es característico, por ejemplo, que estos paralelismos y recubrimientos, por la multiplicación de las relaciones de "autoridad" a que está sometido todo miembro de

los aparatos de Estado, sometan de nuevo a revisión las relaciones estrictamente verticales de jerarquía en el seno de cada aparato, caracterizando la burocratización. Caso ejemplar, el "principio del jefe" del Estado fascista, según el cual todo miembro del aparato de Estado se halla directamente sometido a la "cima" —el jefe— y a aquel que se supone, según el caso, encarnarla, y no a su superior jerárquico regular. Lo cual permite una gran movilidad de acción.

4

PROPOSICIONES GENERALES SOBRE EL ESTADO FASCISTA, FORMA DE RÉGIMEN DE EXCEPCIÓN

I. EL SISTEMA FUNCIONANDO

Convendría ver ahora lo que especifica el Estado fascista, como forma de régimen, en relación con las demás formas de régimen de excepción, bonapartismo y dictaduras militares. En primer lugar, es, naturalmente, el "grado" en que presenta las características mencionadas más arriba, grado que difiere según los regímenes de excepción. Pero son también las *formas* de funcionamiento y de relaciones de los aparatos de Estado lo que consideraremos aquí.

I. La existencia, en el seno de los aparatos ideológicos de Estado, de un partido de masa con caracteres particulares. El Estado fascista se caracteriza por la movilización permanente de las masas populares.

II. Las relaciones particulares, según las etapas, del partido fascista y del aparato represivo de Estado.

En primer lugar, el fascismo es original y esencialmente "*exógeno*" a este aparato. Pese a las connivencias entre el partido fascista y las ramas del aparato de Estado, el instrumento principal de la subida al poder es un aparato exterior al aparato represivo de Estado invadido "desde fuera".

Esta situación se prolonga durante toda la permanencia del fascismo del poder, en el sentido de que no hay jamás fusión entre el partido fascista y el aparato de Estado. El partido fascista asume siempre un papel propio.

Durante el primer período del fascismo en el poder, es el partido fascista el que domina las ramas del aparato represivo de Estado, el ejército, la administración, la policía, la magistratura, aunque se mantengan luchas impor-

tantes entre el partido fascista y las ramas de este aparato. En la segunda etapa del fascismo estabilizado, es el aparato de Estado el que, debidamente transformado, domina el partido fascista, que le está así subordinado.

III. En esta etapa del fascismo estabilizado, el predominio del aparato de Estado no se realiza de cualquier modo. Se lleva a cabo por una reorganización de las ramas del aparato de Estado; es una *rama* particular del aparato represivo de Estado la que domina las otras ramas y, así, el conjunto de los aparatos de Estado, incluso los aparatos ideológicos. Esta rama no es ni el ejército ni la "burocracia administrativa": *es la policía política.* Pero, si bien la policía tiene un papel particular en la forma de Estado de excepción, no desempeña siempre por ello el papel dominante. Y cuando se agrega al término de policía el de política no es simplemente para indicar la importancia de la represión política, sino para señalar el papel ideológico capital que corresponde a la rama policiaca del aparato de Estado fascista.[1]

IV. El hecho de que la policía política domine en el

[1] Este papel de la "policía política" no puede, pues, ser elucidado sino por el análisis de la reorganización y del desplazamiento de función de todos los aparatos de Estado. Este elemento no retuvo, por lo demás, la atención del Komintern, que se limitaba en general al único análisis del papel del *ejército*, confundiendo así, con la mayor frecuencia, las dictaduras militares y el fascismo. Lo mismo ocurre con Trostki, para quien "sin duda alguna, como el ejemplo de Italia lo demuestra, el fascismo conduce finalmente a una dictadura militar burocrática de tipo bonapartista" (*Écrits*, t. III, *op. cit.*, p. 268). La única excepción es Gramsci, quien, a causa de su concepción de los aparatos ideológicos de Estado, señala el problema: "En el período que va hasta Napoleón III, las fuerzas militares regulares o de línea eran un elemento decisivo para el advenimiento del cesarismo, que se manifiesta en cuerpos de Estado bien precisos, por acciones militares, etc. La técnica política moderna ha cambiado... después de la expansión del parlamentarismo, del régimen de asociación sindical y de partidos, después de la formación de las grandes burocracias al servicio del Estado o privadas... y las transformaciones acaecidas en *la policía en sentido amplio*, es decir, no simplemente la del servicio del Estado destinada a la represión de la delincuencia, sino el conjunto de las fuerzas organizadas por el Estado y los particulares... (política privada: burocracia de los partidos y de los sindicatos) para proteger la dominación política y económica de las clases dirigentes. En este sentido es en el que lo mismo algunos partidos políticos que algunas organizaciones económicas o de otro género deben ser por entero consideradas como organizaciones de policía política, por tener un carácter de investigación y de prevención" (*Œuvres choisies, op. cit.*, p. 259).

seno del aparato de Estado no significa que las relaciones de subordinación y de subpredominio relativo, entre las demás ramas de este aparato sean indiferentes. Se puede establecer incluso, en el caso del fascismo, un orden de subordinación entre estos aparatos: policía política — administración — ejército. Es sobre todo importante señalar el papel secundario del ejército respecto de la administración "burocrática".

v. El fascismo establecido va acompañado igualmente de una reorganización de las relaciones en el seno de los aparatos ideológicos de Estado. En primer lugar, es la mutua autonomía relativa de esos aparatos la que, paralelamente a su autonomía relativa respecto del aparato represivo de Estado, queda sometida a revisión. Sin que se pueda, a causa de su naturaleza, establecer un orden continuo y riguroso de subordinación entre ellos, es posible descubrir los aparatos bajo el predominio de los cuales se establecen las nuevas relaciones; lo cual se debe, entre otras cosas, a las formas que reviste la ideología fascista:

a) *el partido fascista*: este partido, que no se fusiona jamás por entero con el Estado, sirve, a partir del momento en que se halla él mismo subordinado al aparato de Estado, a la vez de *correa* de subordinación estricta de los aparatos ideológicos al aparato represivo, y de *eslabón* de cohesión centralizada de los aparatos ideológicos que domina. Habiendo servido antes el partido fascista de medio de control del aparato de Estado, deviene en adelante de manera esencial el medio de control de los aparatos ideológicos por el aparato de Estado;

b) *la familia*, que se convierte en una de las piezas centrales de los aparatos ideológicos de Estado. Hay que advertir, por lo demás, que, en oposición al Estado fascista, el papel de la familia se halla, en la forma "normal" de Estado intervencionista, en segundo término en relación con su papel en la forma de Estado liberal;

c) *el aparato de información y de propaganda*: edición, periódicos, radio, etcétera.

Así, *partido-familia-propaganda* constituyen aquí el tríptico dominante de los aparatos ideológicos de Estado.

Lo que hay que notar a continuación es la regresión significativa de ciertos aparatos ideológicos de Estado, especialmente de los aparatos escolar y religioso.

II. EL PROCESO DE FASCISTIZACIÓN EN EL SENO DE LOS APARATOS

En cuanto al proceso de fascistización y según sus etapas, se halla igualmente marcado por modificaciones de la forma de Estado que "precede" al fascismo.

I. El fascismo llega al poder, desde el punto de vista formal, *de manera absolutamente constitucional*. Hitler y Mussolini llegan al poder "respetando" las formas del Estado "democrático-parlamentario", en las normas jurídicas que todo Estado burgués prevé para los casos críticos de lucha de clases.

II. El fascismo llega al poder ayudado por una connivencia característica del aparato de Estado. Aunque el fascismo sea un fenómeno exógeno al aparato de Estado en sentido estricto, logra, con los comienzos del proceso de fascistización, penetrar y ganar ese aparato desde el exterior y, con el punto de no retorno, neutralizar las ramas o sectores que le son todavía hostiles. El fascismo no habría llegado al poder sin la ayuda del aparato represivo de Estado en la lucha llevada a cabo contra las masas populares. No se puede hablar en modo alguno, en el proceso de fascistización, y a imitación de varios socialdemócratas, de *tres fuerzas* en la lucha, "el campo fascista — el Estado — el campo antifascista".[2]

Lo que especifica incluso el fascismo es que, por la crisis particular a que corresponde, neutraliza ante todo las divisiones del aparato represivo de Estado a su respecto, subiendo así, "constitucionalmente", al poder. Neutralización debida principalmente al hecho de que las masas populares han sufrido ya una serie de derrotas, en el momento de los comienzos del proceso de fascistización, y que, en el momento de su subida al poder, el fascismo ha logrado ya el apoyo, o la neutralización, del conjunto del bloque del poder respecto a él.

III. Recordemos en fin aquí el fenómeno de distorsión entre *poder formal* y *poder real* manifiesto en el Estado a lo largo de todo el proceso de fascistización.

Características de esto: la crisis parlamentaria consecutiva a la crisis de representación de los partidos y la inesta-

[2] Es especialmente la posición de A. Tasca, *op. cit.*, p. 355.

bilidad gubernamental, procedente de la inestabilidad y de la incapacidad hegemónicas; la duplicación de los partidos políticos por redes paralelas de poder, que van de los grupos de presión a las milicias privadas; el recrudecimiento del papel del "ejecutivo" y del aparato represivo de Estado, y el papel importante que reviste progresivamente la policía; la decadencia del sistema —del "orden"— jurídico, y la infiltración directa de la magistratura por el fascismo, etcétera.

Lo que se advierte, a partir de aquí, es que las distorsiones entre poder formal y poder real corresponden efectivamente a una *dislocación*; pero en modo alguno, como se dice a menudo,[3] a una "desintegración", del aparato de Estado.

Dislocación en el sentido de que las relaciones entre las ramas y los aparatos de Estado no funcionan ya de la misma manera que en el sistema de la forma de Estado "que precedió" al fascismo. Se hallan en el camino de una mutación radical, correspondiente a una modificación de la relación de las fuerzas, entre otras a la inestabilidad y a la incapacidad hegemónica. Las contradicciones internas y las fricciones aumentan entre los aparatos resultantes de la desorganización política de la alianza en el poder. Esto toma a menudo la forma de cortes entre las "cimas" y los escalones inferiores en el seno mismo de cada rama y aparato. La reorganización de estas relaciones no aparece así posible sino a través de un sistema diferente, establecido por el expediente de ese elemento "exógeno" que es el fascismo.

Pero se está lejos de advertir una desintegración del aparato de Estado, lo cual sería el caso si el fascismo constituyera, como lo creía el Komintern en el caso alemán, una reacción "en caliente" de una situación revolucionaria, o de una guerra civil abierta. Es cierto que el aparato represivo de Estado parece perder, durante el proceso de fascistización, su monopolio de ejercicio de la fuerza y de la violencia legítima, en provecho de milicias privadas. Sin embargo, por una parte, esto se hace en provecho únicamente de organizaciones armadas del bloque en el poder; por otra parte, no hay que perder de vista las conni-

[3] Por ejemplo, A. Rosenberg, *Der Faschismus...*, op. cit., p. 89.

vencias y las relaciones entre el aparato de Estado y esas milicias, ya que es el Estado el que las arma. De lo que se trata aquí es de una transferencia o de una delegación de funciones, que se legitima, por lo demás, por el camino indirecto de la magistratura.

5

ALEMANIA

I. EL PROCESO

Nos hemos referido, en el curso de este ensayo, a ciertas modificaciones que marcaban el aparato de Estado y los aparatos ideológicos de Estado a lo largo del proceso de fascistización. Sólo insistiremos en aquellas que ponen más de evidencia el problema.

En primer lugar, una modificación importante, que consagra el papel particular desempeñado por el ejecutivo, reside en lo que se ha designado como el "gobierno presidencial", instaurado por Brüning. Progresivamente, a partir de 1931, Brüning, apoyándose en el artículo 48 de la Constitución de Weimar, que preveía los períodos de "peligro para la república", gobernó por medio de *ordenanzas de urgencia* —*Not-verordnungen*—, que no requerían la aprobación previa del Parlamento. Indudablemente, el Parlamento podía rechazarlas. Sin embargo, no se trataba ya, en este caso, de encontrar una mayoría parlamentaria que apoyara al gobierno en sus decisiones, sino de evitar una mayoría parlamentaria que pudiera oponérsele y derribarlo.

Este papel del ejecutivo se hallaba lejos, sin embargo, de asegurar un control real de las ramas del aparato represivo de Estado por el gobierno formal, que se volvía independiente del Parlamento. El papel decisivo lo tenía el ejército. Por sus relaciones particulares con el jefe del ejecutivo, Hindenburg en este caso, de quien dependía en adelante directamente el gobierno, el ejército se presentó de manera abierta en la escena política, y fue él especialmente el que provocó la caída de Brüning. Paralelamente, la administración de Estado dejó de obedecer a las palancas de mando, y boicoteó decisiones gubernamentales dirigidas contra la gran propiedad territorial o las medidas fiscales.

Sin embargo, este ejército, que seguía siendo un *ejército de profesionales* (el servicio obligatorio había sido abolido por el tratado de Versalles), se hallaba aún demasiado vinculado a los intereses de los agrarios y representaba una de las bases más seguras de su poder; entre otras cosas, por los orígenes de clase del cuerpo de oficiales (el 21 % de ellos eran nobles, cuando la nobleza representaba el 0.14 % de la población alemana).[1] Por lo demás, cuerpo cerrado de profesionales, estaba lejos de poseer una representatividad popular, especialmente respecto de la pequeña burguesía y de las clases populares del campo.

Ahora bien, estableciéronse relaciones contradictorias particulares entre el nacionalsocialismo, "representante" del gran capital y de la pequeña burguesía, y el ejército. Si bien el ejército era hostil al gobierno formal de los representantes del capital medio, y si ayudaba, por su complicidad, al nazismo, estaba lejos de serle adicto masivamente. Hacíanse públicas oposiciones constantes, expresión de las que existían entre gran capital y agrarios, agrarios que codiciaban la hegemonía por la vía indirecta de una dictadura militar. Ejemplos característicos: las fricciones entre SA y ejército, que llevaron, ya en 1932, a la prohibición de los SA por Brüning y el general Groener, ministro de Defensa y del Interior del Reich.

A lo largo de todo el proceso de fascistización, el nacionalsocialismo habría de procurar neutralizar el ejército, cosa que logró. La penetración del nacionalsocialismo en el ejército se hizo principalmente por la base, y a través del tema de "grandeza nacional". Tal era el caso de los jóvenes oficiales originarios de las provincias orientales, y de los miembros de los antiguos cuerpos francos, incorporados en masa al ejército. Jamás fue, pues, por su lado "populista" por el que penetró el nacionalsocialismo en el ejército, lo cual habría de tener más adelante graves consecuencias.

A más de esta neutralización del ejército, conquistado por la ruptura entre sus "cimas" y sus grados inferiores —manifiesto en el caso Scheringer—, las "cimas" mismas del ejército querían no suprimir las milicias nacionalsocia-

[1] Hay que señalar, sin embargo, que después del fracaso del putsch de Kapp, y con el advenimiento de von Seekt, se operó un acercamiento entre los círculos dirigentes del ejército y el gran capital.

listas, sino utilizarlas para sus fines: emplearlas especialmente en la defensa frontal incorporándolas al ejército. Esto, a partir de 1931, ya bajo Groener y Brüning, daba a los SA toda posibilidad de acceso a los arsenales nacionales.

Pero fue principalmente por la vía indirecta de la administración y de la policía como el nacionalsocialismo se infiltró en el aparato de Estado, asegurándose su apoyo masivo, lo cual le permitió rodear el ejército. El origen pequeñoburgués de los miembros de estas ramas fue un factor decisivo de su apoyo definido al nacionalsocialismo. Las "cimas" del ejército trataban de poner remedio a esta situación, y el general Groener acumuló las funciones de ministro de Defensa y de ministro del Interior. No hizo nada, aunque se manifestaron fricciones entre el ejército y la policía, la cual cubría a los SA después de su prohibición. La policía dependía, en efecto, de los gobiernos locales de las provincias, escapando al control de las "cimas" centrales. Esto hubiera podido permitir indudablemente a la socialdemocracia, afirmada todavía en varios gobiernos locales, controlar la policía. De hecho, fue el Partido Nacionalsocialista el que aprovechó la situación, infiltrándose en la policía, y rodeando así el ejército central y sus "cimas".

Es inútil insistir sobre las connivencias profundas entre el Partido Nacionalsocialista y el aparato policiaco. Éste tomaba siempre y abiertamente partido por el nacionalsocialismo, cubriendo sus operaciones y aportándole su apoyo en las batallas callejeras. Marchaban de la mano. El aparato judicial no hacía más que bendecir la situación; algunas sentencias leves, y para cubrir el expediente, de nacionalsocialistas no significaban nada comparadas con las condenas en masa de militantes antifascistas.

En fin, la ruptura relativa entre "cimas" y escalones inferiores, advertida en el ejército, se señaló igualmente, aunque en menor medida, y en grados diversos, en las otras ramas del aparato represivo de Estado, especialmente la administración, la magistratura y la policía. Ésta es, por lo demás, una característica general de las formas de regímenes de excepción que se instalan "desde abajo", por un apoyo decisivo de las masas pequeñoburguesas. Sin embargo, en el fascismo se dan juntos los caracteres de un

movimiento desde abajo y de una *penetración del exterior* del aparato represivo de Estado. Los desvíos entre "cimas" y escalones inferiores son así menores que en el caso de los movimientos desde abajo, que se instauran por la misma vía indirecta de este aparato y de sus ramas, como ciertos casos de dictaduras militares de "coroneles", por ejemplo.

El nacionalsocialismo se infiltró, en efecto, de manera definida en las "cimas" mismas de la administración, de la policía y muy especialmente de la magistratura: las "cimas" de esta rama, de tradición prusiana, dotadas por la Constitución de Weimar de un estatuto privilegiado —difícilmente depurables, por lo tanto, por los gobiernos "republicanos"—, a causa de su origen de clase, se incorporaron en masa al nacionalsocialismo. Fueron, por lo demás, las "cimas" menos depuradas después de la subida del nacionalsocialismo al poder.[2]

La administración ocupaba, a este respecto, un lugar intermedio entre la magistratura y el ejército. Una parte de sus "cimas", vinculada al personal político weimariano, al capital medio y a la gran propiedad territorial, se mantuvo hostil al nazismo.

En fin, este proceso de dislocación del aparato de Estado se manifestó igualmente entre el poder central del Reich y los poderes federales de las provincias.[3] Con los comienzos del proceso de fascistización, por el año 1927, pasó a primer plano el problema de la reforma del Reich, en el sentido de la *centralización*. Y es que, dentro del marco de la crisis política y de la inestabilidad, y luego de la incapacidad hegemónicas, estos aparatos federales funcionaban como asientos cada vez más "autónomos" de poder de Estado, poder de clases y fracciones diversas. Funcionaban como refugios del capital medio y de los agrarios frente a la ofensiva del gran capital, pero también como bases del nacionalsocialismo (Baviera, Turingia, etc.) contra las "cimas" del poder central dominado por el ejército. Hay que advertir, sin embargo, que el nacionalsocialismo no partió de la periferia para llegar progresivamente al centro, como suele ser el caso en un guardiablanquismo

[2] H. Schorn, *Der Richter im Dritten Reich*, 1959; Fr. Neumann, *Behemoth. The Structure and Practice of National-Socialism*, p. 371.

[3] R. Dahrendorf, *Gesellschaft und Demokratie in Deutschland*, 1965, pp. 133 ss.

contrarrevolucionario en caliente, sino que procedió a un cerco paralelo y simultáneo del centro y de la periferia.

Este proceso de dislocación del poder formal y del poder real, y de cerco del aparato de Estado, se hallaba muy avanzado en el momento de la subida "constitucional" del nacionalsocialismo al poder. Un hecho notable en la primera participación de los nacionalsocialistas en el poder fue que no tenían más que tres ministerios de importancia secundaria. Sólo Frick tenía la cartera del Interior (pero la policía dependía de los gobiernos de las provincias), en tanto que la cartera de Defensa Nacional se le dio al general Blomberg, representante típico de las "cimas" del ejército. Pero los juegos ya estaban hechos.

II. EL SISTEMA FUNCIONANDO

En cuanto al primer período del nacionalsocialismo en el poder, se caracterizó por el proceso de *Gleichschaltung*, de "mano dura", de los aparatos de Estado: depuración radical bajo el predominio del Partido Nacionalsocialista, cuyos miembros cercaron el aparato.

Lo que importa, sin embargo, más todavía es la cuestión del Estado nazi en su período de estabilización. En efecto, el partido se subordinó progresivamente al aparato represivo de Estado.[4] La primera etapa de este proceso consistió en preservar en cierto modo este aparato del asalto del Partido Nacionalsocialista. Inmediatamente después de la primera depuración radical de este aparato, el régimen promulgó, en abril-mayo de 1933, la "ley de los funcionarios" (*Beamtengesetz*). Ésta daba garantías a los miembros del aparato de Estado, con tal, naturalmente, de que sirviesen realmente al régimen, y su primer efecto fue el de hacer más lento el cerco del aparato por la pequeña burguesía en rebelión. En diciembre de 1933 se proclamó la "unidad del partido y del Estado". El cerco puesto al aparato por el partido, y el conflicto entre ellos, resuelto hasta entonces bajo el predominio del partido, se declararon terminados. El aparato represivo de Estado, bajo control del Führer, se suponía que en adelante for-

[4] K. Bracher, *op. cit.*, pp. 231 ss, 251 ss.

maba cuerpo con el partido. Hitler declaró: "El partido se ha convertido ahora en el Estado. Todo el poder reside en adelante en el gobierno". Frick declaró por su parte que "todo género de gobierno paralelo es incompatible con el 'Estado total' ", y esto corresponde a las declaraciones sobre el "fin de la Revolución".

De hecho, el dualismo partido-aparato de Estado persistía, pero el partido iba perdiendo progresivamente su papel dominante. Se asistía a una cristalización del paralelismo de las redes de poder; por ejemplo, al nivel de las cimas, en cada región, el representante del partido (*Gauleiter*), y las instancias puramente administrativas (*Reichstatthalter, Minister-Präsident*); paralelismo que se prolonga, por lo demás, a todos los escalones.

Ahora bien, si en parte alguna se fijaron jurídicamente esferas de competencia, se advertía no obstante claramente la pérdida de las prerrogativas del partido, instancia de decisión y de trasmisión, en provecho de la *administración de Estado*: lo que K. Bracher designa como "Estado administrativo monocrático", *monokratischer Verwaltungsstaat.*[5] Las decisiones importantes se tomaban en el seno del aparato de Estado, y en particular por su rama administrativa, mientras que el secretario general del partido —R. Hess— entraba en el gobierno, con un papel decorativo.

Se ha advertido, por lo demás, que el mismo proceso de reducción de la importancia del partido tuvo lugar en el conjunto de las organizaciones corporativistas, sindicatos por ejemplo. Esta subordinación del partido al aparato de Estado, corriendo parejas con la depuración masiva en el seno del partido, significaba precisamente la pérdida, para la pequeña burguesía, de su lugar de clase reinante.

Sin embargo, la distinción del Partido Nacionalsocialista y del aparato represivo de Estado persistía, lo cual se debió esencialmente a que el fascismo seguía manteniendo relaciones complejas con las masas populares. Pero el papel

[5] Por ejemplo en el *Anordnung über die Verwaltungsführung in den Landkreisen*, de 1939, se especifica que la responsabilidad de las funciones administrativas incumbe al *Landrat*, no teniendo la jerarquía del partido derecho de ingerencia. Como lo señala Fr. Neumann: "La burocracia de Estado es ahora la agencia más importante de formulación de decisiones políticas, en particular en los dominios económico, financiero, social y agrícola" (*Behemoth, op. cit.*, pp. 72 y 381).

principal del Partido Nacionalsocialista se orientó en adelante hacia los aparatos ideológicos de Estado, funcionando como eslabón de control de estos aparatos por el aparato represivo de Estado. El partido siguió igualmente funcionando como lugar de formación y de movilidad de los jefes, y también como lugar privilegiado de la circulación propia de la pequeña burguesía; papel desempeñado en las otras formas de Estado, principalmente por el sistema escolar. En fin, seguía funcionando como red paralela del poder, y las fricciones entre la administración de Estado y el partido eran incesantes.

Lo que ocurría con el ejército es más complicado.[6] Si bien fue por abajo por donde el nacionalsocialismo penetró en el ejército, fue sobre todo por arriba, es decir, por medio del propio aparato de Estado, por donde lo controló y lo privó de su papel decisivo. En 1938 estaba reconstituido el Estado mayor; Blomberg y Fritsch, jefes de Estado mayor, así como catorce generales, fueron retirados, y otros treinta generales cambiaron de puesto. Göring controlaba el sector clave que era la aviación. La administración de Estado y sus "cimas", controladas por el nacionalsocialismo y el gran capital, se volvieron impermeables a las presiones del ejército, que se encerró en adelante en su "papel militar". Sin embargo, el Partido Nacionalsocialista fue mantenido al margen de una intervención directa en el seno del ejército. Esto no se debió sino de manera mínima a las resistencias propias de esta rama, a pesar de todo cuanto ha podido decirse a tal respecto; se debió esencialmente a las aprensiones que experimentaron el nacionalsocialismo, sus dirigentes y el gran capital en cuanto a permitir la introducción en el seno del ejército de una fuerza organizada, conservando relaciones estrechas con la pequeña burguesía y el *Lumpen*.

Pero toda esta reorganización en el seno de las ramas del aparato de Estado no puede comprenderse sino por el papel dominante que vuelve progresivamente a la *policía política*, lo que dio lugar al "Estado ss". Los ss existían bastante antes de la subida al poder del nacionalsocialismo (ya en 1923). Frente a las milicias populares del partido (SA), constituían un núcleo especialmente seleccionado

[6] T. Vogelsang, *Reichswehr, Staat und N.S.D.A.P.*, 1962.

y estrechamente controlado por la dirección (Hitler), desempeñando las funciones de guardias de corps y de policía interna del partido. Después de la subida del nacionalsocialismo al poder, se advirtió, por etapas, el proceso siguiente: [7] reunificación de todas las policías locales del país (1933), fusión de la policía política (Gestapo) y de los SS bajo dirección única —Himmler— (1934), sumisión y fusión de todas las policías al aparato Gestapo-SS (1936).

Esta rama de policía política estaba directamente sometida a las cimas nacionalsocialistas y al "jefe supremo" (Hitler). Encarnaba directamente la "voluntad del jefe" —*Führerprinzip*— y poseía así la primacía de intervención, y la jerarquía, sobre todas las ramas del aparato de Estado. Su dominio de intervención se fue haciendo progresivamente ilimitado: ejército, administración, magistratura, Partido Nacionalsocialista y aparatos ideológicos de Estado. El contenido de su intervención era igualmente ilimitado; no consistía tan sólo en tareas de "seguridad", sino que se extendía también a labores administrativas, militares, etc. Su papel, a la vez represivo e ideológico, era la punta de lanza del "espíritu nacionalsocialista". Esta intervención tenía por objeto, según la expresión de Himmler, "la formación total y constante de todos los miembros de la nación y asegura por consiguiente la posibilidad de un control constante de la situación de cada individuo".

Los SS recibían así una formación ideológica nacionalsocialista extremadamente intensa. El reclutamiento de la "Orden" es de los más instructivos. Originalmente, la "SS general" se reclutaba, contrariamente a los SA, de preferencia entre "los nobles, los intelectuales y los hijos ricos de burgueses";[8] ella fue la que liquidó a Röhm y a los pequeñoburgueses en rebelión de los SA. Alcanzó rápidamente, en 1936, la cifra de 210 000 hombres. Hecho significativo: en 1940, entre los responsables superiores de los SS, el 32 % procedía de los medios "intelectuales" —maestros, profesores, estudiantes diplomados—, en tanto que su proporción en el partido era sensiblemente menos elevada; el 25 % de los responsables superiores SS eran

[7] K. Bracher, *op. cit.*, pp. 382 ss.
[8] E. Kogon, *L'État S. S.*, 1970, p. 321.

doctores de universidad.[9] Formando por excelencia la élite de la nación, fue principalmente por su vía indirecta por la que las clases dominantes se infiltraron en los puestos dirigentes de los aparatos del Estado nacionalsocialista. Pero, progresivamente, el reclutamiento SS se modificó: la rama se extendió de manera gigantesca con la creación de los *Waffen* SS —divisiones armadas SS— y las formaciones "Calaveras", reclutadas éstas, pero en la base únicamente, en el *Lumpen*, y a las que se encargó de la administración de los campos de concentración. Así, a partir de 1938, el círculo de la policía política quedó restringido a la SD, a un círculo SS. Sin embargo, el conjunto del cuerpo SS se consideró siempre como la prolongación de la policía política y, por lo demás, el reclutamiento de las "cimas" de todas las ramas SS permaneció inmutable.

Según los términos propios de Himmler, los SS constituían "el vínculo interno entre la policía, como protectora de la comunidad del pueblo, y el Partido Nacionalsocialista, como sostenedor de la voluntad nacional". De hecho, la rama SS controlaba tanto el Partido Nacionalsocialista como el aparato represivo de Estado en su conjunto: administración, ejército, magistratura. Constituía una red paralela de poder, una efectiva *"administración policíaco-ideológica"*, que dominaba el conjunto del sistema estatal. El aparato SS encarnaba concretamente, para el nacionalsocialismo, el desplazamiento entre aparato represivo de Estado y aparatos ideológicos de Estado, que caracterizaba la forma de Estado de excepción. Hay que notar en fin que, precisamente a causa de este reclutamiento en masa y de esta formación ideológica, la policía política SS no se convirtió, como suele suceder con la policía secreta de las otras formas de Estado burgués, en un "Estado en el Estado" en sentido riguroso, sino que se mantuvo estrechamente controlada por los dirigentes nacionalsocialistas.

Ahora bien, no fue casual que tal papel correspondiera a esta policía política; ello se debió a las relaciones particulares del nacionalsocialismo con el gran capital y con

[9] H. Gerth, en *Reader in Bureaucracy*, ed. R. Merton, *op. cit.*, pp. 100 ss; D. Lerner, *The Nazi Elite*, *op. cit.*; Neusuess-Hunkel, *Die SS.*, 1956.

la pequeña burguesía, a la existencia de un partido de carácter complejo, a la ruptura del vínculo de representatividad de sus dirigentes con la pequeña burguesía, en fin, a la intervención ideológica particular del Estado nacionalsocialista.

Este papel de la policía política iba, por lo demás, paralelo con las modificaciones del sistema jurídico y del papel de la magistratura.[10] El derecho no regulaba ya ni limitaba ya, en el sentido expuesto más arriba. Los tribunales no se suponía que aplicaban una reglamentación, sino "el sentimiento sano del pueblo", este mismo encarnado en la "voluntad del jefe". Considerábase la policía como la encarnación de este sentimiento sano y como la expresión privilegiada de esta voluntad; era una policía que no tenía la misión de "proteger", sino de crear el orden político nuevo. Sus intervenciones se consideraban expresamente como intervenciones "políticas"; como tales, es decir, como "actos del Führer", escapaban expresamente, por un decreto de 1936, a la reglamentación jurídica y al control ejercido por la magistratura por medio de la "prueba jurídica".

Esto iba acompañado, por lo demás, por una modificación ideológica de la noción de *culpabilidad:* la culpabilidad no se aplicaba ya, en primer lugar, como es el caso en general en las otras formas de Estado burgués, al *acto sospechoso*, es decir, al acto contrario a la ley, sino al *enemigo posible*. Era culpable aquel que hubiese podido tener, por su situación "objetiva", determinada por criterios "arbitrarios", la intención de perjudicar al régimen y su "salud"; es decir, *a priori*, para el régimen fascista, los judíos, los comunistas, los socialistas, los masones, los liberales, los metecos, los locos, los pederastas, las sifilíticos y los diversos "asociales". Más todavía: la esfera de intervención policiaca era, para cada individuo, "ilimitada", lo cual se expresaba, desde este punto de vista, por una suspensión de la distinción entre privado y público. Era, por lo demás, a todas estas modificaciones ideológicas, que acompañaban el papel represivo de la policía política, a las que correspondía esa institución específica que fueron, al lado de las prisiones, los campos de con-

[10] I. Staff, *Justiz im Dritten Reich*, 1964.

centración. No nos extenderemos sobre la cuestión, ya que acerca de ella está dicho todo.

Por lo demás, el derecho no regulaba ya las relaciones entre las diversas ramas y aparatos de Estado. El nacionalsocialismo se negaba de manera sistemática a regular jurídicamente estas relaciones bajo la forma de "esferas de competencia";[11] de donde la impresión de un fárrago administrativo indescriptible, en el seno del cual se inscribían las fricciones y contradicciones entre ramas y aparatos de Estado. Sus relaciones se concentraban en torno del *Führerprinzip*. La voluntad del jefe supremo se consideraba, respecto de toda reglamentación, como "...abarcadora y total..., exclusiva e ilimitada".[12] Los miembros de las diversas jerarquías de las ramas y aparatos de Estado se suponían ser directamente dependientes del jefe supremo, y de aquel que, según las circunstancias, se consideraba que encarnaba su voluntad.

Esto creaba efectivamente rupturas en el principio jerárquico en cascada que caracteriza la burocratización,[13] rompiendo el aislamiento vertical de las ramas y de los aparatos; por lo cual no funcionaba sino para el control de los aparatos por la rama dominante en el paralelismo de las redes. En efecto, y al mismo tiempo, la autoridad jerárquica se reforzaba en los aparatos de Estado; se consideraba que un miembro del aparato de Estado obedecía incondicionalmente a su superior jerárquico directo, a menos que interviniera un miembro inferior pero ss, o también perteneciente al partido, etc. La burocratización se reforzaba, pues, paralelamente en todas las ramas y aparatos, a lo cual contribuía por lo demás el sistema de nombramiento de los responsables desde arriba. Esta burocratización alcanzaba al partido nacionalsocialista y a la policía política mismos; basta con mencionar la logística administrativa propiamente demencial de los campos de concentración regidos por los ss.

En esta superposición de los aparatos, cimentada por el predominio de la policía política, no se entcontraba final-

11 Fr. Neumann, *Behemoth*, *op. cit.*, pp. 520 ss.

12 Estas concepciones del III Reich fueron utilizadas por el abogado Frank, el tristemente famoso verdugo de Polonia, y por el jurista G. Schmitt.

13 K. Bracher, *op. cit.*, p. 373; Fr. Neumann, *op. cit.*, p. 74.

mente más que un solo dominio más o menos "reservado", pero que era de bastante importancia: *el dominio "económico" reservado en prioridad, si no en exclusividad, a la administración de Estado.* Todo cuanto se refería a las relaciones de producción y a las relaciones de propiedad incumbía progresivamente a la administración tan sólo. La reglamentación jurídica se mantenía, en este dominio, preservada en cuanto a lo esencial. E. Fraenkel[14] ha llegado incluso a distinguir, en el caso del nacionalsocialismo, un "Estado normativo" —de reglamentación jurídica— y un "Estado prerrogativo", con ausencia de esta reglamentación. El primero estaba mantenido por el nazismo en lo que concierne "a la protección del orden capitalista y la propiedad privada, y tenía plena autoridad en todas las cuestiones económicas".

Pero si bien las fricciones que se manifestaban, en el seno del Estado nazi, entre ramas y aparatos se debían esencialmente a las contradicciones de clase, y a su nueva forma de expresión en el seno del Estado, no se debe olvidar el papel propio de las contradicciones de tipo "corporativo", entre *categorías sociales* de los miembros de esas ramas y aparatos. Es evidente que surgían contradicciones de intereses entre los miembros del partido, que codiciaban puestos, prebendas e "influencia", y los miembros de la administración de Estado del ejército y de la policía política. Sin embargo, eran contradicciones secundarias, existentes por lo demás en toda forma de Estado. No se puede comprender nada de las contradicciones internas del Estado nazi de no referirse, como suele suceder,[15] más que a esas fricciones corporativas entre categorías sociales.

Tanto más cuanto que, en el caso de la forma de Estado de excepción, y en particular en el régimen fascista, por la represión de la lucha "abierta de clase, la lucha de clases reviste precisamente, y por excelencia, la forma de contradicciones en el seno mismo de las ramas y aparatos de Estado, enmascarándose precisamente bajo contradicciones entre categorías sociales, entre "grupos", "corri-

[14] *The Dual State*, 1941.
[15] Por ejemplo, H. Mommsen, *Beamtentum im III Reich*, 1966.

llos" y "personalidades" del propio régimen. Por otra parte, tampoco deben subestimarse estas contradicciones,[16] por secundarias que sean, sino considerarlas como reveladoras de la lucha de clases; por ejemplo, en el Estado nazi, las que existían entre "grupos" Fritsch-Blomberg/Schacht/Hitler-Göring-Himmler/Ley/Darré, etcétera.

Tratemos ahora de los aparatos ideológicos de Estado.

La primera característica importante es la supresión de la autonomía relativa existente entre ellos, y en relación con el aparato represivo de Estado, lo cual se hace por modificaciones jurídicas de su carácter público-privado. No quiere decir esto que el conjunto de tales aparatos se nacionalice por entero: ediciones, periódicos, producción de films, escuelas, etc., mantienen ampliamente su carácter "privado" en cuanto a la aportación de los beneficios y provechos a sus propietarios. Pero los miembros de estos aparatos pertenecen en adelante obligatoriamente a *corporaciones* de carácter público: las "cámaras del Reich" de las artes, de la música, del teatro, de la literatura, de la prensa, de la radio, del cine. Las decisiones de estas corporaciones tienen fuerza de ley: se aplica el principio del jefe en favor de los miembros del partido nacionalsocialista. Así, principalmente por la vía indirecta del partido, los aparatos ideológicos de Estado se someten al aparato represivo; bien que la intervención directa de éste, bajo la égida de Goebbels, se manifiesta constantemente. Estas corporaciones tenían la misión de asegurar la inculcación de la ideología nacioalsocialista por los aparatos ideológicos de Estado; por ejemplo, la corporación de la enseñanza, la "Liga Nacionalsocialista del Personal Docente", se consideraba "responsable en cuanto a la coordinación ideológica y política de todos los miembros del personal docente en función de la doctrina nacionalsocialista".

Ahora bien, algunos de los aparatos ideológicos de Estado tenían un lugar esencial, lo cual iba acompañado de desplazamientos del papel de predominio entre ellos:

a) *El aparato de "información"*, radio, prensa, films, etc., a causa del papel que reviste la *propaganda*[17] en una

[16] Como lo hace, entre otros D. Schoenbaum, *Hitler's Social Revolution*, 1966.

[17] Z. Zeman, *Nazi-propaganda*, 1964.

forma de régimen de base popular extensa, y con intervención ideológica decisiva. Propaganda desde "arriba" que no excluía el papel propio del partido sino que funcionaba, al menos en los comienzos, paralelamente a él; en la segunda fase del nacionalsocialismo en el poder, el aparato de propaganda desde arriba, a través de su aspecto plebiscitario directo, tendía a sustituir al partido, que funcionaba cada vez más como relé y eslabón entre el aparato represivo y los aparatos ideológicos.

b) *La familia:* esto se debe, como lo ha demostrado W. Reich,[18] al lugar que ocupa la familia en la ideología de la *pequeña burguesía*. El nacionalsocialismo atribuía gran importancia a la consolidación de los lazos familiares, y la propaganda nacionalsocialista volvía constantemente a este tema. Para Hitler: "Nuestra tarea primordial... es la de facilitar el desarrollo de los lazos familiares. La decadencia de la familia significaría el final definitivo de toda forma superior de la humanidad..., el fin último de un desarrollo lógico y orgánico reside en la familia. Es la más pequeña, pero la más importante unidad para la construcción del Estado entero..."

¡No sabía Hitler cuán ciertas eran sus palabras! Pasemos por alto el papel de la familia en la formación de la ideología "autoritario-jerárquica" por la función que en ella desempeña el "padre", para detenernos en el papel asignado a la mujer como "madre" por el nacionalsocialismo. Para Goebbels, en la fiesta de las madres en 1933: "En parte alguna la mujer y madre reviste tanta importancia como en la nueva Alemania. Es la fiadora y la guardiana de una vida familiar de donde surgen las fuerzas que impulsan a nuestro pueblo hacia adelante. La madre alemana es la única portadora del espíritu del pueblo alemán..." Para el nacionalsocialismo, el papel principal de la mujer es ser "madre de familia", es decir, fiadora en la familia del "espíritu" nacionalsocialista. Innumerables asociaciones y organizaciones nacionalsocialistas se dedicaban especialmente a las mujeres. Por lo demás, la familia intervenía masivamente, como tal, en los otros apa-

[18] *Massenpsychologie des Faschismus*, op. cit., pp. 65 ss. 90 ss. Véase igualmente la obra colectiva: *Studien über Autorität und Familie*, 1933, sobre todo las contribuciones de E. Fromm, de M. Horkheimer y de H. Marcuse.

ratos ideológicos de Estado: el papel acrecentado de los padres y de sus asociaciones en el seno de la enseñanza, de las organizaciones de juventud, etc., es ejemplo de ello.

Pero, ¿qué decir entonces del papel, a este respecto, del partido y de las organizaciones nacionalsocialistas que, por el expediente de la delación instaurada en el seno de la familia, parecían romper las "lazos familiares"? La contradicción no es más que aparente, pues resulta que estos lazos familiares funcionaban principalmente como aparato ideológico de Estado. Lo importante es que una de las misiones esenciales del partido era asegurarse un "representante" en el seno de cada familia. *Podría incluso decirse que la célula de base privilegiada del partido nacionalsocialista no era ni la fábrica, ni la calle, ni el barrio, sino la misma familia.* Es, por lo demás, éste, y no por casualidad, su punto común con la Iglesia y los movimientos religiosos.

c) *Multiplicación* de los aparatos ideológicos bajo el control del partido nacionalsocialista, y en forma de diversas organizaciones y asociaciones: todo individuo está encerrado en una red complicada de aparatos que cubre todo sector de actividad. Caso característico: las múltiples organizaciones destinadas más particularmente a la "juventud". Se advierte, por lo demás, una regresión en la importancia de ciertos aparatos ideológicos:

a) *El aparato escolar en sentido amplio.*[19] La formación profesional se hace por canales extraescolares (organizaciones de "trabajo"); los diplomas pierden su importancia en la movilidad social; el papel atribuido a la "cultura" —"cultura" que no es sino la forma revestida por la ideología en el sistema escolar— se diluye; las horas de escolaridad disminuyen en favor de otras organizaciones de la "juventud"; el recurso en la selección escolar a los criterios que llaman "técnicos" disminuye.

Es esencialmente porque el mito de la objetividad y de la neutralidad de la "cultura" se borra; la autoridad docente clásica, que estaba fundada sobre una supuesta neutralidad del saber, se desintegra. En efecto, el lugar y el papel de este aparato ideológico de Estado que es el apa-

[19] R. Eiler, *National-sozialistische Schulpolitik*. 1963; M. H. Böhn, *Die deutsche Universität im dritten Reich*, 1966.

rato escolar burgués, en el seno de los demás aparatos, depende ampliamente del funcionamiento ideológico del mito de la objetividad y de la neutralidad del saber. Este mito es la forma privilegiada que adopta la inculcación ideológica en el seno de este aparato, y por la cual se encuentra enmascarada su función de clase. Ahora bien, el nacionalsocialismo quitó la máscara de este aparato, proclamando clara y abiertamiente sus fines mayores de adoctrinamiento político-ideológico fascista. Al renunciar a esta máscara, contribuyó ampliamente al retroceso del sistema escolar en el orden de predominio de los aparatos ideológicos.

La inculcación ideológica, realizada antes por el sistema escolar, fue, bajo una forma diferente, desempeñada por otros aparatos a costa del sistema escolar: organizaciones extraescolares de la "juventud", ejército, etc. Paralelamente, la función desempeñada antes por el sistema escolar, como circuito de movilidad social para la nueva pequeña burguesía, fue asumida por el partido nacionalsocialista y los ss.

b) El aparato religioso: las Iglesias.[20] Las Iglesias, protestantes principalmente, pero también católica, acogieron bien, sobre todo por sus "cimas", y contribuyeron a la subida del nacionalsocialismo al poder. Sin embargo, hubo fricciones, con frecuencia importantes.

La Iglesia protestante, la más reaccionaria y antiweimariana, en el caso de Alemania, se hallaba, en oposición a lo que hubiese podido hacer creer una lectura superficial de Max Weber, profundamente ligada a la gran propiedad territorial (el protestantismo fue masivamente influyente en Prusia). Era, con el ejército, una de las dos bases principales del poder de los agrarios. Fue mucho más favorable al nacionalsocialismo que la Iglesia católica, la cual, por la vía indirecta del partido del *Zentrum*, estaba más bien vinculada al capital medio. Pronto hubo fricciones con el nacionalsocialismo, fricciones que siguieron las etapas de evolución de las contradicciones entre capital monopolista de una parte, y agrarios y capital medio de otra.

Ahora bien, el nacionalsocialismo, apoyado sobre la reac-

[20] K. Bracher, *op. cit.*, pp. 441 ss.

ción de la pequeña burguesía en rebelión, se dedicó, por una lucha "antiIglesia", a romper la autonomía relativa de este aparato ideológico en favor del capital monopolista. Los SA hicieron grandes campañas antirreligiosas. M. Borman declaró en 1941 que "nacionalsocialismo y cristianismo están en oposición... De la misma manera que las influencias perniciosas de los astrólogos, magos y otros bribones son reprimidas por el Estado, las posibilidades de influencia de la Iglesia deben ser constantemente eliminadas". Como es natural, el sentimiento religioso de las masas estaba constantemente explotado por la "deificación" de Hitler: el eslogan de los SA era: "Hitler ayer, hoy... y lo mismo para la eternidad".

Por lo demás, el nacionalsocialismo no se privaba de la influencia de las Iglesias. Invalidaba simplemente su autonomía relativa: el proceso de la *Gleischschaltung* se extendía a la Iglesia protestante y a la Iglesia católica, proceso consagrado con el Concordato (1938). Las Iglesias se hallaban estrictamente sometidas al aparato represivo de Estado; sus prerrogativas en el dominio de la enseñanza se limitaron, y las organizaciones cristianas de la juventud se abolieron en favor de las organizaciones nacionalsocialistas. Paralelamente, el papel propiamente policiaco de las Iglesias se acentuó; los sacerdotes prestaron juramento a Hitler, y la delación por medio de la confesión quedó instaurada. En suma, si bien no es cierto que se tratara de un proceso de descristianización, no lo es menos que, paralelamente a la supresión de su autonomía relativa, la Iglesia perdió globalmente importancia en el seno de los aparatos ideológicos de Estado.

En fin, se advierte, en el régimen nacionalsocialista, que fue la ideología interna propia del partido nacionalsocialista la que conquistó el conjunto de los aparatos ideológicos de Estado, identificándose con la ideología dominante secretada directamente por el partido. Sin embargo, a medida que la policía política se convirtió en el aparato dominante, su ideología específica tendió a abarcar el conjunto de los aparatos y de la sociedad. El caso es patente: el delirio "policiaco-asesino", que se apoderó de los aparatos y de la sociedad alemana, corresponde al avance irresistible del aparato SS.

6

ITALIA

I. EL PROCESO

En este capítulo igualmente, se insistirá sobre todo en las *diferencias* entre nacionalsocialismo y fascismo italiano.

Durante el proceso de fascistización en primer lugar. Sería preciso considerar aquí la doble característica del proceso italiano, el cual es a la vez más militarizado y más parlamentarizado que en Alemania. La connivencia entre el aparato represivo de Estado y el fascismo es mucho más clara; basta recordar la actitud más conciliadora de los representantes del capital medio respecto del fascismo. Giolitti, en 1921, disolvió por decreto los municipios socialistas, atacados por el fascismo, por "motivos de orden público";[1] medida extrema que no había sido tomada en Alemania más que por von Papen, contra el gobierno de Prusia. La gendarmería —los carabineros— acompañaban casi a todas partes abiertamente las *squadre* fascistas en sus expediciones punitivas. El propio gobierno ordenó a la magistratura, por medio de su ministro de Justicia (Fera), que dejara dormir los expedientes de los actos criminales de los fascistas.

Es igualmente característico aquí lo que ocurría con el *ejército*, mucho más masivamente conquistado por el fascismo durante el proceso de fascistización, de lo que lo fue por el nacionalsocialismo en Alemania. En 1920, por una circular de Bonomi, ministro de la Guerra, 50 000 oficiales en trámite de desmovilización integraron los *fasci*, convirtiéndose en sus organizadores militares. En las "expediciones punitivas", la tropa acompañaba a menudo a las milicias fascistas.[2] El general Diaz, jefe de Estado mayor del ejército, el almirante Thaon de Revel, jefe de

[1] A. Tasca, op. cit., pp. 153 ss.
[2] *Ibid.*, pp. 142 ss.

Estado mayor de la marina, y numerosos generales —Gandolfo, De Bono, etc.—, militaban de manera declarada en favor del fascismo,[3] todo lo cual habría de hacerse particularmente público en las semanas que precedieron la marcha sobre Roma.

Esto sucedía, en primer lugar, porque el ejército italiano no era, como en Alemania, un ejército de profesionales, sino un "ejército nacional", aunque depurado después de la guerra de sus elementos revolucionarios; por consiguiente, había sido ganado por el fascismo tanto, y aún más, que las masas populares en Italia. El origen de clase del cuerpo de los oficiales era, en gran medida, el de la burguesía urbana pequeña y media; dicho cuerpo se hallaba, pues, sometido a una penetración en masa del fascismo. En fin, las "alturas" del ejército, así como la Corona, por la cual sentían un apego furioso, se hallaban tradicionalmente vinculadas, por el proceso de la "unidad italiana" en el siglo XIX al capital medio que gobernaba en Italia, con el asentimiento regio, durante todo el proceso de fascistización. La actitud particularmente conciliadora de los representantes del capital medio para con el fascismo repercutía en el seno de las capas dirigentes del ejército.

Sin embargo, aquí también, surgieron fricciones entre las "alturas" del ejército y el partido fascista, fricciones que cubrían, esta vez, en lo esencial, las contradicciones entre capital medio y grande, y se concretaban en torno de la cuestión del régimen.[4] El general Badoglio y círculos dirigentes del ejército declararon que combatirían el fascismo si éste comprometía la institución monárquica, en la cual el capital medio veía una garantía. El fascismo, de pronunciada tendencia republicana al principio, dio marcha atrás, lo cual correspondió, por otra parte, a las garantías tranquilizadoras que recibió el capital medio —"Estado manchesteriano"— y sus representantes "liberales". De esta manera se soslayó el obstáculo del ejército, y en vano Facta, Primer Ministro anterior a Mussolini, trató de provocar, por medio de d'Annunzio, un ataque del ejército contra el fascismo. La víspera de la mar-

[3] G. Salvemini, *Le origini del fascismo in Italia*, pp. 322 ss.
[4] Paris II, p. 326.

cha sobre Roma, el rey se negó a promulgar el estado de sitio y, llamando a Mussolini al poder, se convirtió en un Hindenburg del capital medio.

En fin, la dislocación del aparato represivo de Estado se manifestó principalmente, en Italia, *entre el aparato central y los aparatos locales.* En efecto, los representantes del capital medio, particularmente influyentes en la escena política, tenían casi en sus manos, por la vía indirecta del personal político, el aparato central; sobre todo la periferia escapaba a las palancas de mando. Era en lo esencial en la periferia donde se concentraban los puntos del poder de los agrarios y del gran capital, y fue principalmente por la periferia por donde el fascismo italiano asaltó el aparato de Estado. Aunque, aquí también, este asalto fue acompañado simultáneamente de un cerco puesto al centro: la marcha sobre Roma sólo fue un desfile.

II. EL SISTEMA EN SU LUGAR

Examinemos ahora el sistema estatal dentro del marco del fascismo establecido. Lo que se advierte por una parte, es que el fascismo italiano procedió, según las mismas líneas directrices que el nazismo, a la reorganización de los aparatos de Estado; pero, por otra parte, esta reorganización no fue tan lejos como en el nazismo: las líneas directrices no fueron seguidas hasta el final. Especialmente, la supresión de la autonomía relativa de las ramas y de los aparatos de Estado fue menos importante que en el nazismo; la intervención del Estado en todos los dominios de la actividad social, comprendida la intervención represiva e ideológica, fue más limitada; ciertas formas institucionales del Estado "democrático-parlamentario" se mantuvieron.

Esto se debió a las características particulares de la lucha de clases, a los caracteres diferentes del gran capital italiano, a las resistencias más fuertes del capital medio, a las resistencias más fuertes también de las masas populares y, en particular, de la clase obrera, en suma a los rasgos específicos de la crisis política e ideológica en Italia.

Aquí también, durante el primer período del fascismo en el poder, más largo que en Alemania, se advierte la

reorganización progresiva del aparato represivo de Estado bajo el predominio del partido fascista, cuyos miembros pusieron cerco al conjunto de los aparatos. Predominio tanto más notable, y necesario, cuanto que las formas parlamentarias se mantuvieron durante todo este período; el margen entre poder formal y poder real persistió en mayor o menor medida, funcionando el partido, por encima de las apariencias de la escena política, como el sistema del poder real.

En 1925-1926 hubo, con las diversas leyes "ultrafascistas", un viraje importante en la reorganización del sistema estatal, en tanto que el partido se subordinaba progresivamente al aparato represivo de Estado. Paralelamente a la concentración del poder en el ejecutivo, fue a la rama de la administración hacia la que se desplazó el papel dominante en el seno de las ramas del aparato. Véase, por ejemplo, la extensión de las atribuciones del cuerpo prefectoral, al convertirse los prefectos en "la más alta autoridad del Estado en las provincias", lo cual provocó numerosos casos de descontento en el partido fascista y entre los secretarios regionales de los *fasci*.[5] En 1927, según una nueva circular que concernía al cuerpo administrativo y a los prefectos, la jerarquía del partido quedó sometida a la jerarquía de Estado. El propio partido se consideró como un "instrumento de la voluntad del Estado", y la circular advierte que "el squadrismo se ha vuelto anacrónico". Con la constitución del Gran Consejo fascista, órgano supremo de decisión que duplicaba el Consejo de ministros, la subordinación del partido fascista al aparato de Estado quedó consumada. Proceso que terminó con la proclamación oficial, en 1928, de la "unidad del partido y del Estado", y que revistió la misma significación que en Alemania: la pérdida, para la pequeña burguesía, del ejercicio de su poderío.

Aquí también fue la policía política la que asumió el papel dominante, controlando el conjunto de los aparatos, comprendido el partido fascista. Constituyóse el departamento de la policía política secreta, agrupando en la OVRA

[5] L. Salvatorelli y G. Mira, *Storia d'Italia nel periodo fascista*, 1964, pp. 367, 390; A. Aquarone, *L'organizzazione dello stato totalitario*, 1966, pp. 120 ss.

el conjunto de los servicios represivos, bajo Bocchini.[6] Dependía directamente de los dirigentes fascistas, y sus efectivos aumentaron de manera considerable, en tanto que sus atribuciones se extendían a expensas del cuerpo de la gendarmería clásica: los carabineros. Esta policía política escapaba al control del partido fascista, y se produjeron numerosas fricciones entre el Ministro fascista del Interior, Suardo, y el jefe de la policía política.

El papel de la policía política se prolongaba por la *milicia* (MVSN, Milicia Voluntaria de Seguridad Nacional), depurada esta misma de sus elementos "izquierdistas", y mucho mejor controlada por la dirección fascista que el propio partido. Las escuadras de acción —las *squadre*— no se incorporaron, en 1923, a la milicia sino después de una selección rigurosa. En 1927, la milicia pasó a ser oficialmente un "cuerpo armado del Estado", directamente dependiente del Duce, y sus miembros no prestaban juramento al rey, sino al Duce. Como en el caso de los SS, las "alturas" de la milicia procedían mucho más de la burguesía que de la pequeña burguesía.[7] Las modificaciones del derecho y de la magistratura acompañaron este proceso de predominio de la policía política; entre ella, la administración de Estado y el partido fascista se establecieron redes de poder paralelas.

Hay que advertir, sin embargo, claras diferencias con el Estado nazi. La intervención represiva del Estado es menos importante, así como la intervención ideológica; la milicia fascista no se parece sino de muy lejos a los SS hitlerianos. Las ramas del aparato represivo de Estado gozan de más independencia mutua y están menos controladas por la policía política; el ejército, ganado en masa por el fascismo, escapa a la milicia y la somete a su poder en los casos en que esta última reviste un papel militar. Respecto de la administración de Estado, la policía política se limita más bien al papel de control, sin extender el contenido mismo de sus intervenciones en el dominio administrativo. En lo que concierne a la propia magistratura, persiste la distinción entre los "tribunales regulares" y los "tribunales de excepción" —el tribunal especial—,

[6] L. Salvatorelli, *op. cit.*, pp. 420, 431 ss; A. Aquarone, *loc. cit.*
[7] Brady, *Business as a System of Power*, 1942, p. 81.

distinción que indica especialmente una permanencia del papel "clásico" de los tribunales regulares, incluso si, por lo demás, les escapa el control de las intervenciones policiacas. El paralelismo de los aparatos se halla menos desarrollado; la división en esferas de competencia, sigue funcionando, y las modificaciones del sistema jurídico son menos profundas que en Alemania.[8]

Todo lo cual se diría que establece un parecido entre el fascismo italiano y una dictadura "burocrática" tradicional; pero no hay nada de esto. Sería particularmente olvidar el papel del partido fascista que, aunque subordinado al aparato del Estado, no se fusionó con él. El partido fascista, si bien revistiendo en adelante principalmente el papel de eslabón entre el aparato represivo y los aparatos ideológicos de Estado, siguió funcionando como aglutinante de las ramas del aparato represivo. La depuración del partido que, en el caso del nazismo, quedó pronto terminada, revistió aquí el carácter de un proceso constante. Los compromisos respecto de la base pequeñoburguesa prosiguieron, lo cual produjo, por lo demás, la república de Saló: la baja pequeña burguesía del fascismo era más combativa que en Alemania.

En fin, los autores del "totalitarismo" suelen introducir una distinción, tan nebulosa como arbitraria, entre nazismo y fascismo, haciendo del primero un "Estado totalitario", y del segundo un simple "Estado autoritario". Sabido es lo que hay que pensar de los criterios que utilizan. Así, entre otros, H. Arendt se funda esencialmente sobre una aritmética de las víctimas respectivas de los dos regímenes para concluir, a propósito del fascismo italiano, que "dictaduras no totalitarias similares aparecieron en Rumania, Polonia, los Estados Bálticos, Hungría, Portugal y España".[9]

De hecho, los criterios pertinentes que permiten distinguir entre formas de régimen de excepción, muestran aquí la coincidencia de los dos regímenes, si bien el régimen fascista italiano mantiene una fachada de constitucionalidad, a causa de los compromisos particulares a que está forzado. El rey conservó en principio la posibilidad de

[8] Sobre este tema, M. Prélot, *L'empire fasciste: les tendances et les institutions de la dictature et du corporatisme italiens*, 1936.

[9] *The Origins of Totalitarianism*, 1968, p. 308.

revocar y de nombrar al primer ministro (Mussolini en este caso); el Parlamento, "elegido" sobre una lista única establecida por el Gran Consejo fascista a propuesta de las corporaciones, se mantuvo, pero con un papel decorativo, duplicado por la Cámara de los fascios y corporaciones, nombrada por la dirección fascista; el Senado, nombrado por el rey, el Consejo de Estado y el Tribunal Supremo siguieron existiendo. No era evidentemente sino pura fachada, que contribuyó sin embargo a acreditar sólidamente a Mussolini en el espíritu de varios héroes de la "libertad occidental" a la cabeza de los cuales, como se debe, se hallaba el propio Churchill, futuro verdugo de Grecia.

En cuanto a los aparatos ideológicos de Estado, aunque su proceso de fascistización sea análogo al proceso alemán, la supresión de su autonomía relativa parece aquí menos pronunciada. Así, en lo que se refiere a los diversos dominios "artísticos" y en lo que atañe al sistema escolar. Como lo nota Salvatorelli:[10] "No obstante, la escuela no fue fascistizada por completo, ni entonces [1925] ni después; la vieja estructura, el viejo espíritu resistieron; menos en la escuela primaria, más en la escuela secundaria. El control fue absoluto, por la vía indirecta de las corporaciones y del partido fascista, especialmente sobre el aparato de información de masa (periódicos, radio, etc.). Esto se debió a la vez a la resistencia particular en Italia del capital medio y de los agrarios, que ocupaban estos aparatos, a la fuerte presión de las masas populares en el seno de los mismos, al aspecto ideológico en fin del fascismo italiano, que se presentaba como el continuador de la tradición garibaldina.

Hay que notar también ciertas particularidades del fascismo italiano: el *aparato sindical* desempeña especialmente un papel más importante que en Alemania, efecto de la presión de la clase obrera. Lo mismo ocurre, bajo el ministro "liberal" Gentile, en cuanto al *aparato escolar*, posición de retiro del capital medio.

Lo más significativo aún es lo que ocurría con la *Iglesia*. La Iglesia católica era, en Italia, la sede privilegiada

[10] *Ibid.*, p. 398.

de los *agrarios*. Opuesta a la "unidad italiana", realizada a costa de los agrarios (hasta Mussolini no reconoció el papa a Roma como capital del Estado italiano), se hallaba igualmente en muy malos términos con la monarquía, ligada al capital medio, "creadores" de la unidad italiana. Ahora bien, el fascismo italiano presentaba en sus comienzos, pero también después, tendencias anticlericales muy definidas; el socialista de izquierda, director del *Avanti*, que fuera Mussolini, y la pequeña burguesía urbana de tradiciones garibaldinas no se hallaban lejos de recoger por su cuenta la tesis del "opio del pueblo". Aunque la Iglesia católica apoyaba abiertamente al fascismo, lo cual correspondía a la actitud de los agrarios, se manifestaron fricciones vivas, que reproducían en lo esencial las contradicciones, particularmente agudas en Italia, entre gran capital y agrarios.

Dada la resistencia de estos últimos, y también el peso ideológico de la religión en el campo, el fascismo se aplicó a resolver sus conflictos con la Iglesia. Por los pactos de Letrán (1929),[11] el fascismo compró a la Iglesia, en sentido riguroso; tal fue el objeto del "Tratado" y de la "Convención Financiera". Podría decirse, en cierto modo, que la Iglesia, en tanto que potencia financiera e internacional con intereses propios, traicionó los de los agrarios italianos, contribuyendo ampliamente a la estabilización de un régimen que habría de restringir su poder económico y político.

Sin embargo, las fricciones continuaron; los pactos de Letrán comportaban un concordato, que constituyó sobre el papel un compromiso apreciable para la Iglesia y su influencia en Italia. Dicho esto, el fascismo no tenía en modo alguno la intención de permitir a la Iglesia ejercer esta influencia en favor de los agrarios. El fascismo, después de los pactos, siguió limitando los poderes de la Iglesia en materia de enseñanza y de educación, en el dominio de las diversas organizaciones clericales —Acción Católica—, y en fin en las organizaciones de la "juventud".

El papa no dejó de quejarse de la "ingratitud del régimen", en una encíclica altamente ridícula —*Non abbiamo*

[11] L. Salvatorelli, *op. cit.*, pp. 445 ss.

bisogno—, a la que el fascismo respondió promulgando la incompatibilidad entre la adscripción al fascismo y la adhesión a la Acción Católica. Al final, se llegó a un compromiso: la Iglesia había de limitarse al dominio puramente religioso, y las escuelas católicas de la juventud, a las que se prohibía "toda actividad de orden atlético o deportivo", eran sustituidas por los *balillas* fascistas. Pero la Iglesia salvó lo esencial: la autoridad de la alta jerarquía clerical sobre el bajo clero de una parte, y la conservación de su autoridad en el seno de la institución familiar —matrimonio religioso— de otra. La Iglesia siguió así poseyendo, en el seno de los aparatos ideológicos, cierta autonomía y gozó de un papel ideológico más importante que en Alemania.

CONCLUSIÓN

Se ha tratado en este texto de dar una explicación del fenómeno político específico que constituye el fascismo, y de aislar sus caracteres esenciales, tras de haberlo definido como forma particular de régimen de la forma de Estado capitalista se excepción, cuya teoría se ha esbozado igualmente.

Pero, dentro del marco de esta investigación, y para evitar una tipología abstracta, ha sido preciso dejar a un lado las otras formas de regímenes de excepción, tales como el bonapartismo y las diversas formas de dictadura militar, que corresponden a especies particulares de crisis políticas. Sin embargo, los caracteres generales de la crisis política y del Estado de excepción, expuestos en el análisis mismo del fascismo y de la especie particular de crisis a que corresponde, pueden servir de principios en el análisis de las otras crisis y regímenes de excepción.

Habría, no obstante, que señalar que estas crisis y regímenes de excepción, teóricamente establecidos, se presentan a menudo, en la *realidad concreta*, de manera *combinada*. Estos regímenes concretos suelen presentar, bajo el predominio de una forma de régimen, caracteres que dependen de varias formas de regímenes de excepción y de crisis políticas. Lo cual es igualmente por lo demás, en cierta medida, el caso de los fascismos alemán e italiano, que no se han tratado aquí más que a título de ilustraciones ejemplares del fascismo en la medida en que presentan, en la realidad, de manera definida y masivamente dominante, los caracteres esenciales del fascismo.

Esta combinación de las formas de regímenes de excepción en un caso concreto depende, por lo demás, de la etapa histórica en que se sitúa. En fin, un caso concreto

de régimen de excepción puede, en su duración histórica, evolucionar de tal suerte que los caracteres que lo dominan se transformen, y que el predominio de una o de otra forma de régimen de excepción se desplace en él.

Se señaló en la introducción que este estudio sobre el fascismo y el Estado de excepción se emprendió a causa de la actualidad de la cuestión del fascismo. Pero sería erróneo creer que las posibilidades de otros regímenes de excepción han desaparecido ya. El fascismo no es la única faz del peligro: el bonapartismo y las dictaduras militares siguen conservando sus probabilidades. Y no se deben olvidar tampoco las formas concretas combinadas de regímenes de excepción que, según las coyunturas concretas, pueden surgir.

En cuanto al propio fascismo, cuyo resurgimiento sigue siendo posible, no se debe creer tampoco que revestiría forzosamente, como tampoco el proceso de fascistización que a él condujera, formas idénticas a las del pasado. La historia no se repite jamás por completo. Una misma forma de régimen de excepción y una misma especie de crisis política presentan rasgos distintivos, según los períodos históricos en el seno de los cuales surgen.

De hecho, Marx, después de Hegel, decía que a la historia le ocurre incluso a veces repetirse, en sentido riguroso; pero lo que la primera vez revistió una forma de tragedia la segunda vez reviste una forma de comedia. La fórmula es indudablemente impresionante, pero no es cierta sino desde determinado punto de vista, ya que existen, en efecto, comedias sangrientas. Luis Bonaparte no era cómico sino considerado desde cierto ángulo. Y existen en historia ridículos que sólo matan a los demás.

Dicho esto, el problema fundamental que queda planteado es el de saber si se puede descubrir actualmente, en cualquiera de las metrópolis del imperialismo, un proceso de fascistización inminente, o incluso ya en marcha. Es ésta una cuestión que no ha podido tratarse dentro del marco de este texto, ya que exigiría un análisis concreto de las coyunturas actuales. Pero, si se considera en particular todo cuanto se escribe actualmente sobre tal tema, aparece claro que no puede esperarse contestar a la pre-

gunta, antes de saber en qué consiste realmente el fascismo y el Estado de excepción: ése ha sido el objeto de nuestro texto.

Sin embargo, antes de todo intento de respuesta a la pregunta, quisiéramos señalar algunos escollos que deben evitarse:

1] Es absolutamente exacto que el espectro del fascismo o de la dictadura se agita con frecuencia, y no solamente por las fuerzas declaradas de derecha, con el fin de frenar el impulso revolucionario de la clase obrera y de las masas populares. Conócense las diversas formas que puede revestir este chantaje del fascismo: el fascismo puede así convertirse, incluso para las fuerzas de izquierda, en un fantasma puramente apologético. A veces, también, el fenómeno es de otro alcance; ¿cuántos no son los militantes sinceros que, habiendo atravesado, y combatido activamente, la pesadilla fascista, están obsesionados por ella hasta el punto de sentir que flaquea su decisión, al ver surgir el espectro a la vuelta de cada esquina?

2] En cambio, no es menos cierto, por poco que se recuerden las enseñanzas de la historia, que la cuestión del fascismo es actual, que hay que tomarla en consideración y tratarla de manera justa. En efecto, si la historia tiene un sentido, es porque puede servir de lección para el presente. Equivocarse en la actualidad, y ser incapaz de descubrir la realidad de un proceso eventual de fascistización, no puede ser excusable en la medida en que lo fuese alguna vez. El fascismo, como por lo demás los otros regímenes de excepción, no son "enfermedades" o "accidentes": no sólo les ocurren a los demás.

3] La cuestión del resurgimiento eventual del fascismo se complica en la medida en que se asiste, en la etapa actual del imperialismo, y en sus metrópolis, a toda una serie de transformaciones de los aparatos de Estado y del sistema institucional en su conjunto. El problema consiste precisamente en no confundir, pese a analogías superficiales, este proceso con un eventual proceso de fascistización actual (se había encontrado este problema, en cuanto al período entre las dos guerras, a propósito de la relación entre este proceso de transformación del Estado en Estado intervencionista de entonces, y el proceso de fascistización que desembocara en el fascismo). En cambio,

este proceso de transformación actual no debe ocultarnos el proceso real de fascistización que podría eventualmente desarrollarse.

4] En fin, un último consejo de cautela, considerada la actualidad de este último aspecto de la cuestión: se ha comprobado en este texto que no es únicamente el aumento de la represión lo que caracteriza un proceso de fascistización, en cambio, este aumento puede ser significativo según las formas que revista, y en relación con un conjunto de características en el interior de las cuales habría de situarse.

Considerado el objeto de este texto, opto por fechar esta conclusión.

París, julio de 1970

siglo veintiuno editores
mexico
españa
argentina

Nicos Poulantzas entiende el Estado fascista como una forma específica del Estado de excepción, que en ningún caso debe confundirse con las otras expresiones o formas del Estado capitalista. Este Estado, el fascista, constituye una forma crítica de Estado y de régimen y corresponde a una crisis política. Pero es propio de toda crisis revelar rasgos que no le son exclusivos; el examen del fascismo, precisamente como fenómeno crítico y específico, permite profundizar en el estudio de ciertos aspectos del Estado capitalista en su esencia misma. No estamos ante un estudio historiográfico de los diferentes fascismos, sino ante un estudio de teoría política en el que el autor ha despejado los rasgos esenciales del fascismo como fenómeno político.

En un momento en que el imperialismo atraviesa, en el plano mundial, una grave crisis que lo afecta en el seno mismo de sus metrópolis, este estudio adquiere una relevante actualidad, que responde, según el autor, a una necesidad política.

Siglo XXI publicó del mismo autor **Poder político y clases sociales en el Estado capitalista.**